FILIPO Y ALEJANDRO

REYES Y CONQUISTADORES

ADRIAN GOLDSWORTHY

Adrian Goldsworthy

FILIPO Y ALEJANDRO

Reyes y conquistadores

Traducción del inglés
Gonzalo Quesada

la esfera de los libros

Primera edición: octubre de 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Philip and Alexander,* editado con licencia de Head of Zeus Limited
© Adrian Goldsworthy, 2020
© De la traducción: Gonzalo Quesada, 2021
© La Esfera de los Libros, S. L., 2021
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1384-205-9
Depósito legal: M. 21.574-2021
Composición: Versal CD, S. L.
Impresión y encuadernación: Cofás
Impreso en España-*Printed in Spain*

A Dorothy, con mi agradecimiento

CRONOLOGÍA

Todas las fechas son a.C. La fecha de muchos acontecimientos es a menudo incierta, particularmente para el reinado de Filipo, como se explica en el texto principal.

499-494: Revuelta jónica contra Persia
498/7: Muerte de Amintas I de Macedonia. Se desconoce la fecha del comienzo de su reinado
487/7-*c*.454: Reinado de Alejandro I de Macedonia
490: Darío envía un ejército a invadir Grecia. Victoria de atenienses y plateos sobre los persas en Maratón.
480: Jerjes dirige la segunda invasión de Grecia. Tras atravesar por la fuerza el Paso de las Termópilas, su flota es derrotada en Salamina
479: Derrota del ejército persa en Platea
454-413: Reinado de Pérdicas II de Macedonia
431: Estallido de la guerra del Peloponeso
415-413: Desastrosa expedición ateniense a Sicilia
413-399: Reinado de Arquelao de Macedonia
404: Fin de la guerra del Peloponeso. Se derriban los Muros Largos de Atenas y se establece una tiranía
399-398/7: Reinado de Orestes de Macedonia
398/7-395/4: Reinado de Aéropo II de Macedonia
394-393: Reinado de Pausanias
393-370/69: Reinado de Amintas III
386: Se establece en Grecia la Paz Real persa
382: Los espartanos toman la ciudadela tebana
c.382: Nacimiento de Filipo
379/8: Los tebanos destruyen la guarnición espartana
371: Epaminondas y Pelópidas dirigen al ejército tebano a la victoria sobre los espartanos en Leuctra
370/69-367: Reinado de Alejandro II de Macedonia
c.368-365: Filipo es retenido como rehén en Tebas

367/365: Reinado/Regencia de Ptolomeo
365-359: Reinado de Pérdicas III
362: La derrota táctica de los espartanos en Manitnea acaba siendo estratégicamente ambigua, en parte debido a la muerte de Epaminondas
359: Muerte en batalla de Pérdicas II. Filipo se convierte en líder de Macedonia, bien como rey o como regente. Repele y derrota a varios aspirantes argéadas
359-336: Reinado de Filipo II de Macedonia
358: Filipo somete Peonia. Posteriormente derrota al rey ilirio Bardilis. ¿Intervención en Tesalia?
357: Filipo captura Anfípolis. Atenas emprende una guerra contra aliados rebeldes. Filipo se casa con Olimpia (si Filipo comienza a gobernar como regente de su sobrino Amintas, se convierte en rey por derecho propio alrededor de esta fecha). Filipo se alía con la Liga Calcídica
356: Filipo captura Pidna y otras ciudades. Derrota a una coalición de líderes tracios, ilirios y peonios. Nacimiento de Alejandro. Filipo captura Potidea y se la entrega a sus aliados de la Liga Calcídica
355: ¿Filipo activo en Tesalia? Comienza el asedio de Metone. Comienzo de la Tercera Guerra Sagrada
354: Filipo resulta herido en el asedio y pierde un ojo. Metone cae. ¿Campaña de otoño en Tracia?
353: Filipo de nuevo en Tesalia y se involucra en la Guerra Sagrada. Es derrotado por Onomarco
352: Filipo regresa y consigue la victoria en el Campo de Azafrán. El Paso de las Termópilas es ocupado por una potente fuerza de coalición que bloquea el avance de los macedonios hacia el sur de Grecia. A final de año Filipo comienza una campaña en Tracia, donde cae enfermo
351: Operaciones en Tracia, cerca de la península de Galípoli y en Iliria
350: Filipo interviene en Epiro
349: Filipo ataca a la Liga Calcídica
348: Filipo captura Olinto
347: Filipo asedia Halo. Los atenienses tratan de crear una alianza antimacedonia, pero no consiguen despertar un gran interés. Filipo probablemente comienza su campaña en Tracia
346: Campaña de Filipo en Tracia. Continúan las negociaciones con Atenas y otros estados. Marcha hacia el sur y manipula magistralmente la situación para aceptar la rendición de

Focea. Fin de la Tercera Guerra Sagrada. En otoño preside los Juegos Píticos

345: Campaña de Filipo contra los dardanios

344: Campaña de Filipo contra los ilirios. Actividad en Tesalia. Negociaciones con Atenas

343: Filipo envía un representante a Atenas. Demóstenes presenta cargos contra Esquines

342: Filipo depone al rey de Epiro y lo reemplaza con Alejandro de Epiro, el hermano de Olimpia. Aristóteles comienza a trabajar como tutor de Alejandro, el hijo de Filipo

341: Campaña de Filipo en Tracia

340: Asedios de Perinto, Selimbria y Bizancio. Captura de la flota de grano ateniense. Alejandro queda como regente y derrota a los medos. Funda Alejandrópolis

339: La Liga Anfictiónica declara en Ámfisa la Guerra Sagrada y nombra a Filipo como líder. Filipo abandona el asedio de Bizancio y emprende una campaña contra los escitios. Al volver a casa, resulta herido en un encuentro con los tribalios. Tras recuperarse, marcha hacia el sur y a finales de año toma Elatea

338: Filipo derrota a Tebas, Atenas y sus aliados en Queronea y les impone sus términos para la paz

337: Filipo convoca a los líderes griegos a Corintio. Es nombrado líder de una guerra panhelénica que se librará contra Persia. Fricción en la corte tras su matrimonio con Cleopatra, lo que provoca la marcha de Alejandro. Posteriormente, se le pide que vuelva

336: Parmenión y Atalo son enviados al Asia Menor a la cabeza de alrededor de 10.000 hombres. Filipo se prepara para seguirlos, pero es asesinado. Alejandro asciende al trono entre ejecuciones y asesinatos políticos. Alejandro responde rápidamente a la oposición inicial en Grecia y es nombrado *hegemon* de las fuerzas panhelénicas para la guerra contra Persia

335-323: Reinado de Alejandro III (Magno) de Macedonia

335: Campaña de Alejandro contra los tracios e ilirios. Tebas declara la guerra, lo que provoca el rápido regreso de Alejandro. La ciudad es atacada y demolida como entidad política

334: Alejandro marcha por tierra hasta los Dardanelos y cruza a Asia en mayo. Derrota a los sátrapas locales en la Batalla del Gránico. Captura de Mileto y asedio de Halicarnaso

333: Memnón lanza una ofensiva naval, pero su muerte frena el impulso y Darío retira a la mayoría de los mercenarios que sirven en la flota. Alejandro inicia su campaña en el

Asia Menor y corta el nudo gordiano

332: Asedio de Tiro. La flota persa se fragmenta y gran parte de ella se une a Alejandro. Tras la caída de Tiro, Alejandro asedia y captura Gaza. Para final de año ha tomado Egipto, que no está defendido para él

331: Durante su visita a Egipto, Alejandro funda Alejandría y visita el Oráculo de Zeus Ammón en el oasis de Siwah. Regresa a Tiro y lanza una ofensiva contra la zona central de Persia. Derrota a Darío en la Batalla de Gaugamela y toma Babilonia. Más tarde ese mismo año (o quizá el siguiente) le llega la noticia de la rebelión y derrota de Agis de Esparta

330: Alejandro saquea y quema Persépolis. Campaña contra los amardos. Alejandro reinicia la persecución de Darío, que es arrestado y asesinado por sus propios nobles. Tiene lugar un complot entre miembros de la corte de Alejandro. Filotas es acusado de traición y ejecutado. Besso se declara a sí mismo rey de reyes

329: Los macedonios avanzan hacia Sogdiana y Bactria. Alejandro guía a su ejército a través del Hindú Kush. Captura de Besso. Extensa rebelión contra los macedonios en Bactria y Sogdiana

328: Brutal campaña contra varios líderes rebeldes. Durante un periodo de descanso a final de año, Alejandro mata a Clito en una discusión en estado de embriaguez

328 o 327: Alejandro captura la Roca Sogdiana y la Roca de Chorienes

327: Continúa la campaña contra los rebeldes. Se descubre la conjura de los pajes, con las consiguientes ejecuciones. Alejandro avanza hacia el Indo

326: Alejandro derrota a Poros en la Batalla del Hidaspes. Avanza hacia el río Hifasis, pero sus tropas macedónicas se niegan a cruzarlo. Alejandro regresa al Hidaspes y encabeza la expedición río abajo hacia el mar. Todas las comunidades que se nieguen a someterse son tratadas como enemigas y atacadas. Este mismo año, más adelante (o quizá el siguiente), Alejandro resulta gravemente herido durante el asalto a una ciudad de los malavas

325: A pesar de sus heridas, el avance apenas se retrasa. Se aplasta una revuelta iniciada por los brahmanes. Alejandro llega al océano Índico y celebra sacrificios. Divide sus fuerzas para la marcha de regreso al centro de Persia. El primero en partir es Crátero, seguido por Alejandro y finalmente Nearco y la flota, que sufren un retraso

debido al clima adverso. Alejandro y sus hombres sufren las penalidades del desierto de Gedrosia

324: El ejército y la flota vuelven a concentrarse en Carmania. Alejandro ordena la disolución de las unidades de mercenarios empleados por sus sátrapas. También envía un mensajero a los Juegos Olímpicos declarando el regreso de los exiliados a las ciudades griegas. Sus veteranos se amotinan en Opis, pero Alejandro impone su voluntad. Tiene lugar una ceremonia masiva de matrimonios. Un gran contingente de veteranos comienzan el viaje de regreso a casa bajo el mando de Crátero. Muerte de Hefestión

323: Alejandro en Babilonia. Comienzan los preparativos para una gran expedición a Arabia, pero Alejandro cae enfermo y muere antes de que pueda ser emprendida

MAPAS Y GRÁFICOS

2. MACEDONIA Y SUS REGIONES,
356 A.C.
PEONIA
MAEDIA
TRACIA
ILIRIA
PELAGONIA
ONESTIDE
ALMOPIA
BOTIEA
EDONES
BISALTIA
MACEDONIA
EPIRO
JORDANIA
ELIMIA
PIERIA
CALCIDICE
PERREBIA
TESALIA
MAR EGEO

3. EXPANSIÓN DE MACEDONIA,
498 - 336 A.C.
MAR ADRIÁTICO
MAR NEGRO
TRACIA
REINO DE FILIPO
Monte Olimpo
MAR MEDITERRÁNEO
MAR EGEO
PERSIA
Macedonia a finales del siglo VI a.C.
Expansión bajo Alejandro I.
Sus sucesores perdieron la mayoría de estos territorios
Expansión bajo Filipo II
Aliados de Filipo II, incluyendo la Liga de Corinto.
Zonas de autogobierno, federadas más que gobernadas por Filipo y Alejandro

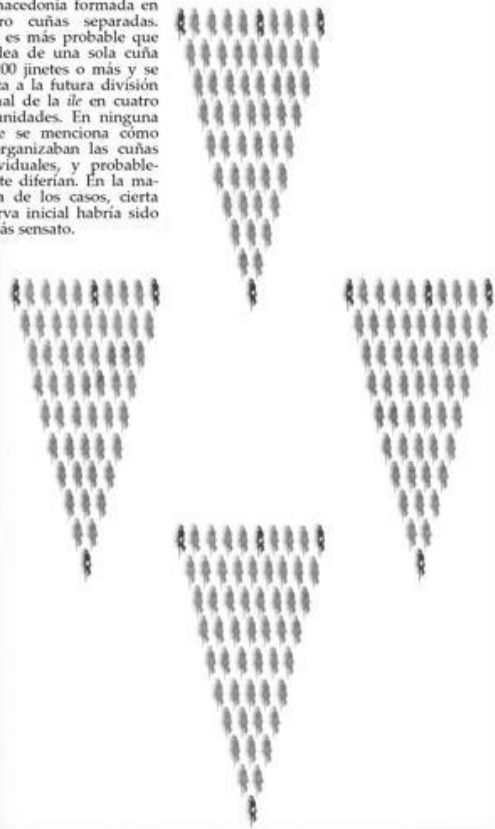
4. FIGURA 1A

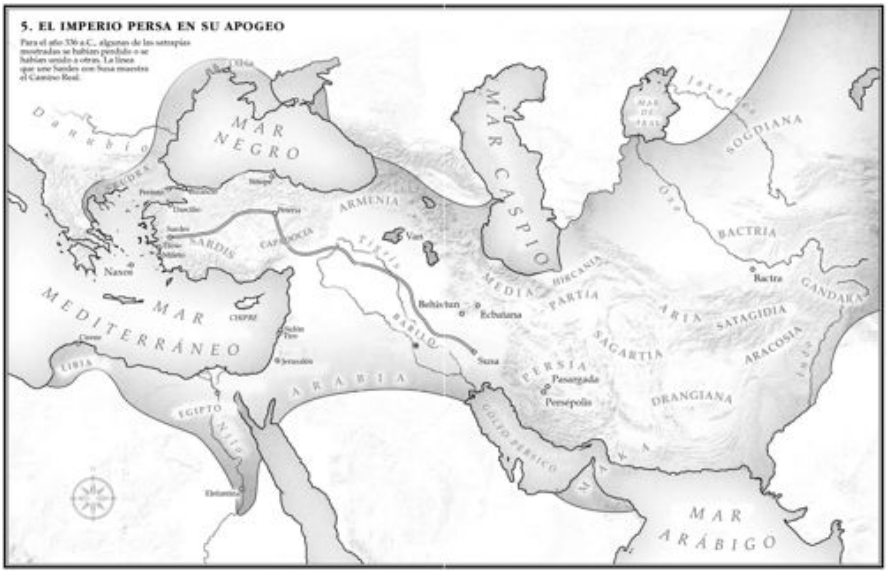
Una cuña de 55 caballeros. El líder se coloca al frente de la formación. Su lugarteniente se coloca en el centro de la hilera trasera y guardias de formación a cada extremo de la hilera.

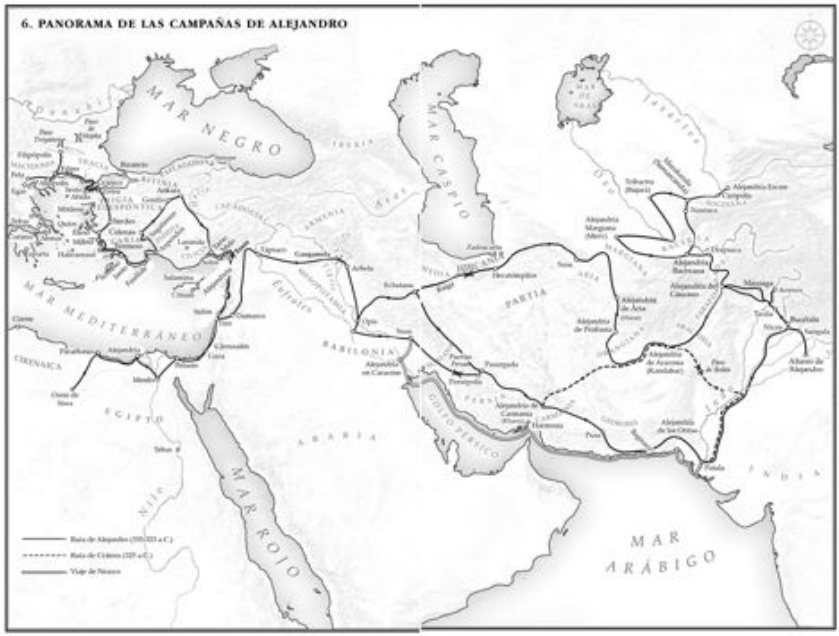
Las dudas sobre el tamaño concreto de un *ile* y su organización interna hace que resulte imposible ser preciso al respecto de cualquier formación "estándar". Las realidades de las campañas inevitablemente debían de causar que la teoría resultase modificada por las circunstancias.

4. FIGURA 1B

Posible diagrama de una *ile* macedonia formada en cuatro cuñas separadas. Esto es más probable que la idea de una sola cuña de 200 jinetes o más y se ajusta a la futura división formal de la *ile* en cuatro subunidades. En ninguna parte se menciona cómo se organizaban las cuñas individuales, y probablemente diferían. En la mayoría de los casos, cierta reserva inicial habría sido lo más sensato.

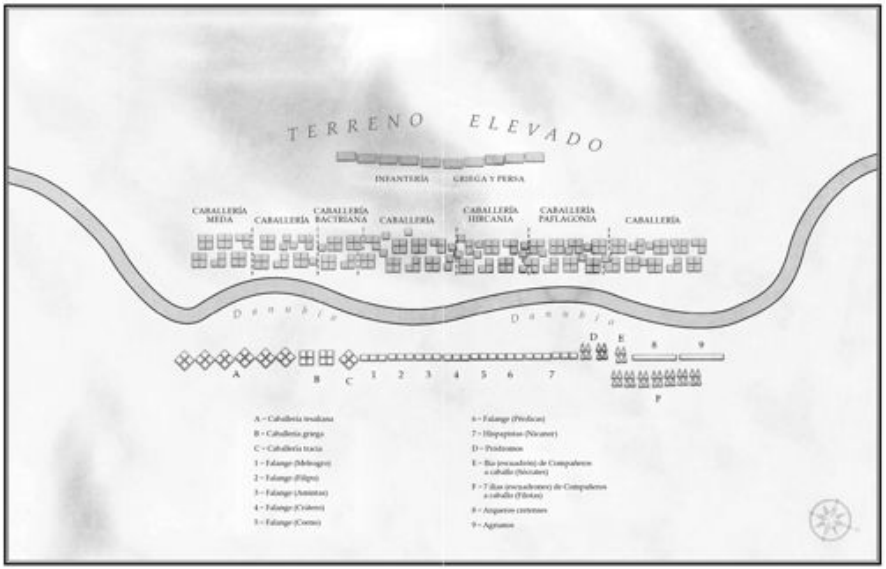



5. EL IMPERIO PERSA EN SU APOGEO
Para el año 336 a.C., algunas de las satrapías mostradas se habían perdido o se habían unido a otras. La línea que une Sardis con Susa muestra el Camino Real.
MAR NEGRO
MAR CASPIO
MAR MEDITERRÁNEO
MAR ARÁBIGO
MAR DE ARAL
Olbia
Dobrudja
Tracia
Perinto
Bizancio
Sinope
Sardis
Efeso
Mileto
Naxos
Pteria
CAPADOCIA
ARMENIA
Van
TIGRIS
BABILONIA
Babilonia
Ecbatana
Susa
MEDIA
HIRCANIA
PARTIA
ARIA
SATAGIDIA
ARACOSIA
SAGARTIA
PERSIA
Pasargada
Persépolis
DRANGIANA
GANDARA
Indo
India
BACTRIA
Bactra
SOGDIANA
Oxo
Jaxartes
CHIPRE
Chipre
Sidón
Tiro
Jerusalén
LIBIA
Cirene
EGIPTO
Nilo
Elefantina
ARABIA
GOLFO PÉRSICO
Eufrates


6. PANORAMA DE LAS CAMPAÑAS DE ALEJANDRO
MAR NEGRO
MAR CASPIO
MAR MEDITERRÁNEO
MAR ROJO
MAR ARÁBIGO
GOLFO PÉRSICO
PARTIA
BABILONIA
ARABIA
EGIPTO
CIRENAICA
INDIA
Ruta de Alejandro (356-323 a.C.)
Ruta de Ciriaco (325 a.C.)
Viaje de Nearco

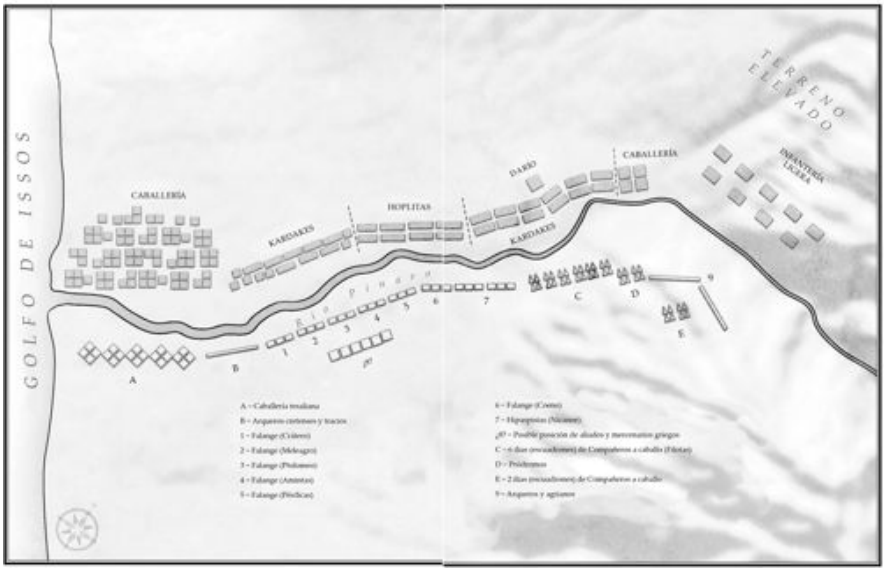
7. BATALLA DEL RÍO GRÁNICO, 334 A.C.

No está a escala. El terreno está muy simplificado. Los detalles de las formaciones son aproximiones.

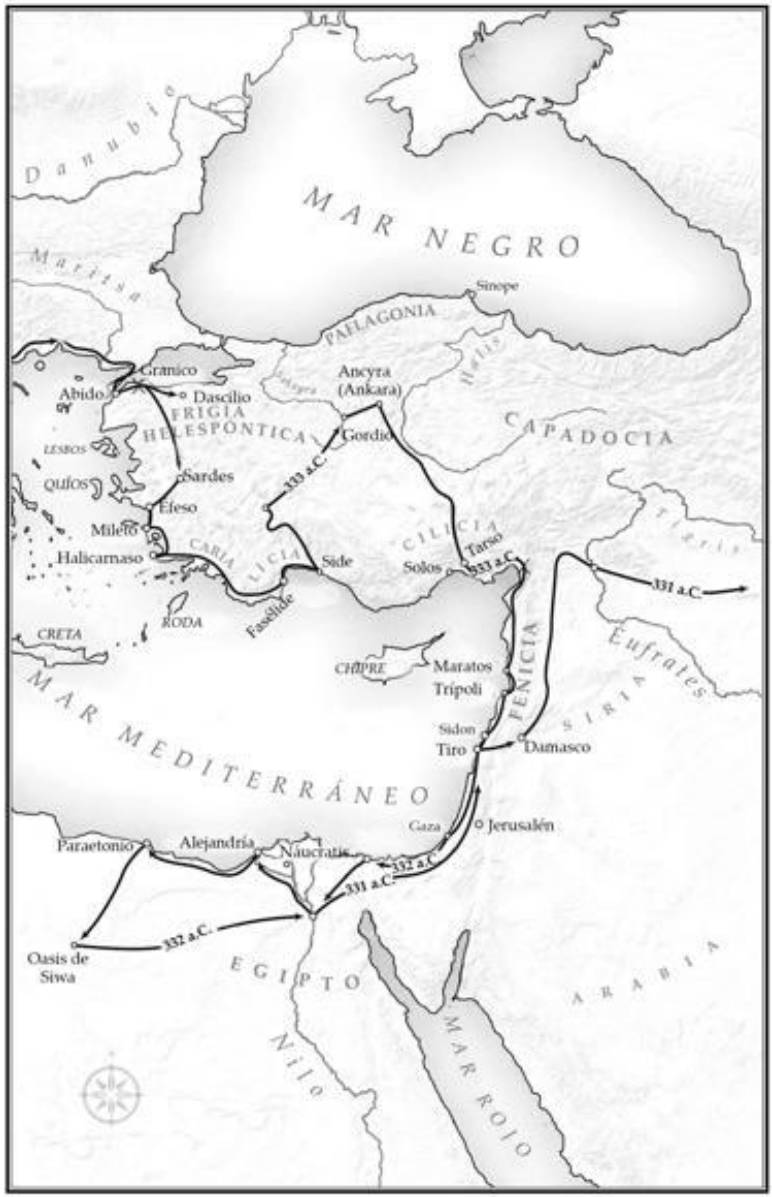


8. BATALLA DE ISSOS, 333 A.C.

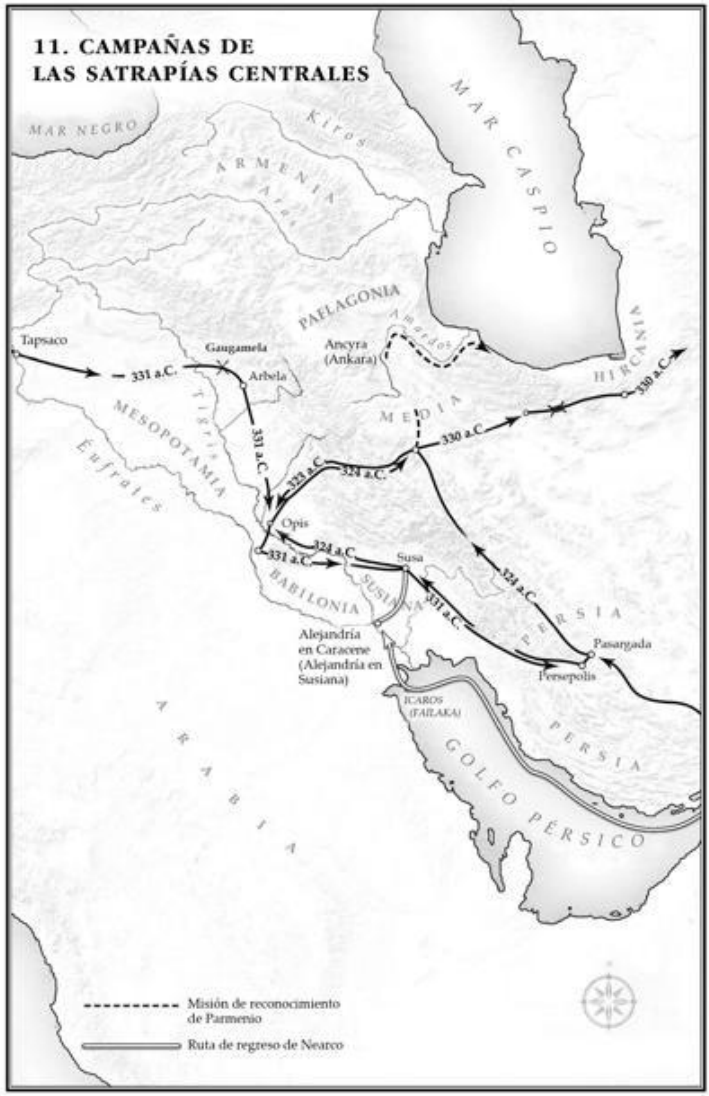
No está a escala. Las características del terreno, como el río y la línea de costa, están simplificadas. Es posible que el Pinaro tomase un ángulo mayor.

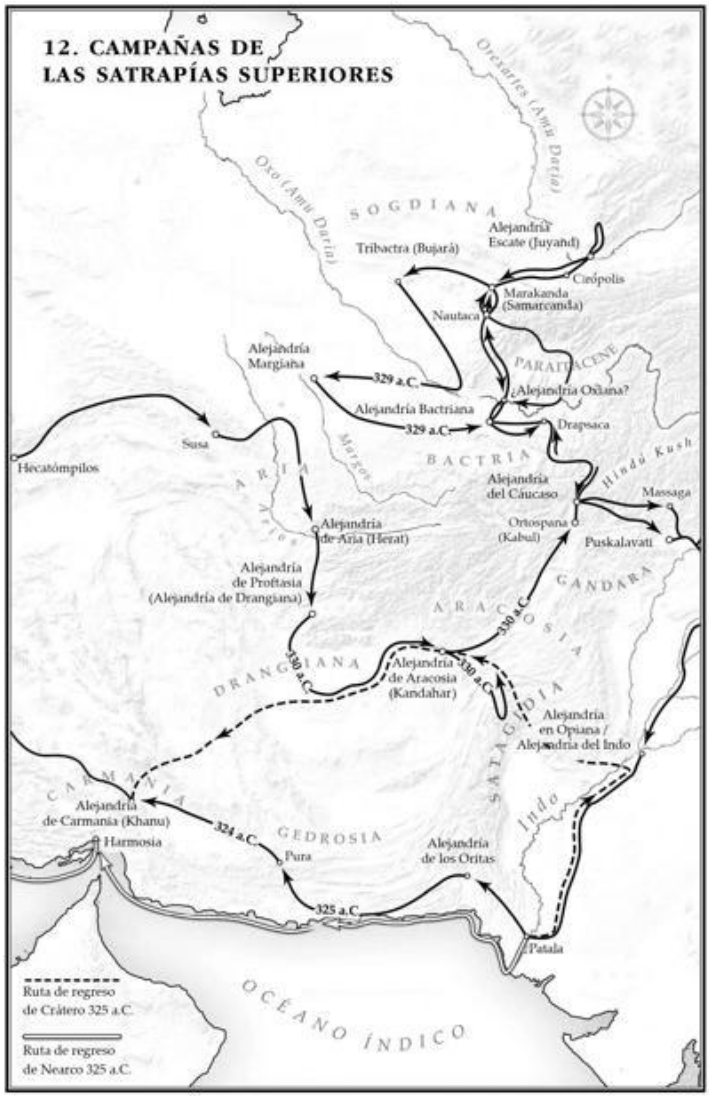


9. CAMPAÑAS EN ASIA MENOR



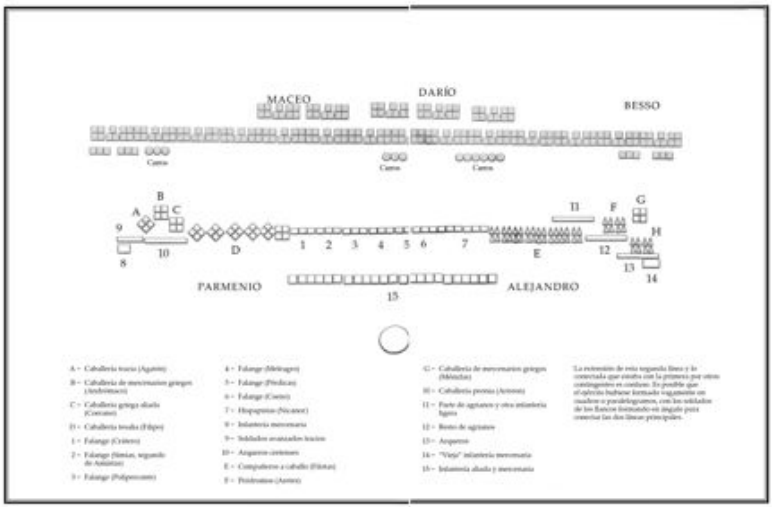
10. PLANO DEL SITIO DE TIRO


11. CAMPAÑAS DE
LAS SATRAPÍAS CENTRALES
MAR NEGRO
MAR CASPIO
Kiros
ARMENIA
Aras
PAFLAGONIA
Halys
Tapsaco
Gaugamela
Arbela
Ancyra
(Ankara)
HIRCANIA
MEDIA
MESOPOTAMIA
Tigris
Éufrates
331 a.C.
330 a.C.
323 a.C.
324 a.C.
Opis
Susa
BABILONIA
SUSIANA
PERSIA
Alejandría
en Caracene
(Alejandría en
Susiana)
ICAROS
(FAILAKA)
Pasargada
Persépolis
ARABIA
GOLFO PÉRSICO
Misión de reconocimiento
de Parmenio
Ruta de regreso de Nearco


12. CAMPAÑAS DE LAS SATRAPÍAS SUPERIORES
Oxo (Amu Darya)
Oxartes (Amu Darya)
SOGDIANA
Alejandría Escate (Juyand)
Tribactra (Bujará)
Cirópolis
Marakanda (Samarcanda)
Nautaca
Alejandría Margiana
329 a.C.
PARATACENE
¿Alejandría Oxiana?
Alejandría Bactriana
329 a.C.
Drapsaca
Susa
Hécatómpilos
Margos
BACTRIA
Hindu Kush
Alejandría del Cáucaso
Massaga
ARIA
Arios
Alejandría de Aria (Herat)
Ortospana (Kabul)
Puskalavati
Alejandría de Proftasia (Alejandría de Drangiana)
GANDARA
ARACOSIA
330 a.C.
DRANGIANA
330 a.C.
Alejandría de Aracosia (Kandahar)
330 a.C.
Alejandría en Opiana / Alejandría del Indo
SATAGIDIA
CARMANIA
Alejandría de Carmania (Khanu)
Harmosia
324 a.C.
GEDROSIA
Pura
Alejandría de los Oritas
Indo
325 a.C.
Patala
Ruta de regreso de Crátero 325 a.C.
Ruta de regreso de Nearco 325 a.C.
OCÉANO ÍNDICO

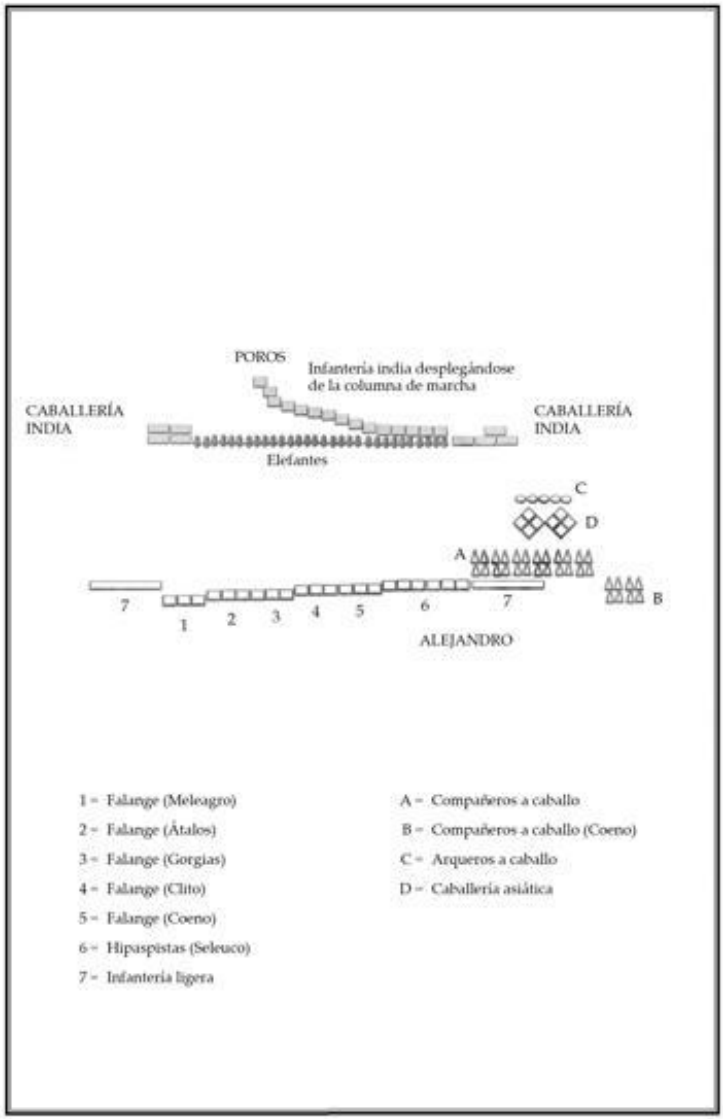
13. BATALLA DE GAUGAMELA, 331 A.C.

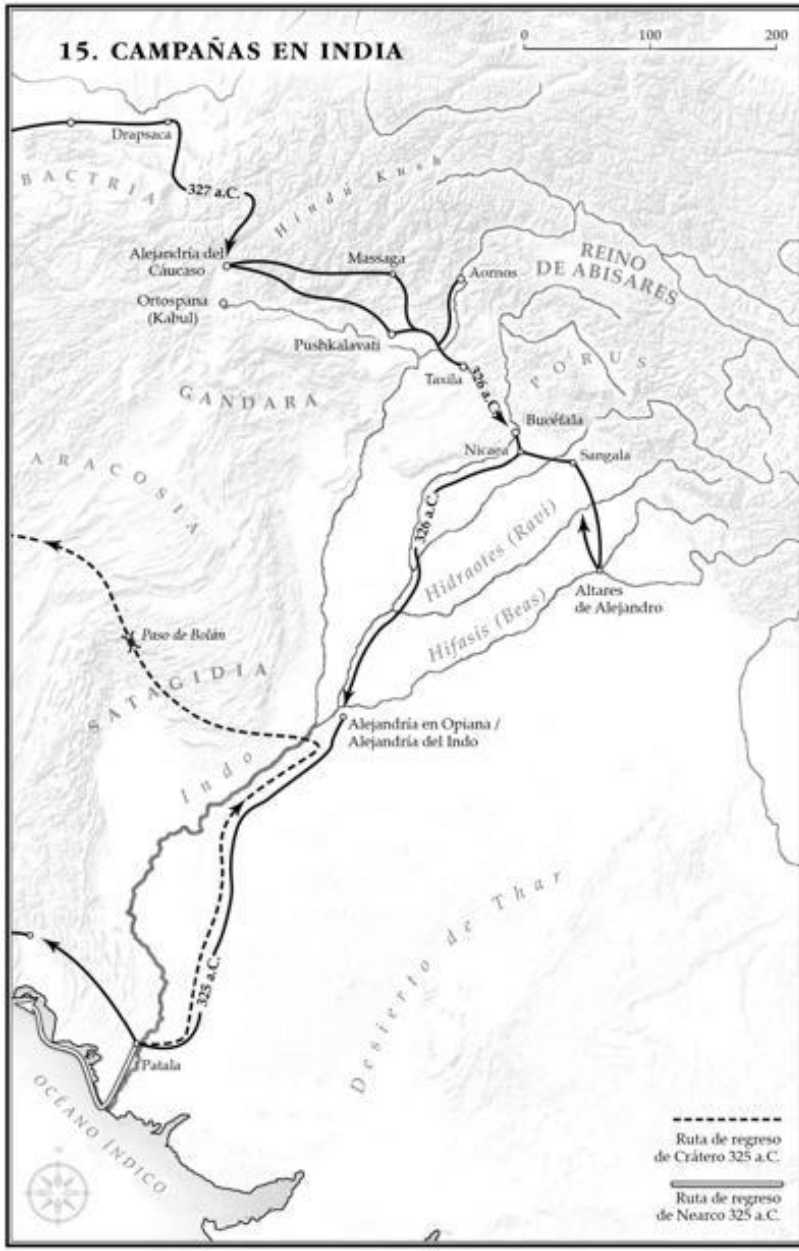
No está a escala. Los detalles de las formaciones son aproximados.



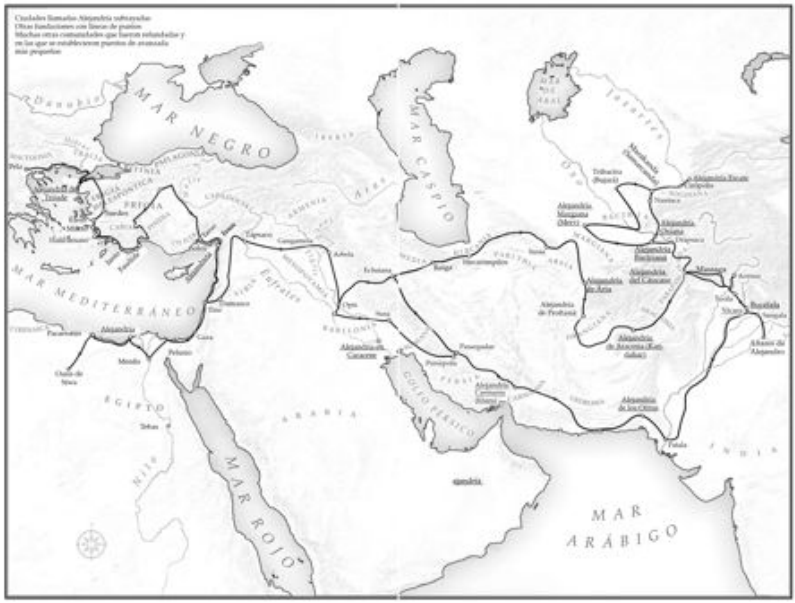
14. BATALLA DEL HIDASPES, 326 A.C.

No está a escala. Esta reconstrucción es altamente teórica, incluso para los estándares de las batallas de Alejandro.




15. CAMPAÑAS EN INDIA
0
100
200
Drapsaca
BACTRIA
327 a.C.
Hindú Kush
Alejandría del Cáucaso
Massaga
Aornos
REINO DE ABISARES
Ortospana (Kabul)
Pushkalavati
Taxila
326 a.C.
PORUS
GANDARA
Bucéfala
Nicaea
Sangala
ARACOSIA
326 a.C.
Hidraotes (Ravi)
Altares de Alejandro
Hifasis (Beas)
Paso de Bolán
SATAGIDIA
Alejandría en Opiana / Alejandría del Indo
Indo
Desierto de Thar
325 a.C.
Patala
OCÉANO INDICO
Ruta de regreso de Crátero 325 a.C.
Ruta de regreso de Nearco 325 a.C.

16. RUTA DE ALEJANDRO Y CIUDADES FUNDADAS


Ciudades llamadas Alejandría subrayadas
Otras fundaciones con líneas de puntos
Muchas otras comunidades que fueron establecidas y en las que se establecieron puertos de avanzada más pequeños
MAR NEGRO
MAR CASPIO
MAR MEDITERRÁNEO
MAR ROJO
MAR ARÁBIGO
EGIPTO
ARABIA
INDIA
Alejandría
Alejandría Escate
Alejandría Oxiana
Alejandría Bucéfala
Alejandría del Cáucaso
Alejandría de Arcosia (Kandahar)
Alejandría de los Oreitas
Alejandría de Carmania
Alejandría Mergana (Merv)
Alejandría de Persia
Alejandría de Aria
Alejandría Prophtasia
Alejandría Arbela
Alejandría Tebas
Alejandría Pelusio
Alejandría Mendes
Alejandría Paraetonio
Alejandría Tiro
Alejandría Sidón
Alejandría Ecbatana
Alejandría Tapsaco
Alejandría Gaza
Alejandría Pantaquias
Alejandría Pasargadas
Alejandría Tatala
Alejandría Sinope
Alejandría Troade
Alejandría Ilión

Introducción.
UNAS PALABRAS SOBRE ALEJANDRO

Algunas personas cambian la historia. Quizá todos lo hagamos al menos de un modo minúsculo, pero algunos líderes marcan una diferencia mucho mayor en los sucesos que conforman su propio mundo y el posterior. Decir esto no niega de ningún modo la importancia de otros factores más amplios. La sociedad, la economía, las tendencias demográficas y la tecnología contemporáneas subyacen en el ascenso y caída de las naciones y crean el contexto, limitando las posibilidades. Los actos y las personalidades de los seres humanos siguen teniendo importancia, e inevitablemente los líderes ejercen la mayor influencia. Tomemos un ejemplo obvio: había muchos factores que alimentaban el ascenso de una dictadura en Alemania tras la Primera Guerra Mundial, pero la personalidad de Hitler fue fundamental a la hora de determinar cómo se desarrollaría su trágica historia. Del mismo modo, en Estados Unidos y Gran Bretaña podría haber habido otros líderes si Roosevelt y Churchill hubiesen muerto cuando eran niños, pero por supuesto la Segunda Guerra Mundial habría sido diferente sin las decisiones que tomaron cada uno de ellos. Los líderes importan en cualquier época para bien o para mal, y hay ocasiones en la historia en las que unos pocos individuos marcan una profunda diferencia, incluso aunque gran parte de ella no sea intencional.

Filipo y Alejandro fueron de esa clase de líderes; entre ellos cambiaron el curso de la historia, y lo hicieron asombrosamente deprisa. En menos de cuarenta años, el fracturado y atrasado reino de Macedonia llegó a dominar Grecia, y posteriormente atacó a la mayor superpotencia de la época y la venció. Crearon y lideraron la mejor fuerza combatiente vista en la historia, humillaron a Atenas y Esparta, destruyeron Tebas, incendiaron el palacio del rey persa, cruzaron el Hindú Kush y marcharon hacia lo que hoy es Pakistán. No eran simples incursiones, y ambos hombres fundaron muchas ciudades, donde sus soldados se asentaron para controlar el territorio

conquistado. Aunque el imperio que forjaron Filipo y Alejandro no los sobrevivió como entidad completa, interpretaron un papel clave para extender el idioma y la cultura griegos en una vasta zona; y una clase de cultura griega distinta, cuyas ideas ya no estaban dominadas por las principales ciudades-estado. Las consecuencias fueron muchas y profundas, porque llevaron a que el Nuevo Testamento fuese escrito en griego, y que un imperio «romano» de lengua griega sobreviviese en el Mediterráneo oriental durante mil años después del último emperador que reinó en Italia.

Alejandro Magno es famoso, uno entre el puñado de líderes en quienes el epíteto ha permanecido. Pocos recuerdan ahora al romano Pompeyo Magno, así que de «los Grandes» nos quedan Alfredo en Inglaterra, Carlomagno en Francia, mucho más tarde Pedro y Catalina en Rusia y Federico en Prusia; estos tres últimos en un periodo relativamente corto de tiempo. Las victorias de Alejandro y su sola importancia empequeñecen la de otros, además de que nunca sufrió los catastróficos desastres militares que sufrieron otros como Napoleón, en parte gracias a su suerte y talento y más aún porque murió antes de cumplir los treinta y tres años.

Alejandro hizo mucho por conformar la imagen occidental del héroe joven: bajo, de cabellos y ojos claros y aspecto juvenil, era inconformista, impaciente, jactanciosamente confiado, siempre se demostraba que tenía razón cuando desafiaba la sabiduría de sus mayores, y era un hombre que guerreaba de un modo tan inteligente como feroz. Dirigiendo desde la vanguardia, consiguió más victorias que cualquier héroe de ficción en una espectacular carrera «vive deprisa, muere joven» que durante un corto espacio de tiempo lo convirtió en señor de gran parte del mundo conocido. Aunque sea cierto que nunca llegó a llorar porque no le quedaban más mundos que conquistar ni enfundó su espada por falta de desafíos, eso no empequeñece lo que hizo en tan breve espacio de tiempo. Solo un puñado de ejércitos, ya en la moderna era mecanizada, han conseguido avanzar tan deprisa y durante tanto tiempo como los hombres de Alejandro.[1]

Augusto no permitió que ninguna escultura, estatua, retrato o moneda lo mostrase mayor de los veintitantos años, pero aquello se trataba de un férreo control de su imagen y no un reflejo riguroso de un hombre que había alcanzado la setentena y tenía una mala dentadura. Alejandro también controlaba cuidadosamente su imagen, pero al contrario que Filipo o el emperador romano, murió antes de que la ancianidad se convirtiese en un problema.

Pero sin Filipo no habría habido un Alejandro, porque Filipo le dio nueva forma a Macedonia, haciéndola crecer, más fuerte y más unida, y además creó el ejército desde cero e incluso el plan de atacar Persia.

Y conseguir una gloria aún mayor. Filipo murió a los cuarenta y seis años, y resulta demasiado fácil olvidarnos de que tenía como mucho veintitrés años cuando se convirtió en rey. Por entonces, él era el monarca joven, sin cicatrices y carismático, con solo unos modestos logros militares propios, pero con la confianza y energía para salvar a un reino al borde del desmembramiento y convertirlo en una potencia militar y económica. La historia de cómo lo hizo merece su propio relato, además de ser esencial para comprender lo que hizo su hijo.

Aun así, la sombra de Alejandro es muy larga, y otro joven héroe, y menos aún su padre, no encaja fácilmente con su imagen; igual que César debe ser siempre el amante mayor de Cleopatra y Marco Antonio el joven aventurero, incluso aunque tuviese más de cincuenta años cuando se suicidó, como mucho un par de años más joven que César en los Idus de marzo. En general, los romanos reciben más atención que los griegos en ficción, películas e incluso documentales. El descubrimiento en los años ochenta de las tumbas reales en Vergina al norte de Grecia y la posible identificación de unos restos como los de Filipo apenas llamó la atención, e incluso Alejandro no recibe más que una ocasional cobertura en televisión, habitualmente relacionada con sus batallas. Dos películas de Hollywood han intentado contar su historia; Richard Burton lo interpretó en 1956 y Colin Farrell en 2004, pero ambas películas resultaron irregulares debido a que es muy difícil encajar la pura escala del relato dentro de unas pocas horas de película. En ambas Filipo aparece como el anciano, poco menos que acabado, y la historia solo se pone en marcha cuando es asesinado y deja paso a Alejandro.

Mi amor hacia el mundo antiguo comenzó con los romanos, y concretamente con la presencia romana en Britania y su ejército, aunque el interés creció, como el de todos, cuando pronto me di cuenta de que Roma solo podía comprenderse en el contexto de la Grecia clásica y helenística. En mi infancia, Alejandro era poco más que un nombre, y por mi cariño por las epopeyas cinematográficas vi con ganas la película de Richard Burton cuando la emitieron en televisión, aunque poco recuerdo, aparte del tropezón de Filipo cuando atacó a su hijo y el discurso de Burton antes de la batalla, que acaba con «Mata a Darío, mata a Darío, mata a Darío». Tenía diecisiete años, y cursaba los últimos años de secundaria, cuando estudié por primera vez a Alejandro con cierta profundidad, y no me encontré con Filipo hasta unos años después, concretamente cuando, siendo un joven profesor universitario, me encargaron impartir seminarios sobre padre e hijo.

El tirón de la historia y cultura griegas es fuerte, como entendieron los romanos. Hay algo casi increíble sobre el estallido de creatividad procedente de un pueblo que vivía en una zona tan

pequeña y que en un breve periodo de tiempo creó la idea de la democracia (y la discusión política), desarrolló ideas filosóficas y plantó muchas de las bases del pensamiento científico, al mismo tiempo que producía obras literarias que siguen siendo conmovedoras y provocativas hasta nuestros días. En el Arte también representaron a seres humanos de un modo más vívido, y al mismo tiempo idealizado, que nunca antes. Más que cualquier otra cosa, la Grecia clásica es un microcosmos de la humanidad, porque junto con todas sus maravillas y grandezas, existía el salvajismo y la crueldad, el egoísmo y los prejuicios, y la disposición a despreciar al resto del mundo como bárbaros y aceptar la esclavitud como algo normal. Los griegos fueron grandiosos y terribles, igual que a través de los siglos la humanidad ha demostrado ser capaz de alcanzar los extremos de la bondad y la maldad. En muchos sentidos, Filipo y Alejandro representan esta paradoja, como hombres que construyeron y destruyeron, y actuaron a partir de un impulso muy griego por sobresalir por el mero deseo de hacerlo... y, por supuesto, también por beneficio personal.

Este libro es sobre Filipo y Alejandro, y pretende contar la historia de cada uno de ellos con tanta profundidad y detalle como sea posible, porque hasta ahora ningún libro lo había hecho para el público en general. Abundan los libros sobre Alejandro, porque todos los años se publica al menos una nueva biografía o un estudio de algún aspecto de sus campañas. Algunos son muy buenos y no tengo intención de añadir otro al montón, pero, en contraste, Filipo es ignorado y rara vez se escribe sobre él y habitualmente es como prólogo para su hijo. Esto no solo es injusto dada la importancia de Filipo, sino que también debilita nuestra comprensión del comportamiento de Alejandro, porque las similitudes en el modo en que padre e hijo libraban sus guerras y utilizaban la política son muy reveladoras. Contemplar a ambos hombres nos ofrece un modo mejor de ponerlos en contexto, y de hecho hace que sus logros sean más notables.

La grandeza de lo que lograron Filipo y Alejandro es asombrosa. No pretendo decir que eso fuera bueno para el mundo en general, o que sus motivos fuesen ni remotamente altruistas. El trabajo de un historiador consiste en descubrir y entender el pasado, y eso no es fácil, especialmente cuando nos las vemos con el Mundo Antiguo. Este libro no busca juzgar a Filipo y Alejandro o a sus contemporáneos en términos morales, sino establecer lo que ocurrió, cómo ocurrió, y, cuando ha sido posible, por qué ocurrió. Además de contarle al lector lo que se sabe sobre esta era, es igualmente importante *no* saberlo, y dejar claro que las conjeturas y suposiciones son eso y no hechos. Alejandro ha aparecido con muchos epítetos a lo largo del tiempo, desde santo a monstruo, desde genio militar a matón eficiente, y recientemente incluso como icono gay o bisexual. Aquellos que miran

al pasado para justificar sus puntos de vista sobre el presente verán pronto lo que desean ver, pero no hacen buena Historia, porque no nos acerca a comprender lo que ocurrió en realidad ni el mundo de aquellos seres humanos.

Una auténtica biografía de Filipo o Alejandro es imposible, porque hay tantas cosas sobre ellos, y especialmente en sus pensamientos, emociones e ideas, que no se pueden conocer. Comparados con César o Augusto, no sobrevive prácticamente nada en sus propias palabras, y nada de ello nos habla de sus pensamientos privados, al menos lo que estamos seguros de que es genuino. Este libro intenta contar la historia de sus vidas, hasta donde lo permiten las fuentes, y para este fin es vital recordar que ellos y quienes los rodeaban eran sencillamente personas, como nosotros, aunque productos de culturas muy diferentes. Merece la pena hacer algunas de las preguntas que se haría un biógrafo aunque la mayoría no se puedan contestar con certeza alguna. Sin embargo, uno de los mayores errores que uno puede cometer en un libro como este es crear a sus propios Filipo o Alejandro y luego completar los huecos decidiendo que esa es la clase de cosas que ellos habrían hecho dadas las circunstancias. La honestidad es importante, quizá especialmente cuando admitimos lo que es desconocido.

En muchos sentidos, este libro es de Historia a la vieja usanza, con énfasis en la guerra y la política, porque ambas son el tema principal de las fuentes antiguas (y es cierto de Filipo y Alejandro), y presenta la historia como una narrativa. No pido perdón por ello. La Historia narrativa es la prueba para comprender cualquier época, porque las mejores teorías de Historia social o económica, por no mencionar otros enfoques académicamente de moda, no consiguen encajar ni ayudar a explicar, lo que sería lo ideal, el curso más amplio de los acontecimientos. Un propósito es averiguar dónde se encontraban Filipo y Alejandro en un momento dado y qué hacían. Eso significa que se habla mucho de campañas, batallas y asedios, porque ambos hombres pasaron la mayor parte de sus vidas adultas guerreando. En este libro hay muchas muertes, muchas ciudades asaltadas, muchas masacres y la condena a la esclavitud de sus habitantes: los detalles pueden volverse repetitivos, además de desagradables. Me sentí tentado a pasar por encima de muchos de estos hechos y en ocasiones he resumido en unas pocas líneas semanas o meses de operaciones, pero por lo general he intentado resistirme a la tentación, porque el peligro es que olvidaríamos cuánto tiempo dedicaron ambos hombres a librar escaramuzas a pequeña escala.

Filipo y Alejandro lideraban a sus ejércitos con un estilo que hacía que pusiesen sus vidas en peligro mucho más que los líderes romanos como Julio César, por no mencionar a los generales de siglos más

recientes. Ambos hombres resultaron heridos varias veces, y ambos estuvieron cerca de morir en combate en luchas contra comunidades y pueblos que eran prácticamente desconocidos incluso en el Mundo Antiguo. Ambos pasaron la mayor parte de sus vidas adultas marchando en toda clase de climas sobre toda clase de terrenos, y entre pequeñas luchas y peligros, viviendo en campamentos rodeados de sus ejércitos. Ni Filipo ni Alejandro disfrutaron de prolongados periodos de descanso durante los que formular políticas con cuidado y consideración, porque muy rara vez permanecían en el mismo lugar. Supuestamente, los diplomáticos se asombraban cuando se veían ante Alejandro, conquistador de Persia, vestido con su armadura, manchado por el sudor y cubierto de polvo, en vez de rodeado de la pompa y la ceremonia asociadas con la realeza. A veces hubo lujo y excesos, pero los peligros, las dificultades y el agotamiento eran aún más frecuentes.2

Resulta imposible decir qué significaba todo aquello para estos dos hombres, o hacer poco más que conjeturar cómo les cambió la experiencia, o el precio que les cobraron el agotamiento y las heridas. La mayor pate de las veces, los consejeros importantes del rey eran hombres que compartían sus experiencias, dificultades y peligros, así que aparte de las presiones del reinado, sus vidas no eran especialmente únicas. Hay muchas cosas que no podemos saber. Olimpia, la madre de Alejandro, tenía claramente una fuerte personalidad, y resultaría revelador saber mucho más acerca de ella para entender su relación con su esposo y su hijo, pero no existen pruebas. Las mujeres suelen ser una presencia oscurecida en gran parte de la Historia Antigua y, aunque es obvio que a menudo tenían una gran influencia, no se han conservado sus voces y son vistas únicamente a través del prisma de otros. Lamentarlo no cambia que sea así.

Los reyes macedonios eran polígamos por tradición, y Filipo tomó al menos siete esposas con las que tuvo cinco hijos que llegaron a la edad adulta. Se ha dicho, ciertamente de boca de observadores griegos que, si no sus logros, sí despreciaban su personalidad, que también tuvo muchas aventuras románticas y tomó como amantes tanto a mujeres como hombres. Alejandro se casó tres veces, todas ellas en los últimos años de su vida. La tradición sobre él es muy diferente: se afirma que no se acostó con una mujer hasta que tuvo veintitrés años convirtiéndola en su amante. Se le adjudica una relación homosexual con Hefestión, amigo de juventud, y más tarde con el eunuco Bagoas, además de insinuarse otras, pero el énfasis se pone siempre en su dominio sobre sí mismo y su autocontrol, excepcional según los estándares contemporáneos y, sobre todo, comparado con el promiscuo Filipo. En general, las fuentes sugieren que muchos reyes y

aristócratas macedonios tomaban amantes de ambos sexos, aunque es necesario ser precavido dado que se trata de afirmaciones escritas por extranjeros que los retratan como seres bárbaros. También están influidas por la muy arraigada idea de que la actividad sexual excesiva, en ocasiones agresiva, era la marca de reyes y tiranos. Cada caso debe estudiarse individualmente, incluso aunque rara vez podamos establecer la verdad. Pero lo que destaca es lo poco que esas fuentes dedican a la vida amorosa de estos hombres, o de cualquier otra figura importante del Mundo Antiguo. La sexualidad era una preocupación menor cuando los griegos o los romanos intentaban comprender la personalidad de alguien, algo que debería poner en perspectiva esta moderna obsesión.

Las fuentes presentan muchos problemas. Incluso para los estándares de estudio de la Historia griega y romana, y no solo porque no hablen de muchas cosas que nos interesan (ver en el Apéndice I una lista completa de las fuentes). Durante su vida y poco después se escribió mucho sobre Filipo, aparte de sus propios decretos y cartas públicas, pero nada de ello ha sobrevivido intacto. Las únicas pruebas contemporáneas o semicontemporáneas que tenemos consisten en fragmentos de esas obras citados por autores posteriores, un pequeño número de inscripciones y los discursos de oradores atenienses, pronunciados ante un público que entendía mucho más de su propio mundo de lo que podamos entender nosotros, en un entorno político donde la verdad tenía una importancia menor. Las únicas narrativas supervivientes de la vida de Filipo se escribieron mucho después, y las más completas son la de Diodoro Sículo, que escribió su *Biblioteca Histórica* en el siglo I a.C. y la de Justino, que escribió en algún momento entre los siglos II y IV d.C. un *Epítome* de la historia general escrita anteriormente por Pompeyo Trogo. Filipo no era el tema principal en ninguno de los casos, y su carrera era simplemente un episodio bastante breve en sus narraciones más amplias del pasado. Ninguna de las fuentes sería la primera elección de un estudioso en cuanto a fiabilidad si hubiese algo mejor.

Sobre Alejandro ha trascendido mucho más material, a menudo enfocado en él y excluyendo la historia más amplia, pero aquí el problema de la distancia temporal está todavía más señalado. Tradicionalmente, los historiadores se han apoyado mucho en Arriano y Plutarco, que escribieron sus obras en el siglo II d.C., más de cuatrocientos años después de la muerte de Alejandro, tan lejanos a él como nosotros lo estamos de Isabel I y los primeros días de la América colonial. Los griegos que escribieron durante el Imperio romano (ambos eran ciudadanos romanos y Arriano era un distinguido senador) vivían en un mundo muy diferente, y resulta difícil saber cuándo interpretaban el pasado según los estándares de su tiempo.

Esto es más cierto aún de Curtio, un romano que escribió en el siglo I d.C. y que claramente estaba influido por su experiencia de haber vivido bajo emperadores romanos. Diodoro dedica más espacio a Alejandro que a Filipo, aunque han desaparecido partes sustanciales de su obra, igual que una parte significativa de la historia de Curtio relativa a los primeros años del rey y algunos de sus últimos meses de vida.

Todos los autores que han llegado hasta nosotros han utilizado fuentes que no han sobrevivido, algunas de ellas escritas por testigos presentes u otros que vivieron mucho más cerca de los acontecimientos. Arriano nos cuenta que se basó sobre todo en Aristóbulo, un miembro de la corte de Alejandro, y en Ptolomeo, uno de sus oficiales que más adelante llegaría a ser gobernante de Egipto, y que confía en ellos porque estaban en posición de saber la verdad y, en el caso de Ptolomeo, porque mentir sería «vergonzoso» para un rey. Los estudiosos han dedicado mucho esfuerzo e ingenio examinando las fuentes supervivientes con la esperanza de alcanzar las fuentes definitivas y, tomándolas como base, juzgar la veracidad del material que contienen. Así, muchos han contrastado la versión «oficial» de la carrera de Alejandro, que tiende a ser sobria y halagadora con el rey, representada por Arriano, con la «vulgata» de Diodoro y Curtio, que es hostil y sensacionalista. Así, y con la mejor de las intenciones, han intentado extraer certezas de la confusión y las contradicciones que se encuentran en las pruebas, ignorando las débiles bases de sus asunciones subyacentes y la facilidad con que se pueden venir abajo. Es más honesto y sencillamente mejor reconocer que nuestras fuentes son muy posteriores, y que no podemos estar seguros de lo fiable que era la información que tenían a su disposición, o cómo la utilizaron. Solo tenemos lo que ha llegado hasta nosotros, y lo único que podemos hacer es utilizarlo lo mejor posible, juzgando a cada autor por sus propios méritos.[3]

Las fuentes restringen lo que podemos decir sobre Filipo y Alejandro, y generaciones de estudios todavía nos dejan con muchos desacuerdos e incertidumbres. Otro motivo para escribir este libro es llevar parte de este trabajo a un público ajeno a los especialistas, y al principio debería reconocer la tremenda deuda que les debemos. La literatura sobre Filipo y Alejandro es vasta y no deja de crecer, y se va desarrollando para hacer preguntas nuevas y adoptar nuevas formas de análisis. La obsesión con Alejandro se ha convertido en un estudio más amplio de la historia de Macedonia, ampliando el abanico de temas más de lo que se hizo en el pasado. Las notas y la bibliografía les darán a los lectores interesados acceso inicial a la literatura académica. Ningunas son exhaustivas, porque citar todas las obras sobre este tema significaría que las referencias empequeñecerían el

texto principal del libro.[4]

En su mayoría, mi propia obra se ha dedicado a los romanos, así que no soy un especialista en el estudio del siglo IV a.C., y no me atrevo a decir que respondo a todas las preguntas sin respuesta ni que haya revolucionado la comprensión académica del periodo. Espero que tenga la ventaja de una perspectiva más amplia y un enfoque que es a la vez nuevo y útil. La perspectiva es uno de los mayores problemas para cualquier historiador, como lo es la excesiva familiaridad con un periodo, porque puede llevar a tomar demasiadas cosas por supuestas. El crecimiento de Macedonia bajo Filipo y Alejandro fue tan inesperado como veloz, y resulta demasiado fácil olvidarlo. Cuando Alejandro muere, todavía quedaban muchas personas que habían sido adultos durante los caóticos años anteriores a la ascensión de Filipo al trono. Aquellos años no eran tan lejanos, pero saber que las reformas de Filipo cambiaron radicalmente la naturaleza de Macedonia, convirtiéndola en una potencia formidable, y que su hijo marcharía hasta la India puede hacer que resulte difícil entender lo impresionante y pasmoso que les resultó a sus contemporáneos.

Filipo fue asesinado a los cuarenta y seis años, y Alejandro murió pocas semanas antes de su trigésimo tercer cumpleaños sin dejar un sucesor claro. Esos son los hechos, y, como muchos otros, es vital recordar que nadie sabía que aquello iba a ocurrir así, ni que llevaría a los macedonios a tantas victorias contra un amplio abanico de oponentes en condiciones muy diferentes. Una de las claves para entender a estos hombres es tener en mente lo mucho que hicieron y lo muy deprisa que lo hicieron. Hasta donde sea posible, este libro enfocará la historia como si el final fuese incierto y, aunque vuelvo a admitir mi extensa deuda con todo el trabajo que se ha hecho sobre ellos y su época, también volveré a las fuentes con una mentalidad abierta a ver qué clase de historia cuentan.

1. Ninguna fuente antigua menciona la historia de las lágrimas de Alejandro porque no le quedasen más mundos que conquistar; se trata de una invención moderna. En la obra de Shakespeare Enrique V, el famoso discurso «Otra vez en la brecha» incluye las líneas «¡Adelante, adelante, nobles ingleses! Que tenéis la sangre de padres aguerridos; padres que, como sendos Alejandros, lucharon desde el alba hasta la noche en estos campos y, por falta de oponentes, tuvieron que envainar sus espadas». Enrique V, acto III, escena 1.ª. En realidad, solo la muerte le impidió a Alejandro conseguir nuevas conquistas.
2. Plutarco, Alexander 58.4-5.
3. Arriano, Anabasis 1.1, Prefacio 1-2.
4. Una mirada a la bibliografía mostrará mi dependencia de Bosworth, Carney, Griffith y Hammond en concreto entre otros muchos. Tras décadas de reevaluación parecía poco útil referirme a Tarn y otros, cuyas ideas encontrarían poco apoyo en estos días. Esto no es negar la enorme contribución al campo que hicieron generaciones de estudiosos. La actitud ha cambiado y las interpretaciones anteriores de Alejandro no han envejecido bien, pero la Historia, por naturaleza, requiere reevaluaciones constantes de las pruebas y nuestro entendimiento de ellas.

PRIMERA PARTE:
FILIPO II 359-336 A.C.

«Tus pensamientos alcanzan más allá del cielo»

1.
EN EL PRINCIPIO

Mucho antes de Filipo o Alejandro existía Macedonia, un reino en el norte de Grecia gobernado por la dinastía Argéada. La naturaleza de esta familia es importante, puesto que la aristocracia nunca cuestionó su derecho único para convertirse en reyes. Una justificación era que los argéadas decían ser distintos, en origen extranjeros, descendientes de un noble exiliado de la ciudad de Argos en el sur del Peloponeso griego que, en el siglo VII a.C. viajó al norte con su familia y su personal y conquistó un nuevo reino. Como aristócratas de Argos, decían que Hércules, el semidiós hijo de Zeus, era el fundador de su linaje, y a menudo lo adoraban como *Herakles Patruoüs* (el «ancestro» o «padre»). Esas historias eran corrientes en el Mundo Antiguo; es conocido que los romanos se jactaban de que su ciudad había sido fundada por Rómulo, hijo de Marte y descendiente de Eneas, a su vez hijo de Venus, que había encabezado a un grupo de troyanos tras el saqueo de su ciudad para asentarse en Italia. Hacia el siglo I a.C., los eduos, una gran tribu que vivía en las Galias, decían ser descendientes de otros refugiados de Troya, lo que los convertía en «hermanos» de los romanos y facilitó la alianza entre la tribu y la república romana.[5]

A las comunidades antiguas les gustaban esa clase de historias, y se las inventaban alegremente cuando les resultaba conveniente, lo que hace que sea difícil saber si alguna de esas historias contiene la más mínima traza de verdad. Quizá los argéadas provenían de algún otro lugar, y fuesen un jefe y su grupo de guerreros obligados a abandonar su patria o emigrantes en busca de oportunidades, pero es imposible saberlo. Fuese cual fuese el motivo, solo un argéada podía ser rey de Macedonia, una norma que nunca se rompió hasta la extinción definitiva de la dinastía con el asesinato de Alejandro IV, hijo de Alejandro Magno, en 310 a.C. Algo en el linaje argéada se consideraba especial y sagrado, porque el rey desempeñaba un importante papel por estar de algún modo relacionado más de cerca con los dioses. La tradición decía que uno de los antepasados de

Filipo, recién nombrado rey tras la muerte de su padre, fue llevado en brazos siendo bebé para unirse al ejército macedonio en su combate contra los ilirios, convirtiendo la derrota en una victoria. Más normal era que el rey adulto encabezase al ejército en todas las ocasiones importantes y presidiese los festivales principales, y las tareas reales de cada día comenzaban con el rey en persona cortándole el cuello al animal de sacrificio.[6]

Los argéadas eran especiales al ser los únicos poseedores del derecho a gobernar, pero eso no le daba una gran estabilidad a Macedonia, dado que cualquier hombre argéada podía ser rey si gran parte del pueblo lo apoyaba o al menos estaba dispuesta a aceptarlo. Por lo que sabemos, no había una regla fija al respecto de quién sería el sucesor a la muerte del rey. Si su primogénito era adulto, probablemente necesitarían un buen motivo para no elegirlo, pero sin duda era posible. Se podía preferir a sus hermanos, o a miembros de otra familia de la dinastía. Aunque un grupo de hombres adultos que representaba al pueblo en armas, o al menos a los más significativos entre ellos, aclamaban a un nuevo rey haciendo chocar las armas contra los escudos, no existía el concepto de elección para elegir a los candidatos reales. En lugar de eso, un hombre decía ser el rey y más adelante veía si lo apoyaban y era capaz de sobrevivir. En ocasiones había muchas otras opciones disponibles, porque los argéadas eran prolíficos, ayudados por su tradición de poligamia. También tendían a vivir mucho, al menos si no encontraban un final violento.[7]

Del principio se conocen los nombres de los reyes, incluyendo el primer Filipo, pero poco más es seguro, y la dinastía comienza a aparecer en la historia registrada en la segunda mitad del siglo VI a.C., con el gobierno de Amintas I, que fue sucedido alrededor de 598 a.C. por su hijo Alejandro I, y luego en 454 a.C. por su nieto Pérdicas II. Tras esos largos reinados, el reino se volvió menos estable; muchos de los monarcas posteriores fueron asesinados por quienes los rodeaban. En 399 a.C., Arquelao I fue asesinado durante una cacería; los conspiradores no consiguieron hacer que pareciese un accidente. El filósofo Aristóteles juzgaba que el rey había sido asesinado debido a sus propios vicios, muriendo a manos de un decepcionado joven amante, aunque explica que la política, junto con los rencores personales, jugó un papel. Arquelao había gobernado bastante prósperamente durante catorce años, fortaleciendo su reino, pero había alcanzado el poder mediante asesinatos y ejecuciones. Era el hijo del rey Pérdicas II, pero el filósofo Platón afirma que su madre no era más que una esclava posesión de su tío. Puede que solo se trate de un insulto, un malentendido por la poligamia real o incluso sea cierto, lo que confirmaría que el hijo de una concubina podía ser reconocido como legítimo. Arquelao mató a su tío, al hijo de su tío y también a un

medio hermano para llegar a coronarse.[8]

Amintas III se proclamó rey en 393 a.C., el quinto rey en seis años desde el asesinato de Arquelao. Puede que uno de sus cuatro antecesores muriese de enfermedad, pero el resto fueron asesinados, y los detalles concretos y la duración de sus reinados son difíciles de descifrar. Muy probablemente, Amintas asesinó a su inmediato predecesor. El nuevo rey era bisnieto de Alejandro I. El primer Alejandro tuvo una vida larga y había tenido al menos seis hijos, incluyendo al abuelo de Amintas, pero ni este ni el padre de Amintas habían sido reyes. Por el motivo que fuese, la familia había sido ignorada hasta entonces, porque Amintas ya era un hombre maduro y a esas alturas claramente todavía no había sido contemplado como un candidato obvio para el trono. Pero a pesar de la gran mortalidad entre los argéadas durante los últimos años, algunos rivales sobrevivieron y pronto reaparecieron. Aparte de la amenaza que suponían los propios parientes de Amintas, su reino estaba rodeado por enemigos extranjeros.[9]

Los primeros en actuar fueron los ilirios, viejos adversarios de los macedonios, que vivían en el noroeste. Era un pueblo numeroso y belicoso dividido en muchas tribus diferentes que seguían a reyes y jefes distintos. Ilirios era el nombre que los griegos les dieron a los «bárbaros» que vivían en esta zona, igual que habían nombrado a otros grupos como celtas, tracios o escitas porque les parecían similares y les resultaba más sencillo utilizar términos generales que comprender la complicada realidad de tribus y clanes. Hay pocas razones para creer que los ilirios tuviesen un gran sentido identitario común, y desde luego no poseían idea alguna de país. Sin embargo, para principios del siglo IV a.C., un líder llamado Bardilis, muy probablemente rey de una tribu llamada los dárdanos, había unido bajo su mando no solo a su propio pueblo, sino a muchos de sus vecinos. Puede que estuviese tras la gran invasión que golpeó el corazón de Macedonia unos pocos meses antes de que Amintas III se proclamase rey. Fuese cual fuese el grupo de ilirios responsable, el nuevo rey se vio obligado a huir y probablemente se refugió en Tesalia, el vecino sureño de Macedonia.[10]

Amintas acabó por regresar, ayudado por sus aliados tesalios; normalmente a los ilirios les interesaba más el saqueo y la extorsión que la ocupación permanente, de modo que Amintas no tuvo que expulsarlos. Es posible que un hombre llamado Argeo hubiese aprovechado la fuga del rey para hacerse con el trono, porque según Diodoro, algunas de sus fuentes dicen que el hombre gobernó durante dos años, pero todo este episodio resulta oscuro y difícil de interpretar. Una década después tuvo lugar otro importante ataque ilirio, al que pronto siguió la hostilidad de algunas de las comunidades

griegas de la Calcídica, la región de tres penínsulas situada al este. Estaban encabezadas por Olinto, una ciudad-estado que Amintas había intentado apaciguar en el pasado. El rey se vio obligado a huir de nuevo, y esta vez necesitó la ayuda de Esparta para recuperar el trono en 382 a.C.[11]

Resulta difícil saber cuánta parte de Macedonia llegó a controlar Amintas durante su reinado. El corazón del reino era la Baja Macedonia, las ricas llanuras al norte del monte Olimpo y alrededor del golfo Termaico en la costa del Egeo. Era una buena región agrícola, con una población más asentada que habitaba en pueblos y aldeas. Más importantes eran el antiguo centro real en Egas, el «lugar de las cabras» (la moderna Vergina), y la ciudad aún mayor de Pela, que había crecido en tamaño e importancia bajo Arquealo I. La Baja Macedonia estaba rodeada de montañas. La Alta Macedonia se encontraba más allá, también encerrada por cordilleras cruzadas solo por un puñado de pasos. Su población era todavía predominantemente ganadera, y estaba dividida en varias regiones de carácter independiente, como la Lincéstide y la Elimia, cada una con su propia dinastía real. No parece que esos reyes locales cuestionasen nunca a los argéadas por el gobierno de toda Macedonia, pero se resistían firmemente al control central y estaban dispuestos a luchar para conservar su independencia, incluso aliándose con ilirios y otros vecinos como los molosos del Epiro al oeste. Los reyes argéadas, más fuertes, imponían su voluntad en la mayor parte de la Alta Macedonia. Monarcas más débiles, como Amintas, tenían que esforzarse para conciliar y persuadir.[12]

Amintas III tuvo al menos dos esposas, y hasta donde sabemos estuvo casado con ambas mujeres simultáneamente, no en sucesión. La poligamia les resultaba extraña y aberrante a la mayoría de los griegos, o al menos a los hombres atenienses educados, que conforman abrumadoramente lo que nos gusta considerar como la opinión griega. En el mundo griego, la poligamia era la marca de un tirano, del que se esperaba que fuese un depredador sexual, y generalmente inmoral y cruel (todo lo cual dirían posteriormente sobre Filipo sus críticos atenienses). Los monarcas extranjeros, particularmente el rey de reyes en Persia, tendían a ser polígamos, lo que reforzaba la sensación de que se trataba de algo extraño inherentemente malo. Los atenienses se sentían incómodos con la idea de que las reinas tuviesen influencia política alguna, así que tener más de una reina al mismo tiempo, todas rivalizando por el poder, les parecía especialmente sinestro.[13]

Nuestra mejor evidencia de la poligamia macedonia nos llega del propio Filipo, que tomó siete, o posiblemente ocho, esposas. Las dos esposas de su padre y el número de argéadas sugiere que se trataba de una tradición establecida, dado que de no haber sido así sin duda

nuestras fuentes criticarían a Filipo por lo que considerarían una innovación de mal gusto. No hay pruebas directas de poligamia entre los macedonios en general, así que podría ser exclusiva entre los argéadas o más probablemente, del rey. Uno de los resultados era que a menudo había muchos reyes en potencia, algunos de ellos dispuestos a desafiar al rey de turno. Como hemos visto, la mayoría de los reyes macedonios tuvieron muertes violentas, normalmente a manos de alguien cercano, y lo mismo se puede decir de otros argéadas, asesinados porque habían pretendido, o se temía que pretendiesen, el trono.

Una de las esposas de Amintas III, Eurídice, dio a luz a Filipo en 382 a.C., o quizá un poco antes, en 383 a.C., basándonos en que una fuente nos dice que tenía cuarenta y seis años cuando murió, y otra nos dice que cuarenta y siete. La discrepancia puede deberse a los diferentes métodos de contar, y si se considera que desde el nacimiento el individuo ya tiene un año. Para aumentar a la confusión, los griegos utilizaban varias maneras de medir el tiempo, normalmente basadas en meses lunares, y ninguna de ellas corresponde al moderno calendario solar de doce meses, derivado como sabemos del sistema introducido por Julio César en 46 a.C. Esto significa que incluso cuando una fuente nos da una fecha para algo, puede haber ocurrido a finales de lo que para nosotros es el año anterior. De hecho, bastante a menudo, los historiadores y biógrafos antiguos no se molestan en entrar en muchos detalles sobre el nacimiento de alguien, a menos que coincidiese con un suceso importante o más tarde se rodease de historias que profetizaban un gran destino. Como resultado, no podemos estar seguros de en qué año nacieron César, Cleopatra o Marco Antonio, por no mencionar a muchas otras figuras menos conocidas del Mundo Antiguo, dado que ninguna de nuestras fuentes nos lo dice.[14]

Las historias antiguas tampoco conservan ninguna anécdota sobre el nacimiento o la infancia de Filipo. Esto tampoco es extraño, excepto por un puñado de individuos como Alejandro y el emperador Augusto, y en esos casos mucho será producto de invenciones románticas posteriores. Las vidas de mujeres y niños rara vez ocupaban la atención de nuestras fuentes. Con respecto a César y otros aristócratas romanos de su época podemos obtener alguna idea de los rituales que rodeaban a los nacimientos, comunes entre su clase social, y nos dan una imagen genérica del suceso. Simplemente no existe información similar sobre las prácticas de la familia real macedonia en el siglo IV a.C., o tiene poco valor; se dice que Filipo echó a uno de sus oficiales por tomar baños calientes, un lujo que los macedonios no permitían siquiera a las mujeres de parto, mientras que sabemos que Artemisa Ilitía, diosa de los nacimientos, era venerada en el lugar sagrado de

Díon. Dado que los rituales y sacrificios impregnaban todos los aspectos de la vida del Mundo Antiguo, especialmente para los reyes de Macedonia, podemos suponer con cierta certeza que el nacimiento del hijo de Amintas III fue celebrado con la debida ceremonia, al menos dentro de su casa. En el mundo exterior pocos habrían prestado mucha atención, porque Macedonia se encontraba en los límites, algunos dirían incluso más allá, del mundo de los griegos, y no era una gran potencia ni estaba considerada un importante centro cultural.[15]

El parto era un momento peligroso tanto para la madre como para el bebé. La madre de Filipo ya había sobrevivido a la experiencia al menos dos veces, porque le había dado a su esposo otros dos hijos, Alejandro y Pérdicas. En algún momento, la pareja también tuvo una hija, Eurínoe, pero no está claro qué orden ocupa entre los hermanos, aunque lo más probable es que fuese mayor que Filipo. Ellos cuatro son los hijos que alcanzaron la edad adulta, y es muy posible que existiesen otros que no sobrevivieron. Las cifras de mortalidad infantil eran pasmosamente altas en el Mundo Antiguo, aunque algunos creen que el corazón del reino de Amintas sufría una plaga de mosquitos portadores de malaria, lo que incrementaba el riesgo para todas las edades. A pesar de esto, la madre y los cuatro hijos sobrevivieron y vivieron más que el esposo.[16]

Amintas III también se casó con una mujer llamada Gigea, con quien tuvo otros tres hijos, todos los cuales alcanzaron la edad adulta. Los tres hijos de Eurídice eran preferidos como candidatos al trono por encima de los de Gigea, lo que podría sugerir que estos eran más jóvenes, a menos que hubiese otros motivos para que fuesen ignorados. Es posible que otra esposa o esposas hayan quedado sin pasar a la Historia, porque Diodoro menciona a un hijo más de Amintas. Tampoco era completamente inconcebible que un hijo ilegítimo fuese reconocido como el auténtico sucesor. Así, es posible que desde su nacimiento Filipo tuviese la posibilidad de llegar a ser rey, pero es improbable que fuese obvio o no tuviese oposición, y si sus hermanos mayores hubiesen vivido más tiempo quizá nunca habría gobernado.[17]

Eurídice venía de una de las dinastías de la Alta Macedonia, porque su abuelo materno era rey de la Lincéstide. Pero su padre se llamaba Sirras y puede que fuese ilirio. La Alta Macedonia corría riesgo constante de saqueos ilirios y hubiese tenido mucho sentido que una dinastía local formase una alianza por matrimonio con un líder poderoso de las tribus. A su debido tiempo, Filipo tomaría una esposa iliria por los mismos motivos, así que no hay nada inherentemente imposible en este escenario, aunque algunos estudiosos prefieren creer que era totalmente lincéstida. Plutarco dice que Eurídice era iliria,

«tres veces bárbara», y afirma que era analfabeta hasta que, de adulta, aprendió a leer y escribir griego junto con sus hijos. Cita una inscripción ahora perdida que ella dedicó a las Musas, «cuando consiguió lo que más deseaba aprender, madre de jóvenes y vigorosos hijos, y gracias a su diligencia consiguió aprender las letras».[18]

Dos inscripciones encargadas por Eurídice han sobrevivido de Egas, ambas dedicadas a Euclea en el templo consagrado a esta deidad de la buena reputación. En Atenas se construyó el templo de Euclea para conmemorar la victoria sobre los persas en la batalla de Maratón, pero en otras ciudades griegas las capillas no parecen haber tenido ninguna relación con la guerra. En su lugar, se relacionaba a la diosa con Artemisa (la cazadora virgen gemela de Apolo) y en ocasiones se afirmaba que era la hija de Hércules; sus templos se encontraban cerca de mercados y a menudo eran visitados por parejas que le hacían ofrendas antes de casarse. Fuese cual fuese la naturaleza concreta del culto de Euclea en Egas, Eurídice es la primera mujer de la familia real macedonia que ha dejado algún rastro de presencia pública, aunque puede que esto solo sucediese tras la muerte de su esposo.

Se cree que algunas mujeres ilirias eran entrenadas como guerreras, lo que provoca conjeturas (si es que era de hecho la hija de uno de los líderes tribales) acerca de que la esposa de Amintas era mucho más enérgica que la mayoría de las mujeres de la familia real macedonia. Dado que sabemos muy poco sobre ella, no es buena idea hacer algo más que conjeturar, y podría ser que simplemente Eurídice tuviese una fuerte personalidad y que las circunstancias le permitiesen reafirmarse. Muchos griegos, y especialmente atenienses, se horrorizaban ante la idea de que una mujer ostentase el poder, así que no es coincidencia que algunas de las fuentes la describan de un modo extremadamente hostil como traicionera y esclava de sus pasiones. Hay temas similares recurrentes cuando nos encontramos con otras mujeres enérgicas de familias reales.[19]

Amintas III murió en 370 a.C. Según ejemplos recientes de la familia argéade había vivido mucho tiempo, sobreviviendo a amenazas procedentes de todas partes, aunque a menudo al precio de hacer importantes concesiones a potencias extranjeras, dejando su reino débil y vulnerable. Aparentemente, murió de causas naturales, lo que sería un logro en sí mismo en la sangrienta política de los argéadas. Justino, en su *Epítome*, repite una historia acerca de un complot de Eurídice para asesinar a su esposo. En esta versión, estaba teniendo una relación con el esposo de su hija, y había planeado casarse con él y colocarlo en el trono en lugar de Amintas. No se cuenta qué habían planeado para Eurínoe, pero esta descubrió el complot y se lo reveló a su padre. La conspiración se vino abajo, y se supone que el rey le perdonó la vida a su esposa por el bien de sus

hijos. Esta anécdota estrambótica e inverosímil no aparece en ninguna otra fuente, y es la única evidencia de la existencia de Eurínoe, la hermana de Filipo.[20]

Alejandro II, el hijo mayor de Eurídice, ocupó el trono. Filipo tenía alrededor de doce años, y su hermano dieciocho o más, dado que era improbable que alguien más joven hubiese gobernado sin un regente. Sin duda era activo y osado, y pronto encabezó una expedición para intervenir en una lucha de poder en Tesalia. Pero Macedonia seguía siendo débil y estaba amenazada desde todas partes. Los ilirios volvían a estar activos, y puede que Alejandro II comprase la paz pagándolos tributo, como los reyes anglosajones pagaban el *danegeld* para mantener alejados a los vikingos o la gente que paga dinero a los mafiosos por protección. En esos casos, esas medidas desesperadas no proporcionan un respiro permanente, porque el agresor regresa pronto. Puede que Filipo fuese enviado como rehén para cimentar el acuerdo. Tebas, ahora dominante tras infligir una impresionante derrota a los espartanos en Leuctra en 371 a.C., también estaba activa en Tesalia en esta época, y Macedonia no podía esperar competir por sí sola con una importante potencia griega. En 396 a.C., el general tebano Pelópidas le impuso la paz a Macedonia y a las ciudades enfrentadas de Tesalia, y como parte de este acuerdo Filipo fue sin duda enviado a Tebas como rehén junto con treinta hijos de nobles macedonios.[21]

Filipo pasó casi tres años en Tebas, gran parte del tiempo viviendo como invitado en la casa de Pammenes, un aristócrata rico con buenos contactos. Aunque no era libre de marcharse, se trataba de un confinamiento muy relajado y cómodo. Durante generaciones, los argéadas habían recibido con los brazos abiertos la cultura griega, y especialmente la ateniense, de modo que Filipo ya había leído y conocía las grandes obras de la literatura y el teatro. Un muchacho macedonio también estaba preparado para la guerra; había aprendido a cabalgar y luchar desde tierna edad. Cazar era al tiempo la gran afición de la aristocracia y entrenamiento para la guerra. Se decía que un macedonio tenía que sentarse en lugar de reclinarse en el comedor hasta que hubiese matado a un jabalí sin haberlo atrapado en una red. Sin duda, esa costumbre solo se aplicaba a los hombres de la aristocracia, y puede que en la práctica fuese menos rígida de lo que pensaban los extranjeros, pero de un joven argéada se esperaba valor y destreza con las armas.[22]

Las ciudades-estado griegas consideraban a las monarquías como la de Macedonia inherentemente retrasadas. Aun así, la cultura aristocrática en la mayoría de las ciudades seguía estando más cercana a esas costumbres anticuadas. Los aristócratas se podían permitir tener caballos, montar por placer, para viajar y por la emoción de la caza.

En Atenas y en otras partes, la clase más rica era conocida como *hippeis*, jinetes o caballeros. También tenían el tiempo libre para estudiar y analizar, y para dedicarse por completo al entrenamiento físico, las competiciones y las demostraciones del gimnasio. Pelópidas era famoso por su obsesión con el entrenamiento físico y el culturismo. Aunque la experiencia fuese distinta, no era completamente ajena a la educación de Filipo. Posteriormente, su actitud hacia Tebas sería pragmática, lo que sugiere que no sentía por ella un gran cariño ni un odio especial. Trató a Pammenes como a un amigo, y aunque le resultaba políticamente conveniente hacerlo, bien puede ser que el sentimiento fuese genuino. Se creía que aceptar la hospitalidad de un aristócrata, fuese simplemente visitando su país a título privado, como representante del estado o incluso como rehén creaba un lazo entre ambas partes, una amistad ritualizada familiar en los poemas de Homero. Una fuente afirma que Pammenes y Filipo eran amantes, pero esta clase de historias son lo suficientemente corrientes cada vez que un joven entraba en contacto con un hombre famoso y es imposible saber si hay algo de verdad en ellas.[23]

Pammenes era un hombre importante que ya tenía una cierta reputación familiar y llegaría a liderar ejércitos tebanos. Tenía muy buena relación con Epaminondas, que junto con Pelópidas había encabezado la reciente ascendencia tebana, dirigiendo al ejército y luchando en la vanguardia en la derrota de los espartanos en Leuctra. A través de su anfitrión, Filipo estableció contacto con el general más famoso de su tiempo. Epaminondas era un hombre serio, devoto de la filosofía pitagórica que, aparte de su interés en números y fórmulas, le hacía negarse a comer carne o a participar en sacrificios animales. Aunque aristócrata de nacimiento, no era rico y se le consideraba una especie de excéntrico porque parecía disfrutar de una vida sencilla dedicada al aprendizaje y la virtud. Plutarco dice que Filipo «comprendía su (la de Epaminondas) eficiencia en la guerra y las campañas», pero que ni por naturaleza ni por elección se sintió inclinado a copiar su «autocontrol, justicia, magnanimidad y amabilidad, en lo que Epaminondas sobresalía».[24]

Algunas fuentes antiguas dicen que los años pasados en Tebas tuvieron una importante influencia sobre Filipo, pero no entran en detalles. Los estudiosos modernos a menudo han ido mucho más allá, afirmando que en aquellos años aprendió a utilizar equipamiento militar y fue adiestrado en táctica, estrategia, política y diplomacia. Lo único que podemos decir con certeza es que durante varios años experimentó la vida entre la élite en una importante ciudad-estado griega. Tuvo la oportunidad de ser testigo de los caprichos de la política tebana y entre la más amplia comunidad de ciudades-estado, porque en aquellos años el prestigio de Tebas estaba en su cénit. La

política y la guerra habrían ocupado el mismo tiempo o más en las conversaciones entre sus anfitriones que las ideas y la cultura. Cuánto comprendió y aprendió de ello es pura conjetura.[25]

A finales de 368 a.C. o a principios de 367 a.C. (no podemos estar seguros debido a los sistemas de datación), Alejandro II de Macedonia fue apuñalado durante una danza guerrera ritual (*telesias*) celebrada como parte de un festival, situación que propició que se viese rodeado por varios jóvenes armados. Aunque un hombre fue ejecutado por el asesinato, la mayoría parece haber creído que la conspiración estaba encabezada por Ptolomeo de Aloro, al que se menciona como prominente de la corte de Amintas III en una inscripción en Atenas. Diodoro dice que Ptolomeo era hijo de Amintas y hermano del joven rey. Quizá fuese hijo de una tercera y por otra parte desconocida esposa de Amintas, o simplemente un argéada de otra rama de la familia, pero como de costumbre, sencillamente no lo sabemos. Justino culpa a Eurídice del asesinato de su propio hijo, así que algunos historiadores han identificado a Ptolomeo como el anónimo yerno y amante con el que supuestamente había conspirado unos años antes.[26]

Pérdicas no era aún lo bastante mayor como para sucederlo, así que Ptolomeo se hizo cargo como regente o guardián (*epitropos*). No acuñó monedas con su nombre, y las opiniones están divididas acerca de si se proclamó o no rey, pero no hay duda de que se convirtió en gobernante de Macedonia en todos los aspectos importantes. Puede que se casara con Eurídice, y parece ser que esta tuvo un perfil bastante público durante estos años. Aunque esto podría confirmar la historia de Justino de ilícita pasión asesina, es también posible que no tuviese ningún poder de decisión en el asunto y sencillamente hiciese lo que era necesario para protegerse a sí misma y al resto de sus hijos. Que tengamos pruebas de que dedicase una estatua en un templo de la diosa de la buena reputación podría ser puro azar, un intento de acallar las mentiras que se contaban de ella, o incluso un osado desafío a la verdad.[27]

La posición de Macedonia siguió siendo débil. Pelópidas de Tebas intervino pronto tras el asesinato, pero moderó su postura y alcanzó un acuerdo cuando Ptolomeo se las arregló para sobornar a algunos de los mercenarios que servían con los tebanos. Ptolomeo tuvo que enviar a Tebas a otros cincuenta rehenes, incluído su propio hijo, pero conservó el poder. En 367 a.C. apareció una amenaza más directa cuando Pausanias, un argéada exiliado, probablemente perteneciente a otra rama de la familia real, atacó con su propio ejército de mercenarios. Este pretendiente organizó su campaña desde la Calcídica al este y encontró importantes apoyos, fuese por su propia reputación o por la antipatía hacia Ptolomeo. Varias comunidades

macedonias fueron tomadas rápidamente o decidieron darle la bienvenida al pretendiente. Ptolomeo carecía de las fuerzas para derrotarlo, así que hizo lo que muchos gobernantes macedonios habían hecho en el pasado y buscó ayuda externa.[28]

Ifícrates era un famoso general ateniense que había pasado gran parte de su vida en campañas en el norte como representante de su ciudad y líder mercenario. Se había casado con una princesa tracia y en ciertos momentos había tenido tratos con Macedonia y Amintas III, de quien se decía que lo había adoptado. En estos momentos estaba al mando de un escuadrón de naves de guerra atenienses que viajaba por la costa cerca de la ciudad de Anfípolis tratando de reestablecer una presencia ateniense en la Calcídica a pesar de la hostilidad de las ciudades de la zona. Ptolomeo le pidió ayuda, aunque nuestras fuentes sugieren que fue Eurídice quien tomó la iniciativa y le pidió a Ifícrates que acudiese en su ayuda. Décadas después, el orador ateniense Esquines se jactaría de haberle recordado a Filipo aquel favor, afirmando que su madre «puso a tu hermano en brazos de Ifícrates y a ti sobre sus rodillas, porque solo eras un niño». Ella le recordaría al general ateniense a su fallecido esposo Amintas, que «te hizo su hijo y disfrutó de la amistad de la ciudad de Atenas». En honor a esa relación, le rogó su protección para sus hijos y para Macedonia. El llamamiento surtió efecto e Ifícrates echó a Pausanias «de Macedonia y conservó la dinastía para ti».[29]

Esquines contó la historia décadas después mientras se defendía de acusaciones de mala conducta durante una embajada a Filipo, y se afanó en demostrar que le había recordado al monarca macedonio los servicios prestados en el pasado por Atenas a él y su familia. Los discursos, especialmente los pronunciados en la acalorada atmósfera de la política ateniense, no eran conocidas por su estricta adherencia a la verdad, y parte de este relato es definitivamente extraño. Filipo tenía catorce o quince años por entonces, Pérdicas al menos un año más, así que ninguno de ellos era pequeño y la imagen de sentarse en las rodillas del general ateniense resulta altamente improbable. Además, Filipo era rehén en Tebas por entonces, en absoluto cerca de la corte real. Por otra parte, el discurso estaba pensado para convencer a sus compatriotas atenienses de la antigua buena voluntad de Filipo, y hubiese sido extraño y peligroso para Esquines decir todo eso si no hubiese existido base alguna para afirmar que Atenas había ayudado a la familia real durante esta crisis. Es muy probable que más que inventar, embelleciera los detalles. En un instante anterior del discurso, Esquines dijo que hubo un momento en que Filipo y Pérdicas corrían peligro y Eurídice «había sido traicionada por quienes decían ser sus amigos». Quizá fuese una alusión al asesinato de Alejandro y la toma del poder por Ptolomeo, sugiriendo que la reina fue un peón

atrapado en una lucha de poder más que una conspiradora adúltera. La única mención de Ptolomeo en el discurso está lejos de ser positiva, porque casi en cuanto Pausanias había sido rechazado, el regente colaboró con Tebas y se alió con la ciudad de Anfípolis contra Atenas. Esquines califica estos actos como «desagradecidos y escandalosos», aunque eran característicos de los rápidos cambios de alianzas hechos por los monarcas macedonios... y por la propia Atenas.[30]

Ptolomeo fue asesinado en 365 a.C. por Pérdicas o por alguien que actuaba en su nombre, y el segundo de los hermanos de Filipo se convirtió en gobernante único, sin ser controlado por un regente. Quizá simplemente había alcanzado una edad en la que ya podía gobernar solo o ya no se le podía controlar fácilmente, lo que provocaría una lucha de poder que culminó en el asesinato. Su política no difirió de la del regente muerto y al principio no favoreció a Atenas. En lugar de ello, renovó la alianza con Tebas, y como parte del acuerdo Filipo regresó a casa. Nunca volvería a verse en manos de enemigos ni de ninguna potencia extranjera.[31]

---

5. Herodoto 8.137 sobre la historia de los orígenes de los argéadas como exiliados de Argos, una afirmación repetida por Tucídides 2.99.3, 5.80.2, y en general ver N. Hammond y G. Griffith, A History of Macedonia. Volume II 560-336 a.C. (1979), pp. 3-11, 27-8, 31-9; sobre los eduos, véase D. Braund, «The Aedui, Troy, and the Apocolocyntosis», Classical Quarterly, 30 (1980), pp. 420-5.
6. Sobre el bebé llevado al campo de batalla para asegurar la victoria sobre los ilirios, véase Justino 7.2.8; sobre el papel religioso del rey, véase N. Hammond, The Macedonian State. The Origins, Institutions and History (1989), pp. 21-3.
7. Sobre la aclamación de un rey haciendo chocar armas, ver Curtio 10.713-14, donde describe un episodio tras la muerte de Alejandro; sobre la sucesión, ver la discusión en E. Anson, «Philip II, Amyntas, Perdiccas and Macedonian royal succession», Historia, 58 (2009), pp. 276-86, esp. 277-80.
8. Diodoro 14.37.6, Aristóteles, Política 1311b8-35, con discusión en Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp.167-8; sobre Arquelao como hijo de una esclava, ver Platón, Gorgias, 471a-c.
9. Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 167-72, D. March, «The kings of Macedon 399-369 a.C.», Historia, 44 (1995) pp. 257-82, que cuestiona la reconstrucción ortodoxa de la cronología.
10. Diodoro 14.92.3, con Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 172-3, y N. Hammond, «The kingdoms in Illyria circa 400-167 a.C.», The Annual of the British School in Athens, 61 (1966), pp. 239-53.
11. Diodoro 14.92.3-4, 15.19.2-3, Isócrates 6.46, Jenofonte, Helénicas

5.2.11-20, 42, 5.3.1, 3-6, 26, con Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 177-8 y E. Borza, In the Shadow of Olympus. The Emergence of Macedonia (1990), pp. 182-9, y 296-7 sobre el asunto de Argeo.
12. Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 14-22 sobre las dinastías de la Alta Macedonia.
13. E. Carney, Women and Monarchy in Macedonia (2000), pp. 23-27, y E. Carney, «The politics of polygamy: Olympias, Alexander and the murder of Philip», Hisstoria, 41 (1992), pp. 169-89, esp. 1.717-2.
14. Pausanias 8.7.6, donde se dice que Filipo tenía cuarenta y seis años cuando fue asesinado en el 336 a.C., y Justino 9.8.1, que nos dice que tenía cuarenta y siete años.
15. Sobre el estatus de la familia real macedonia véase Hammond, The Macedonian State, pp. 16-24; el capítulo «Elite education and high culture in Macedonia», en E. Carney, King and Court in Ancient Macedonia. Rivalry, Treason and Conspiracy (2015), pp. 191-205 reúne información sobre la educación, extraída en gran parte de fuentes relativas a Alejandro Magno. Existe muy poco al respecto de los primeros años; sobre despedir a un oficial por tomar baños calientes, Polieno, Estratagemas, 4.2.2; para el culto de Artemisa, véase P. Christesen y S. Murray, «Macedonian Religion», en J. Roisman e I. Worthington (editores), A Companion to Anciente Macedonia (2010), pp. 428-45; esp. 431.
16. Justino 7.4.5., 7 sobre los hijos de Eurídice; sobre la malaria, véase la exposición en E. Borza, «Some observations on malaria and the ecology of Central Macedonia», American Journal of Ancient History, 4 (1979), pp. 102-24.
17. Véase Carney, Women and Monarchy in Macedonia, pp. 40-6 sobre Eurídice y 46-7 sobre Gigea.
18. Plutarco, La educación de los niños 20 (14).
19. Sobre Eurídice, véase G. Macurdy, «Queen Eurydice and the evidence for woman power in early Macedonia», The American Journal of Philology, 48 (1927), pp. 201-14 y referencias en n. 9; algunos han dudado de que la obra que contiene la cita de Plutarco fuese realmente escrita por él, véase Carney, Women and Monarchy in Macedonia, p. 269 nn. 12-14 una exposición detallada y referencias.
20. Diodoro 15.60.3, Justino 7.4.5, 7.8, con Carney, Women and Monarchy in Macedonia, pp. 39-40, 42.
21. Justino 7.5.1, Diodoro 16.2.2, Plutarco, Pelópidas 26, todas las cuales difieren en los detalles.
22. Ateneo 1.18 afirma que el hijo de uno de los mariscales de Alejandro se sentó en los banquetes hasta los treinta y cinco años porque no había hecho este rito de paso.
23. Filipo y Pammenes como amantes en Suidas, s.v. Karanos.

24. Plutarco, Pelópidas 26.4-5 (traducción de Loeb).
25. Ver por ejemplo I. Worthington, Philip II of Macedonia (2008), pp. 17-19, R. Gabriel, Philip II of Macedonia. Greater than Alexander (2010), pp. 23-8, Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 204-6; sobre la importancia de esos años, Justino 6.9.7, 7.5.3.
26. Diodoro 15.7.1, Justino 7.5.4, Plutarco, Pelópidas 26-7, Marsias FGrH 135/6 = Ateneo 14.629d, Hammond y Griffith, A History of Macedonia, p. 181-4, Borza, In the Shadow of Olympus, pp. 190-5, Carney, Women and Monarchy in Macedonia, pp. 42.4.
27. A Ptolomeo se le llama epitropos en Plutarco, Pelópidas 27.3 y en Esquines, Sobre la embajada 2.29, pero rey (basileus) en Diodoro 15.71.1, 77.5 y para alguna lista moderna de reyes, en Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 183-4; la afirmación de que Eurídice se casó con Ptolomeo se basa en un comentario de un estudioso en Esquines, Sobre la embajada 2.29.
28. Plutarco, Pelópidas 27-8, Diodoro 16.2.6, Esquines, Sobre la embajada 26-9, Nepote, Ifícrates 3.2.
29. Esquines, Sobre la embajada 2.28-9.
30. Ibid., 2.26,29.
31. Diodoro 15.77.5, 16.2.4.

2.
CRISIS

Filipo era libre tras años como rehén en Tebas, tenía alrededor de diecisiete años y regresaba a una Macedonia gobernada por su hermano Pérdicas. Era un momento importante, aunque es imposible decir cómo se sentía, cuál era su carácter a esta edad o ni siquiera gran cosa sobre su aspecto. Sobreviven pocas imágenes de Filipo, y todas lo muestran a una edad más avanzada, con el rostro arrugado y sin un ojo. En 1977, unos arqueólogos que trabajaban en Vergina, el lugar de la antigua Egas, excavaron en un gran túmulo y llegaron a la conclusión de que una tumba sellada pertenecía a Filipo y contenía sus restos cremados. A partir de ellos se hizo una famosa reconstrucción de los rasgos de este hombre con la esperanza de obtener cierto conocimiento de la persona que convirtió Macedonia en un reino formidable. La identificación no es incuestionable, pero está fundamentada.

Esta tumba, la Tumba II, era una de las tres ocultas por el túmulo, y es probable que todas perteneciesen a la realeza y están fechadas a finales del siglo IV a.C., lo que reduce las posibilidades en cuanto a quién está enterrado en ellas. La Tumba I fue abierta y saqueada en la Antigüedad, y entre los huesos se encontraban los de un hombre en su cuarentena que medía alrededor de 1,80, por lo que era inusual, aunque no excepcionalmente, alto para el Mundo Antiguo. Esos restos no habían sido cremados y muchos creen que no se trata del ocupante original de la tumba. El hombre de la Tumba II también era de mediana edad, pero su altura de 1,73 a 1,76 era la media para un griego o un macedonio. El análisis inicial de los huesos sugirió una herida grave en el ojo derecho y quizá una herida en la pierna, aunque una minoría de quienes examinaron los restos posteriormente no han estado de acuerdo. En conjunto, es probable que el ocupante de la Tumba II sea Filipo II, lo que significa que la reconstrucción de su rostro podría darnos una pista sobre su aspecto real. Pero debemos ser cautos, porque hay mucho en esas reconstrucciones de conjetura, sea

en la forma y tamaño de la nariz o las orejas o en su complexión y tono de piel. Ninguna fuente antigua menciona el color del pelo o los ojos de Filipo. Siendo adulto, tendría una barba frondosa, lo que era normal para un adulto macedonio, y estaba bastante extendida en todo el mundo griego, así que un Filipo de diecisiete años podría haberse dejado crecer una barba ya.

Ninguna fuente menciona el tono de piel de Filipo, pero sabemos más del aspecto de Alejandro, lo que nos ayuda a sugerir algunas posibilidades, puesto que el hijo podría haberse parecido al padre. Se dice que Alejandro tenía el cabello rubio o rubio oscuro, como el de un león, y varios monarcas de las dinastías fundadas por sus sucesores también fueron descritos con el cabello rubio. Un mosaico de Pompeya copiado de un original griego del siglo IV a.C. muestra a Alejandro con pelo castaño claro, aunque es bastante posible que el color del mosaico no coincidiese con el del original o que se haya desvanecido con el tiempo. Las pinturas de las tumbas reales de Egas muestran un gran abanico de colores de pelo, desde negro y castaño oscuro a claro e incluso color avellana. Todo nos sugiere que los macedonios no tenían una misma complexión ni tono, y que el cabello y los ojos de Filipo podrían haber sido prácticamente de cualquier color.[32]

En 365 a.C., el joven Filipo todavía no había alcanzado por completo la madurez, aunque sin duda estaba en forma y era fuerte debido a su vida activa y el tiempo pasado en el gimnasio. No sufriría las señales de una vida dura y de una sucesión de heridas, así que todavía no tenía la severa e imponente presencia que sugiere la reconstrucción del muerto. Con todo, el joven Filipo sigue siendo una figura oscura, y solo podemos suponer cuál era su aspecto, por no mencionar cuál sería su actitud hacia su hermano mayor y su madre cuando regresó a su patria. A Eurídice solo se la menciona una vez más en nuestras fuentes, en un pasaje de Justino que es aún más dudoso de lo habitual, e ignoramos cuándo murió. Una tumba especialmente rica de un enterramiento de una mujer en Egas del siglo IV a.C. ha sido bautizada como la Tumba de Eurídice. Aunque es perfectamente posible, todavía no hay pruebas evidentes para asociarla con ella.[33]

Filipo había regresado a su país y con su familia, y en algún momento su hermano le dio el mando de una región. Los estudiosos conjeturan que era en el este e incluía la frontera con los tracios y las colonias griegas en la costa. Si esto fuese así, entonces la sugerencia de que también se le entregó el mando de un ejército tendría sentido para defender el control real contra esas posibles amenazas. Pérdicas III tenía un hijo pequeño, y es imposible saber si Filipo era el hermano de confianza y el amigo feliz de servir a los intereses de la familia o

era visto como un rival en potencia al que aplacar y vigilar atentamente, aunque supusiera una amenaza menor que las que esperaban su oportunidad. El rey era devoto de Platón y concedió grandes honores a uno de los pupilos del filósofo, un hombre llamado Eufreo, y escogía como compañeros de cena a hombres capaces de hablar de geometría y filosofía. Filipo bien puede haber sido capaz de hacerlo, pero poco en su vida posterior nos sugiere que disfrutaba de esas reuniones intelectuales, y existen pistas que hablan de peleas entre los hermanos.[34]

Pérdicas III decidió respaldar a Anfípolis y otras ciudades de la Calcídica contra los atenienses. Alrededor de 364 a.C. una fuerza ateniense respondió y el rey se vio obligado a aceptar términos de paz impuestos por Atenas, de modo que cambió de bando y contribuyó con soldados a un fracasado ataque ateniense contra Anfípolis. Después de esto, abandonó la nueva alianza y volvió a alinearse con las ciudades calcídicas, solo para ser derrotado por otra expedición ateniense. Pérdicas suplicó la paz, se le concedió, pero en unos años ya incumplió el acuerdo. Envió soldados para ayudar a guarnecer Anfípolis, que estaba bajo un nuevo ataque de los atenienses.[35]

Tenemos más pruebas de las relaciones con Atenas que de otros asuntos durante estos años, pero eso estaba lejos de ser la única preocupación de Pérdicas III, y hubo varios encontronazos con los ilirios. En un momento dado, el rey llegó a creer que sus hombres estaban demasiado dispuestos a rendirse, confiando en que se pagarían sus rescates y volverían a casa. Pérdicas envió embajadores para negociar los términos, pero no parece que quisiera asegurar la liberación de sus hombres. Cuando la delegación regresó con las manos vacías, les ordenó que contasen que los ilirios habían rechazado el pago y que habían ejecutado a los cautivos. Se supone que el engaño favoreció que el resto de los soldados de Pérdicas luchasen en lugar de rendirse.[36]

En 360 a.C. un gran ejército ilirio invadió Molosia, uno de los vecinos cercanos de Macedonia e igualmente expuesto a la depredación de las tribus. Los molosios consiguieron salvar a gran parte de su pueblo y emboscar a un importante número de asaltantes, pero esto no acabó con la amenaza, como tampoco hizo que dejaran de pagarles tributos. El rey ilirio Bardilis tenía ya más de noventa años, pero conservaba férreamente el control de su territorio, y era capaz de desplegar un gran número de guerreros. Aunque pueda parecer improbable que un hombre tan anciano apareciese en el campo de batalla, más o menos por la misma época el rey Agesilao II de Esparta murió con alrededor de ochenta y cuatro años mientras dirigía a su ejército de vuelta a casa tras una campaña en Egipto. La esperanza de vida era baja en el Mundo Antiguo, pero algunos

individuos especialmente resistentes superaban las expectativas y permanecían activos hasta su edad provecta.[37]

La Alta Macedonia fue el siguiente objetivo de Bardilis, y Pérdicas respondió reuniendo un gran ejército para enfrentarse a los invasores. A finales de verano de 360 a.C. o quizá en la primavera de 359 a.C. se libró una batalla, de la que no conocemos detalles o si se trató de un encuentro abierto o una emboscada, pero no existen dudas de que los macedonios sufrieron una derrota catastrófica. Pérdicas resultó muerto, el primer monarca macedonio que se sabe que murió a manos de un enemigo extranjero, y no sabemos si la derrota comenzó con su muerte o si cayó cuando su ejército ya estaba derrotado. En cualquier caso, unos 4.000 hombres murieron junto a él, y tras la batalla, sus amedrentados supervivientes no pudieron hacer nada por evitar que los ilirios saquearan a placer.[38]

Amintas, el hijo de Pérdicas III, era un niño pequeño, y no podía tomar el poder. Filipo fue aclamado líder en su lugar. En principio esto podría haber sido como *epitropos* en nombre de su sobrino, una afirmación de Justino y quizá proveniente de otras fuentes. Pero puede que fuese nombrado rey desde el principio, quizá dando por hecho que Amintas sería su sucesor mientras Filipo no tuviese un hijo propio. Tristemente, no existe una descripción detallada de cómo Filipo se convirtió en el líder de los macedonios, lo que hace que resulte aún más difícil resolver la cuestión de su estatus tras la muerte de Pérdicas. La mayoría de las evidencias que tenemos sobre el nombramiento de los nuevos reyes nos llega de la época de Alejandro y especialmente de lo ocurrido tras la muerte de este último sin un heredero obvio, lo que dificulta saber qué parte era una tradición establecida y qué parte producto de una situación completamente nueva para un ejército cuyas conquistas lo habían llevado tan lejos de casa. El debate entre estudiosos tiende a polarizarse entre quienes creen que los macedonios tenían prácticas constitutivas fuertemente arraigadas y los que prefieren verlo todo como algo mucho menos definido, dependiendo de la fuerza o la debilidad de cada rey. Sin duda la verdad se encuentra en un término medio, dado que resulta difícil imaginar cualquier sociedad duradera carente de tradiciones y convenciones fuertes y enraizadas. La más obvia sería la creencia de que solo un argéada podía ser rey.[39]

Una asamblea (*ecclesia*) de hombres adultos macedonios que habían sido llamados a servir en el ejército real o que lo habían hecho en el pasado, se reunía para aclamar a un nuevo rey, señalando su aprobación haciendo chocar las lanzas contra los escudos. Es imposible afirmar cómo funcionaba todo esto y sencillamente no sabemos si se trataba de poco más que una formalidad o si era un modo significativo para un foro de auténtico debate y toma de

decisiones. Algunos estudiosos han sugerido que la asamblea mostraba una fuerte preferencia por el hijo mayor del rey fallecido, quizá porque creían que el aura sagrada de un monarca se heredaba más directamente a su pariente más cercano. Otros lo rechazan, o al menos creen que debido a la situación desesperada tras la desastrosa derrota de Pérdicas, el sentido común se impondría a cualquier sentimiento semejante si un hermano adulto del rey estaba disponible.[40]

A favor del periodo de *epitropos* tenemos una inscripción en Beocia, la región de Grecia central dominada por los tebanos, que registra a visitantes y donantes de un oráculo que incluye a «Amintas, hijo de Pérdicas, rey de los macedonios» y podría referirse al sobrino de Filipo. Por otra parte, tenemos la aseveración explícita de Justino y diferentes versiones de la duración del reinado de Filipo, que podrían interpretarse para confirmar alrededor de dos años de regencia antes de convertirse en rey. Aunque Justino no es ni mucho menos la fuente más fiable, la afirmación de la existencia de un periodo de regencia resulta una invención extraña. En contra, si Amintas fue proclamado rey, no se acuñaron monedas con su nombre, ni está claro cómo ni cuándo fue depuesto y reemplazado formalmente por Filipo como monarca por derecho propio en lugar de como *epitropos*. Obviamente, el muchacho no era considerado un rival demasiado peligroso, porque permaneció en la corte y cuando fue lo suficientemente mayor se casó con una de las hijas de Filipo. Dada la disposición de otros argéadas a matar a sus parientes cercanos, esto resulta sorprendente, sobre todo si Amintas hubiese sido rey, aunque simplemente puede hablarnos de la creciente confianza en sí mismo de Filipo al tiempo que un éxito seguía a otro.[41]

En retrospectiva, Filipo era la elección obvia para suceder a su hermano, pero debemos recordar que apenas tenía veintidós o veintitrés años y todavía no había demostrado nada. Había administrado una región en nombre de Pérdicas, y por ello dirigió tropas. El control de una fuerza organizada, por pequeña que fuese, acrecenté sus posibilidades tras la muerte del rey y la costosa derrota de su ejército. Aunque es posible que Filipo hubiese tomado parte en alguna de las campañas de Pérdicas, no hay pruebas evidentes de ello y no podemos dar por supuesto que pudiese alardear de ningún logro militar personal. Aparte de su sobrino, había otros argéadas que considerar para el puesto, en particular sus tres medio hermanos, los hijos de Gigea. Si estos quisieron competir por el poder, fueron rápidamente derrotados. El mayor, Arquelao, fue ejecutado por Filipo, muy probablemente en estos momentos, y los otros dos huyeron al exilio. Los desafíos más serios llegaron desde fuera del reino, así que no se encontraban presentes para discutir la decisión de la asamblea. Reapareció Pausanias, el hombre derrotado con la ayuda de Ifícrates,

esta vez respaldado por un rey tracio. Argeo, muy probablemente el mismo hombre que había ocupado brevemente el puesto de Amintas, el padre de Filipo, renovó sus pretensiones al trono y Atenas lo respaldaba con barcos, hombres y dinero.[42]

Filipo fue escogido para liderar Macedonia, supuestamente con el apoyo de la mayoría de los hombres influyentes de la corte y por aclamación de la asamblea. Los macedonios rara vez se referían a su monarca como rey (*basileus*), y simplemente sería Filipo, hijo de Amintas. Aunque no podemos estar seguros de su posición, los macedonios sabían quién era Filipo, qué poderes ostentaba y qué influencias poseía. En muchos sentidos no importa si era rey o regente, porque en cualquier caso le correspondía enfrentarse a los usurpadores y defender el reino. Bardilis de Iliria había invadido y ocupado grandes partes de la Alta Macedonia, y estaba en buena posición para saquear más allá. Los peonios, otro reino tribal vecino, también comenzaron a mandar expediciones de saqueo al otro lado de la frontera.[43]

Las mayores amenazas tardaron en formarse, dado que nadie había esperado la muerte de Pérdicas o que Macedonia cayese en la inevitable inestabilidad al principio de un nuevo reinado. Si la derrota tuvo lugar a finales de 360 a.C., pronto llegarían el otoño y el invierno y rara vez se continuaban las guerras durante esos meses, lo que daría a Filipo un cierto respiro. Incluso si el rey murió a principios de 359 a.C., todavía habría calma antes de la tormenta. Ambos pretendientes necesitaban tiempo para encontrar aliados que los ayudasen a formar ejércitos. Los ilirios habían conseguido una gran victoria, y sin duda deseaban volver a casa para celebrarlo y disfrutar de los frutos del éxito. Se trataba simplemente de un episodio glorioso en el largo conflicto depredador con Macedonia y otras regiones vulnerables, y nunca se trató de una guerra a muerte, sino una fuente regular de beneficios. Bardilis tomó parte del territorio, pero podía esperar una renovación de los pagos de tributo de quien sucediese a Pérdicas, con la opción de lanzar nuevos ataques si los macedonios no obedecían. Fuesen cuales fuesen los detalles de su posición, Filipo estaba ahora a la cabeza de un reino que parecía a punto de ser hecho pedazos por sus vecinos.[44]

Filipo tuvo un respiro para consolidar su posición de poder y prepararse para el ataque. Que pudiese llegar de un dispar y mutuamente hostil abanico de oponentes no hace que sea menos intimidante. Tampoco era esperanzador el estado de Macedonia tras largas décadas de debilidad. Los 4.000 soldados que habían muerto con Pérdicas representaban al menos una tercera parte del ejército real, y muy probablemente incluiría a muchos de sus mejores hombres. Los supervivientes estaban comprensiblemente

desmoralizados, mientras que la calidad de los soldados macedonios era irregular incluso en épocas más estables. Durante más de un siglo, Macedonia había disfrutado de la reputación de tener buenos jinetes, hombres lo suficientemente ricos como para poder permitirse una montura y armadura, que aprendían a montar desde pequeños. En contraste, la infantería macedonia era vista con desprecio por estar pobremente armada y formada por plebe sin cualificar. Arquealo I (413-399 a.C.) había intentado solucionar esta debilidad dándoles a los soldados equipamiento estándar proporcionado por el estado, pero cualquier mejora que se consiguiera con ello no parece que lo sobreviviese. Alejandro II, el hermano de Filipo, hizo otro intento y organizó su infantería en una falange cerrada como la que utilizaban los hoplitas griegos que habían dominado el campo de batalla desde el siglo V a.C., y les dio un título honorífico para hacer subir la moral. Sufrió demasiadas derrotas y fue asesinado demasiado pronto como para que supusiera alguna mejora duradera.[45]

No se puede acentuar lo suficiente la debilidad de Macedonia durante esta era. Alejandro II solo había acuñado monedas en bronce, y Pérdicas III básicamente en bronce con algunas series de plata según los pesos persas. Es un llamativo contraste con la abundancia de monedas de plata acuñadas por Bardilis, y las ricas emisiones de oro, plata y bronce de las ciudades de la Liga Calcídica. La región era rica en recursos naturales. A principios del siglo V a.C., Alejandro I había controlado una mina de plata que rendía un talento de precioso metal al día, pero la mina ya no estaba en territorio de los reyes de Macedonia[46]. El hierro y otros minerales todavía estaban fácilmente disponibles, aunque está claro que el acceso a la plata se había reducido drásticamente. Las ganancias de los últimos años no compensaban las pérdidas a tal escala. Un político ateniense exiliado ayudó a Pérdicas III a reformar la venta de las franquicias para recaudar impuestos portuarios, doblando los ingresos de veinte a cuarenta talentos al año, una ganancia que era lo bastante grande como para que merezca la pena señalarla. Los hermanos de Filipo no estaban en la pobreza, pero legaron un tesoro mucho menor que el de monarcas anteriores.[47]

Pero Macedonia era potencialmente muy rica. El clima, incluso el de la Baja Macedonia es más continental que Mediterráneo, lo que le proporcionaba más lluvias anuales y menos calor extremo en el verano. Los olivos, uno de los pilares centrales de la agricultura griega, crecían solo en unas pocas zonas pequeñas dentro del reino, pero la mayoría de los otros cultivos, incluyendo cereales y viñedos, prosperaban, y había extensas zonas de buen pasto. En la Alta Macedonia, el equilibrio se inclinaba más a favor de la cría de animales que de la agricultura, pero incluso así había mucha tierra

fértil. En todas las regiones la población era razonablemente grande para los estándares de la Antigüedad y podía sustentarse con la producción local.

En el sur de Grecia la tierra de cultivo decente era tan escasa que bosques que habían sido talados hacía tiempo para obtener un terreno mínimo estaban siendo utilizados para la labranza. En contraste, en Macedonia había mucha buena tierra de cultivo, y además sobrevivían grandes bosques de una útil mezcla de árboles caducifolios y de hoja perenne. Estos árboles proporcionaban combustible y material de construcción para la población, y eran un recurso de exportación muy valioso. Cualquier gran proyecto de construcción requería grandes vigas de madera para el tejado, y esa clase de material simplemente no estaba disponible localmente en la mayor parte de Grecia. La madera era todavía más vital para la construcción de barcos; quillas, estructuras, mástiles y remos necesitaban ser del tamaño correcto y de madera de calidad, mientras que los bosques también proveían del alquitrán utilizado para sellar los cascos. El filósofo Teofrasto escribió que «la mejor madera que llega a Grecia para que la trabaje el carpintero viene de Macedonia».[48]

Parece que la madera, el alquitrán y los minerales eran todos monopolios reales. Gran parte de la tierra también era propiedad del rey, aunque podía concedérsela a particulares en grandes o pequeñas fincas y permitirles quedarse con los ingresos provenientes de las tierras. Todo esto significaba que, en épocas estables, un rey fuerte controlaba recursos sustanciales y de grandes beneficios, lo que le otorgaba unos generosos ingresos. La inseguridad y la inestabilidad erosionaban este principio, debilitando a los reyes y dificultándoles la capacidad de ejercer su control. Alejandro I unió la Alta y Baja Macedonia. A finales del siglo V a.C., los reinos regionales de la Alta Macedonia eran aliados informales del rey de Macedonia, a veces dispuestos a aceptar su mandato, pero en otras ocasiones se unió a los enemigos de este para luchar por su independencia. Desde 399 a.C., la prolongada debilidad había relajado aún más esos lazos. Sencillamente, los reyes no eran lo suficientemente fuertes como para que a los monarcas regionales les mereciese la pena cortejarlos, ni eran lo bastante poderosos como para ejercer el control. Con el tiempo, las regiones se volvieron cada vez más independientes. Algunas buscaron en otra parte amigos más capaces de ofrecerles protección contra los ilirios y otras tribus. Los orestas se unieron a las tribus molosias, y se describían a sí mismos como orestas molosios en lugar de orestas macedonios. Con vecinos como los molosios también existían viejos lazos culturales y de alianzas, muchos tan fuertes o más que los lazos con Macedonia. Del mismo modo, ciudades griegas de la costa que en ocasiones habían reconocido al rey reivindicaban su

propia independencia, acuñando incluso monedas con su nombre.[49]

Filipo se hizo cargo de un reino empequeñecido y empobrecido, rodeado de enemigos, todos los cuales daban la impresión de ser mucho más fuertes. Más tarde se afirmaría que una profecía anunció que Macedonia se haría grande bajo el poder de un hijo de Amintas. En su momento, sin duda la mayoría esperaba una continuación de reinados breves con reyes dominados por potencias externas. A sus vecinos y a los griegos al sur, la muerte de un rey macedonio y la creación de un nuevo régimen solo les interesaba porque les brindaba oportunidades para obtener ganancias. Ni Pérdicas, ni en esos momentos Filipo, tenían una gran importancia en el esquema general. A los extranjeros, Macedonia solo les importaba debido a su localización y su acceso a los recursos naturales. Esta, más que cualquier sentimiento, era la razón de que estados y líderes más fuertes se mostrasen dispuestos a respaldar a pretendientes al trono e intervenir en la política del reino.[50]

En 359 a.C. Macedonia era débil, y Filipo simplemente no podía esperar enfrentarse y derrotar simultáneamente a todas las amenazas que tenía delante. Afortunadamente, sus oponentes necesitaban tanto tiempo para prepararse como él mismo. Diodoro Sículo afirmó que comenzó por hablar, «uniendo a los macedonios en una serie de asambleas, exhortándolos con elocuentes discursos a que fuesen hombres... fue cortés... y pretendía ganarse a las multitudes mediante regalos y promesas». Incluso los enemigos de Filipo admitirían posteriormente que el rey era cautivador y carismático, y esta fue una muestra temprana de la fuerza de su personalidad, cuando más necesitaba exudar confianza. El liderazgo no se consigue tan solo imponiéndose sobre los demás, y los macedonios deseaban desesperadamente que los inspirasen y creer que realmente había alguna esperanza de éxito.[51]

El estímulo estaba acompañado por la preparación práctica para enfrentarse en la batalla contra los enemigos. La formación del ejército que vencería las batallas posteriores de Filipo y que con Alejandro barrió el mundo no fue instantánea, pero el proceso comenzó en aquellos primeros meses. Diodoro nos dice que Filipo introdujo nuevas tácticas y equipamiento, específicamente la formación de la infantería en falanges, pero distintas a las que se habían visto antes. Los macedonios carecían de una clase hoplita, pilar de los ejércitos de las ciudades-estado griegas, compuesta por hombres que podían aportar su propio equipamiento y su habilidad adquirida en el gimnasio. En lugar de contar con lanceros con armadura perfectamente capaces de pelear como individuos, Filipo fabricó un arma nueva, la *sarissa*, una pica de alrededor de cinco a cinco metros y medio que se sostenía con ambas manos. Tenía una gran punta de

hierro, y significativamente, un pesado contrapeso al otro extremo, lo que permitía sostenerla a distancia de modo que la mayor parte del arma se proyectaba por delante del hombre que la blandía.[52]

La sarissa era engorrosa, casi inútil para un individuo y estaba diseñada para un grupo de hombres en formación cerrada de hombro con hombro. Debido a su tamaño, no se podía utilizar con el grande y pesado *hoplon* usado por los hoplitas griegos, así que lo reemplazaron con un escudo más pequeño, no mayor de sesenta centímetros de diámetro, que llevaban sujetado al brazo y hombro izquierdos. Al menos en estos primeros pasos, pocos hombres de la falange macedonia llevaban armadura, e incluso los cascos posiblemente fuesen escasos. Un lancero de la primera columna sostenía la sarissa bajo la axila. Podía lancear al enemigo, pero poco podía hacer para defenderse. Mientras, la sarissa mantenía al enemigo a distancia, porque incluso si un oponente conseguía romperla o esquivarla, las puntas de lanza de las siguientes cuatro columnas se proyectaban delante de la formación. Un hoplita habría tenido que dejar atrás todas esas lanzas antes de sacar la suya propia para alcanzar a los lanceros de la primera columna. Más adelante, la formación estándar de la variante macedonia de la falange tenía ocho columnas de profundidad, y es bastante probable que también fuese así desde el principio. Los hombres situados tras la quinta columna colocaban sus picas en ángulo para ofrecer alguna protección contra proyectiles arrojadizas.

La falange de picas de Filipo no tenía nada de sutil; estaba diseñada para atacar al enemigo de frente, chocar con él con apretadas filas de cabezas de picas. En esta formación los soldados no necesitaban tener una gran destreza con el arma. Lo que importaba era la fuerza con la que propinase cada golpe y, sobre todo, mantener la columna de modo que no se formasen huecos en la falange. La sarissa era extraña y estaba lejos de ser el arma más útil para el ataque, especialmente si la comparamos con una lanza o una espada. En realidad, eso no importaba. El enemigo era contenido a una distancia a la que le resultaba difícil golpear siquiera a los macedonios, mientras que las sarissas podían infligir, y de hecho lo hacían, heridas, especialmente en la cara. El simple acercamiento de una apretada falange con sus espinas de relucientes puntas de lanza resultaba intimidante; en el siglo II a.C., un experimentado jefe militar romano lo describió como lo más aterrador que había visto nunca.

En los primeros momentos, Filipo tuvo que adiestrar a sus hombres para que conservasen la formación durante el avance y mantuviesen las columnas y filas, y luego para que la primera columna punzase y siguiera punzando al enemigo. En semanas podrían controlar lo más básico de la maniobra. Con unos pocos meses

de adiestramiento, la confianza y la familiaridad crecerían. En años posteriores, las falanges de Filipo y Alejandro practicarían y practicarían hasta volverse altamente flexibles, pero eso llevó mucho tiempo y requirió la creación de nuevos ejercicios. Los primeros pasos eran mucho más simples, aptos para adiestrar a hombres que no eran soldados a tiempo completo, sino granjeros, pastores y artesanos que respondían a la convocatoria del rey.[53]

Pudiera ser que incluso Filipo inventase la sarissa, al menos en la forma que adoptaría su ejército. Los tracios en ocasiones utilizaban lanzas excepcionalmente largas, e Ifícrates también les había entregado lanzas más largas de las habituales a los mercenarios que había encabezado con gran éxito. En ninguno de los casos parece que aquellas armas se sostuviesen con ambas manos, de modo que la sarissa era claramente diferente y nueva. Filipo había visto ejercicios militares en Tebas, sobre todo los del Batallón Sagrado de Tebas, una formación de élite de trescientos hoplitas semiprofesionales. Puede que copiase algunas de sus técnicas para su escolta de infantería, que parece ser que lucharon como hoplitas y no adoptaron la sarissa ni el escudo más pequeño. Por otra parte, simplemente puede que sus observaciones le mostrase la necesidad de ejercitarse para la guerra cuanto fuese posible en lugar de proporcionarle métodos concretos que copiar.[54]

Aparte de la infantería de orden cerrado, los más acomodados formaban la caballería del ejército macedonio y bien pudo haber unidades de arqueros y otros soldados especialistas, y quizá un puñado de mercenarios. Todos podrían ser adiestrados, y Filipo hizo cuanto pudo para infundirles confianza. Pero todavía no había demostrado nada como jefe del ejército, y tampoco los soldados, mientras que la guerra era siempre un riesgo. La simplicidad de la táctica de la falange armada con la sarissa dependía de la voluntad de los soldados de mantener el orden, acercarse al enemigo y permanecer en contacto hasta que el otro bando cediese. Los generales griegos encabezaban a sus tropas, y todo indica que los reyes macedonios hacían lo mismo, lo que significa que incluso la victoria podía tener un alto precio; Epaminondas murió en Mantinea, mientras que el famoso espartano Brasidas se contaba entre el puñado de bajas de su bando cuando derrotó a un ejército ateniense a las afueras de Anfiópolis en 442 a.C.[55]

Más de setenta años más tarde, los atenienses todavía deseaban su antigua columna de Anfiópolis, que se había aliado con Esparta y se había liberado del gobierno ateniense. Pensando que la auténtica meta de Atenas era recuperar la ciudad y que su respaldo a Argeo, quien pretendía el trono macedonio era simplemente un medio para conseguir ese fin, Filipo decidió debilitar su determinación. Llamó de

vuelta a la guarnición que su hermano había enviado a Anfiópolis y declaró formalmente que la ciudad era autónoma. Presumiblemente renunciaba así a cualquier pretensión macedonia a Anfiópolis, así que incluso si Argeo conseguía el trono, no podría entregarle la ciudad a Atenas. Mientras tanto, Filipo envió diplomáticos al rey peonio y al rey tracio, que respaldaban a Pausanias, el otro pretendiente al trono de Macedonia. Filipo les dio a ambos monarcas cuantiosos sobornos. Bastaron para persuadir a los peonios de que cesaran los saqueos en su territorio, al menos por el momento. Como muchos líderes de éxito, Filipo tuvo suerte; en Tracia, el formidable rey Cotis, que había unido a las tribus, acababa de morir, y debido a que varios de sus hijos estaban luchando entre ellos para sucederlo, no presentaban una amenaza unida. El príncipe que respaldaba a Pausanias prefirió tomar el oro y la plata de Filipo antes que arriesgarse a entrar en guerra con la esperanza de conseguir botines e influencia. A estas alturas, Pausanias desaparece de nuestras fuentes, así que quizá el trato quedó sellado con su muerte.[56]

En 359 a.C., una expedición ateniense atracó en su aliada Metone, una ciudad cercana a Pidna en la costa de Macedonia. Argeo llevaba a sus propios mercenarios, y también una fuerza de 3.000 hoplitas suministrados por Atenas, muchos de ellos mercenarios, pero al menos algunos de ellos eran ciudadanos, todos respaldados por un escuadrón de barcos de guerra. Era una fuerza sustancial, a una escala semejante a anteriores expediciones atenienses a la región. Tras el desembarco, dividieron sus fuerzas. El grueso de los atenienses permaneció en Metone con su comandante Mantias, mientras que Argeo avanzaba con sus hombres y algunos observadores atenienses. Llegó a marchas forzadas a Egas, a unos veintinueve o treinta kilómetros, y es posible que la decisión de dejar atrás la fuerza principal se debiese a que quería evitar que su dependencia de la ayuda extranjera fuese demasiado obvia. Al llegar a la capital tradicional del reino, se proclamó rey, con la esperanza de que los habitantes salieran y lo aclamasen. Lo ignoraron, fuese por confianza o afecto por Filipo, por antipatía hacia Argeo o simplemente, dudasen de sus posibilidades.

Argeo se retiró, pero sus hombres debían de estar cansados y desanimados, y para entonces Filipo ya sabía de su presencia. Le tocaba actuar rápidamente, y atrapó y derrotó al pretendiente antes de que pudiese regresar a Metone con sus aliados. Aunque fue poco más que una escaramuza grande, Filipo había conseguido su primera victoria. Fue generoso con los ciudadanos atenienses de la columna de Argeo, y les permitió regresar a Metone. Argeo y todos los demás exiliados que servían con él no tuvieron tanta suerte, y Filipo insistió en que se le entregasen, supuestamente para ejecutarlos. Mientras, Mantias y sus hombres trataron de capturar Anfiópolis, pero

fracasaron.[57]

Una cosa es la suerte, pero además los líderes de éxito tienen que saber explotar las oportunidades que se les aparecen. Poco después, el rey de Peonia murió. Filipo le había comprado la paz, pero ahora se dio cuenta pelearse por la sucesión. Reunió un gran ejército y avanzó contra los peonios; los derrotó en la batalla y los obligó a jurarle fidelidad. Animado por este segundo éxito, Filipo decidió alcanzar un acuerdo con los ilirios de Bardilis y, muy probablemente a principios de 358 a.C., reclutó a los macedonios para combatir tras un invierno refugiados en el hogar. En una asamblea, dio un discurso para motivarlos prometiéndoles la victoria antes de avanzar a la cabeza de un ejército de diez mil soldados de infantería y seiscientos de caballería.[58]

Esta vez no fue Filipo, sino su oponente, quien prefirió hablar. Bardilis mandó enviados para proponer una paz basada en que cada monarca conservase el territorio que controlaba. Filipo rechazó la oferta, exigiendo que los ilirios se retirasen totalmente de la Alta Macedonia, y en respuesta Bardilis reunió a sus fuerzas, lo que nos sugiere que prácticamente estaba esperando tener que combatir. Tenía diez mil soldados de infantería y quinientos de caballería, aunque estos últimos parecen haber sido mucho menos capaces que sus contrapartidas macedonias. Por otra parte, sus hombres y él recordaban la gran victoria obtenida sobre Pérdicas y probablemente confiarían en que volverían a derrotar al mismo enemigo.[59]

En el siglo V a.C., el general espartano Brasidas había despreciado a los guerreros ilirios, afirmando que eran mucho menos formidables de lo que parecían a ojos inexpertos. Sus gritos de batalla eran aterrorizadores, y colocaban y movían sus armas con la intención de asustar a sus enemigos, pero Brasidas consideraba este proceder como bravatas vacías. Unas tropas tranquilas ignorarían el ruido, y mientras que los civilizados griegos luchaban en columnas ordenadas, los ilirios eran una turba desordenada. Brasidas les aseguró a sus hombres que «dado que tanto huir como pelear está considerado igualmente honorable entre los ilirios, su valor no puede ser puesto a prueba. Además, un modo de combate que consiste en que cada guerrero es su propio jefe le dará a los hombres la mejor excusa para salvarse». Varias generaciones después, era posible que los ilirios hubiesen adaptado formaciones más cerradas en la batalla, y hay alguna prueba de que muchos guerreros ricos adoptaron cascos y armadura al estilo hoplita, pero incluso así, su estilo de combate continuaba favoreciendo el heroísmo individual.[60]

Los dos ejércitos se encontraron en terreno abierto, muy probablemente cerca de Lincos. Bardilis había esperado que los macedonios acudiesen a él, quizá con la idea de que Filipo haría

concesiones antes que arriesgarse a combatir. Muchos de los soldados macedonios eran la clase de soldados sin experiencia que Brasidas decía que se asustaban más fácilmente por las ruidosas demostraciones de los guerreros tribales. Filipo confiaba en el entrenamiento que habían recibido sus hombres y, no dispuesto a conferenciar, desplegó su ejército ante los ilirios. Durante un rato, los macedonios gritaron sus desafíos al enemigo; algunos comentaristas antiguos afirmaban que se podía saber el resultado de una batalla con escuchar los gritos que lanzaba cada bando.

Filipo avanzó dando a su caballería la orden de barrer los flancos ilirios. La caballería de Bardilis no es mencionada, lo que sugiere que o bien cedieron o desmontaron para unirse a la infantería. La infantería macedonia estaba formada con la escolta real a la derecha. Al ver la amenaza de ser rodeado, Bardilis replegó a sus hombres hasta formar un gran cuadrado hueco, una maniobra difícil, lo que podría sugerir que los ilirios todavía formaban en un orden bastante abierto. Filipo encabezaba su escolta, que se movían más deprisa que el resto de la columna, la mayoría de la cual consistía en lanceros. Puede que esto fuese deliberado, imitando tácticas iniciadas por los tebanos Epaminondas y Pelópidas cuando derrotaron a los espartanos en Leuctra en 371 a.C., o sencillamente era la consecuencia de un mejor adiestramiento y mayor confianza de sus tropas de élite. Golpeó al flanco enemigo, en la esquina vulnerable de su formación.

Diodoro nos relata que la batalla fue dura y que el resultado del combate fue impreciso durante un tiempo, con numerosas bajas en ambos bandos. No hay motivo pare no creerle. Ni siquiera las mejores tropas de Filipo tenían una gran experiencia, mientras que los ilirios estaban confiados en derrotar a los macedonios de nuevo. Las sarissas mantenían a distancia a los ilirios, pero a menos que los lanceros fuesen muy decididos y poseyeran una gran resistencia, pronto se cansarían y les costaría infligir grandes daños. Los combates tendían a acabar pronto o reducirse a un choque agotador según los bandos se iban cansando. El más capaz de resistir y de seguir avanzando para renovar la pelea era el que más probabilidades tenía de ganar.

Filipo y la escolta lucharon bien, y tras un tiempo, su caballería consiguió quebrar el cuadrado. No era un logro menor en una época en la que no se esperaba que los jinetes derrotasen a hombres decididos a pie en combate mano a mano. La fatiga y la constante agresión de los macedonios significó que esta vez fuesen los ilirios quienes empezasen a ceder terreno. Una vez rota la formación, se disolvió rápidamente y los guerreros huyeron despavoridos. Diodoro afirma que siete mil guerreros ilirios murieron en la batalla o durante la vigorosa persecución emprendida por los hombres de Filipo. La formación en cuadrado habría complicado más de lo habitual que los

hombres pudiesen escapar una vez el ejército se vino abajo, de modo que es probable que muchas de esas bajas hubiesen tenido lugar cerca del campo de batalla. Filipo replegó a sus hombres y comenzó a cuidar de sus heridos. A la auténtica manera griega levantó un trofeo allí para señalar su victoria. Mostrando una comprensión similar de cómo funcionaban las cosas y como reconocimiento del espantoso número de bajas, Bardilis envió embajadores para suplicar la paz. Filipo le exigió todo el territorio de la Alta Macedonia como precio.[61]

Fue una victoria importante contra un enemigo formidable, y aunque conocemos los éxitos que la seguirían, no deberíamos olvidar que Filipo había corrido un gran riesgo. Por el momento, todos los pretendientes al trono estaban derrotados o exiliados, y las amenazas inmediatas habían sido aplastadas. Al mismo tiempo, Filipo había empezado a recuperar regiones perdidas y a ejercer su dominio sobre los vecinos. Había sobrevivido a la primera crisis. Eso no significaba que su posición fuese segura.

---

32. Worthington, Philip II, p. 15-16; Heracles to Alexander the Great. Treasures from the Royal Capital of Macedon, a Hellenic Kingdom in the Age of Democracy (2011), el catálogo editado por el Museo Ashmolean es una bien ilustrada guía de las tumbas, particularmente J. Musgrave y J. Prag, «The occupants of Tomb II at Vergina: why Arrhidaios and Eurydice must be excluded», pp. 127-130; y el capítulo «Tomb I at Vergina and the meaning of the great tumulus as an historical moment» en Carney, King and Court, pp. 91-107.
33. Justino 7.5.5. dice que Eurídice asesinó a Pérdicas, lo que contradice las pruebas más amplias de su muerte en batalla, pero es la última mención que se hace de ella en cualquier fuente. Sobre las dos reconstrucciones del cráneo de la Tumba II, véase A. Prag, «Reconstructing King Philip II: the “nice” versión», American Journal of Archaelogy, 94 (1990), pp. 237-47.
34. Espeusipo, Epist. Socrat. 30.12, Caryst. Perg. F I. FHG 4.36 = Ateneo II. 506e, con Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 188, 206-8, Worthington, Philip II, p. 19-20; Eufreo véase Platón, Ep. 5 = Ateneo 12.508d.
35. Véase Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 186-8.
36. Polieno, Estratagemas 4.10.1.
37. Frontino, Estratagemas 2.5.19 sobre Molosia.
38. Diodoro 16.2.5-6.
39. Justino 7.5.9.10 con Anson, «Philip II, Amyntas, Perdiccas and Macedonian royal succession», pp. 276-86.
40. Hammond, The Macedonian State, pp. 60-70 sobre la asamblea.
41. Para opiniones opuestas sobre si Filipo era o no regente, véase también las discusiones detalladas en Hammond y Griffith, A History

of Macedonia, pp. 702-4 rechazando la regencia y N. Hammond, Philip of Macedon (1994), pp. 23-24, 40; la inscripción boecia es IG VIII.3055.
42. Véase Justino 8.3.10 sobre los dos medio hermanos que posteriormente serían acogidos por los olintios, con Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 699-701.
43. Hammond, The Macedonian State (1989), pp. 69-70 sobre el poco uso del título de rey.
44. Worthington, Pihilp II, pp. 23-4 parece no encontrar argumentos de por qué Bardilis no aprovechó inmediatamente su éxito, de modo que propone una alianza no demostrada que habrían dictado los ilirios.
45. Tucídides 2.100, Anaxímenes = FGrHIst. 72 F4, con un útil estudio y discusión de ello en C. Matthew, An Invincible Beast. Understanding the Hellenistic Pike-Phalanx at War (2015), pp. 4-22.
46 El tamaño de un talento variaba y había diferentes estándares. El talento ático de 25,86 kgs. acabó siendo el más común, pero nunca llegó a ser universal.
47. Al respecto de la acuñación, véase Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 191-3; para Alejandro I, véase Herodoto 5.17.2; Calístenes, Ps-Aristotle, Oec. 2.22 y H&G, p. 187.
48. Teofrasto, Hist. Plant. 5.2.1 y en general E. Borza, «The natural resources of early Macedonia», en W. Lindsay Adams y E. Borza, Philip II, Alexander the Great and the Macedonian Heritage (1982), pp. 1-20, y «Timber and politics in the ancient world: Macedon and the Greeks», Proceedings of the American Philosophical Society, 131 (1987), pp. 32-52.
49. Orestas, H&G p. 185, SEG 23.471.13; sobre la reversión a un alineamiento anterior, Hammond y Griffith, A History of Macedonia, p. 63, Hecateo FGr.Hist. 1 F 107 alrededor de 500 a.C.: los describe como molosios, cf. Estrabón, Geog. 7C 326 y 9C 434; sobre la acuñación, Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 189-93.
50. Sátiro en Ateneo 557b.
51. Diodoro Sículo 16.31.3 (traducción de Loeb).
52. Ibid, 16.3.2.; sobre la creación de la falange de pica y la sarissa véase Matthew, An Invincible Beast, passim, y esp. 1-91.
53. Plutarco, Aemilius Paullus 19.
54. Nepote, Ifícrates 1.3-4, con Matthew, An Invencible Beast, pp. 11-19.
55. Sobre las bajas entre los generales, véase V. Davis Hanson, The Western Way of War. Infantry Battle in Classical Greece (1989), pp. 107-16, con un énfasis distinto en E. Wheeler, «The general as hoplite», en V. Davis Hanson (ed.), Hoplites. The Classical Greek Battle Experience (1991), pp. 121-70, esp. 146-51.
56. Diodoro Sículo 16.3.3-4, con Hammond (1994), pp. 24-5.

57. Diodoro Sículo 16.3.3-6.4.2., con Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 211-13.
58. Diodoro Sículo 16.4.2-3.
59. Ibid. 16.4.4.
60. Tucídides 4.126 (traducción de Loeb).
61. Diodoro Sículo 16.4.4-7, Frontino, Estragaemas 3.2., con Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 213-14, y Hammond Philip of Macedon (1994), pp. 25-7; ambos dan por hecho que Bardilis desplegó el cuadrado desde el principio, pero Diodoro afirma que ocurrió después de que la batalla hubiese empezado.

3.
MACEDONIO, GRIEGO Y BÁRBARO

Por primera vez en generaciones, los macedonios habían aplastado a un ejército ilirio, pero eso no hizo que la posición de Filipo fuese firme o su reinado seguro. Para comprender las amenazas y presiones a las que se enfrentaba, es importante detener un momento la narrativa y atender al lugar de Macedonia, sus reyes y su pueblo en Grecia como conjunto, y también en el mundo exterior. Esto quiere decir que debemos volver al pasado, porque pocas culturas son verdaderamente estáticas, y el dinamismo de las ciudades-estado griegas significó cambios políticos constantes y movimientos en el equilibrio de poderes.

Macedonia se encontraba en el límite del mundo griego, y la opinión estaba dividida sobre si los macedonios eran griegos o bárbaros. Lingüísticamente hablando, debería ser sencillo. Los macedonios hablaban griego, tenían nombres griegos y siempre que escribían algo lo hacían en griego. En la Baja Macedonia hablaban un dialecto con un acento distintivo y muchas expresiones inusuales, que aunque eran definitivamente griegas, eran apenas inteligibles para los extranjeros. Los pueblos de las regiones de la Alta Macedonia usaban básicamente una forma de griego occidental, muy parecido al de los molosios y otras comunidades de la zona. La familia real y la mayoría de los aristócratas también conocían el más ampliamente utilizado griego ático, y cuando las embajadas macedonias iban a Atenas no necesitaban los servicios de intérpretes para entender y hacerse entender. Sin duda muchos macedonios también hablaban con más o menos fluidez las lenguas de sus vecinos, como los ilirios o los tracios. Étnicamente, la población era una mezcla, y esto aumentaría bajo el reinado de Filipo. En cuanto a las creencias, el Monte Olimpo, el legendario hogar de los dioses, se encuentra en la frontera sur de Macedonia, y los macedonios adoraba a Zeus, Dioniso y los demás dioses y diosas olímpicos igual que los demás griegos. En todos esos sentidos se diferenciaban de tracios e ilirios, pero también había

profundas diferencias culturales y sociales entre los macedonios y el mundo griego.[62]

Como siempre, la prueba es considerablemente parcial a favor de Atenas, lo que distorsiona nuestra impresión de lo que era normal. La idea de lo que significaba ser griego sin duda varió mucho con el tiempo y de región a región. En su origen, era una sencilla división entre aquellos que hablaban alguna forma de la lengua griega y todos los demás, los bárbaros cuyas palabras sonaban como el balido de un rebaño de ovejas. A través de la Historia, muchas culturas se han considerado a sí mismas «normales» y al resto del mundo, como diferente e inevitablemente inferior (dudo en usar el término comodín de «el otro», muy utilizado y demasiado simplista, dado que explica muy poco e ignora los sutiles grados de actitud en la mayoría de los seres humanos). Observadores griegos como Herodoto podían señalar la gran antigüedad de la cultura egipcia, maravillarse ante sus monumentos y los viejos secretos de su religión, y al mismo tiempo, considerar bárbaros a los egipcios. Lo mismo era cierto de los habitantes del imperio persa, a pesar de todo su poder y riquezas. Pronto, el sentido de lo que significaba ser griego creció más allá de la lengua.[63]

No era solo étnico, aunque tenían un fuerte sentido del linaje y la historia pasada, que se difuminaba con lo que consideraríamos mitos. La tradición mantenía que había distintos grupos de griegos, principalmente dorios como los espartanos, y jonios como los atenienses, que hablaban dialectos diferentes y tenían sus propios cultos. Todas las comunidades tenían también la historia de su fundación, en la que a menudo participaban héroes y ayudas divinas, y cualquier mención de un pueblo en las historias épicas de Homero era especialmente valorada. La comunidad en la forma concreta de la ciudad-estado (*polis*, plural *poleis*) se volvió fundamental para el sentido de identidad de los griegos desde muy pronto. Quedaron elementos lingüísticos y étnicos, dado que otros pueblos, como los etruscos o los latinos en Italia, también tenían culturas urbanas y sus propias versiones de las ciudades-estado, pero nunca fueron considerados griegos.

No comprendemos por completo el desarrollo de la polis, pero apareció como un estado con gobierno y leyes, constitución, magistrados y cultos oficiales propios. Físicamente era una ciudad, normalmente fortificada y que siempre controlaba una zona del territorio externo a sus muros. Puede que hubiese aldeas dentro de ese territorio, pero ninguna tenía una identidad distinta separada y formaban parte de la polis. Las ciudades-estado más pequeñas tenían una población de cientos de habitantes, pero la mayoría presumía de varios miles de habitantes, mientras que un puñado crecieron todavía

más. En la mayoría de los casos otra u otras ciudades independientes, incluso hostiles o rivales, se encontraban al alcance de la vista, y desde luego a un par de horas andando. No lo sabemos con certeza, pero había al menos más de cuatrocientas poleis griegas. La mayoría se encontraba en la península griega, pero con el paso de los siglos colonos fundaron nuevas ciudades en la costa del mar Negro y por toda la costa mediterránea. En la época de Filipo, el sur de Italia y gran parte de Sicilia habían sido griegos desde hacía siglos, y también estaba la gran ciudad de Massiia (la moderna Marsella) en la costa sur de la Galia, Ampurias y otras comunidades en España, además de otras ciudades en Asia Menor. Algunas colonias fracasaron o fueron barridas por los indígenas, mientras que otras prosperaron, de modo que el mundo griego cubría una gran zona.

Una polis no era una comunidad de iguales. La esclavitud en distintas formas era omnipresente y su existencia nunca fue cuestionada seriamente. Los esclavos no eran ciudadanos, no tenían derechos políticos y rara vez se les condecía la libertad. La impresionante maquinaria militar espartana dependía de que el trabajo lo hicieran los ilotas, una población sierva que descendía de los habitantes de la zona cuando esta fue conquistada por los espartanos. Muchas ciudades se mostraban reticentes a concederles la ciudadanía a los extranjeros que vivían y trabajaban allí, incluso aunque fuesen residentes permanentes. Las mujeres nacidas libres eran ciudadanas, y sus derechos variaban de una comunidad a otra, pero aunque podían participar en algunos cultos oficiales, se les prohibía participar en la política, votar o tener algún cargo. Había una conexión íntima entre los derechos políticos y la obligación de luchar en el ejército cuando la polis entrase en guerra, y ese era un importante pretexto para marginar a las ciudadanas.

La monarquía era rara para los siglos V y IV a.C. Allá donde sobrevivía, como en Esparta (que tenía dos reyes a la vez), tendía a formar parte de una constitución mixta, en la que participaban consejos de ancianos y asambleas populares. Había tiranos, hombres que se habían hecho con el poder supremo o lo habían heredado y a los que la ley limitaba más o menos dependiendo de las circunstancias locales. Esos hombres solían prosperar en el extranjero, pero eran escasos en el sur de Grecia. Algunas ciudades eran oligarquías, en las que el mayor poder se encontraba en manos de un grupo restringido, normalmente una camarilla de ricas familias aristocráticas. Otras eran democracias, en las que el pueblo o *demos* era supuestamente supremo, y elegía magistrados y votaba directamente en muchos asuntos, de mayor o menor importancia. Qué constituía exactamente el *demos* variaba considerablemente, y el derecho a votar, por no hablar de presentarse a una elección, estaba normalmente relacionado

con la riqueza. Las distinciones entre diferentes tipos de constitución a menudo eran difusas, así que un *demos* firmemente restringido entre los acomodados se parecía más a una oligarquía que a algunas de las democracias más radicales. Las revoluciones internas eran bastante corrientes, cuando distintos grupos tomaban el poder y cambiaban la constitución.

Las ciudades-estado griegas eran inherentemente inestables. También belicosas, porque el sentido de una cultura helenística compartida nunca evitó que las ciudades-estado entrasen en guerra frecuente y entusiásticamente entre ellas. Esto había ayudado a crear, y reforzar continuamente más adelante, la importancia del servicio militar como parte fundamental de la ciudadanía. Los derechos políticos eran el dominio de aquellos que estaban dispuestos a luchar por el estado en el papel más importante y peligroso. La opinión sobre hasta dónde el combate conformó la polis o si la polis creó una forma diferenciada de combate está dividida. En esencia era la batalla sin tregua que se decidía en un choque entre hoplitas fuertemente armados y protegidos formados en una línea cerrada o falange. El nombre hoplita viene del *hoplon*, un escudo circular de madera con el frente de bronce de unos noventa centímetros de diámetro. Este protegía al hombre que lo llevaba, pero también ayudaba a cubrir a los hombres a ambos lados siempre que permaneciesen unidos en la formación. Además, un hoplita llevaba un casco de bronce que a veces le cubría el rostro y tenía rendijas para los ojos, una coraza metálica o de tejido espeso y en ocasiones grebas en las espinillas. Era fundamentalmente un lancero, y blandía una lanza de entre dos metros diez y dos metros cuarenta de largo con la que normalmente propinaba estocadas.[64]

En el siglo V, Herodoto dice que un jefe militar persa expresó asombro ante el estilo griego de luchar, afirmando que libraban las guerras «sin sentido... en su obcecación y su estupidez. Cuando se han declarado la guerra unos a otros, acuden al terreno más llano y despejado que encuentran, y allí luchan». Exagerando extremadamente, afirmó a continuación que las pérdidas en esas batallas eran catastróficas, que los vencedores sufrían un gran número de ellas y los perdedores eran prácticamente aniquilados. Más sensatamente, argumentó que dado que todos hablaban la misma lengua, los griegos deberían ser capaces de solucionar sus diferencias pacíficamente en lugar de guerreando, pero que si tenían que pelear, al menos deberían usar la astucia y combatir desde posiciones fuertes.[65]

Todo esto es una caricatura, escrita para griegos orgullosos de su posterior triunfo sobre el poderoso imperio persa, pero en ello hay elementos de verdad. Una panoplia hoplita era bastante cara, y era el

deber de cada hombre equiparse. Eso significaba que en circunstancias normales, los ciudadanos más pobres no podían ser hoplitas o unirse a la falange de la ciudad. En origen, la mayoría de los hoplitas eran granjeros que poseían un terreno de tamaño decente, ayudados por su familia y varios esclavos. Esos hombres no eran soldados profesionales, y no deseaban estar mucho tiempo fuera de sus casas, especialmente en momentos de mayor ocupación como la cosecha. No abundaban los entrenamientos colectivos, así que las tácticas sencillas de una falange resultaban ideales. Los hoplitas de cada bando se desplegaban en una larga línea de ocho o más columnas de profundidad antes de que uno de ellos o ambos avanzasen y entrasen en contacto. Para un ejército que dependía de soldados a tiempo parcial lo mejor era una campaña breve y preferiblemente decisiva. En el sur de Grecia las llanuras abiertas que necesita una falange son escasas, lo que significaba que las batallas tendían a tener lugar en los mismos lugares o cerca generación tras generación, en los lugares más convenientes de las rutas entre las ciudades. Dos falanges se encontraban y en el espacio de más o menos una hora una de ellas tendía a venirse abajo y huir. La impedimenta hoplita era pesada e incómoda, y combinada con el estrés del combate y el calor, los hombres se cansaban pronto. La victoria caía del lado del bando que hubiese tomado posesión del campo de batalla y fuese capaz de erigir un trofeo de victoria. Los perdedores reconocían la derrotad pidiendo permiso para recoger a sus muertos, algo que era necesario hacer lo antes posible bajo el calor del verano griego.[66]

La táctica era sencilla, y tras formar la falange y decidir su profundidad, la mayoría de los generales formaban en la primera fila, incapaces de hacer mucho más que dar ejemplo e inspirar a los hombres que tenían más cerca. Los soldados avanzados y la caballería rara vez interpretaban papeles importantes el día de la batalla. Un jinete desplegado por una ciudad-estado no sería capaz de desbaratar una falange bien formada, y los proyectiles de los soldados avanzados eran poco más que una molestia para los bien protegidos hoplitas. Los soldados avanzados salían de entre las clases pobres, y su participación marginal en una batalla cerrada justificaba su participación igual de marginal en la política. La caballería solía estar formada por aristócratas acomodados, hombres que no solo eran capaces de permitirse tener un caballo, sino el tiempo para aprender a montar con destreza. Pero la gloria en la batalla correspondía a los hoplitas, de modo que muchos hombres que podrían haberse permitido servir en la caballería escogieron unirse a la falange y combatir a pie.

Al menos durante los primeros días de la democracia en el siglo VI a.C., el *demos* era a todos los efectos la clase hoplita, incluso aunque

no sepamos qué reforma tuvo lugar antes, la política o la militar. Los granjeros hoplitas elegían a sus líderes civiles y militares y luchaban contra una falange de otros granjeros hoplitas de ciudades rivales. Las aristocracias se adaptaron a la nueva situación y se unían a la falange en la batalla, y mediante su dinero y relaciones aportaban una parte desproporcionadamente grande de magistrados electos.

Las ciudades-estado eran agresivas e inestables, e incluso las democracias eran sociedades groseramente desiguales para nuestros estándares, pero incluso en esta época las comunidades griegas se podían jactar de numerosos logros admirables. La idea de la democracia se creó y se puso en práctica entre los griegos y en ninguna otra parte. Discutían y analizaban el concepto además de otras ideas políticas, igual que empezaron a estudiar y diseccionar conceptos abstractos y el mundo que los rodeaba de un modo que nadie más había hecho. Produjeron arte, arquitectura, literatura y teatro distintos a todo lo que se había hecho antes. Nuestra familiaridad con esos logros no debe oscurecer lo extraordinaria que fue esta explosión de creatividad.

La misma competitividad innata, el deseo de conseguir la gloria (*aristeia*) demostrando que eras mejor que los que te rodeaban, alimentaba lo bueno y lo malo de la cultura griega. A las ciudades y los individuos les importaban el honor y el estatus. Los Juegos Olímpicos son famosos en parte por su moderno renacimiento, pero eran solo parte de un ciclo de importantes festivales panhelénicos en los que se celebraban competiciones artísticas además de deportivas. Los héroes de Homero celebraban carreras y duelos entre ellos, y la «ira de Aquiles», que conforma la historia de la *Ilíada* comienza con un insulto contra su honor. La tradición mantenía que los primeros Juegos Olímpicos se celebraron en 776 a.C. y se repetían cada cuatro años, lo que nos da uno de los modos de datación más extendidos. Durante un periodo fijado antes y después de este y otros festivales importantes se imponía una tregua sobre cualquier conflicto entre griegos, para permitir los viajes y la participación en los juegos. Esa institución griega por excelencia, el gimnasio, era un lugar no solo para promover la aptitud física personal, sino que estaba diseñado deliberadamente para hacerlo en público, de modo que hasta los entrenamientos eran competitivos. Pelópidas, el hombre que envió a Filipo como rehén a Tebas, era conocido como culturista en el gimnasio antes de hacerse un nombre como soldado y oficial. La excelencia en cualquier campo no era muy valorada a menos que fuese reconocida por otros.[67]

La reputación y el honor importaban, y estaban conformados por cómo se veían a sí mismos y cómo los trataban los otros. Los ciudadanos que se sentían pobremente tratados por su comunidad

tramaban una revolución sin reparos para corregirlo. Un grupo que se considerase superior creería sinceramente que era correcto tomar el poder, y el individuo seguro de sus talentos podía aspirar al liderazgo o incluso a la tiranía. Las ciudades iban a la guerra cuando se sentían insultadas por otra comunidad, incluso aunque sus recursos militares reales fuesen mucho más débiles que los del nuevo enemigo. Se daba por sentado que una polis dominaría otras si era lo suficientemente fuerte, y los filósofos que analizaban el asunto de las relaciones entre los estados estaban muy cerca de considerar la guerra como condición natural por encima de la paz.[68]

Es un error exagerar y considerar obsesivo el deseo de destacar o la única fuerza impulsora en la política y sociedad griegas. No todos eran un Aquiles, empujados por el honor personal por encima de todo, ni tampoco unos guerreros (o cualquier otra cosa) tan espectacularmente buenos como para que su comportamiento tuviese un profundo impacto en quienes los rodeaban. La mayoría de las veces, las ambiciones de los políticos en una comunidad dada se equilibraban entre ellas. Pero constantemente había revoluciones, y resulta llamativo cuántos políticos griegos pasaban la vida en exilios voluntarios o forzosos.

Al mismo tiempo, los conflictos entre ciudades-estado eran corrientes tanto por insultos reales o imaginados como por ventajas más tangibles. Muchas guerras de decidían con el choque de falanges rivales, pero las cosas no eran siempre tan sencillas. Incluso en Homero, no fue el heroísmo frontal de Aquiles lo que consiguió que los griegos entrasen en Troya, sino la astucia de Odiseo con el diseño del caballo de madera. Se daban asaltos, emboscadas, pirateos y ataques por sorpresa, y en ocasiones un bando conseguía una ventaja suficiente para tomar y destruir la comunidad rival. Cuando ocurría esto, no había sentido compartido de identidad griega que evitase la masacre y la esclavización masiva.

Ser griego diferenciaba a alguien de los bárbaros, pero un hombre generalmente se identificaba mucho más con su ciudad. Algunas ciudades mantenían lazos duraderos de amistad con otras comunidades, pero todas tenían también rivalidades y enemistades históricas, y por su propia naturaleza, las poleis griegas no cooperaban de inmediato. La presión de las grandes invasiones persas de principios del siglo V a.C. cambiaron esto hasta cierto punto, al menos durante un periodo breve. Fueron victorias épicas, en las que los griegos rechazaron a los invasores contra toda probabilidad, que empujaron a Herodoto a escribir la primera historia en prosa en griego, y fomentaron la mayor prosperidad de la cultura ateniense.[69]

Persia era el imperio más poderoso de su época, y controlaba tal cantidad de territorio, población y riqueza que empequeñecía todas

las comunidades griegas juntas. Para finales del siglo VI a.C., los reyes persas extendían su dominio al oeste hacia Europa, cada vez más cerca de la Grecia continental, pero la chispa de la primera invasión llegó de Atenas. Las ciudades griegas de Ionia en el Asia Menor (la moderna Turquía), se rebelaron contra la dominación persa, y la democrática Atenas respondió a su petición de ayuda en la guerra. La ayuda ateniense fue limitada, y no evitó la derrota total de los rebeldes, pero atrajo la atención de los persas. En 490 a.C., el rey Darío envió una expedición de castigo contra la insolente ciudad griega. Esparta prometió ayuda, pero retrasaron el envío de un ejército porque estaban celebrando un festival religioso. Solo los atenienses y sus aliados de la ciudad de Platea formaron una falange y cargaron contra el ejército persa en Maratón. Fue la primera señal real de la superioridad hoplita en el combate mano a mano, porque los persas sufrieron una derrota con grandes pérdidas y la invasión fue vencida.

Una década después, Jerjes, hijo de Darío, regresó con un enorme ejército y una gran flota, precedidos de embajadores que exigían fuego y agua, los símbolos tradicionales de sumisión. Los preparativos para la expedición llevaron varios años y deliberadamente se llevaron a cabo del modo más evidente posible para convencer a quien estuviese considerando resistirse que la derrota era inevitable. En 480 a.C. los persas cruzaron el Helesponto, el angosto estrecho de los Dardanelos entre Europa y Asia, y su ejército pudo marchar hacia Europa. Herodoto afirmaría más tarde que alcanzaba el millón de hombres, lo que es logísticamente imposible, pero nos da un ejemplo temprano de la querencia de nuestras fuentes por retratar a los ejércitos persas como vastas hordas. Se trataba de un esfuerzo más serio que la primera invasión, y la meta era la conquista formal.

Durante un tiempo, la dimensión de la amenaza se sobrepuso a la instintiva reticencia griega a cooperar. La resistencia estuvo encabezada por Atenas y Esparta, las dos ciudades-estado mayores, y ambas contribuyeron a su manera. Esparta era la potencia terrestre, y su ejército estaba considerado como el mejor de Grecia. En su centro estaban los espartiatas, la pequeña casta de espartanos educados desde la infancia para ser soldados. Profesionales en un mundo de hoplitas aficionados, se entrenaban con constancia, individualmente y como unidad, liberados de la necesidad de trabajar para ganarse la vida porque todas las tareas las llevaban a cabo siervos ilotas. La sociedad espartana era brutal. Todos los años, el estado declaraba formalmente la guerra contra los ilotas, y los espartiatas adolescentes salían hacia las montañas, descendiendo por la noche para golpear o asesinar a todos los ilotas que encontrasen.

En contraste, Atenas era una democracia, con una sociedad innovadora que miraba al exterior, al contrario que los espartanos,

conservadores a ultranza. La ciudad tenía una gran población, lo que significaba que podía desplegar un gran número de hoplitas, pero su principal contribución fue su armada. En la última generación Atenas se había convertido en la mayor potencia naval de Grecia; el estado había construido una flota de trirremes, barcos de guerra ligeros y maniobrables movidos por tres filas de remos, cada uno de ellos operado por un solo remero. Esta armada contó con los fondos de las minas de plata estatales de Lavrio, en el sur de Ática, y probablemente las naves fueron construidas principalmente con madera procedente de Macedonia. Una cosa eran las naves, pero para que fuesen verdaderamente efectivas, las tripulaciones necesitaban adiestramiento regular, lo que significaba que tenían que ser pagados.

De nuevo, los espartanos estaban ocupados con un festival y no estaban dispuestos a comprometer todo su ejército al principio de la campaña en 480 a.C. Es por todos conocido que enviaron a Leónidas, uno de sus dos reyes, y a trescientos espartiatas para defender el estrecho paso de las Termópilas. Menos conocido es que los apoyó un gran número de ciudadanos no espartanos, además de aliados de otros estados. Defendieron durante días el paso contra Jerjes, demostrando una y otra vez la superioridad de los hoplitas, especialmente los hoplitas espartanos, en el combate cuerpo a cuerpo. Al mismo tiempo, la flota griega combinada contenía a la mayor armada persa en Artemisio. El final llegó cuando les mostraron a los persas una ruta a través de las montañas que rodeaba el paso. No había hombres suficientes para defenderlo adecuadamente, de modo que los griegos se retiraron, cubiertos por los espartanos, que fueron barridos en el combate.

Jerjes había atravesado hacia Boecia, y quedaban pocos obstáculos naturales que frenasen su avance hasta llegar al istmo del Peloponeso. Tebas fue una de varias comunidades que se sometieron a Persia antes que arriesgarse a que su ciudad fuese devastada. En contraste, Atenas evacuó a la mayor parte de su población y dejó que el enemigo saqueara la ciudad. Aunque hubo graves tensiones, de algún modo el espíritu de cooperación entre las poleis sobrevivió lo suficiente para que volviesen a reunir su flota y se enfrentasen a los persas en Salamina, un angosto tramo de agua donde la superioridad numérica no podría aprovecharse por completo y la habilidad y el conocimiento de la navegación serían fundamentales. Encabezados por un jefe espartano, parte de un acuerdo político a pesar de que el mayor número de barcos eran atenienses, los griegos triunfaron. Como Trafalgar, la batalla de Inglaterra o Midway, la de Salamina fue una victoria que implicó que los defensores no perderían por el momento, más que una batalla para ganar la guerra. Jerjes regresó a casa, dejando tras él a un general al mando de un ejército muy numeroso

para completar la conquista. Un año después, en 479 a.C., esta fuerza fue derrotada en tierra en la batalla de Platea.

Esparta y Atenas emergieron de esta épica lucha contra una superpotencia con su prestigio en un nuevo máximo. Los hoplitas espartanos habían acaparado los focos en la gloriosa derrota de las Termópilas y la victoria de Platea, mientras que los atenienses podían jactarse de haber hecho posible la victoria de Salamina y habían soportado el grueso del combate. Esa victoria era menos clara y no se podía atribuir exclusivamente al coraje de los hoplitas, porque la tripulación de cada trirreme de apenas doscientos hombres consistía sobre todo en remeros, reclutados de entre los más pobres. Pronto Atenas extendería el derecho a asistir y participar en la Asamblea Popular a todos los ciudadanos, incluyendo a los que estaban inscritos como poseedores de pocas o ninguna riqueza. Eso era la democracia en su forma más radical, y aunque los acomodados y más instruidos desdeñaban lo que consideraban que era la naturaleza caprichosa de la masa, fue bajo este sistema cuando Atenas alcanzó la cima de su poder y prosperidad.

Atenas, con su floreciente vida cultural, estaba mejor situada para celebrar sus logros que Esparta e, igualmente importante, su armada le dio la oportunidad para perseguir al enemigo y continuar la guerra por mar asaltando Asia Menor y ayudando a las ciudades griegas de allí. Para hacerlo de manera efectiva, formó la Liga de Delos de ciudades costeras, que contribuía con barcos o dinero al esfuerzo común de la defensa agresiva contra Persia. Según iba desapareciendo la amenaza persa, la liga se fue transformando paulatinamente en un imperio ateniense, en el que los aliados eran obvios subordinados que solo contribuían con dinero que Atenas utilizaba para mantener su gigantesca flota. Pero la tensión con Esparta continuaba creciendo; cada una de las ciudades veía el prestigio y el poder de la otra como un desafío a su propio estatus. A su vez, ciudades más grandes como Corinto o Tebas estaban molestas por el protagonismo espartano y ateniense. Las ciudades más pequeñas formaban alianzas con otras más poderosas como protección contra rivales locales. Esto quería decir que una pequeña disputa entre dos ciudades menores podría proporcionar el pretexto para que estados más grandes buscasen obtener ventajas. La segunda parte del siglo V estuvo dominada por la lucha por la supremacía entre Atenas y Esparta, con breves momentos de paz que interrumpían periodos más largos de guerra abierta, culminando en lo que se ha denominado la guerra del Peloponeso (431-402 a.C.).[70]

Las diferencias fundamentales entre la potencia terrestre Esparta y la potencia naval Atenas, dificultaban que ningún bando pudiese utilizar su mayor ventaja para infligir daños fatídicos en el otro. Los

combates entre falanges eran raros, más comunes eran las incursiones por tierra y mar. Ningún estado griego destacaba por sus tácticas de asedio, de modo que tomar una ciudad enemiga era cuestión de largos y difíciles bloqueos. A menos que la ciudad fuese pequeña, o que una facción de ella estuviese dispuesta a traicionar a los otros y admitir furtivamente al enemigo, era cuestión de esperar a que sus habitantes muriesen de hambre. Atenas era una ciudad enorme para los estándares griegos que hacía tiempo que era incapaz de alimentar a su población con productos locales. Los atenienses dependían de la importación de productos esenciales, especialmente el grano, gran parte de ellos procedentes del mar Negro. Las líneas de fortificación conocidas como los Muros Largos conectaban la ciudad con su puerto en el Pireo. Esparta formaba ejércitos de unos treinta mil hombres para invadir Ática, el territorio más amplio que rodeaba Atenas. Eran fuerzas de una escala no vista desde la asamblea de ejércitos en Platea. Los atenienses simplemente se retiraron tras sus murallas, dejando que los espartanos hiciesen estragos en el territorio mientras observaban impotentes las fortificaciones. Durante una década, los espartanos hicieron lo mismo cada verano durante aproximadamente un mes. Atenas esperaba ganar la guerra en otra parte, arrebatándole a Esparta sus aliados y reduciendo sus fuerzas. Otros estados no podían evitar verse envueltos en el conflicto, pero tenían sus propios intereses y estaban dispuestos a cambiar de bando cuando les parecía ventajoso.

El precio de décadas de guerra fue espantoso. Fueron destruidas ciudades y sus poblaciones exterminadas o esclavizadas. Atenas fue especialmente brutal en su tratamiento a los aliados que se habían vuelto en su contra, aunque en realidad había poca diferencia entre el salvajismo de ambos bandos. Un desastre natural se añadió a los horrores infligidos por los seres humanos cuando una plaga se cernió sobre la superpoblada Atenas, matando a una gran proporción de la población. La confusa estrategia de ambos bandos queda demostrada especialmente en la decisión ateniense de dedicar grandes recursos a un ataque contra Siracusa, la mayor ciudad griega de Sicilia. Mal planeada e incluso peor ejecutada, resultó ser un humillante y costoso desastre a manos de los siracusanos, ayudados por un consejero militar espartano. Pero la guerra continuó renqueando. Esparta se dio cuenta de que necesitaba derrotar a la flota ateniense para vencer a su enemigo y creó sus propios escuadrones de barcos de guerra que añadir a los trirremes que aportaban sus aliados. La gran ironía es que esto fue posible debido a una alianza entre Esparta y Persia; el gran rey persa del momento enviaba grandes cantidades de dinero que pagaban la creación de la flota. Atenas estaba cerca del agotamiento, y algunas de las decisiones quijotescas de la Asamblea Popular no

ayudaban; una de las más llamativas fue ejecutar a algunos de sus mejores almirantes que no habían sido capaces de salvar a todos los marinos de los trirremes hundidos durante una batalla.[71]

En 404 a.C., después de una derrota de más, Atenas capituló. Su sometimiento quedó señalado por la demolición de los Muros Largos acompañada por música de flautistas y escenas de celebración. Pero para sorpresa de muchos, Esparta no decidió erradicar por completo a su rival. La democracia radical fue reemplaza por una estrecha oligarquía, los Treinta Tiranos, y por el momento el dominio espartano fue indiscutido. Al principio algunos lo recibieron con agrado, con la esperanza de que la nueva gran potencia demostrase ser menos arrogante y egoísta de lo que habían sido los atenienses en el pasado. Esta esperanza se desvaneció rápidamente. En 401 a.C. los espartanos ayudaron a la formación de un ejército mercenario de hoplitas para ayudar a Ciro, el hermano del rey persa, en su pretensión al trono. Esos hombres, los Diez Mil, consiguieron una victoria en Cunaxa, dentro del territorio persa, pero que demostró ser inútil cuando Ciro murió mientras buscaba a su hermano en el campo de batalla. Los mercenarios griegos tuvieron que luchar durante el largo camino de vuelta hasta la costa de Asia Menor. Años después, algunos seguían allí para ayudar al rey Agis de Esparta cuando este encabezó un ejército espartano a Asia Menor supuestamente para liberar del dominio persa a las ciudades griegas de la región.[72]

Para entonces, Atenas se estaba recuperando tras un periodo de amargas luchas de poder internas que llevaron a una guerra civil. En 403 a.C., poco más de un año tras la creación de la oligarquía, el rey Pausanias de Esparta reestableció un cierto grado de estabilidad y sentó las bases para la restauración de la democracia. La gratitud por su generosidad no duró demasiado; Atenas comenzaba a recuperar su confianza y su fuerza. Poco después, los atenienses aceptaron fondos persas para construir barcos de guerra que utilizar contra Esparta, mientras estos últimos proponían un tratado con el rey persa que reconocía su derecho a gobernar las ciudades griegas en Asia. Las ganancias a corto plazo motivaban a todas las poleis griegas de la época, que sentían escasa preocupación por las otras ciudades, y de una en una todas las potencias importantes acudieron a Persia a pedir apoyo financiero. En 378 a.C., Persia actuó como garante de un tratado de paz universal, presumiblemente para acabar la guerra entre las ciudades-estado de Grecia. Quien violase la tregua de la «Paz del Rey» se enfrentaría a unos oponentes respaldados por grandes ayudas de oro persa. En la práctica, hacía poco más que fortalecer el poder del estado dominante en un momento dado, que por entonces seguía siendo Esparta.

Atenas recuperó su fortaleza, reconstruyó los Muros Largos y en

378 a.C. comenzó a crear una segunda liga de aliados, comprometiéndose a tratarlos con más respeto que en el pasado. Al principio, los atenienses cumplieron su palabra y las relaciones con los aliados fueron buenas. Antes de que pasara mucho tiempo, la armada ateniense volvía a superar la de cualquier otro estado en tamaño, y su poder se hacía sentir por todo el Egeo. La hegemonía espartana empezó a decaer, un proceso acelerado por su torpe diplomacia y las debilidades internas de la sociedad espartana, que siempre requería suficientes espartiatas en la ciudad para mantener controlados a los ilotas. En 382 a.C., Esparta había destacado traicioneramente una guarnición en Tebas y había creado un gobierno títere. Poco más de tres años después, Epaminondas, Pelópidas y sus cómplices dieron un osado golpe de estado, matando a los líderes espartanos y a sus aliados en la ciudad.

Tebas, Atenas y Esparta eran los protagonistas de la constante lucha por el poder, pero otros estados y ligas de estados también fueron importantes. Ninguno fue capaz de establecer un dominio duradero, y el resultado era la guerra prácticamente constante, fuese directa o librada indirectamente contra aliados. La reputación de invencibilidad en batalla de Esparta quedó hecha añicos en Leuctra en 371 a.C., pero las batallas formales entre hoplitas seguían siendo poco comunes. La mayoría de las campañas eran de menor escala y duraban más del mes que aproximadamente un granjero hoplita estaba dispuesto a pasar lejos de su casa. Una ciudad o bien pagaba y alimentaba a sus ciudadanos para que se quedasen en el campo de batalla durante meses o incluso años, o contrataba mercenarios. Ambos métodos requerían de considerables recursos, hacer la guerra era cada vez más caro, y rara vez los saqueos y otros botines llegaban a cubrir el coste. Había muchos mercenarios disponibles, porque generaciones de guerras y luchas internas habían producido grandes números de hombres cuyos hogares habían sido destruidos o habían sido exiliados, además de aquellos que sencillamente habían descubierto que les gustaba combatir. Los trirremes también eran caros de construir y mantener, mientras que sus tripulaciones necesitaban practicar frecuentemente, lo que a su vez quería decir que en el mejor de los casos los pagaban para que se dedicasen en exclusiva a ello.

La guerra era cara y arriesgada, pero los antiguos rencores, la percepción del honor, la necesidad instintiva de competir y la esperanza por la victoria siguieron alimentando el conflicto, sin que nadie consiguiese una ventaja permanente. Tebas fue dominante durante alrededor de la década tras 371 a.C., y durante este tiempo lanzó varias invasiones importantes sobre el territorio espartano y fortificó la ciudad de Mesene para acoger a los ilotas mesenios de

Esparta. Muchos huyeron para unirse a la nueva comunidad y otros regresaron tras generaciones de exilio. Ayudada por una guarnición tebana, la nueva polis rechazó todos los ataques espartanos y pronto prosperó como recordatorio constante para otros ilotas. En 362 a.C., falanges tebanas y espartanas, ambas apoyadas por grandes contingentes de aliados, volvieron a enfrentarse en Mantinea. Hubo numerosas bajas, incluido Epaminondas, pero ninguno de los dos bandos obtuvo una victoria clara ni ventaja estratégica alguna. El historiador Jenofonte, un aristócrata ateniense que había encabezado a los Diez Mil y más tarde se había asentado en Esparta, acaba su historia en este punto con una nota muy pesimista, pues después de la batalla «lo contrario de lo que todos los hombres creían que ocurriría, ocurrió». Afirmó que la mayoría de los estados griegos se habían unido al conflicto, esperando que los vencedores se hiciesen con el dominio. Pero ambos bandos afirmaron haber obtenido la victoria, sin conseguir en realidad poder o territorio o estar significativamente «mejor... que antes de que la batalla tuviese lugar; pero había todavía más confusión y desorden en Grecia tras la batalla que antes».[73]

Los filósofos buscaron la causa subyacente de este interminable y ambiguo ciclo de guerras. Muchos, Platón entre ellos, habían decidido que la oligarquía y especialmente la democracia, alimentaban el conflicto, y comenzaron a fantasear sobre las ventajas de un gobierno a manos de un tirano sabio y bueno. Otras voces creían que los griegos necesitaban una gran causa que los uniese y hablaban de aliarse para invadir Persia. Pocos escucharon a ninguno de estos teóricos, y los conflictos entre poleis continuaron como habían hecho siempre.

Macedonia fue siempre diferente, como país y como cultura, y desde la perspectiva de un griego del sur, atrasada. Las ciudades-estado no se desarrollaron, y las únicas poleis reconocibles dentro del reino o cerca de él eran colonias organizadas por colonos. Había comunidades urbanas, pero no eran independientes ni se autogobernaban, y muchas carecían de murallas. El gobierno de los reyes en sí mismo era algo arcaico y extranjero, excepto para un pequeño puñado de filósofos deseosos de explorar la posibilidad de un gobierno de un monarca tolerante. Las ciudades-estado de Tesalia estaban dominadas por aristócratas y tendían a favorecer la aparición de tiranos, pero aun así parecían más griegas que su vecina del norte. Las instituciones políticas importaban más que el idioma, y desde una perspectiva ateniense Macedonia era un lugar remoto, más cercano a Tracia e Iliria cultural y geográficamente.

Puede que otros griegos en otras épocas pensaran de modo diferente, y un fragmento escrito por el poeta griego Hesíodo alrededor del 700 a.C. habla de un tal Macedón, hijo de Zeus, amante de los caballos que vivía cerca del Monte Olimpo y Pierría. Un

antepasado místico así sugiere que estaban incluidos dentro de la amplia familia de pueblos griegos. Doscientos años después, los persas atacaron Europa años antes de que Atenas acudiese a ayudar a los rebeldes jonios. Darío encabezó personalmente la campaña en Tracia y Escitia. Alrededor de 500 a.C. erigió una inscripción que incluía una lista de sus súbditos, y acababa con «países que están más allá del mar». Otra especificaba a «escitas que están al otro lado del mar, Skudra y los jonios, que llevan pétasos». Skudra era probablemente Tracia, aunque también pudo haberse extendido hasta Macedonia, y el pétaso era el distintivo gorro macedonio. Que los describiesen como jonios sugiere que los persas los veían parecidos a los habitantes de las ciudades griegas de Asia y la propia Grecia. No hay motivos para dudar de la afirmación de Darío de que controlaba esa zona. Menos claro es si Macedonia formaba o no parte de una satrapía persa, una provincia controlada por un gobernador persa. No hay pruebas de que Amintas I o su hijo Alejandro I fuesen sátrapas, y en conjunto es más probable que fuesen reconocidos como reyes súbditos, semejantes a algunos de los monarcas de Asia Menor.[74]

Cuando Jerjes marchó contra Grecia en 480 a.C., Alejandro I, como su leal aliado, envió tropas macedonias para unirse al ejército real, tal como harían los tebanos tras su capitulación. Según Herodoto, la noche anterior a la batalla de Platea, un jinete solitario cabalgó hasta los puestos avanzados atenienses y pidió ver a sus generales, porque él también era un griego por ascendencia y temía por la causa griega. Cuando los jefes llegaron, el jinete les habló de los planes de batalla persas para el día siguiente antes de alejarse, diciendo simplemente que era Alejandro el macedonio. Esta traición supuestamente ayudó a los griegos a alterar sus propias tácticas y obtener la victoria.[75]

Más tarde, Alejandro I sería conocido como «el filoheleno» por su pasión por todo lo griego (y el sobrenombre sugiere que a un rey macedonio no se le consideraba tan puramente griego). Herodoto nos dice que asistió en algún momento a los Juegos Olímpicos y compitió en la carrera de un estadio (una distancia de unos ciento ochenta metros). No sabemos cuándo ocurrió, aunque 500 o 496 a.C. son buenas posibilidades, dado que se trataba de un evento para los bastante jóvenes; el asunto se complica porque no sabemos cuándo nació Alejandro, aunque era lo suficientemente mayor en 498 a.C. como para proclamarse rey. En su momento, otros competidores se quejaron alegando que el macedonio no estaba calificado para competir porque no era griego. Sin embargo, los organizadores aceptaron la tradición de que la familia argéada procedía de Argos como prueba de que sí lo era. Alejandro tomó parte y empató en el primer lugar. Dado que no es mencionado en ninguna lista de

vencedores que nos haya llegado, bien pudiera ser que hubiese perdido una revancha, y no hay un motivo lo bastante bueno como para rechazar la historia. Lo que resulta interesante es que implica que ser macedonio no bastaba para demostrar que un hombre era griego, al menos en el tenso entorno de la competición olímpica. Si, como parece probable, todo ocurrió mientras Macedonia formaba parte del imperio persa, este motivo bien puede haber sido un añadido para las dudas.[76]

Herodoto cuenta otra historia sobre Alejandro I que es bastante menos posible. Afirma que siendo este joven y su padre todavía rey, una delegación de embajadores persas acudió a la corte real. Durante un banquete, los invitados bebieron copiosamente y comenzaron a tratar a algunas de las mujeres de la familia real como si fuesen cortesanas. Los macedonios se enfurecieron, y el adolescente Alejandro tramó un plan. Un grupo de jóvenes se puso ropa de mujer, reemplazaron a las auténticas mujeres y en un momento dado asesinaron a los persas. Es muy probable que el rey inventase posteriormente este relato y lo hiciese circular para demostrar que su corazón nunca había estado con los persas durante los años de alianza forzosa. Aparte de todo lo demás, no hay pruebas de que Darío respondiese enfurecido como sin duda debía de haberlo hecho al enterarse de la noticia del asesinato de sus enviados. En vez de ello, sabemos que la hermana de Alejandro se casó con un importante oficial persa, y que tenían suficiente confianza en él como para enviarlo a Atenas como representante persa en el invierno de 480-479 a.C. Era una señal tanto de que lo consideraban de fiar como de que reconocían que el rey tenía una conexión con Atenas, y que la ciudad lo había homenajeado por su buena voluntad y buenos actos. No sabemos qué había motivado estos honores, pero con mucho la explicación más plausible es que Alejandro les había proveído de gran parte de los materiales utilizados para construir la nueva flota ateniense. El imperio persa era demasiado vasto como para que su rey o los sátrapas de este gestionasen cada región, por no hablar de los territorios más distantes. Macedonia se encontraba en los límites. Alejandro ni podía ignorar el poder de Persia ni dejar de buscar oportunidades para el comercio y tener buenas relaciones con los estados más cercanos.[77]

Tras Platea, el poder persa se retiró y el de Atenas prosperó, como hizo el de Esparta, pero al principio los espartanos demostraron poco interés en Macedonia. En contraste, la armada ateniense creció aún más con la transformación de la Liga de Delos en un imperio ateniense. Macedonia era una de las mejores fuentes de materia prima para construcción y mantenimiento de los barcos y ya solo eso le daba relevancia. Además, la región ofrecía recursos minerales a una escala

que resultaba muy atractiva para cualquier estado, y especialmente a uno decidido a poseer algo tan caro como una flota. Estratégicamente, la costa de Macedonia, la Calcídica y el Quersoneso eran puntos vitales para las numerosas comunidades costeras e isleñas del Egeo que formaban el imperio ateniense. Los trirremes tenían tripulaciones demasiado grandes para su tamaño, y poco espacio para almacenar la comida y el agua que esos hombres necesitaban. Su autonomía era corta, porque necesitaban atracar durante una noche al menos cada dos o tres días, y preferiblemente más a menudo. Las ciudades costeras con puertos e instalaciones de atraque eran esenciales para que la flota operase en la zona. Para Atenas, la ruta de ida y vuelta a las colonias del mar Negro ricas en grano era un salvavidas vital que necesitaba proteger.[78]

Todo esto quería decir que Atenas, y con el tiempo otras ciudades, se interesaron aún más por Macedonia y los vecinos de esta. Podían ganar mucho aliándose con ellos, lo que significaba que los reyes de Macedonia eran cortejados por otros estados, pero la idea de asegurar una presencia permanente en la región también resultaba muy atractiva. No siempre era fácil. Los tracios destruyeron más de una colonia griega levantada para explotar los recursos minerales de la región. Dos intentos de Atenas para fundar una comunidad en Anfípolis, cercana a un buen puerto y rodeada por tres lados por el río Estrimón fracasaron. Un tercer intento en 437-436 a.C. tuvo éxito y les permitió tener un buen acceso a la madera y los minerales transportados por el río. Era un gran logro, pero inevitablemente lo que resultaba importante para Atenas también adquirió nuevo significado para sus enemigos. En 424 a.C. los habitantes de Anfípolis, la mayoría de los cuales venían de comunidades aliadas más que de la propia Atenas, cambiaron de bando y admitieron en la ciudad al general espartano Brasidas y sus fuerzas.[79]

Macedonia y las tierras vecinas se convirtieron en un teatro de operaciones en el creciente conflicto de la guerra del Peloponeso. Atenienses, espartanos y sus respectivos aliados se sumaron a los líderes tracios e ilirios que hacía tiempo que venían interviniendo en el reino. Más tarde, los tebanos y tesalios se unirían a ellos, porque el fin oficial de la gran guerra no hizo nada por reducir el atractivo de la región para los estados mayores. Todos estaban motivados por su propio interés, como también lo estaban los reyes argéadas, los monarcas de los cantones de la Alta Macedonia y las tribus molosias, lo que hacía que las alianzas fuesen a menudo breves, el enemigo de ayer se convertía en el aliado de hoy y viceversa, según cambiaba la situación. En nuestras fuentes, Pérdicas II y su hijo Arquelao I en particular aparecen retratados como caprichosos y taimados, esto es, que cambiaban de bando, forjaban y rompían alianzas a voluntad y

generalmente se mostraban tan poco escrupulosos como todos los demás. Su habilidad para enfrentar otros intereses rivales y mucha suerte, les permitió sobrevivir, del mismo modo que le había permitido a Alejandro I trazar un camino entre Persia y los estados griegos del sur.[80]

Ayudó que nadie fuese capaz de conseguir ningún dominio duradero en la región, al menos tras la retirada de Persia en 479 a.C. De hecho, la aparición de una potencia inclinaba automáticamente a las otras a tratarla con sospecha y hostilidad. Atenas, Esparta, Tebas y el resto tenían muchas otras preocupaciones además de esta región, mientras que los grupos y líderes locales no eran lo bastante fuertes como para rechazar a todos los rivales. La inestabilidad continuó durante generaciones, erosionando constantemente la fuerza de la monarquía argéada, en particular porque casi siempre había una potencia externa que respaldaba a miembros de la familia que se enfrentaban al rey. Atenas nunca dejó la zona por completo, y la costa siempre estaba expuesta a sus escuadras de trirremes. La pérdida de Anfípolis continuó siendo un agravio doloroso profundamente emocional para muchos atenienses, pero los repetidos intentos de retomarla fracasaron. En otros momentos se aliaron con ciudades costeras como Pidna y Metone, o se hicieron con su control.

Alejandro I celebraba la cultura griega, incluso aunque necesitase un juicio para aceptarlo como lo suficientemente griego para participar en Olimpia. Encargó la erección de estatuas de oro de sí mismo en Olimpia como parte de las ofrendas a Zeus y Apolo. En estas fechas, los retratos de personas concretas en lugar de dioses eran excepcionalmente escasos entre los griegos, de modo que su comportamiento demostró que aunque reverenciaba la cultura helénica, no era del todo parte de ella. Pero el famoso poeta Píndaro fue uno de los escritores griegos conocidos que visitaron Macedonia y fueron agasajados en la corte real. En el siglo V a.C., Herodoto y Tucídides se encontraron entre los invitados. Este entusiasmo por lo mejor de la cultura griega seguía siendo fuerte en época de Filipo, y el generoso patrocinio real llevó a Macedonia a pintores y escultores, además de escritores. Arquelao I creó un gran festival en Díon, que incluía competiciones teatrales en honor a Zeus y las Musas, además de juegos «Olímpicos» inspirados en las Olimpiadas. También atrajo a su corte a Eurípides, y el famoso dramaturgo griego escribió y montó al menos una obra mientras estuvo en Pela. Su *Arquelao* era el relato del antepasado del rey del mismo nombre, y reformuló la historia fundacional de los argéadas en un marco adecuadamente griego. Es posible que *Las Bacantes* también la escribiese durante su estancia en Macedonia, dado que trataba de un culto especialmente importante para los macedonios.[81]

Eurípides nunca regreso a su patria, y murió en Macedonia en 406 a.C. Aunque los atenienses pidieron que se les enviasen sus restos, los macedonios siempre se negaron, presumiblemente fue una decisión tomada en asamblea, y se le erigió una tumba allí. No todos aceptaron las invitaciones a la corte real; se dice que Sócrates declinó la invitación, aunque sus motivos no están claros. A pesar de todo el entusiasmo que la familia real y los líderes macedonios mostraban por la cultura griega y especialmente la ateniense, siguieron siendo distintos de los aristócratas de las ciudades-estado del sur. Básicamente eran, por encima de todo, macedonios, y que los considerasen o no «griegos» dependía de la perspectiva del hablante. Lo mismo se puede decir de Filipo, pero con el tiempo irrumpiría en el corazón del sur de Grecia y se enfrentaría a sus mayores ciudades-estado.[82]

---

62. Sobre si los macedonios eran o no griegos, véase la discusión en Borza, In the Shadow of Olympus, pp. 77-97, esp. 90-7, y más concretamente sobre el lenguaje, véase Hammond (1989), pp. 12-15 y N. Hammond, «Literary evidence for Macedonian speech», Historia, 43 (1994), pp. 131-142.
63. Hay muchos buenos estudios de historia y cultura griegas como el de M. Finley, The Ancient Greeks (1963), o más recientemente los primeros capítulos de R. Lane Fox, The Classical World. An Epic History from Homer to Hadrian (2006).
64. D. Dawson, The Origins of Western Warfare. Militarism and Morality in the Ancient World (1996), pp. 47-107, H. Bowden, «Hoplites and Homer: Warfare, hero cult and the ideology of the polis» en J. Rich y G. Shipley (eds), War and Society in the Greek World (1993), pp. 45-61, y en general V. Davis Hanson, Warfare and Agriculture in Classical Greece (1998), H. van Wees, Greek Warfare. Myths and Realities (2004).
65. Herodoto 7.9b (traducción de Loeb)
66. La literatura sobre el combate hoplita es abundante. En general, véase Davis Hanson, The Western Way of War, y la recopilación de trabajos en V. Davis Hanson (ed.), Hoplites. The Classical Greek Battle Experience (1991).
67. Plutarco, Pelópidas 4.
68. Sobre el honor y la competición, véase J. Lendon, «Homeric vengeance and the outbreak of Greek wars», en H. van Wees (ed.), War and Violence in Ancient Greece (2000), pp. 1-30, J. Lendon Soldiers and Ghosts (2005), pp. 20-38, J. Lendon, «Xenophon and the alternative to realist foreign policy: Cyropaedia 3.1.14-31», JHS, 126 (2006), pp. 82-98.
69. Hay un relato enérgico y accesible de las guerras persas en T.

Holland, Persian Fire. The First World Empire and the Battle for the West (2005). Para la perspectiva persa, véase G. Caldwell, The Greek Wars. The failure of Persia (2005), pp. 1-138.
70. Sobre los conflictos principales entre Atenas y Esparta en el siglo v, véase J. Lendon, Song of Wrath. The Pelopnnesian War Begins (2010), D. Kagan, The Peloponnesian Wat. Athens and Sparta in Savage Conflict 431-404 BC (nueva ed. 2005), V. Davis Hanson, A War Like No Other: How the Athenians and Spartans Fought the Peloponnesian War (2005).
71. Sobre Siracusa, ver P. Matyszak, Expedition to Disaster. The Athenian Mission to Sicily 415 BC (2012).
72. Hay un estudio de la historia griega desde el fin de la guerra del Peloponeso en M. Scott, From Democrats to Kings. The Downfall of Athens to the Epic Rise of Alexander the Great (2009).
73. Jenofonte, Hell. 7.5.26-27 (traducción de Loeb).
74. Hesíodo en Cat. Gyn, frag. 3, en Borza, In the Shadow of Olympus, pp. 62-3, y Herodoto 7.131; sobre las inscripciones persas véase Cawkwell, The Greek Wars, pp. 46-7, D Pe 1 16 y 17 (Kent 136), D Na 15-30 (Kent 137).
75. Herodoto 9.44-45.
76. No está claro dónde se le llamó «filoheleno» por primera vez, véase Hammond y Griffith, A History of Macedonia, p. 101, fn. 3; sobre los Juegos Olímpicos, Herodoto 5.22. Borza, In the Shadow of Olympus, pp. 110-13 se muestra escéptico, pero esto parece innecesario.
77. Herodoto 5.18-21, 8.140, en Hammond y Griffith. A History of Macedonia, p. 98-103, Borza, In the Shadow of Olympus, pp. 100-3.
78. Borza (1987), p. 34-25, y In the Shadow of Olympus, pp. 108-9.
79. Tucídides 4.102.6, 18.
80. Borza, In the Shadow of Olympus, pp. 136-66 sobre las carreras de Pérdicas II y Arquelao.
81. Solino 9.13, Pausanias 5.23.1, 10.13.9, Tucídides 2.99.3, en Hammond y Griffith A History of Macedonia, pp. 103, 149. Sobre el contexto más amplio de reyes extranjeros haciendo ofrendas en altares griegos, véase P. Kaplan, «Dedications to Greek sanctuaries by foreign kings in the eigth thorugh sixth centuries B CE», Historia, 55 (2006), pp. 129-52; sobre Eurípides véase W. Ridgway, «Euripides in Macedon», The Classical Quarterly, 20 (1926), pp. 1-19, S. Scullion, «Euripides and Macedon, or the silence of the frogs», The Classical Quarterly, 53 (2003), pp. 389-400, y sobre percepciones posteriores del tiempo que pasó allí véase M. Revermann, «Euripides, tragedy and Macedon: Some conditions of reception», Illinois Classical Studies, 24/25 (1999-2000), pp. 451-67.
82. Aristóteles, Retórica 1398a.24.

4.
ALIANZAS Y ESPOSAS

En 358 a.C. todavía eran los primeros días del reinado de Filipo y tanto su posición como la de Macedonia seguían precarias. Filipo había probado la victoria y derrotado a los mismos ilirios que habían matado a su hermano, y por el momento había disuadido a las tribus ilirias de lanzar nuevos ataques. Bardilis el ilirio desaparece de las fuentes tras aceptar el tratado impuesto por Filipo, y dado que era un hombre muy anciano probablemente no vivió mucho más tiempo. Un líder carismático había desaparecido, pero los ilirios seguían siendo numerosos y belicosos, y con el paso de los años emergerían otros jefes y reyes para encabezar ataques contra el sur. Por el momento, Filipo y su ejército eran de temer, pero eso no duraría eternamente. Para ayudar a cimentar la paz el mayor tiempo posible, Filipo se casó por primera vez, tomando como esposa a Audata, una iliria que supuestamente era pariente cercana de un importante líder tribal, quizá al propio Bardilis.[83]

Además de una esposa, Filipo consiguió un considerable territorio, añadiendo a su reino toda la tierra hasta el lago Ocrida. Esto no solo incluía a las tribus de la Alta Macedonia, sino a varias comunidades ilirioparlantes. La nueva frontera occidental de su reino estaba protegida por una doble cordillera de montañas en la que solo había dos pasos por donde podría pasar un ejército. Las comunicaciones internas eran buenas, y pronto comenzaron los trabajos de fortificación de asentamientos ya existentes y la fundación de nuevas ciudades amuralladas que actuasen como puestos avanzados.

Ningún rey argéada había reivindicado su derecho a gobernar la Alta Macedonia con tanta fuerza desde los días de Alejandro I. Durante el reinado de Filipo, las dinastías locales de esta región desaparecen por completo. Los líderes de la Alta Macedonia fueron a la corte de Filipo como «Compañeros» del rey. El favor de este y el estatus que ellos poseían en la corte y como oficiales en el ejército macedonio se habían vuelto mucho más importantes que los viejos

títulos. Como de costumbre, no podemos seguir este proceso, así que no sabemos si los pequeños reinos fueron abolidos formalmente en algún momento o se marchitaron lentamente ante las nuevas oportunidades que se ofrecían. Filipo bien pudo haberles parecido una proposición más atractiva que el dominio de los ilirios, y su victoria había demostrado sus fuerzas.

El joven rey era entusiasta, seguro y carismático. Tomó una segunda esposa, Fila, que era de la región de la Alta Macedonia conocida como Elimea y muy probablemente miembro de su casa real. No hay registros de alguna resistencia concertada a la toma de la Alta Macedonia por parte de Filipo, pero eso no significa que todos le dieran la bienvenida. Uno de los hermanos de Fila se exilió y llegó a luchar contra el rey en años venideros. Por otra parte, a muchos de sus parientes políticos les fue muy bien sirviendo a Filipo. Probablemente en otros reinos se repitió la misma pauta; la vasta mayoría aceptó servir con Filipo, al menos por el momento, mientras el poder de este seguía en ascenso.[84]

El estímulo de los líderes tribales de la Alta Macedonia de acudir a Filipo en busca de recompensas y honores fue solo un aspecto de importantes cambios sociales. Los pastores de la zona fueron obligados a trasladarse dentro de las ahora importantes ciudades y pueblos amurallados y cultivar la tierra. Años después, se supone que Alejandro Magno les recordó a sus agresivos soldados que Filipo los transformó de vagabundos en ciudadanos, a los pastores en granjeros y que reemplazó sus ropas de piel animal por respetables capas. Todas esas cosas eran señales de civilización, no de barbarismo. Al mismo tiempo, el rey movió la población. Se trasladaron colonos de la Baja Macedonia para sumar habitantes a las nuevas ciudades y a algunas ya existentes, y hombres de las regiones de la Alta Macedonia serían trasladados más tarde como colonos a otros lugares. El ejército real fue uno de los principales motores del cambio social, porque el control de Filipo sobre todo este territorio aumentó el número de reclutas disponible. A partir de entonces, la mitad de los regimientos de la falange y la mitad de la caballería macedonia eran reclutados de la Alta Macedonia para formar unidades bautizadas con el nombre de las regiones. Estas formaciones mezclaban a los colonos de fuera con los habitantes locales, que lucharían juntos y contaban con Filipo para obtener victorias, gloria y botines.[85]

Este proceso no fue instantáneo, y no era inevitable. El éxito temprano de Filipo podía haberse vuelto fácilmente un fracaso, como había ocurrido con varios de sus predecesores, y solo tenía veinticuatro años. El asesinato seguía siendo un peligro tan presente como para cualquier otro argéada, y había muchos líderes y estados extranjeros dispuestos a atacar cuando viesen una oportunidad. Si

Filipo quería establecer vínculos con los cantones de la Alta Macedonia, su éxito debía continuar, lo que confirmaría su fuerza y le daría la oportunidad de recompensar a sus seguidores leales. Eso quería decir que la guerra era casi inevitable, y la visible valentía del rey lo ponía en peligro; una flecha o una lanza bien apuntadas podrían acabar con su vida o mutilarlo y dejarlo vulnerable ante los pretendientes. Filipo era un diplomático entusiasta, y más tarde se dijo que estaba más orgulloso de sus logros en la negociación que de sus victorias en batalla. Aun así, era el siglo IV a.C., y la diplomacia sin la amenaza de la fuerza era inoperante.[86]

Filipo no podía permitirse descansar y pronto empezó a buscar medios para hacer su reino más seguro dominando a sus vecinos en lugar de esperar a que ellos lo amenazasen. Tesalia se encontraba en su frontera sur, y existía una larga historia de líderes tesalios que habían intervenido en Macedonia, por no mencionar cuando ayudaron al regreso de su padre. Tesalia se parecía mucho más al sur de Grecia en ciertos sentidos, pero tendía a la aparición de tiranos. Un motivo era que sus familias aristocráticas dominaban las ciudades-estado que hacía tiempo que la aristocracia del sur ya no dominaba. Una señal visible de ello era que algunos de los mejores jinetes del mundo helénico venían de Tesalia, puesto que la aristocracia deseaba diferenciarse de la más amplia clase hoplita. En 358 a.C. Tesalia estaba dividida en dos campos: el primero, centrado alrededor de la ciudad de Feras y sus aliados y controlaba la costa; contra estos se encontraba la autoproclamada Liga Tesalia, encabezada por Larisa y formada en origen con ayuda de Tebas, preocupada por el creciente poder de su antigua aliada Feras.

Cuando nació Filipo, Feras estaba gobernada por un tirano carismático llamado Jasón, cuya trayectoria en muchos sentidos anunciaba la del macedonio. Jenofonte apodó a Jasón «el mejor hombre de su época», y lo admiraba como un habilidoso jefe militar. Su gran ejército consistía básicamente de mercenarios, lo que significaba que mientras los pagasen estaban disponibles para emprender campañas en cualquier momento. Como Filipo, Jasón prefería con mucho la negociación al combate, y puede que su ambición llegase tan lejos como para planear una expedición a Persia. Otros también tenían sus propias ambiciones, y Jasón fue asesinado en 370 a.C. Dos de sus hermanos lo sucedieron, pero fueron asesinados a su vez, el segundo de ellos a manos de Alejandro, hijo de Jasón, que era un implacable y dotado oportunista, y que cambiaría de aliados tan rápidamente como cualquier rey argéada. Aunque no fue capaz de igualar el genio militar de su padre, Alejandro se aferró al poder durante más de una década hasta que fue asesinado en 358 a.C. en una conspiración encabezada por su esposa.[87]

Tesalia era inestable, como lo había sido Macedonia durante la juventud de Filipo, pero también como Macedonia tenía el potencial para ser rica y poderosa. El joven rey empezó a intervenir en los asuntos tesalios muy pronto, probablemente en 358 a.C., aunque los detalles no están claros. La consecuencia más visible fue una adición a su lista de esposas. Un fragmento de Sátiro, que escribió una generación después de la muerte de Alejandro Magno, parece enumerar a las esposas de Filipo en orden cronológico, aunque inevitablemente algunos estudiosos se han mostrado en desacuerdo. Si los nombres se dan en el orden en el que se casaron, entonces Nicesípolis de Feras fue la tercera esposa de Filipo y Filina de Larisa, la cuarta. Que las esposas procediesen de las dos ciudades más importantes de Tesalia ciertamente no fue una coincidencia. Filina ya era viuda, y una fuente la desprecia por ser de cuna incierta, mientras que otras la acusan de ser bailarina y prostituta, pero esto podría no ser más que propaganda posterior. Más probable sería que procediese de una familia aristocrática, quizá miembro de los aleuadas, el clan líder de Larisa y un aliado establecido de los argéadas. Una fuente muy posterior afirma que Nicesípolis era sobrina de Jasón de Feras.[88]

Los dos matrimonios le dieron a Filipo lazos con la aristocracia de Tesalia, y sin duda formaban parte de su búsqueda de aliados, que quizá incluyese ofrecimientos de apoyo militar a las facciones relacionadas con sus nuevas esposas. Por el momento, esto hizo poco más que reducir a corto plazo la probabilidad de cualquier agresión tesalia contra él. También que en menos de dos años había tomado cuatro esposas, todas por provecho político. Por lo que sabemos, ningún otro argéada se había casado con tantas mujeres en tan breve espacio de tiempo. Solo una, Fila, era macedonia en algún sentido, y era de la Alta Macedonia, que había sido a todos los efectos independiente de los argéadas durante más de una generación. Los matrimonios miraban hacia el exterior, no hacia el interior del reino. Filipo dio todas las muestras de tener prisa y de poseer metas en una escala muy superior a la de sus predecesores. Deliberadamente o no, estaba señalándose como un rey diferente.

Antes de que acabase 357 a.C., Filipo había tomado una esposa más. Su quinta esposa era Olimpia, hija del fallecido rey de los molosios y sobrina del entonces dirigente Arribas, y la alianza matrimonial ayudó a asegurar la relación con este vecino cercano y muy similar. Los molosios componían el mayor de los tres grupos tribales principales de Epiro, al oeste, y aunque eran unos aliados útiles, no eran rivales para el poder de la emergente Macedonia de Filipo, de modo que la alianza estaba muy inclinada a su favor. O bien en estos momentos o el año anterior, los orestas, que habían desertado a Molosia cuando Macedonia era débil, se volvieron a convertir

formalmente en macedonios. El hermano pequeño de Olimpia, también llamado Alejandro, fue a la corte de Filipo para ser educado allí.[89]

Solo tenemos esbozos de la vida en la corte real, mayoritariamente a través de la mirada prejuiciosa de griegos del sur, y concentrados en el rey. Pero Filipo siguió organizando campañas casi todos los años, de modo que estaba ausente al menos tan a menudo como en casa, normalmente o bien en Pela o en Vergina. En ambas ciudades había un gran palacio además de otras casas grandes, aunque la arqueología no despeja si había o no «aposentos femeninos» ocupados por las esposas del rey. Como hemos visto, la mayoría de los griegos se asombraban de la escasez de esclavos en Macedonia, y la corte real no era una excepción. Por supuesto que puede haber sirvientes donde no hay esclavitud, y todo nos indica que había muchos hombres y mujeres empleados en la corte. Si las mujeres de la familia real tejían ropa y supervisaban la dirección del hogar, no lo hacían solas. Las excavaciones en Ega/Vergina muestran que en el palacio se podían organizar festines para cientos de invitados, lo que en sí mismo es indicativo del número de trabajadores que lo hacía posible.[90]

Había sin duda cocineros, barrenderos y limpiadores, mozos de establo, cuidadoras para los niños y tutores para quienes fuesen mayores, doncellas para las esposas del rey, carpinteros, peleteros, tejedoras y otros artesanos, además de los visitantes de la corte, desde embajadores a comerciantes e invitados, y artistas. La gran mayoría de los sirvientes eran libres, y, quitando a algunos de los especialistas, probablemente macedonios. Un grupo separado cuyo papel consistía en atender al rey eran los pajes reales, los hijos adolescentes de hombres distinguidos enviados a la corte para ser educados. La acogida era una institución corriente en muchas sociedades tribales, y algo así era muy probablemente tradicional en Macedonia. Filipo aumentó drásticamente el número de pajes y lo organizó mucho mejor. Se incluía a chicos de todas partes de su reino, quizá hasta cincuenta de cada franja de edad de los pajes, lo que ayudó a integrar a los aristócratas de la Alta Macedonia. En cierto sentido, los pajes eran rehenes para garantizar el comportamiento de sus padres, pero también eran promesas de favores futuros. Eran criados para ser soldados y educados como líderes en potencia.[91]

En definitiva, había mucha gente en la corte y alrededores incluso cuando el rey estaba ausente en sus campañas, y las mujeres de la familia real formaban parte de esta comunidad. Las mujeres atenienses de familias acomodadas llevaban vidas bastante aisladas; la palidez de su piel se veía como una marca de honor de lo poco que se exponían al sol. Solo aparecían en público en ciertas circunstancias, como

participar en festivales de estado. Este aislamiento era extremo, aunque ni mucho menos único. La madre de Filipo demostró que las mujeres de la familia real tenían un papel público en Macedonia, lo que implica que en ocasiones eran visibles y políticamente activas. Pero no asistían a los ruidosos festines donde corría la bebida que formaban una parte central de la vida social de la corte siempre que Filipo estaba presente, y las únicas mujeres que aparecían en estos eventos eran artistas, músicas, bailarinas o directamente prostitutas. Que las mujeres llevasen velo era algo corriente en muchas comunidades griegas y es posible que esa práctica se siguiese en Macedonia. Había distintas clases de velos, unos que cubrían la mayor parte de la cara y otros más parecidos a una bufanda.[92]

Si Eurídice, la madre de Filipo, aún vivía en 350 a.C., era sin duda la mujer más importante e influyente de la corte. Aparte de eso, no había una jerarquía formal de esposas, ni ninguna «primera mujer» reconocida. Filipo se casó para asegurar alianzas y procrear. Los hijos eran herederos en potencia, al menos si sobrevivían hasta la adolescencia, mientras que a las hijas se las podía utilizar en alianzas matrimoniales cuando tuviesen edad suficiente. En esas circunstancias, un lazo emocional con una esposa no era una preocupación prioritaria, aunque no se puede afirmar que no ocurriesen. Filipo todavía tenía veinticinco años y era un hombre de fuertes pasiones. Aunque tuvo numerosas amantes, algunas de las cuales le dieron descendencia, no es imposible que sintiese afecto e incluso amor por algunas de sus mujeres o por todas. A los estudiosos decididos a no dar por hecho ninguno de los aspectos de las ideas modernas de amor romántico a veces se les olvida que tratamos de seres humanos. Cada una de las esposas de Filipo eran seres humanos como él mismo, con una personalidad más o menos definida, malhumorada o encantadora. Más que cualquier otro factor, lo que determinaba su ascendencia era la actitud del rey hacia ellas en un momento dado.

Es improbable que Audata la iliria fuese una mujer dócil. Le dio una hija a Filipo, Cinane, que tras la muerte de Alejandro Magno lideró un ejército y, además, tuvo una hija, Adea, a la que adiestró como guerrera. Se dijo que era costumbre iliria que algunas nobles luchasen, y es probable que Audata formase parte de esta tradición, aunque no hay pruebas de que llegase a luchar alguna vez. Dado el linaje de su madre, Filipo entendía algo de la cultura iliria y no impidió que Cinane entrenase con armas.[93]

Fila de Elimea es una figura en sombras. No tuvo hijos, o al menos ninguno que viviese lo suficiente como para aparecer en nuestras fuentes, y no sabemos si falleció joven o siguió viva y perdió prestigio por no haber tenido hijos. Los parientes masculinos de esta que se unieron a Filipo prosperaron durante su reinado, así que no hay señal

de que cayese en desgracia, al menos en lo que a ellos respecta. Las dos esposas tesalias le dieron descendencia. Nicesípolis de Feras tuvo una hija llamada Tesalónica o «la victoria en Tesalia», pero dado que Filipo no había conseguido ninguna victoria significativa a estas alturas, es probable que la niña no naciese hasta unos años después. Filina de Larisa le dio un hijo, Arrideo (más tarde llamado también Filipo) en 357 a.C. o a principios de 356 a.C. Esos son los hijos que nos han llegado, y puede que hubiese otros que murieron jóvenes.[94]

Olimpia de Epiro llegó a ser, de lejos, la más importante de las esposas de Filipo, aunque según Plutarco su verdadero nombre era Políxena y Olimpia era solo un sobrenombre. Afirma que en ocasiones también se la llamaba Myrtale o Estratonice. Justino dice que su nombre era Myrtale de pequeña, pero el resto de nuestras fuentes se refieren a ella como Olimpia y la convención sigue siendo utilizar este nombre. Hay muchas más historias sobre ella que sobre cualquiera de las otras esposas porque a su debido tiempo llegaría a ser la madre de Alejandro Magno. Cuando este se convirtió en el heredero favorito y posteriormente en rey, ella adquirió importancia, y tras la muerte de su hijo Olimpia tuvo un papel importante en la sangrienta lucha de su sucesión. Encabezó un ejército, ejecutó rivales y acabó siendo asesinada. La imagen que el propio Alejandro promovía, por no mencionar la propaganda durante años tras su muerte en 323 a.C., inevitablemente creó o distorsionó las historias sobre su madre y de su relación con Filipo. Plutarco dice que «nos contaron que Filipo, tras ser iniciado en los misterios de Samotracia al mismo tiempo que Olimpia, mientras él era un joven y ella una niña huérfana, se enamoró de ella y se comprometieron al momento con el consentimiento de su hermano Arimbas».[95]

Aparte del error menor de que Arribas (que es la forma correcta) era el tío y no el hermano de Olimpia, muchos estudiosos rechazan la historia por ser una invención romántica que hace que los padres de Alejandro se conociesen en circunstancias más dramáticas que las de un simple matrimonio concertado. En esta versión, Filipo se enamoró de Olimpia antes de ver siquiera a ninguna de las cuatro mujeres que tomaría como esposas antes que a ella. Su unión fue especial porque dio como fruto a Alejandro, y era necesario que fuese apasionada dado que se dijo que el amor más adelante daría paso a un amargo odio. En resumidas cuentas, es una historia muy buena y merece la pena contarla y repetirla aunque no fuese cierta. Las ventajas de una alianza con los molosios ya eran lo suficientemente obvias en 357 a.C. como para no necesitar que Filipo se enamorase. Es preciso ser cauto, aunque sea posible que la pareja se conociese y Filipo quedase prendado de la niña; Plutarco no dice que la atracción fuese mutua. «Posible» no significa «probable», y si hubo un compromiso será

llamativo que esperase tanto tiempo antes de casarse con ella y confirmar la alianza.[96]

Hay más dudas al respecto del siguiente pasaje. Plutarco afirma que la noche antes de que Filipo durmiese por primera vez con Olimpia para consumar su matrimonio, ella soñó que «el estallido de un trueno y a continuación un relámpago cayó sobre su vientre, y que se prendió un gran fuego, del que brotaron llamas que se extendieron por todas partes y se extinguió». Un poco más tarde, Filipo soñó a su vez que ponía un sello en forma de león en el vientre de Olimpia, lo que sus adivinos interpretaron como señal de que se había quedado embarazada, y que daría a luz a un hijo que sería como un león y valeroso. Para los antiguos, la concepción y el nacimiento de un hombre que alcanzaría tantos logros como Alejandro debían haber sido acompañadas por profecías. Cuando nació en 356 a.C., el gran templo de Artemisa en Éfeso, Asia Menor, sufrió un incendio. Es improbable que ambos sucesos ocurriesen el mismo día, pero la coincidencia era lo suficientemente cercana como para ser irresistible. Un adivino griego explicó que la diosa había estado demasiado ocupada trayendo al mundo a Alejandro como para cuidar de su propio templo, mientras los magos persas desesperaron y decían que había nacido alguien que llevaría una gran calamidad a Asia. La mirada retrospectiva es algo maravilloso, y aunque la destrucción accidental de un templo famoso estaba destinada a ser vista como una profecía, en años posteriores era demasiado fácil relacionar los sucesos y recordar el pasado como debería haber sido.[97]

Arrideo, el hijo de Filina, probablemente nació antes que Alejandro.[98] Los dos muchachos fueron los únicos hijos legítimos de Filipo que sobrevivieron lo suficiente para aparecer en nuestras fuentes. Ambos alcanzarían la edad adulta, pero en su momento nadie podía saberlo. Muchos niños morían en la infancia y nadie podía saber que no habría más príncipes reales. En ambos casos el nacimiento elevó el estatus de sus madres, aunque fuese solo un poco. Decir más es conjeturar, porque las vidas de las esposas de Filipo y sus relaciones con él y entre ellas siguen siendo tristemente un misterio.

Resulta revelador que ninguna fuente recoja cuándo o bajo qué circunstancias murieron la mayoría de las esposas de Filipo, del mismo modo que no nos dicen cuándo murió su madre. Nada de esto es desacostumbrado en la historia griega o romana. Mejora un poco bajo las dinastías sucesoras establecidas tras la muerte de Alejandro Magno, porque especialmente con los Ptolomeos las mujeres de la familia real tendrían un papel más abierto. No es coincidencia que esta familia culminase en Cleopatra VII, sin duda la mujer más conocida de la Antigüedad clásica. Pero incluso su fama está basada en sus relaciones con César y Marco Antonio, y las fuentes revelan

mucho menos sobre la vida de ella durante los años que no estuvo con alguno de ellos. Así las cosas, la escasez de información sobre las mujeres en las vidas de Filipo y Alejandro no es en modo alguno excepcional, sino típica de la historia griega y romana. Los autores antiguos se ocupaban de los hechos de reyes y hombres de estado, en parte porque ellos dejaban mucha más huella en los registros. Por lo tanto, la guerra y la política dominan los relatos que han sobrevivido, lo que a su vez hace que no resulte una sorpresa que esos sean los aspectos de la vida de Filipo sobre los que más sabemos.

---

83. Ateneo 557c y para Audata, Carney, Women and Monarchy in Macedonia, pp. 57-8.
84. Diodoro Sículo 16.8.1, en Hammond, Phillip of Macedon, pp. 27-8.
85. Arriano, Anábasis 7.9.2-3, y Hammond y Griffith, A History of Macedonia, p. 405-28 sobre la integración de un ejército.
86. Diodoro Sículo 16.95.3 y Polieno, Estratagemas 4.2.9.
87. Sobre Tesalia, véase Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 218-30; Jenofonte, Helénica 6.4.28 para alabanzas hacia Jasón y Fearas y 6.4.33-7 para el ascenso al poder y el asesinato de Alejandro.
88. Ateneo 13.557b-e, en A. Tronson, «The marriages of Philip II», JHS, 104 (1984), pp. 116-26 y Carney, Women and Monarchy in Macedonia, pp. 52-8, 60-2.
89. Carney, Women and Monarchy in Macedonia, pp. 62-7.
90. Ibid., pp. 27-32, 35-7.
91. Sobre los pajes, véase N. Hammond, «Royal pages, personal pages, and boys trained in the Macedonian manner during the period of the Temenid monarchy», Historia, 39 (1990), pp. 261-90, y el capítulo «The role of the basilikoi paides at the Argead court», en Carney, King and Court, pp. 207-23. El uso de la palabra «paje» está ahora tan establecido que lo utilizo aunque sería mejor «chicos» o «jóvenes», a pesar de no ser perfecto. No se trataba de los niños muy pequeños empleados como pajes en la Edad Media. Carney, King and Court, lo explica bien.
92. Véase L. Mitchell, «Te women of ruling families in archaic and classical Greece», Classical Quarterly, 62 (2012), pp. 1-21.
93. Ateneo 56of, Polieno 8.60, Arriano FGrH 156, F 9.22-23 en Carney, Women and Monarchy in Macedonia, pp. 57-8.
94. Carney, Women and Monarchy in Macedonia, pp. 59-62.
95. Plutarco, Alejandro 2.1 (traducción de Loeb); sobre los nombres, Plutarco, Moralia 401, Justino 2.7.13.
96. La historia es aceptada con reserva en Hammond (1994), p. 30, y rechazada en Carney, Women and Monarchy in Macedonia, p. 63.
97. Plutarco, Alejandro 2.3-3.4.
98. Arrideo estuvo considerado para una alianza matrimonial antes

que Alejandro, lo que sugiere que era mayor, aunque lo fuese por poco, Plutarco, Alejandro 10.1.

5.
LA GUERRA Y SU PRECIO

A principios de 357 a.C. Filipo volvió a entrar en guerra, esta vez como agresor. Su enemigo era Anfípolis, y Filipo afirmaba que la población estaba «predispuesta en su contra y ofrecía muchos pretextos para la guerra». Dos años antes había retirado a los soldados destacados en la ciudad, una medida que solo podía dañar la posición de cualquier facción favorable a Macedonia. Muy probablemente otras que no tenían motivo para sentir afecto hacia él habían crecido en relevancia. Al mismo tiempo, Filipo le había asegurado a Atenas que no tenía ningún interés en Anfípolis. El cambio, pues, era drástico y claramente egoísta, y la supuesta provocación fue una excusa cínica para declarar la guerra.[99]

Anfípolis no tenía un gran ejército y dependía de sus muy sólidas defensas naturales y artificiales. En otras ocasiones habían demostrado bastar para que la ciudad conservase su independencia ante todos los enemigos. El espartano Brasidas fue admitido como aliado, no como conquistador, durante la guerra del Peloponeso, pero diferentes intentos de asedio por parte ateniense habían fracasado. La ciudad tenía buen acceso tanto al mar como a ríos y tierra, y resultaba complicado bloquearla, más aún para una expedición ateniense tan lejos de casa. A estas alturas, la historia griega sugería que una ciudad de este tamaño y potencia solo podía ser capturada debido a una traición desde dentro o con un bloqueo que durase años.

Filipo tenía otras ideas. Tenía un gran ejército y Anfípolis no estaba lejos de casa, de modo que transportar suministros para sus hombres era mucho más fácil de lo que lo había sido para las anteriores expediciones atenienses, que habían tenido que transportarlo todo por mar. En lugar de adoptar el enfoque habitual de bloquear la ciudad, lo que llevaría mucho tiempo y tampoco daba garantía de éxito, optó por un ataque directo. Esto conllevaba o bien escalar las murallas de la ciudad mediante escalas u otros medios, practicar un agujero en los muros para que los cascotes formados

formasen una rampa por la que los hombres pudiese subir, o socavar las fortificaciones y conseguir que se derrumbasen. La última opción requería la geología adecuada y habilidades en minería militar que a estas alturas nadie en Grecia poseía, y tampoco Filipo. Los asaltos eran raros a menos que la ciudad fuese pequeña y sus fortificaciones débiles, porque las poleis se resistían a sufrir las muy probablemente elevadas bajas y el riesgo de fracasar en la escalada de un muro alto defendido por hombres resueltos. Aunque las catapultas sencillas eran muy conocidas y su uso en la defensa estaba ampliamente extendido, hasta el momento nadie había desarrollado artillería alguna capaz de hacer un agujero en una muralla bien construida.[100]

En el curso de su reinado, Filipo reclutaría grandes grupos de ingenieros y expertos técnicos, muchos de fuera de Macedonia y atraídos por el rey porque este los pagaba bien. Anfípolis fue su primer asedio, y ya se veían señales de un ejército que aprendía a enfrentarse con fortificaciones. Diodoro nos cuenta que Filipo acercó «artilugios de asedio contra la pared», aunque no los describe. Sí menciona arietes, muy probablemente sobre ruedas y protegidos con techos resistentes, y puede que utilizasen casetas móviles para proteger a los zapadores que se acercaban al muro y trataban de arrancar rocas utilizando palancas y otras herramientas. Quizá los asaltantes también construyesen torres que les permitiesen lanzar ataques desde arriba hacia la muralla, aunque todavía no poseían la capacidad de construir torres de asedio móviles capaces de acercar rodando hasta las defensas. Anfípolis estaba protegida por el río, lo que reducía las secciones del muro que los macedonios podían alcanzar sin estorbos. Esto facilitaba a los defensores poder concentrar sus fuerzas para sofocar los ataques, lo que a su vez quería decir que los hombres de Filipo tenían que hacer todo lo posible para repelerlos. Los arqueros y honderos disparaban proyectiles a todos los que se hacían visibles en el almenaje, también las catapultas lanzaban piedras y metales afilados. Preferiblemente operando desde refugios que los protegían todo lo posible de los proyectiles de los defensores.[101]

Hizo falta tiempo para organizar las obras para llevar los arietes y los otros ingenios hasta la muralla y proveerlos de techo para los soldados, aunque mucho menos del que tardarían en montar un bloqueo. También requería mano de obra abundante y dispuesta dirigida por ingenieros capaces, y los macedonios de Filipo demostraron ser trabajadores dispuestos. En todo momento los defensores se esforzaron por entorpecer y retrasar a los atacantes, aunque en este caso era imposible que tuvieran alguna experiencia a la hora de enfrentarse a asediadores tan agresivos. Aparte de lanzar y disparar proyectiles, podían hacer salidas para quemar los aparatos de

asedio y matar a los hombres que trabajaban en ellos. Eso significaba que eran necesarios día y noche que grupos de macedonios estuviesen apostados lo suficientemente cerca como para repeler cualquier salida repentina. A su vez, los hombres de Filipo lanzaron varios y constantes ataques para agotar a los defensores y mantenerlos demasiado ocupados como para contraatacar. Debían mantener una lluvia de proyectiles para añadir peligro, y asaltos de partidas de hombres provistos de escaleras.[102]

Esta clase de combate era dura para ambos bandos, y un asedio así se convertía en una prueba de resistencia, fuerza de voluntad y logística. Filipo necesitaba mantener a su ejército alimentado y tan libre de enfermedades como le fuese posible, y al mismo tiempo inspirar a los soldados para que continuasen con el asedio a pesar de las bajas. Las pruebas procedentes de asedios más documentados en la época de Alejandro sugieren que en esta clase de combates, muchos más hombres resultaban heridos que muertos, pero con el paso de los días y las semanas, el número crecía incesantemente. Filipo tenía que convencer a sus soldados de que su sufrimiento merecía la pena porque acabarían venciendo y disfrutarían de la gloria y las recompensas de la victoria. Aunque las bajas de los macedonios fueron inevitablemente más altas que las de los bien protegidos defensores, también es cierto que había muchos menos anfipolitanos. Todas las pérdidas, fuese un muerto, un herido grave o simplemente debilitado, eran proporcionalmente más graves para ellos. Filipo tenía un ejército suficientemente grande como para permitir que sus soldados descansaran mientras otros continuaban el asedio. El agotamiento era mucho peor para los habitantes de Anfípolis, que no podían permitirse ese lujo, y con la constancia de los ataques, la posibilidad de una derrota iba creciendo.[103]

Resultó obvio desde el principio que este ataque era mucho más violento y decidido que cualquier otro intentado antes por los atenienses. Filipo no mostraba señal de abandonar, y gradualmente sus arietes derribaron una sección de las murallas de la ciudad. Los defensores que se rindiesen antes de que se lanzase el ataque final podían tener una posibilidad razonable de conseguir un trato mejor que si esperaban a que la ciudad fuese asaltada y saqueada. Los asedios imponían una tensión inmensa en cualquier polis, afectando a las fracturas entre su clase política. Por eso la traición era un peligro tan serio; tanto que un teórico de los asedios del siglo IV a.C. le dedicó más espacio a hablar de este aspecto que sobre cualquier amenaza exterior. Según se cernía la derrota, se fortalecía la tentación de hacer un trato con el atacante a cambio de la seguridad personal para los líderes, sus familias y partidarios, especialmente por la posibilidad de que cualquier trato llegase acompañado por recompensas y la promesa

de conseguir supremacía política. Posteriormente, Filipo bromeaba diciendo que podía «asaltar cualquier fuerte por el que pudiese trepar un asno cargado de oro».[104]

Había una alternativa a la rendición, a la que podía recurrir toda la comunidad o una facción traidora, que era la de buscar la ayuda externa. Antes de que comenzase el sitio, dos aristócratas de Anfípolis habían viajado a Atenas, aunque no queda claro si acudieron con permiso oficial o por iniciativa propia. Una vez allí, invitaron a los atenienses a «navegar y tomar la ciudad», suplicándole ayuda a su viejo enemigo después de casi setenta años de resistencia a ultranza a la restauración del control ateniense. Más o menos por entonces, enviados de la Liga Calcídica también acudieron a Atenas en busca de una alianza que los fortaleciese contra el agresivamente confiado rey macedonio.[105]

Aunque Atenas tenía la oportunidad de recuperar el gran trofeo que suponía Anfípolis, también tenía otras preocupaciones, porque la tensión con sus aliados era creciente y a finales de año estallaría la guerra. También existían problemas prácticos. No había pasado tanto tiempo desde que su expedición para apoyar a Argeo había acabado en un fracaso completo; si querían volver a enfrentarse a Filipo y querían tener alguna probabilidad de vencer, necesitarían importantes cantidades de hombres y barcos. A principios de verano, los vientos de temporada no soplaban a su favor, de modo que dependiendo de cuándo comenzase el asedio y cuánto durase, echarse al mar podría no haber sido nada práctico.

En lugar de ayuda militar, los atenienses enviaron dos embajadores, Antifonte y Caridemo, para conferenciar con el rey. Encontraron a Filipo enfrascado en el combate, pero aparentemente cordial y dispuesto a negociar. Precisamente lo que ocurrió a continuación resulta muy difícil de reconstruir, dado que la mayoría de lo que sabemos nos llega de la muy distorsionada versión que ocho años más tarde ofreció el orador ateniense Demóstenes. Afirmó que Filipo «conquistó nuestros sencillos corazones prometiendo que nos entregaría Anfípolis y negociando el tratado secreto del que tanto se habló». Otras fuentes afirman que en el «tratado secreto» los atenienses le prometieron a Filipo entregarle a cambio la ciudad aliada de Pidna, y que esa traición explicaría la necesidad de mantener el secreto. Cualquier tratado formal debía votarse públicamente en la Asamblea Ateniense, algo que no puede haber ocurrido si se consideraba que el asunto era secreto. Esto nos sugiere la existencia de conversaciones privadas y muestras públicas suficientes como para persuadir a los ciudadanos atenienses que todo estaba controlado y que no había necesidad de entrar en guerra con los macedonios.[106]

Según pasaba el verano, los hombres de Filipo crearon una brecha viable en la muralla de la ciudad. Atacó, casi seguramente encabezando el asalto en persona, e irrumpió en Anfípolis. En el mundo antiguo esto por sí solo no garantizaba el final de la resistencia. Las ciudades griegas tendían a tener calles muy estrechas entre filas de casas altas y otros edificios, además de una ciudadela dentro de los muros. Unos defensores decididos podía continuar la lucha y en ocasiones volver a repeler a sus atacantes. Esta vez, no rechazarían a los hombres de Filipo, e infligieron grandes pérdidas entre los anfipolitanos antes de que capitulasen. Los griegos esperaban que la caída de una ciudad fuese acompañada por masacres y violaciones, y la esclavitud de los supervivientes. Aunque el asalto pudo haber sido brutal, una vez que la ciudad estaba asegurada, Filipo fue desacostumbradamente indulgente. Los hombres que habían encabezado la oposición a él fueron exiliados junto con sus partidarios, pero los que permanecieron no fueron heridos y se les permitió quedarse en sus casas y conservar la mayor parte de sus propiedades. Aunque ahora formaba parte del reino de Filipo, la polis continuó funcionando cotidianamente bajo sus propias leyes e instituciones democráticas. Habría una guarnición macedonia, llegarían colonos macedonios y parte de las tierras, o al menos su producción, fueron confiscadas para alimentarlos. Además, Filipo controlaría todos los asuntos de política exterior, cobraría impuestos y se llevaría la parte del león de los beneficios de las minas cercanas del monte Pangeo.[107]

Dijese lo que dijese antes y durante el sitio, Filipo obviamente nunca tuvo intención alguna de entregarles Anfípolis a los atenienses. Cuando comenzaron a entenderlo, cayó sal sobre la herida cuando Filipo continuó su éxito asediando y tomando Pidna también. El mismo día, la Asamblea Ateniense votó declararle la guerra al rey. Por el momento, era poco más que un gesto vacío, pero Atenas estaba demasiado ocupada en otras partes como para poder hacer algo más. La rebelión de sus aliados era la prioridad más inmediata, y sin aliados en la zona se les complicaba la opción de organizar una campaña efectiva contra Macedonia.[108]

Filipo había disfrutado de otro año de victorias, pero su éxito empezaba a preocupar a sus vecinos, y a finales de 357 a.C. las amenazas crecían desde todas partes (algunos estudiosos han sugerido que este fue el momento «en que amenazaron guerras peligrosas» y las afirmaciones de Justino acerca de que la asamblea nombró a Filipo rey en vez de regente, dando por hecho que el autor tenía razón). Los ilirios, encabezados por el rey Grabo, se preparaban para la guerra contra Macedonia, igual que los peonios de rey Lipeo. Al este, Cetriporis, que controlaba casi a un tercio de las tribus tracias, vio la

oportunidad de atacar. Esos tres reinos formaron una alianza, aunque la meta no era tanto la cooperación directa como presentarle a Filipo varias amenazas simultáneas. Ya estaba en guerra con Atenas, y los atenienses comenzaron a buscar aliados. Por el momento se concentraron en las ciudades de la Liga Calcídica, las mismas ciudades cuyos enviados no habían recibido ningún respaldo cuando ofrecieron una alianza a Atenas no hacía mucho tiempo. Juntas, las ciudades de la liga sumaban ejércitos mucho más potentes que Anfípolis, y tanto Filipo como Atenas las consideraban un factor decisivo en la guerra futura.[109]

Filipo les ofreció a los calcídicos la ciudad de Antemunte, que formaba parte de su reino y también darles Potidea, que capturaría antes. En origen una colonia corintia, Potidea había formado parte en ocasiones del imperio ateniense y Atenas la recuperó en 363 a.C. Se encontraba en el istmo de la península occidental de la Calcídica, a corta distancia de Olinto, la principal ciudad de la liga. Filipo no les pidió a los calcídicos mucho en términos de ayuda directa, simplemente que ambas partes se comprometiesen a no hacer un tratado de paz separado con Atenas. Como oferta era extremadamente generosa, suponiendo, claro que fuese sincera. Quizá los rumores del «trato secreto» con Atenas acerca de Anfípolis alimentaron las sospechas, o quizá los calcídicos simplemente se mostraron cautelosos. Ambos, ellos y Filipo, consultaron el oráculo de Apolo en Delfos, y preguntaron si sería sensato firmar el acuerdo. Aunque era algo relativamente común en épocas tempranas, esta es la única ocasión registrada en que ocurrió algo así en el siglo IV a.C., y no sabemos qué bando fue el que insistió en tomar esta precaución. Las respuestas del oráculo fueron claramente satisfactorias, porque el tratado se firmó y se inscribieron copias en piedra erigidas en Delfos, Díon en Macedonia y en Olinto. Esta última copia es la que sobrevive parcialmente, aunque principalmente las cláusulas que amenazan con castigos divinos para quien rompiese los términos.[110]

En la primavera o principios del verano de 356 a.C., Filipo marchó a Potidea y comenzó el sitio. Atenas, tras fracasar en formar una alianza con los calcídicos, se volvió ahora hacia los enemigos tribales de Filipo, pero una vez más actuó lentamente y no alcanzó ningún acuerdo con los tres reyes hasta julio. Para entonces, la situación había cambiado tan drásticamente que la alianza era inútil. Los peonios, o al menos aquellos que seguían a Lipeo, fueron derrotados y su resistencia se derrumbó. Una fuerza macedonia dirigida por un general llamado Parmenio derrotó en batalla a los ilirios de Grabo y acabó con su amenaza. Esta es la primera vez que oímos hablar de un hombre que sirvió a Filipo y a Alejandro como un oficial altamente capaz. Es muy probable que ya estuviese en la cuarentena y hubiese

servido al padre o los hermanos de Filipo, pero se sabe poco sobre sus primeros años de carrera y su origen. Puede o no que procediese de la Alta Macedonia, y resulta difícil saber si el ascenso en importancia de su familia se debe al favor de Filipo o si ya eran ricos e influyentes antes.[111]

En un momento dado, Filipo recibió una petición de ayuda de los habitantes de Crénides, que estaban expuestos a incursiones tracias de bandas leales a Cetriporis. Fundada como colonia de la ciudad-isla de Tasos alrededor de 360 a.C., Crénides fue construida para explotar los ricos depósitos de plata y otros minerales de la zona. En ocasiones anteriores, los tracios habían destruido más de un intento griego por asegurar estos recursos y otros similares, lo que explica la disposición de Crénides de sacrificar su independencia a cambio de la supervivencia. Filipo se apresuró a ayudarla en persona, supuestamente llevándose parte de sus fuerzas mientras otra parte seguía con el bloqueo de Potidea. Repelió a los tracios y tomó el control de Crénides, que pronto refundó y bautizó con el nombre de Filipos, el mismo lugar que más adelante se haría famoso por la derrota de Bruto y Casio y cuya comunidad cristiana recibió una de las cartas de San Pablo. Con la obtención de estas tierras y las de Anfípolis Filipo había aumentado enormemente sus ingresos, consiguiendo un flujo constante de metales preciosos. Al año siguiente sitió y tomó tres colonias griegas más pequeñas de la región para asegurarse de que todo estuviese firmemente bajo su control.[112]

Filipo regresó al sitio de Potidea. Atenas había tardado dos años en bloquear la ciudad hasta someterla durante la guerra del Peloponeso, mientras que Olinto y la Calcídica no habían conseguido capturarla a pesar de vivir tan cerca y poseer un gran ejército. Filipo tomó la ciudad en cuestión de meses, y puede que Potidea se rindiese para evitar el asalto final. Fiel a su palabra, Potidea y sus tierras fueron transferidas a los calcídicos. Filipo consiguió ciertos beneficios personales vendiendo a los potideos como esclavos, pero volvió a ser generoso con la guarnición ateniense de la ciudad y les permitió volver a casa sin tener que pagar un rescate. Había llegado una expedición ateniense a la costa justo después de que la ciudad hubiese caído; de nuevo Atenas se había retrasado y no había conseguido emprender ninguna acción efectiva. El instinto de los historiadores es hablar de que los atenienses perdieron otra gran oportunidad, igual que habían perdido su «última oportunidad» de tomar Anfípolis. Hacerlo es olvidarnos de que Filipo solo era uno de los problemas de Atenas, que a estas alturas estaba más concentrada en derrotar a sus aliados rebeldes y en peleas internas sobre quién era el culpable del fracaso de una campaña reciente en la península de Galípoli, que provocó que la ciudad llevase a juicio a varios de sus propios

generales. Tampoco había buenas razones para pensar que este resurgir macedonio fuese a durar ni dudaban de que habría nuevas oportunidades para reestablecer su presencia en la zona. Por el momento, su único punto de apoyo cercano a Macedonia era la ciudad aliada de Metone.[113]

Filipo había disfrutado de otro buen año. Se supone que justo después de la caída de Potidea recibió tres mensajes el mismo día. El primero era un informe sobre la victoria de Parmenio sobre los ilirios, y el segundo, el de otra victoria, esta vez la de sus caballos en los Juegos Olímpicos; no sabemos si esta vez se cuestionó si el rey de Macedonia cumplía los requisitos para participar. El tercer mensaje le informó del nacimiento de Alejandro. Dado que Alejandro nació en julio y que los juegos se celebraban a final de verano en agosto o septiembre, la probabilidad de que las noticias le llegasen el mismo día es extremadamente escasa, pero, de nuevo, son una buena historia.[114]

Llegaron colonos macedonios a la recientemente bautizada Filipos, pero no suplantaron ni a los griegos ni a los tracios que ya estaban allí. Empezaron las obras para drenar tierra pantanosa cerca para poder cultivarla, y sin duda esto es una indicación de que en todo el reino se llevaron a cabo trabajos parecidos. Pronto, las minas cercanas a la ciudad proveían a Filipo de mil talentos de plata todos los años. Combinado con el rendimiento de las minas del monte Pangeo, Filipo era ahora muy rico, algo que queda señalado por el aumento de la calidad y cantidad de sus acuñaciones de monedas. Las de oro se producían según el estándar ático, mientras que las de plata se ajustaban a los pesos tracios, un equilibrio que ayudaba al comercio. La mayoría de los bienes que pasaban a Europa, fuese a través de Tracia o de Iliria, a partir de ahora pasarían también por Macedonia. Esto significó un aumento de ingresos por peajes, además del acceso a un amplio abanico de mercancías. Una moneda acuñada en 356 a.C. mostraba al caballo y el jinete que habían triunfado en las Olimpiadas. La aristocracia macedonia hacía tiempo que sentía aprecio por bellas vasijas y ornamentos finos, y se reflejó en el estilo de vida cada vez más llamativo, sobre todo en palacio.[115]

Estos enormes ingresos también le permitieron a Filipo contratar mercenarios para suplementar su ejército, en particular para atraer a numerosos especialistas (como ingenieros) y proveer fondos para sus investigaciones. En algún momento se introdujo una paga para los soldados macedonios, y los escalafones superiores dentro de la falange ya no destacaban solo por el prestigio y una mayor responsabilidad, sino por sueldos mejores. Los nuevos asentamientos de Filipo le permitieron garantizarles a los soldados una parte del producto de terrenos concretos y esto, junto con su salario, los liberó para ser

prácticamente soldados profesionales. Los hombres de Filipo se preparaban incluso cuando no había guerra, entrenando las formaciones, haciendo prácticas con armas y marchando largas distancias: un escritor menciona marchas de sesenta kilómetros al día. Filipo prohibió el uso de transporte rodado para el equipaje ordinario y redujo el número de sirvientes, haciendo que los soldados llevasen su propio equipo y comida. Por pesada que fuese la sarissa, el resto del equipamiento de los lanceros era ligero en comparación con la panoplia del hoplita. Con una carga menor y curtido por el adiestramiento, el ejército de Filipo se volvió altamente móvil; su velocidad de movimientos sería algo que llegaría a sorprender a un enemigo tras otro.[116]

Aquellos que estaban más cercanos al rey se beneficiaron mucho de esta nueva riqueza. Todos los reyes argéadas habían tenido a sus Compañeros (*hetairoi*), que festejaban con ellos, luchaban a su lado o recibían importantes mandos, y cuyo consejo el rey buscaba. Entre esos hombres había tanto miembros de familias aristocráticas como aquellos recientemente favorecidos. Bajo Filipo su número se incrementó espectacularmente, y también sus responsabilidades y las recompensas disponibles. Los Compañeros tenían el derecho a una parte de los productos de las grandes fincas que rodeaban sus nuevas comunidades. Muchos venían de la Alta Macedonia y algunos de más lejos, pero la clave era el favor regio, pues el rey concedía terrenos en su territorio para que estableciesen lazos con él y con Macedonia. Todos estaban atados a Filipo, que los recompensaba generosamente, y el éxito de este se convirtió en el éxito de ellos. La relación era personal, un eco de tradiciones más antiguas entre un jefe y su casa guerrera, que compartía los peligros y las recompensas. La tradición les permitía a los Compañeros dirigirse libremente al rey, no estar de acuerdo con él, confiar en tener su respeto como ellos lo respetaban a él, y que los liderase en la batalla.[117]

Los pajes reales también tenían una relación cercana, aunque claramente más subordinada, con Filipo, dado que eran mucho más jóvenes y todavía no eran considerados completamente adultos. Los muchachos mayores guardaban la tienda del rey durante las campañas, atendían su mesa, cazaban con él y luchaban a su lado. Se les podía golpear, pero solo podía hacerlo el rey. Aun así, a los atenienses y a otros griegos del sur les desconcertaba ver a jóvenes nobles servir una mesa o someterse a azotes, como si fuesen esclavos. También les preocupaba que rodear al rey con tantos hombres jóvenes y muchachos invitaba a su explotación sexual. Aparte de amoríos con mujeres, se dice que Filipo tuvo como amantes a numerosos jóvenes y muchachos, incluyendo varios pajes.[118]

Inevitablemente, los chismes rodeaban a un hombre como Filipo,

que tenía una trayectoria tan espectacular y que también era odiado y temido por muchos, así que no debemos aceptar sin más que todas las historias son auténticas. A esta distancia es imposible establecer la verdad. Lo que podemos decir es que muchos creían que el rey era promiscuo, quizá depredador en sus relaciones, tanto con mujeres como con jóvenes. Aristóteles, que conoció al rey, aceptaba como cierto al menos una de las aventuras de Filipo con un joven. El poder del rey no era absoluto, pero sí era considerable, y se rumoreaba que había matado a un muchacho de una paliza por haberlo desobedecido durante una campaña. Aunque las reglas fuesen distintas, seguía siendo cierto que los pajes esperaban ser tratados de cierto modo por el rey, igual que sus padres y los otros Compañeros. No cumplir esas expectativas era arriesgado, y en varios complots para asesinar a Filipo y posteriormente a Alejandro participaron pajes. La relación de un rey argéada con quienes lo rodeaban, incluyendo los simples soldados, era esencialmente personal, funcionaba en ambas direcciones y se ajustaba a una firme creencia de lo que era aceptable.[119]

Conseguir victorias y compartir sus beneficios era clave en el papel del rey, y hasta entonces Filipo tenía un récord impoluto de éxitos. Sabemos poco sobre lo que hizo durante gran parte de 355 a.C. Probablemente emprendió campañas para asegurar lo conseguido alrededor de Filipos y Anfípolis, y puede que también interviniese en Tesalia. El mismo año, posteriormente, marchó hacia Metone, la última aliada ateniense junto a la Baja Macedonia, y a apenas diez kilómetros de Pidna, que ya había caído. A pesar del destino de sus vecinos y la incapacidad para ayudar de Atenas, los ciudadanos de Metone se resistieron fuertemente contra el feroz asalto de los macedonios. En una ocasión, los hombres de Filipo escalaron el muro de la ciudad y el rey ordenó que quitasen las escaleras una vez que sus hombres habían alcanzado el almenaje, pensando que esto los obligaría a conquistar la ciudad o morir. Era una táctica radical que en este caso no funcionó.[120]

Proporcionar suministros a un ejército durante los meses de invierno era complicado, y que lo consiguiera prueba la organización logística de las operaciones de Filipo incluso en esta época temprana. El invierno podía ser frío y húmedo incluso en la costa, y en este sentido, el de Metone bien puede haber sido el sitio más duro que había emprendido su ejército hasta la fecha. La ciudad resistió hasta la primavera de 354 a.C., esperando una fuerza de apoyo ateniense, porque por entonces había una tregua en la lucha entre Atenas y sus aliados rebeldes. Filipo resultaría herido durante una inspección de los aparatos de asedio. La fuente más antigua dice que el proyectil era una flecha y lo alcanzó en el ojo derecho. En siglos posteriores se

embelleció la historia y el hombre que infligió la herida es mencionado como Aster. En algunas versiones es una jabalina y no una flecha, mientras que otra afirma que fue un trozo de metal disparado por una catapulta. Varias dicen que Aster inscribió su nombre y el de Filipo en el proyectil, mientras que otra afirma que Filipo garabateó otro mensaje en el proyectil antes de devolverlo a la ciudad.[121]

Una flecha disparada con un arco parece el instrumento más probable, sobre todo porque es mencionada en las fuentes más cercanas en el tiempo a lo ocurrido. La fuerza superior de un proyectil disparado con una catapulta muy probablemente habría sido producido una herida mortal, a menos que ya hubiese perdido gran parte de su fuerza o hubiese rebotado en otra cosa (los análisis que indican daños en la cavidad ocular derecha del cráneo masculino de la Tumba II en Egas/Vergina son una de las razones principales para identificar los restos como los de Filipo). La herida le causó ceguera completa en el ojo, pero según un autor romano, Critóbulo, el doctor de Filipo, «alcanzó gran renombre por haber extraído la flecha del ojo del rey Filipo, y por haber tratado la pérdida del ojo sin causar desfiguración en el rostro». El resultado fácilmente habría podido ser otro, pero Filipo sobrevivió, aunque el dolor debió de ser espantoso y durar bastante tiempo. Sin embargo, no fue suficiente para convencerlo de abandonar el asedio. Según pasaban los meses sin que llegase una ayuda efectiva ateniense, los ciudadanos de Metone acabaron por capitular.[122]

Según los estándares griegos, Filipo fue sorprendentemente generoso con los defensores, fuese por un deseo de acabar con el asedio o para demostrar que no era dado a venganzas por injurias personales. A todos los ciudadanos se les permitió marcharse, aunque solo con la ropa que llevaban puesta, e irse donde quisieran. Sus propiedades, incluyendo presumiblemente sus esclavos, se convirtieron en botín. La polis fue abolida, los edificios arrasados hasta sus cimientos y su tierra distribuida en lotes para sus Compañeros y soldados. Todavía con solo veintiocho años, Filipo ya había doblado el tamaño de su reino, erradicado las ciudades independientes cercanas a su país, incrementado enormemente su fortuna, se había casado con cinco esposas y había tenido varios hijos. Hubo muchos peligros por el camino, pero conservó su suerte, aunque faltó poco cuando le alcanzaron en el ojo. Durante su ascenso, Filipo había resaltado los límites de la voluntad ateniense y la capacidad de su flota para derrotar a una potencia terrestre. Cada vez más gente empezó a fijarse en Macedonia y su rey, y a preguntarse si tendrían que desafiarlo o alimentar su amistad.[123]

99. Diodoro Sículo 16.8.2 (traducción de Loeb); para una reseña detallada de la campaña de Anfípolis, véase Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 230-54.
100. P. Kern, Ancient Siege Warfare (1990), pp. 89-134.
101. Diodoro Sículo 16.8.2, en Kern, Ancient Siege Waefare, pp. 197-201.
102. Diodoro Sículo 16.8.2. al respecto de «severos y constantes asaltos».
103. Véase, por ejemplo, Arriano, Anábasis 2.24.4. sobre dieciséis muertos y alrededor de trescientos heridos en un asedio y 5.24.5 sobre cien muertos y mil doscientos heridos en otro; el proceso de agotamiento para defensores inferiores en número está señalado por Julio César, La guerra de las Galias 3.4-5, 5-45.
104. Cicerón, Cartas a Ático, 1.16.12 (traducción de Loeb).
105. Demóstenes 1.8 (Primera Olíntica, traducción de Loeb).
106. Demóstenes 2.6 (Segunda Olíntica, traducción de Loeb), Teopompo F 30 A, y véase una discusión detallada en Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 237-42.
107. Diodoro Sículo 16.8.2M en general, sobre el trato a las ciudades capturadas, véase Kern, Ancient Siege Warfare, pp. 135-62.
108. Ibid., 16.8.3.
109. Ibid., 16.22.3; sobre convertirse en rey, Justino 7.5.9., en Hammond (1994), pp. 23-4.
110. Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 241-6.
111. Plutarco, Alejandro 3.4-5, Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 246-51. se dice que en los primeros años del reinado de Filipo, Parmenio arrestó y ejecutó a un amigo de Pérdicas III, Caristio ap. Ateneo 11.598e. Esto nos sugiere que demostró su lealtad a Filipo desde el principio.
112. Diodoro Sículo 16.3.7, 8.6-7, Hammond y Griffith, A History of Macedonia, p. 246-51; se dice que en los primeros años del reinado de Filipo, Parmenio arrestó y ejecutó a un amigo de Pérdicas III, Caristio ap. Ateneo 11.598e. Esto nos sugiere que demostró su lealtad a Filipo desde el principio.
113. Diodoro Sículo 16.8.5, 21.1-4, Demóstenes 4.23, 35, en Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 250-1.
114. Plutarco, Alejandro 3.5.
115. Diodoro Sículo 16.8.7; sobre el estatus de los grupos dentro de la comunidad en Filipos, véase N. Hammond, «The king and the land in the Macedonian kingdom», Classical Quarterly, 38 (1988), pp. 382-91; sobre la acuñación de monedas, véase A. West, «The early diplomacy of Philip of Macedon illustrated by his coins», The Numismatic Chronicle and Journal of the Royal Numismatic Society, 3 (1923), pp. 169-210, M Jessop Price, «The coinage of Philip II», The Numismatic

Chronicle 7th Series, 19 (1979), pp. 230-41, M. Thompsen, «The coinage of Philip II and Alexander the Great», Studies in the History of Art, 10 (1982), pp. 112-21, y J. Schell, «Observations of the metrology of the precious metal coinage of Philip II of Macedon: the “Thraco-Macedonian” standard or the Corinthian standard?», American Journal of Numismatics, 12 (2000), pp. 1-8.
116. Polieno 4.2.10, Frontino, Estratagemas 4.1.6; sobre la logística y la velocidad de movimientos ver en general D. Engels, Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army (1978).
117. Hammond, The Macedonian State, pp. 16-36.
118. Arriano, Anábasis 4.13.1, en Carney, King and Court, pp. 208-10, 214-16.
119. Eliano, V.H. 14.4.48, Teopompo FGrH 115 F 27.
120. Diodoro Sículo 16.34.4-5, en Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 254-58; Polieno 4.2.15 sobre quitar las escaleras.
121. Para la discusión completa de las historias que rodean a este incidente, véase A. Riginos, «The wounding of Philip II of Macedon: Fact and fabrication», JHS, 114 (1994), pp. 103-19. La fuente antigua más temprana, o al menos que cita de fuentes tempranas, es Dídimo, Demóstenes 11.22. col. XII 43-64. Estrabón, Geog. 7.frag. 22, 22a, 8.6.15 sobre una flecha disparada por catapulta en lugar de un arco.
122. La cita en Plinio, Historia Natural 7.37.124; acerca del cráneo véase Prag, «Reconstructing King Philip II», pp. 237-247, aunque hay que señalar escepticismo en A. Bartsiokas, “The eye injury of King Philip II and the skeletal evidence from the Royal Tomb II at Vergina”, Science, 228, número 5465 (2000), pp. 511-14.
123. Diodoro Sículo 16.34.5.

6.
«NO HUI»: LA DERROTA EN TESALIA

El poder de Filipo crecía. Al principio, él y sus hombres habían luchado con la espalda contra la pared, esforzándose simplemente por sobrevivir. Las victorias previnieron el desastre, y cada una de ellas fortaleció al rey un poco más, volviéndolo más seguro y firme. Recurrir a la expansión, incluso a escala local, señaló un cambio importante, porque la recompensa del éxito era mayor. Son innegables la escala y rapidez de las primeras victorias de Filipo, porque en poco más de cinco años consiguió que el reino macedonio fuese al menos tan grande como lo había sido en su mayor expansión, y mucho más fuerte en términos de recursos y población. Además de la Calcídica, ahora controlaba todos los puertos de sus costas, lo que le dificultaba a Atenas la posibilidad de atacarlo, mientras que su frontera noroccidental estaba mejor protegida de lo que lo había estado nunca. Pero en otras ocasiones, los reyes argéadas y desde luego otros gobernantes de Tracia o Iliria, habían prosperado durante un tiempo sin llegar a conseguir que su poder fuese permanente, y menos aún poder legárselo a un heredero. Si Filipo moría, no había un sucesor adulto claro, porque sus hijos todavía eran bebés y su sobrino, un niño. Del mismo modo, nadie podía predecir qué ocurriría si la serie de éxitos de Filipo acababa, ni estar seguro de que pudiese conservar los territorios recién conquistados.

Explotar todo lo conseguido también le llevó tiempo y esfuerzo, y es un error creer que Filipo se enriqueció rápidamente o que tuviese muchos más soldados disponibles para el servicio. Había que construir las comunidades nuevas y refundadas, asentar a su población y desarrollar adecuadamente la agricultura, la minería y otras industrias. Filipo no era de esperar a que los recursos se acumulasen y formasen excedentes antes de poder utilizarlos, y su actividad tuvo poca o ninguna pausa. Durante estos primeros años, hubo un cierto momento en que construyó y equipó una flotilla de pequeños barcos de guerra. Tenía material para construir barcos de sobra, y sin duda

las ciudades griegas que estaban bajo su control contaban con numerosas tripulaciones y marineros experimentados. No se trataba de una gran flota para desafiar a la armada ateniense ni a ninguna otra en batalla, un proyecto que le habría llevado años y aun así muy probablemente no habría podido rivalizar con el enemigo. En lugar de ello, Filipo construyó barcos ligeros para utilizarlos en saqueos, bien como apoyo de sus fuerzas en tierra o bien independientemente. Era un modo de acosar a los atenienses, obligarlos a defender sus puestos avanzados y a los aliados que estuviesen a su alcance y hacerse con barcos mercantes. Así la guerra continuaba, y podría acabar por convencer a los atenienses de que negociasen.[124]

Saquear a esta escala era un método muy barato de hacer la guerra que podía ser provechoso, pero mientras tanto había que pagar a las tripulaciones. Lo mismo ocurría con los soldados, especialmente con los mercenarios y especialistas. Filipo gastaba sus nuevas fuentes de ingresos tan deprisa como las adquiría, cubriendo de recompensas a sus hombres y especialmente a los Compañeros, en celebraciones a gran escala y en regalos y sobornos para conseguir amigos y aliados extranjeros. En ocasiones, sin duda especialmente durante los primeros años, los gastos superaban a sus medios. En una de ellas, un grupo de soldados enfurecidos se enfrentó a él reclamando atrasos de sus salarios. Filipo se estaba ejercitando en el palacio con un hombre llamado Menegetes, al parecer un atleta extranjero. Sudando copiosamente y cubierto de polvo, el rey terminó el asalto y corrió hacia sus soldados, diciéndoles, «¡Tenéis razón, camaradas, he estado practicando con este bárbaro para daros las gracias adecuadamente por el crédito que me habéis extendido!». Atravesando el grupo, se lanzó a una piscina y estuvo nadando hasta que los hombres se aburrieron y se marcharon sin saber cuándo les pagarían. Se supone que en años posteriores a Filipo le gustaba mucho contar esta historia de cómo había evitado pagar a sus hombres y aun así había conservado su lealtad.[125]

Su ejército continuó obedeciéndolo y luchando y las campañas se sucedían sin pausa. Sin embargo, los sucesos de los años posteriores a la caída de Metone en 354 a.C. apenas están cubiertos por nuestras fuentes, y a menudo no sabemos qué estaba haciendo Filipo en un momento dado. Como mucho, normalmente solo sabemos acerca de los acontecimientos destacados, generalmente respecto a Atenas. Esas historias no nos dan una verdadera idea de cuánto tiempo pasó Filipo dedicado a la administración, a oír peticiones, a juzgar y a toda la rutina aburrida del gobierno. Tampoco muestran mucho interés en sus tratos con tracios, ilirios y otros vecinos del norte, aunque Filipo pasó gran parte de su tiempo negociando o luchando contra los líderes de esos pueblos. El crecimiento de Macedonia venía acompañado del

crecimiento de los compromisos de Filipo, lo que significaba que tenía que administrar sus intereses en varios asuntos durante el mismo año, aunque a veces concentraba gran parte del total de sus fuerzas militares en un solo ejército, más a menudo sus soldados estaban divididos en varias unidades, bien dirigidas por el rey o por subordinados de confianza como Parmenio. Algunos periodos de campañas fueron de tanta actividad que habrían sido complicados de narrar incluso aunque a nuestras fuentes les hubiese interesado hacerlo.

No se sabe nada concreto sobre los movimientos de Filipo durante el resto de 354 a.C. Dado que no sabemos en qué momento del sitio de Metone resultó herido, ignoramos si siguió convaleciente durante gran parte del año. Diodoro continúa su descripción de la caída de la ciudad diciendo que el rey tomó a continuación Pagasas, y la lectura más natural es considerar que ocurrió en el mismo año. Pagasas era el puerto de Feras, la ciudad rival de Larisa en Tesalia y el antiguo hogar de tiranos como Jasón y Alejandro. Así que es posible que Filipo encabezase una fuerza a Tesalia en 354 a.C., continuando la duradera alianza de los argéadas con Larisa, pero ninguna otra fuente habla de esta intervención. Dado que sabemos que a partir de 353 a.C. Filipo estuvo considerablemente ocupado en Tesalia y que en algún momento capturó Pagasas, hay quien ha sacado la conclusión de que Diodoro estaba adelantando sucesos. Otros argumentan que el texto está corrompido y que habla de otra ciudad distinta, una Pagas o Pagae no identificada quizá en alguna parte de la costa tracia.[126]

Ninguna de estas interpretaciones es inverosímil. Como hemos visto, hacía tiempo que los asuntos de Tesalia y Macedonia estaban profundamente relacionados, y había habido frecuentes intervenciones militares en ambos sentidos por el que fuese el vecino más fuerte en cada momento. Demóstenes nos cuenta que Pagasas cayó ante Filipo antes de que la ayuda ateniense llegase a la ciudad sitiada, pero no ofrece más detalles sobre cuándo ocurrió. Por otra parte, tanto él como el resto de nuestras fuentes muestran casi tan poco interés en Tesalia como en Tracia e Iliria. Aunque eran definitivamente griegos, los tesalios no encajaban por completo en los ideales y costumbres políticas de los atenienses y otros habitantes del sur. Teopompo de Quíos, que escribió en el siglo IV a.C., desprecia, como era lo normal, a los aristócratas que dominaban Tesalia y afirma que «se pasaban la vida en presencia de bailarinas y flautistas. Algunos malgastan sus días jugando a los dados, bebiendo y en incontinencias similares. Les preocupa más alimentarse en mesas llenas de toda clase de delicadezas que llevar unas vidas ordenadas».[127]

A pesar de su admiración por los logros de Filipo, Teopompo tenía una visión igualmente prejuiciosa de los hábitos del rey y sus

Compañeros, y aunque es posible que exagerase, tampoco fue una invención completa. Más adelante, la compartida afición de unos y otros por los festines copiosos ayudaron a que muchos nobles tesalios formasen lazos con Macedonia y su monarca, y muchos de ellos acabaron entre las filas de sus Compañeros. El gusto por las fiestas venía acompañado por el gusto por la guerra y el conflicto tanto por macedonios como tesalios, y el hilo común durante la historia reciente de Tesalia era las constantes luchas de poder, internas y entre ciudades. En 354 a.C. era muy probable que hubiese un conflicto entre Feras y Larisa y puede que a Filipo le pidiesen que interviniese, pero no podemos estar seguros.

En cualquier caso, Filipo estaba en Tracia a principios del periodo de campaña, atacando las ciudades costeras de Maronea y Abdera, y extendiéndose hacia la península de Galípoli y el estrecho de los Dardanelos. En la zona también se encontraba Pammenes, en cuya casa había vivido Filipo durante su cautividad en Tebas. El tebano estaba a la cabeza de cinco mil mercenarios hoplitas de camino para ayudar a un sátrapa de Asia Menor que se había rebelado contra el rey persa. Aunque nadie menciona específicamente el acuerdo, Tebas debió de haber pactado con Filipo el paso de esos hombres a través de Macedonia para haber llegado tan lejos, y puede que existiese una alianza formal entre el rey y los tebanos. De hecho, Filipo fue más allá, ayudando a Pammenes a pactar con el tracio Cersobleptes para que los hoplitas pudiesen continuar su viaje sin ser molestados. La presencia de aquellos mercenarios además de sus propias tropas hacía que las conversaciones estuviesen respaldadas por la amenaza de una fuerza considerable y fuesen capaces de desafiar a otro gobernante tracio que les era hostil. Pammenes cruzó los Dardanelos y durante un tiempo sirvió al sátrapa, hasta que surgieron dudas sobre su lealtad y él y sus hombres fueron enviados de vuelta a casa. Algunos años después, los tebanos contrataron otro contingente mercenario, esta vez para luchar en nombre del rey persa contra unos rebeldes en Egipto.[128]

Mientras tanto, Filipo había recibido una petición desesperada desde Larisa para que los ayudase contra Feras y decidió responder. No era fácil porque estaba a unos ochocientos kilómetros de distancia, lo que ya es una indicación de cuánto había crecido su reino y sus compromisos desde que había accedido al poder. La manera más rápida de llegar era por mar, en barcos de transporte escoltados por su pequeña flota, pero había un escuadrón ateniense dirigido por Cares cerca de Neápolis esperando a interceptarlos. Filipo escogió sus cuatro barcos de guerra más rápidos y les proporcionó fuertes tripulaciones de sus mejores soldados y remeros. Los envió por delante con la orden de navegar más cerca de la costa de lo habitual cerca de Neápolis.

Cares mordió el cebo y dirigió a sus trirremes en persecución hasta que estuvieron mar adentro. Filipo y su flota aprovecharon el momento para cruzar la zona. Para cuando los atenienses se dieron cuenta de que no iban a poder alcanzar a los barcos rápidos, estaban muy lejos y no pudieron virar y atacar a los otros macedonios.[129]

Los atenienses habían perdido una oportunidad para infligirle a Filipo una severa derrota y quizá incluso matar o capturar al propio rey. Pero esa no era la razón principal por la que Cares había sido enviado a la región, y durante el resto del año operó con gran éxito alrededor de la península de Galípoli. Capturó Sesto, una ciudad griega, donde masacró a los defensores y vendió como esclavos a las mujeres y niños supervivientes. A su debido tiempo fueron reemplazados por colonos atenienses. Cares recuperó el firme control ateniense de la península, obligando a Cersobleptes a aceptar esta realidad. También derrotó a una fuerza de mercenarios pagados por Filipo y dirigidos por un hombre llamado Adeo, o «el gallo».[130]

Por el momento, Filipo tenía otras prioridades; estaba conduciendo un ejército hacia Tesalia. Aunque la lucha entre Larisa y Feras venía de lejos, recientemente se había convertido en parte de un conflicto mucho más amplio que involucraba a muchas ciudades-estado griegas, la que los estudiosos llaman la Tercera Guerra Sagrada. La intervención de Filipo acabaría involucrándolo cada vez más en los asuntos del sur de Grecia y en mayores conflictos y victorias en la región. Bien puede ser que Filipo viese beneficios en marchar contra Feras, pero sería un error verlo como parte de un plan más amplio para la dominación de Grecia. Filipo era aliado de Larisa, tenía una vieja asociación con su familia gobernante, los aleuadas, y su matrimonio con mujeres de ambas ciudades subrayaba su conexión con Tesalia. La llamada fue una oportunidad para aumentar su poder y su estatus, y no socorrer a un aliado lo habría puesto en evidencia y hubiese llevado a que otros aliados dudasen de su fiabilidad. No había buenas razones para no intervenir en 353 a.C.

Pero Tesalia ya estaba involucrada en una guerra más general en la que participaban la mayoría de las ciudades griegas importantes y muchas otras menores, con el templo de Delfos como primer pretexto para una lucha de poder que había entrado en espiral. Delfos era el más importante de los lugares sagrados reverenciados por todos los griegos y en ocasiones, por reyes y estados de otras partes. El oráculo de Apolo era ampliamente consultado por su autoridad; el juicio del dios a menudo se expresaba en frases crípticas pronunciadas por la sacerdotisa. Aunque habría sido inusual que Filipo y los olintios consultasen al oráculo antes de confirmar su tratado, nadie habría dudado del poder y solemnidad del gesto. Delfos era especial, el ombligo (*omphalos*) de la madre tierra, y cada cuatro años acudían

competidores para medirse en los Juegos Píticos, que formaban parte del ciclo de los Juegos Olímpicos. En otros momentos peregrinos y delegaciones formales acudían a Delfos para consultar al oráculo. También había un flujo constante de riqueza; estados e individuos hacían ofrendas al dios y pagaban por erigir recordatorios en los que se inscribía su nombre. Los vencedores a menudo enviaban trofeos del campo de batalla que dedicar y mostrar en conmemoración permanente de su triunfo; en casi todos los casos, sobre otros griegos. En época de Filipo, Delfos, y especialmente el precinto sagrado de Apolo, era una de las construcciones más majestuosas del mundo griego.[131]

Como ciudad, Delfos no era una potencia ni militar ni política, y dada su importancia panhelénica, tradicionalmente había sido supervisada por un «consejo de vecinos», la Liga Anfictónica. Estaba compuesta de doce tribus, cada una de ella con dos votos, y con el paso de los siglos, las luchas de poder en Grecia la habían ampliado y le habían dado forma. Los tesalios formaban parte del consejo, como Tebas y Beocia, y en el siglo IV a.C. Atenas tenía un voto como parte de la tribu jónica. Tanto Atenas como Tebas recibían estatus preferencial; eso quería decir que tenían que esperar menos tiempo para poder hacerle preguntas al oráculo.[132]

Inevitablemente, siendo las ciudades-estado lo que eran, cualquier organización de esta clase se convirtió en un foro de maniobras políticas, pero casi siempre el equilibrio entre los diferentes miembros con derecho a voto evitaba cualquier ocurrencia demasiado drástica. Esta situación cambió durante los años transcurridos tras la derrota espartana en Leuctra, y mientras Tebas fue dominante, consiguió convencer a una mayoría de que votase según su deseo, especialmente cuando el conflicto en Tesalia los enfrentó con los líderes de Feras y los dos votos de Tesalia favorecieron a Tebas. Esparta fue multada por la toma ilegal de Cadmea, una ciudadela tebana, y la ocupación de la ciudad en 382 a.C. cuando ambas ciudades eran aliadas. Fócida, otra vieja rival de Tebas, que aunque más pequeña que Esparta estaba mucho más cerca, también fue multada, en este caso por cultivar tierra sagrada. Las resoluciones se aprobaron y, de un modo que recuerda a Naciones Unidas, nada ocurrió.

En 356 a.C. la Liga Anfictónica se reunió y no solo renovó las multas, sino que las dobló y amenazó con la guerra si no las pagaban. En Fócida había división de opiniones, como en cualquier ciudad griega, pero las voces más belicosas acabaron por imponerse y un pequeño ejército encabezado por Filomelo marchó la corta distancia que los separaba de Delfos y ocupó la ciudad. Fócida tenía una antigua, aunque discutida, reivindicación de ser los guardianes del templo, y enviaron embajadores por Grecia reafirmándola y clamando

por la injusticia de las multas que se les habían impuesto. Varias ciudades importantes, incluidas Atenas y Esparta, se aliaron con Fócida, en parte porque veían cierta justicia en las reivindicaciones de Fócida, pero sobre todo porque deseaban debilitar a Tebas. Durante un tiempo, la mayoría de los estados estuvieron demasiado ocupados con otros asuntos para que pudiese ocurrir algo más, pero a finales de 355 a.C. se volvió a reunir un consejo de la Liga Anfictónica, aunque obviamente no en Delfos y sin todos sus miembros, dado que Fócida y sus aliados no la consideraban una sesión legítima. Una mayoría de los que se presentaron votaron por declarar la Guerra Sagrada contra Fócida por haber tomado el templo.

Filomelo respondió utilizando parte de las riquezas contenidas en el precinto sagrado para contratar mercenarios. Muchas ciudades, incluyendo Atenas, en ocasiones utilizaban fondos de los templos para financiar guerras importantes, y lo llamaban un préstamo aunque no siempre lo devolvían, así que, aunque el derecho de Fócida a controlar Delfos era cuestionable, a estas alturas sus actos fueron relativamente contenidos. En 354 a.C., Filomelo y sus mercenarios derrotaron a una fuerza combinada de beocios y locrios, y después a seis mil tesalios. Llegaron más tebanos y beocios, y Filomelo fue derrotado y o bien murió en batalla o se suicidó posteriormente.[133]

Con el ejército principal focidio destruido y su líder muerto, la guerra parecía prácticamente terminada, y tras esta victoria Tebas decidió enviar a Asia a Pammenes y sus hombres. Las guerras eran caras, incluso cuando eran victoriosas, y contratar soldados podía dar beneficios y ventajas políticas, y le evitaba tener que pagar, alimentar y vestirlos mientras tanto. Fócida era más pequeña que Tebas, carecía de su población y riqueza, pero todavía conservaba Delfos y sus tesoros, lo que le proporcionaba los fondos para emprender guerras a una escala que de otro modo no habría sido posible. Los focidios eligieron a Onomarco como nuevo general, y este explotó los tesoros sagrados a una escala mucho mayor que su predecesor. Durante el curso de la guerra, los focidios pagaban una vez y media el sueldo normal de un mercenario; nunca faltaron soldados dispuestos a alistarse en esos términos. La riqueza de Delfos también les permitió a los focidios hacer más atractivos sus ofrecimientos de alianza acompañándolos de importantes regalos. Onomarco le envió dinero al general ateniense Cares, lo que le permitió a este pagar un banquete en Atenas para celebrar su victoria sobre Adeo, el general de Filipo.[134]

En 353 a.C. Onomarco pasó al ataque. Tebas estaba debilitada tras haber enviado a sus mejores tropas, propias y mercenarias, de hoplitas y obstaculizada porque Fócida se encontraba entre ella y sus aliados en Tesalia. Estos últimos también estaban ocupados; el tirano Licrofón apareció en Feras y decidió volver a desafiar el dominio de Larisa y la

Liga Tesalia. Como era natural en Grecia, las disputas locales alimentaron conflictos más amplios, de modo que Feras se alió con Fócide, el enemigo de sus enemigos y quizá también un antiguo amigo. Así, cuando Filipo marchó contra Feras en apoyo de Larisa, fue casi inevitable que se viese envuelto en la Guerra Sagrada, sobre todo porque ya estaba en guerra con Atenas, otro aliado de Fócida.[135]

Filipo y sus aliados tesalios comenzaron a presionar a Feras, empujando a Licofrón a que pidiese ayuda a Onomarco. El general focidio envió a su hermano Failo con siete mil hombres, pero Filipo lo derrotó. Onomarco acudió en persona con la mayor parte de sus fuerzas, así que esta vez los macedonios y sus aliados se vieron superados en número. Filipo fue derrotado dos veces, y en una breve descripción de una de esas batallas es evidente que también lo superaron en astucia. Onomarco desplegó a sus hoplitas delante de una montaña en forma de media luna. En el terreno elevado en cada extremo de la media luna ocultó catapultas para lanzar piedras con sus operarios y mucha munición. Filipo vio la falange y desplegó a sus hombres para enfrentarse a ellos, pero no se percató de la emboscada. Onomarco marchó entonces en dirección a los macedonios y tesalios, pero antes de entrar en contacto sus hoplitas fingieron ceder terreno. La tensión del combate mano a mano cuando chocaban las falanges era tan terrible que en ocasiones un bando se venía abajo antes de que empezase el combate. Cuando los mercenarios focidios se retiraron a la parte inferior de la ladera de la montaña, los hombres de Filipo emprendieron la persecución. Un avance rápido solía hacer que cualquier formación cerrada tendiese a descomponerse. Entonces se pusieron al alcance de la artillería, que, tras quitar el camuflaje que hubiese empleado, empezó a lanzar rocas contra el gran objetivo que ofrecían los macedonios. Onomarco dio la señal de trompeta preacordada y sus hoplitas se detuvieron, formaron y cargaron.[136]

La formación macedonia se vino abajo. Algunos abandonaron directamente a Filipo y se volvieron a casa. El rey consiguió reunir a otros y mantenerlos juntos para formar una retirada más organizada, pero por el momento tenían la moral destrozada y con ella, la confianza en su rey. La racha de victorias de Filipo había llegado a su fin cuando se hubo enfrentado a un numeroso ejército griego. Algunos de los macedonios lo culparon directamente de la derrota, y era innegable que había caído en una trampa. La utilización de Onomarco de la artillería en combate no tenía precedentes y no volvió a repetirse con un éxito semejante. Las catapultas eran engorrosas e inadecuadas para su uso en el campo de batalla, lo que ha llevado a algunos estudiosos a sugerir que los focidios solo las llevaban con ellos porque estaban planeando sitiar ciudades en Tesalia. Puede que fuese así, aunque también podrían haber llevado la artillería para dársela a los

aliados que la querían para utilizarla en defensa de sus propias ciudades, tanto por necesidad psicológica como práctica, porque el uso de la artillería incluso en los asedios era algo nuevo para la mayoría de los griegos. En cualquier caso, Onomarco usó las catapultas y a sus bien entrenados mercenarios contundentemente, dejando a Filipo con la única opción de llevar a sus deprimidos soldados de vuelta a Macedonia. Trató de asegurarles que no estaba huyendo, sino retrasándose deliberadamente como un carnero cuando se prepara para otra carga con mayor fuerza.[137]

La noticia de la derrota se extendió rápidamente. A pesar de haber conseguido tantos éxitos hasta entonces, Filipo podría acabar siendo otro rey macedonio que había prosperado brevemente antes de que todo se estropease y que moriría a manos de su propia gente. Había alternativas para ocupar su trono, y alrededor de esta época sus dos medio hermanos supervivientes reaparecieron en Olinto. Olinto había llevado a la Liga Calcídica para que se aliase con Filipo cuando Atenas parecía una amenaza mayor, pero ahora todos los enclaves atenienses habían desaparecido y Filipo estaba cerca, lo bastante fuerte como para ser peligroso, pero quizá ahora vulnerable. Algunos ciudadanos importantes acudieron a Atenas en busca de amistad e incluso alianza, aunque esto último estaba específicamente prohibido por el tratado que habían firmado con Filipo. Hay indicios de que líderes de Epiro, Iliria y Peonia empezaron a preguntarse si Filipo era de verdad invencible después de todo. Había escapado por poco en el mar cerca de Neápolis y luego había sufrido una importante derrota en Tesalia. Era un momento crítico, y otro fracaso podría fácilmente comenzar a deshacer todo lo que Filipo había conseguido.[138]

---

124. Sobre la armada de Filipo, ver Polieno, Estratagemas 4.2.22, con discusión en Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 264-7.
125. Polieno, Estratagemas, 2.2.6.
126. Diodoro Sículo 16.31.6, aunque 16.34.4-5, que repite la caída de Metone, podría referirse a una intervención posterior a Tesalia. Sobre diferentes interpretaciones véase Hammond, Philip of Macedon, pp. 46, 200 n. 3, y Worthington, Philip II, p. 57.
127. Teopompo, FGrH 115 F 49 (traducción de G. Shrimpton, Theopompus the Historian (1999)), Demóstenes, Primera Filípica 35.
128. Diodoro Sículo 16.34.1, Demóstenes, Contra Aristócrates 23.183; sobre la fuerza tebana enviada a ayudar a los persas a reconquistar Egipto, Diodoro Sículo 16.44.1-2.
129. Polieno, Estratagemas 2.2.22.
130. Sobre Sesto véase Diodoro Sículo 16.34.3; sobre Adeo, véase Teopompo, FGrH n.115, F 249.
131. Sobre Delfos en general, véase M. Scott, Delphi. A History of the

Centre of the Ancient World (2014).
132. Sobre los antecedentes y el conflicto posterior en general, véase T. Buckley, Philip II and the Sacred War (1989), y J. Ellis en Cambridge Ancient History 2nd edition), pp. 739-42.
133. Diodoro Sículo 16.23.1-25, 27.1.31-5 sobre su narrativa de los primeros momentos de la guerra.
134. Sobre la paga a los mercenarios, véase Diodoro Sículo 16.30.1, 36.1; sobre Cares, véase Teopompo, FGrH n 115, F 249, y en general Diodoro Sículo 16.33.2-3.
135. Diodoro Sículo 16.35.1, Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 267-8.
136. Diodoro Sículo 16.35.2, Polieno, Estratagemas 2.38.2.
137. Diodoro Sículo 16.35.2-3, Polieno, Estratagemas 2.38.2, en Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 269-73, sugiriendo que la presencia de artillería revela la estrategia de Onomarco.
138. Justino, Epítome 8.3.

7.
EL VENGADOR

Filipo no podía permitirse otro fracaso, pero tampoco podía permitir que la derrota a manos de los focidios quedase sin respuesta y permitir que aumentasen las dudas sobre su poder y su futuro. Eso quería decir que debía continuar la guerra y esperar ganar la vez siguiente. Así, en 352 a.C. regresó a Tesalia, y esta vez reunió junto a sus aliados no menos de veinte mil hombres de infantería y tres mil de caballería. Resulta complicado saber cuántos eran macedonios y cuántos tesalios, aunque estos sin duda aportaron una gran proporción, y quizá la mayoría de los soldados a caballo. Mientras, Onomarco y los focidios habían conseguido otra victoria, esta vez contra los beocios, pero había respondido debidamente a una nueva petición de ayuda contra Filipo hecha por el tirano tesalio Licofrón y había marchado hacia el norte con veinte mil infantes y quinientos jinetes. Puede que pensara unirse al tirano, que aparte de más mercenarios también tenía una buena caballería propia.

Algunos estudiosos sitúan la captura de Pagasas por Filipo como parte de esta campaña, mientras que otros sospechan de un ataque directo sobre la propia Feras. La batalla consiguiente tuvo lugar cerca del golfo de Pagasas, muy probablemente en un terreno de suaves montículos conocido como el Campo de Azafrán por las flores que crecen allí. Puede que Filipo consiguiera salir de Feras y acudir a marcha forzada para interceptar a Onomarco y el ejército focidio. Era un buen terreno para la caballería, pero normalmente eran los hoplitas, no los jinetes, los intérpretes principales en las batallas libradas en la Grecia continental, y los hombres de Onomarco eran veteranos con la confianza añadida de saber que ya habían derrotado a los macedonios en su último encuentro. Sin duda Filipo había pasado gran parte del invierno adiestrando y animando a sus hombres para contrarrestar el recuerdo de la derrota, igual que había hecho antes de marchar contra Bardilis en 358 a.C. Esta vez les dio a sus soldados una causa especial, y les ordenó que llevasen coronas de

laurel en el casco. El laurel se asociaba con Apolo y con las guirnaldas de victoria y celebración. El símbolo proclamaba que los soldados eran los sirvientes del dios en su sagrado combate y no simplemente aliados de Tebas en una guerra corriente entre ciudades-estado. Bien puede ser que Filipo esperase que sus soldados sintieran que luchaban con la ayuda del dios y por ello estaba destinados a vencer incluso contra los mismos hombres que los habían repelido el año anterior.

Justino cuenta que la simple visión de las hojas de laurel hizo que algunos de los hoplitas focidios soltasen las armas y huyeran al comprender la impiedad de sus actos. Más prosaicamente, Diodoro dice que Filipo ganó tras un duro combate debido al número y valentía de la caballería tesalia. El ejército focidio se derrumbó y muchos de los huidos se dirigieron hacia la playa porque desde la orilla se veían claramente barcos atenienses. Este escuadrón estaba encabezado por Cares, que había regresado de la costa tracia, y no está claro si fue casualidad que estuviese allí o si los atenienses pretendían reunirse allí con sus aliados focidios. Si fuese así, llegaban tarde una vez más, aunque esta vez por cuestión de horas. Onomarco fue uno de los muchos que se despojaron de la armadura y trataron de nadar hasta los barcos. Pocos, si es que hubo alguno, lo consiguieron; la mayoría se ahogó o murió a causa de los proyectiles. Murieron seis mil hombres, mientras que otros tres mil cayeron prisioneros.

El destino de estos cautivos está en duda, porque podemos interpretar que Diodoro afirma que Filipo ordenó que los ejecutasen a todos como castigo por su sacrilegio. Ambos bandos habían ejecutado prisioneros al principio del conflicto, aunque no a esta escala y solo durante un breve tiempo. Pero que tuviese lugar una carnicería masiva por ahogamiento parece improbable, a menos que hubiese acantilados desde los que cualquiera que cayese o fuese empujado sufriría una muerte segura. Puede que los mercenarios fuesen ejecutados y posteriormente sus cuerpos fueran arrojados al mar, o quizá hubo cierta confusión con los hombres que murieron en el agua tratando de llegar a los barcos. Fuese como fuese, Filipo no puede haberse arriesgado a dejar que tantos hoplitas adiestrados se fuesen libres o a cambio de un rescate, y menos dada la disposición y capacidad de sus enemigos para pagarlos. El cuerpo de Onomarco fue recuperado y crucificado para negarle un entierro adecuado al expoliador del templo de Apolo.[139]

Filipo fue celebrado como el vengador del dios y protector de la religión, al menos por aquellos inclinados a alinearse contra Fócida y sus aliados. Su esposa Nicesípolis dio a luz a una hija, aunque la madre murió unos veinte días después; al bebé le dieron el nombre de Tesalónica o «Victoria en Tesalia», y la derrota de Onomarco es, muy probablemente, el éxito que se celebraba, porque fue el mayor que

Filipo alcanzó nunca en esa región. Poco después Feras capituló y Licofrón aceptó unos términos que le permitían a él, sus partidarios y dos mil mercenarios, marcharse. Filipo permaneció en Tesalia gran parte del verano, ayudando a reestablecer las comunidades tras años de conflicto. Nuestras fuentes difieren sobre cómo emprendió el trabajo, y si fue poco o muy activo en el saqueo y castigo de cualquier comunidad o individuos que se le habían opuesto. Se le acusó de favorecer movimientos populares dentro de las ciudades, que a lo largo debilitarían el control sobre el poder de la aristocracia establecida. Sin duda mantener contenta a la díscola aristocracia tesalia fue un complicado ejercicio de malabarismo. Sus alianzas matrimoniales con Larisa y Feras ayudaron, y algunos estudiosos sitúan su boda con Nicesípolis en este momento, no antes. Es más probable que sus relaciones con las dos ciudades importantes de la región hubiesen empezado bastante antes.[140]

Los aliados de Feras sufrieron, quizá severamente, y puede que algunas ciudades fuesen eliminadas, incluso aunque en otras ocasiones hubiesen sido miembros leales de la Liga Tesalia. Básicamente, las decisiones de Filipo dieron como resultado la reorganización de comunidades y el cambio de su equilibrio político. Gonfos fue rebautizada Filípolis en algún momento de los años posteriores, la segunda ciudad en tomar el nombre del rey. Pero la gran mayoría de las ciudades tesalias permanecieron independientes y no formaron parte de su reino, con algunas excepciones como Magnesia y el puerto de Pagasas. Perrabia, una zona al norte que en realidad no era parte de Tesalia aunque estuvo mucho tiempo bajo el control de la Liga, acabó bajo el control directo de Filipo para que nombrase a uno de sus hombres como administrador. No sabemos si el rey podía y llegó a recurrir a tropas tesalias en años posteriores para fines distintos a defender los intereses tesalios, pero parece poco probable a estas alturas.

Por el momento, su popularidad estaba en auge, al menos entre quienes estaban de su parte, y bien pudo ser en este momento cuando los tesalios le confirieron un honor sin precedentes y lo nombraron *archon*. Este era el líder guerrero y magistrado supremo de toda Tesalia, y ciertamente obtuvo el título en algún momento, aunque ninguna fuente nos dice cuándo. Muchos estudiosos argumentan que la euforia posterior a la victoria sobre el ejército focidio y la rendición de Licofrón era la ocasión más probable para que recibiese este honor. Desde luego, se necesita un motivo que explique el hecho de que una liga de ciudades griegas dejasen de lado su celo instintivo de los derechos ciudadanos y el control de sus propias comunidades como para darle este puesto a un extranjero. Jasón de Feras había sido *tagos*, una magistratura vitalicia de poderes similarmente amplios, y *archon*

puede haber sido una versión de este puesto. En la práctica, le daba a Filipo el derecho a recurrir a tropas tesalias y a algunos ingresos procedentes de impuestos concretos, incluyendo las tasas del puerto y el mercado, pero también le confería la responsabilidad de resolver disputas y tratar con problemas por toda la región. Justino afirma que el motivo de que los tesalios escogiesen a Filipo para liderarlos contra Feras y los focidios fue que sus aristócratas temían que si uno de ellos tomaba el mando y vencía, sería el trampolín para una tiranía. Durante la guerra y después de ella, una facción importante de la nobleza decidió que por el bien común (y sin duda por el suyo propio) lo mejor era tener a Filipo de líder.[141]

Todos estos asuntos llevaban su tiempo, así que Filipo no comenzó a marchar hacia el sur y continuar la guerra contra Fócida hasta más tarde ese mismo año. Para entonces los focidios habían nombrado al hermano de Onomarco su nuevo general, y estaba ocupado contratando más soldados tras la pérdida de casi medio ejército. El retraso también les dio tiempo a los aliados para enviar ayuda, animados por aún más regalos generosos de Delfos además de por su resistencia a permitir que tebanos y tesalios consiguiesen una victoria. Esparta envió mil hombres, Acaya dos mil y Atenas, por una vez actuando rápidamente, no menos de cinco mil infantes y cuatrocientos jinetes. El grueso del ejército focidio hizo campaña en Boecia contra los tebanos y sus aliados, y ganó algunas escaramuzas y perdió otras.

El ejército de Filipo podría marcar la diferencia si llegaba a reunirse con los tebanos y los otros beocios, o al menos atacar Fócida, pero había esperado demasiado. La ruta principal desde Tesalia a Fócida atravesaba el paso de las Termópilas, y antes de que llegase el enemigo ya estaba allí con todo, incluyendo los atenienses. No había motivo para creer que los hombres de Filipo eran más capaces de asaltar el estrecho paso de lo que lo habían sido los persas, y esta vez la ruta que rodeaba al flanco estaba bien protegida por los focidios. Desde el principio, la prioridad de Filipo había sido Tesalia y sus aliados allí, y tras el fracaso de 353 a.C. había regresado y conseguido una victoria indiscutible. Larisa y la Liga Tesalia habían recuperado la supremacía y esta parece haber sido la meta principal de sus líderes, mientras que la Guerra Sagrada fue una especie de espectáculo secundario. Bloqueado en las Termópilas, Filipo dio la vuelta y regresó a Macedonia. Pasarían varios años antes de que volviese a la Grecia central, y la Guerra Sagrada siguió adelante sin decidirse, básicamente entre Fócida y Beocia cuando los contingentes aliados se volvieron a casa. Aunque Filipo se retiró, su implicación con Tesalia era ahora mucho más cercana y esto no cambiaría. Mientras, tenía muchos asuntos pendientes en el norte, y para otoño de 352 a.C. Filipo estaba de campaña en Tracia.[142]

Como a menudo ocurría, las alianzas entre las tribus y los líderes tracios habían cambiado, y Filipo, como el resto, cambiaba cuando le convenía. En una inversión de lo ocurrido el año anterior, estaba en buenos términos con el rey Amádoco (posiblemente el hijo y sucesor del rey anterior del mismo nombre, que había sido su enemigo) y luchando contra Cersobleptes. En noviembre llegó a Atenas la noticia de que Filipo no estaba lejos de los Dardanelos asediando una fortaleza tracia llamada Hereo, cuya localización concreta nos es desconocida. Los atenienses, que dependían del grano procedente del mar Negro y nerviosos porque el éxito de Cares en la región estuviese a punto de ser arruinado, votaron para enviar cuarenta trirremes tripulados por ciudadanos hasta la edad de cuarenta y cinco años, y por presentar un impuesto especial para recaudar los sesenta talentos necesarios para financiar la operación. Las campañas en invierno nunca se emprendían a la ligera y esta era una fuerza importante, indicativa de la preocupación ateniense. Antes de que la expedición estuviese preparada llegó la noticia de que Filipo estaba gravemente enfermo. Poco después llegó otro informe que afirmaba que había muerto. Muy aliviados, y predispuestos a creer buenas noticias, los atenienses cancelaron la operación y el impuesto.[143]

Filipo no estaba muerto, aunque sí parece que estuvo gravemente enfermo, porque la campaña en Tracia acabó sin un vencedor en 352 a.C. y no parece que regresara a la región hasta varios años después. Tenía treinta años o poco más, pero incluso los jóvenes en ocasiones morían por enfermedades, y líderes agresivos como el rey definitivamente podían morir en la batalla. Los informes de su verdadera enfermedad, e incluso la falsa noticia de su muerte, les recordaron a todos que era mortal, igual que la derrota de Adeo y la derrota personal más grave en Tesalia habían demostrado que era falible. Un mundo sin Filipo era un recuerdo reciente, y también una Macedonia dañada por luchas de poder interno. Por el momento era lo suficientemente exitoso y fuerte como para provocar la envidia y la sospecha de sus vecinos, aunque no tan fuerte como para no desafiarlo. Si Filipo moría entonces, todo lo ganado se desvanecería rápidamente. Sus parientes adultos más cercanos eran sus dos medio hermanos exiliados, que tendrían que enfrentarse a una dura pelea si trataban de convertirse en reyes.

No conocemos nada concreto sobre la actividad de Filipo en 351 y 350 a.C., pero este contexto de duda podría tener la clave. Algo más tarde, el orador ateniense Demóstenes menciona «campañas contra ilirios, peonios y el rey Arribas», y en un discurso anterior afirma que Filipo estuvo construyendo fortalezas en Iliria. Aunque ambas menciones son apartes y no ofrecen detalle alguno ni una fecha precisa, es donde mejor encajan. Muchos líderes estaban molestos por

verse obligados a someterse a Filipo, dado que para los griegos y líderes guerreros de todas partes, reconocer la superioridad de otro era una provocación que debían asumir por tradición o, incluso, por el carisma personal del otro. Tanto antiguos enemigos como aliados tenían que preguntarse si Filipo estaba a punto de caer, y que si lo hacía siempre sería mejor hacer nuevos amigos antes que después. Dadas las circunstancias, era muy probable que líderes ilirios y peonios hiciesen declaraciones de independencia que provocaron incursiones. Filipo tenía que responder deprisa y con fuerza si quería que no se extendiese el contagio. Sin más información, no podemos decir lo importantes y reñidas que fueron las campañas consiguientes, y deberíamos ser cautos y no despreciarlas por carecer de importancia simplemente porque no atrajeron la atención de nuestras fuentes griegas.[144]

Algo más sabemos de los asuntos en Epiro, gobernada por el rey Arribas de los molosios, el tío de Olimpia, la esposa de Filipo. Puede que no hubiese combates y solo se tratase de una demostración de fuerza del ejército macedonio y su capacidad de marchar a voluntad a Epiro. Alejandro de Epiro, el hermano pequeño de Olimpia, acompañó a Filipo y su ejército cuando este regresó a casa. Arribas permaneció en el trono, pero una señal del dominio macedonio es que por el momento los molosios dejaron de acuñar su propia moneda y utilizaron la de Filipo. Alejandro se quedó en Pela o donde la corte macedonia estuviese, y casi inevitablemente corrieron rumores de que el muchacho había sido seducido por Filipo. Lo que por el momento importaba era que Arribas había recibido un nítido recordatorio del poder macedonio, y también supo que a partir de entonces Filipo tenía a su sustituto si alguna vez decidía respaldar la candidatura del hermano de Olimpia.[145]

Como hemos visto, la ciudad de Olinto, la cabeza de la Liga Calcídica, les había dado la bienvenida a los dos medio hermanos de Filipo. Esto era una provocación, y como su constante coqueteo con Atenas, era una clara señal de que Filipo no debía subestimar a los olintios, porque eran ricos, razonablemente poderosos y tenían otras opciones para escoger aliados. Es más que probable que estos actos reflejasen el ascenso en la política interna de hombres rivales de los partidarios de Filipo que naturalmente adoptaron una postura firme para enfatizar que eran distintos y llevarían a la ciudad y la liga a cotas más altas. Parece que en respuesta, Filipo hizo una demostración de fuerza en sus fronteras en 351 a.C., aunque, como ocurrió con los molosios, esto evitó la guerra. Cualquier impresión que causara esta demostración fue solo temporal, porque la tensión continuó creciendo. Las relaciones internacionales en el mundo griego generalmente estaban conformadas por miopes intereses propios y memoria

cortoplacista, así que quizá lo que ocurrió a continuación era inevitable. La Liga Calcídica temía a Macedonia más que a cualquier otro estado, mientras que Filipo ya no necesitaba estar en paz con ellos y confiaba en sus fuerzas. No sabemos que hubiese alguna provocación directa por su parte, pero tampoco tenemos muestras de reticencia, y para 349 a.C. Filipo y la Liga Calcídica estaban en guerra.[146]

Muchas de las pruebas de este conflicto nos llegan de los discursos publicados del orador ateniense Demóstenes, que era alabado en la Antigüedad por su estilo y pasión. Tres siglos después, el mejor orador de Roma, Cicerón, declaró que modelaba sus propios ataques contra Marco Antonio según sus famosos discursos, ignorando alegremente el hecho de que los argumentos de Demóstenes llevaron a Atenas a la derrota. Esta admiración por los méritos artísticos de las palabras de Demóstenes puede disfrazar el hecho de que la suya solo era una voz entre muchas de la Asamblea Ateniense, y que otros cuyas obras no han sobrevivido eran mucho más influyentes en la época. En aquellos años Atenas tenía problemas para financiar su ambición instintiva, y en ocasiones votaba a favor de guerras que simplemente no podía permitirse. En 355 a.C. el prudente Eubulo fue elegido para controlar el prestigioso teoricón y a todos los efectos llegó a dirigir todas las finanzas del estado, lo que le dificultó mucho a la asamblea dedicar dinero a aventuras extranjeras. Ni él ni sus simpatizantes eran inflexibles, porque cuando la necesidad parecía real estaban dispuestos a aprobar partidas importantes, como el ejército que había ayudado a los focidios a cerrar las Termópilas contra el avance de Filipo.[147]

La prudencia nunca fue un rasgo en la retórica de Demóstenes. Aunque nació en una familia acomodada, su padre, dueño de una fábrica, murió cuando Demóstenes era joven y sus tutores despilfarraron su herencia. Cuando fue lo bastante mayor, Demóstenes los demandó y ganó, pero le sirvió de poco para recuperar lo que había perdido. De niño era enfermizo y delgado, y se convirtió en un joven serio que bebía poco y contrario al lujo en la comida y en todo lo demás, que dedicó años de trabajo duro para desarrollar su voz y su habilidad con las palabras. Durante mucho tiempo se ganó la vida escribiendo discursos que otros leían en casos legales, y no habló en la asamblea hasta los treinta años. Sus primeros discursos no mencionan a Filipo hasta la *Primera Filípica* (el nombre es moderno), pronunciada en 351 a.C. A partir de entonces el rey de Macedonia se convirtió en una obsesión, un tema al que volvía una y otra vez, asegurándoles a los atenienses que si no luchaban contra Filipo en el norte, acabarían luchando contra él en Ática:

> Porque, hombres de Atenas, quiero que sepáis y os deis cuenta de dos cosas: primero, que despilfarrar vuestros intereses uno a uno es un juego caro; y segundo, que la actividad incansable está arraigada en la naturaleza de Filipo... En serio, ¿hay alguien aquí tan necio como para no ver que nuestra negligencia trasladará la guerra de la Calcídica a Ática?[148]

Demóstenes les hablaba a aquellos atenienses molestos por la pérdida de sus aliados y asentamientos del norte y que todavía anhelaban recuperar Anfípolis, que se había convertido en un talismán para muchos de sus conciudadanos. En cierto sentido, se trataba de nostalgia por las glorias pasadas, e insistió mucho más para retratar a Filipo como su inevitable enemigo en una lucha a vida o muerte. Esta premisa se encuentra en todos sus discursos, y los tiñó de urgencia y de una impresionante fuerza emotiva que el por otra parte frío y reservado orador solo dejaba asomar cuando hablaba en público. Para Demóstenes, había que luchar y derrotar a Filipo, y los atenienses debían entenderlo y emprender las acciones necesarias, aprovechando la iniciativa y llevando la guerra hasta el rey. En la *Primera Filípica* comparó Atenas con un «bárbaro» ignorante que trataba de atacar: «El bárbaro, cuando lo golpean, siempre se lleva la mano al lugar golpeado; si lo golpeas en otra parte, allá irán sus manos. Ni sabe ni le importa esquivar golpes ni observar a su adversario». La imagen es vívida y más valiosa por su valor sorpresivo al sugerir que los atenienses, según ellos mismos el epítome de todo lo bueno de los griegos, pudiesen comportarse tan torpemente.[149]

Filipo nunca se consideró el enemigo inveterado de Atenas, solo como su competidor por el control de las zonas más cercanas a su reino, y era una competición que llevaba camino de ganar, al menos por el momento. Es imposible saber si Demóstenes creía en su propio mensaje desde el principio o acabó por creérselo con el tiempo. Oponerse a Filipo le dio al orador una causa por la que abogar y un medio para hacerse más conocido en la asamblea, y se aferró a ella y dejó que conformase su vida. La convicción genuina y el oportunismo no eran, y no son, mutuamente excluyentes en política, y la repetición de un mensaje puede convencer al hablante tanto como a la audiencia. Como poco, Demóstenes contribuyó a que los atenienses sospecharan más del rey y al aumento de la sensación de que Atenas debería volver a ser fuerte, aunque no era una voz solitaria en esta causa. Menos ideas tenía sobre cómo derrotar a Filipo, porque en el fondo el orador no era un hombre práctico ni constructivo. Aunque aficionado a proponer la formación de expediciones, era cada vez más directo para sugerir que el dinero del teoricón proporcionase los fondos, si bien era un delito castigado con la muerte, Demóstenes resulta vago sobre qué debían hacer esas expediciones. Su mensaje era básicamente enviar

hombres y barcos, hacer aliados y de algún modo Filipo sería derrotado. Como muchos otros políticos elocuentes, Demóstenes estaba dispuesto a librar una guerra sin creer necesario tener la más vaga idea estratégica para vencerla.

Atenas no poseía un ejército para derrotar a los hombres de Filipo por tierra o para arrebatarle ciudades al rey, y su armada no podía alcanzar al monarca ni ser derrotada por este. El pequeño escuadrón de barcos de guerra macedonios estaba activo, asaltando islas y barcos, tomando mercancías y ciudadanos atenienses como rehenes y consiguió un importante golpe propagandístico capturando el trirreme ateniense sagrado mientras estaba detenido en Maratón para que la delegación que viajaba a bordo pudiese ofrecer un sacrificio en el templo de Apolo. Todo esto resultaba tremendamente embarazoso para una potencia naval como Atenas, aunque los daños reales eran poco más que pequeños pinchazos. Cuando Demóstenes sugirió que se enviasen trirremes para contrarrestar los barcos de guerra macedonios, argumentó que con solo diez bastaría. Una y otra vez Filipo fue generoso en su tratamiento de los prisioneros atenienses, lo que sugiere cierto deseo por alcanzar la paz. La mayor parte del tiempo, la guerra con Atenas era una distracción innecesaria para sus otras ambiciones, que le proporcionaba pocas ventajas para el considerable esfuerzo que suponía.[150]

En 349 a.C. Filipo atacó a la Liga Calcídica, apuntando a sus ciudades más pequeñas en lugar de atacar directamente Olinto. Incluso para los estándares griegos, algunas de esas comunidades eran muy pequeñas, con pocas esperanzas de resistir un asedio dirigido por los ingenieros de Filipo, así que la mayoría se rindieron. Una comunidad fue asaltada y arrasada hasta los cimientos, pero su nombre quedó tan confuso por los sucesivos escribas que copiaron el texto de Diodoro que es imposible identificarla. Quizá Filipo pretendía intimidar a Olinto para que negociase o tenía otras preocupaciones y fue incapaz de concentrar su pensamiento y sus recursos solo en la liga. También parece que durante este año hubo problemas en Tesalia, cuando uno de los tiranos al que había permitido marcharse en 352 a.C. regresó y se hizo con el control de una ciudad. Filipo acudió en persona para solucionarlo; expulsó al tirano y reafirmó la paz y su liderazgo como *archon* en toda la región.[151]

Mientras, los olintios consiguieron al fin forjar una alianza con Atenas, que a su vez actuó con una energía inusual, al menos durante un tiempo, enviando a Cares a la Calcídica con dos mil soldados, la mayoría, si no todos, mercenarios, y treinta y ocho trirremes. Más tarde, otro general ateniense llevó a otros cuatro mil mercenarios a través de la península de Galípoli y ciento cincuenta jinetes ciudadanos también fueron enviados a la Calcídica. Eran grandes

números, aunque es muy probable que la mayoría fuesen pestaltas, con armas más ligeras, que auténticos hoplitas. Además, se dice que la Liga Calcídica reunió diez mil hoplitas y mil jinetes. Suficiente para que durante el invierno y la primavera de 349-348 a.C. los aliados pasaran a la ofensiva, haciendo incursiones en el territorio de Filipo y las tierras de las ciudades que habían tomado su bando. Pero no eran lo bastante fuertes como para atacar la propia Macedonia o desafiar la base de poder de Filipo, incluso mientras este estaba en Tesalia. Atenas tenía otras preocupaciones, especialmente una rebelión de los aliados que le quedaban en la isla de Eubea, y no podían arriesgarse a reducir sus fuerzas en Tracia durante demasiado tiempo.[152]

Filipo regresó a la Calcídica el verano de 348 a.C.; para entonces la mayoría de las tropas atenienses se habían ido. Atenas debatió qué hacer y acabó por decidir la formación de una nueva expedición para ayudar a la Liga Calcídica. Era demasiado pequeña como para haber marcado alguna diferencia aunque hubiese conseguido llegar antes de la caída de Olinto, pero de nuevo, los vientos dominantes de esos meses favorecían a Filipo y los atenienses llegaron tarde. El rey avanzó tomando una ciudad tras otra, ayudado por el reconocimiento de su fuerza abrumadora y también por generosos regalos de líderes dispuestos a cambiar de bando. Pronto Olinto estuvo rodeada y en gran parte aislada del mar. Los olintios enviaron embajadores pidiendo la paz, y recibieron la brusca respuesta, «por el resto del tiempo no es posible que viváis en Olinto y yo en Macedonia», o eso afirma Demóstenes.[153]

En un momento dado, dos de los generales aristócratas de la caballería olintia desertaron y se pasaron a Filipo, llevando con ellos a muchos de sus hombres. Otras traiciones ayudaron a los macedonios durante el sitio, y no está claro si la ciudad fue asaltada o acabó por capitular. En cualquier caso, fue saqueada, los supervivientes vendidos como esclavos y la polis eliminada, junto con la Liga Calcídica. A todos los efectos, Olinto dejó de existir, y a los refugiados se les concedió asilo y ciudadanía en Atenas si lo deseaban. Los cautivos atenienses no fueron vendidos, pero sí encarcelados. Los medio hermanos de Filipo, que no podían esperar recibir esa clase de clemencia, fueron capturados y ejecutados, eliminando así a los rivales adultos al trono más cercanos.[154]

Antes de que la ciudad cayese, Filipo envió un mensaje a Atenas afirmando que deseaba la paz, aunque resulta difícil medir su sinceridad. No hubo freno en los ataques a Olinto, y los pequeños barcos de Filipo abordaban a mercaderes atenienses siempre que tenían la oportunidad, a la que se unían piratas mercenarios. Esto llevó a una queja formal de un hombre que había sido hecho prisionero por esos asaltantes durante la tregua de los Juegos

Olímpicos, había pagado su propio rescate y presentado el asunto a su regreso a Atenas. Se envió una delegación a Macedonia, donde se les aseguró el deseo de Filipo de firmar la paz, pero el comienzo de las conversaciones se frustró cuando la asamblea cambió de idea. En lugar de firmar la paz, Atenas envió embajadores por toda Grecia en busca de aliados para formar una gran coalición contra Macedonia. Nadie se mostró interesado, de modo que la guerra continuó sin que ninguno de los dos bandos le dedicasen demasiada energía.[155]

A principios de otoño de 348 a.C., Filipo regresó a casa y celebró en Díon el festival macedonio en honor del Zeus Olímpico. Asistieron artistas, escritores y atletas de gran parte del mundo griego, atraídos por los premios y la generosa hospitalidad del rey. Asistió al menos un actor ateniense, un hombre llamado Sátiro, y es improbable que fuese solo, lo que nos recuerda la importancia de las treguas que rodeaban a estos juegos y del prestigio de la competición. Demóstenes afirma que Filipo le preguntó al actor qué regalo quería. Sátiro le pidió la libertad de las dos hijas de un viejo amigo, Apolofanes de Pidna, que supuestamente se habían trasladado a Olinto tras la caída de su ciudad. Ambas muchachas se acercaban a la edad de contraer matrimonio, y el rey les concedió la libertad y les dio dotes adecuadas.[156]

A Filipo esa generosidad le resultaba fácil, porque se encontraba de nuevo en la cresta de la ola. En poco más de una década había hecho que su reino estuviese seguro contra las amenazas más cercanas y aumentó exponencialmente su territorio y sus recursos; la ocupación de la Calcídica fue otra gran adquisición. Igual de importante fue que se había recuperado de la derrota y parecía de nuevo seguro y poderoso. Como descubrieron los atenienses, nadie más estaba dispuesto a enfrentarse al rey o veía necesidad ninguna de hacerlo, en parte por la enraizada desconfianza hacia Atenas, en parte porque pocos veían al rey tan vulnerable o más peligroso que otros vecinos más cercanos.

---

139. Justino, Epítome 8.2, Diodoro Sículo 16.33.3-6; sobre el uso del laurel y dudas sobre las ejecuciones, véase Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 274-7; en contraste Hammond, Philip of Macedon, p. 47-8, Worthington, Philip II, pp. 62-3; ejecución de prisioneros al principio de la guerra, Diodoro Sículo 1631.1-2.
140. Justino, Epítome 8.2-3; Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 277-9, 285-95, y Hammond (1994), pp. 48-9 sobre Filipo y Tesalia durante esos años.
141. Justino, Epítome 8.2; Worthington, Philip II, pp. 64-6, Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 293-5.
142. Diodoro Sículo 16.37.1-38.2.

143. Demóstenes, Primera Olíntica 12-13, Tercera Olíntica 4, Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 283-4.
144. Demóstenes, Primera Olíntica, 13, Worthington, Philip II, pp. 69-70.
145. Justino, Epítome 8.6, y, en general, Hammond y Griffith, A History of Macedonia, p. 304-8, M. Errington, «Arybbas the Molossian», Greel, Roman and Byzantine Studies, 16 (1975), pp. 41-50, aunque su argumento de que Arribas fue expulsado de su reino en esta época no es ampliamente aceptado.
146. Sobre la tensión entre Filipo y la Liga Calcídica, véase Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 296-304.
147. G. Cackwell, Philip of Macedon (1978), pp. 77-82 nos da una valoración realista sobre la importancia de Demóstenes y el contexto ateniense.
148. Plutarco, Demóstenes 4.1-6.3; cita de Demóstenes, Primera Olíntica 14-15 (traducción de Loeb).
149. Demóstenes, Primera Filípica 40 (traducción de Loeb).
150. Ibid., 21-22 sobre la formación de un escuadrón de diez trirremes para contrarrestar los asaltos navales de Filipo; para los asaltos de los barcos de Filipo, ibid., 34.
151. Diodoro Sículo 16.52.9, en Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 315-21.
152. Filícoro, FGrH 328 F 49-51 sobre las expediciones atenienses, véase G. Cawkwell, «The defence of Olynthus», Classical Quarterly, 12 (1962), pp. 122-40, esp. 130-1.
153. Demóstenes, Tercera Filípica II.
154. Diodoro Sículo 16.53.2-54.4, en Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 321-8.
155. Esquines, Sobre la embajada 2.12-14.
156. Diodoro Sículo 16.55.1-4, Demóstenes, Sobre la falsa embajada 192-5.

8.
PAZ

Atenas no consiguió reunir apoyos para su lucha contra Filipo, y este no tenía prisa ninguna por intensificar la guerra contra los atenienses. La derrota de 353 a.C. le había demostrado que las grandes batallas contra un ejército griego eran un asunto peligroso. Una década de combate había asegurado y expandido el territorio de Macedonia, haciéndola mucho menos vulnerable a cualquier expedición ateniense, de modo que el conflicto con la ciudad-estado no era una cuestión de vida o muerte para Filipo como podría haberlo sido durante los primeros años de su reinado. El rey macedonio podía permitirse esperar, aunque eso no quería decir que estuviese inactivo o que ignorase a Atenas, si bien los detalles son vagos. Las fuentes sobre sus actividades tras la caída de Olinto en 348 a.C. son confusas, al menos hasta mediados de 346 a.C., cuando Filipo comenzó a negociar con los atenienses. Justino escribe que se hizo con «minas de oro en Tesalia y de plata en Tracia», promovió la piratería e intervino en luchas de poder entre reyes tracios. Dado que no hay y nunca ha habido minas de oro en Tesalia, este error ha llevado a muchos estudiosos a rechazar el pasaje completo como otro ejemplo de Justino confundiendo su fuente. Unos pocos años después, Filipo le pidió a Atenas naves y tripulaciones para una campaña contra los piratas financiada por Macedonia, lo que parece estar en conflicto con la sugerencia de que la fomentaba en estos momentos.[157]

Pero es necesario ser cauteloso. Filipo había creado una pequeña flota, y sin duda continuó abordando barcos mercantes atenienses y aliados además de asaltando comunidades costeras, actividades que fuentes atenienses bien pudieron etiquetar como «piratería», aunque fuesen simplemente parte de la guerra entre Atenas y el rey. No tiene nada de extraña la sugerencia de que estuvo activo en Tesalia y Tracia en 347 y 346 a.C. De hecho, sabemos que hizo campaña en Tracia en la segunda mitad de 346 a.C. Aunque Filipo era *archon* de Tesalia, no es del todo acertado creer que el puesto le daba el gobierno de la

región o considerar que su posición era de por sí segura. La historia tesalia era un catálogo de rivalidades internas y entre ciudades, de interminable conflicto, revolución y aparición de tiranos. Hacerse con el control de la zona le tomó tiempo y esfuerzo, con más negociaciones y arbitrajes de disputas que uso de la fuerza directa. Algunas de las conversaciones podían llevarse a cabo con los representantes de Filipo o allá donde se encontrase el rey, pero en ocasiones este tenía que acudir a Tesalia en persona.[158]

Tracia era aún más inestable y mucho más amenazadora. La rivalidad entre los reyes tribales y otros líderes había sido exacerbada por las intervenciones atenienses y macedonias y producían frecuentes cambios de alianzas y estallidos de agresión. Justino dice que «dos hermanos, reyes de Tracia» le pidieron que arbitrase en una disputa, no por tener fe en su sentido de la justicia, sino por el miedo mutuo de que el otro solicitase la ayuda de Macedonia. El juez apareció en la reunión acordada acompañado de un ejército lo suficientemente fuerte como para intimidar a los hermanos, y decidió destronarlos a ambos. Justino es la única fuente que menciona el incidente y no da el nombre de los reyes, de modo que no podemos saber si existe alguna base. El rey Cersobleptes es mucho más conocido que otros líderes tracios, y fue en diferentes momentos aliado y enemigo de Atenas y Filipo. En verano de 346 a.C., unos embajadores atenienses vieron al hijo del rey tracio como rehén en Pela, e informaron de ello a sus conciudadanos como si de una sorpresa se tratase. En estos momentos Cersobleptes era aliado de Atenas y había estado cooperando con su general en la península de Galípoli. La presencia del muchacho en la corte de Filipo nos sugiere un nuevo grado de alianza con los líderes tracios y su subordinación a Macedonia, lo que supone que esa fuerza, o diplomacia respaldada por la fuerza, había obligado a Cersobleptes a enviar a su hijo a finales de 347 o principios de 346 a.C.[159]

Filipo había afirmado querer la paz con Atenas mientras asediaba Olinto, pero había sido rechazado. Si es cierto que estuvo activo en Tracia durante esos años, esto reforzó los miedos atenienses acerca de la seguridad de su ruta de suministros a través de los Dardanelos. La guerra entre ambos continuó, aunque ninguno hizo un gran esfuerzo para ganarla. En lugar de ello, ambos se concentraron en asegurarse territorios y aliados en Tracia. Muchos atenienses todavía se referían a la lucha como «la guerra por Anfípolis», e ingenuamente se aferraban a la esperanza de poder recuperar la ciudad. Ese optimismo no era realista, sino instintivo. Atenas había sido la mayor potencia del mundo helénico hasta su derrota a manos de Esparta en la guerra del Peloponeso en 404 a.C. Aceptar que nunca volvería a alcanzar una gloria así era demasiado amargo para los ciudadanos obsesionados con el honor, lo que significaba que los contratiempos los consideraban

temporales. Atenas no debía retirarse, y menos ante un rey advenedizo de un reino que solo recientemente había adquirido importancia. En contra de esta opinión, la guerra no llegaba a ninguna conclusión y estaba costándoles mucho dinero. Creció la sensación de que Atenas necesitaba aliados fuertes para derrotar a Macedonia o un periodo de paz para que la ciudad pudiese recuperar fuerzas una vez más.[160]

De un modo muy parecido, la Guerra Sagrada iba renqueando sin un ganador, y para 346 a.C. había alcanzado su décimo año, y el combate era ahora básicamente entre focidios y beocios liderados por Tebas. Todos estaban agotados, y la guerra consistía en incursiones, escaramuzas e intentos de hacerse con ciudades más pequeñas, nada de lo cual ofrecía esperanzas de alcanzar una victoria definitiva. A estas alturas, los tesoros de Delfos, al menos los que se podían convertir en monedas o regalos con facilidad, estaban agotándose tras tanto tiempo, lo que impedía a los focidios contratar más mercenarios. Como en cualquier comunidad griega, había facciones rivales esperando una señal de debilidad en los líderes actuales. Faleco, hijo de Onomarco y principal general focidio, fue acusado de desviar riquezas para su propio uso y despedido cuando un nuevo régimen tomó el poder.[161]

Filipo no había hecho más que pequeñas contribuciones a la Guerra Sagrada desde que se había retirado de las Termópilas en 352 a.C. Esto también era cierto de los aliados de Fócida, lo que había convertido la guerra en una lucha de los mercenarios focidios contra los soldados ciudadanos y mercenarios beocios; sus fuerzas estaban demasiado equilibradas como para que alguno de los dos bandos obtuviese una ventaja decisiva. Se necesitaba ayuda exterior importante para romper las tablas, y en algún momento a finales de 347 a.C. Filipo decidió suministrarla. Justino dice que los tesalios y beocios le suplicaron que actuase en nombre de la Liga Anfictónica y los dirigiese contra Fócida. Esta clase de peticiones eran comunes, aunque no podemos decir si esta es nueva o simplemente le convenía a Filipo actuar en este momento. La opinión en Tesalia importaba mucho si deseaba cimentar su liderazgo en la región, y quizá tras años de luchas internas existía un periodo de calma suficiente como para que los tesalios recordasen nuevos y recientes agravios contra Fócida.[162]

Pronto se corrió la noticia de la marcha de Filipo hacia el sur en 346 a.C., lo que empujó a los focidios a apelar a Atenas, Esparta y sus otros aliados para que enviasen tropas a asegurar el paso en las Termópilas. Esperaban detener el avance macedonio en seco como habían hecho en 352 a.C., y como incentivo añadido Fócida les prometió a sus aliados entregarles varias fortalezas estratégicas. Atenas y Esparta habían demostrado poco entusiasmo por involucrarse

directamente en las incursiones y las escaramuzas contra los beocios, pero no querían ver vencida a Fócida. Ni tampoco deseaban ver a Filipo a la cabeza de un gran ejército de coalición en el sur de Grecia, capaz de alcanzar Atenas con facilidad y Esparta y el Peloponeso si así lo decidía. Bloquear el paso mantendría a Filipo a distancia y a Fócida en la guerra, lo que a su vez ayudaría a ocupar y debilitar Tebas, vieja rival de ambas ciudades, y evitar que volviese a ser demasiado fuerte. La decisión de ayudar se tomó con rapidez e igual de rápido se puso en práctica. Un rey espartano llevó a mil hombres a la zona, mientras que la Asamblea ateniense votó enviar trirremes y reclutó a ciudadanos hoplitas.[163]

No llegaron a tiempo, aunque esto no tuvo nada que ver con Filipo, o al menos no directamente. Los focidios rechazaron a sus aliados, porque entre la petición de ayuda y la respuesta hubo otra revolución interna, que devolvió a Faleco al poder. Puede que no quisiera aceptar la ayuda que habían pedido sus rivales, no fuese que estos se llevasen el mérito y lo depusieran por segunda vez. Es más probable que se diese cuenta de que era imposible ganar la Guerra Sagrada y buscase una salida para él y sus leales mercenarios, y un medio de mitigar el castigo que probablemente se infligiría sobre Fócida. Aunque no hay pruebas de que ya estuviese negociando con Filipo, es más que probable. Por lo que pueda valer, Justino afirma que Filipo había recibido regalos de los focidios tres veces para que no interviniese en la Guerra Sagrada. Más abiertamente, el rey volvió a intentar establecer negociaciones con Atenas, para lo que liberó a un ateniense capturado en Olinto para que llevase el mensaje y le dio la misma respuesta a un enviado que llegó poco después pidiendo la liberación de todos los prisioneros que quedaban.[164]

Atenas se sintió amenazada, insegura sobre si los focidios bloquearían o no a los macedonios en las Termópilas. Con esta sensación, los atenienses aprobaron una moción propuesta por Filócrates para enviarlo a él y a otros nueve embajadores a ver a Filipo y hablar de paz. Se escogió a Demóstenes, y a pesar de todas las invectivas que le había dirigido a Filipo en otras ocasiones, era sincero en su deseo de buscar la paz porque se contaba entre los que creían que Atenas necesitaba tiempo para reconstruir su fuerza antes de continuar con la lucha. Más tarde se esforzaría por distanciarse del tratado que se negoció volviendo a lanzar nuevos ataques verbales contra el rey. Esta reelaboración posterior de lo ocurrido es importante porque atípicamente, tenemos cuatro discursos largos que hablan de las conversaciones, dos de Demóstenes y los otros de Esquines, compañero de embajada y posterior rival, en respuesta. Al menos desde la perspectiva ateniense, esto quiere decir que de aquellos meses de 346 a.C. tenemos fuentes más completas que de

cualquier otro momento de la vida de Filipo.

Tristemente, la habitual exageración y distorsión del diálogo político en Atenas se ven exacerbadas por el contexto. Los dos primeros discursos se pronunciaron cuando Demóstenes procesó a Esquines en 343 a.C. acusándolo de aceptar sobornos y traicionar a Atenas durante las negociaciones, y los otros dos en 330 a.C. cuando Esquines procesó a otro embajador por proponer un honor para Demóstenes. Ambos oradores insultaron a su oponente y a todos los relacionados con él, hicieron acusaciones infundadas y rehicieron los hechos para que encajasen con su argumento. Las alusiones extravagantemente inexactas al pasado de Atenas sugieren una considerable ignorancia de la Historia entre los ciudadanos atenienses. En definitiva, es muy difícil separar la verdad de las distorsiones partidistas y de las mentiras descaradas, lo que hace que estas fuentes sean muy difíciles de usar. Aquí solo nos interesa el aspecto general de lo ocurrido y en concreto lo que podamos averiguar de Filipo, pero como siempre debemos recordar que prácticamente todo es discutible. Sin embargo, por una vez hay pruebas de lo ocurrido, aunque tengamos dificultad para juzgar hasta dónde podemos fiarnos de estos largos discursos.[165]

La mayoría de los atenienses querían ponerle fin a la «guerra por Anfípolis» y a la Guerra Sagrada, pero deseaban lo que consideraban que era paz con honor, definida primero por la imagen que tenían de sí mismos y luego con respecto a sus aliados. No mucho antes de que la asamblea votase el envío de la embajada a Filipo, también había votado enviar emisarios en busca de aliados en una guerra contra Macedonia con la esperanza de que esta vez hubiese más entusiasmo que el que hubo antes de la caída de Olinto. No fue así, pero llevaría su tiempo saberlo y posteriormente sería otro elemento en la discusión por distribuir la culpa entre los hombres que acudieron a Pela.

Los atenienses fueron recibidos con gran cortesía y agasajados como era de esperar en las visitas importantes a la corte real. Los diez habían preparado discursos que pronunciar según la edad y experiencia, y Filipo los escuchó pacientemente a todos, algo que llevó al menos varias horas. Esquines era el noveno orador, y afirmaba que le había recordado a Filipo la buena voluntad que Atenas le había mostrado a su familia en el pasado, incluyendo la historia de la ayuda de Ifícrates a Eurídice cuando Filipo era adolescente. Más osadamente, repitió la pretensión ateniense acerca de Anfípolis.

Demóstenes, siendo el más joven y de menor antigüedad, habló en último lugar. Era bien conocido por el cuidado con el que preparaba y escribía sus discursos y por no confiar en la improvisación a menos que no pudiese evitarlo. Esquines, que como exactor siempre se sentía más cómodo ante los focos, afirma que Demóstenes sufrió un ataque

de nervios y que tras un mal comienzo se calló por completo. Se supone que Filipo mostró simpatía y lo animó a que se tomase su tiempo y continuase cuando estuviera preparado. Según su rival, el famoso orador continuó balbuceando durante un instante, se volvió cada vez menos coherente y se calló. Un heraldo acompañó a los atenienses fuera del salón, supuestamente mientras el rey y sus consejeros discutían el asunto.

Cuando les volvieron a llamar, Filipo habló amablemente, respondiendo a cada uno de los argumentos, a menudo nombrando al orador que citaba, aunque nunca a Demóstenes, al menos según su rival. El rey concluyó con cariñosas expresiones de su buena voluntad hacia Atenas; prueba, según Esquines, de que la mención de Anfípolis no lo había enfurecido. Accedió a enviar su propia embajada a Atenas para continuar las negociaciones, mientras él se iba a combatir a Cersobleptes en Tracia. Como muestra añadida de amistad, Filipo les prometió no actuar contra la península de Galípoli a menos que fracasaran las conversaciones. Esta campaña supondría su mayor esfuerzo en la primavera de 346 a.C., aunque Parmenio también fue enviado con un contingente para asediar Halo en el golfo de Pagasas, que estaba en conflicto con la ciudad tesalia de Farsala, pero que también era aliada de Atenas. Filipo mostraba así su apoyo a los intereses de algunos tesalios al tiempo que prometió regresar más tarde ese año para dirigirlos contra Fócida y resolver la Guerra Sagrada de una vez por todas.[166]

Parmenio abandonó el sitio de Halo durante un tiempo para participar en la embajada a Atenas. Se le unieron Antípatro (que posteriormente sería un hombre muy importante) y Euríloco. Los tres eran distinguidos nobles macedonios, y Demóstenes se encontraba entre los que los recibieron mientras estaban en la ciudad, jactándose de que lo hizo con un generoso estilo adecuado a la bienvenida que Filipo les había dado a los atenienses y a la costumbre macedonia. Por sugerencia suya, la asamblea votó darles a los invitados asientos de primera fila para el teatro. En un sentido más práctico, se reservaron dos días (según el cálculo moderno, en abril) para que la asamblea debatiese la cuestión de la paz con Macedonia, en una rara excepción de la práctica habitual de decidir cualquier asunto en una sola sesión.[167]

Filipo afirmaba no querer solo la paz, sino paz sin límite de tiempo y con una alianza de iguales entre Macedonia y sus aliados y Atenas y los suyos. La perspectiva era tentadora, pero otros indicativos eran menos halagadores para el honor ateniense. Filipo dejaba claro que la paz tendría lugar siempre y cuando cada bando conservase lo que controlaban en ese momento, dándole un portazo a los sueños atenienses de recuperar Anfípolis y otros territorios perdidos. Además,

los aliados de Atenas debían quedar restringidos a solo los miembros formales de su confederación. Fócida quedaba excluida, igual que Halo, a la que los atenienses habían estado enviando suministros, y también, a su debido tiempo, el rey Cersobleptes. El primer día del debate se gastaron palabras inútiles discutiendo qué prefería tener Atenas. Se habló de glorias pasadas, suponiendo que les daban derecho a un trato mejor, y de fanfarronerías demagógicas sobre el poder ateniense y la fuerza de su flota.

Al día siguiente, dado que los enviados de Filipo no se movieron de su posición, Eubulo concentró el debate de sus conciudadanos con la tajante afirmación de que debían o bien aceptar las exigencias de Filipo o decidir combatirlo, con el precio en sangre y oro que ello implicaba. Hubo ciertas molestias, y se propusieron medidas con la esperanza de mejorar los términos en nuevas negociaciones, pero una moción de Filócrates de Macedonia a favor de aceptarlos se aprobó sin problemas, y a los embajadores de Filipo les facilitaron el viaje de vuelta para que llevasen la noticia. Demóstenes jugó un papel importante a la hora de asegurar que se aceptaban los términos de Filipo, concretamente en la negativa de añadir a Cersobleptes a los aliados formales de Atenas cuando más tarde se hizo un intento de agregarlo. Su participación personal en lo que acabó conociéndose como la Paz de Filócrates era una de las razones por las que se esforzó tanto por distanciarse de ella en cuanto le resultase conveniente.

Los atenienses y sus aliados hicieron el juramento solemne de respetar el tratado, y enviaron a los mismos diez embajadores a Filipo para que el rey y sus aliados pudiesen hacer lo mismo y así completar el proceso. Dado que el rey seguía en Tracia, esto llevó algún tiempo. Filócrates y los demás se encaminaron sin prisa hacia Pela, y esperaron al regreso de Filipo; todo este proceso tardó prácticamente dos meses. Los atenienses no eran los únicos embajadores allí, y se encontraron con delegaciones de toda Grecia, incluyendo tesalios, tebanos, espartanos y focidios. Es improbable que hubiese habido en momentos anteriores una reunión similar en Macedonia, lo que demuestra la influencia de Filipo y cuántos estados más estaban deseosos de conseguir su favor.[168]

La democracia ateniense gestionaba todos sus asuntos públicos a plena vista hasta un grado rara vez igualado en cualquier sociedad de gran tamaño. Era una gran fuente de orgullo, aunque también significaba que los intentos de superar en astucia a los otros durante unas negociaciones eran transparentes desde el principio. En Pela todo quedó resuelto según las decisiones de Filipo, a menudo tomadas por el rey o tras consultar con asesores escogidos y a puerta cerrada. Las delegaciones de las distintas ciudades y ligas esperaban intranquilas, recelando de que las otras comitivas supieran más. En particular, los

tebanos estaban preocupados por la presencia de los focidios, y se preguntaban si los tesalios sabían más que ellos sobre los planes de Filipo. Nadie sabía cuáles eran las intenciones del rey, aunque todos entendían que resultaría muy difícil oponerse a su voluntad a menos que dos o más de las grandes ciudades se uniesen, y eso no era probable. A Esparta le preocupada especialmente el Peloponeso y la amenaza a todo su sistema que suponían las comunidades de ilotas liberados establecidas por Epaminondas durante los años de dominación tebana. Tebas deseaba la destrucción de Fócida, preferiblemente de un modo que les devolviese su dominio en la Grecia central. Todos se veían unos a otros como más peligrosos que Filipo, y su actitud hacia Atenas era similar.

Filipo regresó de Tracia en algún momento de la segunda mitad de junio de 346 a.C., satisfecho de encontrarse en el centro de todo. La campaña había ido bien; había presionado al rey Cersobleptes a que aceptase su lugar como aliado subordinado una vez más y había construido nuevos fuertes. Filipo y el ejército se preparaban ahora para las operaciones contra Fócida mientras el rey comenzó a recibir a los embajadores que lo esperaban. Sus intenciones concretas permanecían secretas, y en lugar de hacer conjeturas al respecto es mejor ver lo que ocurrió realmente antes de volver a la cuestión. Escuchar a las diferentes delegaciones llevaba tiempo y Filipo tenía prisa por comenzar la guerra. Muy pronto, emprendería con su ejército la marcha hacia el sur y los embajadores tendrían que ir con él, esperando a ser llamados.

Recibió pronto a espartanos y atenienses. Filipo había prometido liberar sin rescate a los atenienses capturados en Olinto a tiempo para un festival que se celebraba más adelante, pero todavía no lo había hecho. Demóstenes fue el único de los diez invitados que sacó el tema, ofreciéndose a pagar un rescate simbólico por su liberación. No impresionó a sus colegas, o eso diría después Esquines, y el gesto claramente iba dirigido más a sus conciudadanos en Atenas que a Filipo. Demóstenes dijo que el rey era alabado por su aspecto, su capacidad para beber y su memoria, pero añadió que esos halagos eran indignos de él; alabar la belleza solo era correcto para una mujer, la capacidad de consumir vino solo era adecuado para una esponja y la gran memoria era apropiada para un orador profesional o un sofista. Se habló mucho, hubo muchos discursos, alguno ingenioso, aunque la mayoría no. Por el momento, el rey y sus aliados no habían hecho el juramento requerido para rubricar la alianza con Atenas. Mientras esta y otras decisiones se retrasaban, crecían los rumores, alternando entre el miedo y la esperanza. Algunos de los atenienses llegaron a creer, en parte porque querían creerlo, que Filipo pretendía romper el poder tebano y estaba dispuesto a volverse contra su aliado

en la Guerra Sagrada. A su vez, los tebanos se sentían excluidos, y temían que Fócida no fuese castigada y su vieja enemiga siguiera siendo una amenaza. Más o menos por esta época reclutaron un ejército para el ataque contra Fócida, y quizá también para recordarle su fuerza a Filipo.[169]

Más tarde Demóstenes afirmaría que los embajadores tebanos también adoptaron una línea dura con Filipo, negándose a ser sobornados y exigiéndole que cumpliese con su obligación de aliado y líder militar del ejército anfictónico. Según el orador, el rey cedió a sus exigencias, igual que no respondió al enfoque suplicante de sus conciudadanos atenienses, lo que demostraba que Filipo era un bárbaro y un matón en el fondo, un fanfarrón vacío. Un aspecto importante es el diferente retrato que Esquines y Demóstenes hacen de Filipo. Demóstenes describió al rey como una persona sombría, ajena en todos los sentidos a los mesurados estadistas y ciudadanos atenienses. En contraste, Esquines habló de un rey con buenos modales, generoso y elocuente, lleno de admirables cualidades griegas y aristocráticas. Su Filipo sigue siendo listo y astuto, respaldado por sutiles Compañeros, todo lo cual significaba que no había desdoro si los embajadores habían sido engañados. Demóstenes afirmaba que de camino a Pela por primera vez, Esquines había despreciado a Filipo por bárbaro, y que cambió de opinión después, cuando el rey lo sobornó. La entrega de regalos era una parte normal del intercambio diplomático y de la hospitalidad tradicional, y las acusaciones de soborno eran corrientes en las disputas políticas atenienses, así que esto probablemente no fuese más que un insulto rutinario a un oponente.[170]

Otro aspecto es el retrato que hacen cada uno del otro sobre sus comportamientos durante la estancia en Macedonia. Esquines explicó más de una vez que no era probable que Demóstenes y él congeniasen, porque él bebía vino y el otro solo agua. Su Demóstenes es nervioso, alterna entre la hostilidad y los intentos serviles de hacer amistad con los otros embajadores; también lo retrata como ridículo y confundido por su insistencia en sacar el tema de los prisioneros atenienses. Demóstenes acusó a Esquines de asistir a un sacrificio y un banquete en el que se celebró la derrota de sus aliados focidios. La respuesta de Esquines fue que de los diplomáticos se esperaba que fuesen prudentes y aceptasen la hospitalidad de sus anfitriones, que el banquete formaba parte de un festival más amplio, completamente respetable y griego, y que había estado en silencio durante la parte en que se celebró la victoria.

Otra acusación de Demóstenes era que Esquines y un colega habían aceptado cenar en casa del hijo de un exiliado ateniense, uno de los odiados Treinta Tiranos que habían tenido el poder cuando se

suspendió la democracia al final de la guerra del Peloponeso. Los sirvió una joven, una olinta libre de buena familia que ahora era esclava, y la trataron como a una acompañante más que como a una mujer respetable. Demóstenes afirma que cuando se resistió, los hombres, borrachos, le arrancaron el vestido y la mandaron azotar. Esquines mantuvo que su carácter era tan bien conocido en Atenas que nadie se creería nada de eso, y que la multitud había acallado a su rival a gritos cuando hizo la acusación.[171]

Esas discusiones llegarían más tarde, y por el momento, Filipo, su corte y el ejército hicieron una breve parada en Feras, donde al fin él y representantes de sus aliados hicieron el juramento que confirmaba la paz con Atenas. Retrasarlo mientras mantenía conversaciones secretas con todas las partes le había convenido a Filipo, y hubo otro ligero retraso antes de que los atenienses emprendiesen el camino a casa. El ejército macedonio se encontraba en Tesalia a no más de un par de días de marcha desde las Termópilas. Las intenciones de Filipo seguían sin estar claras, aunque hubo charlas en las que sin duda dejó caer que el castigo por haber saqueado los fondos sagrados de Delfos caería sobre los responsables, no sobre todos los focidios. Esto nos sugiere el trato más benevolente que muchos de los miembros del Consejo Anfictónico que había declarado la Guerra Sagrada ya reclamaban, pero que solo podía imponer Filipo, especialmente si estaba respaldado por las tropas atenienses y espartanas.

Filipo llegó a las cercanías de las Termópilas y se detuvo. En Atenas, la asamblea había escuchado a sus embajadores, y animada por las noticias de las promesas de buena voluntad y futuros beneficios que había hecho Filipo, volvieron a confirmar la alianza. Los embajadores fueron enviados al rey por tercera vez para informarle de ello, aunque esta vez Demóstenes no quiso acudir y había empezado a criticar a Filipo de nuevo. Esquines alegó mala salud para poder quedarse en Atenas y responder a cualquier afirmación que hiciese el otro. Antes de que los embajadores llegasen hasta Filipo, este mandó a sus propios enviados pidiéndoles a los atenienses que enviasen una fuerza para ayudar en la resolución de Fócida. Demóstenes se opuso, diciendo que esos ciudadanos simplemente se convertirían en nuevos rehenes, y muchos atenienses lo creyeron. Esquines no consiguió persuadir a la asamblea en sentido contrario, y la petición fue rechazada.[172]

La noticia supuso una decepción, aunque es discutible hasta qué punto alteró los planes de Filipo. A estas alturas claramente había hecho un pacto con Faleco, el general focidio, a quien se le permitió marcharse y llevarse con él a sus ocho mil mercenarios. Los macedonios atravesaron las Termópilas sin oposición y ocuparon Fócida, donde Filipo convocó una reunión del Consejo Anfictónico

para decidir el castigo a infligir. Se habló de ejecutar a todos los hombres, pero era obvio que Filipo no tenía intención de hacer algo tan brutal y muy probablemente el pacto con Faleco se hizo a partir de esa base. Fócida y todas sus ciudades fueron demolidas, excepto una sola comunidad que se había opuesto a la ocupación de Delfos. Todas las armas fueron destruidas de manera ritual, todos los caballos se vendieron y se les prohibió a los focidios conseguir sustitutos por el momento. La población fue trasladada a nuevas aldeas demasiado pequeñas e indefensas como para convertirse en poleis, y debían pagar una larga suma a Delfos hasta que la cantidad robada hubiese sido repuesta. Dada la crueldad gratuita de los vencedores en las guerras griegas, y no hablemos ya en el contexto de una guerra sagrada, este tratamiento era suave, aunque nunca deberíamos menospreciar la gravedad que suponía para un griego la extinción política. Se establecieron en Fócida guarniciones tebanas y macedonias para asegurarse de que se cumplían los términos.[173]

Filipo había vengado el insulto a Apolo, y el prestigio que consiguió con ello en muchas ciudades griegas no debería ignorarse por la opinión hostil ateniense. Le dio, o más probablemente, en el sentido estricto, los macedonios le dieron, dos votos a Fócida en el Consejo Anfictónico y la prioridad ateniense para consultar el oráculo de Delfos. Poco después se le confirió el honor de supervisar los Juegos Píticos en otoño; el festival no se había celebrado desde antes de la Guerra Sagrada. Una enfurruñada Atenas se negó a participar, quejándose de que el tratamiento de Fócida había sido cruel y con la sensación de que Atenas no había recibido el suficiente respeto. Dado que los dos mayores aliados de Fócida, Atenas y Esparta, no habían sufrido ningún castigo real, la afirmación era tan exagerada como predecible. Demóstenes y otros sembraron el miedo a una inminente invasión macedonia y ciertamente, había poco que pudiese detener a Filipo si decidía marchar contra la ciudad. No lo hizo, y aunque los atenienses no asistieron a los juegos, al ser miembros del Consejo Anfictónico votaron la aprobación de todas las decisiones tomadas por este.[174]

No sabemos cómo era de grande el ejército que Filipo había llevado hasta Fócida o si tenía la fuerza suficiente para sitiar una ciudad tan grande como Atenas, que podía recibir fácilmente suministros por mar. Una acción así, o una intervención en el Peloponeso, suponía arriesgarse a perder el buen ánimo que había conseguido, y quizá incluso persuadiría a otros griegos de que Macedonia era una amenaza real y había que combatirla. Atenas no era el centro del mundo de Filipo, y los años siguientes demostraron que tenía mucho trabajo pendiente en sus fronteras septentrional y occidental. El ejército macedonio tenía muchos enemigos sin

necesidad de comenzar otra guerra importante. Algunos estudiosos han aceptado los rumores sobre su hostilidad hacia Tebas y afirman que planeaba actuar contra los tebanos, y solo lo disuadieron la falta de apoyo de Atenas y otros y la reunión de los beocios. Nada de esto tiene sentido, porque cualquier contribución ateniense iba a ser de menor importancia. Era improbable que atacar a Tebas y sus aliados, aunque fuese por sorpresa, acabase en victoria, porque las guerras en Grecia tendían a durar mucho y los vencedores pronto acababan siendo temidos, lo que empujaba a los otros a volverse contra ellos. En comparación acabar la Guerra Sagrada era limpio y sencillo y le permitía a Filipo dedicarse a otros asuntos.[175]

No hay duda de que la conducta de Filipo a lo largo de 346 a.C. fue calculada, egoísta y en ocasiones taimada; en otras palabras, igual que todos los demás participantes. Había manipulado acontecimientos, retrasando decisiones cuando le convenía, haciendo correr rumores y promesas vagas. Todo esto le resultó más sencillo porque tenía muy buenas cartas, porque su fuerza militar probablemente sería decisiva a menos que Atenas y Esparta le diesen un apoyo efectivo a Fócida. Fue tan afortunado como habilidoso, porque las luchas internas entre los focidios acabaron por abrirle el paso en las Termópilas. Fue una victoria sin sangre, Apolo había sido vengado y el rey de la «bárbara» Macedonia era ahora la cabeza de una organización en el corazón de la cultura griega. También había asegurado las metas tesalias, capturando Halo y dándosela a los líderes de Farsala, que pronto esclavizaron a toda la población. Las guarniciones en Fócida servían a un doble propósito, porque mientras su alianza con Tebas se mantuviese firme, la ruta al sur de Grecia estaría abierta para su ejército cuando lo necesitase. La buena voluntad tebana era probable, dado que Filipo se había asegurado de que los tebanos consiguieran mucho de lo que querían, sobre todo eliminar las fortificaciones de tres comunidades beocias que más o menos voluntariamente se habían unido a los focidios. Los atenienses podían, y de hecho lo hicieron, hablar cada vez más intensamente de la amenaza que el rey suponía para ellos, pero al menos a partir de ahora lo hicieron conscientes de que su ciudad no estaba fuera de su alcance.[176]

Filipo todavía no había cumplido los cuarenta años, de modo que la escala de su éxito en 346 a.C. no debería subestimarse en comparación con su posterior y más completo dominio de Grecia y el ataque a Persia. No podemos saber con cuánta antelación planeaba Filipo o cómo de fijas eran sus ideas, pero todavía era joven y tenía más éxito que cualquier rey macedonio anterior, estaba tan seguro como podría estarlo cualquier argéada y podía trabajar con su propia agenda.

157. Justino, Epítome 8.3-4.
158. Hay contraste entre N. Hammond, «Philip's actions en 347 and early 346 BC», Classical Quarterly 44 (1944), pp. 367-74, que argumenta la fiabilidad general de Justino sobre este periodo y J. Buckler, «The actions of Philip II in 347 and 346 BC: A reply to N.G.L. Hammond», Classical Quarterly, 46 (1996), pp. 380-6, quien no está tan convencido.
159. Justino, Epitome 8.3; sobre el hijo de Cersobleptes, véase Esquines, Sobre la embajada 81, en Hammond Philip of Macedon, p. 370, señalando la implicación de que esto habría sorprendido a los atenienses.
160. Hay un estudio de la actitud ateniense en Hammond, Philip of Macedon, pp. 79-82, 84-9.
161. Diodoro Sículo 16.56.3.
162. Justino, Epítome 8.4; en general, véase Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 331-5.
163. Diodoro Sículo 16.59.1-2, Esquines, Sobre la embajada 12-17, 130-3.
164. Diodoro Sículo 16.59.2-3, Esquines, Sobre la embajada 134-5, y discusión en Cawkwell, Philip of Macedon, pp. 91-7.
165. Esquines, Sobre la embajada 17-20. Para una exposición útil de las pruebas, véase Cawkwell (1978), pp. 92-5; sobre la cronología y contexto posteriores, véase Worthington, Philip II, pp. 86-104, G. Cawkwell, «Aeschines and the Peace of Philocrates», Revue des études grecques, 73 (1960), pp. 416-38 y G. Cawkwell, «The Peace of Philocrates again», Classical Quarterly, 28 (1978), pp. 93-104.
166. Esquines, Sobre la embajada 22-39 y Plutarco, Demóstenes 16 sobre los discursos a Filipo; Halo, Demóstenes, Sobre la falsa embajada 2 (con comentario), 163,174.
167. Sobre los embajadores de Filipo, Demóstenes, Sobre la falsa embajada 69.
168. Esquines, Sobre la embajada 104-5, 120.
169. Demóstenes, Sobre la falsa embajada 166-7, Esquines, Sobre la embajada 100, 112 y 136-7 sobre las esperanzas de que Filipo fuese severo con Tebas.
170. Demóstenes, Sobre la falsa embajada 139; sobre la presentación de Filipo, véase D. Guth y D. Guth, «The king's speech: Philip's rhetoric and democratic leadership in the debate over the Peace of Philocrates», Rethorica: A Journal of the History of Rethoric 33 (2015), pp. 333-48.
171. Demóstenes, Sobre la falsa embajada 128, 196-8, Esquines, Sobre la embajada 153, 162.
172. Demóstenes, Sobre la falsa embajada 17-18, 31-2, 121-2,

Esquines, Sobre la embajada 94-5, 137.
173. Diodoro Sículo 16.59.2-60.5, Demóstenes, Sobre la falsa embajada 62-3; Justino, en Epítome 8.5. afirma que Filipo rompió la palabra dada a los focidios y masacró a gran parte de la población, pero esto no aparece ni siquiera en las hostiles fuentes atenienses, así que probablemente solo se trate de propaganda; sobre el acuerdo en general, véase Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 450-8.
174. Diodoro Sículo 16.60.2-3, Demóstenes, Sobre la falsa embajada 86-90, Esquines, Sobre la embajada 94-5, 137.
175. Sobre los argumentos acerca de que Filipo esperaba derrotar a Tebas en 346 a.C., véase J. Ellis, Philip II and Macedonian Imperialism (1976), pp. 103-24 y Cambridge Ancient History (2nd edition) VI (1994), p. 751-9, y M. Markle, «The strategy of Philip in 346 BC», Classical Quarterly 24 (1974), pp. 253-68.
176. J. Buckler y H. Beck, Central Greece and the Politics of Power in the Fourth Century BC (2008), pp. 259-76, esp. 267-9 ofrece una evaluación muy válida de las metas de Filipo y la situación en 346 a.C.

9.
EL PRÍNCIPE

Desde la derrota y muerte de Pérdicas en 359 a.C., Filipo había luchado, negociado y coaccionado para llegar a una posición de fuerza, explotando las oportunidades que le surgían por el camino. Aunque había cometido errores y sufrido contratiempos, y podría haber muerto en Metone, su suerte había resistido, había aprendido de sus errores y no volvería a cometerlos. Era más fuerte que cualquier rey argéada en la memoria reciente, y quizá más que cualquiera de sus predecesores, porque ninguno había creado un ejército tan fiable y efectivo. Filipo todavía podía fracasar, y todo lo que había creado venirse abajo, pero ahora cualquier enemigo tenía más difícil derrotarlo.

La aparición gradual de un heredero lo bastante mayor como para haber sobrevivido a los años más peligrosos de la infancia, pero todavía demasiado joven como para ser un rival reforzó su seguridad. Esquines contó que los embajadores atenienses, durante un banquete en Pela, fueron espectadores de un Alejandro de diez años tocando la cítara y después entablando un debate formal con otro muchacho. Esas habilidades eran apropiadas para un joven aristócrata griego, aunque aparecer en una fiesta no lo era, porque ese era el trabajo de artistas profesionales. Demóstenes se burló de eso, y del supuesto servilismo de Esquines, en la asamblea, sugiriendo un papel sórdido del joven príncipe, aunque sus afirmaciones son claramente absurdas.[177]

Arrideo, hijo de Filipo, era mayor que Alejandro, pero estaba apartado de la vida pública y ya lo consideraban no apto para la sucesión porque era física, o con más probabilidad, mentalmente débil. Más tarde, corrió el rumor malicioso de que Olimpia, la madre de Alejandro, había intentado envenenar al muchacho y había fracasado, aunque le había causado daños permanentes. Justino hace una vaga referencia a otros hijos de Filipo, quizá con amantes, no con esposas, lo que no significa que no pudiese decidir reconocerlos si

quería. En nuestras fuentes no aparece ninguno, así que o bien murieron jóvenes o carecieron de su favor, si es que existieron.[178]

Por parte de padre, Alejandro era un argéada descendiente de Hércules. Olimpia y la casa real molosia se jactaban de que Aquiles, el mayor guerrero griego de la guerra de Troya, era su antepasado. No hay duda de que Olimpia era tenaz hasta el punto de la crueldad, como lo era Filipo y posteriormente Alejandro. Su carácter apasionado casaba naturalmente con el culto de Dioniso en la forma local, que incluía tener serpientes domesticadas representando a las ménades, compañeras del dios conocidas por su comportamiento salvajemente enajenado. Plutarco cuenta una historia en la que Filipo se asomaba, o soñaba que se asomaba, al dormitorio de Olimpia y se quedaba horrorizado al ver una serpiente yaciendo con ella, lo que remitía a todos los mitos de los dioses que se aparecían en varias formas para seducir a mujeres mortales. Más tarde envió a un representante al oráculo de Delfos en busca de una explicación, y se le dijo que le hiciese un sacrificio y adorase a Zeus Amón, y que perdería el ojo que lo había visto, un relato que enlaza hábilmente con su herida en Metone. Todo el episodio resulta sospechoso, dado que Alejandro más tarde afirmaría que Zeus Amón era su verdadero padre, y seguramente es inventado. Se dijo que Olimpia o bien alentaba la creencia o regañaba a su hijo por poner celosa a Hera (la esposa de Zeus). Plutarco también dice que Filipo temía que Olimpia practicase la magia o fuese amante de un dios, y perdió el entusiasmo por dormir con ella, de modo que la visitaba menos a menudo. Además de a Alejandro, la pareja tuvo una hija, Cleopatra, así que como poco durante un tiempo la relación conservó un elemento sexual. Filipo tenía a sus otras esposas y sus amantes, y además pasaba la mayor parte del año lejos de Pela.[179]

Para el joven Alejandro, sin duda su padre era una figura distante, mientras que su madre era mucho más cercana e importante para él, incluso aunque su papel era básicamente el de supervisar la educación de Alejandro. Su niñera se llamaba Lanice, y venía de una familia importante y favorecida, porque su hermano Clito «El Negro» fue Compañero de Filipo y posteriormente de Alejandro. Tres de los hijos de Lanice servirían y morirían en las campañas de Alejandro. Uno de los tutores del príncipe era Leónidas, un pariente de Olimpia, aunque el parentesco no evitó que registrara las pertenencias del muchacho y quitarle cualquier golosina que le hubiese escondido su madre. Otro profesor fue Lísimaco de Acarnania, que halagaba al niño llamándolo Aquiles, a Filipo Peleo, el padre del héroe, y a sí mismo Fénix, quien en las historias había enseñado al joven héroe. Como habían visto los delegados atenienses, la educación de Alejandro incluía la música, materia por la que demostró un gran interés durante toda su vida.

También tuvo que estudiar textos famosos, empezando con Homero con un respeto particular por las glorias de la literatura y el drama atenienses.[180]

Todo ello era apropiado para la educación liberal de cualquier aristócrata griego, como también lo era el énfasis en la formación física, aunque puede que esto fuese un enfoque particularmente macedonio. Leónidas era un maestro exigente y en años posteriores Alejandro bromearía diciendo que la idea de desayuno de su tutor era «una marcha nocturna y, de cena, un desayuno ligero». El ejercicio formal y el mundo del gimnasio no era tan celebrado en Macedonia como en otras partes, y de adulto Alejandro mostró bastante menos entusiasmo por ello que el que mostraba por la cultura y la música helénicas, lo que no quiere decir que no lo fomentase o no lo valorase. La forma física fue una parte importante de su educación, aunque no fuese para competir; más adelante diría que no estaba dispuesto a tomar parte en una carrera a menos que pudiese competir con otros reyes. Igualmente importante era la destreza en la lucha y la caza. Si de verdad se seguía la supuesta costumbre de que un noble macedonio no podía reclinarse a comer hasta que hubiese matado un jabalí con sus propias manos, no hay ninguna fuente que mencione esta muestra de valor, habilidad y fuerza por parte de Alejandro. La mayoría de los estudiosos simplemente dan por hecho que lo hizo, igual que todo lo que se esperaba de él, durante su educación, aunque también se ha usado el silencio para afirmar que ni fue así y sugerir que tuvo una infancia sobreprotegida.[181]

No se nos dice cuánto tiempo pasaba el príncipe con otros muchachos de su edad. A los amigos que durante su reinado destacaron más a menudo se les califica como amigos de infancia; esto es posible, quizá probable, pero las fuentes no lo confirman nunca. Del mismo modo, muchos dan por hecho que una vez Alejandro alcanzó la edad adecuada, fue educado con los pajes reales, o al menos con algunos miembros elegidos del cuerpo, aunque de nuevo, tampoco se nos cuenta si esto fue así o no. Como adulto mostró una considerable destreza con las armas, comprensión de las tácticas y los ejercicios, además de un soberbio dominio de la equitación, todo ello producto de mucho entrenamiento, pero no podemos estar seguros de su contexto.

La historia más conocida de la infancia de Alejandro es la doma del caballo Bucéfalo, que, sea o no cierto lo que nos cuenta Plutarco, alababa su ingenio, su inmensa confianza en sí mismo y su destreza como jinete. No hay una fecha firme, aunque una buena conjetura sería situarla alrededor de los doce años. Un mercader tesalio llegó a la corte de Filipo llevando con él un gran garañón llamado Bucéfalo o «cabeza de buey», un nombre genérico o quizá una referencia a la

forma, tamaño o marcas de la cabeza del animal. El caballo era magnífico, alto y oscuro, y el hombre pedía la inmensa suma de trece talentos por él, mucho más que el precio más alto registrado de cualquier otra montura en el Mundo Antiguo. Filipo mostró interés, pero cuando sus mozos intentaron ponerlo a prueba, el animal rechazó todo control, no permitía que nadie lo montase y parecía no estar domado y quizá ser indomable. El rey decidió que no merecía la pena comprar un caballo así.

Su hijo tenía otra opinión, y dijo en voz alta que estaban perdiendo un gran caballo porque no sabían cómo tratarlo adecuadamente. Filipo lo ignoró, pero el adolescente Alejandro insistía, y siguió diciéndole a su padre, a los mozos y a todos los que lo quisieran oír que estaban cometiendo un gran error. El rey exigió saber si el chico se creía que sabía más que sus mayores. El muchacho replicó que podía manejar al caballo mejor que nadie. Su padre lo convirtió en un desafío y una apuesta, algo sin duda común en la corte, preguntándole a su hijo qué pagaría si perdía. Alejandro prometió el precio de trece talentos que pedían por el semental, y entre risas divertidas se formalizaron las apuestas.

Plutarco cuenta la historia con cierto detalle. «Alejandro corrió hacia el caballo, agarró las riendas y lo hizo volverse hacia el sol, porque había notado... que el caballo estaba muy nervioso al ver su propia sombra proyectada moviéndose delante de él». Luego, le habló al caballo, le acarició la cabeza antes de ponerle su propia capa y subir a la grupa de Bucéfalo. Despacio, asegurándose de que no tiraba de las riendas tan fuerte como para que el bocado se le clavase al animal en la boca, cabalgó lentamente, «pero cuando vio que el caballo ya no tenía miedo... y estaba impaciente... le dio rienda suelta y al fin le dio orden con un tono más severo y un golpe del pie». Filipo pasó de temer por la seguridad de su hijo a llorar de orgullo cuando Alejandro se alejó galopando, antes de girarse y volver. El rey besó a su hijo y supuestamente le dijo que Macedonia era demasiado pequeña para él, así que necesitaría un reino más grande.[182]

Esta alabanza suena sospechosamente a invención posterior. Bucéfalo se hizo famoso por el ser caballo favorito de Alejandro, al que montó en todas las batallas importantes, y su muerte en la India quedaría marcada por la fundación de la ciudad de Bucéfala, de modo que la gente querría creer que su primer encuentro fue espectacular. Pero la historia en sí misma es posible. Los caballos se asustan por cosas muy extrañas, aunque que se asustase solo de su propia sombra es algo raro. Quizá el entorno desconocido, atraer tanta atención, o el ruido y otros caballos puso nervioso a Bucéfalo y su sombra, las de la gente y sus capas lo empeoraron. Algunos caballos desarrollan una fuerte afinidad, y sin duda también antipatía, hacia ciertos humanos

de un modo que es difícil de explicar. No tiene nada de raro que el caballo y Alejandro sintiesen atracción el uno por el otro; y la tranquilidad del muchacho calmando al animal con sonidos y caricias antes de montarlo y luego tranquilizar al animal antes de salir cabalgando, es perfectamente correcto. Es una historia que podría ser cierta, y cualquier persona sensible creerá que debería ser cierta, lo que no significa que lo sea.[183]

Se supone que Filipo había decidido que su hijo era demasiado tozudo como para obligarlo a obedecer, así que era mejor «persuadirlo antes que darle órdenes». Cuando el chico tenía trece o catorce años, el rey contrató a un nuevo tutor, y tras ciertas consideraciones, escogió a Aristóteles. Natural de la Calcídica, el filósofo tenía cuarenta años y todavía no era tan famoso como lo sería después. Su padre había sido el médico real de Amintas III, así que conocía a la familia y tenía cierta conexión con ella. Aristóteles había estudiado con Platón, aunque no lo sucedió como director de la Academia y se fue de Atenas poco después. Fue primero a Asia Menor, a la corte del tirano Hermias; posteriormente se casaría con la hija adoptada de este. El traslado a Macedonia alrededor de 342 a.C. sin duda era económicamente atractivo, y también significaba que no se vería implicado unos años después en la tortura y la ejecución de Hermias por rebelarse contra el rey persa.[184]

Sacaron de la corte en Pela a Aristóteles y Alejandro y los instalaron en un recinto en la capilla de las ninfas en Mieza. Volvemos a ignorar si junto con el príncipe asistían amigos o algunos o todos los pajes de edad similar. Probablemente la instrucción con el filósofo venía acompañada del entrenamiento constantemente en el uso de las armas y otras asignaturas de carácter físico como la caza. Aristóteles le enseñó política y ética, y encendió o animó el interés por el mundo natural, especialmente por la medicina y la curación. El filósofo instruyó al príncipe durante prácticamente tres años, aunque si era un pupilo dotado o no depende básicamente de cómo ve a Alejandro cada estudioso moderno. Inevitablemente, el encuentro de dos de los nombres más famosos del Mundo Antiguo dispara nuestro interés, pero como de costumbre las pocas evidencias evitan que digamos nada concreto sobre lo que ocurrió entre ellos. Aristóteles preparó un texto resumido y anotado de *La Ilíada* para su alumno que Alejandro se llevaría en todas sus campañas, y lo guardaba, junto con un cuchillo, debajo de su cama.[185]

Alejandro era mucho más bajo que la media entre griegos y macedonios en el siglo IV a.C., aunque era bien proporcionado, fuerte y buen corredor, lo que refuerza la idea del entrenamiento físico constante. Tenía la tez clara, la piel en ocasiones enrojecida, y el cabello ha sido descrito como rubio oscuro, como la melena de un

león (y no el rubio oxigenado de Hollywood). El color de sus ojos era dispar, uno azul grisáceo y el otro castaño, lo que pudo haber contribuido a su inusual y en ocasiones poco atractiva mirada: en cierto momento desarrolló la costumbre de inclinar un poco la cabeza a la izquierda y mirar hacia arriba, supuestamente más allá de los hombres más altos que a menudo lo rodeaban.186

La mayoría, quizá todas las historias sobre su juventud fueron embellecidas o inventadas en años posteriores. Los intercambios con Filipo se centran alrededor del deseo de Alejandro de honor y gloria, de que era un hijo aún más grande que un gran padre, y utilizan aforismos muy gastados, por ejemplo que las heridas del rey eran visibles medallas al valor que debían atesorarse más que otros trofeos. Otro tema repetido es el desafío instintivo del muchacho ante cualquier intento de controlarlo. Se dice que Leónidas regañó a Alejandro por utilizar demasiado incienso, que era caro, durante un sacrificio. Una década después, el conquistador de Asia le envió a su antiguo tutor la abrumadora cantidad de dieciocho toneladas de incienso y mirra con el consejo de que debería dejar de ser tacaño en sus ofrendas a los dioses. La determinación, la ambición implacable y la total fe en su propia capacidad, normalmente respaldada por la prueba de que tenía razón, empapan esas historias; no hay ninguna en la que Alejandro falle. También aparece la impaciencia. Se supone que con cada noticia de una victoria de su padre, se quejaba porque le dejaba cada vez menos objetivos que conseguir. Cuando una delegación persa llegó a Pela en ausencia del rey, Alejandro los recibió y dejó impresionados a los embajadores haciéndoles preguntas precisas y pertinentes sobre la fuerza militar persa y sus carreteras y redes de comunicaciones.187

El joven príncipe de esas historias muestra las mismas cualidades, o al menos las que los griegos consideraban admirables, que el rey que conquistaría una parte tan grande del mundo. Dado lo que hizo el hombre, no sería una sorpresa que el niño fuese precoz, concentrado y talentoso, y también es perfectamente natural que la gente se inventase esas historias para añadir a lo poco que se conoce en realidad.

Puede que Filipo estuviese complacido con Alejandro y se sintiese orgulloso de él, lo que no quiere decir que su actitud hacia él no pudiese cambiar, o que otro hijo todavía no nacido acabaría por suplantar a su favorito actual. Filipo dedicaba poco tiempo a pensar en el futuro a largo plazo, por no hablar de la sucesión, porque siempre tuvo mucho que hacer y su prioridad era el presente. Estaba

siempre ocupado y algunos de sus actos tuvieron por fuerza que llevarle mucho tiempo y atención. Justino cuenta que Filipo se embarcó en una importante reforma al regresar a casa tras la Guerra Sagrada, y estableció nuevas comunidades, a menudo en zonas fronterizas, y trasladó a gran parte de la población; «como los pastores conducen a sus rebaños, a veces hacia el invierno, a veces a los pastos de verano, así trasladó gente y ciudades», causando dolor generalizado entre aquellos arrancados de sus hogares ancestrales. Como hemos visto, había empezado este proceso al principio de su reinado, así que quizá hubo un estallido de actividad especialmente intenso de finales de 346 a.C. en adelante, o Justino o su fuente escogieron describir un plan a más largo plazo en este momento. Voluntariamente o no, la gente era trasladada, y por lo que sabemos, todas las nuevas comunidades de Filipo con sus poblaciones mezcladas prosperaron, muchas de ellas convertidas en centros de reclutamiento y adiestramiento para el ejército.[188]

En 345 a.C. Filipo encabezó una importante expedición contra los ilirios durante la que luchó contra varios reyes tribales, incluido Pleurato, en operaciones que bien pudieron durar hasta el año siguiente. Las victorias macedonias anteriores y la muerte de Bardilis inevitablemente habían influido en las rivalidades locales según surgían y caían distintos líderes y grupos. Cuando alguno se sentía lo bastante fuerte, o si Macedonia parecía lo suficientemente débil era probable que hubiese incursiones. Filipo estaba decidido a dominar y aterrar a los ilirios antes que arriesgarse a que le hicieran lo mismo a él. Asoló tierras tribales y atacó muchos asentamientos, consiguiendo un gran botín, que sin duda incluía cautivos y ganado además de tesoros. La diplomacia y la traición acompañaban a la fuerza militar. En una ocasión, Filipo acudió a reunirse con un grupo de guerreros. El enemigo y su propia escolta de soldados no llevaban armas, pero los macedonios iban equipados con cuerdas o tiras de cuero ocultas. A su señal, se volvieron contra los ilirios y les ataron los brazos. Se los llevaron prisioneros. La afirmación que hace nuestra fuente de que diez mil ilirios fueron capturados de este modo es poco creíble, y quizá solo los hombres importantes fuesen apresados y el resto, obligados a rendirse.

No todo ocurrió a favor de Filipo, y algunos de los combates fueron duros, porque en uno de ellos, murió un jinete de sus Compañeros y no menos de ciento cincuenta resultaron heridos, otro ejemplo de la enorme disparidad entre muertes y el número de heridos. Filipo recibió un golpe que le rompió la clavícula. En otra parte Diodoro afirma que en un combate contra los ilirios el rey se salvó gracias a que uno de sus escoltas, un joven llamado Pausanias, se colocó sobre él cuando cayó y salvó a Filipo a costa de su propia

vida. Puede que esté relacionado con este momento o que ocurriese en una campaña posterior en la zona de la que no nos ha llegado registro. Sigue siendo posible que los macedonios ganasen este encuentro, y si no, poco después conseguirían una victoria completa, para llegar a dominar una gran parte de Iliria, casi hasta la costa del Adriático. Más zonas mineras quedaron bajo el control de Filipo, lo que añadió ingresos y recursos para sus constantes necesidades.[189]

Presumiblemente, recuperarse de la herida le costó un tiempo a Filipo y es un testimonio de su fuerte constitución. Los detalles y cronología de sus actividades durante estos años están pobremente registrados, dado que de nuevo nuestras fuentes griegas muestran un interés limitado en los asuntos de los pueblos del norte. Es probable que hiciese más de una visita a Tesalia para arbitrar en las constantes rivalidades de sus familias nobles y sus ciudades. Inevitablemente hubo ganadores y perdedores, los que consiguieron su favor y los que no, y su visión sobre él y lo que había hecho varía según pertenecieran a uno u otro bando. Fingió estar enfermo en una estratagema para atraer a algunos de los miembros de la familia aleuda de Larisa y arrestarlos, pero se enteraron de que era una trampa y no aparecieron. Al menos uno de ellos aparece más adelante sirviendo a los persas contra Alejandro, y es posible que unos cuantos decidiesen exiliarse. Para 342 a.C., si no antes, Filipo había reformado la Liga Tesalia y la había dividido en cuatro regiones, cada una supervisada por un tetrarca nombrado por él, no elegido. Pero a pesar de toda la retórica de los críticos de Filipo, hasta ellos admitieron que el rey trató a las ciudades y a la liga como aliados y no como súbditos.[190]

Su utilización del poder para aplicar su voluntad era más clamorosa cuando en algún momento por esta época marchó hacia Epiro y depuso al rey Arribas. El hermano pequeño de Olimpia, también llamado Alejandro, tenía veinte años y reemplazó a su tío en el trono en una campaña sin derramamiento de sangre. Arribas se exilió cómodamente en Atenas, donde le dieron la bienvenida y lo convirtieron en ciudadano. Después, Filipo llevó a su ejército más allá de las fronteras de Epiro para atacar tres o cuatro ciudades griegas cerca del golfo de Ambracia. No conocemos el pretexto para ello, aunque sin duda había viejas disputas fácilmente resucitables. La idea era asegurar la frontera de Epiro y enriquecer el reino, porque estas ciudades, todas colonias originales de la Élide, controlaban el comercio marítimo con procedencia y destino al resto del mundo. Filipo «los convirtió en esclavos» del rey Alejandro, del mismo modo en que había tomado ciudades como Anfípolis para sumar a su riqueza y poder. Una vez más, tras una de las intervenciones de Filipo, el reino de Epiro dirigido por molosios conducía sus propios asuntos y era otro aliado independiente, aunque cercano y claramente subordinado.[191]

Desde 342 a.C. en adelante, los siguientes tres o cuatro años, Tracia volvió a ocupar gran parte del tiempo y recursos de Filipo; por ejemplo, en 341 a.C., Demóstenes contó que Filipo ya llevaba diez u once meses consecutivos combatiendo en Tracia. Hubo una nueva guerra con Cersobleptes, y parece ser que Filipo decidió tener gran parte de la región bajo su control más o menos directo. Al principio se hizo pasar por protector de las ciudades griegas de la zona, pero obviamente su meta era conquistar una zona amplia, y hubo combates muy duros. Demóstenes habló con desprecio del rey por marchar sin la falange, que era el núcleo de un ejército «apropiado», liderando en cambio a la caballería, peltastas, arqueros y mercenarios.[192]

Gran parte del terreno consistía en montañas y bosques, muy dado a emboscadas. En al menos una ocasión Filipo utilizó sabuesos para localizar a los guerreros ocultos en los árboles, y tomó medidas para cubrir la retirada en caso de persecución enemiga. Esas operaciones eran largas y extenuantes, muy exigentes para el rey y sus soldados, y ambos bandos mostraron gran tenacidad. Como siempre, la diplomacia iba acompañada por la guerra. Reviviendo una práctica de principios de su reinado, Filipo tomó una sexta esposa, Meda, hija del rey Cothelas de los getas, un pueblo también muy belicoso que vivía al norte de los tracios. De esta unión no han quedado hijos registrados y la esposa no es mencionada en ninguna otra parte, pero el matrimonio parece haber servido para cimentar la alianza.[193]

Los atenienses se sentían naturalmente sensibles sobre la actividad de Filipo en la costa tracia, y para Demóstenes y aquellos que pensaban igual, las campañas del rey eran prueba de su profunda hostilidad hacia Atenas. La aprobación a disgusto de la Paz de Filócrates fue solo el comienzo de una prolongada riña sobre las relaciones con Macedonia y su rey. Ya en 346 a.C., Demóstenes y un colega llamado Timarco anunciaron que iban a enjuiciar a Esquines por haber traicionado a su ciudad al aceptar sobornos y ayudar a Filipo. Probablemente satisfechos con haber manchado su nombre, no insistieron en que el asunto llegase a juicio. Antes de que lo hiciesen, Esquines respondió acusando a Timarco de inmoralidad, y esta acusación llegó al tribunal antes. El juicio tuvo lugar en 345 a.C. con acusaciones de prostitución, proxenetismo y otros comportamientos suficientes para declararlo no apto para dirigirse a la asamblea. Las acusaciones se admitieron y a Timarco le despojaron de la ciudadanía, lo que acabó con su carrera política. En 344 a.C., Filócrates, el arquitecto del tratado de paz, fue acusado del delito capital de traicionar a la ciudad y decidió partir al exilio voluntario antes que arriesgarse a ir a juicio. Demóstenes acabó enjuiciando a Esquines, que se quedó en Atenas y se enfrentó a él; fue absuelto por un estrecho margen de treinta votos de un total de mil quinientos.[194]

El del soborno era un insulto corriente en la política ateniense, y para Demóstenes algo así como una obsesión; quienes estuviesen en desacuerdo con él sobre Filipo debían de haber sido sobornados. El mensaje era sencillo: que Atenas ya no era grande porque había sido traicionada por sus líderes. El auténtico patriotismo de ciudadanos y líderes, la firme resolución y unos aliados seguros lo cambiarían todo, derrotando a Filipo y devolviéndole a Atenas el protagonismo que le correspondía. Una idea simple repetida lo bastante a menudo puede ser muy potente, sobre todo cuando se trata de lo que el público desea creer fervientemente, y puede serlo aún más si hay una pizca de verdad, por pequeña que sea. Los intereses de Filipo y Atenas entraban en ocasiones en conflicto, y esos enfrentamientos habían favorecido al rey. Los realistas lo aceptaban como señal de que el rey era demasiado poderoso como para combatirlo, y que regresar a la guerra y aumentar su escala estaba destinado a salir mal. El orador despreciaba esas voces por corruptas y repetía su mensaje una y otra vez.[195]

La influencia de Demóstenes creció durante estos años, aunque de nuevo debemos recordar que no estaba solo y que parte de su protagonismo se debe a la supervivencia de sus discursos y la veneración que se sentía hacia ellos. Insistía en que Filipo era el enemigo empedernido de Atenas: «Todas sus actividades y organización son para allanar el camino a un ataque contra nuestra ciudad». ¿Cómo podía alguien creer que Filipo realmente anhelaba hacerse con «Drongilo, Cabile y Mastira», oscuras fortalezas tracias capturadas en aquellos años, y «no deseaba hacerse con los puertos, astilleros y barcos atenienses, además de las minas de plata y otras fuentes de ingresos» si estaba dispuesto a sufrir crudos inviernos para conseguir los exiguos botines de Tracia? Otros atenienses también estaban nerviosos al respecto de algunas de las actividades del rey. Que hubiese capturado ciudades cercanas al golfo de Ambracia movió a los atenienses a enviar una expedición en apoyo de las comunidades en Acarnania en su costa sur. Filipo se retiró sin avanzar contra los aliados de Atenas, bien porque lo disuadiesen o porque nunca había planeado atacarlos.[196]

Eubea, la isla grande cercana a la costa oriental de Grecia y antigua aliada de Atenas, que había conseguido su independencia por la fuerza, era otra zona sensible, así que la aparición allí de mercenarios pagados por Macedonia le dio a Demóstenes más combustible para atacar a Filipo. Acudieron a apoyar a los líderes locales en sus luchas internas en las ciudades, y de tener éxito inevitablemente los nuevos regímenes estarían en buena disposición hacia el rey. También en el Peloponeso aparecieron mercenarios pagados por Filipo, aunque su presencia provocó menos preocupación en Atenas. Algo antes, Filipo no había contestado a la petición de un

ambicioso eubeo que declaró su intención de formar una liga fuerte en la zona, de modo que no podía contar automáticamente con apoyos y tenía más que ver con los cálculos del apoyo local que necesitaba un líder. Más tarde, el mismo hombre apeló a Atenas, y los atenienses intervinieron en Eubea varias veces, chocando con líderes respaldados por Filipo.[197]

Pero estos años son más llamativos por las pocas veces que Filipo decidió intervenir en el club de Grecia, especialmente con tropas, y las pocas veces que parece haber llevado la iniciativa en lugar de responder a las llamadas. Eubea estaba profundamente dividida, y la ayuda que Macedonia y Atenas proporcionaron a algunos líderes simplemente añadió más leña a un fuego ya descontrolado. Enviar mercenarios en lugar de macedonios fue quizá una decisión discreta, pero bien puede que fuese una cuestión de disponibilidad, porque sí envió a Parmenio y a otros importantes oficiales. Enviar tropas contratadas a guerras extranjeras era muy corriente en aquellos años. Atenas rechazó una petición del rey persa para que le enviasen hoplitas para la reconquista de Egipto, aunque Tebas sí accedió. Un rey espartano acudió con un ejército a combatir a Italia. Faleco de Fócida y su ejército acudieron a Italia y luego a Creta en busca de empleo, mientras que decenas de miles de individuos y grupos más pequeños estaban a sueldo de Persia.[198]

Atenas gustaba de enviar a sus generales con fuerzas en su mayor parte mercenarias, como demostraban las carreras de Ifícrates y Cares. Siempre existía la expectativa de que las operaciones se financiasen solas, y la falta de apoyo fiable de Atenas a menudo significaba que esos generales tuviesen poca opción aparte de saquear y asaltar, forjando alianzas o combatiendo contra los locales para poder pagar a sus hombres. En algún momento de 343 a.C. un hombre llamado Diopites fue enviado a la zona de Galípoli con un ejército mercenario y demostró ser especialmente despiadado. Se sabe que estaba cercano a Hegesipo, una de las voces influyentes aunque menos expresivas de las que repetían los mismos argumentos que Demóstenes.[199]

El debate abierto en asamblea aseguraba que Filipo conociese lo que se decía de él en Atenas, las voces que lo acusaban de sobornos y que afirmaban que otra guerra era inevitable. Del mismo modo, los intentos por parte de representantes formales e informales de Atenas para reclutar aliados contra Macedonia no eran secretos. En 343 a.C., el famoso orador Pitón de Bizancio llegó a Atenas en nombre de Filipo para formular una queja formal ante sus críticos en la asamblea. Este capaz orador afirmó que el rey había honrado todos los términos de la Paz de Filócrates. Les aseguró a los atenienses que Filipo tenía un deseo sincero por su amistad, por encima de la de cualquier otro estado, y que estaba preparado para escuchar sus sugerencias si

deseaban modificar la alianza. Muchos atenienses lo aplaudieron y se envió una embajada para negociar con Filipo. No se consiguió nada, en particular porque Hegesipo era uno de los enviados y planteó exigencias excesivas; revivió las pretensiones sobre Anfípolis y otras posesiones que Atenas había perdido hacía tiempo. Las conversaciones sobre una «Paz Común» entre todos los estados griegos como el tratado firmado tras Leuctra en 362 a.C. continuaron, en particular porque Filipo daba su apoyo, pero no está claro que el resto del mundo estuviese tan interesado.[200]

Toda la península de Galípoli era ateniense, excepto por la ciudad de Cardia, que nunca había caído. Ahora era aliada de Filipo, pero eso no evitaba que Atenas la deseara. En 342 a.C. Filipo escribió una carta ofreciendo someterse a un arbitraje externo sobre la cuestión de Anfípolis, Cardia y la diminuta isla de Haloneso, que había sido parte del imperio ateniense, luego se había convertido en una fortaleza de piratas y más recientemente había sido tomada por los macedonios. Este era un recurso común para resolver disputas sin guerrear, y también ayudaba a honrar y fortalecer amistades con la comunidad a la que se le pedía arbitrar. Filipo ya había ofrecido entregarles la isla a los atenienses, quienes fueron convencidos de rechazar la oferta porque no había dicho que les devolvía lo que ya era de ellos. Quienes deseaban evitar la guerra con Macedonia aceptaban con pragmatismo que mantener la paz les costaría renunciar a su orgullo. Demóstenes, Hegesipo y sus partidarios consideraban que hasta la más mínima transigencia suponía socavar la posición de Atenas, argumentando que ceder en cualquier cosa era ceder en todo.[201]

Parece que el general ateniense Diopites compartía esa postura, además de tener la necesidad de financiar su ejército. Respaldado por colonos atenienses, amenazó Cardia, lo que dio pie a que Filipo enviase tropas para guarnecerla e hiciese la sugerencia de que buscaban arbitraje. Más tarde en 342 a.C. o a principios de 341 a.C., Diopites capturó a un enviado de Filipo y mandó al prisionero a Atenas donde se hicieron públicos los mensajes que llevaba. En 341 a.C. asaltó comunidades tracias, haciéndose con botines y esclavos, lo que sin duda contribuyó a sustentar a su ejército. Filipo envió a otro representante a formular una queja, a quien apresaron y torturaron antes de cobrar su rescate. Diopites también atacó barcos mercantes, incluyendo los de Macedonia y sus aliados. Demóstenes defendió al general, asegurando a sus conciudadanos que la inevitable guerra contra Filipo ya había empezado, aunque no se hubiese declarado de manera formal. El aliado de Atenas en Eubea consiguió la ventaja, posiblemente porque ya no quedaban en la zona mercenarios pagados por Macedonia, y comenzó a hacer incursiones en la costa del golfo de Pagasas. Dado que eran aliados macedonios, era una violación directa

de la Paz de Filócrates.[202]

Demóstenes siempre afirmó que muchos griegos temían y se sentían ofendidos por Filipo, de modo que Atenas encontraría aliados dispuestos si eran lo suficientemente osados como para encabezar la lucha contra el rey. Hacía ya generaciones que no era extraño que un orador se deleitase con las glorias pasadas de Atenas en Maratón y las Termópilas al tiempo que sugerían que los atenienses debían pedirle ayuda a Persia. Demóstenes era partidario de esto y en 341 a.C. una embajada ateniense acudió al rey de reyes. Había señales que indicaban que los persas se inquietaban por las conquistas tracias de Filipo, y aunque no estaban dispuestos a forjar una alianza, enviaron apoyo y dinero. Otros también se mostraban nerviosos viendo a Filipo avanzar hacia el lado europeo del Helesponto. Hacía un tiempo que colonias griegas bien establecidas como Bizancio y Perinto eran sus aliados, contentos de la protección que les ofrecía contra ambiciosos reyes tracios, pero ahora que Filipo tenía tantos éxitos y estaba a sus puertas, la alianza les parecía menos atractiva. Demóstenes viajó a Bizancio en 341 a.C. e informó de que ahora temían a Filipo. Antiguos aliados de Atenas como Rodas y Cos, que no hacía tanto habían liderado la revuelta de los aliados atenienses, también estaban más preocupados por los macedonios que por sus antiguos aliados.[203]

Diopites murió más o menos por entonces, y fue reemplazado como general de la región de los Dardanelos por Cares, quien al menos conocía bien la zona, aunque su historial contra Filipo era desigual. En algún momento, Bizancio y otras ciudades costeras se declararon abiertamente en contra de Macedonia, animadas por las promesas de ayuda recibidas de Atenas y Persia. En 340 a.C. Filipo atacó con unos treinta mil hombres Perinto, que estaba más cerca y era más pequeña que Bizancio. A los ingenieros profesionales de su ejército se les había ocurrido un nuevo diseño para la artillería, la mucho más potente catapulta de torsión. Las utilizaron junto con torres estáticas y móviles para obtener la ventaja de la altura sobre las murallas de la ciudad, pero a pesar de ello y de la larga experiencia de los soldados en los asedios, el avance era lento. La flotilla de trirremes de Cares evitaba que los macedonios bloqueasen el puerto de la ciudad, de modo que esta no quedó aislada en ningún momento. Sátrapas persas enviaron suministros y mercenarios para ayudar a los defensores, como hicieron Bizancio y otros aliados. Los defensores todavía utilizaban las viejas catapultas, que seguían siendo efectivas, y llevaron más artillería a la ciudad.[204]

Perinto se encontraba en cuesta, con hileras ascendentes de casas muy juntas. Cuando los hombres de Filipo penetraron en la muralla exterior con arietes, los defensores construyeron otra línea justo detrás y todo el proceso tuvo que volver a empezar. Día tras día, los

macedonios atacaban diferentes sectores de las defensas con la intención de agotar a los defensores como a menudo habían hecho en otras ocasiones. La artillería, sin duda respaldada por arqueros y honderos, disparando desde las torres hacia las murallas, trataba de hacer que la posición de los defensores fuese insostenible, mientras los arietes continuaban su labor. Ataques repetidos con escaleras obligaron a los perintios a salir fuera de los muros y repelerlos, mientras las bajas se amontonaban en ambos bandos. La muralla secundaria fue derribada y tomada, y los macedonios descubrieron que las calles y callejones entre las casas tenían sólidas barricadas. A todos los efectos, se las veían con un nuevo muro, y solo podrían usar los arietes y otros artefactos si demolían las estructuras delanteras del suelo. Cuando los macedonios tomaron esta línea de defensa, los perintios se replegaron hacia la siguiente hilera de casas a otra línea de defensa improvisada. Según se retiraban y subían la pendiente, las torres de Filipo quedaron anuladas y la ventaja de disparar o arrojar proyectiles hacia abajo pasó a los defensores.[205]

A la ciudad seguían llegando más que suficientes suministros, los perintios conservaban la confianza y cada vez que los macedonios capturaban una línea de defensa, había otra detrás. Filipo apostó a que ayudar a Perinto le había arrebatado a Bizancio sus mejores hombres, artefactos y líderes. Dividió su ejército en dos, acudió a marchas forzadas con una sección con la esperanza de tomar la ciudad más grande. Una vez allí comenzó otro asedio, y descubrió que tenía parte de razón, porque la defensa era menos enérgica de lo normal. Al principio lo favoreció la suerte cuando descubrió que un gran convoy de barcos de grano estaba reunido en la cercana Hierón, en el lado asiático del Bósforo, esperando que una escolta lo acompañase a Atenas. Cares estaba lejos, conferenciando con los persas, y combinando la pequeña flota macedonia con soldados transportados para atacar el puerto desde tierra, Filipo capturó el convoy entero. Liberó unos cincuenta barcos neutrales, pero había tomado ciento ochenta naves atenienses (los barcos mercantes de este periodo tendían a ser relativamente pequeños; el comercio funcionaba con muchos barcos pequeños, no con los grandes barcos de grano que se utilizaron durante el imperio romano). El grano alimentó al ejército del rey, mientras que los barcos propiamente dichos fueron hechos pedazos y usados para obras de asedio.[206]

Pero las fortificaciones de Bizancio eran formidables, y de nuevo los macedonios fueron incapaces de aislar a la ciudad del mar. Desde Rodas, Cos y Quíos llegaron pronto refuerzos, lo que aumentó el número de defensores y elevó su ánimo. Un ataque nocturno durante una lluvia torrencial casi tuvo éxito aprovechando la sorpresa, hasta que el ladrido de los perros despertó a suficientes hombres como para

repeler a los macedonios. Esta apuesta había fallado, igual que la de dividir sus fuerzas, y Filipo acabó por retirar ambos asedios.[207]

Atenas destruyo la piedra en la que estaba inscrito el tratado acordado en 346 a.C. La opinión sobre si Filipo ya había declarado la guerra a todos los efectos y si fue así, cuándo ocurrió, está dividida. Las declaraciones en una carta a los atenienses de 341 a.C. podrían leerse como un ultimátum, que naturalmente llevaría a la guerra si Atenas no se corregía. Demóstenes les había asegurado constantemente a sus ciudadanos que la guerra con Filipo era inevitable. Sus palabras y actos, junto con los de Hegesipo y los demás que compartían su postura, habían contribuido mucho a que esto fuese cierto. Para 340 a.C. Atenas había encontrado algunos aliados, pero seguían siendo pocos. No estaba claro si se unirían otros, y menos aún si había alguna esperanza real de derrotar a Filipo. Las promesas de Demóstenes estaban a punto de ser puestas a prueba.[208]

En 340 a.C. tuvo lugar otro acontecimiento digno de mención, aunque comparado con las operaciones en la costa de Tracia, se trataba de un asunto menor. En su ausencia, Filipo había nombrado regente a un Alejandro de dieciséis años, poniendo fin a sus años de estudios formales. Surgieron problemas con los medios, un grupo en las fronteras de Peonia y Tracia, y el adolescente reunió las fuerzas que tenía bajo su mando y marchó contra ellos. Plutarco da pocos detalles del asunto, aparte de decir que capturó el asentamiento principal, expulsó a su población y lo refundó. Copiando a su padre, la repobló con diferentes habitantes y, también como su padre, la bautizó con su propio nombre: Alejandrópolis. Aquella fue la primera vez que el príncipe había ido a la guerra, y no sabemos lo duro que fue el combate. No hay duda de que era una señal más de la confianza que tenía en sí mismo.[209]

---

177. Esquines, Contra Timarco 166-9.
178. Plutarco, Alejandro 10.1-2, 77.5; sobre los otros hermanos, véase R. Unz «Alexander's brothers?», JHS, 105 (1985), pp. 171-4.
179. Plutarco, Alejandro 2.5-3.2.
180. Sobre Lanice, véase Plutarco, Alejandro 4.9.3, Curcio 8.1.21, 2.8-9; sobre tutores Plutarco, Alejandro 5.4-5; Leónidas buscando golosinas ocultas, Plutarco, Alejandro 22.5.
181. Plutarco, Alejandro 22.5; sobre la actitud macedonia al respecto de la educación, véase el capítulo «Elite education and high culture in Macedonia», en Carney, King and Court, p. 191-205; sobre la sugerencia de que Alejandro tuvo una infancia sobreprotegida, véase

R. Gabriel, The Madness of Alexander the Great and the Myth of Military Genius (2015), p 17-31, en contraste con quienes dan por hecho que tuvo una educación mucho más activa, como R. Lane Fox, Alexander the Great (1973/2004), p. 43-67, P. Green, Alexander of Macedon 356-323 BC. A Historical Biography (2012), p. 35-65, y P. Cartledge, Alexander the Great. The Truth Behind the Myth (2013), p. 47-58.
182. Plutarco, Alejandro 6.1-5 sobre la historia completa (citas vía Loeb, ligeramente corregida).
183. A. Fraser, «The 'breaking' of Bucephalus», The Classical Weekly 47 (1953), pp. 22-3; Plutarco, Alejandro 61 dice que Bucéfalo tenía treinta años cuando murió.
184. Plutarco, Alejandro 7.1 (traducción de Loeb) sobre el comentario de Filipo; sobre Aristóteles, véase Plutarco, Alejandro 7.1-8.4, Plinio, Historia natural 8.44; Justino, Epítome 12.16 afirma que Aristóteles le dio clase a Alejandro durante cinco años, pero parece una exageración.
185. Plutarco, Alejandro 8.2, 26.1.
186. Ibid., 4.1-2, Eliano, Varia historia 12.
187. Plutarco, Alejandro 5.1-3, 25.6-8, Moral 331C, Plinio, Historia natural 12.62.
188. Justino, Epítomes 8.5-6; para debate, véase Hammond, Philip of Macedon, pp. 109-14 y Worthington, Philip II 108-10.
189. Justino, Prólogo 8, Diodoro Sículo 16.69.7, 93.4-6, Plutarco, Moral 331B, Demóstenes, de corona 67, Dídimo en Demóstenes xi 22, col. xiii 3-7; sobre la herida, véase Riginos, «The wounding of Philip II», p. 103-19, esp. 115-6.
190. Diodoro Sículo 16.69.8, en Ellis, Philip II and Macedonian Imperialism, pp. 137-43 y Hammond (1994), pp. 118-19.
191. Diodoro Sículo 16.71.1, Justino, Epítome 8.6.4-7, Demóstenes, Sobre Haloneso 32, Contra Olimpiodoro 24, Tercera Filípica 72, en Hammond (1994), pp. 120-2.
192. Diodoro Sículo 16.71.1-2, Demóstenes, Sobre los quersonesos 2.35, Tercera Filípica 49-50.
193. Polieno, Estratagemas 4.2.16 sobre los perros y 4.2.13 por los movimientos de retaguardia; sobre el matrimonio con Meda, véase Jordanes, Gética 10-65, Ateneo 13.557b-e, en Carney, Women and Monarchy in Macedonia, p. 68.
194. Hay estudios más completos sobre la política ateniense durante estos años en Ellis, Philip II and Macedonian Imperialism, pp. 143-7, 148-50, 151-3, Hammond (1994), pp. 105-8, Worthington, Philip II, pp. 118-19, G. Cawkwell, «Demosthenes policy after the peace of Philocrates», Classical Quarterly, 13 (1963), pp. 120-38 y Cawkwell, Philip of Macedon, pp. 114-31.

195. C. Taylor, «Bribery in Athenian politics part I: Accusations, allegations, and slander», Greece and Rome, 48 (2001), pp. 53-66 y C. Taylor, «Bribery in Athenian politics part II: ancient reaciones and percepttions», Greece and Rome, 48 (2001), pp. 154-72, G. Mader, «Fighting Philip with decrees: Demosthenes and the syndrome of symbolic action», American Journal of Philology, 127 (2006), pp. 367-86, y G. Mader, «Foresight, hindsight and the rethoric of self-fashioning in Demosthenes' Philippic cycle», A Journal of the History of Rhetoric, 25 (2007), pp. 339-60.
196. Demóstenes, Sobre los quersonesos 44-5 (vía Loeb).
197. Demóstenes, Sobre la falsa embajada 87, 260-1, 294-5, 326, 334, Tercera Filípica 57-66 y véase Hammond y Griffith, A History of Macedonia pp. 474-84 sobre el Peloponeso y pp. 496-504 sobre Eubea.
198. Diodoro Sículo 16.62.1-63.2, Filócoro, FGrHist. 328 F 157.
199. Demóstenes, Sobre los quersonesos, esp. 2, 8-20, 23-32, 44-7, en Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 563-6.
200. Demóstenes, Sobre la corona 136, Sobre Haloneso 20-3, en Ellis, Philip II and Macedonian Imperialism, pp. 143-7 y Hammond (1994), p. 106.
201. Demóstenes, Sobre Haloneso esp. 26-30, y pseudo-Demóstenes, Carta a Filipo, passim, Ellis, Philip II and Macedonian Imperialism, pp. 166-78 y CAH2 VI (1994), pp. 768-70, 773-7.
202. Pseudo-Demóstenes, Carta a Filipo 2-5.
203. Demóstenes, Sobre los quersonesos 14-16, Sobre la corona 244, 302, Cuarta Filípica 32, Diodoro Sículo 16.54.1-2; en general, Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 554-70.
204. Diodoro Sículo 16.74.2-76.4, Vitrubio, sobre la arquitectura 10-13.3, en E. Marsden, Greek and Roman Artillery: Historical Develepment (1969), pp. 5-17, 48-62 y E. Marsden, «Macedonian Military machinery and its designers under Philip and Alexander», Ancient Macedonia, 2 (1977), pp. 211-33.
205. Kern, Ancient Siege Warfare, pp. 198-200.
206. Philolocus F 162, Teopompo, FGrHist. 115 F 295, en Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 575-7. Justino, Epítome 9.1.6 data la captura del convoy después de un prolongado asedio de Bizancio, pero parece menos probable.
207. Diodoro Sículo 16.77.2-3; sobre los perros, Hesiquio de Mileto 26-27 (FHG 4.151).
208. Sobre la destrucción ateniense del tratado, Demóstenes, Sobre la corona 71-2, Diodoro Sículo 16.77.2, Esquines, Contra Ctesifonte 55; Worthington, Philip II, pp. 128-35 argumenta que la carta de Filipo a Atenas de 341 a.C. era una declaración de guerra a todos los efectos, mientras que Ellis, Philip II and Macedonian Imperialism, pp. 179-80

y Hammond (1994), pp. 131-2 afirman que los atenienses declararon la guerra en 340 a.C. después de que Filipo se hiciese con el convoy de grano.
209. Plutarco, Alejandro 9.1, en Worthington, Philip II, pp. 130-1.

10.
VIEJOS Y NUEVOS ENEMIGOS

En 340 a.C. Filipo era más fuerte y para Atenas era mucho más difícil causarle daños, pero el éxito tuvo un precio. Había conseguido que Macedonia fuese segura y poderosa, lo que conllevaba que otros estados la considerasen más peligrosa. Por el momento, la mayoría permanecía inclinada a entender el conflicto con Filipo como asunto de Atenas y se conformaban con observar. Visto desde fuera, el equilibrio era mejor que permitir que Macedonia o Atenas destrozasen al otro bando. Otros estados observaban y esperaban, buscando oportunidades y vigilando cautelosamente la aparición de amenazas. Existía la posibilidad de que el conflicto se ampliase y creciese de manera imprevista.

Pero en Atenas no todos se alegraron de la nueva guerra abierta con Filipo. Esquines y sus partidarios argumentaban que la guerra era innecesaria y peligrosa, que el rey no era una amenaza, o al menos no de manera inminente ni el problema más acuciante al que se enfrentaba Atenas. Por el momento, esas opiniones eran minoría y la mayoría de los votantes aprobaba la guerra. Una minoría aún más pequeña veía a Filipo como un gran líder que podría ser el salvador de todos los estados griegos. Desde el fin de la guerra del Peloponeso, muchos habían deplorado la interminable sucesión de guerras y revoluciones en las que griegos luchaban contra griegos, y unos pocos creían que habían descubierto la cura. La clave era la pobreza; había demasiados ciudadanos que carecían de tierra suficiente u otras fuentes de ingresos como para estar satisfechos y seguros. Los menos favorecidos envidiaban a los ricos y los ricos competían entre ellos, alimentando luchas de poder dentro de una ciudad y ataques a otras poleis. Este puñado de pensadores afirmaba que todo eso podría cambiar si los griegos se unían en la causa panhelénica y atacaban Persia para conseguir tierras y riqueza. Una vez conquistados, los bárbaros asiáticos trabajarían los campos y cuidarían del ganado como esclavos o siervos semejantes a los ilotas, dejando que sus señores

griegos viviesen en comodidad y armonía, al fin capaces de elevar todo lo bueno de la civilización helénica.[210]

La victoria se daba por sentada, porque los filósofos que expresaban estas ideas compartían la creencia de que los persas y otros asiáticos eran naturalmente inferiores, cobardes a los que se podía derrotar fácilmente siempre que los griegos estuviesen unidos. Los orientales eran también antiguos enemigos, de modo que no se necesitaba ninguna otra razón para volverse contra ellos. En buena teoría, el inevitable triunfo sería el producto de la unión voluntaria de los griegos mediante la buena voluntad mutua y la comprensión de que esa guerra beneficiaría a todas las ciudades. Cuando sus apasionados discursos y panfletos no consiguieron unir a los estados, surgieron quienes urgían a la ciudad dominante de su momento a dar ejemplo y persuadir a las otras a unirse. Se dirigieron así a Esparta, Tebas y Atenas, pero muchos filósofos, y no solo aquellos que predicaban la gran guerra contra Persia, comenzaron a perder fe en las ciudades-estado y especialmente en las democracias, y ponían sus esperanzas en gobernantes carismáticos. Urgieron a tiranos de Sicilia, a Jasón de Feras y a su hijo Alejandro a encabezar la gran guerra, y, según iba creciendo su poder, también a Filipo.

Una de las voces más persistentes de esta causa era la de Isócrates de Atenas, director de la escuela de retórica, los grandes rivales de la Academia de Platón. A estas alturas ya tenía alrededor de noventa años, y en 346 a.C. (o posiblemente 344 a.C.) le escribió una carta abierta a Filipo, acomodando a este nuevo héroe los consabidos argumentos de una «cruzada» panhelénica contra Persia. Era una gran causa que le conferiría tanta gloria y honor que su reputación crecería hasta convertirle en «el hombre más importante de la Historia, mientras que si quedas corto en tus expectativas, conseguirás en cualquier caso la buena voluntad de todos los helenos». Esto era mucho mejor que intentar dominar las ciudades griegas por la fuerza, dado que incluso aunque se consiguiera, se convertiría en un hombre odiado.[211]

Urgieron a Filipo a que persuadiese a las ciudades griegas, y especialmente a las más prestigiosas de todas ellas, Atenas, Esparta, Tebas y Argos, para que sirviesen bajo su liderazgo en la gran causa. La Paz de Filócrates se había firmado recientemente cuando escribió la carta, e Isócrates afirmaba que Atenas se uniría gustosa al rey, y se lamentaba de que su ciudad no hubiese encabezado ya el movimiento. Desafió a los muchos críticos del rey macedonio, despreciando las afirmaciones de Demóstenes y otros políticos de parecida mentalidad por retratar falsamente a Filipo como un tirano por pura envidia y el deseo de provocar un conflicto. Esos hombres eran egoístas e irresponsables, presentando al rey como enemigo de los griegos en

lugar de un obvio líder de los ya dispuestos.[212]

Mientras tanto, Isócrates argumentaba que Filipo no debería malgastar el tiempo y los esfuerzos en luchar contra tribus en Iliria y Tracia, demasiado distantes de Atenas como para que mereciese la pena tanta preocupación, y corriese grandes riesgos personales: «Manifiesto que te corresponde trabajar por el bien de los helenos, reinar como rey sobre los macedonios y extender tu poder sobre el mayor número posible de bárbaros». Si Filipo actuaba de este modo, todos los hombres le estarían agradecidos, los griegos lo amarían por su «bondad» y los extranjeros por haberlos «salvado del despotismo bárbaro y llevado bajo la protección de Hellas».[213]

Isócrates era un filósofo muy anciano, no un político ni un «típico» ciudadano granjero, pero no era el único intelectual ateniense que urgía a Filipo a unir a los griegos contra los persas. Espeusipo, sucesor de Platón como director de la Academia, criticó el consejo de Isócrates sobre cómo Filipo debía ganarse el apoyo de los griegos, aunque apoyaba completamente que el rey encabezase una cruzada panhelénica. Aristóteles también expresó su apoyo, y hay buenas razones para creer que la idea básica les resultaba atractiva a muchos griegos de toda clase. A pesar de toda la racionalización de la necesidad de acabar con los conflictos entre comunidades y dentro de ellas, en el fondo se trataba de una llamada primitiva: «Considera también la desgracia que supone no hacer nada y ver a Asia prosperando más que Europa y a los bárbaros disfrutar de mayor fortuna que los helenos», escribió Isócrates. Los griegos despreciaban a los bárbaros y sabían que ellos eran inherentemente superiores, y por lo tanto no era justo que los persas disfrutasen de mayores riquezas. Sentimientos similares empujaron a muchos pueblos tribales del Mundo Antiguo a atacar a los extranjeros, y no debemos olvidar que bajo el barniz de la alta cultura, la mayoría de los griegos sentían el mismo deseo. Probablemente era un simple sueño, y desde luego otras preocupaciones y ambiciones eran mucho más importantes en la vida cotidiana y la política, mientras que el orgullo de la polis y el deseo de sostener su honor pesaba muchísimo más que permitir que otro estado u otro rey tomase la iniciativa.[214]

Macedonia estaba más cerca del imperio persa que el sur de Grecia. Los persas todavía reivindicaban Tracia, aunque resulta difícil saber si esto era real en algún sentido durante el siglo IV a.C., y Macedonia había sido parte del imperio persa al menos durante una generación. Su papel en la invasión persa de 480-479 a.C. era, en el mejor de los casos, ambiguo, y los macedonios no habían tomado parte alguna en posteriores conflictos contra Persia, ni habían facilitado ninguno de los mercenarios hoplitas que tanto aparecerían en las campañas posteriores. No hay rastro de una vieja hostilidad

entre Macedonia y Persia, ni pista alguna sobre ello en los primeros años del reinado de Filipo. Artabazo, el sátrapa que había contratado y después despedido al tebano Pammenes, había huido a Macedonia tras el fracaso de su rebelión contra el gran rey y Filipo lo trataba como a un invitado. Las convenciones de la hospitalidad eran generalmente comprendidas, y darles la bienvenida a aristócratas refugiados rara vez se consideraba un acto de guerra o siquiera señal de intenciones hostiles. Los embajadores persas acudían de vez en cuando a la corte de Filipo, y algunos años después el antiguo sátrapa fue bien tratado cuando regresó a casa.

En 346 a.C. Isócrates se sintió capacitado para apelar abiertamente a Filipo, pero no está tan claro si el rey ya había insinuado tener algún plan para aceptar la idea de una gran guerra panhelénica o simplemente le escribió porque era poderoso. Mientras se negociaba la paz durante aquellos años, hizo promesas de futuros beneficios para Atenas y posiblemente otras ciudades. Según uno de sus críticos atenienses, afirmó en una carta expuesta al público que «la firma de la paz nos conferiría tales beneficios que nos cerraría la boca a sus oponentes, beneficios que afirmó que pondría por escrito si estaba seguro de que la paz se firmaba». Cuando se firmó la paz y no aparecieron dichos beneficios, Filipo continuó refiriéndose a ellos, lo que hizo que algunos se preguntasen si eran insinuaciones sobre a su disposición a liderar a los griegos contra Persia y a que se enriquecerían con el botín. Todo esto son suposiciones, y resulta difícil decir por qué incluso Isócrates lo entendía así. Es improbable que los persas considerasen a Macedonia una gran amenaza en estos momentos mientras sus relaciones con las ciudades-estado griegas importantes continuasen siendo buenas.[215]

Sus instintos más profundos, además de los rencores y las ambiciones más inmediatas hacían que fuese casi imposible que las ciudades-estado se uniesen voluntariamente bajo el liderazgo de Filipo o el de cualquier otro. A estas alturas, la amenaza que suponía Persia quedaba demasiado lejana. Isócrates se había manifestado anteriormente contra la Paz del Rey apoyada por los persas, pero la mayoría la habían aceptado por el tiempo que durase. En muchos aspectos a Demóstenes le resultaba más sencillo sugerir que debían buscar la ayuda de Persia contra Filipo de lo que lo podía ser, para él o para cualquiera, hablar favorablemente de enemigos recientes y más cercanos como podía serlo Tebas. Demasiados atenienses estaban mucho más irritados con la Paz de Filócrates que deseosos de humillar a Persia, y la voz de Isócrates quedó ahogada, aunque nadie se planteó enjuiciarlo, lo que es una muestra clara de su insignificancia política.

Demóstenes y sus aliados ya tenían la guerra contra Macedonia que tanto pedían, incluso aunque nadie tuviese una idea clara de

cómo vencer, porque la situación estratégica no les era más favorable de lo que había sido en 346 a.C. Mientras la alianza tebana continuase siendo segura, Filipo podía marchar con su ejército hacia el sur e invadir Ática con tal fuerza que Atenas estaba destinada a ser derrotada a menos que se hiciese con más que un puñado de aliados dispuestos a apoyarla. En contraste, Atenas no podía provocarle graves daños a Filipo. Durante los sitios de Perinto y Bizancio en 340 a.C., una flotilla ateniense había asaltado la costa macedonia. A su mando estaba Foción, un general duro y capaz, cuya manera de hablar concisa y su integridad, ambas características escasas en la vida pública ateniense, le habían ganado respeto en casa y en el extranjero, de modo que las comunidades que se negaban a tratar con el poco de fiar Cares estaban dispuestas a aceptarlo a él. Pero esos ataques nunca fueron más que molestias, y el resultado principal fue que Foción resultó herido en una de las incursiones y regresó a Atenas.[216]

El poderío naval ateniense significaba poco porque carecía de la capacidad de capturar cualquier fortaleza importante, incluso cuando estaba en la costa. La armada de Filipo seguía siendo demasiado pequeña como para desafiar a la ateniense en el mar, así que no iba a ofrecerse a ser destruida y era improbable que se dejase arrinconar. Según un pasaje de una recopilación de estratagemas recogida por un general romano al principio del siglo I, existía la posibilidad de que la flotilla macedonia fuese atrapada poco después de que Filipo abandonase los asedios. Los barcos habían ido al mar Negro, así que debieron de atravesar el Bósforo para regresar a aguas abiertas, pero Cares, más barcos de Rodas y Quíos, vigilaba el estrecho, esperándolos. Filipo «escribió a Antípatro que Tracia se había rebelado, y que las guarniciones que había dejado allí se habían quedado aisladas, dándole instrucciones a Antípatro para que dejase todo lo demás y lo siguiese». Asegurándose de que la carta sería interceptada, esperó. Los atenienses mordieron el cebo, convencidos de que el mensaje era auténtico y Filipo se había adentrado en tierra y retirado sus naves, de modo que la flotilla macedonia pudo atravesar el estrecho sin ser molestada.

Cares había vuelto a ser engañado. La historia afirma que Filipo había devuelto barcos capturados a Rodas y Quíos, que eran aliados de Bizancio y solo indirectamente de Atenas. También negoció con los bizantinos, prolongando las conversaciones cambiando sus argumentos en detalles menores. Esto ayudó a que los aliados que lo esperaban se confiasen y no reaccionasen cuando Filipo escapó. La historia es tardía y confusa, pero si es cierta, Filipo había evitado perder la mayoría o toda su armada y sufrir una nueva derrota a añadir a los fracasos de Bizancio y Perinto. Ambos dañaron su prestigio, pero incluso juntos no fueron suficiente como para debilitar

seriamente su poder. Si se toma literalmente, el modo de expresarse implicaría que Filipo estaba a bordo de una de las naves atrapadas, y si los atenienses hubiesen vencido todo habría sido distinto, porque su muerte o su captura hubiese hundido a Macedonia en el caos, pero probablemente no deberíamos darlo por supuesto. Tampoco está claro si es cierto que en este momento se celebraron conversaciones de paz o fue más tarde. No hay registro de ninguna nueva hostilidad entre Filipo y Bizancio y Perinto, mientras que los antiguos aliados de Atenas en las islas interpretaron un papel muy pequeño, o ninguno, en los años siguientes, así que es probable que tuviese lugar alguna clase de acuerdo.[217]

Aunque no había conseguido tomar las dos ciudades, los tres años de operaciones de Filipo en Tracia habían sido, en otros sentidos, exitosos; había expandido enormemente el territorio bajo su control, había establecido nuevas colonias y había absorbido un número considerable de tracios como súbditos o aliados cercanos. Como resultado, Macedonia era más fuerte y segura. Comparada, la nueva guerra con Atenas era una preocupación menor, especialmente porque los atenienses tenían pocos aliados y ningún medio efectivo de acercar la guerra hasta el rey. Tras apoyar a Perinto, no parece que los persas continuasen involucrándose en el conflicto, en parte debido al asesinato del gran rey y el hecho de que fuese sucedido por un menor de edad, lo que provocó un periodo de debilidad interna. Debido a nuestras fuentes, la guerra con Atenas ocupa un lugar preponderante, pero la actitud de Filipo queda clara por sus actos durante el invierno de 340-339 a.C. Ignorando por el momento a Atenas, continuó con la labor de asegurar sus recientes conquistas en Tracia atacando a un nuevo enemigo, los escitas.[218]

El rey escita Ateas había forjado un reino en el noreste que incluía gran parte de Dobruja, una zona de tierra fértil que se extendía hacia el Danubio (e incluía partes de las modernas Bulgaria y Rumanía). Las recientes conquistas de Filipo hacían que su propio territorio se encontrase ahora cerca del reino de Ateas. Los escitas, nómadas de las estepas, eran famosos jinetes y arqueros y guerreros formidables. A finales del siglo VI a.C. algunas de sus tribus habían repelido una gran invasión dirigida por Darío de Persia retirándose progresivamente hasta que los persas se agotaron y fueron vulnerables. Más recientemente Ateas había formado un reinado invadiendo a los habitantes de la región, forzando a que las comunidades asentadas aceptasen su gobierno y emitiendo monedas de plata de gran calidad con su nombre. En 340 a.C. tenía noventa años, por lo que era otro más de esos viejos y duros señores de la guerra que aparecerían en estos años. Aunque la región era rica, la competencia con Bizancio estaba dañando a Ateas, puede que militarmente y en términos

comerciales, así que el asedio de Filipo a la ciudad fue bienvenido.[219]

En algún momento Ateas estuvo en guerra con un rey de los «histrios», presumiblemente un grupo que vivía cerca del Danubio y mandó enviados a la colonia griega de Apolonia pidiéndoles que se comunicasen con su aliado Filipo en su nombre. El rey escita solicitaba soldados y a cambio prometió adoptar a Filipo, muy probablemente mediante una alianza matrimonial, y dejarle su reino en herencia. La oferta fue aceptada y se enviaron tropas, pero antes de que llegasen el rey de los histrios murió y aparentemente la amenaza murió con él. Ateas le devolvió los soldados a Filipo, se negó a pagarlos y afirmó osadamente que nunca le había pedido ayuda y no había hecho promesa alguna. Como prueba, afirmó que sus escitas eran mucho mejores guerreros que cualquier macedonio, así que no habría necesitado ayuda, y además su heredero era su hijo y no tenía necesidad de ningún otro. Acudieron embajadores macedonios pidiendo que Ateas cubriese los gastos de la paga y los suministros de los soldados que se le habían enviado y parte de los gastos del sitio de Bizancio. No había dinero, el rey escita dijo ser pobre, porque su pueblo era rico solo en valor y dureza y no en posesiones. Puede que Filipo ya estuviese decidido a atacar a los escitas con la esperanza de que una victoria le ayudase a borrar la decepción de los recientes fracasos. También necesitaba dinero porque quería, como escribió Justino, «compensar los gastos de una guerra con los beneficios de otra».[220]

Filipo informó ahora a Ateas que deseaba honrar un juramento que había hecho durante el asedio de Bizancio a su antepasado Hércules de viajar al Danubio y erigir una estatua del semidiós en la desembocadura del gran río. Le pidió que dejase pasar a su ejército para cumplir este voto, a la vez que les aseguraba su buena voluntad a los escitas. Comprensiblemente escéptico sobre la sinceridad de Filipo, Ateas puso reparos y le sugirió que sería mejor que le enviase la estatua, prometiéndole erigirla con el debido respeto. No podía permitir que ningún ejército enemigo entrase en su tierra, y si la estatua llegaba a ser erigida por invasores, una vez que se hubiesen ido, los escitas fundirían el bronce para hacer puntas de flecha.[221]

Justino proporciona un relato atípicamente detallado sobre este intercambio diplomático y utiliza tan solo unas pocas y sucintas frases para describir la posterior guerra. Los macedonios atacaron, y «aunque el espíritu y el número de los escitas eran superiores, Filipo venció mediante su astucia». Otra fuente nos dice que cuando los macedonios se pusieron nerviosos luchando contra los escitas, Filipo colocó a su mejor caballería tras la línea principal con la orden de que matasen a todos los que intentasen huir. La amenaza funcionó, y hasta los más pusilánimes prefirieron arriesgarse en la batalla a una ejecución

segura, y se ganó el combate. Este incidente podría referirse a esta campaña o podría haberse mezclado. Se ganase como se ganase la batalla, la victoria fue abrumadora. La pobreza de Ateas se confirmó con la ausencia de oro o plata, pero el resto del botín fue importante. Los macedonios tomaron un gran número de cabezas de ganado, veinte mil yeguas de cría y veinte mil mujeres y niños como esclavos.222

Los escitas eran normalmente difíciles de vencer. Aunque no se trataba de las vastas extensiones de hierba de las estepas, el reino de Atea consistía en campo abierto con suaves colinas, adecuado para esos excelentes jinetes. Filipo estaría muy activo hasta 339 a.C., empalmando esta campaña con otro conflicto durante el que resultó gravemente herido, pero consiguió recuperarse y ponerse a la cabeza de sus hombres para marchar al sur de Grecia en otoño. No sabemos con exactitud cuándo abandonó los asedios, ni cuánto tiempo le llevaron las negociaciones posteriores, pero tiene mucho sentido que el ataque a Ateas tuviese lugar antes del fin del invierno de 340-339 a.C. El ejército de Filipo tenía una larga experiencia de operar en cualquier estación, lo que demostraba que podía abastecerse a sí mismo incluso en invierno. Como Demóstenes había dicho, el rey a menudo viajaba deprisa con la caballería, los peltastes y otras unidades ligeras antes que con todo su ejército.

Los escitas eran nómadas, y aunque el reino de Ateas incluía aldeas y otras comunidades, los guerreros sobre los que su poder descansaba mantenían el viejo estilo de vida. Durante la mayoría del año eran nómadas, quizá mercadeando e interactuando de otras maneras con asentamientos de granjeros, pero desplazándose para alimentar a sus caballos y ganado. En verano el pasto era pobre y el clima duro, y durante esos meses acampaban en un lugar favorable, muy probablemente reunidos en grupos mayores que los del resto del año, de modo que la población quedaba concentrada. Para el fin del invierno los caballos estaban en baja forma, porque habían carecido de ejercicio y de buena alimentación. Más importante aún, los grandes campamentos con familias y ganado no podían moverse rápidamente si querían sobrevivir en el clima invernal. Todo esto los hacía vulnerables a un ataque repentino, como les ha ocurrido a muchos pueblos nómadas y seminómadas a través de la Historia. La «astucia» de Filipo bien puede haber sido atacar sus campamentos o quizá el campamento principal de Ateas antes de que acabase el invierno. Los escitas tuvieron que enfrentarse a la difícil elección de huir, lo que significaba abandonar a sus familias y sus posesiones, o luchar para defenderlos en una situación que les permitía sacar provecho de su movilidad y sus tácticas tradicionales. Filipo no necesitaría a todo su ejército para vencer en tales circunstancias, y bien puede ser que los

escitas lo superasen en número, tal como afirma Justino.

No hay pruebas de que esto fuese lo que ocurrió, pero un ataque rápido en febrero o marzo habría dejado tiempo de sobra para los otros acontecimientos del año, y la velocidad de la victoria y el número de prisioneros y animales capturados sugieren que los escitas estaban concentrados e incapaces de escapar. Las campañas de Alejandro nos ofrecen muchos ejemplos de ataques relámpago contra tribus enemigas, y el joven príncipe estuvo con Filipo «para aprender de su padre los rudimentos de la guerra».[223]

Conducir a una pequeña columna a marcha forzada para organizar un ataque repentino era mucho más fácil que regresar a casa con tantos prisioneros y animales. Puede que las yeguas volviesen a Macedonia por separado, porque eran más sencillas de conducir, mientras Filipo tomaba otra ruta, bien para facilitar el problema de los suministros o para exhibir su poder más ampliamente. Incluso si partes del ejército principal se hubiesen unido a la fuerza de ataque inicial, sigue siendo muy probable que hubiese más prisioneros que macedonios para vigilarlos, y los soldados y sus sirvientes también tenían que controlar al ganado aprehendido. Al contrario que sus captores, los prisioneros no estaban acostumbrados a las largas marchas y su único incentivo para apresurarse era el miedo.[224]

Filipo y su atestada columna se acercaban al territorio de los tribalios, un pueblo tracio o pariente de este que en el pasado había hecho incursiones en Macedonia. Puede que esperase que su reputación, reforzada por su reciente victoria, deslumbrase a los líderes tribales, de modo que les pidió paso libre a través de sus tierras. Los tribalios se quedaron impresionados al ver la cantidad de esclavos y ganado, y exigieron una parte. Filipo se negó, y tuvo que enfrentarse a la difícil tarea de marchar a través de territorio hostil, en zonas muy propicias para emboscadas al tiempo que vigilaba su botín. Pronto empezaron los combates, durante los cuales se perdieron prácticamente a todos los esclavos escitas y el ganado. Cuando se topaban con guerreros enemigos, los macedonios probablemente vencían, pero los tribalios estaban más interesados en saquear que en pelear, y simplemente no había suficientes soldados para proteger a toda la columna, mientras que los asaltantes tenían tiempo de sobra para esperar a que surgieran oportunidades favorables.[225]

Filipo iba montado a caballo, muy probablemente tratando de responder a cada nuevo ataque, cuando fue alcanzado por una lanza. Una fuente dice que el arma era una sarissa, lo que lleva a insinuaciones de que fue herido accidentalmente por uno de sus soldados, pero es mucho más probable que al autor no le interesara la precisión técnica. Algunos tracios también utilizaban lanzas largas, y fuese cual fuese su longitud o quien diese el golpe, llegó con una

fuerza inmensa, le atravesó el muslo y mató al caballo que montaba. Demóstenes dice que también resultó herido en la mano en este incidente o, quizá, se la rompió en la caída. Filipo se desmayó y se temió que hubiese muerto antes de descubrir que todavía vivía.

Una vez más, su resistente constitución lo ayudó, aunque el precio fue una cojera permanente. Filipo había sobrevivido cuando fácilmente podría haber muerto o sucumbido a una infección en los días posteriores. A pesar de toda la confusión, lo que aseguró que los tribalios se llevasen todavía más botín, el ejército macedonio no se vino abajo. Considerablemente más pobres, los macedonios marcharon de vuelta a casa, y puede que hasta creyesen haber derrotado a los tribalios. Filipo había mejorado lo suficiente como para ser trasladado, y no parece que perdiese el control de la situación durante un periodo significativo de tiempo. Aun así, muy probablemente pasaron meses antes de que hubiese mejorado lo suficiente para cabalgar y volver a pelear. Para entonces, la situación en Grecia había cambiado y el equilibrio de poderes se había inclinado en su contra.[226]

210. En general, véase M. Flower, «The Panhellenismo of Philip and Alexander. A reassessment», Ancient Macedonia 6 (1999), pp. 419-29 sobre el amplio atractivo de la idea.
211. Isócrates, Carta a Filipo 68 (vía Loeb); sobre Isócrates y sus peticiones a Filipo véase S. Pearlman, «Isocrate's "Philipus": A reinterpretation», Historia, 6 (1957), pp. 306-17, S. Pearlman, «Panhellenism, the polis and imperialism», Historia, 25 (1976), pp. 1-30 y S. Pearlman, «Isocrates, ΜΑΤΡΙΣ and Philip II», Ancient Macedonia, 3 (1983), pp. 211-27, M. Markle, «Support of Athenian intellectuals for Philip: A study of Isocrate´s letter to Philip and Speusippu´s letter to Philip», JHS, 96 (1976), pp. 80-99.
212. Isócrates, Carta a Filipo 73 (vía Loeb), e ibid., 56 sobre la disposición de Atenas de unirse a Filipo.
213. Ibid., 154 (vía Loeb); sobre la preocupación de que Filipo arriesgase la vida luchando contra tribus ignotas, Isócrates, Carta a Filipo, 1-11.
214. Isócrates, Carta a Filipo 132 (vía Loeb)
215. Demóstenes, Sobre Haloneso 33-5 (vía Loeb). El discurso lo pronunció probablemente Hegesipo en 342 a.C.; sobre la discusión acerca de la actitud de Filipo, véase G. Cawkwell, The Persian Wars (2005), pp. 200-3.
216. Plutarco, Foción 14.
217. Frontino, Estratagemas 1, 4, 13-13ª sobre el engaño y las negociaciones, con un estudio en Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 579-81 y Hammond, Philip of Macedon, pp. 134-5.
218. Para un buen resumen de las actividades de Filipo en sus fronteras del norte, véase W. Adams, «The frontier of Philip II», Ancient Macedonia, 7 (2002), pp. 283-91.
219. Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 581-4; la invasión de Darío, en Herodoto 4.1-2, 86-143.
220. Cita de Justino, Epítome 9.1.9, comparando a Filipo con un mercader.
221. Los intercambios entre Filipo y Ateas solo aparecen en Justino, Epítome 9.2.1-13.
222. Justino, Epítome 9.2.14-16; sobre la orden de ejecutar a quien huyese dada a la caballería, Frontino, Estratagemas 2.8.14.
223. Justino, Epítome 9.1.8 sobre Alejandro acompañando a Filipo en la campaña de Tracia.
224. Ibid., 9.2.16, si se toma literalmente, indica que las yeguas fueron llevadas a Macedonia.
225. Ibid., 9.3.1-3.
226. Sobre la herida, véase Riginos, «The wounding of Philip II», pp. 103-19, esp. 116-18, y Gabriel, Philip II of Macedonia, pp. 12-14, que

argumenta que la herida debió de haber atravesado solo la carne sin alcanzar el hueso, dado que el arma tuvo la fuerza suficiente para matar a su montura.

11.
QUERONEA

La perspectiva del tiempo nos anima a ver el ascenso de Filipo como un cambio profundo en la historia de Grecia, y así contemplar cada acontecimiento desde este filtro. Pero en su momento, pocos eran conscientes de lo que significaba, y las ciudades-estado continuaban con sus rivalidades como habían hecho siempre. Para la mayoría de los políticos, por no hablar de los ciudadanos corrientes, la postura hacia Filipo era solo una más de las preocupaciones entre otras muchas, y rara vez era la principal. Ni tampoco Filipo controlaba todo lo que ocurría en Grecia. Pocos estados decidieron unirse a Atenas en la guerra contra Macedonia porque para la mayoría simplemente no era asunto suyo, dado que se trataba de un conflicto en la lejana costa tracia. Justino afirmaría más tarde que los estados de Grecia estaban demasiado ocupados tratando de dominarse unos a otros como para prestarle atención suficiente a Filipo, que observaba «como si estuviese en una torre» y acabaría «obligando a vencedores y vencidos por igual a someterse a su gobierno». Esto pone a Filipo en el centro de todo e ignora las ambiciones de los demás estados. Tebas se había aliado con Filipo porque le convenía y no lo consideraba un desafío a su estatus.[227]

En 339 a.C., los aliados tebanos de Filipo decidieron sustituir la guarnición macedonia y el régimen apoyado por Tesalia de Nicea, una de las fortalezas que controlaba la ruta a través de las Termópilas. No parece que hubiese ningún combate y no conocemos los detalles de lo ocurrido. Como poco, era un recordatorio de que Tebas se veía como un estado poderoso, completamente independiente y en modo alguno subordinado a Macedonia; el camino que atravesaba las Termópilas podía seguir abierto para Filipo, siempre que los tebanos aprobasen sus actos.[228]

Anfisa era una ciudad de la Lócride sin demasiada importancia, y durante una lucha de poder interna, un liderazgo favorable a Tebas, y quizá ayudado por ella, alcanzó el poder. En otoño de 340 a.C., esos

líderes presentaron una queja en la reunión regular del Consejo Anfictiónico acusando a Atenas de volver a ofrecer trofeos de manera deshonesta, supuestamente o bien durante la Guerra Sagrada o antes de que el templo fuese consagrado de nuevo tras la guerra. Eran parte del botín de las guerras persas y llevaban la inscripción «de los medos y los tebanos cuando lucharon contra los griegos». Los anfisanos confiaban en el apoyo de Tebas, quizá esperando que el consejo aprovechase la oportunidad de condenar a Atenas tras su apoyo a la Fócida, y solicitó que les impusieran una multa de cincuenta talentos.[229]

La suma era básicamente simbólica para un estado del tamaño de Atenas, pero aceptar una reprimenda supondría una humillación. Esquines fue uno de los embajadores atenienses en el consejo y decidió que el ataque era la mejor forma de defensa. Acusó a los anfisanos de cultivar campos pertenecientes al templo de Delfos y por lo tanto, sagrados para Apolo. Convencido de que esa era una acusación importante, y persuadido por las bien escogidas palabras del orador (su rival Demóstenes afirmó que los delegados eran «gente sencilla»), el consejo decidió investigarlo. Los miembros del consejo acudieron a explorar, porque los terrenos en cuestión estaban a corta distancia. Al descubrir que la acusación era cierta, comenzaron a quemar las granjas construidas sobre tierra sagrada hasta que un grupo de anfisanos los expulsó y tuvieron que volver por el pedregoso camino de vuelta a Delfos. Poco después se declaró una Guerra Sagrada contra Anfisa y nombraron a un noble tesalio para encabezar las fuerzas del consejo, aunque ni Atenas ni Tebas enviaron delegados a esta reunión extraordinaria. Aun así, el régimen de Anfisa fue sustituido por sus viejos rivales, que capitularon antes de que tuviese lugar combate alguno. En la primavera de 339 a.C. el Consejo Anfictiónico se volvió a reunir y decidió imponerles una multa a los anfisanos. Los nuevos líderes de Anfisa quedaron mal y fueron sustituidos a su vez por la facción que había presentado la queja original y que ahora se negaba a pagar la multa. Cuando el Consejo Anfictiónico volvió a reunirse en otoño, nombró a Filipo general de sus fuerzas y continuó la Guerra Sagrada contra Anfisa.[230]

Demóstenes más tarde declararía que Filipo se encontraba detrás de todo desde el principio y que Esquines era su muy dispuesto y bien pagado peón. Ciertamente, el resultado fue que el rey marchó hacia Grecia a la cabeza de todos aquellos que habían contestado a la llamada del Consejo Anfictiónico, como había hecho durante la anterior Guerra Sagrada. Era improbable que esto por sí solo persuadiese a cualquier estado que no se inclinase ya anteriormente a unirse a él, pero al menos suavizó su llegada, porque no marchaba simplemente como enemigo de Atenas. Pero, de nuevo, esto es ver a

Filipo como el centro de todo y también implica la inevitabilidad de los acontecimientos. Anfisa esperaba y claramente recibió el apoyo tebano y el respaldo de sus actos, y los tebanos rechazaron unirse a la guerra, en contraste con su disposición a luchar contra la Fócida.

Como la ocupación de Nicea, que tuvo lugar durante este proceso, se trataba del deseo de Tebas de aseverar su fuerza y estatus y enviar un mensaje no solo a Filipo, sino a todos los estados griegos, pero sin declarar abiertamente su alianza con Anfisa en la guerra. Demóstenes ayudó a persuadir a la Asamblea Ateniense a no acudir a la llamada de la reunión extraordinaria del Consejo Anfictiónico que había declarado la guerra contra Anfisa. En secreto, tenía cuidado de no ofender a Tebas porque tenía la esperanza de aliarse con los tebanos. Esquines lo acusó de manipular el sistema, colando un decreto astutamente escrito después de que la mayoría de la gente había abandonado la asamblea y, por si fuese poco, alegó que el orador había sido pagado por los anfisanos.[231]

Tras convalecer de sus heridas en Pela, Filipo marchó al sur en el otoño de 339 a.C. Según se acercaba el invierno, el clima empeoró, especialmente en las montañas, y muy probablemente al principio llegó solo con parte de su ejército. Sus aliados de Tesalia y otros estados dispuestos a contestar a la llamada a la Guerra Sagrada tardaron en acudir. Tebas controlaba la ruta a través de las Termópilas, y era improbable que los tebanos les permitiesen el paso para atacar a su aliada Anfisa. Filipo no se arriesgó a que sus aliados tebanos lo bloqueasen, así que guio a sus hombres por las montañas. Esto resultaba difícil, especialmente dada la estación y a que existian muchos lugares donde incluso una fuerza relativamente pequeña podría detenerlo, pero no había defensores. Algunos eran aliados activos de la causa anfictónica, y pudo estacionar tropas en Citinio cerca del paso de Gravia que llevaba a Anfisa. Cuando no continuó hacia el sur a través del paso, sino hacia el sureste en dirección a Fócida, los focidios no estaban en posición de resistirse. Por lo que sabemos, les dieron la bienvenida porque recordaban el buen trato que habían recibido de Filipo en 346 a.C. y probablemente animados por las promesas de mayores recompensas. Filipo ocupó la ciudad de Elatea, sin fortificar desde el final de la Guerra Sagrada, pero que le ofrecía un necesario refugio y una buena posición estratégica.[232]

Por el momento no había nada que le impidiese marchar hacia Beocia y posteriormente hacia Ática. Los beocios no se habían reunido, ni tampoco los atenienses, ambos olvidando convenientemente la lección de historia de que las Termópilas podían cruzarse si la ruta a través de Fócida no estaba defendida. Además, Tebas no estaba en guerra con Macedonia, ni los tebanos se habían comprometido a resistirse a que el ejército anfictiónico se movilizase

contra Anfisa, así que no había razón para que organizasen un ejército, especialmente fuera de la temporada habitual de campañas. El camino a Atenas parecía estar abierto, aunque se corría el riesgo de provocar que Tebas y otros boecios se volviesen contra Filipo, además de que la opinión en otras ciudades cambiase y se volviese en su contra, incluyendo sus aliados anfictiónicos. Filipo no tenía con él al grueso de sus fuerzas, y muy probablemente lo acompañaba la misma clase de columna rápida que había utilizado en Escitia y en muchas otras ocasiones. La sorpresa era a menudo efectiva, pero es dudoso que tuviese la capacidad de abrirse paso hasta Atenas y asediar la ciudad a menos que la moral ateniense se derrumbase por completo. Había buenas razones militares para no continuar avanzando, y es improbable que fuese la intención de Filipo en algún momento. Le había demostrado a su enemigo, al igual que a los neutrales y a sus aliados, que podía llegar al sur de Grecia si lo deseaba, y esperaba que esto ablandase la actitud ateniense y los volviese más dispuestos a alcanzar un compromiso. La diplomacia siempre fue el enfoque preferido de Filipo, especialmente al tratar con los grandes estados del sur de Grecia, así que descansó con sus hombres en Elatea, comenzó a construir fortificaciones y envió embajadores a Tebas.[233]

La noticia de que Filipo estaba en Elatea llegó a Atenas con la puesta del sol y extendió el pánico por toda la ciudad ante la idea de que pronto habría soldados macedonios junto a sus murallas, muy probablemente reforzados con tebanos. Los magistrados dejaron sus cenas y ordenaron que se quitasen los puestos del mercado y se erigiesen las barreras que formaban aproches hacia el Pnyx, el lugar de asamblea, para una reunión al día siguiente. Poco después de amanecer se leyó la noticia a los ciudadanos reunidos y se invitó a su participación. Según Demóstenes, que vio lo que ocurrió a continuación como uno de los grandes momentos de su vida, nadie dio un paso adelante, aunque se preguntó una y otra vez. Ninguno de los magistrados, o consejeros de la ciudad, o los oradores habituales encantados con sus propias voces, saltó a la palestra, al menos en parte porque los atenienses tenían la mala costumbre de culpar con posterioridad a cualquiera que viesen relacionado con malas noticias. «Pero, parece, la llamada de la crisis en aquel día fatídico no era solo para el patriota rico, sino para el hombre que había visto de cerca, de principio a fin, la cadena de sucesos, y que había comprendido acertadamente los propósitos y deseos de Filipo». Solo Demóstenes había estudiado y entendido al rey. «Aquel día, entonces, la llamada era claramente para mí. Me levanté y me dirigí a vosotros... solo yo, entre vuestros oradores y políticos...» sabía lo que había que hacer y tuvo el coraje de hablar.[234]

Demóstenes les aseguró a sus conciudadanos que la situación no

era desesperada, porque solo unos pocos tebanos, los canallas y los sobornados por el oro macedonio, estaban alineados con Filipo, y que el rey confiaba en intimidar al resto. Los atenienses debían apartar todos los viejos rencores contra Tebas y buscar una alianza con ella ahora. Si reunían su propio ejército y extendían la mano de la amistad, los atenienses inspirarían a todos los tebanos decentes a comprometerse a luchar a su lado por la seguridad e independencia de Tebas. Sería una guerra por la libertad de todos los estados griegos, esa valiosa libertad amenazada por las repetidas intervenciones de Filipo con dinero o mercenarios en las políticas internas y en sus conquistas. Se volverían a enviar embajadores a muchas comunidades, «pero la primera fue Tebas, porque Filipo está más cerca de su territorio y había que exhortarlos a que no desesperasen ante Filipo, sino que resistiesen por su propia libertad y la de los demás griegos». Debían dejar claro que Atenas no guardaba rencor por disputas pasadas y que ayudaría con «tropas, dinero, suministros y armas, sabiendo que, aunque es una honorable ambición para los griegos disputarse la hegemonía entre ellos», era una vergüenza ser suplantados por un extranjero como Filipo.[235]

Filipo volvía a ser un bárbaro, y Demóstenes continúo su discurso citando ejemplos provenientes de los mitos sobre la amistad entre Atenas y Tebas como buenas razones para olvidar las recientes hostilidades con los tebanos. Les ofreció a los atenienses un plan de acción y, más importante, esperanza; fue celebrado con atronadores aplausos y la aprobación de su moción. Demóstenes se encontraba entre los diez embajadores enviados a Tebas.[236]

Los atenienses se encontraron con que los enviados de Filipo ya estaban en Tebas, junto con enviados de las ciudades griegas alineadas con él en la guerra contra Anfisa, y se les permitió hablar en primer lugar ante la asamblea tebana. Los macedonios les pidieron a los tebanos que se uniesen a su rey en la marcha contra Atenas, prometiéndoles su parte en el botín fruto de la inevitable victoria. Pero si no estaban dispuestos a luchar, lo único que pedían era que permitiesen que sus fuerzas atravesaran Beocia como amigos. Sin embargo, también querían que los tebanos entregasen Nicea, aunque no directamente a ellos ni a los tesalios, sino a los locrianos, que ahora también eran sus aliados, cuya reivindicación sobre la ciudad estaba más justificada y había sido ignorada por todos en 346 a.C. Esto fue aprobado por el Consejo Anfictiónico.

Demóstenes no dejó en ninguna parte detalles de su discurso, pero fue una creencia generalizada que sus palabras convencieron a los tebanos de aliarse con Atenas. Sin duda su oratoria fue tan elegante y apasionada como siempre, aunque deberíamos señalar que el orgullo tebano también tuvo su papel. Destruir o humillar a Atenas tenía

cierto atractivo, pero no si eso fortalecía a Filipo más de lo que fortalecía a Tebas, o si le sugería al mundo que los tebanos estaban subordinados a Macedonia. Demóstenes también accedió —y quizá ofreció desde el principio—, a unos términos extremadamente generosos. Atenas pagaría la factura de todo el esfuerzo de guerra en el mar, y pagaría dos tercios de los gastos combinados de las operaciones en tierra, y el mando supremo del ejército conjunto sería para un tebano. Además, los atenienses accedieron apoyar a Tebas no solo contra Filipo, sino también contra cualquier ciudad beocia que se le hubiese opuesto alguna vez, lo que a todos los efectos significaba el apoyo al dominio de Tebas en toda la región y sobre la Liga Beocia.[237]

Filipo tenía ahora a las dos ciudades-estado aliadas más poderosas alineadas contra él. Tebas era la más significativa porque, aunque a menudo corta de fondos y carente de los recursos naturales y comerciales de Atenas o de la mano de obra ilota de Esparta, desplegaba un gran ejército de muy buenos hoplitas. De nuevo, la perspectiva nos confunde para que creamos que el remodelado ejército macedonio de Filipo era tan marcadamente superior a la falange tradicional que su triunfo era inevitable. Hasta el momento, los macedonios habían derrotado a muchos ejércitos tribales y habían demostrado ser altamente diestros en asedios y asaltos. Pero solo dos veces, en 353 y 352 a.C., Filipo se había enfrentado en batalla campal a un ejército griego, y en la primera ocasión había sido derrotado, aunque había conseguido una victoria decisiva en el segundo encuentro en el Campo de Azafrán. Esos combates habían sido contra mercenarios que servían a una causa dudosa, y nunca se había enfrentado contra falanges de ciudadanos motivados de ciudades-estado importantes. Atenas tenía pobres antecedentes en grandes batallas en tierra, aparte de sus éxitos de la guerra persa, porque su fuerza siempre había residido en el mar y en incursiones rápidas. En contraste, los tebanos habían humillado a Esparta dos veces no hacía tanto, y muchos de sus líderes podían recordar sus intervenciones en Macedonia, y el tiempo en que Filipo fue rehén. En el fondo, a la mayoría de los tebanos les debía de costar considerar al rey un rival serio, mientras que los atenienses les ofrecían un generoso apoyo y trataban a Tebas de un modo adecuadamente respetuoso.

Los atenienses habían comenzado a reunir a sus ciudadanos para la guerra antes de saber el resultado de su embajada a Tebas. Una vez preparados, se unieron a la fuerza tebana y adoptaron una línea de posiciones en la frontera de Beocia, lista para enfrentarse a Filipo si este avanzaba desde Fócida. Mientras tanto, alrededor de diez mil mercenarios fueron enviados a defender el paso de Gravia y proteger el camino a Anfisa. Estaban pagados por Atenas y dirigidos por Cares y Proxenos, que puede que fuese tebano o un conciudadano ateniense.

Los ejércitos atenienses rara vez se desplegaban en ese número durante los meses de invierno, y que fuesen capaces de hacerlo habla de la resolución de Atenas y Tebas, y también de la riqueza y capacidad organizativa ateniense para alimentarlos a todos. Filipo permaneció a la espera, sin hacer movimientos agresivos y recurriendo a la diplomacia, si bien ahora dirigida hacia los estados neutrales. Por su parte, los atenienses y tebanos también se estaban esforzando por conseguir más aliados. Acaya en el Peloponeso les envió hoplitas, Corinto y Megara, expresiones de buena disposición. Otros permanecieron estrictamente neutrales, bien persuadidos por los enviados de Filipo o porque no consideraban que la guerra contra él favoreciese sus propios intereses.[238]

Hubo escaramuzas durante el invierno y principios de la primavera en 339-338 a.C., lo que nos sugiere incursiones de ambos bandos. Demóstenes afirma que los atenienses interpretaron un papel clave en dos de esas pequeñas victorias, y aunque sin duda se trató de combates a pequeña escala, la opinión generalizada era que cada éxito era importante, porque demostraba qué bando era más osado y tenía más confianza. En términos prácticos, lo más probable es que Filipo todavía estuviese superado en número, porque no fue hasta bien entrado 338 a.C. cuando llegó el refuerzo del resto de su ejército, mientras que los contingentes aliados demostraban ser especialmente lentos a la hora de aparecer. Tarde o no, mucho más significativo fue que llegaron, aceptando que la guerra había ido más allá del castigo formalmente aprobado de Anfisa, que ahora se extendía a quienes apoyaban a los anfisanos.[239]

Cuando llegó el verano, Filipo había reunido unos treinta mil infantes y dos mil jinetes. Seguía sin tener prisa por provocar una gran batalla, especialmente si tenía que atacar las buenas posiciones defensivas escogidas por las principales fuerzas atenienses y tebanas. En vez de eso, dirigió su mirada al paso de Gravia y se supone que volvió a recurrir a una estratagema. En una carta supuestamente dirigida a Antípatro, le decía que abandonaba la guerra por el momento para poder volver al norte y vérselas con la rebelión en Tracia,y se aseguró de que el mensajero fuese capturado. Entonces, sin duda observados por espías mercenarios, los macedonios abandonaron Citinio. Proxenos y Cares se relajaron y les dieron descanso a los hombres que vigilaban permanentemente el paso, aunque los atenienses debían haber desconfiado algo más después de haber caído en un truco parecido recientemente. Quizá el mando dividido no funcionaba bien a la hora de tomar decisiones, porque unas pocas noches después los hombres de Filipo llegaron al cobijo de la noche, sorprendieron y superaron a la debilitada guardia que seguía en el paso y el resto de los mercenarios huyeron aterrados. Ocuparan Anfisa

y expulsaron a los involucrados en el sacrílego uso de los terrenos de Apolo y el ataque contra los representantes anfictiónicos.[240]

Desde Anfisa, Filipo pudo flanquear las posiciones del principal ejército enemigo. Los tebanos y atenienses se retiraron y a su debido tiempo se trasladaron a Queronea. Ambos bandos seguían reticentes a arriesgarse a un combate directo, y debemos recordar que las batallas campales eran escasas, aunque inevitablemente atraigan mucha más atención que los asaltos a pequeña escala y las escaramuzas. Las batallas eran impredecibles y tendían a tener consecuencias dramáticas, y se podía vencer o perder toda la campaña en aproximadamente una hora. En este caso, el alto mando tebano parecía decidido a que si Filipo los atacaba, debería ser en el terreno que ellos escogiesen y no estaban dispuestos a lanzar un ataque propio. En otras ocasiones muchas campañas se habían decidido cuando un bando se retiraba tras días o semanas de enfrentamientos antes que arriesgarse a combatir en términos de igualdad (y ya no digamos desfavorables), y seguramente esa fuese su esperanza. De nuevo deberíamos tener en cuenta que el ejército tebano gozaba de una excelente consideración, no solo en la mente de los tebanos, y que Filipo solo era el líder de un reino del norte que hasta entonces había estado pésimamente considerado.[241]

Durante varios meses, Filipo no hizo ningún movimiento agresivo, lo que sin duda reforzó la confianza tebana. En lugar de ello, envió embajadores a Tebas y Atenas proponiendo la paz. Probablemente fuese sincero. No haber conseguido tomar las ciudades en la costa de tracia había sido desafortunado, como lo había sido haber perdido el botín a manos de los tribalios, pero una derrota en batalla a esta escala y contra estos oponentes habría sido mucho más dañina, y quizá habría desmontado todo el trabajo de las dos décadas anteriores. Aunque no estaba dispuesto a conceder nada importante, es improbable que presentase grandes exigencias y simplemente deseara una paz en la que todos los bandos conservasen lo que ya tenían. Algunos de los líderes en ambas ciudades eran igual de conscientes de lo que había en juego y dudaban de si las posibles ganancias compensaban el riesgo. Desde Atenas, Foción, el mismo hombre que había dirigido a la flota contra Filipo en 340 a.C., recomendó que se aceptase, y probablemente hubo otras voces que repetían su punto de vista, como ocurrió en Tebas. Si Filipo se retiraba y se acordaba una paz, sería un resultado honorable en una guerra en la que atenienses y tebanos había dejado claro que estaban dispuestos a enfrentarse a él. No sorprende que Demóstenes no se mostrase de acuerdo y encabezase las críticas. En Atenas, la opinión se inclinó de su parte, y el orador propuso incluso enviar embajadores a Tebas para pedirles que permitiesen pasar a los atenienses a través de Beocia y luchar contra

Filipo ellos solos, denunciando a los líderes tebanos por «traidores a Hellas». Fuese porque los avergonzasen o porque considerasen que la cautela de Filipo era miedo, ambas ciudades rechazaron la oferta de paz.[242]

A principios de agosto de 338 a.C., los dos ejércitos estaba acampados a una distancia de alrededor de un kilómetro y medio cerca de Queronea. Los números de los aliados no son seguros, pero la mayoría de los estudiosos siguen la afirmación de Justino de que Filipo estaba superado en número y calculan que la infantería aliada sumaba de treinta a treinta y cinco mil, respaldada por la caballería, que quizá igualase el número de la caballería macedonia, pero que era de inferior calidad. Atenas envió quizá diez mil hombres, Tebas probablemente algunos más y había mercenarios y contingentes aliados de varias ciudades. Entre las filas de los atenienses estaba Demóstenes, con un escudo con las palabras «Buena fortuna» en letras doradas, y Foción, como uno de los generales. Entre los tebanos se encontraban los trescientos hombres de su Batallón Sagrado de élite, una de las pocas unidades de soldados profesionales fuera de Esparta o Macedonia. Más tarde, la tradición afirmaría que fueron reclutados de ciento cincuenta parejas de amantes, debido a que el lazo especial compartido entre compañeros era más fuerte que la simple camaradería, pero es improbable que fuese la verdad estricta, y bien puede formar parte de la amplia tradición ateniense que retrataba a los beocios como seres peculiares. En términos prácticos es difícil entender cómo podría haber funcionado tras el primer grupo reclutado, y lo más probable es que la historia partiese de discusiones sobre la falange ideal. Para los griegos, o al menos para los aristócratas atenienses, una falange de estos hombres nunca huiría, no solo porque existiera la pasión del amor, sino, todavía más importante, al menos a sus ojos, el deseo de que ningún amante se viese señalado por abandonar a su compañero al huir. La imagen es potente, lo que ayuda a explicar por qué el Batallón Sagrado figura de un modo mucho más preminente en los estudios modernos de la estrategia de guerra griega de lo que las escasas evidencias que hay de su existencia podría justificar.[243]

De modo parecido, se ha dicho mucho sobre la batalla de Queronea aunque prácticamente no se sabe casi nada de ella, porque nuestras fuentes son más limitadas de lo habitual para un suceso tan trascendente. Dos monumentos, un montículo que contiene los restos cremados de los macedonios caídos, y un túmulo mortuorio coronado con la estatua de un león, que se cree que es un monumento tebano que cubre al menos a doscientos cincuenta y cinco hombres, ayudan a confirmar el lugar aproximado de la batalla. Utilizarlos para establecer las posiciones de las líneas de batalla supone un considerable salto de

fe, dado que los monumentos de esta clase rara vez se encuentran en los puntos concretos del combate. Tenemos descripciones mucho más completas del ejército de Alejandro en las batallas importantes de la guerra contra Persia solo unos pocos años después. Usarlas para hacer una estimación de las fuerzas de Filipo está más justificado, al menos si se hace con cautela, pero es temerario tomar las tácticas adoptadas contra el ejército persa y su potente caballería y dar por hecho que se emplearon de la misma manera contra un oponente muy distinto como era un ejército hoplita en el campo mucho menos abierto de Grecia. Ni siquiera podemos estar seguros de cuánto sabían en realidad nuestras fuentes, porque el relato en Diodoro es impreciso incluso para lo habitual en él. Plutarco era nativo de Queronea y conservó algunas pocas historias locales: la del árbol de Alejandro, donde supuestamente el príncipe había levantado su tienda, y un arroyo rebautizado Haemón porque por él corrió la sangre. Después de más de cuatro siglos a cualquier le habría resultado difícil conocer la verdad tras esas historias, especialmente porque en Queronea habían tenido lugar otras batallas importantes en los años intermedios, que fácilmente podrían confundir el relato tradicional.[244]

Los aliados habían escogido una posición desde la que sus flancos estuviesen protegidos por ríos y terreno abrupto en los lados del valle. Esto le habría dificultado a Filipo la posibilidad de flanquearlos. Dada la querencia tebana por desplegar falanges inusualmente profundas, puede que esta posición fuese relativamente estrecha para un ejército de este tamaño, y que algunos contingentes formasen con bastante más profundidad que las habituales ocho hileras. Diodoro dice que los tebanos estaban en un flanco y los atenienses en otro, pero no especifica en cuál, y es igual de impreciso colocando a Alejandro en un flanco y a Filipo en el otro. El túmulo del león está a la derecha de donde la mayoría de los estudiosos colocan la línea aliada, y la derecha era tradicionalmente el lugar de honor, así que sería lo apropiado para un ejército dirigido por tebanos, mientras que los fugitivos atenienses escaparon hacia el paso de Kerata, que está a la izquierda del valle. Por lo tanto, se puede argumentar de modo razonable que los tebanos estaban a la derecha y los atenienses a la izquierda. No hay mención acerca de la posición de la caballería de cada bando durante la batalla; descripciones muy repetidas de Alejandro cargando a la cabeza de la caballería de los Compañeros son completas conjeturas. La posición más corriente de la caballería era en las alas, pero es posible que la contuviesen. Se le da el mérito a Alejandro de quebrar al Batallón Sagrado, lo que permite a los estudiosos mencionados colocarlo a la izquierda macedonia y normalmente sitúan al Batallón Sagrado al extremo derecho de la línea tebana, así que Filipo estaba a la derecha, dado que parece que

se enfrentó a los atenienses.

Al rey se le atribuyen dos estratagemas durante la batalla. En una, se supone que fingió una retirada que atrajo a los inexpertos atenienses igual que Onomarco había atraído a sus hombres en 353 a.C. Se dice que Estratocles, un general ateniense, instó a quienes tenía cerca a que persiguiesen al enemigo hasta Macedonia. Al avanzar, los atenienses abandonaron su posición, mientras que la falange macedonia se retiraba ordenadamente hasta que se encontró en terreno elevado. Habiendo afirmado que los atenienses no sabían obtener una victoria, Filipo contraatacó y repelió al enemigo. Si es cierto que esto llegó a ocurrir, entonces, como Guillermo el Conquistador en Hastings, convirtió en virtud lo que en principio era una retirada auténtica, al darse cuenta de que estaban sacando al enemigo de una posición ventajosa al tiempo que les hacía perder la formación.

Otra historia cuenta que Filipo alargó la batalla deliberadamente en la creencia de que sus bien entrenados hombres podrían resistir más tiempo que los inexpertos atenienses. En general, esto fue sin duda cierto, porque como le gustaba quejarse a Demóstenes, hacía tiempo que Atenas confiaba mucho más en mercenarios que en ciudadanos hoplitas. Aunque muy motivados, muchos de los ciudadanos soldados ya habían dejado atrás la juventud y es improbable que estuviesen especialmente en forma, y pocos tenían experiencia en luchar en una falange. Diodoro también afirma que los ejércitos se desplegaron al alba y que el combate se alargó «durante mucho tiempo» cambiando la fortuna de bando, de modo que la idea de una lucha prolongada parece probable.[245]

Una gran proporción de la infantería de Filipo estaba armada con la sarissa, aunque no sabemos cuántos de sus treinta mil soldados de a pie eran tropas ligeras u hoplitas aportados por sus aliados, y parece que parte de la infantería de élite del ejército macedonio, conocido en época de Alejandro como hispapistas, normalmente llevaban lanzas en lugar de picas. La sarissa tenía un alcance mucho mayor que la lanza de un hoplita. Era improbable que penetrase el escudo de un hoplita, al menos con la fuerza suficiente como para herir al hombre que lo llevaba, pero bien blandida podía alcanzar la cara y el cuello. En esta época la mayoría de los hoplitas llevaban cascos con la cara al descubierto, no el casco tipo corintio que normalmente se asocia con ellos.

Los piqueros macedonios podían alcanzar a sus oponentes hoplitas, pero a menos que pudiesen romper o apartar varias puntas de sarissa en sucesión, resulta difícil ver cómo los hoplitas aliados podían dañar a sus enemigos. Sin embargo, que el combate fuese prolongado y el significativo número de macedonios muertos

atestiguado por el túmulo funerario dejan patente que lo hicieron. Las lanzas podían lanzarse, y es un error dar por hecho que algunos hoplitas no llevaban lanzas o jabalinas de repuesto en algunas circunstancias. Los escudos de los piqueros eran más pequeños, y por lo tanto había menos posibilidades de moverlos para interceptar un proyectil, pero los mangos de las sarissas de los hombres que estaban detrás de ellos les ofrecían cierto grado de protección. Quizá había arqueros entre la falange o detrás, porque la práctica era ciertamente común en siglos anteriores y habría tenido sentido en el contexto de Queronea. Se sabe que en los años siguientes los jóvenes atenienses pasaban por un periodo de adiestramiento al final de la adolescencia que incluía el manejo del arco, y el ejercicio bien pudo ponerse en práctica antes, de modo que incluso entre la clase hoplita había hombres que poseían una cierta familiaridad con los arcos. En general, la impresión es de un combate trabado con bajas en ambos bandos, lo que sugiere retiradas locales y pausas mientras los hombres recuperaban el aliento.[246]

Se dice que Alejandro fue el primero en romper la línea enemiga, aunque puede que esto no sea más que la inevitable alabanza hacia el príncipe de dieciocho años que dos años después se convertiría en rey. Plutarco dice que rompió las filas del Batallón Sagrado y quizá lo hiciese, si es que sencillamente a los autores posteriores no les resultó demasiado tentador relacionar al joven héroe con la derrota de la famosa unidad de élite. La línea aliada se quebró y acabó por venirse abajo, dejando mil atenienses muertos y dos mil prisioneros, y las bajas tebanas fueron de una escala similar. Demóstenes fue uno de los fugitivos que huyó por el paso de Kerata. No se nos dan cifras de las bajas macedonias, y el bando perdedor tendía a sufrir muchas más que los victoriosos según morían los hombres en los primeros momentos del combate. No parece que tuviese lugar una persecución prolongada como la que Filipo utilizaba contra los enemigos tribales.[247]

Los hombres del Batallón Sagrado murieron en sus puestos, bien fuese porque no estaban dispuestos a retirarse, habían sido rodeados y no podían hacerlo, o porque decidiesen cubrir la retirada de otros sacrificándose de forma deliberada. A menudo se da por hecho que los doscientos cincuenta y cinco cuerpos enterrados bajo el monumento del león pertenecen a esta unidad; el total desde luego es lo bastante aproximado, y habría supuesto un número catastrófico de bajas suficiente para justificar el uso del término «aniquilación» incluso aunque no fuese literalmente cierto. Normalmente los perdedores no erigen túmulos, así que se necesita algo que explique por qué los tebanos lo hicieron, y la conmemoración de unos héroes famosos, quizá décadas después, cuando los símbolos de glorias pasadas resultaban útiles para la política, tiene sentido. Pero ninguna fuente

antigua asocia el túmulo del león con el Batallón Sagrado, y es posible que el montículo cubra un cementerio mayor, porque solo se ha excavado parte del terreno. Los restos que nos han llegado atestiguan las brutales realidades del combate con armas de filo; a uno de los hombres le cortaron casi toda la cara de un golpe de espada.[248]

Filipo había ganado la mayor batalla de su carrera, pero hay tradiciones contradictorias sobre su conducta posterior. Justino dice que el rey se comportó con gran contención y se negó a regocijarse por su éxito, mientras que Plutarco dice que lloró al ver al Batallón Sagrado muerto casi en formación. Pero Diodoro describe una alternativa en la que un ebrio Filipo se paseó en compañía de amigos también borrachos, bailando y burlándose de los enemigos prisioneros y muertos por igual. Demades, un ateniense capturado, le puso los pies en el suelo diciéndole que debería actuar como Agamenón, el líder del ejército griego en la guerra de Troya, no como Tersites, el guerrero más feo y menos heroico de *La Ilíada*.[249]

Ganar la batalla fue un gran logro, pero Filipo sabía que la clave estaba en obtener una paz permanente. Necesitaba asegurar su propia posición y cerciorarse de que no habría más desafíos serios de las ciudades-estado, y esto requería equilibrio entre las amenazas y la persuasión. La Historia muestra que las comunidades griegas se ofendían ante algo que considerasen una humillación, y que conservaban el rencor hasta que creían tener la más ligera posibilidad de vengarse. También esperaban que los vencedores mostrasen poca o ninguna contención, y que implementaran el poder de infligirles a los derrotados el mayor daño posible. Filipo había destruido el ejército encabezado por Tebas y Atenas, y ellos y sus aliados esperaban temerosos su siguiente movimiento. Si el rey los castigaba severamente, eso enquistaría su odio y presentaría problemas en el futuro, y aunque los destruyese o los inutilizase gravemente, Filipo no podía estar seguro de que el nuevo equilibrio de poder que apareciera en el sur le fuese a favorecer. El sentido de independencia de los griegos, que hacía que fuese tan difícil que se uniesen en una causa, también hacía que resultase muy complicado negociar con ellos, porque el modo en que cada ciudad fuese tratada tendría un impacto en cómo se comportarían las otras en un futuro. Esto suponía un desafío incluso para un hombre que se enorgullecía tanto de sus logros diplomáticos.

227. Justino, Epítome 8.1.
228. Filóloco, FGRH 328 F 56.
229. Esquines, Contra Ctesifonte 3. 115.21, Demóstenes, Sobre la corona 140-55 nos dan el grueso de la información sobre las reuniones del Consejo Anfictiónico.
230. Demóstenes, Sobre la corona 149 acerca de la supuesta ingenuidad de los miembros del consejo ante un hábil orador ateniense.
231. Esquines, Contra Ctesofonte 125-8; una exposición en Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 585-8, E. Harris, Aeschines and Athenian politics (1995), pp. 126-30, y J. Buckler, «Demosthenes and Aeschines», en I. Worthington (ed.), Demosthenes: Statesman and Orator (2000), pp. 142-3.
232. Justino, Epítome 9.3.4, Diodoro Sículo 18.84.2, Demóstenes, Sobre la corona 169, con Hammond y Griffith, A History of Macedonia, p. 589, Hammond, Philip of Macedon p. 144-5, y Worthington, Philip II, pp. 141-2.
233. Plutarco, Demóstenes 18.2-4.
234. Demóstenes, Sobre la corona 172-3 (vía Loeb).
235. Ibid., 184-5 (vía Loeb, ligeramente modificado).
236. Toda la historia aparece en Demóstenes, Sobre la corona 169-87, que es obviamente la fuente principal para Diodoro Sículo 16.84.2-85.1, y más brevemente, de Plutarco, Demóstenes 18.1-4.
237. Sobre Tebas en este periodo, véase el capítulo «From hegemony to disaster: Thebs from 362 to 335 a.C.» en A. Schacter, Boitia in Antiquity. Selected Papers (2006), p. 113-32, que señala la debilidad económica de la ciudad.
238. Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 590-3; Worthington, Philip II, p. 263 n. 28 identifica a Proxenos como ateniense, contra Hammond (1994), p. 147.
239. Demóstenes, Sobre la corona 18.216-17, Polieno, Estratagemas 4.2.14, Diodoro Sículo 16.85.5.
240. Polieno, Estratagemas 4.2.8, Esquines, Contra Ctesifonte 146, Diodoro Sículo 16.85.3 sobre la potencia del ejército de Filipo y 16.85.7 sobre la crítica de la capacidad de Cares, con Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 593-4.
241. Van Wees, Greek Warfare, pp. 131-50.
242. Plutarco, Foción 16.1-3, Esquines, Contra Ctesifonte 3.149-51.
243. Sobre los ejércitos, Diodoro Sículo 16-86.6, Justino, Epítome 9.3.9, y sobre los números y la batalla en sí, el análisis más completo es J-N. Corvisier, Bataille de Chéronée. Printemps - 338. Philippe II, roi de Macédonie, et le futur Alexandre le Grand (2012), pp. 75-80; sobre el escudo de Demóstenes, Plutarco, Demóstenes 20.2; sobre el

Batallón Sagrado, A. Schachtler, «Boiotian military elites (with an appendix of the funeral setelai», en Schachtler (2016), pp. 193-215, esp. 193-8, y D. Ogden, «Homosexuality and warfare in Ancient Greece», en A. Lloyd (ed.), Battle in Antiquity (1996), pp. 107-68, esp. 115-15 son buenos puntos de partida para la abundante literatura sobre el tema. Una de las cuestiones prácticas más obvia sobre si las historias eran literalmente ciertas es cómo se reemplazarían las bajas si uno de los miembros de la pareja moría o resultaba herido.

244. El relato principal es Diodoro Sículo 16.81.1-6, con Plutarco, Alejandro 9.2, Polieno, Estratagemas 4.2.2, 7; sobre reconstrucciones de la batalla sorprendentemente completas y detalladas, véase W. Pritchett, «Observations on Chaironea», American Journal of Archaeology, 62 (1958), pp. 307-11, Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 596-603, Hammond (1994), pp. 151-4, J. Ashley, Te Macedonian Empire. The Era of Warfare under Philip II and Alexander the Great, 359-323 BC (1998), pp. 153-8, Worthington, Philip II, pp 147-51; para un análisis más escéptico, Buckler y Beck, Central Greece and the Politics of Power, pp. 254-8, J. Ma, «Chaironea 338: The topographies of commemoration», JHS, 128 (2008), pp. 72-91, y J. Lendon, «Battle description in the ancient historians, part 1: Structure, array and fighting», Greece and Rome, 64 (2017), pp. 39-64, esp. 61.

245. Polieno, Estratagemas 4.2.2, 7, Diodoro Sículo 16.86.1-2. La afirmación de que los hombres de Filipo se retirasen hasta una posición ventajosa es difícil de reconciliar con el terreno tal como está hoy, al menos en el lugar donde la mayoría de los estudiosos han ubicado la batalla, pero dado que el paisaje puede haber cambiado y la ubicación preferida podría ser incorrecta, resulta difícil juzgar la plausibilidad de la historia con estos datos.

246. La exposición más completa de la sarissa y su uso está en Matthew, An Invincible Beast, passim; sobre arqueros en falanges griegas anteriores, véase Wees, Grek Warfare, pp. 172-97, aunque argumenta que desaparecieron en la falange más desarrollada y ajustada del periodo clásico, cuando los ubicaron detrás o en los flancos.

247. Diodoro Sículo 16.86.3-6, Plutarco, Alejandro 9.2, Demóstenes 20.2.

248. P. Rahe, «The annihilation of the Sacred Band at Chaeronea», American Journal of Archaeology, 85 (1981), pp. 84-7, Ma, «Chaironea 338», pp. 75-8, 83-6.

249. Plutarco, Demóstenes 20.3, Justino, Epítome 9.4.1-4, Diodoro Sículo 16.87.1-3, con análisis en Wrothington, Philip II, pp. 153-4.

12.
AMOR Y PERSIA

La influencia de Atenas como gran ciudad comercial y potencia naval se extendía por una zona muy amplia, lo que hacía que para Filipo fuese especialmente importante dar con la fórmula para su acuerdo con los atenienses. Escogió como primer enviado a Demades, el mismo prisionero ateniense que según Diodoro regañó a Filipo tras la batalla. Por el momento, el ejército macedonio permaneció en Queronea sin avanzar. Cremaron a sus muertos y erigieron el túmulo sobre ellos, mientras atendían a los heridos. Los cuerpos atenienses también fueron cremados; reunieron los restos que fueron escoltados hasta Atenas por un cortejo formado por Alejandro, Antípatro (que supuestamente había acudido desde Macedonia en algún momento anterior a la batalla) y otro noble macedonio. Llevaban el mensaje de que se devolvería a los prisioneros atenienses sin necesidad de pagar un rescate. Por el contrario, los tebanos tendrían que pagar para recuperar a sus conciudadanos e incluso sus muertos. A juzgar por el túmulo del león, algunos (o probablemente todos, si los hombres de Filipo acamparon cerca durante un tiempo bajo el tórrido sol de agosto) fueron enterrados apresuradamente.[250]

Antes de que llegasen los mensajeros, los atenienses respondieron a los aterrados relatos de los fugitivos preparándose para un asedio desesperado. Los alrededores debían ser evacuados, todos los ciudadanos aptos para el servicio militar hasta los sesenta años fueron llamados a las armas y se aprobó un plan para liberar a esclavos que trabajaban en las minas o los campos, otorgarles la ciudadanía y armarlos para el combate. De un modo típicamente ateniense, buscaron un cabeza de turco por la derrota y lo encontraron rápidamente en la persona del general de rango superior, que fue juzgado, condenado y ejecutado. Con el tiempo, los atenienses trasladaron la culpa sin reparos a los generales tebanos, y los condenaron por incompetentes. Demóstenes y sus partidarios continuaron influyendo en la asamblea y una defensa desesperada le

resultó más atractiva a la mayoría que una capitulación humillante. El humor comenzó a cambiar cuando llegaron los enviados, porque la devolución de sus muertos era un desacostumbrado honor de parte de un enemigo en la guerra griega, y cuando oyeron el tono del mensaje que llevó Demades sobre la disposición de Filipo a hablar de paz. Demóstenes predicaba una implacable hostilidad hacia el rey, pero el siempre pragmático y respetado Foción argumentó que al menos debían saber cuáles eran los términos concretos propuestos por Filipo. La asamblea le hizo caso, aunque también escogieron a Demóstenes para que pronunciase la tradicional oración en la ceremonia del entierro de las cenizas de sus honorables muertos. Aunque fuese ridiculizado por sus rivales por su cobardía —obviamente no era un luchador nato—, Demóstenes no pudo haber sido el primero en huir en Queronea, aunque eso es justamente lo que él y muchos otros hicieron.[251]

Los términos de Filipo hacia Atenas eran generosos. No habría guarnición macedonia en Atenas, ni se forzaría a la ciudad a que abandonase su constitución democrática ni a entregar a los políticos que habían inspirado la guerra contra el rey. Atenas también conservaría su flota y los pocos aliados que le quedaban, aunque no la estructura formal de la confederación que los unía. La retirada de los colonos de la península de Galípoli fue uno de los pocos y suaves castigos de un acuerdo que permitía a los atenienses seguir prosperando como estado independiente y gran potencia comercial. El apoyo de Foción ayudó a asegurar la aceptación de los términos, pero hubo un alivio generalizado entre los votantes. Les concedieron la ciudadanía a Filipo y Alejandro y se erigió una estatua del rey. Por lo que sabemos, Filipo no llegó nunca a visitar la ciudad, y esta fue la única vez en su vida que Alejandro pisó Atenas.

En contraste, Tebas sí sufrió. Algunos líderes fueron exiliados o decidieron huir, mientras que a nobles que habían estado en el exilio se les permitió volver y, todos ellos, agradecidos a Filipo, formaron un grupo importante en un nuevo consejo de trescientos, una oligarquía que gobernaría bajo la mirada vigilante de los soldados macedonios acuartelados en la Cadmea, la antigua ciudadela de Tebas. La Liga Beocia fue reestructurada para que Tebas ya no fuese la fuerza dominante, y las ciudades que esta había destruido, fueron reconstruidas y restauradas como poleis. Además, Fócida fue recompensada con una restauración similar; su deuda con Delfos fue reducida drásticamente. Corinto también albergó una guarnición, y puede que Filipo fuese dejando otras de camino hacia el Peloponeso con su ejército, pero en general Grecia no era precisamente territorio ocupado, y a la mayoría de las comunidades les pareció oportuno buscar la amistad del rey. Esparta se mantuvo distanciada, pero su

hostilidad no se extendió más allá de los malos modos, y ya no era la potencia que había sido. A muchos estados pequeños el dominio de Filipo les parecía preferible al de estados más cercanos como Corinto, porque el rey pedía poco a cambio. La política de Filipo fue deliberadamente generosa, porque «prefería que lo llamasen un buen hombre durante mucho tiempo que amo durante poco».[252]

Filipo siempre había mostrado una indulgencia sorprendente hacia Atenas a pesar de recibir pocas simpatías a cambio, y muchos se preguntan por qué no decidió destruir el poder de la ciudad. En parte fue porque sitiar la ciudad, o cualquier otra comunidad importante, probablemente llevaría mucho tiempo y acabaría por resultar costoso. La tarea era menos fácil de lo que imaginan muchos estudiosos, y aunque tuviese éxito, lo conseguido no compensaría el riesgo y el costo, y además dañaría su prestigio. Atenas era un gran símbolo de mucho de lo que los griegos admiraban ya no solo por ser el mayor centro cultural e intelectual helénico, sino también por su desafío a Persia en el siglo V a.C. Los atenienses no eran siempre populares y a veces eran odiados, pero aunque muchos griegos se alegrarían de verlos humillados, pocos celebrarían su destrucción total. En un sentido más práctico, destruir o mutilar a Atenas crearía un vacío de poder y desequilibraría la política de gran parte de Grecia, mientras que una Atenas dispuesta a mantener la paz proporcionaba mucha más estabilidad; además, su flota era la más capacitada para mantener las rutas marítimas abiertas y restringir la piratería.[253]

El rey de Macedonia también tenía grandes proyectos en mente. En algún momento a finales de 338 a.C. o a principios de 337 a.C. se invitó a representantes de todos los estados griegos a una reunión con Filipo en Corinto. El resultado fue un tratado conocido por los estudiosos como la Liga de Corinto, aunque continúa el debate sobre su naturaleza técnica concreta. Se creó un consejo representativo y se estableció un tratado de paz entre todos los estados griegos que reconocía sus derechos a escoger sus propias constituciones y ser independientes, al tiempo que amenazaba con una guerra de unidad contra cualquier estado que pretendiese arrebatarle a otro esos privilegios. Había elementos de la Paz del Rey que una vez apoyaron los persas y de intentos anteriores de una Paz Común, que ahora tenían más fuerza porque existía el poder de Macedonia para intervenir y defender las reglas. No se hizo intento alguno para que se uniese Esparta, lo que demostraba que la participación era voluntaria, aunque por supuesto la decisión estaba influida por el hecho de que el ejército de Filipo era el más poderoso que existía entonces. Las alianzas individuales que ya había formado con la mayoría de las comunidades involucradas continuarían siendo efectivas porque el propósito era conservar el estatus de la política interior y de las

relaciones entre estados. O bien en este momento o un poco después, todos los miembros juraron cumplir sus compromisos y tratados con Filipo y sus descendientes. Experiencias pasadas sugerían que la estabilidad permanente no les resultaba natural a las ciudades-estado, fuesen cuales fuesen los términos de cada alianza, pero por el momento Filipo era fuerte.[254]

Durante la primera reunión del consejo, Filipo propuso una guerra conjunta contra Persia para castigar a los persas por la destrucción de los santuarios griegos durante la invasión de 480-479 a.C. Los delegados lo aprobaron y eligieron líder (*hegemon*) a Filipo para esta guerra, con autoridad suprema para hacer lo que considerase adecuado y acordaron reunir tropas y suministros para participar. Su voto fue a continuación ratificado con juramentos hechos en cada estado miembro. Justino afirma que los ejércitos combinados de los miembros sumarían doscientos mil infantes y quince mil jinetes, pero si esas cifras significan algo es representar el total teórico de los ciudadanos aptos para portar armas. Las peticiones de contingentes de Filipo fueron mucho más modestas. En la primavera de 357 a.C., una avanzadilla al mando de Parmenio, su subordinado más leal y fiable, cruzó a Asia Menor y comenzó la guerra. Filipo pretendía seguirlos un año después con el ejército principal, porque los preparativos llevaban su tiempo.[255]

El sueño del filósofo ateniense Isócrates y los otros panhelenistas por fin se había convertido en realidad. No podemos decir cuándo empezó Filipo a plantearse una guerra en Persia, y menos cuándo decidió embarcarse en una en cuanto le resultó práctico. Isócrates se preguntaba abiertamente si él había inspirado al rey o sencillamente reforzó un plan que ya había pensado antes, pero a la edad de noventa y ocho años había hablado de ello con Antípatro cuando el noble macedonio acudió a Atenas después de Queronea. Los persas todavía reclamaban Tracia, aunque ya no estuviese bajo su control, así que en un sentido la Macedonia de Filipo estuvo siempre más cerca del imperio persa que los griegos del sur. Había ayudado a que el tebano Pammenes acudiese con su ejército a socorrer a un sátrapa contra el rey persa, y todo el mundo conocía las numerosas victorias conseguidas por los hoplitas sobre ejércitos orientales mucho más numerosos, un hecho que los panhelenistas repetían constantemente. Asia Menor y el imperio en general eran ricos, accesibles y aparentemente vulnerables. Filipo ya había cumplido los cuarenta, estaba en forma y en activo a pesar de sus heridas, era la cabeza de un amplio reino y líder de un ejército excelente. A pesar de todo su talento diplomático, debía su crecimiento a la fuerza militar, porque había estado en campaña con pocos descansos durante todo su reinado. El régimen que había creado y ahora encabezaba necesitaba

más victorias, más gloria, más botines con los que recompensar a soldados y aristócratas, y para financiar sus nuevos acuerdos, despliegues de poder y regalos para conseguir apoyos por toda Grecia. Atacar a Persia ofrecía riquezas y gloria que excederían todo lo que ya había hecho.[256]

Filipo bien puede haber estado pensando en una expedición a Persia durante muchos años antes de emprenderla. Sus campañas en Tracia habían preparado el camino; le habían dado un control seguro de los puntos de paso más directos hacia Asia, pero es un error imaginarlo diseñando un plan claro a largo plazo mientras que todo lo demás era poco más que preparación para la gran guerra con Persia. La expansión hacia Tracia era un fin útil por sí mismo que añadía a su territorio riquezas y mano de obra al tiempo que protegía de ataques el núcleo de su reino. En un sentido más inmediato, sus tratados en Grecia tras Queronea y probablemente también sus intentos de un acuerdo pacífico anteriormente sin duda los hizo pensando en la guerra con Persia. Quizá los panhelenistas tenían razón y los helenos se unirían entusiásticamente para derrotar y saquear Persia, el enemigo «real». Escoger como pretexto para declarar la guerra una ofensa cometida siglo y medio antes nos resulta pobre a ojos modernos, pero no lo era tanto para los griegos, que estaban acostumbrados a ventilar antiguos agravios o amistades cuando les resultaba conveniente. La destrucción de los templos era una causa apropiada para el hombre que había vengado a Apolo y castigado a Anfisa por su sacrilegio. El generoso tratamiento hacia Atenas, una de las víctimas del comportamiento persa en 480 a.C. y el más severo castigo contra Tebas, que se había unido a los invasores y había luchado contra los otros griegos en Platea, eran gestos aún más apropiados al revivir esta historia, y sin duda fue algo deliberado.[257]

Los griegos no tenían más alternativa que acceder a la guerra y escoger a Filipo para encabezarla, pero eso no significa que algunos, quizá muchos, no estuviesen encantados ante la perspectiva. El rey no anunció sus propósitos principales para ir a la guerra ni dijo qué consideraría una venganza adecuada por el insulto a los dioses griegos. Lo más probable es que no tuviese planes fijos, y que los hubiese desarrollado con el tiempo según iba la guerra. Por el momento, Filipo había conseguido una gran victoria, había conformado una paz que al menos a corto plazo parecía segura y estaba a punto de embarcarse en una gran expedición.

El rey tenía muchos motivos para sentirse satisfecho con sus planes. Si nuestras fuentes son correctas, también estaba enamorado, y a finales de 337 a.C. Filipo volvió a casarse a los cuarenta y cinco años. Su prometida era una adolescente, y al contrario que todas sus otras esposas, procedía de la Baja Macedonia, el corazón del viejo

reino. Se llamaba Cleopatra, y dado que este nombre aparece más de una vez en la familia real, es posible que fuese argéada y es seguro que procedía de una importante familia aristócrata. Aunque su padre había muerto, era sobrina y pupila de Atalo, un noble de mediana edad. Cleopatra era joven y hermosa, y nuestras fuentes nos dicen que Filipo estaba perdidamente enamorado y se casó por amor, no por ventajas políticas.

Algunos estudiosos son reacios a creer que el tozudo Filipo se viese de repente influido por la emoción y prefieren considerar el matrimonio como un acto cuidadosamente calculado. A menos que lo matasen, la longevidad de su familia insinuaba que era más que probable que el rey tuviese décadas de vida por delante. En estos momentos, Alejandro demostraba talento y era abiertamente el favorito para la sucesión, pero el otro único hijo fruto de los matrimonios de Filipo era incapaz, y para entonces la mayoría de sus esposas empezaban a ser demasiado mayores como para tener algún otro hijo. Concebir un hijo o dos más era una inteligente precaución en caso de que Alejandro no lo sobreviviese o demostrase ser una decepción. Aunque este argumento es razonable, deberíamos señalar que dado que Filipo había planeado ir a Oriente en 336 o como muy tarde en 335 a.C., solo tenía tiempo para embarazar a su esposa quizá dos veces incluso en el mejor de los casos, y no era su costumbre llevarse a sus esposas a las campañas.[258]

Aparte del asunto de la sucesión, si tras su último matrimonio había planteamientos políticos, fue por primera vez por preocupaciones internas más que por asegurar sus fronteras. Dado que Filipo esperaba pasar al menos unos pocos años en Asia o quizá más tiempo, necesitaba asegurarse de que Macedonia estaba protegida de desafíos a su corona. Desafortunadamente, sabemos muy poco sobre la influencia e identidad de la aristocracia macedonia, de modo que solo podemos hacer conjeturas sobre las relaciones de Filipo con la aristocracia durante su reinado, y dar por hecha una tensión constante entre diferentes grupos, de los cuales no serían los menos importantes los clanes de la Alta y Baja Macedonia. Atalo, el tío de la nueva esposa, bien puede haber sido el líder de una facción o el cabeza de una gran familia en el país y en la corte, de modo que tuviese un interés personal en que Filipo conservase la corona. Pero no se lo menciona en nuestras fuentes antes de 337 a.C., así que en realidad apenas sabemos nada sobre él, y resulta imposible saber si su importancia en la corte venía de antes o era resultado de que el rey se hubiese casado con su sobrina. El cálculo político no excluye los sentimientos, y puede que Filipo amase a Cleopatra, tal como Plutarco afirma que antes había amado a Olimpia. Tampoco, ni siquiera en una sociedad dominada por los hombres como esta, debemos ver a las

esposas como seres pasivos en todo el asunto, carentes de determinación y ambición. No es improbable que un hombre de mediana edad, especialmente uno que estaba a punto de embarcarse en los rigores de una gran guerra, se enamorase perdidamente de una mujer mucho más joven.[259]

Alejandro asistió al gran festín que celebraba la unión reclinado en un sofá cercano al rey. Olimpia no estaba presente, ni tampoco Cleopatra, dado que las mujeres de buena familia no tomaban parte en estos ruidosos acontecimientos regados de alcohol. Según avanzaba la noche, el vino fluía y las lenguas se soltaban como solía ocurrir en estas fiestas. Atalo levantó su copa y propuso un brindis, pidiéndole a los dioses que la unión le diese al reino un heredero legítimo, lo que suponía uno con la sangre pura de la Baja Macedonia, en lugar del hijo de extranjeras como Olimpia y Filina. No sabemos si escogió cuidadosamente sus palabras o estas salieron de un hombre que estaba demasiado ebrio como para saber lo que estaba haciendo. Alejandro las oyó claramente, o al menos creyó oírlas, y comprensiblemente se enojó. Le tiró la copa a Atalo y le exigió saber si lo estaba llamando bastardo. Filipo intervino. Hubiese oído o no lo que se había dicho, era el anfitrión, y su tarea era mantener la paz y evitar la violencia, y más aún contra el tutor de su nueva esposa. Se levantó e incluso desenfundó la espada, pero estaba tan borracho que al avanzar cojeando hacia su hijo, el rey tropezó y cayó de bruces. Alejandro se burló de él: «¡Mirad todos! ¡Aquí está el hombre que se está preparando para cruzar de Europa a Asia y le cuesta cruzar de un sofá a otro!». Los amigos de Filipo consiguieron contenerlo mientras su hijo se marchaba. Alejandro se fue no solo del festín, sino que dejó Macedonia, se llevó a su madre a Epiro y luego buscó refugio con un líder ilirio.[260]

Por sí mismo, el reciente matrimonio de Filipo no era un desafío directo ni para Olimpia ni para Alejandro. Ella seguía siendo la madre del sucesor obvio si el rey moría, e incluso si Cleopatra le diese un hijo a Filipo, pasarían años antes de que todos pudiesen confiar en que el muchacho sobreviviría y sería un heredero adecuado bajo la guía de un regente. Nada nos sugiere que Filipo estuviese dispuesto a retirar el favor que abiertamente le había dado a Alejandro. Después de Queronea encargó un gran monumento en el santuario de Zeus en Olimpia. Conocido como el Filipeo, era de forma circular (un *tholos*) y el techo de tejas estaba apoyado en un círculo exterior de dieciocho columnas jónicas y uno interior de nueve columnas dóricas. En el centro, al menos parcialmente visible desde fuera, porque no tenía paredes, había cinco estatuas de mármol decoradas con oro. En el centro de ellas se encontraba la de Filipo, con sus padres a un lado y Alejandro y Olimpia al otro. Era su monumento (el nombre significa

«el edificio de Filipo»), para su gloria, y lo colocaba en el corazón de la dinastía. Estaba situado en uno de los mayores y más visitados santuarios panhelénicos, y su inusual forma circular y el esplendor del monumento aseguraban que destacase, honrando al líder de los griegos en la guerra de venganza contra Persia.[261]

Alejandro, y solo Alejandro, representaba un futuro tras Filipo en el Filipeo. No había una estatua de su otro hijo Arrideo, ni de Amintas, el sobrino de Filipo, aunque aproximadamente por esta época, este último se había casado con la hija del rey Cinane. Solo Olimpia, y ninguna otra esposa, estaba representada como madre de su heredero. Pero Filipo estaba en el centro de todo y no tenía pensado morir pronto, de modo que contaba con tener un largo futuro. No había una posición formal de heredero al trono, ni ninguna regla fija que dictase el orden de la sucesión. Alejandro llegaría a ser rey si conseguía sobrevivir a su padre y conservaba el favor de Filipo por encima de otros posibles candidatos. Cuanto más viviese el rey, más probabilidades había de que Alejandro muriese, quedase lisiado o acabase convertido en un héroe venido a menos comparado con un medio hermano más joven. Ninguna fuente nos dice si Filipo pensaba llevarse a Alejandro a Asia con él o dejarlo como regente en Macedonia, y las muchas afirmaciones positivas en un sentido u otro en los libros modernos son completamente conjeturas. En cualquier caso, su todavía vigoroso padre le hacía sombra.[262]

Alejandro sin duda estaría molesto. El príncipe, con diecinueve años, era impaciente, irascible, decidido y obsesivamente competitivo. Toda su futura carrera evidencia estos rasgos, además de una profunda vena de desconfianza y envidia. Sea o no cierta la historia de que lamentaba cada éxito de su padre como una victoria menos para él, la relación de Alejandro con Filipo era todavía más complicada y tensa porque ambos anhelaban la gloria. Incluso para los estándares de su época, eran ferozmente competitivos; el padre, porque ya había hecho mucho y anhelaba aún más, y el hijo, porque los actos del padre habían elevado el listón por ser el mejor todavía más que antes. A pesar de todo su prodigioso talento, no deberíamos esperar una madurez emocional excepcional del joven príncipe, que tenía problemas para sobrellevar su papel secundario. Sabía que su futuro dependía de su padre. Racionalmente hablando, vemos que ni Arrideo ni Amintas pueden haber sido rivales serios, pero el matrimonio de este último era una señal de favor del rey. Podría haberlo sido el enigmático Carano si es que había alcanzado la adolescencia y gozaba del favor de Filipo, pero solo lo menciona Justino entre los hermanos, y si existió era presumiblemente ilegítimo. No sabemos lo suficiente sobre la historia argéada como para saber con certeza que ningún bastardo llegó a ser reconocido y quizá reinó. Para nosotros es obvio

que Alejandro sería rey si le ocurría algo a Filipo en un futuro cercano, y Filipo sin duda pensó lo mismo. Eso no significa que Alejandro lo supiese y que no temiese a rivales, reales o imaginados.[263]

Los banquetes eran un modo tradicional para festejar al rey, y también, a menudo, para burlarse de otros. Tenían un papel a la hora de mostrar y poner a prueba el orden jerárquico en la corte y las relaciones entre el rey y sus hombres principales. Los intercambios airados, normalmente en estado de embriaguez, eran corrientes, pero el rey siempre estaba en el centro, por encima de todos los demás, incluyendo su hijo. Se cuenta que Filipo expresó un gran orgullo por su hijo, especialmente cuando se alababa su valor en Queronea, pero al mismo tiempo también es posible que quisiera recordarle a Alejandro que era el hijo del rey y todavía no era el rey. A pesar de su carisma personal y talento diplomático, en ocasiones Filipo cometía errores y no se ganaba siempre a todos. Nadie sale demasiado bien parado de la discusión en el banquete de bodas, y es posible que el rey manejase mal el asunto y quizá no se le daba bien tranquilizar a su hijo. Nuestras fuentes dicen que Alejandro se fue por decisión propia, sin que hubiese ninguna muestra de que hubiese sido exiliado o que lo amenazasen con castigarlo. Tampoco hay sugerencia alguna de que Alejandro u Olimpia tratasen de incitar una guerra contra Filipo. Epiro era demasiado pequeña como para desafiar el poder de Macedonia, y ya habían quedado atrás los días en que un pretendiente al trono con respaldo ilirio tuviese alguna posibilidad de éxito.[264]

Plutarco nos cuenta que Demerato, un amigo-invitado corinto de Filipo, persuadió al rey para que llamase a su hijo. Fuese cual fuese la razón, tras un periodo relativamente corto, unos pocos meses como mucho, Filipo invitó a su hijo a volver a casa. Alejandro regresó y su padre siguió tratándolo con el mismo favor. Pero todos sabían que Filipo había permitido que regresara, un recordatorio de la autoridad del rey. Nadie nos cuenta si Olimpia permaneció en Epiro, pero nuestras fuentes rara vez mencionan los movimientos y actividades de las mujeres de la casa real. Atalo continuó disfrutando de un favor considerable, y Filipo lo escogió para que acompañase a Parmenio al mando del ejército avanzado de cien mil hombres que serían los primeros en cruzar a Asia en 337 a.C. A finales de año Cleopatra estaba embarazada, lo que potencialmente reforzaba su estatus.[265]

Filipo continuó usando las bodas en su política diplomática, y en algún momento se acordó que Cleopatra, la hermana de Alejandro, se casaría con su tío, Alejandro de Epiro, reforzando aún más la alianza entre los reinos. En términos políticos era un buen emparejamiento, y significaba que Cleopatra no se casaría con un noble macedonio y no crearía otro linaje de la familia argéada. Los estudiosos tienden a verlo

como una concesión a Olimpia por el insulto que le había dedicado Atalo y la consiguiente pelea, o, en el otro extremo, como un modo de eludirla por completo conectando a Alejandro de Epiro con Filipo independientemente de ella, volviéndola así irrelevante. Ambas posturas complican el asunto en demasía.[266]

Tras el regreso de Alejandro a la corte, se presentó ante Filipo un emisario de Pixodaro, gobernante de Caria en Asia Menor y uno de los hijos de Mausolo, famoso por su lujosa tumba o mausoleo. Los carios no eran griegos, pero hacía tiempo que mostraban afinidad por muchos aspectos de la cultura y arquitectura griegas. Formaban parte del imperio persa, aunque las rebeliones organizadas por los sátrapas de Asia Menor y en ocasiones contra ellos, hacían que la relación fuese compleja, y en los asuntos cotidianos, incluyendo la diplomacia, tenían un alto grado de independencia. Plutarco afirma que Pixodaro buscaba un aliado contra los persas y ofreció a su hija como esposa para Arrideo. Filipo expresó interés, porque Caria era un estado lo suficientemente grande para que fuese un pacto honorable y sería un aliado útil en su futura campaña.

Alejandro estaba preocupado, se sentía apartado al ver que ahora su padre acordaba un matrimonio para su medio hermano igual que había hecho con Amintas. Su círculo de amigos y su madre (allá donde estuviese) alimentaron sus sospechas de sentirse marginado. Eligió como representante a un conocido actor llamado Tesalo y lo envió a Caria para ofrecerse como futuro esposo en lugar de su hermano. Pixodaro se mostró encantado.

Filipo no. Los matrimonios reales los controlaba el rey y nadie más, ni siquiera un hijo favorito. Acompañado por Filotas, el hijo de Parmenio, que era un poco mayor que Alejandro y su amigo, el rey acudió a los aposentos de Alejandro para tener una seria conversación con su hijo. Según Plutarco, le dijo que era un necio y que no se estaba comportando de un modo adecuado a su posición. Casarse con la hija de una simple dinastía loca, «una caria y esclava de un rey bárbaro» estaba por debajo de él. Se rompieron las negociaciones y la esperada alianza quedó en nada. Poco después Pixodaro casaría a la muchacha con un sátrapa persa. Se envió la orden de arrestar a Tesalo y devolverlo encadenado a Macedonia, pero sabiamente el actor decidió continuar su carrera en otra parte y no fue detenido. Cuatro de los amigos íntimos de Alejandro, Ptolomeo (más tarde rey de Egipto y cronista de las campañas de Alejandro), Hárpalo, Nearco y Erigio, fueron desterrados, posiblemente porque se creía que habían animado al príncipe.[267]

Plutarco es nuestra única fuente de esta historia, y parece datarla tras el regreso de Alejandro de Iliria. En ella, el joven príncipe se muestra profundamente inseguro, impetuoso y está rodeado de amigos

y de una madre que lo animan a reivindicar su independencia de su padre. Se trataba de política y de posición aparente, no de una necesidad por parte de un Alejandro de diecinueve años por casarse y tener hijos. Una vez ocupado el trono, Alejandro esperaría muchos años antes de tomar una esposa. Su vida sexual atrae mucho interés, pero solo aparece en unos pocos fragmentos de nuestras fuentes, muchos de los cuales son de dudosa veracidad. Se supone que más adelante diría que odiaba dormir y el sexo porque le recordaban que era mortal, en particular porque evidentemente no podía pasar sin ninguno de los dos. Se supone que durante su adolescencia sus padres habían mostrado preocupación porque no mostraba interés por las mujeres, y contrataron a una famosa cortesana griega para llamar su interés. El experimento fracasó, y comparado con su notoriamente promiscuo padre, Alejandro tuvo muchas menos amantes.[268]

Hefestión era un amigo de juventud que más tarde alcanzaría una gran prominencia; su muerte quedó marcada por un extraordinario y excesivo despliegue de luto por parte de Alejandro. La unión entre ambos era íntima, quizá más que casi con cualquier otra persona, pero la naturaleza precisa de su relación es esquiva. En siglos posteriores se creyó que eran amantes, dos héroes a la altura de Aquiles y Patroclo de la guerra de Troya, que habían sido retratados de manera similar, aunque esto requiera leer muchísimo entre líneas en *La Ilíada*. La idea de dos famosos guerreros luchando hombro con hombro, confiando y amando completamente al otro, ejercía un potente atractivo para los aristócratas griegos, lo que dificulta saber si se trataba de un ideal o siquiera una realidad generalizada, por no hablar de casos concretos, como en el caso del Batallón Sagrado. Además existe la tendencia de interpretar como sexuales todas las relaciones, particularmente las relacionadas con los reyes. La sencilla verdad es que no lo sabemos, y no podemos decir más que posteriormente muchos creyeron que el sexo formaba parte de la relación. Hefestión apenas es mencionado hasta que Alejandro lo ascendiese aún más. Era más alto que su amigo, y de una belleza más convencional, pero también tenía un carácter áspero que le creó muchos enemigos.[269]

Hefestión no fue desterrado tras el asunto con Pixodaro, y es significativo que tres de los amigos nombrados fuesen griegos y no macedonios. Ptolomeo era de la Alta Macedonia, aunque afirmaciones posteriores de parentesco con los argéadas, por no mencionar el rumor de que era el hijo bastardo de Filipo, fueron invenciones derivadas de las luchas de poder tras la muerte de Alejandro. La inclusión de no macedonios en el círculo interno del príncipe refleja la naturaleza cosmopolita de la corte de Filipo, en la que hombres que lo habían servido bien eran recompensados con tierras, honores y rango. Puede que resultase más sencillo expulsar a extranjeros que a otros amigos

que tenían relaciones con familias aristocráticas establecidas. El propósito de Filipo volvió a ser recordarle su superioridad a Alejandro, no degradarlo ni socavar su posición de heredero favorito. Sucesos posteriores dejan claro que el príncipe todavía tenía muchos amigos y aliados en la corte. Por el momento, y por muchos años, Alejandro sería visto como el sucesor natural de Filipo.

---

250. En general, véase P. Vaughn, «The identification and retrieval of the hoplite battle-dead», en V. Davis Hanson, Hoplites. The Classical Greek Battle Experience (1991), pp. 38-62, esp. 43-4.
251. Diodoro Sículo 16.88.1-2, Plutarco, Foción 16.3, Demóstenes 20.3.
252. Diodoro Sículo 16.87.3, 17.13.5, Justino, Epítome 9.4.7-8, Polibio 5.10.1-5 sobre la simpatía que, casi doscientos años después, seguían sintiendo por Filipo muchas comunidades del Peloponeso; cita de Plutarco, Moralia 177 D.4; en general véase también C. Roebuck, «The settlements of Philip II with the Greek states in 338 a.C.», Classical Philology, 43 (1948), pp. 73-92.
253. Hay quien afirma que Filipo deseaba conservar la flota ateniense para poder utilizarla en su guerra contra Persia, por ejemplo Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 570, 619, pero de ser así es extraño que ni él ni Alejandro la utilizasen demasiado, cf. Worthington, Philip II, pp. 155-6 se muestra escéptico, en particular porque la existencia de cualquier plan para una guerra en Oriente era improbable al principio de su reinado.
254. Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 623-46, S. Perlman, «Greek diplomatic tradition and the Corinthian League of Philip of Macedon», Historia, 34 (1985), pp. 153-74, W. Adams, «Philip II, the League of Corinth and the governance of Greece», Ancient Macedonian, 6 (1999), pp. 15-22.
255. Justino, Epítome 9.5.1-8, Diodoro Sículo 16.89.1-3.
256. Isócrates, Cartas 3.3, con M. Sakellariou, «Panhellenism: from concept to policy» en M. Hatzopoulos y L. Loukopoulos (eds), Philip of Macedon (1980), pp. 128-45, Worthington, Philip II, pp. 166-7.
257. Para una exposición más amplia sobre la decisión de declararle la guerra a Persia, véase J. Buckler, «Philip II, the Greeks and the king, 346-336 a.C.», Illinois Classical Studies 19 (1994), pp. 99-122, E Bloedow, «Why did Philip and Alexander launch a war against the Persian Empire?», L'Antiquité Classique, 72 (2003), pp. 261-74.
258. Carney, Women and Monarchy in Macedonia, pp. 68-75, quien sugiere que el deseo de tener herederos era el motivo principal para el matrimonio, con Worthington, Philip II, pp. 172-4, Hammond, Philip of Macedon, pp. 171-3; A. Bosworth, «Philip II and Upper Macedonia», CQ, 21 (1971), pp. 93-105, esp. 102-3 sugiere que el matrimonio

debería ser considerado en el contexto de las luchas de poder entre la nobleza de la Alta y Baja Macedonia; W. Heckel, «Cleopatra or Eurydice», Phoenix, 32 (1978), pp. 155-8 explora asuntos similares aunque llega a conclusiones diferentes.
259. Para una exposición sobre política interna, véase W. Heckel, «Factions and Macedonian politics in the reign of Alexander the Great», Ancient Macedonia, 4 (1986), pp. 293-305, 298 señala lo aparentemente fácil que le resultó a Alejandro deshacerse de Atalo, lo que sugiere que no formaba parte de un partido especialmente poderoso de familiares y partidarios.
260. Plutarco, Alejandro 9-4-5, con Justino, Epítome 9.7.3-4 en una versión más breve. Si la anécdota es cierta, según el mismo estándar Filipo, de madre iliria, también sería ilegítimo, lo que lleva a algunos a desestimarla porque sin duda Atalo no habría insultado al rey. Esto implica que las palabras fueron claras, se oyeron correctamente y que Filipo era sensible al respecto, nada de lo cual es necesariamente cierto, véase Hammond y Griffith, A History of Macedonia, pp. 676-8, Carney, «The politics of polygamy», pp. 169-89, esp. 174-6, y W. Greenwalt, «Polygamy and succession in Argead Macedonia», Arethusa, 22 (1989), pp. 19-45, esp. 41-2.
261. Worthington, Philip II, pp. 164-6, R. Townshend, «The Philippeion and fourth-century Athenian architecture», en O. Palagia y S. Tracy (eds), The Macedonian in Athens, 322-229 BC (2003), pp. 93-101, Hammond and Griffith, A History of Macedonia, pp. 692-4.
262. E. Fredricksmeyer, «Alexander and Philip: Emulation and resentment», The Classical Journal, 85 (1990), pp. 300-15.
263. Como hemos visto, Platón, Gorgias 471B alegaba la ilegitimidad de Arquelao, pero esto puede ser un reflejo del desconocimiento de la poligamia macedonia; sobre Carano/Karano, Justino, Epítome 9.7.3, 11.2.3, con Unz, «Alexander's brothers?», pp 171-4.
264. Plutarco, Alejandro 9.3 sobre el orgullo de Filipo por Alejandro.
265. Ibid., 9.6; Justino, Epítome 9.7.7-8 implica que Olimpia no estaba en Egas en 336 a.C., pero esto no significa necesariamente que no estuviese en ningún lugar de Macedonia.
266. Carney, «The politics of polygamy», pp. 178-9 y Carney, Women and Monarchy in Macedonia, pp. 75-6.
267. Plutarco, Alejandro 10.1-3. Las opiniones sobre esta historia varían considerablemente: por ejemplo, es rechazada por Hammond (1994), pp. 174-5, pero aceptada con cautela por Carney, «The politics of polygamy», pp. 179-80; Fredricksmeyer, «Alexander and Philip», p. 303, sugiere una cronología distinta, especialmente en el exilio de los amigos de Alejandro.
268. Plutarco, Alejandro 4.4, 21.4, 22.3, Ateneo 10.435.
269. Curtio 3.12.16, Diodoro Sículo 17.114.1, 3, con una lista

completa de fuentes en W. Heckel, Who's Who in the Age of Alexander the Great. A Prosopography of Alexander's Empire (2006), pp. 133-7.

13.
«ADORNADO ESTÁ EL TORO»: PASIÓN, AMBICIÓN Y VENGANZA

En 336 a.C., Filipo tenía muchas razones para sentirse complacido con la vida. Como de costumbre, las fuentes son vagas acerca de lo que hizo y dónde durante gran parte de este año y el anterior, y con cada débil prueba, algunos estudiosos han sugerido una campaña en Iliria por esta época. El gran proyecto era la preparación para su expedición persa, y esto ocupó gran parte de su tiempo y una parte aún mayor de sus recursos. La sacerdotisa pítica en Delfos respondió hablando de un sacrificio: «Adornado está el toro. Todo está hecho. También está aquel que lo golpeará». Filipo no tenía duda de que el rey persa era el toro con la guirnalda y él, el hombre que empuñaba la espada del sacrificio. En primavera, la avanzada cruzó el Helesponto y avanzó hacia Asia Menor. Como de costumbre, la respuesta persa fue lenta y al principio torpe, porque ningún sátrapa contaba con un importante ejército a su inmediata disposición y en la corte real había aún más intrigas y asesinatos. Las ciudades, especialmente las comunidades griegas de la región, rápidamente se unieron a los invasores antes que arriesgarse a enfrentarse a ellos. En Éfeso, un nuevo régimen democrático asumió el control y erigió una estatua de Filipo dentro del precinto del gran templo de Artemisa, y todo sumado supuso un comienzo excelente.[270]

Antes de que partiese la expedición, en la corte tuvo lugar un episodio brutal que lo cambiaría todo, aunque ni Filipo ni Alejandro estuvieron involucrados directamente. Atalo, el tío de Cleopatra, celebró una fiesta en la que uno de los invitados era Pausanias, que procedía de la Oréstide, en la Alta Macedonia. Años antes, probablemente cuando era paje, Filipo se había fijado en él y durante un tiempo se convirtió en su amante. Siempre caprichoso, el rey pronto había fijado su atención en otro joven, que causalmente también se llamaba Pausanias. En Atenas se consideraba inapropiado

mantener una relación una vez que al joven le había crecido la barba, pero esas actitudes bien pueden haber sido distintas en otra parte. El amante despechado estaba celoso y enfurecido, y lo pagó con el nuevo favorito, al que llamó «fácil» y del que dijo que era tanto hombre como mujer. La convención era que un joven tenía que ser cortejado antes de entregarse a un amante mayor, y este debía enseñarle y hacerle regalos. La reputación y el honor les importaban mucho a los aristócratas, especialmente a los jóvenes deseosos de hacerse un nombre como guerreros. El segundo Pausanias decidió demostrar su hombría más allá de toda duda muriendo en batalla, y tuvo su oportunidad en Iliria en 345 a.C. cuando Filipo cayó con la clavícula rota. Pausanias lo salvó y murió en el acto.

Atalo era amigo del joven muerto, del que se decía que le había contado su plan. Se vengaría en algún momento del invierno de 337-336 a.C., cuando gozaba del favor real. Emborrachó al otro Pausanias, algo no muy difícil de conseguir en el entorno de la corte. Cuando el joven estaba indefenso, el noble y sus otros invitados le dieron una paliza y puede que lo violasen. Después, para profundizar en el dolor y especialmente en la humillación, se lo entregaron a los muleros de Atalo, que lo violaron en grupo. Aparte de la venganza, se trató de un gesto de poder por parte de Atalo, porque no hizo intento alguno por ocultar lo que había hecho.[271]

Pausanias se quejó a Filipo, que se mostró reacio en castigar al tío de su embarazada nueva esposa y uno de los dos generales que había nombrado para la avanzada. No quería una ruptura con Atalo por un asunto que no lo afectaba directamente a él. En su lugar, Filipo quiso aplacar al joven, así que lo ascendió y lo nombró uno de los siete escoltas reales, una posición de confianza y honorable. Atalo pronto fue enviado a la guerra, y ya no tenía la oportunidad de burlarse de su víctima, pero sus partidarios, incluida Cleopatra, permanecieron en la corte, favorecidos y desdeñosos. Olimpia le ofreció su simpatía a Pausanias, y también lo hizo Alejandro, bien fuese porque estaban verdaderamente conmovidos o por antipatía hacia Atalo. Alimentaron la sensación de indignación y de lo equivocado del castigo mientras Pausanias lo rumiaba, enfurecido no solo con el hombre que lo había atacado, sino con Filipo, el rey que no le había hecho justicia a quien había sido su favorito.[272]

La boda de Alejandro de Epiro y Cleopatra, la hija de Olimpia, tendría lugar en Egas durante un festival, y Filipo aprovechó ambos eventos para celebrar y hacer ostentación de su éxito y popularidad. Acudieron invitados de toda Grecia, delegados oficiales e invitados-amigos del rey e incluso de sus nobles fueron bienvenidos. Se trataba de demostrar su generosidad y de exhibir su imagen de líder escogido por la liga de los griegos para liderarlos en la gran guerra. La

delegación ateniense anunció la concesión de nuevos honores, incluyendo el juramento de no ayudar ni dar refugio nunca a quien hubiese conspirado contra el rey, sino entregárselo. También le entregaron una corona dorada, un regalo simbólico y valioso que añadir a sus fondos, como hicieron los representantes de otras ciudades griegas, que fueron igualmente aduladores en su afán por asegurarle su lealtad al rey. Existe un debate sobre si el suceso ocurrió en verano o a principios de otoño, pero parece probable que fuese durante el festival olímpico alrededor de octubre. Independientemente de cuándo planeó Filipo llevar al ejército principal a Asia Menor, pensaba esperar hasta la primavera siguiente antes de lanzar la ofensiva principal.[273]

Hubo generosos sacrificios de animales, seguidos de banquetes, porque era común en el Mundo Antiguo servir la carne de los sacrificados en un banquete ceremonial. Un actor conocido y popular entretuvo a los invitados con una selección de obras considerada adecuada para la ocasión. Un verso comenzaba: «Tus pensamientos alcanzan más arriba del cielo: sueñas con el cultivo de amplios campos», pero advertía al rey de que no diese el futuro por sentado. Porque «la muerte, la fuente de muchas penas de los mortales... golpea repentinamente de la nada... y nos roba nuestras distantes esperanzas». Filipo lo aprobó, tomándolo como una advertencia para el rey de reyes persa que, a pesar de su poder y gloria, estaba condenado a caer y morir. Al día siguiente tendría lugar el comienzo del festival propiamente dicho, en el que se celebrarían competiciones de artistas en el teatro. Se trataría de otro espectáculo y la multitud se reunió antes del amanecer y ocupó sus asientos. En la procesión que inauguraría el festival habría un desfile de estatuas de los doce dioses olímpicos, los dioses de Grecia, para que fuesen testigos y aprobasen las expresiones de la alta cultura griega. Las seguía de cerca una estatua de Filipo, no para reivindicar un estatus divino, sino para mostrar que tenía el favor y la aprobación de los dioses.[274]

La culminación de la procesión fue la llegada de Filipo en persona, y lo había organizado con gran cuidado para ser el último en aparecer. El público ya estaba allí, con las imágenes de los dioses como recordatorios de su bendición. Al contrario que un rey persa, Filipo no trató de llegar a caballo ni rodeado de apretadas filas de guardias y cortesanos. Los siete escoltas reales, Pausanias entre ellos, permanecían a un lado, sosteniendo sus jabalinas. Finalmente, en el momento perfecto, Filipo llegó al teatro, con Alejandro a un lado y Alejandro de Epiro al otro. Luego, Filipo se detuvo y permitió que los dos jóvenes se adelantasen hasta sus asientos.

Filipo II, rey de Macedonia, *archon* de Tesalia y *hegemon* de los griegos, se erguía solo. Su capa estaba teñida de un resplandeciente

blanco, pero aparte de eso, los adornos de la monarquía eran pocos, al contrario de las magníficas túnicas de un rey persa. Filipo no necesitaba esas galas para darse importancia. Sus logros y su poder quedaban demostrados por todos los que habían acudido a la ceremonia, y por todo lo que había hecho en los veinte años anteriores, más o menos. No necesitaba que lo protegiesen hombres armados, y a pesar de toda su gloria seguía siendo un argéada que se vestía de un modo solo ligeramente distinto al de sus Compañeros, y encantado de festejar con ellos, bebiendo y riendo alegremente, igual que hacía con sus invitados griegos.

El rey, de cuarenta y seis años, disfrutaba del momento y los vítores de la multitud. Los líderes tienden a tener una señalada vena dramática y esto era especialmente cierto en el Mundo Antiguo. Filipo esperó, disfrutando del aplauso, antes de empezar a caminar. Cojeaba, pero, como el ojo que había perdido, no era algo que tratase de ocultar, lo que también contrastaba con los reyes de Persia, donde se esperaba que el monarca fuese físicamente perfecto. Filipo era el centro de las celebraciones del día por quien era y lo que había hecho. Los retumbantes vítores eran expresiones de todo lo que había conseguido, y la promesa de toda la gloria que esperaba conseguir en el futuro. Nunca antes se habían reunido griegos de tantas ciudades para agasajar a un hombre. Solo Filipo lo había conseguido, igual que solo Filipo había convertido a Macedonia en una potencia. Este era su momento, y solo él se llevaría el mérito mientras se acercaba a su asiento y los vítores de miles de personas resonaban por el teatro.

Entonces, sin previo aviso, Pausanias salió de la formación de los escoltas y corrió hacia la solitaria figura. Filipo no tuvo tiempo de reaccionar antes de que lo alcanzase el joven. Pausanias soltó su jabalina y sacó un puñal «celta» que llevaba oculto bajo la capa. Golpeó una vez, apuñalando al rey entre las costillas. Filipo cayó y murió en segundos, antes de que nadie pudiese reaccionar, en realidad antes de que nadie entendiese lo que había ocurrido. El asesino corrió hacia donde estaban los caballos para huir. Tres de sus compañeros escoltas lo persiguieron de cerca, hombres que debían de conocerlo bien. Pausanias les llevaba una buena ventaja, hasta que tropezó con una raíz y se cayó. Los escoltas lo detuvieron y lo mataron con sus jabalinas. Crucificaron su cadáver como castigo, sin que el asesino hubiera pronunciado unas últimas palabras de triunfo o justificación. El cruel tratamiento que había recibido de Atalo y los suyos era bien conocido; de hecho, que fuese público profundizó la ofensa. Todos entendieron que había actuado por venganza, porque Filipo no le había hecho la justicia que merecía como leal súbdito y antiguo amante. Más tarde, Aristóteles lo citaría como ejemplo de un asesinato motivado por lo que el asesino consideró un agravio personal.[275]

Rápidamente, quizá en horas, Antípatro presentó a Alejandro ante un grupo de oficiales y soldados que lo proclamaron rey a la manera tradicional. Antípatro, que tenía alrededor de sesenta y tres años, ya había vivido asesinatos y sucesiones reales, y era un general importante durante el reinado de Pérdicas III, si no antes. Con Parmenio y Atalo lejos en Asia, era el más prominente de los subordinados de rango superior de Filipo que estaba presente, lo que ayudó a que actuase con decisión. Tenía al menos diez hijos, y una de sus hijas estaba casada con Alejandro de Lincéstide, probablemente de uno de los linajes reales de la Alta Macedonia y posiblemente un argéada. En cualquier caso, este Alejandro y sus dos hermanos tenían las conexiones suficientes como para ser considerados rivales. El yerno de Antípatro se unió a este en la aclamación del nuevo monarca para demostrar su lealtad. Un rey había muerto y Macedonia tenía un nuevo rey, pero los antecedentes de los argéadas dejaban claro que la sucesión rara vez era sencilla o quedaba sin contestar. Sin embargo, el reino no era tan débil como para ser presa fácil de intervenciones de potencias extranjeras que respaldasen a pretendientes al trono, porque Filipo había cambiado eso igual que había cambiado tantas cosas.[276]

Se supone que Pausanias le preguntó a un sofista cómo hacerse famoso, y recibió la respuesta de que el nombre del asesino del hombre más exitoso se conservaría junto con el de la víctima. Diodoro es quien nos cuenta esta historia y quien nos proporciona la descripción más completa del asesinato de Filipo, incluyendo detalles que parecen generalmente de fiar. Pero incluso en aquel momento cundió la incertidumbre, alimentada por rumores y cotilleos y, más recientemente, por las conjeturas académicas. El motivo de Pausanias estaba bastante claro, y según los estándares macedonios, era más que adecuado para provocar un regicidio. El asesinato era una de las formas de morir más comunes entre los argéadas, y otros asesinos ya habían actuado por motivos personales y habían decidido hacerlo en público, como por ejemplo, la muerte del hermano de Filipo, Alejandro II, durante una danza ritual. Pero el misterio y la incertidumbre rodean casi todos los aspectos del final de Filipo. La venganza personal empujó al asesino, pero ¿lo animó o lo ayudó alguien más? En otras palabras, ¿había motivos políticos tras la pasión y la ira?[277]

Pausanias había preparado más de un caballo para su huida. Esto podía significar que había cómplices que debían haber huido con él o simplemente que tenía a un sirviente esperando y quería una montura o monturas de recambio para mantener la ventaja ante cualquier persecución. Puede que los tres escoltas que mataron al asesino antes de que pudiese llegar hasta su medio de huida hubiesen actuado llenos de furia, porque el rey al que servían había sido asesinado y ellos no

lo habían protegido. Por otra parte, puede que hubiesen matado a Pausanias para asegurarse de que no hablaba y no pudiese implicar a nadie más, lo que convertía al asesino en un simple peón en un complot más amplio.

Antípatro actuó muy deprisa. Su respaldo aseguró la aclamación inmediata de Alejandro y conllevó que el nuevo rey confiase en él y lo favoreciese durante el resto de su reinado. Podía tratarse de poco más que un político habilidoso pensando sobre la marcha y sacándole el máximo partido a la situación, y no tiene por qué indicar premeditación. Lo mismo puede decirse de Alejandro. Incluso si la muerte de su padre lo pilló completamente por sorpresa, Filipo había muerto, se necesitaba un nuevo rey y era natural que hiciese cuanto pudiera para asegurarse de ser él. La indecisión nunca fue uno de los defectos de Alejandro, así que dar una respuesta rápida está de acuerdo con su personalidad. Fue quien más se benefició de la muerte, porque era rey a los veinte años, encabezaba un estado y un ejército poderosos y heredó una guerra ya empezada que le ofrecía la perspectiva de gloria y botines muy superiores a cualquier victoria de Filipo. En perspectiva, sabemos que aprovechó la situación completamente, librando la guerra con una energía incansable que es improbable que Filipo, ya de mediana edad, hubiese igualado. Olimpia también disfrutó de un gran avance en su estatus, pasando de ser una esposa entre siete (dependiendo de cuántas siguiesen vivas) a la posición única de amada madre del rey.

Ambos, Alejandro y Olimpia, fueron acusados de estar detrás del asesinato, o al menos de haber alimentado el deseo de venganza de Pausanias. Justino afirma que Olimpia coronó el cadáver del asesino crucificado tras haber vuelto a Egas con el pretexto de asistir al funeral de su esposo. Había orquestado el complot, suministrado los caballos para la huida, y posteriormente honró descaradamente los restos del asesino. Una mujer cruel, salvaje, pero calculadora y asesina resultaba adecuada para los prejuicios de los griegos y posteriormente de los romanos, y gran parte de la culpa se fijó en la esposa más que en el hijo. Aunque nuestras fuentes exageran, parece probable que Olimpia y Filipo acabasen por sentir antipatía el uno hacia el otro, y que ella y Alejandro empezasen a temer por el futuro de este, estuviese o no realmente justificado. Justino dice que Alejandro conocía el complot, al tiempo que vilipendia alegremente la memoria de la mujer antes que la del gran conquistador, y otros afirman que estuvo involucrado hasta cierto grado, aunque solo fuese animando a Pausanias a extender su odio hacia Filipo y Cleopatra además de hacia Atalo. Plutarco nos dice que en aquel momento se culpó más a Olimpia que a su hijo. Tras la muerte de Alejandro, el papel de Olimpia en las guerras entre los generales de su hijo sirvió para dar

más razones a quienes la difamaban y a la vez protegían la reputación de Alejandro, porque cada bando quería ser visto como su auténtico heredero.[278]

También se responsabilizó a otros. Unos años más tarde, Alejandro acusó al rey persa de estar detrás del asesinato, afirmando incluso que este había admitido la acusación. Más inmediatamente, la de Filipo fue la primera muerte de varias en los días, semanas y meses posteriores. Alejandro de Lincéstide se había alineado con su suegro y respaldaba a Alejandro, pero sus dos hermanos fueron menos astutos o quizá más lentos. Fueron acusados de intervenir en el complot y ejecutados, aunque no está claro si se trató de un juicio formal o se siguieron órdenes del nuevo rey. También fue asesinado el adivino real que había supervisado el sacrificio del día del asesinato y había proclamado que los augurios eran buenos, aunque esto fue por su fallo más que por cualquier sospecha de deslealtad deliberada. Amintas, el sobrino al que Filipo había desplazado y mantenido en una cómoda oscuridad durante décadas, fue asimismo asesinado; en 335 a.C. su viuda Cinane estaba disponible para un nuevo matrimonio. Otros argéadas cayeron víctimas de la purga, algunos de los parientes hoy desconocidos del rey, quizá incluyendo un hijo o hijos ilegítimos de Filipo. Arrideo sobrevivió, probablemente porque se le consideraba incapaz de gobernar y por lo tanto no era una amenaza.[279]

Atalo estaba en Asia con Parmenio, y lo que hacían era importante. Como Antípatro, ambos hombres ya habían vivido los efectos de la muerte repentina o el asesinato de un rey. Poco después del asesinato, Cleopatra, la nueva esposa de Filipo, había dado a luz a una hija. Aunque no fuese el hijo que Filipo sin duda había esperado, el bebé estaba sano y era una incorporación a la familia real que podría ser útil en el futuro para cimentar una alianza. Le dio el grandioso nombre de Europa, pero con Filipo muerto, la posición de Atalo era más débil, porque su sobrina ya no tenía la ocasión de tener más hijos. Plutarco afirma que cuando llegó a Asia la noticia del asesinato de Filipo y la proclamación de Alejandro, Atalo intercambió mensajes con Demóstenes, hablando de las posibilidades de una rebelión contra el nuevo rey. En algún momento, el macedonio cambió de idea y le envió a Alejandro una de las cartas de Demóstenes asegurándole su total apoyo. El nuevo rey no se mostró impresionado y envió a Asia una partida encabezada por Hecateo para traer de vuelta a Atalo u organizar su muerte.[280]

Atalo estaba casado con una de las hijas de Parmenio, lo que nos sugiere cierto nivel de intimidad entre ambos durante los últimos años del reinado de Filipo. Lo que Parmenio decidiese era crucial, porque era de lejos el general más prominente de Filipo y era muy popular entre los soldados. Pero solo una parte pequeña del ejército estaba con

él, se encontraba en territorio hostil y desafiar a un Alejandro respaldado por Antípatro era arriesgado. Parmenio prefirió sacrificar a su yerno, al que Hecateo asesinó sin demora. La recompensa era el favor continuado para el viejo general y varios puestos importantes para su familia.

En algún momento, Cleopatra y su bebé fueron asesinados. Se trata del primer caso registrado del asesinato político de una mujer o un bebé en las luchas de poder macedonias, aunque ambas cosas se volverían corrientes tras la muerte de Alejandro. No podemos saber si se trató de un acto de salvajismo sin precedentes, o si mujeres y bebés fueron simplemente ignorados en los breves reportes de anteriores luchas internas entre los argéadas. Se responsabilizó a Olimpia, e incluso se afirmó que lo había hecho mientras Alejandro estaba fuera porque este no lo habría aprobado. Se añadieron detalles espeluznantes que rara vez se mencionaban cuando un hombre cometía un asesinato político, afirmando que fueron asesinadas arrastrándolas sobre una plancha de bronce al rojo vivo, de modo que muriesen abrasadas. Ni madre ni hija eran serias amenazas para el nuevo rey, así que sus muertes sugieren un odio personal, pero si se trataba del de Olimpia, el de Alejandro o el de ambos, no podemos saberlo. Culpar a Olimpia era lo natural dadas las actitudes de la época, y resultaba conveniente para Alejandro. Lo que sabemos de Atalo nos sugiere que era un hombre provocativo, vengativo y antipático, y parece que pocos lo lloraron a él o a su familia (el deseo de ser desapasionados y analíticos a veces lleva a los historiadores a negar la importancia de la personalidad. Al mismo tiempo, la cobertura de los medios de la política contemporánea acentúan las rivalidades y las amistades personales dentro de los partidos políticos, y no digamos ya fuera de ellos, lo que nos recuerda que es un error ver el pasado como si todos actuasen de manera pragmática y la personalidad de los actores no tuviese un papel importante).[281]

Filipo fue asesinado y otros lo fueron después. Los rumores y las acusaciones no son pruebas, y básicamente no podemos saber qué hubo en realidad detrás de cada muerte. En el caso de Filipo no podemos saber si hubo alguien más tras el asesinato o si fue obra de un pobre hombre roto. Si los hermanos de Alejandro de Lincéstide estuvieron tras el complot, su manejo del asunto fue muy torpe. Esto no los exonera, dado que ser competente no es esencial para quienes se embarcan en un delito, pero hace que sea menos probable que tuviesen un papel relevante. Desde el punto de vista persa resultaba muy atractivo eliminar a Filipo asesinándolo, porque les daba una posibilidad asequible de quitarle brío a la guerra que se había lanzado contra ellos, o incluso acabar con ella; no podían conocer por entonces la ferocidad de su sucesor. Los persas tenían oro para sobornos, y

algunos contactos en la corte macedonia y entre los estados griegos, aunque esto no significa que tuviesen la capacidad de organizar el asesinato. Antípatro estaba bien situado para mover las cuerdas entre bambalinas, fuese de acuerdo con Alejandro o por su cuenta, si damos por hecho que deseaba la muerte del hombre al que había servido lealmente durante tanto tiempo y creía que le iría mejor con un nuevo rey.[282]

Alejandro ordenaría muchas muertes durante su reinado, y en estado de ebriedad mataría con sus propias manos a un hombre al que había conocido toda su vida. Sin embargo, para los griegos matar al propio padre era uno de los actos más terribles de impiedad, y durante toda su vida Alejandro exhibió su respeto por los dioses. Algunos ven esto como prueba de que no pudo haber sido cómplice en el asesinato, aunque en realidad se trata de hacer conjeturas sobre su personalidad, porque lo cierto es que no lo sabemos. Si nuestras fuentes sobre el asesinato fuesen tan escasas como las que tenemos sobre las muertes violentas de reyes argéadas anteriores, Olimpia, siendo mujer, probablemente no sería mencionada, y los historiadores simplemente darían por hecho que, como beneficiarios, Alejandro o aquellos que eran cercanos a él fueron los responsables. El tener más información nos aleja de una certeza tan evidente como injustificada, pero nos niega cualquier respuesta clara. Puede que Alejandro estuviese involucrado en el asesinato de Filipo o puede que fuese completamente inocente. Cualquier sospecha que hubiese no evitó que una abrumadora mayoría de macedonios aceptasen su liderazgo. Después de tanta incertidumbre, la verdad era sencilla: Filipo estaba muerto y Alejandro era rey, al menos por el momento.

La noticia del asesinato llegó a Atenas unos días después de la muerte de la hija de Demóstenes, pero según Plutarco, al orador le llegó antes un informe privado. Declaró públicamente que había tenido un sueño que profetizaba una gran bendición para su ciudad. Cuando el asesinato se hizo público, Demóstenes abandonó su luto, se puso una guirnalda de flores y encabezó la celebración y los sacrificios. Por iniciativa suya, la asamblea votó concederle una corona a Pausanias, en claro contraste con las recientes promesas atenienses de lealtad al rey. Para Demóstenes, Filipo había sido un tormento durante muchos años, la gran amenaza para Atenas y otros griegos, el hombre que había aplastado a los aliados en Queronea, y aunque hubiese tratado a los atenienses generosamente tras la batalla, seguía representando un insulto a su honor porque tenía el poder de decidir sobre su destino. Ahora había muerto, sucedido por un veinteañero que no había demostrado nada. ¿Quizá fuese esta una oportunidad para corregir las cosas y dejar que Macedonia regresase a su caos e impotencia tradicionales, para que Atenas volviese a ser la

ciudad más importante del mundo griego?[283]

Un cambio tan importante como la muerte de Filipo sin duda haría que muchos considerasen las oportunidades que ofrecía. En Tesalia, algunos nobles vieron la oportunidad de reivindicar independencia, muy probablemente por ambición personal antes que por sentimientos a favor o en contra de Macedonia. Otras comunidades se preguntaban qué hacer, aparecieron facciones y líderes que veían en el cambio una ventaja. No hubo una rebelión masiva contra Alejandro, solo un estado de incertidumbre. Los atenienses hablaron y enviaron embajadores en busca de aliados. Ciudades en Etolia reformaron su liga, desafiando el tratado de 338 a.C. que garantizaba el *statu quo*. En Ambracia, un grupo expulsó a la guarnición macedonia y proclamó una constitución democrática. Estos pocos deseaban poner a prueba la resolución y capacidad del nuevo rey, pero la mayoría se inclinaron por observar, dejar que otros tomasen la iniciativa y decidirse después.[284]

Alejandro pasó algún tiempo asegurando su gobierno, empezando por la eliminación de rivales y dándole a su padre un funeral adecuado. El cuerpo fue puesto sobre una pira, vestido con la armadura con sus armas a un lado antes de ser cremado. Se limpiaron los huesos y se metieron en un cofre que se introdujo en una tumba que a su vez se cubrió con un gran montículo. Los hermanos lincéstidos habían sido ejecutados cerca, junto con los caballos en los que Pausanias había planeado escapar, y sus restos también fueron cremados. En la Tumba II en Vergina, a veces identificada como la de Filipo, los restos de una mujer también fueron enterrados en la cámara, pero es demasiado mayor para ser Cleopatra (y algunos considerarían improbable un honor así), lo que añade más preguntas a las ya muchas existentes sobre el hallazgo.[285]

Tras enterrar a su padre, Alejandro pronto demostró que era tan capaz como Filipo cuando se trataba de actuar rápidamente. Reunió un ejército y marchó al sur, hacia Tesalia. Las fuerzas locales bloqueaban el paso principal, de modo que lo rodeó y en cierto momento les ordenó a sus hombres perfilar escalones en la ladera para que el resto pudiese seguirlos. La resistencia se derrumbó, y pronto Alejandro fue nombrado *archon* de la Liga Tesalia. Precisamente Tesalia enviaría un gran e importante contingente de sus excelentes jinetes para la guerra contra Persia y nunca más vaciló en su lealtad hacia Alejandro dura la vida de este.

Sin tener que luchar nunca, Alejandro continuó hacia el Peloponeso y convocó a representantes de los griegos para una reunión en Corinto, igual que había hecho su padre. Asistieron y obedientemente votaron para nombrarlo líder de la liga y reafirmaron su aprobación para la guerra de venganza contra Persia. La única

excepción fue Esparta, y Alejandro, igual que su padre, lo utilizó para enfatizar la unidad de todos los demás. A finales de 336 a.C., sin derramamiento de sangre, no había más resistencia abierta en Grecia. Al año siguiente, Alejandro marcharía hacia el norte para vérselas con los tracios y los ilirios, tal como Filipo había hecho tan a menudo.[286]

Filipo llegó al poder en un momento de crisis, con su hermano derrotado por los ilirios y el ejército vencido. Solo dos o tres años mayor que Alejandro en 336 a.C., tenía todavía menos experiencia política y militar. Su hijo creció en una Macedonia que estaba en constante expansión, donde el rey tenía las riquezas para pagar al ejército, construir monumentos, vivir lujosamente y comprar favores en casa y en el extranjero. Cuando Alejandro se unió a él en la campaña de Tracia y en Queronea, era parte de un ejército grande, bien adiestrado y sobre todo seguro, animado por veinte años de éxitos casi ininterrumpidos. Nunca había sido rehén, ni tampoco tuvo lugar una invasión seria de Macedonia durante su vida. Fuesen cuales fuesen sus dudas acerca del favor de su padre, Alejandro nunca tuvo que preocuparse por la supervivencia del reino ni dudar del éxito continuado del mismo. En un entorno así era natural soñar con éxitos futuros, aunque quizá solo un hombre como Alejandro podía soñar a tal escala.

Todo esto fue gracias a Filipo. Cuando Pérdicas III fue asesinado, ningún observador cuerdo hubiese vaticinado el revolucionario cambio que tendría lugar bajo su sucesor. De algún modo, Filipo sobrevivió a los desafíos a su gobierno, conservó el reino y, sistemáticamente, derrotó a todas las amenazas que se le enfrentaban. Nada de esto era inevitable y nada fue fácil, y fruto de ello creó un estado y un ejército preparados para una guerra constante. El puro talento tuvo un importante papel en todo ello, y si supiésemos más, bien podríamos estar hablando de la habilidad del rey para encontrar y dar responsabilidad a subordinados capaces como Parmenio y Antípatro. Filipo era un general y diplomático excepcionalmente dotado, y sus supuestos festejos, borracheras y asuntos amorosos no parece que redujesen nunca la implacable energía y determinación con las que ponía sus planes en marcha. Como para todos los hombres y las mujeres de éxito, la suerte tuvo su papel; Atenas y los otros estados griegos no produjeron generales verdaderamente capaces que se le pudiesen oponer, y los señores de la guerra más poderosos de Iliria y Tracia murieron pronto. Como otros líderes destacados, Filipo tuvo la habilidad de aprovechar su fortuna y controló bien su suerte, al menos hasta que fue incapaz de entender el resentimiento de uno de sus escoltas.

El éxito de Filipo los sorprendió a todos, quizá incluso a él mismo. Una de las dificultades que tenían muchos griegos, especialmente

griegos como Demóstenes, era creer que este rey «bárbaro» del norte fuese tan capaz y exitoso. Nunca les debió de parecer adecuado que un líder así no cometiese más errores, o que la despreciada y oscura Macedonia fuese de repente tan poderosa. Una vez eliminadas las amenazas serias, Filipo se dedicó a la expansión de su reino, conquistando territorios y recursos, y luego explotando sus riquezas y mano de obra, que alimentarían nuevas expansiones. Detenerse a consolidarlas nunca formó parte del plan, y bien puede ser que fuese imposible. Filipo creó una máquina de expansión que tenía que seguir moviéndose. Los gastos aumentaban con cada éxito, las victorias mantenían satisfecho y leal al ejército y le proporcionaban suficientes riquezas como para pasar al siguiente objetivo. Esto, al menos, era algo que los griegos entendían, y veían como natural. Cualquier líder de una polis que se hubiese vuelto tan poderoso nunca habría estado satisfecho, y habría continuado luchando por alcanzar un dominio siempre mayor. La competencia por la gloria y el estatus podía no acabar, y era igualmente natural que los demás estuviesen resentidos por el ascenso de Filipo y considerasen que el protagonismo de este empequeñecía el suyo.

La escala del éxito de Filipo no tenía precedentes. Su hijo conquistaría un imperio enormemente mayor, y sus actos están descritos con mucho más detalle, mientras que mucha parte de lo que hizo Filipo debe seguir siendo un misterio. Un contraste llamativo es que durante el reinado de Alejandro sabemos dónde estaba y qué hacía. Sin duda, el reinado de Filipo fue mucho más grande de lo que ahora podemos reconstruir, pero de lo que no podemos dudar es de que sin Filipo, la historia de Alejandro hubiese sido muy diferente.

---

270. Diodoro Sículo 16.90.2, Arriano, Anábasis 1.17.11; J. Ellis en Cambridge Ancient History (2nd edition) VI, pp. 787-9, Hammond (1004), pp. 167-70.
271. Diodoro Sículo 16.93.3-9, Justino, Epítome 9.6.5-8, Plutarco, Alejandro 10.4; para una exposición del contexto, véase K. Mortensen, «Homosexuality at the Macedonian court and the death of Philip II», Ancient Macedonia, 7 (2002), pp. 371-87.
272. Diodoro Sículo 16.94.1, con B. Antela-Bernárdez, «Philip and Pausanias: A deadly love in Macedonian politics», CQ, 62 (2012), pp. 859-61.
273. Diodoro Sículo 16.91.3-92.2; sobre el momento de la boda, véase M. Hartzopoulos, «The Oliveni inscription and the dates of Philip II's reign», en W. Adams y E. Borza (eds), Philip II, Alexander the Great, and the Macedonian heritage (1982), pp. 21-42, esp. 38-42.
274. Diodoro Sículo 16.93.3-4, cita proveniente de Loeb; sobre el simbolismo de las estatuas, véase E. Fredricksmeyer, «Divine honors

for Philip II», Transactions of the American Philological Association, 109 (1979), pp. 36-61 y E. Baynham, «The question of Macedonian divine honors for Philip II 175, Mediterranean Archaelogy, 7 (1994), pp. 35-43.
275. Diodoro Sículo 16.92.5-93.1, 94.2-4; Aristóteles, Política 1311b, Justino, Epítome 9.6.1-8.
276. Arriano, Anábasis 1.25.2, Curtio 7.1.6-7, Justino Epítome 11.2.2; sobre Antípatro, véase Heckel, Who's Who in the Age of Alexander the Great, pp. 35-8.
277. En general, el capítulo «Regicide in Macedonia» en Carney, King and Court, pp. 155-65, E Badian, «The death of Philip II», Phoenix, 17 (1963), pp. 244-50 y E. Badian, «Once more the death of Philip II», en E. Borza y H. Dell (eds), Ancient Macedonian Studies in honor of Charles F. Edson (1981), pp. 99-137.
278. Plutarco, Alejandro 10.4, Justino, Epítome 9.7.1-14.
279. Arriano, Anábasis 1.5.4, 25.1, Justino, Epítome 12-6.14, Diodoro Sículo 17.2.1, FGrHist 148 sobre el adivino, con Hammond (1994), pp. 175-9.
280. Diodoro Sículo 17.2.5-6, Curito 7.1.3.
281. Justino, Epítome 9.7.12, Pausanias 8.7.7; sobre la propaganda contra Olimpia, véase E. Carney, «Olympias and the image of the virago», Phoenix, 47 (1993), pp. 29-55.
282. Arriano, Anábasis 2.14, con Carney, «The politics of polygamy»", pp. 183-5.
283. Plutarco, Demóstenes 22.1-5, Esquines, Sobre la corona 77.
284. Diodoro Sículo 17.3.1-5.
285. Hammond (1994), pp. 178-82 argumentando en favor de la identificación, con cautela en Worthington, Philip II, pp. 234-41.
286. Diodoro Sículo 17.4.1-3.

SEGUNDA PARTE:
ALEJANDRO Y PERSIA 336-329 A.C.

«Un buen rey y un gran guerrero con la lanza»

14.
EL EJEMPLO

Plutarco nos dice que cuando Alejandro accedió al trono, Macedonia estaba «expuesta a grandes envidias, odios terribles y peligros por todas partes», pero en 336 a.C. había conseguido sofocar todos los desafíos inmediatos muy rápidamente. El mismo autor nos cuenta una anécdota sobre la visita de Alejandro a Corinto ese mismo año, cuando los representantes de las ciudades-estado y todos los hombres prominentes que estaban presentes hicieron fila para tener la ocasión de asegurarle al joven rey su lealtad y admiración, y sin duda, a menudo, para pedirle favores. Las alabanzas fueron obsequiosas, tenían poco que ver con sentimientos auténticos, e inevitablemente ampulosas en una sociedad con tanto apego por la oratoria. Muchos filósofos hablaron mucho sobre el gobernante ideal, y sin duda se esforzaron por retratar a Alejandro de ese modo. Sin embargo, el pensador más famoso que vivía en Corinto no apareció. Se trataba de Diógenes el Cínico, que llevaba mucho tiempo exiliado de su hogar natal en Sinope después de que su padre y él fuesen acusados de adulterar la acuñación de monedas de la ciudad. Según fue desarrollando sus ideas, Diógenes puso en entredicho el respeto convencional por la ley, la ciudad y la familia, afirmando que los actos eran más importantes que cualquier teoría, y que la vida debía ser vivida del modo más sencillo y natural posible. Para Diógenes esto significaba no tener más ropa que una tosca capa y llevar un bastón y una pequeña bolsa para las monedas y la comida. No tenía casa, aunque en ocasiones vivió en un barril grande, y como un animal, comía, dormía y defecaba en público; la palabra «cínico» significa literalmente «perruno» o «semejante a un perro». Incluso así, escribió varias tragedias y al menos un texto filosófico, en donde se burlaba del interés por la política de Platón y los filósofos convencionales.[287]

Diógenes provocaba fascinación, espanto, asco, ridículo y admiración a partes prácticamente iguales. Alejandro, dándose cuenta de que el filósofo no pensaba ir a verlo, acudió con un grupo de

amigos a hacerle una visita. Encontraron a Diógenes sesteando en el sol otoñal de la tarde. Cuando se acercaron, el filósofo se incorporó un poco y miró al rey, pero no dijo nada. Al fin, Alejandro le preguntó si quería algo. «Sí», dijo Diógenes, «apártate un poco, que me tapas el sol». Mientras se marchaban, los amigos del rey comenzaron a burlarse del anciano. Su líder no se burló, y se había quedado tan impresionado por el orgullo y la sinceridad del filósofo que afirmó, «si no fuese Alejandro, sería Diógenes».[288]

Como poco, la historia está adornada, y puede que sea completamente apócrifa, pero cierta o no, ilustra la diferencia fundamental entre nuestras escasas fuentes sobre Filipo y el abundante material sobre Alejandro. A menudo se concentra en su personalidad, o cuando menos, en destacar la impresionante confianza en sí mismo del joven rey. En este caso, Diógenes también es digno de admiración, pero normalmente en estas historias los otros aparecen como simples contrapuntos y todo se centra en Alejandro. Después de su ascenso al trono, sus consejeros más mayores le recomendaron cautela, conciliación e incluso que, ante las hostilidades en Grecia y el norte, se retirase. Alejandro hizo lo contrario, y como hemos visto, la oposición en Grecia pronto se desplomó. Tras su encuentro con Diógenes, el rey acudió a buscar orientación al oráculo de Delfos. Plutarco nos cuenta que llegó en un momento en el que el oráculo no hablaba, pero que Alejandro se negó a aceptarlo. Agarró a la sacerdotisa pítica, le exigió que le consultase al dios y tiró de ella hacia el templo. Exasperada, la sacerdotisa gritó: «¡Eres invencible, hijo mío!». Alejandro la dejó ir, satisfecho con aceptar esas palabras como la respuesta del dios. De nuevo, existe la posibilidad de que la historia sea una invención romántica, en la que el impetuoso joven rey quebranta todas las reglas pero consigue lo que quiere, demostrando tanto su espíritu como el favor de los dioses. Alejandro puede hacer esas cosas y salir ganando, del mismo modo en que llegaría a conquistar una gran parte del mundo.[289]

Mientras que las ciudades griegas parecían asentadas en su alianza con él, no se puede decir lo mismo de los pueblos que vivían más allá de la frontera norte de Macedonia. En la primavera de 335 a.C., Alejandro reunió un gran ejército y desde Anfípolis avanzó hacia aquellos tracios que permanecían independientes de Macedonia. Arriano describe con cierto detalle las operaciones posteriores, y apunta a las muchas campañas emprendidas por Filipo contra las tribus de sus fronteras septentrional y oriental. Por primera vez tenemos una idea de cómo operaba en el campo de batalla el ejército creado por Filipo. Las unidades y las tácticas eran el producto de dos décadas de desarrollo durante su reinado, de modo que no podemos afirmar cuándo había alcanzado este nivel, pero no encontramos

sugerencia alguna de que funcionase de un modo fundamentalmente distinto con Alejandro, al menos durante los primeros años. Aunque los amigos de Alejandro habían vuelto del exilio, en esta época temprana, pocos de sus conocidos fueron ascendidos a puestos importantes. El ejército todavía lo formaban los soldados de Filipo dirigidos por los oficiales de Filipo, en su mayoría experimentados y acostumbrados a la victoria. El ejército no tenía una gran necesidad de más entrenamiento, y en muchos sentidos el combate era más importante para que Alejandro, con veintiún años, adquiriese experiencia en el mando supremo, y para asegurar que todos los hombres confiaran en él.

A pesar de los detalles, Arriano no nos cuenta todo lo que querríamos saber, y es algo vago acerca de la ruta tomada y la composición del ejército. A finales de año, Alejandro había reunido a unos treinta mil hombres bajo su mando directo, pero bien pudo haber tenido una fuerza más pequeña de unos diez o veinte mil. En las primeras campañas el suministro nunca fue fácil en esta zona. Las unidades que acabarían siendo más conocidas en los años siguientes ya estaban formadas, en particular los infantes de élite Hipaspistas, además de arqueros profesionales, la mayoría mercenarios cretenses, y los agrianos, un tribu de duros montañeses acostumbrados a moverse rápidamente hasta por los terrenos más dificultosos y atacando rápido y con fuerza. Respaldándolos había varios regimientos de la falange principal y escuadrones de Compañeros (Hetairoi), además de otra clase de tropa, incluyendo ingenieros y artillería con catapultas.[290]

Después de diez días, Alejandro llegó a la zona de los montes Hemo, donde Filipo y sus oficiales habían hecho campaña en el pasado. Un gran contingente de tracios ocupaba un paso que se encontraba más adelante y las laderas que estaban sobre el camino del ejército; muy probablemente se trataba del paso Shipka en Bulgaria. Con ellos había mujeres y niños, una práctica más o menos común entre algunos pueblos tribales cuando iban a la guerra, y los habían llevado en carros. La mayoría de esos vehículos, probablemente bastante ligeros dado lo montañoso del terreno, estaban alineados formando una rampa improvisada, mientras que otros estaban dispuestos para ser arrojados por las laderas si los macedonios intentaban atacar en la subida.

Alejandro y sus oficiales, y también los soldados, entendieron lo que planeaba el enemigo, lo que nos sugiere que o bien la posición de los carros era obvia o que esa táctica ya se había utilizado anteriormente. Era un peligro tanto para la formación de infantería como para sus vidas; cualquier avance de una falange tenía muchas probabilidades de dividirse cuando los hombres se apartasen y huyesen para evitar los vehículos que caían, lo que los dejaba

vulnerables a una carga cuesta abajo de los tracios. Que cundiese el pánico era menos probable si todos sabían lo que tenían que hacer, de modo que Alejandro les ordenó a sus hombres que se dividiesen y creasen un hueco que dejase pasar a los carros y que después se reagrupasen rápidamente. Si no tenían espacio para hacerlo, debían acuclillarse, levantar los escudos tan juntos como fuese posible y crear así un techo o una rampa de modo que el carro pasara o rebotase sobre ellos, una formación parecida un poco al famoso *testudo* romano. Parece ser que los Hipaspistas encabezaron el avance, al menos por la izquierda, donde no había espacio para abrir huecos, porque estos soldados estaban equipados con un escudo muy parecido al usado por los hoplitas, considerablemente mayor y más fácil de maniobrar que el pequeño escudo atado al hombro de los piqueros. Con la confianza por las nubes porque sabían qué esperar y qué debían hacer, los macedonios subieron por las laderas y cumplieron las órdenes cuando aparecieron los carros rodando. Ninguno murió, parece ser que hubo pocos heridos y los soldados se reagruparon rápidamente, lanzando su grito de batalla según se acercaban al enemigo.

Los tracios, consternados por el fracaso de su cuidadoso plan, veían acercarse ordenadamente cada vez más a los macedonios, gritando, llenos de confianza. Alejandro dio la orden de que los arqueros se adelantasen hasta la línea principal, desde donde era más sencillo disparar, apuntando a los guerreros más osados que trataban de cargar contra ellos. Entonces se puso a la cabeza de un ataque de la infantería de élite, que incluía a los Hipaspistas y a los agrianos. Los tracios se dividieron y huyeron, soltando sus armas para correr más deprisa. Para algunos ya era demasiado tarde, y los macedonios afirmaron haber matado alrededor de mil quinientos; pero muchos más escaparon, abandonando a sus familias. Casi todas las mujeres y niños fueron tomados como esclavos.[291]

Era un buen comienzo de campaña, y Alejandro y el ejército principal se desplazaron para atacar a los tribalios, que habían herido a su padre y habían robado gran parte del botín de su ejército unos pocos años antes. Esta vez, los macedonios enviaron a sus cautivos y otros botines con una escolta a las ciudades costeras antes de avanzar durante tres días hasta que llegaron al Danubio. Los tribalios sabían de su llegada y, junto con sus vecinos, evacuaron a sus familias a la isla de Peuce en medio del río. Algunos de los guerreros del rey Sirmo se quedaron para protegerlos, pero otros volvieron a cruzar el río a la orilla sur. Aprovechando su excelente conocimiento del terreno, este gran contingente dio un rodeo por detrás de los macedonios. Los exploradores de Alejandro lo descubrieron, y la columna macedonia se volvió y los sorprendió antes de que estuviesen preparados. Como Filipo había descubierto, una de las cosas más difíciles al hacer

campaña en esta región era atraer a los guerreros enemigos a terreno abierto. Alejandro les ordenó a sus arqueros y honderos que se acercasen a los tribalios y les lanzasen proyectiles hasta provocar una carga desordenada. La caballería de los Compañeros de la Alta Macedonia atacaría contra su derecha, más escuadrones de Compañeros golpearían por la izquierda y la falange y más caballería empujarían hacia el centro. Ptolomeo, que probablemente sirvió en esta campaña, afirmaría posteriormente que los macedonios perdieron once jinetes y cuarenta y cuatro infantes, pero mataron a más de tres mil enemigos.[292]

Previendo operaciones en el Danubio, Alejandro había acordado con Bizancio, ahora que la ciudad volvía a ser una firme aliada de Macedonia, que enviasen barcos de guerra. Subió soldados a bordo e intentó forzar un atraque en Peuce, pero los lugares aptos en la isla estaban protegidos y había muy pocos hombres en los barcos como para repeler la decidida defensa. Mientras, la noticia de su presencia había empujado a los getas de la orilla norte del Danubio a reunir un ejército de alrededor de cuatro mil jinetes y diez mil soldados de infantería. Se trataba de una reacción natural entre la mayoría de los pueblos del Mundo Antiguo ante el acercamiento de desconocidos armados, aunque no necesariamente más que una precaución, dado que los ataques podían llegar repentinamente o sin antecedentes de conflictos. Igual de naturalmente, reunir un ejército era visto como una provocación en un mundo obsesionado con el honor y las señales visibles de respeto. Alejandro rara vez se mostró dispuesto a ignorar un desafío durante su vida.

Filipo había llegado al Danubio, el primer rey macedonio en conseguirlo, pero no había cruzado el río. Arriano nos cuenta que Alejandro se vio poseído por «un anhelo» (*pathos*) de ir más allá del río. Esta es la primera mención de un tema recurrente en su historia, explicando muchos de los actos del rey como resultado de un deseo abrumador y profundamente personal por hacer algo que nunca se había intentado o que parecía imposible. Envió hombres a explorar las orillas y asentamientos en busca de las canoas largas que se usaban allí. Otros armaron las tiendas de cuero con paja para improvisar balsas. El método lo menciona Jenofonte en su relato de la huida de los Diez Mil desde el corazón del imperio persa. Alejandro, o uno de sus oficiales, puede haber recordado esta lectura, o quizá la técnica era más común de lo que sabemos. Con todos los barcos, las canoas y las balsas, cruzó el Danubio con mil quinientos jinetes y cuatro mil soldados al amparo de la oscuridad, atracando entre campos de trigo o cebada alta para permanecer ocultos incluso cuando saliese el sol.[293]

Al contrario que los defensores de Peuce, los getas no esperaban un ataque repentino e ignoraban la presencia de los macedonios. Los

hombres de Alejandro adoptaron la formación y avanzaron con la infantería en cabeza; los soldados de vanguardia utilizaron sus sarissas para apartar la maleza y que el resto pudiese seguirlos con más facilidad. Cuando aparecieron en terreno abierto sin cultivar, la falange se detuvo. Su flanco izquierdo estaba protegido por el río, y el derecho por la caballería bajo el mando directo de Alejandro. Los getas se quedaron conmocionados al verlos, asombrados de que el enemigo estuviese allí y de ver por primera vez el disciplinado avance de un ejército macedonio. El número importaba mucho menos que la sorpresa del ataque, y los getas huyeron a toda prisa a un asentamiento cercano. Las defensas de este eran rudimentarias, quizá una simple empalizada o cerca, y ante la visión del ordenado avance constante de los macedonios, nadie quiso quedarse allí. Los guerreros huyeron, llevándose con ellos tantas mujeres y niños como podían llevar en sus caballos. Los hombres de Alejandro saquearon el asentamiento y lo quemaron. En la orilla del río el rey le hizo un sacrificio a Zeus el conservador, a su antepasado Hércules y al dios del río. Después de menos de veinticuatro horas, volvió a cruzar el río con sus soldados y el botín y se unió al contingente principal.[294]

Esta demostración de fuerza resultó muy efectiva. El rey Sirmo, consciente ahora de que su isla-refugio era menos segura de lo que su pueblo había esperado, envió embajadores que ofrecieron su sumisión. Otras tribus de la orilla lejana del Danubio enviaron representantes pidiendo amistad, un gesto que en sí mismo reconocía la superioridad de Alejandro, de modo que fueron muy bienvenidos. Entre ellos había celtas, un término general que utilizaban los escritores griegos para muchos de los ocupantes de Europa, y Alejandro ordenó que les preguntasen qué era lo que más temían en el mundo, «esperando que su gran nombre hubiese llegado hasta los celtas... y que dijeran que lo temían a él más que a cualquier otro». En vez de ello, los nobles declararon que su mayor temor era que el cielo se desplomase sobre sus cabezas. A pesar de la decepción, se hicieron los debidos juramentos de amistad, aunque después de que se hubiesen ido el rey los desdeñó por charlatanes.[295]

A continuación, Alejandro se dirigió al oeste para confirmar la lealtad de los peonios y los agrianos en una reunión con sus líderes, pero recibió la noticia de una alianza entre dos reyes ilirios, Clito y Glaucias. Alejandro se apresuró a viajar hasta Pelión, sorprendiendo al enemigo antes de que los dos reyes hubiesen unido sus fuerzas. Acampó fuera de la fortaleza, junto al río Eordaico y dio la orden de asaltarla al día siguiente. Clito tenía hombres en las murallas, y muchos más en los altos arbolados que dominaban la ciudad, pero todavía estaba esperando a que llegase su aliado, el rey Glaucias. Supuestamente, según la costumbre, los ilirios sacrificaron a tres

muchachos, tres muchachas y tres carneros negros buscando la ayuda divina en las batallas que se avecinaban.[296]

Alejandro atacó como había planeado, pero los guerreros que estaban fuera de la ciudad huyeron tras ofrecer una resistencia mínima, y los macedonios encontraron los macabros restos de su sacrificio. El ejército acampó a las afueras de Pelión, preparándose para bloquear y asaltar a su debido tiempo, pero la llegada al día siguiente de Glaucias y su ejército amenazaba con atacar a los macedonios por dos flancos. Una partida de recolección dirigida por Filotas, hijo de Parmenio, casi resultó rodeada y solo se salvó cuando un pelotón encabezado por Alejandro acudió a su rescate. La situación era peligrosa. Alejandro no tenía suficientes hombres para atacar la ciudad y repeler a Glaucias al mismo tiempo, y no podía quedarse demasiado tiempo donde estaba porque la búsqueda de alimentos solo haría que los destacamentos fuesen vulnerables a una emboscada. Pero la huida no sería fácil, porque solo había una ruta estrecha interrumpida por zonas de bosque y cercada por terreno elevado defendido por Glaucias a un lado y por el río al otro. Arriano afirma que en ocasiones el sendero era apenas lo suficientemente amplio como para que los hombres marchasen en fondo de a cuatro, alrededor de cuatro metros si estaban en orden de batalla o el doble si iban en orden abierto, lo habitual en una marcha.[297]

La retirada ante el enemigo rara vez es una tarea sencilla, especialmente sobre terreno montañoso contra grupos de guerreros altamente móviles habituados al paisaje e inclinados a ver la retirada como una muestra de cobardía. Alejandro decidió dar un espectáculo. Su infantería de orden cerrado formó en columnas de ciento veinte de fondo. Muy probablemente no se trataba de una sola falange, sino más bien cada unidad de unos quinientos hombres en sus propias y distintivas columnas. Todavía no estaban en los tramos más estrechos del camino, así que había espacio suficiente para doscientos jinetes a cada lado. Los macedonios comenzaron una exhibición de disciplina y entrenamiento, alzando las sarissas, y a continuación bajándolas a la posición de ataque. Después se giraron para atacar a la izquierda, luego a la derecha, antes de avanzar haciendo un movimiento circular en cada dirección y practicar una serie de cambios de formación. Todo esto lo hicieron en silencio, excepto por los gritos de las breves órdenes y los inevitables ruidos de los choques de escudos, armaduras y equipamiento. Era una insólita, incluso inhumana demostración de disciplina y control que los ilirios no solo no poseían, sino que probablemente no se habían imaginado.

Lenta, bruscamente, según llevaba a cabo las maniobras, la vanguardia de la larga columna del ejército se acercaba más y más a las primeras posiciones ocupadas por los ilirios. Algunos guerreros ya

comenzaron a escabullirse, decididos a no enfrentarse a unos soldados tan increíblemente silenciosos. Alejandro cambió la formación de modo que la vanguardia se girase para atacar hacia la izquierda, les ordenó a sus hombres que lanzasen su grito de batalla e hiciesen chocar los mangos de lanzas y sarissas contra los escudos; el repentino ruido aterró a los que se les enfrentaban, además de a algunos que habían llegado persiguiéndolos desde Pelión. Por el momento, el camino estaba despejado y los macedonios avanzaron, pero ni mucho menos estaban a salvo, y el asombro que habían provocado no duraría mucho. Cualquier error o señal de debilidad reviviría los ánimos de los ilirios para volver al ataque. Una loma se alzaba en el camino del ejército, cercana al lugar donde había planeado vadear el río, y Alejandro les ordenó a un puñado de Hipaspistas y Compañeros que la tomasen mientras los defensores huían por las faldas del valle a terreno todavía más alto. Los arqueros y los agrianos defendieron la posición mientras los Hipaspistas eran enviados a abrir paso hacia el río. El resto del ejército, los caballos, los soldados de a pie y el convoy de materiales, los siguió. Al otro extremo, los Hipaspistas formaron hileras mirando hacia el camino del que venían, y según cruzaba el río cada unidad de la falange, se desplegaron hacia la izquierda para establecer una línea de combate.

Gradualmente, el grueso del ejército cruzó el río, dejando un número de hombres cada vez más reducido, incluido Alejandro, como retaguardia. Los ilirios bajaron en oleada de su posición elevada con la intención de aislarlos y derrotarlos, pero se detuvieron cuando parte de la falange lanzó un grito y comenzó a cruzar el río de vuelta. Tuvo lugar un breve respiro y se les ordenó a los agrianos y los arqueros que se apresurasen a llegar al río. Alejandro iba por delante de ellos y dio la orden de que se montasen algunos de los artilugios de asedio en la orilla contraria. De nuevo, los ilirios avanzaron, pero las catapultas comenzaron a lanzar proyectiles más lejos de lo que podía alcanzar cualquier arquero u hondero, y los arqueros macedonios se detuvieron antes de haber cruzado por completo el río y sumaron sus flechas a los proyectiles. Bajo esta lluvia, los ilirios emprendieron una apresurada huida, lo que le permitió al resto del ejército macedonio retirarse al otro lado del río.[298]

Alejandro había escapado de una situación complicada sin perder un solo hombre. El terreno en la otra orilla era mucho más abierto, más apropiado para su ejército, y el enemigo no tenía ninguna intención de arriesgarse a atacar a través de un obstáculo así. Por el momento, Clito y Glaucias se conformaron con unir sus fuerzas, satisfechos con haber asustado al enemigo y seguir conservando Pelión. Alejandro descubrió que habían acampado sin orden de batalla, sin levantar ninguna defensa ni asignar puestos avanzados o

guardias, confiados en que los macedonios seguirían en retirada. Igual que en el Danubio, decidió aprovechar el abrigo de la noche y encabezar una fuerza de asalto compuesta por Hipaspistas, agrianos, arqueros y algunas unidades escogidas de la falange y volver a cruzar el obstáculo mucho más pequeño del río Eordaico. El resto del ejército debía seguirlos, pero cuando su fuerza de asalto llegó al campamento enemigo, el joven rey decidió no esperarlos. La sorpresa fue completa y el pequeño contingente lanzó un ataque concentrado desde un flanco. Los guerreros fueron sorprendidos durmiendo o todavía aturdidos, y los macedonios los mataron o capturaron antes de que pudiesen escapar. No hubo una resistencia seria. Glaucias escapó hacia las montañas. Clito se demoró lo suficiente como para incendiar Pelión antes de unirse a él.[299]

En 335 a.C. Alejandro reafirmó el dominio macedonio de sus fronteras. Cuando al año siguiente emprendió el viaje para la campaña oriental, dejó una potente guarnición para proteger el reino, pero hay pocas pruebas de que necesitase librar alguna campaña importante contra ilirios o tracios. El ejército de Filipo había demostrado una vez más que podía maniobrar y atacar casi a voluntad en los lugares más difíciles e inaccesibles. La muerte del viejo rey y el ascenso al trono de su hijo no habían mellado su efectividad en ningún sentido. Algunos estudiosos hablan del genio de Alejandro incluso durante estas primeras campañas, pero es prematuro. En conjunto, se trataba de un ejército bien adiestrado y experimentado que estaba haciendo lo que había hecho a menudo antes. A los veintiún años, Alejandro ya había dado señales de que ir acomodándose en el mando supremo, y eso no es un logro menor. La guerra fronteriza de esta clase requería confianza y un manejo cuidadoso del ejército, y había demostrado tener ambas cosas. La utilización de la artillería en el campo de batalla era inusual, de la que solo tenemos registros anteriores cuando Onomarco utilizó sus catapultas contra Filipo en 353 a.C., pero no se convertiría en una táctica habitual y no ha quedado señalada como una innovación. Alejandro no había conseguido tomar Peuce, y acabó rodeado por Clito y Glaucias, pero en ambos casos se recuperó y acabó la campaña victorioso. En resumen, su actuación fue competente, y había sabido utilizar la superioridad de su estrategia, su equipamiento y la disciplina de su ejército. Como poco, los macedonios habían visto que seguirían venciendo, incluso ahora que Filipo había muerto; el hijo demostraba que había aprendido mucho de su padre.[300]

Alejandro estuvo seis o siete meses de campaña en Iliria y Tracia, y al mismo tiempo el rey de los agrianos cumplió su promesa y pacificó y eliminó la resistencia en otras partes. Era un viejo amigo, y su recompensa fue el ofrecimiento de la mano de la enviudada Cinane, la medio hermana de Alejandro, aunque el rey murió de causas

naturales antes de que la boda tuviese lugar. A pesar de su importancia para la seguridad de Macedonia, como de costumbre las ciudades del sur de Grecia tenían un interés limitado y un conocimiento aún más limitado de lo que ocurría en el lejano norte. Durante el reinado de Filipo, en circunstancias similares se había extendido el rumor de que el rey de Macedonia estaba mortalmente enfermo o herido, y ahora ocurrió lo mismo: Alejandro había muerto sin un sucesor obvio y competente, y sin duda la debilidad macedonia esperada tras el asesinato de Filipo acabaría por hacerse realidad. Demóstenes le aseguró a la Asamblea de Atenas que la historia era cierta, acompañado de un hombre herido y vendado que afirmaba ser un superviviente del desastre en el que había caído Alejandro. Sus oponentes dijeron que el orador estaba utilizando oro persa para persuadir a los líderes de otras ciudades de que era el momento de sacudirse el dominio de Macedonia.[301]

En Tebas, un grupo de aristócratas exiliado tras Queronea volvió a casa y no solo fueron admitidos, sino que se les permitió que se dirigiesen a la asamblea. Inspirados por los famosos héroes liderados por Pelópidas y Epaminondas, que habían vuelto para masacrar la guarnición espartana en Cadmea, convencieron a la mayoría de sus conciudadanos de liberarse de la alianza con Macedonia. Dos oficiales de la guarnición fueros detenidos en la ciudad y asesinados, y el resto permanecieron encerrados dentro de Cadmea. Algunos líderes de otras ciudades expresaron simpatía y unos pocos comenzaron a reunir tropas para ayudar a los tebanos. Los atenienses, como de costumbre, hablaron mucho e hicieron muy poco. Aún así, si la muerte de Alejandro era cierta, probablemente tendrían mucho tiempo.

Las noticias de la rebelión, y de su muerte, llegaron hasta Alejandro poco después de la derrota de los reyes ilirios. Demostrando que podía igualar en velocidad a su padre, se apresuró en dirección sur y llegó a Tebas en trece días, con una media de veinticinco-treinta kilómetros diarios, parte de ellos a través de terreno muy dificultoso. Renuentes a creer las primeras noticias de su llegada, los líderes de la revuelta tebana afirmaron primero que se trataba de Antípatro, no de Alejandro, quien sin duda estaba muerto, y luego sugirieron que se trataba de algún líder macedonio de rango inferior que compartía el muy corriente nombre de Alejandro. Solo en el último momento admitieron la realidad de que Alejandro se encontraba delante de sus murallas con unos treinta mil infantes y tres mil jinetes, incluyendo contingentes aliados, muchos de ellos resentidos con Tebas desde hacía tiempo.[302]

En 336 a.C., las demostraciones de fuerza habían bastado para acabar con toda la resistencia abierta en Grecia, de modo que Alejandro conminó a los tebanos a rendirse. Exigió que le entregasen a

los dos líderes principales, pero prometió perdón para todos los que se uniesen a él inmediatamente. Como era de esperar, los exiliados regresados, que lo habían apostado todo a esta revolución, se mostraron decididos a luchar, pero no estaban solos. Tebas era una ciudad orgullosa y de renombre. Aunque sabemos que los atenienses culpaban al liderazgo tebano de la derrota en Queronea, sin duda los tebanos culpaban a sus aliados y conservaban la confianza en su propia destreza y valor. Los ciudadanos reunidos votaron por pelear, y liberaron un gran número de esclavos, equipándolos con armas enviadas por los atenienses, el único apoyo práctico que les había dado su aliado de palabra. En una muestra de bravuconería, los tebanos enviaron mensajeros a Alejandro exigiéndole la entrega de Antípatro y Filotas como rehenes, y emitieron una proclama invitando a todos los griegos a unirse a ellos y al gran rey de Persia para derrotar al tirano Alejandro. Poco después hicieron una salida al campo macedonio, matando a unos pocos soldados.

Tebas era una ciudad grande y bien fortificada, y en circunstancias normales se habría necesitado un asedio largo y difícil. Pero ahora era vulnerable, porque la ciudadela de Cadmea formaba parte de las defensas exteriores y permanecía en manos macedonias. En los días previos a la llegada de Alejandro, los tebanos se habían esforzado por rodearla y habían construido una empalizada fuera de sus muros para aislar la ciudadela y barricadas en las calles que llevaban al interior de la ciudad. Luego levantaron una segunda empalizada orientada al exterior para proteger la que rodeaba a Cadmea, pero la vulnerabilidad seguía presente, porque esas líneas defensivas rápidamente construidas no podían igualar la fuerza de un muro propiamente dicho. Alejandro desplegó a su ejército de modo que amenazase esos puntos débiles. Todavía esperaba que los tebanos diesen marcha atrás, ahorrándole así las bajas y la incertidumbre de un asalto a la ciudad.[303]

Ptolomeo afirmaría más tarde que la falange dirigida por un nombre llamado Pérdicas atacó la empalizada exterior sin la orden de hacerlo, lo que siempre era un riesgo con soldados desplegados tan cerca del enemigo. Apoyados por los regimientos cercanos a la falange, derribaron las endebles defensas y se enfrentaron a los tebanos que había detrás. Fuese deliberado o accidental, se convirtió en un asalto a gran escala, y la ventaja del número y la capacidad de escoger dónde atacar le permitieron a Alejandro conservar reservas de soldados descansados. El combate fue amargo, sin espacios para sutilezas tácticas; los tebanos se resistían con la sombría determinación de hombres orgullosos que están defendiendo sus hogares. Gradualmente se vieron forzados a retirarse. Algunos huyeron, y en su carrera a través de las puertas de entrada a la ciudad

fueron seguidos en torrente por los macedonios. Otros macedonios enlazaron con la guarnición de Cadmea. Hubo combates en las calles y los mercados, la caballería se unió a la infantería en ambos bandos, y dado que nadie era capaz de verlo todo, no sorprenden que las descripciones sean confusas y contradictorias. Pero una vez que un gran número de macedonios hubo penetrado las defensas, el resultado nunca estuvo en duda. Algunos tebanos huyeron, particularmente aristócratas sobre sus caballos, pero tanto Diodoro como Plutarco afirman que hubo seis mil muertos.[304]

Los macedonios saquearon la ciudad. Ya lo habían hecho antes, cuando las ciudades se habían negado a rendirse a Filipo y le habían obligado a tomarlas por asalto, pero nunca antes habían tomado una ciudad griega tan grande y conocida como Tebas. Asaltar fortificaciones era peligroso, y habían sufrido quinientos muertos y sin duda muchos otros heridos, incluyendo Pérdicas. Los supervivientes, con el ánimo caliente, todavía enfurecidos con el enemigo, y pudiendo hacer lo que deseasen en las estrechas calles y oscuras casas de la ciudad, juzgados solo por la opinión de sus camaradas, mataron, violaron y saquearon a voluntad. El oficial al mando de una unidad tracia ocupó la casa de Timocleia, esposa de un noble y hermana de uno de los generales caídos en Queronea. Primero la violó y a continuación le exigió que le diese sus objetos de valor. Timocleia lo dirigió a un pozo en un jardín, asegurándole que lo había ocultado todo dentro. Cuando el oficial se asomó al pozo, Timocleia lo empujó y, ayudada por sus doncellas, lanzó piedras hasta que el oficial hubo muerto. Los tracios la ataron y la llevaron hasta Alejandro, bien porque les hubiese impresionado el valor de la mujer o quizá porque no le tenían ningún cariño a su oficial. El rey se cuidó de demostrar que admiraba su dignidad y el orgullo con el que hablaba de su familia. Timocleia y sus hijos recibieron protección y se les permitió seguir libres.[305]

El asesinato y la violación se aceptaban como inevitables cuando una ciudad era asaltada. Aunque es dudoso que Alejandro y sus oficiales hubiesen sido capaces de controlar completamente al ejército y evitar del todo esos actos, es igualmente improbable que pensaran siquiera en intentarlo, más allá de proteger ciertas casas e individuos considerados de importancia o favorecidos por otros motivos. Era simplemente parte de la guerra, y desde un punto de vista pragmático, Filipo y Alejandro reconocían el poder del terror. En Tebas, Alejandro les consultó a sus aliados griegos cómo tratar la ciudad capturada y no se mostraron inclinados a la clemencia, lo que sin duda le venía bien al rey, pero también ayudó a que presentase una apariencia de justicia en lugar de simple venganza.

Por respeto a los dioses, se perdonó a los sacerdotes, y la

clemencia se extendió a los invitados y amigos del rey y de otros macedonios, además de a personas con lazos similares con los aliados de Macedonia, y a los descendientes del poeta Píndaro, que había alabado al rey macedonio. Los demás supervivientes fueron vendidos como esclavos, y una fuente afirma que su número no era inferior a treinta mil. Tebas fue abolida como ciudad-estado y sus murallas debían ser derribadas, excepto las de Cadmea, que continuaría siendo una guarnición con soldados aliados. Como habían mostrado los fócidos, no era necesario que esa extinción fuese permanente, y otro resultado de la caída de Tebas fue que Platea y Orcómeno, estados destruidos en el pasado por los tebanos y sus aliados, fueron refundados. Se invocó de nuevo la Historia, recordándoles a los demás griegos que Tebas se había unido a Persia en 480 a.C., lo que hacía que este castigo fuese un comienzo adecuado para la gran guerra de venganza.[306]

Cuando no les estaba asegurando a sus conciudadanos que Alejandro estaba muerto, Demóstenes despreciaba al joven rey, diciendo que era un simple muchacho y lo llamaba Margites, el ridículo héroe de una parodia de la obra épica de Homero. De nuevo, él y otros urgieron a los atenienses a declararle la guerra a Macedonia como si solo con la retórica se pudiese conseguir la victoria. Habían enviado muy poca ayuda para apoyar a Tebas, y ningún soldado. En contraste, los arcadianos habían reunido una fuerza para enviarla a Tebas, pero no llegó a tiempo. Ahora votaron por ejecutar a los hombres que habían propuesto y encabezado la expedición, mientras que los etolios enviaron embajadores disculpándose por haber expresado su apoyo por Tebas. Cuando los primeros fugitivos tebanos llegaron a Atenas con la noticia de la caída de la ciudad, los atenienses suspendieron uno de sus grandes festivales religiosos y se prepararon para un asedio, pero también enviaron una embajada encabezada por Démades para asegurar la paz. Demóstenes debería haber ido, pero buscó una excusa para no hacerlo.[307]

Alejandro respondió de un modo muy parecido a como había hecho Filipo siempre. No quería sitiar Atenas, ni deseaba destruir otra de las comunidades griegas más importantes, porque con Tebas y Atenas fuera de juego era imposible saber cómo sería el nuevo equilibrio de poder en el sur de Grecia. Les exigió a los atenienses que le entregasen unos diez líderes para tenerlos en custodia; las fuentes difieren en el número sobre el total exacto y en algunos de los nombres, pero se incluía el de Demóstenes y el de otros importantes oponentes. Démades llevó el ultimátum a Atenas. Foción sugirió que los hombres nombrados fueran por el bien de todos, mientras que como era de esperar, Demóstenes se mostró menos dispuesto, arguyendo que sería entregar a los «perros pastores que protegían al

rebaño» y que incluso si los atenienses lo entregaban a él y los demás, en realidad se estarían entregando ellos mismos. Démades accedió a regresar para pedirle clemencia al rey, persuadido (o eso se afirmó) por un soborno de cinco talentos de plata procedente de Demóstenes y los demás. Alejandro transigió y eliminó a todos los hombres de la lista excepto a uno. Se trataba de Caridemo de Eubea, un hombre de gran experiencia como general mercenario a quien le habían concedido la ciudadanía ateniense, de modo que a los atenienses les resultase más sencillo sacrificarlo a él que a un miembro de una familia establecida. Huyó y se puso al servicio del rey de Persia, y más tarde lucharía contra Alejandro. En público, la gran mayoría de los atenienses deploraban la salvaje destrucción de Tebas y la asamblea votó formalmente conceder asilo a los numerosos refugiados de la ciudad. Un prominente ateniense también compró a una joven noble tebana esclavizada tras el saqueo de la ciudad y la mantuvo como amante, así que en algunos casos su simpatía hacia los tebanos tenía límites. Las experiencias anteriores mostraban lo tolerante que había sido Filipo ante la crítica abierta y el apoyo a exiliados o refugiados, de modo que los atenienses sabían que era improbable que sus actos tuviesen repercusiones. Nadie, ni siquiera Demóstenes, promovió la hostilidad abierta o activa hacia Alejandro.[308]

Era hora de que Alejandro se embarcarse en la gran aventura, retomando la guerra que su padre había iniciado en 336 a.C. cuando envió a Asia a Parmenio y Atalo.

287. Plutarco, Alejandro 11.1 (vía Loeb).
288. Ibid., 14-1-3, Moralia (sobre la fortuna de Alejandro) 331e-f, Valerio Máximo 4.3.4b; para diferentes juicios sobre la autenticidad de esta historia, véase Green, Alexander of Macedon, pp. 122-3, Lane Fox, Alexander the Great, pp. 71, I. Worthington, By the Spear. Philip II, Alexander the Great and the Rise and Fall of the Macedonian Empire (2014), p. 127.
289. Plutarco, Alejandro 11.2, 14.4; Lane Fox, Alexander the Great, pp. 71-2 se inclina por considerar la historia una invención romana.
290. Arriano, Anábasis 1.1.4.
291. Ibid., 1.1.4-13; Green, Alexander of Macedon, pp. 125-6 es muy generoso al describir «la inspirada previsión de Alejandro» al detectar el plan enemigo, pero esa clase de adulación es corriente, cf. Worthington, By the Spear, p. 128 y en menor medida Lane Fox, Alexander the Great, p. 82; J. Fuller, The Generalship of Alexander the Great (1958), p. 220, fn. 2 al menos hace conjeturas sobre si la táctica era nueva.
292. Arriano, Anábasis 1.2.1-7; Plutarco, Alejandro 11.5 dice que Alejandro derrotó a Sirmo, pero Arriano afirma que el rey estaba en Peuce, no presente en la batalla.
293. Lane Fox, Alexander the Great, p. 83, sugiere que la inspiración vino de Jenofonte. Para un estudio más amplio de la influencia del autor sobre el rey, véase K. McGroaty, «Did Alexander the Great read Xenophon?», Hermathena, 181 (2006), pp. 105-24.
294. Arriano, Anábasis 1.2.1-4.5 sobre la campaña.
295. Ibid., 1.4.6-8, Estrabón, Geog. 7.3.8, véase J. Tierney, «The Celtic ethnography of Poseidonius», Proceedings of the Royal Irish Academy: Archaelogy, Culture, History, 60 (1959/1960), pp. 189-275, esp. 196, sobre el asunto del temor de los celtas... ¡más recientemente popularizada por Astérix!
296. Arriano, Anábasis 1.5.1-7; para una exposición de la campaña y particularmente el lugar donde ocurrió, véase N. Hammond, «Alexander's campaign in Illyria», JHS, 94 (1974), pp. 66-87, y críticas y una alternativa altamente plausible en A. Bosworth, «The location of Alexander's campaign against the Illyrians in 335 BC», Studies in the History of Art, Vol. 10: Symposium Series I: Macedonia and Greece in late Classical and eartly Hellenistic times (1982), pp. 74-85.
297. Arriano, Anábasis 1.5.8-12.
298. Ibid., 1.6.1-8.
299. Ibid., 1.6.9-11.
300. Sobre las alabanzas hacia Alejandro, pero enfatizando con razón la calidad de su ejército, Worthington, By the Spear, p. 130, Green, Alexander of Macedon, pp. 133-4, A. Bosworth, Conquest and Empire.

The Reign of Alexander the Great (1988), pp. 31-2, mientras que Fuller se reserva el juicio sobre la estrategia, pero describe como «impresionante» que Alejandro nunca perdiese los nervios en esta campaña.
301. Arriano, Anábasis 1.5.2-4, 7.1-3, Plutarco, Demóstenes 23.1, Diodoro Sículo 17.8.3-7, Justino, Epítome 11.2.5-10; Démades, Doce años 17 apoya los detalles de Justino, pero la consideración generalizada es que se escribió mucho después como un ejercicio de retórica, véase I. Worthington, «The context of [Demades] on the twelve years», CQ, 41 (1991), pp. 90-5, pero bien puede ser que se basara en relatos auténticos, ya perdidos, de los acontecimientos.
302. Arriano, Anábasis 1.7.4-6, Diodoro Sículo 17.9.1-3.
303. Ibid., 1.7.7-11 enfatiza la contención de Alejandro; Diodoro Sículo 17.9.4-5 hace que la reticencia inicial pase a la decisión de dar ejemplo con Tebas.
304. Arriano, Anábasis 1.8.1-8, Diodoro Sículo 17.11.1-12.5, Plutarco, Alejandro 11.4-6; sobre el tratamiento de Arriano de Pérdicas basado en su utilización del relato de Ptolomeo, véase J. Roisman, «Ptolemy and his rivals in the history of Alexander», CQ, 34 (1984), pp. 373-85, esp. 374-6.
305. Arriano, Anábasis, 1.8.8, Plutarco, Alejandro 11.5-12.3, Diodoro Sículo 17.13.2-6.
306. Plutarco, Alejandro 11.7-8, Arriano, Anábasis 1.9.6-9; en general, véase I. Worthington, «Alexander's destruction of Thebes», en W. Heckel y L. Tritle (eds), Crossroad of History. The Age of Alexander (2003), pp. 65-86.
307. Arriano, Anábasis 1.10.1-3, Plutarco, Demóstenes 23.1-3, Alejandro 13-1-2.
308. Arriano, Anábasis 1.10.3-6, Plutarco, Demóstenes 23.3-24.1, Diodoro Sículo 17.15.1-5.

15.
EL EJÉRCITO Y EL ENEMIGO

El asesinato de Filipo y la necesidad de Alejandro de asegurar su posición habían detenido y retrasado más de un año la guerra de Filipo contra Persia. Pero es una señal del éxito de Filipo que la avanzada que había enviado a Asia al mando de Parmenio y Atalo consistía en unos diez mil infantes y quizá mil jinetes, al menos del mismo tamaño del ejército que había reunido cuando marchó contra Bardilis el ilirio al principio de su reinado. En 336 a.C., un ejército de este tamaño era solo una pequeña parte del poder militar de Macedonia. No se sabe nada de la composición de su fuerza, y al principio, para un contingente tan modesto en número, tuvo muchos éxitos. El retraso en la llegada de los refuerzos, por no mencionar la ejecución de Atalo, le quitó la inercia a la campaña, y las ciudades que habían desertado de Persia para unirse a los invasores, comenzaron a replanteárselo. Tuvo lugar una batalla, quizá solo con una porción de las fuerzas macedonias, y se perdió. Brotaron revoluciones que reemplazaron los regímenes que le habían dado la bienvenida a Parmenio y sus hombres por otros dispuestos a mostrar su lealtad a Persia. A finales de 335 a.C., los macedonios conservaban poco más que una cabeza de puente en el lado asiático del Helesponto.[309]

Eso demostraría ser suficiente, porque el contingente principal estaba al fin del camino, pero antes de hablar de la primera campaña, merece la pena echar un vistazo al ejército que Alejandro dirigiría a la gran guerra, un ejército creado por su padre. Resulta imposible rastrear su evolución, y tampoco podemos juzgar hasta dónde se organizó la fuerza invasora con la campaña asiática en mente. Al menos en un aspecto es ciertamente distinto a los ejércitos vistos hasta entonces, porque era significativamente mayor y contaba con una proporción mucho mayor de caballería. No está claro lo grande que era la expedición, porque las fuentes consultadas varían. Plutarco dijo que en las historias que él había leído los números variaban de treinta mil infantes y cuatro mil jinetes a cuarenta y tres mil infantes y cinco

mil jinetes, y no se molestó en afirmar cuál le parecía la más probable. Parte de la disparidad podría deberse a si se incluía o no el contingente de avanzada. Lo que sigue refleja el consenso generalizado sobre la composición y tamaño del ejército entre los estudiosos modernos.[310]

En todas las batallas importantes y en muchas escaramuzas menores, Alejandro encabezó la caballería de los Compañeros en persona. La unidad táctica básica era el escuadrón (*ile*) de doscientos hombres, compuesto de cuatro grupos (*tetrarchiai*) de cincuenta. Alejandro se llevó ocho escuadrones de caballería de los Compañeros a Asia, uno de los cuales era el escuadrón real, que parece que tenía el doble de jinetes, de modo que su ejército contaba con mil ochocientos de esos caballeros de élite. Otros escuadrones, incluyendo varios reclutados o con base en la Alta Macedonia, se quedaron en casa con Antípatro. La caballería de los Compañeros montaba caballos más grandes de lo que era normal en el resto de Grecia, aunque el número de bajas entre esas monturas sin protección era mucho mayor que el de jinetes, y llegó el momento en que cada vez más de esos jinetes montaron animales persas capturados, que eran más ligeros y rápidos. Los escitas utilizaban sillas primitivas, así que es posible que los macedonios las adoptasen, pero no tenemos buenas evidencias del uso de sillas entre ejércitos mediterráneos hasta el siglo III d.C. Los Compañeros sí utilizaban telas en sus monturas; los ricos, a menudo la piel de un león o de otro gran felino, que ayudaban a acolchar y proteger la espalda del animal y proporcionaban un asiento ligeramente más cómodo. Los hombres de Filipo y Alejandro contaban con un manejo excepcional de la equitación para conservar sus monturas sin las ayudas conocidas por los jinetes modernos. La generosidad de Filipo a la hora de entregar terrenos para favorecer a sus partidarios había hecho crecer mucho el número de hombres que no necesitaban trabajar y podían concentrarse en entrenarse para la guerra. En las campañas, un mozo acompañaba a cada jinete para cuidar del buen estado del caballo y el equipamiento.[311]

No parece que la caballería de los Compañeros llevase escudos de manera habitual cuando montaban, y no los vemos representados en el arte. En lugar de ello contaban con un casco, invariablemente abierto para que el jinete viese y oyese claramente, y una coraza de cuero, tela o metal para protegerse el cuerpo. Las botas altas proporcionaban cierta defensa a los pies y la parte inferior de las piernas, y podrían complementarse con espinilleras metálicas. El arma ofensiva principal era una lanza (*xyston*) de delgada madera de cornejo, que, aunque era larga, era más corta que la sarissa y se podía blandir con una mano. Normalmente se empuñaba debajo del brazo y era significativamente más larga que las lanzas que utilizaba la

caballería persa. La delgadez de la vara hacía que fuese lo bastante ligera para cargarla, pero también que se rompiese frecuentemente o que se destrozase al chocar. Tenía un extremo inferior con una pica, para poder darle la vuelta y utilizarla con lo que quedaba del mango, pero el arma que el jinete utilizaba más a menudo era la espada. La formación estándar seguía siendo la cuña triangular introducida por Filipo, con el jefe de la unidad situado en la punta. El escuadrón completo no formaba una sola cuña, sino que desplegaba varias cuñas más pequeñas para conservar las ventajas de esta maniobrable formación de ataque.

Los siguientes en cercanía al rey eran los Hipaspistas, de los cuales había tres regimientos/batallones (*chiliarchies*), cada uno de ellos de alrededor de mil hombres, divididos a su vez en dos «compañías» (*lochoi*) con una fuerza teórica de quinientos doce hombres. Al menos uno de los regimientos se derivó de los piqueros y guardias mencionados en la victoria de Filipo sobre Bardilis en 358 a.C. Los Hipaspistas eran los soldados más profesionales del ejército, reclutados por su valor y destreza, y también eran los que más a menudo participaban en el combate. Aunque es posible que utilizasen a menudo la sarissa y un escudo pequeño, su equipamiento estándar era un escudo que a todos los efectos era un *hoplon* y una lanza de alrededor de dos metros y medio de larga, lo que los convertía básicamente en hoplitas estándar del siglo IV a.C. Lo que los hacía tan efectivos era la selección de sus componentes, la alta exigencia de sus entrenamientos y la gran experiencia en victorias.

El grueso de la infantería macedonia consistía en los Compañeros de a pie (*pezhetairoi*) de la falange principal, equipados con la sarissa. Había seis regimientos (*taxeis*), conocidos normalmente por el nombre de su oficial y en ocasiones por la región, y las unidades de la Alta Macedonia figuran prominentemente en las campañas futuras. Cada regimiento contaba con alrededor de mil quinientos hombres al comienzo de la campaña, divididos en tres *lochoi*, a su vez repartidos en dos unidades de doscientos cincuenta y seis hombres (que más adelante serían conocidas como *syntagma*). Las *dekas* o líneas de dieciséis soldados eran la base de todos los ejercicios y formaciones, y tenían un papel importante en la administración y el trabajo cotidiano. Cada nivel de la unidad tenía su propio oficial, hasta llegar a los *dekadarchos*, que estaban al mando de la columna y cuyo puesto en la batalla era a la cabeza de la línea. También había un «hombre de doble paga» (*dimoirites*) que se colocaba en la novena línea, que en las ocasiones en que la falange formaba en columnas de a ocho se unía a la primera línea, y el «hombre de diez estateros» (*dekastateroi*), que cobraba más que los demás pero menos del doble, en la retaguardia en las decimoquinta y decimosexta líneas. Tener hombres fiables en la

vanguardia y la retaguardia para mantener el ritmo adecuado durante los ejercicios de adiestramiento era importante, y la teoría militar griega defendía que los soldados más valientes debían estar en la vanguardia y la retaguardia de la formación para dificultar que los demás huyesen si estos hombres escogidos permanecían en sus puestos.[312]

Puede que con la avanzada hubiese contingentes de la falange además de los nueve mil soldados que llevó Alejandro, quizá hasta tres mil. Si es así, o ya eran subunidades de los seis regimientos o se fundieron con ellos. Es posible que hubiese infantería ligera macedonia, aunque la evidencia es escasa. Está mejor documentada la caballería ligera *prodromoi*, consistente en cuatro *ilai*. Algunos de ellos, o todos, también son llamados *sarisophoroi*, lo que sugiere que iban armados con una sarissa o al menos con una lanza más larga de lo normal que requería dos manos para blandirla adecuadamente. Son mencionados a menudo, y su procedencia no está clara; pudieron haber sido macedonios. Junto con la caballería peonia y tracia que a menudo operaba a su lado, parece ser que contaban con novecientos hombres.[313]

El lugar de honor entre los contingentes aliados debe dársele a la caballería tesalia, cuyo número parece ser equivalente al de la caballería de los Compañeros y también estaba organizada en *ilai*. Llevaban una lanza más corta que el *xyston*, y practicaban una formación romboide y no una cuña, pero se diría que eran tan capaces de lanzar una carga sorpresa como la caballería pesada macedonia. Nuestras fuentes se concentran tanto en Alejandro y los Compañeros que a menudo se ignora la contribución vital de estos hombres. Esto ocurre en general con todos los aliados, con raras excepciones como los agrianos, que puede que alcanzaran la cantidad de mil hombres, aunque el total quizá incluya arqueros como los cretenses que a menudo operaban con ellos. Rara vez se menciona a la caballería griega suministrada por otros aliados, aunque sabemos que existió, e incluso las acciones de los siete mil infantes griegos aliados que formaban parte del ejército principal en 334 a.C. son oscuras. Alejandro, como Filipo, hacía abundante uso de fuerzas mercenarias, y al principio de la campaña eran unos cinco mil hombres, pero estos también reciben poca atención. Además había siete mil ilirios, tribalios y otros tracios, básicamente en infantería, aunque también algunos hombres de caballería. Los griegos también suministraron un gran número de barcos de guerra. Al ejército de tierra lo acompañaban ingenieros, además de muchos otros no combatientes, desde sirvientes a estudiosos. Filipo les había enseñado a sus hombres a marchar vigorosamente y viajar ligero, y Alejandro conservó la misma disciplina, aunque había muchas bocas extra que alimentar,

más animales que transportasen la comida y una gran cantidad de equipaje que llevar. Comparado con un ejército griego, no digamos uno persa, el convoy de Alejandro era relativamente pequeño, pero seguía siendo sustancial.[314]

En términos de soldados, los macedonios aportaban el mayor contingente del ejército. La falange de piqueros era la clase de soldados más numerosa, y junto con los Hipaspistas, los hoplitas (tanto aliados como mercenarios) y los hombres de las tribus septentrionales, con armamento más pesado, la infantería de orden cerrado componía la mayoría y el núcleo del ejército de un modo que era esencialmente griego. Al contrario que el de un ejército hoplita, el equipamiento era variado, y también variaba mucho lo referido a formaciones y movilidad, pero en su base seguía siendo una fuerza de infantería mejor diseñada para el combate cuerpo a cuerpo en la tradición de las falanges hoplitas. Sin embargo, potentes adiciones de otras clases de tropa aseguraban que se tratase de una fuerza mucho mejor equilibrada y más flexible que cualquiera que hubiese reunido antes cualquier estado griego. En particular, contaba con un gran contingente de caballería; alrededor de uno de cada siete u ocho de sus soldados era jinete, y la media fue superior en algunas batallas después de que varias secciones de infantería fuesen separadas del ejército para formar guarniciones o escoltas (más adelante, en el siglo III a.C., Aníbal dirigió una media de uno por cada cuatro en el ejército que prácticamente aniquiló a un ejército romano mucho mayor en Cannas, pero una media tan alta era excepcionalmente rara en los ejércitos europeos antes del periodo medieval). Un número similar de infantes y jinetes macedonios se había quedado en Macedonia bajo el mando de Antípatro, y tenía acceso a aliados, aunque estos no formaban parte permanente del ejército.[315]

Era un gran ejército invasor, bien equilibrado y su núcleo estaba compuesto por muchas unidades y oficiales acostumbrados a operar juntos y familiarizados con la victoria. A ojos modernos, habituados a que la mayoría de los soldados combatientes tengan diecinueve o veintipocos años, el de Alejandro no era un ejército especialmente joven. Justino afirma que Alejandro se encargó de seleccionar veteranos para llevarse con él, y aunque exagera, hay una pizca de verdad en ello. Un número significativo de Hipaspistas eran hombres en la cuarentena o incluso mayores. Probablemente se trataba de una minoría, pero lo suficientemente grande como para ser visible y darle al cuerpo un aire de experiencia e invencibilidad inmensas. La mayoría de los piqueros y jinetes habían servido en algunas de las campañas de Filipo, y un puñado en la mayoría o en todas ellas. Sin excepción, al principio de la expedición, los jefes de las unidades y los oficiales superiores ya se habían hecho un nombre con Filipo.[316]

Existía escasa o ninguna estructura de mando sobre los regimientos de infantería y los escuadrones de caballería. Se formaban agrupaciones temporales según fuesen necesarias, bajo el mando de un oficial nombrado por el rey para la ocasión, no uno que tuviese una graduación o un puesto concreto. Antípatro era unos pocos años más joven que Filipo, y sería igual de vigoroso como jefe de las tropas en Macedonia y regente en ausencia del rey, y llegó a vivir casi hasta los ochenta años. Filotas, el hijo de Parmenio, estaba al mando de la caballería de los Compañeros, y otro hijo, Nicanor, era el oficial de los Hipaspistas. No había un jefe permanente de la falange principal, pero los oficiales al cargo de cada regimiento eran hombres importantes y en ocasiones recibían mandos independientes. El núcleo del ejército consistía en hombres que habían servido juntos muchos años con Filipo y ahora con su hijo y que conocían bien su profesión.

Un ejército tan grande, por no mencionar las tropas que quedaron para defender Macedonia, no se reunía sin un esfuerzo considerable y grandes gastos. Como Filipo, Alejandro gastó anticipando éxitos futuros, y a pesar de los beneficios procedentes del saqueo de Tebas, las reservas del tesoro se habían quedado reducidas a casi nada. Plutarco menciona relatos que afirman que solo quedaban setenta talentos y que había fondos suficientes para pagar y proporcionar suministros al ejército para apenas treinta días. Alejandro se mostraba generoso regalándoles tierras y otros derechos a sus partidarios, y especialmente a los Compañeros de su corte. El fracaso bien podría haberlos arruinado a él y a la monarquía, pero eso no le preocupaba, dado que era probable que también significase su muerte, fuese a manos del enemigo o de aristócratas que no toleraban la derrota. La expedición era una apuesta enorme, y el hecho de que fuese un éxito espectacular no debería impedirnos ver riesgo que corría. La confianza en uno mismo es un rasgo común entre los jóvenes, y nuestras fuentes ven con razón la osadía de su decisión de encabezar la guerra que Filipo había planeado como un reflejo de la ilimitada seguridad de Alejandro.[317]

Antes de partir, se supone que Antípatro y Parmenio, presumiblemente por carta a menos que este último hubiese regresado de Asia, urgieron al joven rey a que se casara y engendrase un heredero para el trono. Alejandro se negó, y algunos lo ven como una señal del precario equilibrio entre las casas nobles del reino, algo demasiado fácil de descompensar al elegir una esposa. Siendo más prácticos, tomar una esposa no le garantizaba que se fuese a quedar embarazada inmediatamente, y no digamos que diese a luz un hijo sano, e incluso de ser así habrían tenido que pasar muchos años antes de que el muchacho creciese para convertirse en un probable sucesor. Alejandro declaró que sería vergonzoso esperar por asuntos

domésticos cuando llamaba la gloria de una gran guerra. En otoño de 335 a.C., celebró el festival Dium a gran escala, con un banquete cubierto en una tienda lo bastante grande como para contener cien triclinios, cada uno de ellos con tres invitados. Un gran número de sacrificios proporcionaron carne no solo para esos invitados importantes, sino para todo el ejército. Al igual que su padre, la creciente falta de fondos no evitó que gastase a lo grande. Tras su gran muestra de generosidad, Pérdicas le preguntó qué se guardaba para sí mismo. Supuestamente, la respuesta fue: «Mis esperanzas».[318]

Para la primavera de 334 a.C. se habían terminado los preparativos y Alejandro al fin emprendió la gran expedición hacia Persia. Nunca regresaría a Macedonia, aunque nadie podía saberlo; tampoco volvería a ver a su madre Olimpia o a su hermana Cleopatra. Esta última pronto se convertiría en viuda, porque su esposo, Alejandro de Epiro, emprendió al mismo tiempo una expedición al sur de Italia y murió en campaña un par de años después sin haber conseguido gran cosa.[319]

A pesar de toda la emoción del momento, no debemos creer que Alejandro abandonó su hogar pensando solo en la gran aventura. Era el rey de Macedonia, y había muchas cosas que solo podía hacer el rey. Durante toda su vida, Alejandro permaneció en contacto con lo que ocurría en casa y en otras partes mediante un flujo de cartas y mensajeros. Durante los primeros meses y años, no era demasiado complicado, pero según aumentaban las distancias, y los cientos de kilómetros se convertían en miles, la cadena de correspondencia nunca se interrumpió durante mucho tiempo, aunque sí se hizo más lenta.

Antípatro estaba formalmente al mando como principal representante del rey, encargado de gran parte de la administración cotidiana y de mantener el dominio de Macedonia en las fronteras del norte y sobre Grecia. Pero no ostentaba un poder propio, sino el que tenía como representante del rey, y cualquier decisión suya podía ser anulada, aunque tomase tiempo, mientras que las del rey debían aplicarse. Su trabajo se complicaba porque no era el único que le enviaba reportes, opiniones y peticiones a Alejandro. Había un jefe militar independiente en Tracia y quizá otros en otros puntos, y algunos hombres y Compañeros también podían escribir directamente al rey. Por encima de todos, los mensajes de Olimpia y Cleopatra recibían inmediata y comprensiva consideración. Por lo que respecta a la madre del rey, Olimpia tenía un papel oficial, por ejemplo representar a su hijo en algunos sacrificios y otras ceremonias, pero más importante era su obvia influencia, que a veces le llevaría a tensiones con Antípatro. La interacción de diferentes intereses y facciones no era nada nuevo en la política macedonia, y como de

costumbre, poco podemos hacer más allá de conjeturar los detalles. Aunque la prolongada ausencia del rey lo complicaba, por lo general el sistema funcionaba bien.[320]

Los rumores afirmaron que antes de que su hijo se marchase, Olimpia le contó a Alejandro en secreto la verdad sobre su concepción y su «auténtico» padre divino, aunque no se molestaban en explicar cómo pudo haberse enterado alguien más. De un modo más directo, el recuerdo de Filipo envolvía al ejército. La expedición marchó vía Anfípolis, cruzó el río Estrimón, pasó el monte Pangeo, con sus productivas minas, y atravesó Abdera y Maronea de camino a los Dardanelos. Era la ruta natural, siguiendo las llanuras costeras, y los persas de Jerjes la habían utilizado en su invasión de Grecia en 480 a.C. Ahora, Alejandro, como *hegemon* de los griegos, la tomaba en el sentido contrario, y era una manera apropiada de comenzar su guerra de venganza, pero los veteranos macedonios sin duda se acordaban de sus campañas con Filipo en la región. Aquellas operaciones habían durado muchos años y acabaron por darle la vuelta al destino del reino. La prueba estaba no solo en el tamaño de su ejército, sino la facilidad con la que en veinte días cubrieron alrededor de quinientos kilómetros y llegaron a Sesto, tras haber recorrido poco más de la mitad de la península de Galípoli.[321]

A Parmenio se le encomendó la misión de trasladar al ejército a la orilla asiática, con la ayuda de ciento sesenta trirremes aportados básicamente por los aliados griegos y una flota de apoyo de barcos mercantes y otros transportes. El desembarco no tuvo oposición, dado que la avanzada ocupaba esa cabeza de playa en Asia. Los estudiosos que expresan sorpresa por la ausencia de la armada persa malinterpretan en esencia la capacidad del poder naval en una época de barcos de guerra a remo. Los trirremes tenían un alcance operativo corto, dado su poco espacio de carga para transportar la cantidad de comida y agua potable que necesitaban sus tripulaciones. La avanzada macedonia todavía controlaba todos los puertos en los Dardanelos y podía evitar que algún barco persa atracase en cualquier lugar para aprovisionarse. Además, el ataque tendría que haberse calculado para bloquear a una porción importante del ejército macedonio mientras cruzaba el estrecho, porque la flota no podía enfrentarse sola al enemigo si este ya había desembarcado. No había nada que evitase que los hombres de Alejandro esperasen a que los barcos enemigos tuvieran que marcharse para reponer sus bodegas y darle descanso a sus tripulaciones. La teoría de que la mayoría de los barcos de guerra que los persas tenían disponibles se encontraban lejos, tras haber sofocado una rebelión en Egipto, es probable, pero irrelevante. Incluso aunque hubiesen estado presentes, los escuadrones persas no habrían podido evitar que el ejército de Alejandro cruzase el estrecho.[322]

Cerca de Sestos se encuentra la zona más angosta del estrecho de los Dardanelos, menos de kilómetro y medio de ancho en algunos puntos y nunca más de tres, aunque las corrientes son fuertes. Los trirremes solo podían transportar pequeños contingentes de soldados, y aunque los barcos mercantes ofrecían más espacio, la carga y descarga llevaban tiempo. Las monturas de la caballería y los animales de carga eran activos particularmente valiosos y tenían que ser tratados con gran cuidado dado que eran inútiles si sufrían heridas graves. Tenían que almacenar la comida y otros suministros mientras esperaban el embarque, y luego vueltos a almacenar en la otra orilla. Cruzar el estrecho llevaba tiempo y requería una planificación y organización considerables, de modo que Alejandro lo dejó en las capaces manos del general más fiable de su padre, y en lugar de ello fue al extremo más meridional de la península para añadir grandeza al comienzo de la expedición.

El rey acudió a Eleo, donde se contaba que los griegos se habían embarcado para el asedio de Troya. Allí había una tumba que se decía que pertenecía a Protesilao, el primer griego que desembarcó y el primero en morir: en *La Ilíada*, «un dárdano lo había matado nada más bajar del barco, el primero de todos los aqueos». Alejandro hizo un sacrificio en su tumba, honrando al héroe muerto y buscando suerte para su propia campaña. Se erigieron altares y se hicieron ofrendas a Zeus para tener desembarcos seguros, a Atenea (a la que se asociaba con la región), y a su antepasado Hércules (que en su momento había librado su propia guerra contra Troya). Entonces, acompañado de su escolta, embarcaron en sesenta trirremes y comenzaron el periplo, con el rey llevando personalmente el timón de su barco a la manera de los héroes de Homero. A mitad de camino se detuvo y sacrificó un toro a Poseidón y las Nereidas, las ninfas marinas, una de las cuales era Tetis, la madre de Aquiles. Se arrojó al mar el vino de una copa dorada como ofrenda antes de retomar el cruce y desembarcar en la orilla asiática en la bahía donde se decía que habían llegado los griegos. Alejandro abrió camino, completamente preparado para la guerra, caminando entre las olas igual que Protesilao, aunque esta vez no había nadie que se le opusiera. Algunos dicen que lanzó su lanza con fuerza contra el suelo, reivindicando Asia «tomada por la lanza», suya por derecho de conquista.[323]

Alejandro erigió altares al mismo trío de dioses a quienes había dedicado altares en Eleo y después recorrió los pocos kilómetros que lo separaban de Troya, o al menos el lugar que en la época se creía equivocadamente que correspondía al lugar donde había estado Troya y que estaba lleno de santuarios, momentos y objetos relacionados con la historia. Naturalmente, visitó la tumba de Aquiles, donde depositó una corona, y una tradición nos cuenta que su amigo Hefestión

depositó otra en la tumba de Patroclo. El rey y sus jóvenes compañeros se desnudaron y celebraron una carrera, igual que los competitivos héroes de las historias, aunque es improbable que alguno se atreviese a adelantar a Alejandro. Hizo un sacrificio en el famoso templo de Atenea Ilión, y cuando se le mostró una panoplia que se decía que había pertenecido a Aquiles, la cambió por la suya y ordenó que la de Aquiles la llevasen junto a él en la batalla en los años venideros. Sin embargo, desdeñó la oferta de ver la lira de su tocayo Alejandro o a Paris, quien provocó la guerra al secuestrar a Helena, pero cuyo comportamiento durante la misma estuvo lejos de ser heroico. No se trataba de un rechazo hacia todo lo troyano, ni Alejandro consideraba a los troyanos simplemente como los predecesores de su enemigo persa. Neoptólemo, hijo de Aquiles y antepasado directo de Alejandro, había matado al rey Príamo de Troya mientras este abrazaba el altar de Zeus Herceo, antes de secuestrar a su nieta y casarse con ella. Su descendiente acudió a la capilla e hizo un sacrificio para apaciguar al espíritu del rey asesinado.[324]

Después de presentar sus respetos y ver los monumentos, Alejandro viajó para unirse al contingente principal, que a estas alturas ya había cruzado el estrecho y estaba acampado en Arisba. Parmenio había actuado con su habitual eficiencia, y el peregrinaje a Troya era una señal de la fe que el rey depositaba en sus subordinados, no de su desinterés por los aspectos prácticos de la campaña. Ciertamente, se habría considerado extraño que un descendiente de Aquiles, o prácticamente cualquier griego culto, estuviese tan cerca y no visitase los escenarios de la guerra de Troya. Es imposible decir hasta dónde llegaba en la época el interés por la visita del rey. Allá donde iba, Alejandro honraba visiblemente a los dioses, y como poco, su conducta era respetuosa y adecuada. En 480 a.C. Jerjes había ordenado que se construyese un puente hecho de barcos a través de los Dardanelos, y cuando una tormenta lo destrozó, ordenó que sus hombres azotasen al mar y lanzasen grilletes para hacer que las olas se sometiesen al rey de reyes. También saqueó el santuario de Atenea en Ilión, la tumba de Protesilao y otros lugares sagrados mucho antes de que hiciese lo mismo en los templos de la propia Atenas. El ejército de Alejandro era demasiado pequeño como para justificar un pontón, incluso aunque hubiese querido uno, pero el modo en que cruzó el estrecho y el respeto que mostró en los santuarios y hacia el pasado lejano suponían un contraste deliberado con el comportamiento de Jerjes.[325]

La invasión principal había comenzado al fin, a pesar de la muerte de Filipo y de los complicados primeros días de la sucesión de Alejandro, y sin duda se trató de una decepción para los persas, pero ni mucho menos una crisis. Ya había habido ejércitos griegos en Asia Menor, y a la larga todos habían fracasado y se habían retirado. El ejército de Alejandro era mayor que cualquier invasor anterior procedente de Grecia, pero los recursos a su disposición empequeñecían ante el dinero y el capital humano de Persia, incluso dando por hecho que consiguiese la improbable hazaña de conservar la unidad y el apoyo de sus aliados griegos. En estos primeros momentos, la invasión era más un problema que una crisis, y el rey Darío III se contentó con permitir que sus representantes locales lidiasen con ello. En realidad no tenía muchas más opciones, porque el corazón del imperio estaba a más de mil quinientos kilómetros de los Dardanelos y hubiese tardado mucho en reunir un ejército real, disponer los medios para alimentarlo y luego llevarlo hasta la zona de guerra. Nunca hubo una posibilidad realista de que ocurriese esto antes de que acabase el año. Como cabeza de un vasto imperio, el rey persa tenía que delegar.

Darío III le doblaba la edad a Alejandro, pero solo había sido rey el mismo tiempo, y como Alejandro, ascendió al trono tras un asesinato, el más reciente de una sucesión de regicidios. Comenzó en 338 a.C., cuando se supone que el eunuco Bagoas envenenó a Artajerjes III Oco. Fue reemplazado por su hijo todavía bebé, Arsés, que sería llamado Artajerjes IV. El padre había demostrado ser capaz y completamente implacable, asesinando a todos sus rivales obvios y reprimiendo la revuelta de los sátrapas y comunidades de Asia Menor y el Mediterráneo, provocando que el sátrapa Artabazos y su familia buscasen refugio sagrado en Macedonia. Su mayor victoria fue recuperar Egipto, una provincia rica que se había rebelado con éxito contra Persia a finales del siglo V a.C.[326]

Bagoas eliminó a los otros hijos de Oco para proteger al nuevo rey, pero cuando el muchacho fue creciendo, empezó a mostrar señales de independencia y una sospecha natural de su manipulador y asesino consejero. En 336 a.C., el eunuco lo envenenó y organizó que el noble Codomano ascendiese al trono, tomando el nombre Darío III. Con el tiempo, Bagoas cambió de idea, pero el rey descubrió el complot y obligó al eunuco a beberse su propio veneno. Esa es al menos la historia que cuenta Diodoro, que refleja la arraigada sospecha y el desprecio griego hacia los reyes y sus cortes, los bárbaros en general y los eunucos que simultáneamente los fascinaban y repugnaban. No sabemos cuánto hay de cierto en esas historias, aunque parece que hay pocas dudas de que Oco y su hijo fueron asesinados y que durante esos años el linaje principal de la familia real aqueménida se vio seriamente reducido.[327]

Darío debía de pertenecer a la familia, y se afirma que era nieto de un hermano del padre de Oco, el rey Artajerjes II. Si es cierto, es sorprendente que sobreviviese a las purgas de Oco, aunque, dado que se afirmaba que Artajerjes tuvo ciento quince hijos con diferentes concubinas, sin duda hubo muchas otras víctimas. Ese linaje es posible, pero bien pudo haberse inventado tras la ascensión al trono de Darío. Es más probable que se tratase de un oscuro miembro del clan real al que no consideraban suficientemente amenazador como para que mereciese la pena asesinarlo. En lugar de ello, consiguió el favor de Oco por su valor en la batalla, particularmente cuando derrotó a un campeón enemigo en combate singular. Era un hombre alto y hermoso, incluso entre los persas, que eran famosos por su belleza, y tenía un hijo y una hija fruto de un matrimonio ya existente. Probablemente tras convertirse en rey se casó con Estatira, que tenía fama de ser la mujer más hermosa de toda Asia y de la que se dijo que era su hermana, aunque esto bien puede formar parte de un linaje inventado para que fuese más adecuado para el rey: si su esposa/hermana era del auténtico linaje real, entonces Darío también.[328]

Hay muchas cosas sobre Darío de las que no estamos seguros, y nuestras fuentes no nos dan indicación alguna sobre su personalidad. Dadas las circunstancias de su ascensión al trono, la muerte de Filipo y el retraso de la expedición macedonia le habían dado un cierto respiro, que sin duda necesitaba para consolidar su poder. Los aqueménidas gobernaban sobre muchas comunidades de arraigadas identidades y recuerdos de una independencia pasada. Es posible que tuviese lugar una rebelión en Babilonia y otra en Egipto, aunque no podemos estar seguros. Si ocurrieron, ambas estaban sofocadas para cuando Alejandro llegó a Asia, pero se habrían considerado, con justicia, como más graves que cualquier amenaza procedente de Macedonia. En el pasado habían tenido lugar revueltas que en ocasiones habían durado años o incluso décadas, como en Egipto, antes de ser reprimidas. Darío III gobernaba un imperio que ya no estaba en su cénit, pero desde luego tampoco en un declive profundo o terminal. Desde luego, la robustez de su administración y organización era un factor importante para que Alejandro pudiese hacerse con él y conservarlo unido.[329]

Darío gobernaba un imperio que era mucho mayor, más rico y más poblado que cualquier estado griego, incluyendo Macedonia y sus aliados juntos. Herodoto afirmaba que Jerjes había llevado a un millón de hombres en su invasión de Grecia, tantos que secaron ríos y tenían que ser contados por zonas en lugar de por cabezas. Logísticamente, una fuerza así no era posible organizarla; Napoleón contó con poco más de la mitad de ese número en la *Grande Armée* cuando atacó Rusia en 1812, y aquel fue el mayor ejército reunido por

cualquier país o alianza europeos hasta la fecha, y rara vez se igualaría, y mucho menos se superaría, hasta el siglo XX. Nuestras fuentes hacen afirmaciones similares sobre algunos de los encuentros de Darío con Alejandro, alegando grandes hordas de un millón o más de soldados. Esos números se usan para referirse a algo un poco más específico que «grande» para los estándares griegos y demostrar que un griego era superior a muchos bárbaros y acrecentar la gloria del triunfo. La repetición de esos cálculos descabellados significaba que al público griego le costaba aceptar la idea de un ejército persa que no fuese verdaderamente gigantesco. Así, los historiadores que acompañaron a Alejandro —y sus sucesores— que más tarde escribirían su historia, no tenían mucha más elección que hablar de grandes hordas de enemigos, hecho que por otra parte no significa que el joven rey no estuviese dispuesto a inflar los números persas para sumar a su propia reputación.[330]

El capital humano era considerable, aunque no en esa supuesta escala, pero los persas no mantenían un ejército regular grande; de hecho, como ocurría en la mayoría de los estados antiguos, es mejor hablar de ejércitos persas individualmente que del ejército persa como una sola institución. Tan extenso era el imperio que no tenía mucho sentido militarmente hablando, aparte de ser culturalmente improbable, que el rey tuviese a su disposición inmediata una gran fuerza entrenada; la simple distancia implicaba que un ejército así tardaría demasiado en llegar al lugar donde era necesario. El imperio no estaba en guerra permanente, y los conflictos tendían a ocurrir en fronteras lejanas o como resultado de rebeliones internas. Cada situación requería una respuesta adecuada, preparada para esa campaña, con levas en regiones cercanas y, si era necesario, en zonas más alejadas. Era difícil prepararse con antelación para guerras así, pero no importaba. Ningún oponente era considerado como una amenaza para la existencia del imperio, lo que significaba que si había derrotas iniciales, las consecuencias no eran fatales, y siempre habría tiempo para aportar recursos aún mayores. Las guerras persas de conquista eran muy raras para el siglo IV a.C., aunque la recuperación de Egipto podía entrar en esa categoría en muchos sentidos, y otros conflictos solían ser reacciones a un enemigo.

Había pocos soldados profesionales. Parece que los Inmortales de la época de Jerjes, los diez mil infantes persas, soldados de élite a tiempo completo, ya no existían, al menos en tal cantidad y con esa destreza en las armas. Había tropas reales, más o menos a tiempo completo, pero principalmente el ejército se reclutaba mediante líderes y comunidades obligados a enviar hombres en respuesta al llamamiento real. Los mejores solían ser jinetes, procedentes de la nobleza y sus casas, que tenían tiempo libre para cazar a caballo,

cabalgar y practicar con las armas, y la obligación de justificar su estatus con muestras de valor. La suma disponible de estos jinetes era mucho mayor que en cualquier estado griego, incluso que en el ejército creado por Filipo y Alejandro, que contaba con un gran número de unidades de caballería.

La infantería era numerosa, pero estaba pobremente protegida comparada con los hoplitas e incluso con los piqueros macedonios. Sencillamente, en Persia no existía un equivalente a la clase hoplita, y los únicos soldados de a pie que podían estar a la altura de los ejércitos griegos en combate mano a mano eran los mercenarios griegos. Como siempre, tenemos que tener cautela con las cantidades, especialmente los números atribuidos al enemigo, pero parece que el número de griegos a sueldo de Darío era significativamente mayor que el de griegos aliados o mercenarios en el ejército de Alejandro. Isócrates y los otros panhelenistas despreciaban a los persas como afeminados y decadentes, alegando que contrataban soldados griegos sencillamente porque estos eran superiores. Esto solo era cierto en el sentido de que los hoplitas eran mejores que cualquier otra infantería de la época cuando se trataba de combate mano a mano en masa. Ese veredicto ignoraba a la buena caballería persa, y, aún más importante, que el combate consistía en mucho más que en batallas campales, y los persas tenían muchas tropas indicadas para las actividades mucho más comunes de incursiones y asedios. Los hoplitas griegos añadían un elemento extra a la mezcla, que en ciertas situaciones resultaba muy útil. Las tropas mercenarias tenían la ventaja añadida de ser soldados profesionales, a quienes el rey podía enviar a cualquier parte, fuese como guarniciones o para operar en el campo. Igual de importante, contratar a belicosos e inquietos soldados griegos era mejor que permitir que los reclutase otros.

Además de los ejércitos que podía reunir, Darío tenía acceso a cantidades sustanciales de barcos de guerra, aunque tampoco existía la armada persa, sino flotas individuales reunidas para cada operación. Como los ejércitos, las flotas eran multiétnicas, reclutadas de comunidades de toda la costa mediterránea, incluyendo ciudades griegas de Asia, y las islas cercanas, que suministraban trirremes y tripulaciones como parte de sus obligaciones con el rey. La mayoría de esos pueblos tenían fuertes tradiciones marítimas, sobre todo los fenicios de las grandes ciudades de Tiro y Sidón, que se encontraban entre los mejores armadores de barcos y marineros del Mundo Antiguo. Esto significaba que los barcos de una flota persa solían estar bien construidos, mantenidos y guarnecidos. También eran numerosos, motivo por el que Atenas había tenido que movilizar a sus aliados cuando combatió contra los persas por la supremacía naval en el siglo V a.C. Más tarde, en 334 a.C., se menciona una flota de

cuatrocientos barcos de guerra, y, aunque se exagerase, ese número sin duda representaba la fuerza en potencia que Darío tenía a su disposición. Se trataba de una flota mucho mayor que cualquiera que Alejandro pudiese reunir o permitirse, y con igual o incluso mejor habilidad náutica.[331]

Si hablamos de tamaño, se puede decir lo mismo de las fuerzas de tierra. A la larga, Darío podía desplegar muchos más soldados que Alejandro, pero el retraso importaba y conformaba la forma persa de hacer la guerra. Cada ejército o flota persas tardaba tiempo en reunirse y cada uno era único, porque no existía una organización permanente o una estructura de mando. Los generales eran nombrados si el rey no estaba presente, y normalmente eran sátrapas u otros oficiales y nobles de la región. El núcleo del ejército de Alejandro estaba formado por soldados y oficiales que llevaban más de veinte años luchando juntos, creando un grupo bien entrenado, seguros de sí mismos y de los otros. En contraste, cualquier fuerza persa, tras haber sido reunida, tenía que aprender a trabajar junta, a dar y cumplir órdenes y a maniobrar en conjunto. En tierra o mar, había muchos individuos y contingentes diestros y valerosos, pero el desafío se encuentra en coordinar todos los elementos diferentes para un fin común. Esto significaba que probablemente la respuesta persa sería lenta, pero que iría creciendo constantemente. Alejandro tenía la ventaja de tener su bien templado ejército preparado, pero la misión que esperaba al joven rey y sus hombres seguía siendo abrumadora.

---

309. Diodoro Sículo 17.7.2-10, Bosworth, Conquest and Empire, pp. 34-5, Green, Alexander of Macedon, pp. 138-40.
310. Plutarco, Alejandro 15.1; Arriano, Anábasis nos da una fuerza principal de poco más de treinta mil infantes y más de cinco mil jinetes. Diodoro Sículo 17.17.3-5 nos da la única composición detallada del contingente, pero incluso eso plantea dudas. Para la sección siguiente he extraído en gran parte de Bosworth, Conquest and Empire, pp. 259-66, N. Skunda, «Military Forces», en P. Sabin, H. Van Wees y M. Whitby (eds), The Cambridge Companion to Greek and Roman Warfare Vol. 1: Greece, the Hellenistic World and the Rise of Rome (2007), pp. 325-27, esp. 330-3, y el muy ilustrado libro del mismo autor The Army of Alexander the Great, Osprey Men at arms series 148 (1984), W. Heckel, Alexander's Marshals. A Study of the Makedonian Aristocracy and the Politics of Military Leadership (2nd ed., 2016), pp. 260-80, y D. Devine, «Alexander the Great», en Gen. Sir John Hackett (ed.), Warfare in the Ancient World (1989), pp. 104-29, esp. 104-8. La bibliografía que cubre el ejército y las campañas de Alejandro encontrada en J. O'Brien, Alexander the Great. The Invisible Enemy. A Biografphy (1992), pp. 307-10, continúa

siendo excelente.
311. Para el tamaño de las unidades, he seguido a Sekunda, «Military forces», p. 331, pero hay otros cálculos del tamaño del ile real, y es también posible que el número que da Diodoro Sículo 17.17.4 de mil ochocientos incluya a alguno o a todos los prodromoi entre la caballería de los Compañeros. Heckel señala que mil ochocientos divididos en ocho iliai daría unidades de doscientos veinticinco hombres; sobre las sillas, véase P. Sidnell, Warhorse (2007), pp. 20-1, 35, 85.
312. Sobre el papel de los hombres en vanguardia y retaguardia, véase Jenofonte, Memorabilia 3.1.8, Cyropaedia 3.3.41-2, 6.3.27, Asclepiodoto 3.2-5.
313. Bosworth, Conquest and Empire, pp. 259, 262-3, que contrasta con Sekunda, The Army of Alexander the Great, pp. 20-1, quien cree que los prodromoi eran tracios.
314. Engels, Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army sigue siendo el estudio más completo sobre el suministro, pero hay que utilizarlo con cierta cautela dado que inevitablemente se aceptan muchos supuestos y los cálculos posteriores son conjeturas.
315. Diodoro Sículo 17.17.5 dice que Antípatro se quedó con doce mil soldados de a pie y mil quinientos jinetes. Ninguna otra fuente nos da el número de soldados que quedaron en Macedonia, aunque la escala de sus recursos se puede calcular a partir de campañas posteriores, principalmente la guerra contra Esparta. Razonable y generalmente se supone que Diodoro solo aporta el número de soldados macedonios a las órdenes de Antípatro.
316. Justino, Epítome 11.6.3-7; en 317 a.C. los argyraspides o escudos plateados, sucesores de los Hipaspistas, supuestamente tenían más de sesenta años, Diodoro 19.41.2, Plutarco, Eumenes 16.7-8.
317. Plutarco, Alejandro 15.1.
318. Diodoro Sículo 17.16.1-4, Plutarco, Alejandro 15.2-3, Arriano, Anábasis 1.11.1-2, con E. Baynham, «Why didn't Alexander marry before leaving Macedonia? Observations on factional politics at Alexander's court in 336-334 BC», Rheinisches Museum für Philologie, 141 (1998), pp. 141-5.2.
319. Livio 8.24.5-13, Estrabón, Geog. 6.1.5.
320. Arriano, Anábasis 1.11.3, Curcio 4.1.39, Justino, Epítome 11.7.1, Diodoro Sículo 17.32.1, 118.1, 18.21.2, Plutarco, Alejandro 39.5, 58.2-3, con Heckel, Alexander's Marshals, pp. 35-8.
321. Plutarco, Alejandro 3.2, Arriano, Anábasis 1.11.3-4.
322. Arriano, Anábasis 1.11.6, con E. Anson, «The Persian fleet in 334», Classical Philology, 84 (1989), p. 44-9 sobre la incapacidad de los persas para evitar el cruce del estrecho.
323. Arriano, Anábasis 1.11.5-6; la cita es de Homero, Ilíada 2.701-2

(vía Lattimore).
324. Arriano, Anábasis 1.11.7-12.1, con Plutarco, Alejandro 15.4-5, Diodoro Sículo 17.17.6-7.
325. Bosworth, Conquest and Empire, pp. 38-9, Gree, Alexander of Macedon, pp. 165-8, Lane Fox, Alexander the Great, pp. 109-15.
326. Diodoro Sículo 17.5.3-6.3, Justino, Epítome 10-1.1-3.5, con la detallada exposición de E. Badian, «Darius III», Harvard Studies of Classical Philology, 100 (2000), pp. 241-67 = E. Badian (ed.), Collected Papers on Alexander the Great (2012), pp. 457-78.
327. Justino, Epítome 10.1.1 sobre los hijos de Oco.
328. Véase Badian, Collected Papers on Alexander the Great, pp. 458-63.
329. Véase en Cawkwell, The Greek Wars, pp. 198-206 un estudio de la actitud griega y de la fuerza persa real.
330. Herodoto 7.60.1, con comentarios generales sobre los números dados por las fuentes griegas y el tamaño y organización reales de los ejércitos persas; véase Cawkwell, The Greek Wars, pp. 237-54.
331. Cawkwell, The Greek Wars, pp. 255-73; sobre la flota de cuatrocientos barcos, Arriano, Anábasis 1.18.5.

16.
EL RÍO

En 334 a.C., la respuesta inicial a la invasión de Alejandro correspondía a los sátrapas y generales locales, que se reunieron en Zeleia, a unos quince kilómetros al sur del mar. Nuestras fuentes no son claras, pero es probable que Darío pusiera al mando a Arsites, sátrapa de la Frigia Helespóntica (la costa norte de la moderna Turquía, que incluía el terreno tomado por los macedonios), quien había enviado ayuda a Perinto cuando Filipo sitió la ciudad en 340 a.C. Pero aunque estuviese formalmente al mando y no fuese solo el primero entre iguales porque la campaña estaba teniendo lugar en su región, su autoridad sobre los otros generales era considerablemente menor que la de Alejandro, porque el ejército incluía un gran número de importantes aristócratas. Los principales eran Arsames, sátrapa de Cilicia, y Espitrídates, sátrapa de Lidia y Jonia (la costa occidental que incluía la mayoría de las comunidades griegas de Asia Menor), junto con su hermano Resaces; también formaban parte Reomitres, cuyo hijo más tarde llegaría a ser sátrapa, Petenes, Nifates y Mitrídates, que estaba casado con una hija del primer matrimonio de Darío.

Sabemos poco de esos hombres, y nuestras fuentes le prestan la mayor atención a otro oficial, Memnón de Rodas, aunque podría ser porque este era griego más que porque realmente fuese más competente que los demás. Era uno de esos oficiales mercenarios que tan a menudo aparecen en esta época; Memnón y su hermano Mentor tenían una vieja relación con los persas: su hermana estaba casada con Artabazo, uno de los líderes principales de la revuelta de los sátrapas reprimida por Oco. Durante esos años, Memnón había huido con Artabazo y se habían refugiado en la corte de Filipo, lo que le dio la oportunidad de conocer Macedonia y a sus líderes. Mentor había permanecido leal al rey persa, y su distinguido servicio en la recuperación de Egipto le ganó el favor real y poder solicitarle al rey que permitiese que los exiliados regresaran. Quizá por gratitud, Artabazo entregó en matrimonio a su hija Barsine al *condottiere*

Mentor, aunque fuese la sobrina de su nuevo marido. Cuando Mentor murió poco después, Memnón se casó con la viuda, con la que tuvo al menos un hijo. En algún momento se le concedieron importantes terrenos, principalmente en la zona cercana al lugar donde habían desembarcado los macedonios. En 335 a.C., a la cabeza de cinco mil mercenarios griegos, había hecho más que nadie para cercar a Parmenio y la avanzada. Para entonces había bastado, pero un contingente como ese era demasiado pequeño para enfrentarse a Alejandro y la fuerza invasora completa.[332]

Un año más tarde, los sátrapas y nobles habían conseguido reunir entre todos unos diez o veinte mil jinetes, lo que significaba que incluso tomando la cifra más baja tenían una ventaja importante sobre Alejandro. Arriano, nuestra fuente más fiable, afirma que contaban con veinte mil soldados de infantería, en su mayoría, o quizá todos, mercenarios griegos, pero muchos estudiosos consideran la cifra demasiado alta, y se inclinan por los cinco mil del año anterior. Aunque ese número es posible, porque la fuente del propio Arriano bien pudo exagerar para añadir brillo al éxito de Alejandro, no hay pruebas que lo respalden, y habían tenido tiempo más que suficiente para reforzar a las tropas en Asia Menor. Un número importante de jinetes de las lejanas Hircania, Media y Bactria se había unido al ejército en Zeleia, así que quizá también pudieron sumarse destacamentos adicionales de mercenarios. Sin duda ya había infantería local y las fuentes insinúan su presencia. Con todo, lo mejor que podemos decir es que los persas no contaban en general con una importante ventaja numérica. Tenían más jinetes, y las experiencias anteriores sugerían que también sería mejor que cualquiera que pudiese desplegar un ejército griego, pero entre su infantería, solo los mercenarios, aunque fuesen muchos, estaban a la altura de la falange enemiga.[333]

Memnón instaba a la cautela, argumentando que hasta que Darío reuniese un ejército real y llegase al teatro de operaciones, no eran rivales para la infantería enemiga y deberían evitar la batalla. Sugirió una táctica de tierra quemada, pisotear o quemar los cultivos antes de la cosecha, e incluso evacuar y destruir sus propias ciudades para privar a los macedonios de alimento y suministros. Si al ejército de Alejandro le quitaban la posibilidad de abastecerse, acabaría por verse obligado a una humillante derrota. Según Diodoro, Memnón también quería contraatacar haciendo incursiones en la costa de Macedonia. Arsites se mostró en desacuerdo, no solo porque fuese a ser su satrapía la que más iba a sufrir con esa táctica, y los otros nobles lo apoyaron, sospechando que Memnón quería prolongar la guerra y con ella, la confianza y responsabilidad que recibía de Darío. El de Rodas no era popular, fuese por simple envidia o porque era griego. Por azar o por

una estratagema deliberada, las partidas de avituallamiento de Alejandro todavía no habían tocado las tierras de Memnón y solo habían saqueado las que pertenecían a otros nobles, lo que fomentaba las sospechas de conspiración, dado que no era ningún secreto que había pasado tiempo en Macedonia.

En lugar de hacerle pasar hambre a Alejandro, los persas avanzaron con su contingente y se enfrentaron a él. Solo la perspectiva del tiempo nos hace pensar que no fue una buena idea, en particular porque nuestras fuentes se mostraban deseosas de señalar que un griego era más inteligente que los bárbaros. Puede que contenerse y destruir las cosechas tuviese sentido tácticamente hablando, pero era políticamente peligroso porque haría que los persas pareciesen débiles. Pocas comunidades locales tenían una fuerte unión emocional con el imperio, y la exigencia de que hiciesen un sacrificio semejante tenía muchas probabilidades de provocar deserciones; era mejor darle la bienvenida al invasor y entregarle parte de tu comida que perderlo todo. Implementar la estrategia de Memnón sería extremadamente difícil, porque era altamente improbable que Alejandro esperase pasivo mientras su ejército pasaba hambre. Hablar de ataques contra Macedonia propiamente dicha tan temprano es probablemente una invención posterior, pero incluso aunque Memnón lo sugiriese, todo nos indica que todavía no tenían disponible una flota para llevar a cabo esa operación. En realidad, tenían pocas opciones aparte de enfrentarse a Alejandro y buscar el choque, al menos si este podía librarse en circunstancias favorables. Encontrar el lugar y el momento adecuados para el combate era clave en el arte del generalato.

Alejandro necesitaba avanzar y ganar terreno, para animar a sus hombres e impresionar a los locales para que pensaran que aquel ejército macedonio había llegado para quedarse y que merecía la pena ser amistosos. El suministro era un problema constante, y al menos en esto Memnón había tenido razón. La cosecha todavía no estaba lista, así que los macedonios podían aprovechar poco de las tierras que los rodeaban, que a estas alturas era solo una pequeña zona. Las ciudades y las aldeas inevitablemente habían consumido sus suministros de comida durante los meses de invierno y todavía no los habían repuesto, así que tenían poco que dar. Que los hombres de Alejandro arrasaran el territorio ocupado no animaría a las deserciones de los locales. De camino a los Dardanelos el ejército había recorrido una ruta predecible por territorio amigo y pudo abastecerse de lo ya almacenado, además de grano y otras provisiones traídas por mar. Sin embargo, una vez comenzó a avanzar tierra adentro, el sustento vía marítima quedó cortado y a partir de ahí tenía que transportar con el ejército todo lo necesario. Los soldados podían cargar con una

pequeña parte, y los macedonios estaban acostumbrados a ello, pero el añadido del peso de las armas y el equipo limitaba mucho cuántas raciones diarias podían llevar encima. El resto necesitaba ser transportado en carros o por animales o portadores humanos, lo que a su vez aumentaba la cantidad necesaria de comida, bebida y madera para cocinar requerida por el ejército. El avituallamiento para treinta días que Alejandro poseía al principio de la campaña le daba apenas un mes de operaciones, pero incluso esos suministros servirían de poco si no podía llevarlos donde los necesitaba.[334]

Alejandro había llevado muchos soldados y muchas monturas para la caballería, incluso antes de añadir el convoy de equipajes. Mientras estuviesen cerca del punto donde habían cruzado, todavía podían recibir comida por mar, y también la flota, lo que aumentaba las necesidades de suministros en más de dos tercios, pero con quedarse donde estaba no conseguía nada y agotaba sus limitadas reservas. Los persas estaban en Zeleia y Alejandro lo sabía, aunque quizá no conociese con qué potencia concreta ni con qué intenciones. Eso en realidad no importaba, dado que tenía que vérselas con la amenaza de los sátrapas locales en cuanto fuese posible independientemente de lo fuertes que fuesen. El retraso lo hacía parecer débil, quizá les permitía a los persas reforzar sus ejércitos, y ciertamente dificultaría mucho cualquier otra operación que intentase.

Los macedonios avanzaron hacia Zeleia. Hacia el sur se elevaban las montañas, de modo que resultaba obvio para todos que seguirían la ruta principal a lo largo de la llanura costera, un camino bien establecido y parte del sistema de comunicaciones del imperio. Alejandro no se llevó a todo su ejército, formó una fuerza de campo tal como Filipo había hecho a menudo en otras ocasiones. Prácticamente toda la caballería iba con él, más unos pocos especialistas escogidos como los agrianos. Con todo, se llevó a poco menos de veinte mil hombres, sin incluir sirvientes, porteadores y otros no combatientes. Hay quien sugiere que los aliados griegos quedaron atrás porque el rey no confiaba completamente en ellos, aunque esto no explica por qué se quedaron también los mercenarios e infantería tribal de los Balcanes. Es más probable que se tratase de consideraciones prácticas. Con Filipo, la infantería macedonia había aprendido a marchar ligera de carga, rápidamente y lejos. Las tropas aliadas carecían del entrenamiento y la disciplina, mientras que los hoplitas griegos en particular normalmente marchaban a un ritmo normal y necesitaban muchos esclavos que llevasen la carga. Que se llevase menos de la mitad de sus fuerzas significaba que los suministros que llevase durarían más. A estas alturas, puede que Alejandro no poseyera suficientes animales de carga y porteadores que transportasen los suministros necesarios para todos durante un largo

periodo de tiempo. Con las fuerzas escogidas tenía la oportunidad de moverse rápida y agresivamente, en lugar de avanzar pesadamente.

En vanguardia iba una fuerza exploradora de jinetes ligeros *prodromoi* respaldada por un escuadrón de caballería pesada de los Compañeros. Las ciudades que se encontraron por el camino no ofrecieron resistencia, fuese porque ya estaban bajo el control de Alejandro o porque estaban dispuestos a someterse. Llegó una delegación de Príapo, que se encontraba en la ruta junto a la costa, y se envió un pequeño destacamento a la ciudad para aceptar la rendición. La ciudad era el centro del culto al dios fálico Príapo, cuya fama se extendería ampliamente en el siglo siguiente y especialmente durante el periodo romano. En ocasiones se le representaba por medio de estatuas que empujaban una carretilla para llevar su gigantesco pene, y se le dedicaba todo un género de poemas cómicos obscenos.[335]

A estas alturas los persas habían avanzado desde Zeleia, básicamente siguiendo la misma ruta en sentido contrario. Se detuvieron donde el camino vadeaba el río Gránico, protegiendo las comunicaciones con su base y la importante ciudad de Cícico. Alejandro marchó con su ejército dispuesto a desplegarse en orden de batalla, la falange en el medio y la caballería en las alas. Sus exploradores, este día los *prodromoi* con cinco mil infantes ligeros, probablemente los argianos, informaron de que el enemigo esperaba en la otra orilla del río. Alejandro continuó avanzando y formó al ejército en línea. Según se acercaba, vio que la caballería persa estaba junto al río y la infantería, principalmente los mercenarios, en terreno elevado y a cierta distancia en la retaguardia.[336]

Parmenio le aconsejó cautela, sugiriéndole que acampasen para pasar la noche y cruzasen al amanecer. Creía que los persas se retirarían de la orilla del río durante la noche, temiéndose un ataque sorpresa de la infantería macedonia, así que no tendrían oposición al cruzarlo. Atacar directamente a través del río era arriesgado, porque era improbable que se pudiese vadear por todo su recorrido, de modo que la formación se separaría y tendrían que trepar por la inclinada orilla del otro extremo delante de las narices del enemigo. Si perdían su primer combate importante, las consecuencias serían muy graves para toda la guerra.[337]

Muchos de los argumentos de Parmenio eran ciertos. Alejandro podía perder la guerra en un día sufriendo una derrota humillante o que lo matasen o hiriesen gravemente. Por otra parte, derrotar a los persas sería solo un primer paso hacia la victoria. La mayoría de los generales se resistirían a atacar una posición donde el terreno favoreciese al enemigo, fuese por cruzar un río o por subir una cuesta. En esas circunstancias, las convenciones sugerían evitar el combate, a menos que no hubiese otra elección. Filipo había esperado durante

semanas antes de atacar en Queronea contra una posición mucho más débil. Es altamente probable que los persas no esperasen que Alejandro los atacase, al menos no a una hora tan tardía y al final de una larga marcha. En lugar de ello, estaban haciendo una demostración de fuerza.

Alejandro veía la situación de otra manera; declaró que se sentiría avergonzado de detenerse ante aquel «insignificante arroyo» después de haber cruzado los Dardanelos, porque sería indigno de los macedonios y de su rey y animaría al enemigo. Envió a Parmenio a hacerse cargo del ala izquierda y se dieron las órdenes de atacar. La historia se ajusta a varias anécdotas en las que el veterano general aconseja cautela y Alejandro rechaza la recomendación, y demuestra tener razón consiguiendo una gran victoria después. Puede que todo fuese inventado para subrayar la osadía del joven héroe, aunque, como hemos visto, la decisión de atacar a través del Gránico desafiaba la estrategia militar convencional. Curiosamente, Diodoro no menciona el incidente, sino que dice que los macedonios acamparon para pasar la noche y cruzaron al día siguiente para entablar combate. Aunque algunos estudiosos lo aceptan, esta narrativa es confusa e improbable, y es mejor aceptar nuestras otras fuentes.[338]

A la derecha había siete escuadrones de caballería de Compañeros al mando de Filotas, con el apoyo de agrianos y arqueros. A su izquierda estaban los *prodromoi*, los peonios y el resto del escuadrón de Compañeros. Luego se encontraban los Hipaspistas a las órdenes de Nicanor, con los seis regimientos de la falange principal a su izquierda, y finalmente, los tesalios, los aliados y la caballería tracia en el ala. Arriano, la fuente más detallada y posible de la batalla, concede a los persas veinte mil jinetes, aunque como hemos visto, algunos estudiosos prefieren la cifra de diez mil que da Diodoro. Se encontraban en la orilla del río, lo que ha provocado aún más debate, al que la extraña suposición de que se habían desplegado en un gran bloque no ha ayudado. La caballería no operaba como una falange sólida, porque esto les habría quitado cualquier oportunidad de maniobrar y los habría hecho más vulnerables a una estampida. Más bien, igual que los macedonios y sus aliados, estaban divididos en pequeñas unidades tácticas de unos pocos cientos de hombres como mucho, formados con espacio alrededor de ellos y normalmente en más de una hilera. Los combates de la caballería eran veloces y tumultuosos, con ambos bandos avanzando, cargando y retirándose, siendo sustituidos por jinetes frescos hasta que se conseguía una ventaja decisiva. Cuestiones prácticas y la narración de Arriano sugieren que lo que quería decir era que la caballería persa estaba desplegada en la llanura más allá del río, con los escuadrones de vanguardia sobre la orilla elevada y el resto preparados para

apoyarlos con suficiente espacio entre cada unidad. También estaban divididos en unos siete contingentes mayores, en parte con criterios étnicos.[339]

Arriano afirma que había veinte mil infantes en el terreno elevado, mientras que Diodoro nos da la absurda cifra de cien mil. Durante todo su relato, Arriano nos da desgloses detallados de las unidades y especialmente la disposición de las fuerzas de Alejandro, lo que nos sugiere que al menos una de sus fuentes clave tenía acceso a los registros oficiales. Los cálculos de los números del enemigo eran siempre, muy probablemente, conjeturas. Dejar atrás la infantería de este modo era inusual, y refuerza la idea de que se trataba de una demostración de fuerza y de que los líderes persas no esperaban combatir aquel día. Todos los sátrapas y los oficiales importantes, incluido Memnón, se encontraban entre la caballería; todos, o algunos, quizá haciendo consultas, lo que significa que es cuestionable que hubiesen tenido la perspectiva de utilizar la infantería. Hubo un tiempo muerto, con ambos ejércitos mirándose fijamente de un lado al otro del río, y esos enfrentamientos eran corrientes y a menudo no acababan en combate. Los persas no se retiraron, lo que habría significado perder el honor, ni tampoco hicieron cambios importantes en su formación, muy probablemente sin creer todavía que tuviesen que luchar.

La topografía del campo de batalla es discutida, básicamente porque las opiniones están divididas sobre si el río moderno junto a la aldea de Dimetoka corre por el mismo cauce que corría en el siglo IV a.C. Lo más probable es que no, y que siglos de control de inundaciones y sistemas agrícolas de irrigación hayan alterado su curso, lo que ha dado como resultado orillas claramente definidas con mucha vegetación. En 334 a.C. había poca o ninguna vegetación, y el propio río corría por el medio de un canal más amplio que podía llenarse en temporada de inundaciones. En el momento de la batalla, la corriente debía de ser potente y abundante y venir desde las montañas al norte. Debe de haber habido al menos un punto de cruce principal, y probablemente otros más donde las orillas eran menos inclinadas y era posible vadear el río. En otras partes, las orillas eran más elevadas, más altas que un hombre a caballo, y a menudo inclinadas. Puede que ya existiesen algunas de las zonas de gravilla que forman rampas y que vemos hoy, pero la mayor parte del lecho del río era arcilla dura, que se volvería resbaladiza cuando el paso la convirtiese en barro, lo que provocaría que muchos caballos resbalasen durante la batalla cerca y alrededor de la orilla oriental.[340]

Alejandro montó en su caballo, quizá Bucéfalo, aunque para el final del día tenía otra montura, y con sus asistentes, Compañeros cercanos y escoltas se dirigieron hacia el ala derecha. Aparte de sus

características capa y armadura y el grupo que lo rodeaba, el casco lo señalaba, porque además de una cresta central tenía una pluma blanca a cada lado. Los macedonios podían distinguirlo fácilmente, igual que los persas, y Arriano dice que reunieron escuadrones deliberadamente enfrente de donde estaba el rey. Alejandro dio la orden de comenzar el ataque, que estuvo encabezado por los *prodromoi*, los peonios y el escuadrón de caballería de los Compañeros a quienes les correspondía el turno de abanderar el ataque aquel día, respaldados por un *taxis* de infantería, presumiblemente de los Hipaspistas, y todos a las órdenes de Amintas, hijo de Arrabeo. Como poco, demostrarían si el río era o no vadeable y si se podía trepar por la orilla. Al tiempo que esta punta de lanza comenzaba a cruzar, Alejandro se dirigió hacia el cuerpo principal de los Compañeros y dio la señal de corneta de avance general. Mientras tanto, la vanguardia atravesaba el río, probablemente utilizando el vado más claramente definido, con la caballería adelantando a la infantería. Los persas estaban esperando, lanzando jabalinas desde los márgenes elevados. Otras unidades bajaron al canal para lanzar proyectiles a más corta distancia o a cargar. Aparecieron escuadrones nuevos en ambos bandos; cada vez más defensores se veían atraídos de modo que el número estaba claramente a su favor. Memnón y sus hijos dirigían a sus jinetes hacia el combate. Murieron no menos de veinticinco hombres del escuadrón de Compañeros y pronto las unidades de vanguardia se replegaron.[341]

Alejandro había conducido la fuerza principal de los Compañeros hacia el canal, dirigiéndose hacia la derecha, en el sentido contrario de la fuerte corriente. Mientras buscaba un punto donde cruzar, también estuvo atento a hacerlos formar en línea mientras cruzaban en lugar de en hilera de a uno por los puntos de acceso obvios de la otra orilla. Cargó de frente a la cabeza del escuadrón real contra la concentración más poblada de persas que acababan de repeler a la avanzadilla. En otras partes, el resto del ejército iba cruzando lo mejor que podía; la formación sin duda estaba alborotada, pero se extendía componiendo una tosca fila de combate buscando lugares por los que subir hacia la orilla enemiga.

El combate fue feroz y confuso, olvidada cualquier semblanza de formaciones ordenadas, con individuos y grupos de jinetes mezclados, caballos al trote, en ocasiones chocándose, pero con poco espacio para cargar. Para los antiguos un combate tan estático era más bien para infantería que para caballería. El comentario de uno de los testigos presenciales en Waterloo que comparó el choque de sables con mil herreros trabajando a la vez nos da una idea del ruido, añadido a los chillidos y los gritos de hombres y animales. Algunos de los agrianos y arqueros comenzaron a acudir en su apoyo, pero básicamente fue un combate de caballería. Las lanzas más largas de los macedonios y su

agresividad les dieron ventaja sobre los jinetes enemigos y sus jabalinas más cortas. Tiraban a las caras de los persas, y a los pechos y cabezas de sus caballos y comenzaron a abrirse paso; en el contacto, los números de ambos bandos estaban mucho más igualados. Un caballo subirá voluntariamente una cuesta si resulta práctico, un acto mucho más natural que mantenerse en alto y tratar de bloquear el paso, así que cada vez fueron subiendo más. Los persas cedieron, y algunos de los macedonios se reunieron en grupos al borde de la llanura, delante de los escuadrones enemigos de apoyo que todavía esperaban a subir.[342]

En este punto, la atención de nuestras fuentes se estrecha hacia Alejandro y a los que estaban inmediatamente cerca de él. Rompió la lanza y le pidió otra a uno de los mozos reales que estaba cerca. El hombre no lo pudo ayudar, porque a él también se le había roto y estaba ocupado repeliendo oponentes con el mango roto y la pica del extremo. Le dijo al rey que buscase en otra parte. Demarato de Corinto, un griego que había sido Compañero de Filipo y lo era ahora de Alejandro (y el hombre al que se le atribuye el haber persuadido a Filipo para que llamase a su hijo de Iliria), le dio al rey su propio *xyston*. Obviamente había un espacio abierto más adelante, porque el rey vio un grupo de jinetes enemigos en un bloque o cuña, que avanzaba muy por delante de las líneas principales de los reservas. Los dirigía Mitrídates, aunque si Alejandro sabía o no quién era o simplemente vio a un osado noble enemigo bien vestido, no podemos decirlo. En cualquier caso, Alejandro galopó hacia él, avanzando por delante de los suyos, y los persas no tuvieron duda de quién era y decidieron matarlo, fuese como parte de un plan establecido o aprovechando la oportunidad.

Alejandro le clavó a Mitrídates la lanza prestada en la cara y lo mató. Resaces, hermano de un sátrapa, también estaba presente, y atacó al rey, golpeando a Alejandro en el casco con la espada o el hacha. Diodoro afirma que el golpe rompió el metal, algo improbable a menos que el casco fuese de pobre factura. Con más acierto, Arriano dice que el golpe arrancó parte del casco, probablemente una de las plumas laterales, y quizá el casco se girase y le hiciese un ligero corte en la cabeza. Alejandro entonces le clavó la punta de la lanza a su oponente en el pecho, derribándolo. En la confusión de caballos y jinetes, el hermano del muerto había llegado hasta el flanco del rey y levantó la espada para golpear. Alejandro no vio la amenaza, pero afortunadamente Clito el Negro, el comandante del escuadrón real, estaba cerca y fue algo más rápido que el sátrapa. Golpeó hacia abajo con fuerza con la espada y le cortó el brazo al persa. Cada vez más macedonios se acercaban a ellos y terminó el peligro. Al mismo tiempo, los persas empezaron a ceder, con gran parte del ejército de

Alejandro ya al otro lado del río. Aparte de haber repelido la avanzadilla, los persas no habían conseguido detener ninguno de los ataques. Las bajas entre los líderes que se habían enfrentado al ala izquierda macedonia nos sugieren que Parmenio y los tesalios también libraron duros combates antes de poder atravesar las líneas.[343]

La caballería persa huyó, junto con casi todos sus líderes supervivientes, dejando atrás a la infantería. Arriano afirma que los mercenarios se quedaron pasmados ante la rapidez del hundimiento, y permanecieron donde estaban cuando deberían haberse retirado. Pronto se vieron rodeados, empujados por la falange al frente y por la caballería en los flancos y la retaguardia. Arriano osadamente nos habla de la masacre, mientras que Plutarco la atribuye a la ira de Alejandro y afirma que hubo duros combates para derrotarlos, durante los que murió el caballo del rey. Dos mil mercenarios fueron hechos prisioneros, pero al ser griegos que habían luchado contra la gran alianza griega y su *hegemon*, fueron esclavizados y enviados con grilletes a Macedonia a trabajar en las minas o los campos. Una lectura literal de Arriano implicaría que dieciocho mil fueron masacrados, pero no lo podemos saber con certeza y algunos pudieron haber escapado. La caballería persa sufrió mil muertes, incluyendo a ocho de sus oficiales superiores. Arsites escapó, pero se suicidaría poco después, supuestamente aceptando la responsabilidad por la derrota. Memnón escapó y pronto volvería a luchar contra los macedonios.

Los veinticinco jinetes de los Compañeros de la avanzadilla que habían muerto fueron conmemorados con estatuas de bronce que Alejandro encargó y ordenó que se erigiesen en el lugar sagrado de Díon en Macedonia. Arriano nos dice que otros sesenta jinetes murieron junto con alrededor de treinta soldados de a pie. Los historiadores modernos, que siempre se inclinan por el derramamiento de sangre, a menudo han dudado de esas cifras por considerarlas bajas, pero reflejan las pautas de bajas en las batallas antiguas y son totalmente posibles. Además, debió de haber al menos el mismo número de heridos, o probablemente ese número multiplicado varias veces. Las bajas entre las monturas eran probablemente aún más altas. Alejandro pasó tiempo visitando a los heridos y hablando de su tratamiento, y enterrando a los muertos. También trató con respeto los cadáveres de los mercenarios griegos (ahora que estaban muertos) y los de los nobles persas.[344]

La del Gránico fue una pequeña batalla comparada con los grandes encuentros con Darío en los años venideros. No fue tácticamente sutil. Alejandro necesitaba luchar, no quería esperar y arriesgarse a que el enemigo se retirase a otra posición, quizá mejor, y confió en la destreza y la ferocidad de sus hombres. Dio un ejemplo

personal, y tras ordenar el avance general no pudo hacer nada para influir en tácticas más amplias, confiando en que sus subordinados hicieran lo correcto. Las convenciones, tanto como las auténticas dificultades, hacían que los oficiales se mostrasen cautos a la hora de atacar atravesando un obstáculo. Alejandro confiaba en la calidad de sus hombres, su pericia y armamento, su voluntad de atacar y la capacidad de sus líderes para hacerse con el control de quienes estuviesen cerca y enfrentarse al caos mejor que el enemigo. Fue una apuesta, y si Clito se hubiese mostrado más lento, el rey bien podría haber muerto y la campaña habría fracasado ahí mismo. La suerte y la destreza estaban con los macedonios y la apuesta resultó ganadora.

Alejandro había librado su primera batalla y había conseguido su primera victoria importante, que se podría describir en un estilo placenteramente homérico. Trescientas panoplias capturadas fueron enviadas a Grecia para que fuesen ofrecidas en el templo de Atenea en Atenas, la víctima más prominente de los estragos de Jerjes. Alejandro dictó personalmente la inscripción que debía ir con la ofrenda: «Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, excepto los espartanos, dedican este botín de los bárbaros que habitan en Asia». En términos prácticos, la única fuerza de combate que poseían los persas en la zona había sido derrotada, dispersada y privada de casi todos sus líderes. Un oficial que había servido con Parmenio y la avanzada fue nombrado sátrapa en lugar de Arsites, lo que demuestra que Alejandro pretendía utilizar las estructuras administrativas persas. El rey hizo ostentación de su generosidad y anunció que no castigaría a los habitantes de Zeleia porque se habían visto obligados a apoyar al enemigo. Otras ciudades fueron ocupadas sin resistencia en los días y semanas siguientes. El jefe de la guarnición persa en Sardes encabezó una delegación con los líderes locales para rendir la ciudad y su bien repleto tesoro. Alejandro anunció que ellos y los otros lidios serían libres y les permitiría conservar sus costumbres. Esto no suponía un cambio, dado que parece que ya disfrutaban de ello bajo el dominio persa, y, como con Persia, se esperaba que contribuyesen con dinero y comida para su nuevo señor.[345]

Éfeso había mostrado su apoyo a Filipo en 336 a.C., y había erigido una estatua del rey, que después fue derribada cuando los macedonios se retiraron al año siguiente y un grupo de oligarcas se hizo con el poder. Cuatro días después de aceptar la rendición de Sardes, Alejandro llegó a la ciudad y se encontró con que la guarnición persa había huido y lo esperaba una multitud con los brazos abiertos. Hubo disturbios, pero solo en contra de los oligarcas, varios de los cuales fueron linchados antes de que los hombres de Alejandro restaurasen el orden y el rey prohibiese más represalias. Con su aprobación, se estableció una nueva democracia y en otras

ciudades se organizaron sistemas similares una vez los oligarcas respaldados por los persas hubiesen sido expulsados. Como Filipo, la actitud de Alejandro hacia las diferentes formas de gobierno era completamente pragmática, favoreciendo en cada caso el régimen que más probablemente lo apoyaría a él. La devoción del rey continuó haciéndose pública. En Lidia ordenó la construcción de un templo dedicado a Zeus en un lugar donde había caído un rayo, mientras que en Éfeso no se hizo con las tasas pagadas formalmente al rey persa, y ordenó que ese dinero se utilizase para restaurar el gran templo de Artemisa, que había ardido por la época del nacimiento de Alejandro y todavía esperaba ser reconstruido. Sin embargo, los efesios rechazaron una oferta de Alejandro de comprometerse a contribuir a las obras.[346]

Alejandro se detuvo en Éfeso varias semanas, haciéndole ofrendas a Artemisa y celebrando un desfile oficial de conmemoración mientras se enviaban destacamentos a aceptar la rendición de otras ciudades. Durante esta época posó para un retrato del famoso pintor griego Apeles. El audaz y joven rey se mostró amistoso, aunque no dejó de expresar radicales opiniones sobre técnicas artísticas, a pesar de sus escasos conocimientos del tema. El artista acabó por sugerirle en voz baja que dejase de hacerlo, porque incluso los ayudantes más jóvenes del pintor se reían de su ignorancia. Una primera versión del retrato con el rey montado sobre Bucéfalo no recibió la aprobación real, pero cuando se modificó para retratarlo blandiendo un rayo como Zeus, el rey se mostró encantado, y pagó al pintor no menos de veinte talentos anunciando que a partir de entonces solo se le permitiría a Apeles pintar su retrato oficial.[347]

Los persas se reagrupaban, y ahora habían reunido una flota que iba de camino. El oficial persa en Mileto, en la costa, había ofrecido su rendición, pero cambió de idea cuando supo que pronto llegaría ayuda por mar. Alejandro formó una columna y se dirigió hacia allí, tomando la ciudad exterior sin resistencia, pero se vio detenido en la zona interior, fuertemente protegida por una muralla. Los barcos macedonios llegaron para darle respaldo tres días antes que la armada persa, y aseguraron los accesos al muelle y la isla de Lade. Arriano afirma que la armada enemiga contaba con cuatrocientos barcos de guerra por los ciento sesenta de Alejandro, y por una vez cuenta que fue Parmenio quien propuso una maniobra temeraria, diciendo que deberían arriesgarse a plantear una batalla naval, que se ofreció a dirigir. El rey se negó, lo que sin duda debía de ser lo correcto a menos que los cálculos de Arriano sobre las fuerzas relativas estén tremendamente equivocados. En el mar, la destreza del ejército macedonio y de su rey importaba poco, mientras que cualquier derrota grave resultaría dañina.[348]

Mileto era donde había comenzado la revuelta jónica contra Persia en 499 a.C., lo que había llevado a la intervención ateniense y las posteriores invasiones persas de Grecia. La ciudad había caído después de que los rebeldes sufriesen una derrota catastrófica en una batalla naval junto a Lade. Esta vez, los «griegos» se negaron a luchar, y los persas no quisieron atacar en las estrechas aguas de la bahía, donde su superioridad numérica no sería útil. No podían llegar a los defensores, y tuvieron que atracar en la orilla cerca del monte Mícala, a unos quince kilómetros, y debieron irse aún más lejos para encontrar suficiente agua potable. Mileto envió un representante a Alejandro proponiéndole que la ciudad fuese considerada neutral, abierta a ambos bandos. No es de sorprender que la propuesta fuese rechazada, y los macedonios se dispusieron a abrir una brecha en la muralla de la ciudad. Una vez creada la brecha, lanzaron un ataque que tuvo un éxito rápido. Los defensores activos, especialmente las unidades de mercenarios griegos, fueron masacrados cuando intentaban escapar. Un grupo de trescientos se subió a varias barcas pequeñas y llegaron a una isla diminuta cercana a la bahía. Alejandro preparó barcos con escaleras para asaltar los rocosos acantilados, pero al contrario que en el Gránico, aceptó su rendición y los alistó en sus propias fuerzas. Los ciudadanos que no habían combatido o que habían sobrevivido a la masacre inicial fueron amnistiados y a la famosa ciudad se le permitió seguir existiendo como súbdita del rey.[349]

Reticente a desafiar al enemigo en el mar, Alejandro envió a Filotas con tres regimientos de infantería y la caballería para hostigar el campamento persa. Demostrando la vulnerabilidad de las flotas antiguas que no tenían bases seguras en tierra, pronto se vieron privados de comida y agua y partieron a la isla de Samos. Una vez allí, los oficiales persas decidieron llevar a cabo una última acción ofensiva, y se dirigieron hacia Mileto con la esperanza de que esta vez la flota griega que servía con Alejandro saliese al mar a combatir. Esperaban luchar, pero también habían oído que la mayoría de las tripulaciones de la flota de Alejandro habían desembarcado para aprovisionarse. Cinco galeras se deslizaron en el mar entre Lade y la bahía para averiguar si era cierto y quemar las naves de guerra griegas si no estaban defendidas. Los atacantes fueron avistados y los macedonios reunieron suficientes hombres para hacer zarpar diez trirremes, que repelieron a los persas y capturaron un barco.[350]

Poco después, Alejandro decidió enviar las naves de su flota de vuelta a casa, y se quedó con solo unos veinte barcos, básicamente para utilizarlos como transporte. Entre ellos se encontraba un escuadrón ateniense, fuera como halago a la fama de la ciudad y su potencia naval o como rehenes... o quizá con ambas intenciones. A corto plazo, tenía sentido. Mientras estuviesen allí, había que pagar y

alimentar a los marineros, algo siempre dificultoso, especialmente acercándose el invierno y a pesar de lo que había conseguido en los últimos meses, la comida y el dinero disponibles eran limitados. No podía enfrentarse a una flota persa más fuerte, y necesitaba estar protegido no fuese a ser que el siguiente ataque enemigo tuviese más éxito. Con todo, la flota, tal como era, le costaba más de lo que merecía la pena, o al menos más de lo que se podía permitir en ese momento. En lugar de derrotar a los persas en el mar, dijo que capturaría todos los puertos que quedaban y «vencería a los barcos desde tierra firme».[351]

Se dispuso a esa tarea siguiendo la costa en dirección sur, y capturó varias ciudades pequeñas hasta que llegó a Halicarnaso, capital de Caria. Pixodaro, el dinasta que recientemente había buscado una alianza por matrimonio con Macedonia que fracasó por la intervención de Alejandro, a estas alturas había muerto y había sido reemplazado por un sátrapa persa. Este se casó con la hija de Pixodaro, que en su momento había sido ofrecida como esposa a los hijos de Filipo. Pixodaro era uno de los cinco hijos de Hecatomno; los demás habían gobernado antes que él tras casarse con sus dos hermanas. Más recientemente, Ada había gobernado con su hermano/esposo Hidrieo, y luego había conservado el poder sola durante cuatro años tras la muerte de su esposo en 344 a.C. Su gobierno acabó cuando Pixodaro usurpó su puesto, pero Ada huyó y resistió en la fortaleza de Alinda. Sobrevivió a su hermano y seguía resistiendo cuando llegó Alejandro. Ada, que ya era de mediana edad y no tenía hijos, acudió al joven rey pidiéndole que la reinstaurase en el poder y prometiéndole su apoyo. Alejandro no solo accedió, sino que aceptó la «adopción», y se dirigía a Ada como «madre» y permitía que esta lo llamase «hijo». Plutarco dice que Ada daba grandes muestras de afecto, le enviaba obsequios como si fuese un niño; este fue el momento en que Alejandro dijo que estaba acostumbrado a la vida frugal que le había enseñado su tutor Leónidas. La alianza con Ada dio una pátina de dignidad a la sumisión de esta, y desde el punto de vista de Alejandro fue una maniobra política pragmática.[352]

El primer intento de asaltar Halicarnaso fue infructuoso, y Alejandro tuvo que esperar a que llegase a la costa el equipamiento pesado para un asedio. El convoy esquivó a la flota persa, pero ahora que la había superado, Alejandro no podía evitar que llegasen suministros a la ciudad por mar. Esto, sumado a las muy fuertes defensas naturales y artificiales de la ciudad, ayudaba a la vigorosa defensa encabezada por Memnón y otros osados líderes, incluyendo dos experimentados generales mercenarios atenienses. Antes, Alejandro había llevado con él un contingente con la intención de capturar la cercana Mindos, pero no lo consiguió. Mientras, el asedio

continuaba, y los defensores hacían salidas para destruir las máquinas de sitio. Una noche, la actitud ebria de un par de hombres del batallón de Pérdicas provocó un gran combate, al final del cual Alejandro tuvo que pedir que le permitiesen recuperar a sus muertos, admitiendo así una derrota por primera vez. Pero el revés no cambió el equilibrio de poder. Los macedonios insistieron, tuvieron lugar intensos combates durante los que uno de los generales atenienses resultó muerto y los defensores acabaron por retirarse a las ciudadelas interiores. Estas eran aún más difíciles de asaltar, y al acabarse la temporada de campañas, Alejandro dejó una fuerza básicamente mercenaria para completar el asedio y dividió al resto de su ejército en destacamentos, de modo que fuese más sencillo aprovisionarlos durante el invierno.[353]

El sitio de Halicarnaso no había terminado, pero no eclipsó los logros de su primera campaña en Asia. Alejandro controlaba ahora la costa del Egeo y mucho territorio en el interior. Con todo, el equilibrio entre Darío y él no había cambiado de forma importante, pero Alejandro había conseguido los suficientes recursos para proporcionarle fondos y suministros para la guerra. Con el teatro de operaciones todavía relativamente cerca de casa, envió de vuelta a Macedonia con sus esposas a todos los soldados que se habían casado recientemente para pasar el invierno. Esto indica su interés por el bienestar de sus hombres, lo que, al igual que su preocupación por los heridos, era bueno para la moral. También declaró que quería que engendrasen la siguiente generación de soldados, lo que contrastaba con el poco interés que mostraba por ser padre él mismo por el momento. De un modo más inmediato, les ordenó a los oficiales que encabezarían la partida de regreso que reclutasen a nuevos soldados y los trajesen con ellos al volver a Asia a tiempo para el comienzo de las operaciones al año siguiente. Alejandro había comenzado bien su guerra, pero estaba muy lejos de la victoria, y quedaba claro que no le resultaría fácil conseguirla. Todavía podía perderlo todo en un solo día.[354]

---

332. Arriano, Anábasis 1.12.8-9, Diodoro Sículo 18.2.2-4, con E. Garvin, «Darius III and homeland defense», en W. Heckel y L. Tritle (eds), Crossroads of History. The Age of Alexander (2003), pp. 87-111, esp. 96-100; sobre los cinco mil mercenarios a las órdenes de Memnón en 335 a.C., Diodoro Sículo 17.7.2, sobre Mentor y Artabazo, 16.52.4, Arriano, Anábasis 7.4.6, Plutarco, Alejandro 21.8.
333. Arriano, Anábasis 1.14.4; la caballería de provincias lejanas aparece listada en Diodoro Sículo 17.19.4-5, que nos da el total mínimo de diez mil jinetes.
334. Engels, Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army, pp. 11-36.

335. Sobre la campaña, véase Arriano, Anábasis 1.12.6-7; un ejemplo de este género de poesía es Horacio, Sermones 1.8.
336. Sobre la campaña y la batalla del Gránico, véase E. Badian, «The battle of Granicus», Ancient Macedonia, 2 (1977), pp. 271-93 = Badian, Collected Papers on Alexander the Great, pp. 224-43, N. Hammond, «The Battle of the Granicus River», JHS, 100 (1980), pp. 73-88, A. Devine, «Demytholigizing the Battle of the Granicus», Phoenix, 40 (1986), pp. 265-78, Bosworth, Conquest and Empire, pp. 39-44, Green, Alexander of Macedon, pp. 168-81, 489-512, y W. Heckel, The Conquests of Alexander the Great (2008), pp. 45-51.
337. Arriano, Anábasis 1.13.3-7, y Plutarco, Alejandro 16.1-2, que también incluye la historia de que Alejandro rebautizó el mes porque el auténtico era considerado de mal augurio para que un rey macedonio entrase en combate.
338. Diodoro Sículo 17.19.1-22.6 sobre su relato de la batalla; Hammond, «The Battle of the Granicus River», desmiente convincentemente esta versión, que solo es respaldada por una minoría de estudiosos.
339. Arriano, Anábasis 1.14.1-16.7 ofrece la narrativa más detallada y convincente de la batalla, aunque incluye algunos errores evidentes y deja preguntas sin contestar; Plutarco, Alejandro 16.3-8 se ajusta a grandes rasgos, aunque hay diferencias en los detalles. La afirmación de que la caballería persa consistía en varios contingentes étnicos se basa en Diodoro Sículo 17.19.4, pero dado lo poco fiable que es el resto de su narrativa debe ser tratado con cierta cautela.
340. Sobre la topografía he seguido generalmente a Hammond, «The Battle of the Granicus River», pp. 76-80, que presenta el caso más convincente.
341. Sobre Alejandro llamando la atención, Arriano, Anábasis 14.4; sobre las bajas en el escuadrón de vanguardia, Arriano, Anábasis 16.4; sobre Memnón véase W. McCoy, «Memnon of Rhodes at the Granicus», The American Journey of Philology, 110 (1989), pp. 413-33.
342. R. Gaebel, Cavalry Operations in th Ancient Greek World (2002), pp. 184-5; sobre los mil herreros, véase R. Holmes, Firing Line (1986), p. 163.
343. Arriano, Anábasis, 1.15 6-8; Plutarco, Alejandro 16.4-5 difiere en los detalles, mientras que Diodoro Sículo 17.20.3-21.3 difiere todavía más, y añade drama, con Alejandro derribado del caballo y protegido por sus hombres. En una situación tan confusa las pequeñas diferencias en los relatos de los testigos son inevitables, y posteriormente la historia fue embellecida.
344. Sobre las bajas y las secuelas de la batalla, véase Arriano, Anábasis 1.16.2-6; Plutarco, Alejandro 16.7-8 afirma que solo hubo treinta y cuatro muertes de macedonios, que pueden referirse al

escuadrón de avanzadilla de los Compañeros y a la infantería que los acompañaba, por dos mil trescientos cincuenta jinetes persas muertos y veinte mil soldados de a pie; Diodoro Sículo 17.21.5-6 no da cifras de las bajas macedonias, pero afirma que las bajas persas fueron de mil jinetes y diez mil soldados muertos y veinte mil prisioneros; Justino, Epítome 11.6.14 habla de nueve soldados y ciento veinte jinetes macedonios muertos y de una gran carnicería de persas.
345. Arriano, Anábasis 1.16.7-17.8, Plutarco, Alejandro 16.8.
346. Arriano, Anábasis 1.17.9-18.2, Estrabón, Geog. 14.1.23.
347. Plinio, Historia natural 32.95, 35.85-86.
348. Arriano, Anábasis 1.18.3-9.
349. Ibid., 1.19.1-6, R. Evans, Fields of Battle. Retracing Ancient Battlefields (2015), pp. 1-39 ofrece un útil estudio de la guerra Jónica con algunas interpretaciones provocativas.
350. Arriano, Anábasis 1.19.7-11.
351. Ibid., 1.20.1 (vía Loeb), Diodoro Sículo 17.22.5-23.3; A. Bosworth, A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander I (1980), pp. 141-3 se muestra crítico, pero sobrevalora la capacidad de Alejandro de mantener algo tan caro como una flota a estas alturas de la guerra.
352. Arriano, Anábasis 1.23.8, Estrabón, Geog. 14.2.17, Diodoro Sículo 17.24.2-3, Plutarco, Alejandro 22.7-10.
353. Arriano, Anábasis 1.20.2-23.6, Diodoro Sículo 17.23.4-27.6; este último ofrece un relato especialmente heroico de la defensa.
354. Arriano, Anábasis 1.24.1-2.

17.
EL NUDO GORDIANO

Alejandro no descansó cuando el año 334 a.C. llegó a su fin. Ni griegos ni persas emprendían campañas importantes durante los meses de invierno excepto en las circunstancias más excepcionales. Podía haber incursiones y alguna que otra escaramuza, y se podían reforzar los sitios a una ciudad, pero los problemas a la hora de encontrar comida y forraje, el mal tiempo que dificultaba los movimientos y la seguridad de que los enemigos normalmente sufrían las mismas restricciones, daban como resultado que los ejércitos grandes no volvían a las operaciones hasta la primavera. Filipo cambió todo esto, y no les daba descanso a sus oponentes independientemente de la estación, y su hijo no era distinto. El tiempo no estaba de parte de Alejandro.

Por el momento, había destrozado las fuerzas persas en Asia Menor, pero ya empezaba a reorganizarse la resistencia, como había demostrado la defensa de Halicarnaso. Memnón pronto lanzaría una ofensiva en el Egeo, con barcos de las comunidades costeras tripulados por mercenarios griegos. En el interior empezaron a aparecer pequeñas fuerzas leales a Darío, demasiado pequeñas como para entablar batalla con Alejandro, pero lo bastante grandes como para hacer que las comunidades pequeñas se pensaran dos veces si merecía la pena correr el riesgo de unirse a los invasores. Con el tiempo, el rey de reyes tendría que reunir contingentes cada vez mayores de soldados para dedicarlos al combate. Descansar y esperar solo fortalecería al enemigo, así que Alejandro no hizo ni una cosa ni otra.

Arriano escribe que Alejandro avanzó hacia Licia y Panfilia, «para conseguir el control de la costa e inutilizar la armada enemiga». Aunque pueda resultar confuso dado que lo que hizo fue en realidad avanzar tierra adentro alejándose del mar, eso es malinterpretar la situación. Las ciudades costeras más importantes eran grandes y difíciles de tomar si no se rendían. Incluso aunque Alejandro las hubiese tomado todas y adquirido así toda o la mayoría de la costa,

seguirían siendo vulnerables a los contraataques persas tanto por tierra como por mar. Necesitaba controlar territorio suficiente más allá de la costa para asegurar las ciudades y reducir el riesgo de un ataque repentino o una revolución interna que le devolviese a Darío los puertos. Alejandro también necesitaba acceso a la comida y otros suministros, incluyendo monturas de repuesto y animales de carga que transportasen el avituallamiento e hiciesen posible llevar a cabo las operaciones siguientes. Así, durante gran parte del año siguiente los macedonios tomaron tanto territorio de Asia Menor como pudieron, concentrándose sobre todo en las tierras altas de Anatolia. Los inviernos eran duros, pero los macedonios estaban acostumbrados al clima frío y al terreno montañoso, igual que sus aliados tracios e ilirios. Parmenio se llevó la otra división principal del ejército hacia Frigia, y unos contingentes más pequeños operaron en otros lugares.[355]

La mayoría de nuestras fuentes pasan por encima del resto de 334 y la primera mitad de 333 a.C., y los historiadores modernos tienden a hacer lo mismo, porque las operaciones eran de pequeña escala y carecen de espectaculares batallas frente a frente o asedios de ciudades famosas. Arriano es el único que describe esos meses con cierto detalle, e incluso él nos habla solo de Alejandro e ignora a Parmenio y al resto del ejército. Un extracto nos da una idea de la narrativa.

> Primero se dirigió a Hiparna, una fortaleza con una guarnición mercenaria; los mercenarios recibieron los términos y salieron de la ciudadela. Después, al entrar en Licia venció a los telmisios y, tras cruzar el Janto recibió la sumisión de Pinara, la ciudad de Janto y Patara, junto con alrededor de treinta ciudades más pequeñas. Para cuando hubo conseguido todo esto estaba bien adentrado el invierno.[356]

Muchos de los lugares mencionados durante estas operaciones no tienen nombre, de modo que no podemos trazar la ruta que siguió Alejandro o comprender la mayoría de los detalles de la campaña. La respuesta local a los invasores varió mucho, dado que se trataba de una región con muchas comunidades ferozmente independientes, siempre difíciles de controlar por cualquier potencia, como descubrirían los romanos en siglos posteriores. Algunos de los habitantes eran atacantes entusiastas que confiaban en la fuerza de sus fortalezas amuralladas para evitar el castigo. Los mármaros emboscaron la retaguardia macedonia y consiguieron infiltrarse entre los animales de carga y robar unos cuantos. Alejandro los persiguió y pasó dos días asaltando su ciudad, sobre la cima de una montaña. Según Diodoro los guerreros masacraron a sus propias familias,

quemándolas vivas junto con sus casas, antes de deslizarse por las murallas y atravesar las líneas macedonias para escapar.[357]

Un ataque directo no podía quedar sin vengar, pero por otra parte Alejandro no se sentía obligado a capturar todos los asentamientos en los que no era bienvenido. Silión estaba considerablemente fortificada y contaba con una guarnición de mercenarios leales a Darío, así que estimó que sería improbable que cayese ante un asalto apresurado y continuó adelante. Los telmisios se reunieron para defender el paso de montaña que llevaba a su ciudad. Alejandro acampó para pasar la noche a plena vista, juzgando que los locales relajarían su vigilancia. Se demostró que tenía razón, dado que muchos regresaron a sus casas antes que pasar una noche fría e incómoda en sus puestos. El rey corrió hacia el lugar con un grupo de piqueros y unas cuantas ráfagas de sus arqueros bastaron para poner a la fuga al resto de los defensores. Incluso así, la ciudad era demasiado fuerte como para caer sin un asedio, así que lo dejó y continuó avanzando. Una comunidad vecina, enemiga desde hacía tiempo de los telmisios, le pidió a Alejandro una alianza y acordó mantenerlos vigilados. Esto no evitó que algunos guerreros acudiesen a ayudar a la siguiente comunidad al paso de Alejandro. Los guerreros de Sagalassos confiaron en una posición elevada ventajosa delante de su ciudad y formaron para el combate. Alejandro dirigió un asalto de infantería colina arriba. Sus arqueros fueron repelidos, el oficial y veinte soldados de Sagalassos murieron, pero los Hipaspistas y las falanges continuaron presionando, y vencieron al enemigo, pobremente equipado e indisciplinado. La mayoría escaparon, pero su ciudad cayó fácilmente. Después, otras fortalezas se rindieron o fueron tomadas.[358]

Alejandro siguió avanzando, dispuesto a emprender nuevos asaltos si existía la posibilidad de tener un éxito rápido, pero negándose a detenerse y comenzar un asedio formal. Celenas, en Frigia, tenía una guarnición de mil carios y mil mercenarios griegos a sueldo del sátrapa local. Estos hombres enviaron representantes a Alejandro ofreciéndose a rendirse si no les llegaban refuerzos en sesenta días, algo que ambos bandos sabían que era improbable que ocurriese. Alejandro aceptó el trato, y dejó mil quinientos hombres para vigilar la ciudad y asegurarse de que los mercenarios cumplían su palabra. Durante aquellos meses sus decisiones fueron pragmáticas, aunque muchas dependía de cómo las comunidades decidían dirigirse a él. Al final de la campaña, la ciudad de Fasélide le mandó representantes con una corona dorada pidiéndole amistad. Alejandro aceptó la alianza, y sus soldados asaltaron una fortaleza hostil utilizada por guerreros para asaltar el territorio de la ciudad. Los que se sometieron fueron protegidos y tratados con moderación siempre que fuesen leales y aceptaran suministrarle a Alejandro lo que necesitase para el

esfuerzo de guerra.[359]

Los líderes de Aspendo enviaron emisarios ofreciendo su rendición si no se les pedía conservar una guarnición. Alejandro accedió, pero exigió la sustancial suma de cincuenta talentos a cambio, además de los caballos que la ciudad estaba obligada a suministrar a Persia. Cuando los emisarios regresaron a casa, sus conciudadanos se opusieron, se negaron a darles nada a los hombres de Alejandro enviados a recoger el tributo y en lugar de ello se dispusieron a defender la ciudad. Alejandro regresó a toda prisa y su determinación a castigarlos por haber roto el acuerdo era tan obvia que la resistencia se derrumbó y la ciudad tuvo que rendirse. Como advertencia a su población y a otras, ahora tuvieron que pagar cien talentos y someterse a la autoridad del representante local del rey, aunque no está claro si además tuvieron que aceptar el establecimiento de una guarnición. Según ocupaba territorio, Alejandro nombraba a sus propios sátrapas y otros funcionarios y dejaba atrás tropas, normalmente aliados o mercenarios. Las alianzas hechas con las comunidades locales no eran en trato de igualdad, porque estas tenían que darle al rey lo que les pidiese, así que, una vez más, en realidad se trataba de cambiar a un amo por otro nuevo. El dominio de Macedonia probablemente no era más oneroso que el de Persia, aunque en ese momento las macedonias eran demasiadas, consumían demasiados recursos y estaban lo bastante cerca como para enfrentarse a cualquier resistencia abierta.[360]

La mayoría de las comunidades locales reconocieron la fuerza de los invasores y firmaron la paz con ellos, y la mayor parte de la resistencia procedía de aquellas comunidades en zonas más descontroladas que también habían reivindicado un alto grado de independencia de Persia y guerreaban contra sus vecinos. La mayoría fueron sometidas, y el resto, como las ciudades que Alejandro había dejado atrás, no eran más que pequeños enclaves en regiones controladas por los macedonios y la resistencia era local y descoordinada.

Los ataques griegos anteriores contra Persia nunca habían ido mucho más allá de incursiones, y el contraste con la conquista sistemática de Alejandro es grande. Hizo lo que Filipo había hecho en Iliria y especialmente en Tracia, y de nuevo se trataba del ejército de su padre haciendo lo que había hecho tantas veces antes. Como siempre, lo hizo bien, y a pesar de los nombres y lugares nuevos gran parte parecía haber sido igual y las tácticas y técnicas de combate eran familiares y muy entrenadas; en una ocasión, los guerreros tracios volvieron a abrir un sendero decente a través de los pasos de montaña cuando Alejandro lo necesitó. Alejandro dirigía desde el frente, luchando cuando era necesario, marchando o cabalgando en

cualquier clima y terrenos igual que sus hombres. El joven rey dirigía en persona las operaciones de su fuerza principal, involucrándose en lo que en ocasiones eran pequeñas operaciones contra oscuros oponentes. Era la pauta fijada por Filipo y que su hijo seguiría durante toda su vida. Aunque la espectacularidad con la que encabezó la carga en el Gránico había sido un paso importante para confirmar la confianza de sus hombres, hubo muchos momentos menos conocidos durante la campaña de Alejandro, mes tras mes, siempre avanzando y siempre venciendo.

En el curso de estas campañas, el rey encabezaba parte de su columna a lo largo de un tramo de la costa de Panfilia. Tuvieron que cruzar a través del oleaje, en los momentos en que el viento cambiaba su dirección hacia el mar provocando que las aguas fuesen menos profundas. Calístenes, sobrino de Aristóteles que acompañaba a la expedición y escribió la primera historia de Alejandro casi al tiempo que tenían lugar los sucesos, afirmó que se trataba de una señal del favor celestial y la historia rápidamente creció hasta convertirse en un milagro, en el que las olas se inclinaban ante el paso de Alejandro, igual que los orientales hacían reverencias ante el rey persa. Plutarco se muestra desdeñoso y señala que Alejandro no hizo mención alguna a esto en sus cartas y simplemente había escrito que había marchado a lo largo de la costa. Justo antes de este incidente, se dijo que se había sentido animado cuando un manantial cerca de Janto expulsó una tabla de bronce inscrita en un lenguaje antiguo. Convenientemente, había alguien a mano para traducirlo, e incluso más convenientemente aún el texto profetizaba que un día los griegos acabarían con el imperio persa.[361]

Otras señales no eran tan halagüeñas. Arriano dice que durante el sitio de Halicarnaso una golondrina voló cantando alrededor del rey mientras este se echaba la siesta y acabó por posarse en la cabeza de Alejandro. Un vidente del séquito real lo interpretó como señal de un complot entre los amigos del rey, pero que quedaría revelado. Arriano cuenta que la historia animó a Alejandro a creerse las acusaciones hechas durante el invierno contra Alejandro de Licéstide, que tan públicamente había respaldado la reivindicación del rey a la sucesión durante las caóticas horas tras el asesinato de Filipo y había evitado el destino de sus hermanos. La lealtad había sido recompensada con diversos favores además de no haber sido ejecutado; el más reciente favor había sido ponerlo al mando de la caballería tesalia cuando su anterior oficial fue nombrado sátrapa tras la batalla del Gránico.

Nuestras fuentes se contradicen sobre detalles importantes de lo que ocurrió en 333 a.C. Las intrigas cortesanas son secretas por naturaleza, y la verdad solo la conocen unos pocos y rápidamente las murmuraciones y las invenciones deliberadas las distorsionan. La

versión de Arriano dice que Parmenio le envió a Alejandro un mensaje junto con un persa llamado Sisenes. Este había sido arrestado y había confesado llevar una carta de Darío a Alejandro de Lincéstide, que ya había entrado en contacto con él mediante un macedonio exiliado en la corte persa. Darío ofreció pagarle mil talentos en oro y ayudarlo a convertirse en rey de Macedonia si asesinaba a Alejandro. Cuando se les consultó, los amigos y consejeros del rey no defendieron al encausado, bien porque tenían auténticas sospechas, porque les caía mal o porque tenían la sensación de que ya estaba sentenciado fuese cual fuese la verdad. Alejandro decidió actuar y le envió a Parmenio un oficial disfrazado con ropas de la región con instrucciones verbales. Alejandro de Licéstide fue depuesto de su mando y arrestado; seguiría siendo prisionero durante tres años. Esto es extraño, porque el cautiverio a largo plazo no era común en el Mundo Antiguo, y normalmente los castigos inmediatos eran la ejecución o el exilio, lo que nos sugiere que por parte del rey había dudas o que todavía sentía cierto afecto por él.

Arriano afirma que todo esto ocurrió mientras Alejandro se encontraba en Fasélide durante el invierno, mientras que Curcio y Diodoro lo sitúan mucho más adelante, después de que el rey y Parmenio hubiesen vuelto a reunir sus fuerzas. Diodoro también afirma que Olimpia le escribió a su hijo advirtiéndolo de que no confiase en Alejandro de Lincéstide, mientras que Curcio nos habla de dos acusadores, pero no los nombra. Según Curcio, Sisenes había estado en la corte macedonia desde el reinado de Filipo, y se confiaba en él, aunque un tiempo después sería ejecutado tras haber fallado en una prueba organizada para demostrar su lealtad.[362]

Estas líneas narrativas contradictorias han permitido un amplio abanico de conjeturas, al tiempo que hacen imposible que estemos seguros de casi ningún aspecto del asunto excepto que Alejandro de Lincéstide fue arrestado y, mucho después, ejecutado. Quizá había tramado asesinar al rey, dado que esas conspiraciones eran bastante corrientes en la corte argéada, aunque como hemos señalado antes, no sabemos si era o no miembro de la familia real y podía acceder al trono. Por otra parte, puede que Alejandro no confiase en él tras haber ejecutado a sus dos hermanos y simplemente esperase hasta que fuese seguro deshacerse de él con el pretexto de la traición. También es posible que el rey y su víctima fuesen inocentes, y que alguien más se inventase el complot, bien para eliminar a un rival o sencillamente para demostrar su lealtad, quizá incluso hasta fuese cosa de los persas para fomentar la desconfianza entre los oficiales de Alejandro. Se ha sospechado de Parmenio, aunque esto es pura conjetura y no tenemos pruebas claras de que el arresto mejorase su estatus o posición. Del mismo modo, no hay rastros de deterioro en la relación entre el rey y

Antípatro, que se encontraba en Macedonia y era el suegro del detenido, ni como resultado del arresto ni de su posterior ejecución. Muchas cosas dependen de cómo creamos que era Alejandro, e incluso ahí permanece el misterio de por qué se detendría a alguien para mantenerlo vivo y ejecutarlo mucho después, lo que nos sugeriría que o bien el rey se mostraba reticente a matarlo o se sentía demasiado débil políticamente hablando como para hacerlo. Dada la preponderancia de los asesinatos en la historia argéada, la interpretación más sencilla es que Alejandro de Licéstide realmente conspiraba o al menos se creía que lo hacía, pero que sea más sencillo no significa necesariamente que sea verdadero.

Parmenio y sus hombres se encontraron con la columna de Alejandro en Gordio en Frigia, lo que hace que el detallado relato de Arriano de las comunicaciones durante el supuesto complot sea más probable que las sugerencias hechas en otras fuentes de que ocurrió tras la reunión de los ejércitos. Para entonces ya estaba bien entrada la primavera, probablemente era finales de mayo de 333 a.C., y también se unieron al ejército los refuerzos recientemente reclutados y los hombres que regresaban del permiso de invierno en Macedonia, que habían completado un viaje de ida y vuelta de casi mil quinientos kilómetros. Las nuevas tropas sumaban alrededor de tres mil infantes macedonios y trescientos jinetes, junto con doscientos jinetes tesalios y ciento cincuenta de Élide. Más o menos por esta época, también se unieron nuevos mercenarios al ejército.[363]

En el templo de Zeus en Gordio se encontraba un carro enyugado, que se suponía que había pertenecido a Gordias, padre de Midas, los míticos fundadores de la dinastía que había gobernado Frigia, últimamente como representantes persas. El yugo estaba fijado con una cuerda de corteza de cornejo atada con un complicado nudo sin un extremo visible. La leyenda, presumiblemente local y nunca mencionada en ninguna fuente superviviente antes de la visita de Alejandro, afirmaba que quien deshiciese el nudo sería el conquistador de Asia. El joven rey se vio de nuevo poseído por el deseo (*pothos*), en esta ocasión el de contemplar la reliquia sagrada y aceptar el desafío. Aristóbulo afirmó que Alejandro tiró del broche que unía el poste al carro y pudo soltar el yugo. Todos los demás afirmaron que sacó la espada y cortó el nudo, quizá porque es una historia más espectacular de osadía y fuerza más que de astucia; más Aquiles que Odiseo. En cualquier caso, hizo un sacrificio a Zeus Basileo (Zeus el rey) y la tormenta eléctrica que rugió aquella noche fue interpretada como una señal de la aprobación del dios.[364]

Era una buena historia, especialmente vista con perspectiva, y para macedonios y griegos que no se preocuparían demasiado por si existía o no tal profecía. No hay muestras de que llegase una riada de

emisarios buscando aliarse con el rey tras enterarse, pero sí existía respeto por la fuerza macedonia. Alejandro continuó con su campaña por hacerse con Asia Menor, aceptando la sumisión cuando se la ofrecían, combatiendo si preveía una victoria rápida y dejando atrás todo lo demás. Una delegación de Paflagonia le ofreció lealtad al tiempo que le pedía que no avanzase dentro de su territorio. Alejandro lo aceptó, aunque dejó claro que debían obedecer a su sátrapa. Continuó hacia Capadocia, nombrando a otro sátrapa para la región, aunque en este caso, parece ser que su elección fue o bien un desertor persa o un noble local y no un macedonio. A estas alturas, la mayoría de Asia Menor estaba bajo su control y razonablemente segura, al menos ante todo lo que no fuese un gran ataque, y mientras lo siguieran considerando fuerte. Alejandro continuó avanzando en dirección sur, hacia Cilicia.[365]

Los persas no habían estado ociosos. Tras Halicarnaso, Darío le había entregado a Memnón el mando de toda la costa del Egeo, tras tomar la precaución de convocar a la familia del griego como garantía de lealtad. El de Rodas recibió barcos y hombres, incluyendo muchos mercenarios, y dinero para contratar más. Sin rival en el mar, Memnón comenzó a atacar a los aliados griegos de Alejandro. Quíos cayó rápidamente, como la mayoría de las ciudades importantes de Lesbos. Mitilene desafío a los persas, y solo cayó tras un prolongado asedio en 333 a.C. La victoria tuvo su precio en bajas, incluida la de Memnón, que enfermó y murió, y el mando pasó a su sobrino Farnabazo, que continuó actuando con vigor. Lesbos se encontraba cerca de los Dardanelos (y sería la principal base aliada en la campaña de Galípoli en 1915), lo que les permitía a los persas amenazar el estrecho. Esto ponía en peligro las comunicaciones de Alejandro con Macedonia y abría la costa de la propia Grecia a un ataque. Era algo grave, se enviaron órdenes y dinero a Macedonia para volver a organizar la flota. Todo eso llevaría tiempo y por el momento Persia dominaba el mar y todas las comunidades costeras clave seguían obedeciendo a Darío. Un éxito local por parte de alrededor de una docena de barcos reunidos rápidamente desde Eubea que luchaban por Alejandro no cambió la situación, pero al menos resultaba alentador.

Pero a pesar de todo su poder naval, los persas también se enfrentaban al mismo problema que habían tenido los atenienses cuando lucharon contra Filipo y su hijo. Las galeras necesitaban bases, o al menos, puntos de atraque seguros, de modo que las flotas independientes tuviesen una cobertura estratégica corta. Podían atacar las costas y algo en tierra adentro, lo que significaba que las islas del Egeo eran altamente vulnerables; Arriano afirma que al menos una comunidad se rindió a la necesidad y se entregó a los persas aunque sus habitantes hubiesen preferido permanecer leales a Alejandro.

Cerrar por completo los Dardanelos era complicado, y a estas alturas Alejandro controlaba suficiente territorio como para satisfacer sus necesidades inmediatas de comida y dinero. Por sí sola, ninguna flota podía atacar el territorio interior macedonio o tomar el continente griego. Para eso se necesitaba un ejército y ni Memnón ni su sucesor tenían suficientes mercenarios que constituyesen una fuerza de cierta enjundia, incluso dando por hecho que hubiesen estado dispuestos a desembarcarlos a todos en territorio hostil para una campaña prolongada.[366]

Como los atenienses en el pasado, los persas necesitaban aliados que les proveyesen de un ejército al que ellos después pudieran ayudar y financiar. Tebas ya no existía, mientras que Atenas continuaba siendo una potencia naval y mostraba poco entusiasmo por una guerra. Demóstenes expresó la esperanza de que Darío tratase con Alejandro y su ejército, pero no se atrevió a instar a sus conciudadanos a que actuasen contra el rey macedonio. Además, había atenienses sirviendo bajo Alejandro como *hegemon*, además de a bordo de los barcos de guerra que el rey había conservado cuando despidió al resto de la flota. La mayoría de las poleis se encontraban en la misma situación, y tenían ciudadanos sirviendo en Asia con Alejandro que podrían convertirse en rehenes. Una delegación ateniense acudió a Alejandro en 333 a.C. pidiéndole la liberación de sus conciudadanos entre los dos mil mercenarios cautivos enviados a Macedonia tras la batalla del Gránico. Rechazó su petición, al menos hasta que la coalición de guerra contra Persia hubiese vencido. El miedo jugó su papel, pero es más importante que ni los atenienses ni otros griegos tenían interés en entablar una guerra contra Macedonia, y menos a beneficio del rey persa. La excepción fue Esparta, que se había mantenido al margen de la guerra. Aunque los espartanos no habían combatido a Filipo, sus aliados en el Peloponeso habían buscado ansiosamente su apoyo para conservar su independencia. En 333 a.C., Esparta era la única ciudad-estado importante dispuesta a negociar con los persas.[367]

Pero Esparta rara vez actuaba con rapidez. Por el momento, la ofensiva en el Egeo era lo bastante inquietante como para que Alejandro revirtiese su decisión de seguir sin una flota, algo que ahora podía permitirse más fácilmente ya que tenía ingresos procedentes de Asia Menor. Por otra parte, su estrategia siguió sin cambios; su ejército continuaba conquistando cada vez más territorio y no mostró ni la más mínima inclinación por volver a casa. Darío no podía ignorarlo. En el verano de 333 a.C. había reclutado un gran ejército cerca de Babilonia, en el corazón de su imperio. Las fuentes calculan que su número se encontraba entre los cuatrocientos mil y los seiscientos mil hombres, y no había tenido el tiempo ni la disposición

de convocar a las regiones más distantes de la parte oriental de su imperio para que le suministrasen tropas. Aunque, como hemos visto, los números deben tomarse con bastante cautela, se trataba de una fuerza mucho mayor y formidable que la que Alejandro había tenido enfrente en el Gránico. En los aproximadamente quince meses desde que había cruzado a Asia, Alejandro dominaba una zona tan grande como la de todas las conquistas de Filipo en Tracia y los Balcanes, pero no era más que una parte diminuta del imperio de Darío.[368]

Darío comenzó el largo viaje hacia un enemigo que todavía se encontraba a cientos de kilómetros, en la costa mediterránea. Lo acompañaban su familia cercana, incluyendo su madre, esposa e hijos, y también había familias acompañando a muchos de sus oficiales y soldados, además de sirvientes y ayudantes, de modo que los no combatientes eran tantos o más que las tropas, y todos debían alimentarse. La capacidad de controlar y avituallar esta gran masa humana ilustra el poder del imperio persa y su capacidad organizativa, aunque es probable que estuviese dividida en varias secciones, al menos durante las primeras fases de la marcha. Se hiciese como se hiciese, se tardaba meses en completar el viaje de unos mil cien kilómetros, y la noticia del avance del rey se extendió pronto. Para otoño se sabía en Atenas, y Demóstenes predijo alegremente que los macedonios serían pisoteados por los cascos de la caballería persa.[369]

Una cosa era reunir un gran ejército, y otra era utilizarlo eficientemente. La perspectiva que el tiempo nos ofrece nos dice, como también hicieron muchos autores antiguos, que enfrentarse a Alejandro Magno y sus macedonios en batalla campal no era buena idea. Del mismo modo que Memnón supuestamente había recomendado evitar el combate y matar de hambre al enemigo en 334 a.C., se atribuye a otros griegos el mismo consejo «sabio» un año después. Caridemo, el líder mercenario convertido en ciudadano ateniense que había huido a Persia antes que rendirse a Alejandro tras la caída de la ciudad, se mostró especialmente insistente. Instó a Darío y al grueso del ejército a que no se acercasen a los macedonios y enviasen en su lugar un destacamento, supuestamente de cien mil hombres, incluidos treinta mil mercenarios griegos, a vérselas con el enemigo, insinuando que él era el mejor hombre para estar al mando. Surgieron dudas sobre la lealtad del griego y sobre su plan, y habría sido extraño reclutar un ejército tan grande y emplear solo parte de él. Fuese cual fuese el tamaño real de su ejército, la superioridad numérica estaba de parte de Darío, y en muchos sentidos era su mayor ventaja. Caridemo les respondió con más vigor que sentido común a los nobles que hablaron en su contra, dudando de la masculinidad y el valor persas. El insulto era algo cotidiano en la vida pública ateniense,

pero no era adecuado en la corte del rey de reyes, y Darío ordenó su ejecución. Diodoro afirma que el mercenario se mostró desafiante hasta el final y gritó que el rey se arrepentiría de matarlo y pronto sería testigo de la destrucción de su reino.[370]

La ruta hacia Cilicia escogida por Alejandro seguía uno de los caminos principales persas y llevaba a las Puertas Cilicias, un paso a través de las montañas donde en un punto concreto la pista era apenas lo bastante ancha como para que tres o cuatro hombres marchasen uno junto a otro. Allí ya había tropas persas, de modo que Alejandro detuvo la marcha a cierta distancia y ordenó acampar para pasar la noche. El lugar se conocía como el campamento de Ciro, porque el ejército del usurpador, incluyendo a Jenofonte y los «Diez Mil», lo había utilizado, y probablemente la asociación complació a Alejandro y sus oficiales (ciertamente complacía a Arriano, que en otra obra se bautizó como «Jenofonte»). Esperando que el enemigo relajase la guardia, Alejandro dirigió la habitual fuerza de choque bajo el manto de la oscuridad, compuesta por Hipaspistas, agrianos y arqueros, y avanzó rápidamente hacia el paso. No pasaron desapercibidos, pero el ataque y el hecho de darse cuenta de la presencia del propio Alejandro acabaron con el valor de la guarnición. Los persas estaban superados en número, y, más importante, no tenían perspectiva ninguna de recibir refuerzos por mucho que resistiesen, así que, muy razonablemente, huyeron. A los ciudadanos de Tarso les llegó la noticia de que el sátrapa local pensaba huir, y se temieron que saquease la ciudad antes de marcharse. Alejandro reunió a su caballería y sus tropas ligeras y apareció tan deprisa que el sátrapa huyó antes de poder causar daño alguno.[371]

El río Cydnus fluye a través de Tarso hacia el mar. Casi tres siglos después, Cleopatra llegaría allí en su fabulosa barcaza y conocería a Marco Antonio, en una escena tan maravillosamente representada por Plutarco y Shakespeare. En el Mundo Antiguo, el río era conocido por sus aguas claras y heladas. Cansado, manchado de sudor y acalorado por la marcha forzada para llegar a la ciudad, Alejandro se lanzó al río a nadar, empezó a sufrir calambres y para cuando lo sacaron del agua había sucumbido a la fiebre. Quizá el *shock* fue demasiado para él tras más de un año de marchar, cabalgar y combatir en terreno accidentado, además de la ansiedad y el estrés tras la sucesión al trono argéada. Hárpalo, uno de los amigos de Alejandro a los que Filipo había exiliado tras el asunto de Pixodaro, no podía combatir debido a su mala salud, quizá una discapacidad física y servía como tesorero. En estos momentos de incertidumbre, decidió huir, llevándose con él parte del dinero. A la larga, Alejandro no se lo tuvo en cuenta a su viejo amigo, porque Hárpalo regreso y recuperó su puesto en 331 a.C.

Esto lo abordaremos más adelante, pero por el momento, el

tesorero no era el único en temer por la vida de Alejandro. Se nos dice que todos excepto uno de los médicos reales se mostraron poco dispuestos a tratar al rey, temiéndose que los responsabilizasen y castigasen en caso de que muriese. La excepción era Filipo, un acarniano que atendía al rey desde que era pequeño. Sugirió el drástico remedio de una purga y el rey, siempre fascinado por la medicina, accedió. Como ocurre a menudo, las crónicas de lo ocurrido son confusas, pero afirma que Parmenio le envió a Alejandro un mensaje que lo advertía de que Filipo había sido sobornado por Darío para asesinar al rey. Supuestamente, el aviso llegó mientras el médico preparaba una poción. Alejandro tomó la copa y le dio la carta a Filipo. Mientras el doctor leía, el rey apuró la copa para mostrar su confianza en un hombre al que conocía desde niño. Al principio, el paciente empeoró mucho, y Filipo aplicó cataplasmas y otros remedios, hasta que un poco después Alejandro se recuperó, bien por el tratamiento o simplemente por su robusta constitución.[372]

La enfermedad mantuvo a Alejandro en cama e inactivo aproximadamente un mes, mientras el verano pasaba a ser el otoño de 333 a.C. Aparte de los asedios de Mileto y Halicarnaso, había sido el mayor periodo de tiempo que había permanecido en el mismo sitio desde su desembarco en Asia. La llanura cilicia, aunque rodeada de montañas, era famosa por su fértil suelo y, según llegaba la cosecha, hubo comida más que suficiente para el ejército. A finales de septiembre Alejandro volvía a estar activo y tomó más partes de Cilicia; exigió que la ciudad de Solos le pagase doscientos talentos por sus supuestas simpatías persas al tiempo que trataba a Malo con mucha más generosidad. Pasó por Anquíale, fundada por un rey asirio, cuyo gran monumento se encontraba cerca de las ruinosas murallas. La estatua mostraba al rey dando una palmada o chasqueando los dedos, y la inscripción se jactaba de que había construido Anquíale y Tarso en un solo día, y aconsejaba a quienes lo viesen que comiesen, bebiesen e hiciesen el amor, porque en comparación, nada de lo que hiciesen podría rivalizar con el sonido que el rey hacía con sus manos. Alejandro se pasó una semana haciendo una demostración de fuerza para las tribus de los montes Tauro, que a menudo hacían incursiones, antes de regresar a Solos para celebrar un festival y hacer sacrificios a Esculapio, el dios de la curación, por su restablecimiento. Llegó la noticia de que Darío había formado un gran ejército y avanzaba, pero se desconocía la localización de los persas. Sin embargo, había buenas noticias de las victorias locales de los oficiales macedonios encargados de proteger Asia Menor. Animado, y dispuesto desde el principio a encontrarse con los persas de frente, Alejandro retomó su avance.[373]

355. Arriano, Anábasis 1.24.3 (vía Loeb) por la cita, y en general 1.24.3-6, 26.1-29.8.
356. Ibid., 1.24.4-5 (vía Loeb); Bosworth, Conquest and Empire, pp. 49-53 y especialmente N. Hammond, Alexander the Great. King, Commander and Statesman (3rd ed., 1994), pp. 83-94 son raras excepciones a la regla y hablan de estas operaciones con cierto detalle.
357. Diodoro Sículo 17.28.1-5.
358. Arriano, Anábasis 1.26.5, 27.5-28.8.
359. Ibid., 1.24.5-6, 29.1-2.
360. Ibid., 1.25.2-3, 26.5-27.4.
361. Plutarco, Alejandro 17.2-4, y Estrabón, Geog. 14.3.9 con Green, Alexander of Macedon, p. 205, Worthington, By the Spear, pp. 157-8.
362. Arriano, Anábasis 1.25.1-10, Diodoro Sículo 17.32.1-2, Curcio 3.7.11-15, 7.1.6-9, Justino Epítome 12.14.1, con Green (1991), pp. 202-4, Lane Fox, Alexander the Great, pp. 144-8, Bosworth, Conquest and Empire, pp. 50-1, el capítulo «Conspiracies» en Badian, Collected Papers on Alexander the Great, pp. 420-55, esp. 424-7, y Heckel, Alexander's Marshals, pp. 24-31.
363. Arriano, Anábasis 1.29.3-4; sobre los refuerzos generalmente se contrasta A. Bosworth, «Alexander the Great and the decline of Macedon», JHS, 106 (1986), pp. 1-12, esp. 2-9, con N. Hammond, «Casualties and reinforcements of citizen soldiers in Greece and Macedonia», JHS, 109 (1989), pp. 56-68.
364. Arriano, Anábasis 2.3.1-8, Plutarco, Alejandro 18.1-2, Curcio 3.1.14-18, Justino, Epítome 11.7, con Green, Alexander of Macedon, pp. 213-14.
365. Arriano, Anábasis, 1.29.5-6.
366. Ibid., 2.1.1-2.5, Diodoro Sículo 17.31.3-4, Curcio 3.2.1, con Garvin, «Darius III and homeland defense», pp. 87-111, esp. 100-1, 107-8, Cawkwell, The Greek Wars, pp. 209-10, Hammond (1994), pp. 90-1.
367. Arriano, Anábasis 2.4.1.
368. Ibid., 2.8.8, Diodoro Sículo 17.30.1-31.3, Justino, Epítome 11.9.1.
369. Esquines, Contra Ctesifonte 3.163-4; sobre el ejército y la estrategia de Darío, véase A. Devine, «The strategies of Alexander the Great and Darius III in the Issus campaign (333 BC)», Ancient World, 12 (1985), pp. 25-38, esp. 27.
370. Diodoro Sículo 17.30.2-7.
371. Arriano, Anábasis 2.4.1-6, Curcio 3.4.3-5.
372. Arriano, Anábasis 2.4.7-11, 3.6.4-7, Plutarco, Alejandro 19.1-5, Curcio 3.5.1-6.17.
373. Arriano, Anábasis 2.5.1-9, con Hammond (1994), p. 93-5,

Bosworth, Conquest and Empire, pp. 54-8.

18.
«ENTONCES SÍ HUBO DERRAMAMIENTO DE SANGRE»: LA BATALLA DE ISSOS, 333 A.C.

Un estrecho tramo de llanura costera llevaba hacia Siria, bordeada por cordilleras montañosas que un ejército solo podía cruzar mediante una de tres rutas. Parmenio se había adelantado para asegurar las entradas, llevándose con él a la mayoría de las tropas no macedonias. Alejandro se mantuvo ocupado en Cilicia, obviamente pensando que era seguro para su ejército que estuviese dividido por el momento hasta que llegó la noticia de que Darío y su ejército estaban en Sochi en Siria, mucho más cerca de lo que había sospechado, y no lejos del paso cercano al Pilar de Jonás. Se apresuró a reunir al ejército y con los hombres de Parmenio avanzó hacia Issos, donde establecieron un almacén para el equipamiento más pesado y quedaron los heridos y enfermos. El rey habló con sus oficiales si era mejor esperar a que los persas fuesen a ellos o avanzar, y parece ser que todos apoyaron iniciar la ofensiva. Eso significaba tomar uno de los tres pasos, y Alejandro decidió dirigirse al más meridional, quizá porque eso lo mantendría cerca del mar durante más tiempo, lo que permitiría que le llevasen por mar los suministros más pesados. Los macedonios llegaron a Miriandro, donde una tremenda tormenta nocturna retrasó su avance junto al paso. Entonces llegó la noticia de que Darío y su ejército estaban detrás de ellos, a solo unos cien estadios (alrededor de veinte kilómetros).[374]

Alejandro no se lo creyó, y envió a investigarlo a unos Compañeros de confianza a bordo de un barco de guerra ligero de treinta remos. Navegaron en dirección norte y divisaron el enorme campamento persa cerca de la boca del río Pínaro, y solo cuando regresaron aceptó el rey el hecho de que el enemigo lo había superado. No fue intencionado, porque ninguno de los dos tenía mucha idea de lo que hacía o pretendía el otro. Darío llevaba un tiempo esperando en Sochi, planeando dejar que los macedonios se le

acercasen y así poder escoger el campo de batalla en las abiertas llanuras sirias, donde su superioridad numérica, especialmente en caballería, le diese ventaja. Si hubiese esperado más todavía, probablemente Alejandro le habría complacido, pero los persas se mostraban confusos por la larga parada de los macedonios en Tarso y las operaciones en Cilicia, y se preguntaban si el enemigo estaba demasiado asustado como para enfrentarse a ellos. El ejército de Darío era mucho mayor, lo que hacía que fuese más complicado ser cauteloso, especialmente según iba pasando el otoño. Hasta la burocracia del imperio persa tendría problemas para avituallar a tantas personas y animales si permanecía mucho tiempo en el mismo sitio, o para seguir operativo durante el invierno.[375]

Un exiliado macedonio seguía aconsejándole prudencia, arguyendo que atacar hacia la estrecha llanura costera probablemente favorecería al ejército de Alejandro, más pequeño y ágil, o al menos eso dicen nuestras fuentes. Darío no escuchó y se negó a esperar más tiempo. Envió gran parte de su pesado convoy con el equipaje y el tesoro a lugar seguro a Damasco, aunque la familia real y muchos otros lujos y no combatientes permanecieron con la fuerza principal. Después avanzó, dirigiéndose hacia el más septentrional de los tres pasos, sin saber que Alejandro ya había pasado hasta que llegó a la llanura costera. En Issos capturó el almacén macedonio y ejecutó o mutiló a los enfermos y heridos que encontró allí. Como la masacre de mercenarios que ordenó Alejandro en el Gránico, esas atrocidades eran arriesgadas, dado que aunque podían aterrorizar al enemigo, también podían enrabietarlo. Luego Darío siguió a los macedonios en busca de un buen lugar para combatir.[376]

Cuando se confirmó la presencia del enemigo, Alejandro convocó a sus oficiales principales y a los jefes de las unidades para darles ánimos. Les aseguró que el estrecho terreno entre las montañas y el mar los favorecía, era suficientemente grande para su falange de picas y demasiado pequeño para las hordas enemigas. Se trataba de persas, hombres a los que ya habían derrotado antes, y además eran más esclavos que hombres libres, porque hasta los mercenarios griegos de Darío carecían de la motivación de los que luchaban por su propia causa justa. Si los famosos Diez Mil habían derrotado tantas veces a los persas, qué no podrían hacer siendo ellos más, con el poder de macedonios, tesalios y griegos unido al de las tribus más marciales de Europa. La victoria sobre Darío les traería recompensas mucho mayores que derrotar a los sátrapas. Arriano registra que «también les habló de cualquier otro asunto que en un momento como aquel, ante un peligro, un valiente general les contaría naturalmente a sus bravos hombres para animarlos. Se juntaron a su alrededor y le estrecharon la mano al rey, y con gritos de ánimo le instaron a que los guiase de

inmediato».[377]

Alejandro no tenía más opción que luchar, porque retirarse teniendo al enemigo tan cerca era peligroso, destruiría su prestigio y hundiría la moral, por no mencionar que se arriesgaría a agotar sus suministros. Su meta era enfrentarse a Darío y acabar con él, no escapar como Jenofonte y los Diez Mil. La confianza que exudaba era genuina, y se basaba en la fe en sí mismo y en sus soldados y en la sencilla razón de que emprender la invasión no tendría sentido si rechazaba la oportunidad de luchar cuando Darío había aparecido por fin. Debía haber una batalla, y llegaría pronto, con los ejércitos tan cerca el uno del otro. Eso no significaba que tuviese que apresurarse. Alejandro despachó a sus oficiales y les ordenó a los hombres que descansaran y tomasen una buena comida caliente. Se enviaron patrullas de reconocimiento al norte, al paso de Jonás para investigar si el enemigo se acercaba. Al saber que no, según se ponía el sol, guio al ejército fuera del campamento. Tras una marcha de unos trece kilómetros el paso estuvo asegurado y los macedonios se detuvieron. Se montaron puestos avanzados para que mantuviesen guardia, mientras los demás descansaban lo mejor que podían.[378]

Al amanecer, los macedonios empezaron a descender hacia la llanura junto al mar, a unos ocho kilómetros de los persas. Darío no había movido su posición al norte del río Pínaro (la identificación de este curso de agua ha sido muy debatida, pero de lejos, el mejor candidato es el moderno río Payas. A pesar del nombre moderno para esta batalla, no se libró cerca de la propia Issos). No está claro cuándo supo el rey persa que Alejandro planeaba atacarlo, aunque en un momento dado sus hombres comenzaron a fortalecer la orilla norte del río con sencillas fortificaciones de campo, quizá poco más que líneas de estacas afiladas. Según nuestras fuentes, Darío había reunido a no menos de treinta mil mercenarios griegos, incluyendo a aquellos que habían servido en la flota con Memnón y los sucesores de este. Esto debilitó seriamente la ofensiva en el Egeo, pero eso no importaría si Darío derrotaba al ejército de Alejandro, así que fue sensato por su parte tener tantos hoplitas como pudiese conseguir. Es muy posible que esas fuerzas de mercenarios «griegos» incluyesen contingentes de carios y otros que habían adoptado el equipamiento y las tácticas de los hoplitas y eran igualmente formidables. Aun así, puede que la cifra total sea exagerada, y que la de sesenta mil cardaces, infantes persas que luchaban en orden cerrado, también sea demasiado alta. Supuestamente también había treinta mil jinetes o más, muchos de ellos con armaduras pesadas, y contingentes aún más numerosos de infantería ligera y arqueros.[379]

Las fuentes dicen poco sobre las cifras de Alejandro, aunque sí que la mayoría de su ejército de campo estaba presente, lo que ha llevado

a los estudiosos a calcular una fuerza de treinta a cuarenta mil hombres, normalmente trabajando con la suposición de que la mayoría de los contingentes tenían a todos sus hombres. El problema es que no existe información sobre el índice de desgaste sufrido por el ejército desde el principio de las operaciones, ni sobre cuántos hombres fueron enviados en destacamentos o cuántos quedaron atrás, no solo en Issos, sino en otras partes, hasta que se recuperasen de sus heridas o su enfermedad. Por lo tanto, no tenemos ni idea de si los nuevos contingentes traídos de Macedonia bastaban para suplir las pérdidas o se trataba de auténticos refuerzos. La lección de la historia es que pocas unidades militares consiguen conservar su potencia teórica durante mucho tiempo, y deberíamos ser cautos a la hora de dar por supuesto que el ejército de Alejandro era una excepción. Fuesen cuales fuesen los detalles, lo más probable es que los hombres de Alejandro estuvieran en gran inferioridad numérica ante un enemigo que quizá fuese dos o tres veces mayor como poco.[380]

Donde los macedonios habían bajado la llanura costera era estrecha, lo que los obligaba a marchar en columna. Ninguno de los dos ejércitos podía ver al otro, aunque poco después los persas vieron la nube de polvo que se elevaba sobre sus oponentes. Los exploradores de Alejandro se adelantaron y vieron al enemigo esperando cuando estaban a unos treinta estadios (seis kilómetros). Darío no hizo movimientos agresivos, aparte de enviar caballería e infantería ligeras para hacer de pantalla a su ejército. Gradualmente, el paisaje se abrió y los macedonios pudieron empezar a desplegarse. Alejandro lo encabezaba con su infantería pesada, confiado en que una falange poco tenía que temer de un ataque frontal de la caballería, incluso aunque la fuerza de encubrimiento atacase.[381]

Una vez hubo espacio suficiente, cada regimiento de Hipaspistas y falange de picas formaron en treinta y dos hileras de profundidad. Con todos sus hombres, cada regimiento (*taxis*) constituía un frente de cuarenta y ocho hombres. Al contrario de lo que dicen la mayoría de descripciones modernas, la falange entera no formaba en un solo bloque, y las maniobras posteriores solo tienen sentido si las unidades estaban separadas, cada una de ellas con espacio suficiente a ambos lados para adoptar formaciones menos profundas y más anchas. Según se iba ampliando la llanura pudieron aparecer cada vez más regimientos. Hubo frecuentes altos para componer las formaciones y mantener las distancias adecuadas, además de para juzgar mejor el espacio disponible; Alejandro y sus oficiales supervisaron de cerca la marcha. Las ondulaciones del terreno permitían que gran parte del tiempo permaneciesen invisibles a la vista del enemigo. En algún momento, las formaciones dividieron la profundidad de sus hileras a dieciséis, y finalmente a las habituales ocho, un movimiento que de

nuevo requería que hubiese espacio vacío más que suficiente entre cada unidad antes de llevar a cabo la maniobra. La marcha consistía en bloques diferenciados, con mucho espacio entre ellos, que se movían, se detenían, se reformaban y recuperaban la marcha, testimonio de la mucha práctica y gran habilidad de soldados y oficiales. Pocos ejércitos del Mundo Antiguo podrían haber llevado a cabo un avance tan ordenado con tanta destreza como los hombres de Alejandro. Según avanzaban, la fuerza de encubrimiento persa se retiró para reunirse con el resto del ejército de Darío.[382]

Dado el número de soldados en ambos bandos, este era un campo de batalla estrecho. Calístenes dice que la distancia a lo largo del río Pínaro desde las montañas en el este hasta el mar era de catorce estadios (dos kilómetros ochocientos metros) y que el río corría en diagonal a través de la llanura. Si la identificación con el moderno río Payas es correcta, entonces la orilla ha cambiado, porque la distancia se acerca más a cuatro kilómetros trescientos metros y cerca del mar el curso del río es más recto, pero sigue siendo un candidato mejor que cualquiera de las otras posibilidades y el propio río encaja bien con la descripción antigua. Cuando baja desde las montañas, fluye rápidamente y «los lados de su lecho estaban arrancados». Excepto en unos pocos puntos, las orillas no eran un gran obstáculo y el río se podía vadear fácilmente, aunque la presencia de rocas grandes y pequeñas entre la arena y la gravilla del lecho obligaba a los jinetes a cruzar despacio, escogiendo el camino. En la parte central de la llanura el terreno ya no hace pendiente y el lecho del río está más claramente definido, con orillas más altas y en ocasiones empinadas o salientes, especialmente en el lado norte. Después, se ensancha y fluye más suavemente y es sencillo vadearlo, incluso para tropas en formación.[383]

Cuando la pantalla persa se retiraba, Darío concentró el grueso de su caballería en su ala derecha, la más cercana al mar, donde el río no era un obstáculo significativo. El centro estaba formado por los mercenarios hoplitas, con cardaces en cada flanco, cada grupo supuestamente compuesto por treinta mil hombres. Los respaldaban los arqueros, allá donde era posible sobre terreno elevado detrás de la infantería. El rey, con ropas resplandecientes y montado en un carro adornado, también estaba en el centro, que era el puesto adecuado para un rey persa y cerca tenía como escoltas a unos tres mil de sus mejores jinetes. Había caballería en el flanco izquierdo persa, además de infantería ligera, y detrás de la línea principal supuestamente hordas de tropas menores. Un número muy grande de escaramuzas tuvieron lugar en terreno elevado en el extremo izquierdo, dispuesto para limitar el flanco macedonio. Tanto estos hombres como la caballería concentrada junto al mar tenían la orden de hacer las

únicas maniobras ofensivas y amenazar a Alejandro desde ambas alas. Darío pensaba utilizar el obstáculo del río y las densas formaciones de su infantería de orden cerrado para detener el ataque macedonio. No le hacía falta destruir o aplastar a Alejandro, simplemente detenerlo, porque el joven rey tenía que conseguir una victoria, y que fuese decisiva. Unas tablas, especialmente con grandes bajas, dejaría a los invasores varados y desacreditados.

Las fuentes afirman que ambos bandos modificaron su despliegue al acercarse los macedonios, pero que dada la estrechez de la llanura, el número de soldados persas y la inexperiencia del ejército de Darío a la hora de maniobrar juntos, sin duda harían que fuese incapaz de hacer gran cosa. El avance de Alejandro llevó horas y su plan y el despliegue de tropas se desarrollaron en cuidadosos pasos. En el fondo era el orden de marcha conocido, los Hipaspistas en vanguardia, luego los regimientos de las falanges en orden de precedencia para aquel día. Estos formaban el centro del ejército, los Hipaspistas en el lugar de honor a la derecha, luego los regimientos de picas y, una vez que estuviesen en fila de a ocho, llegarían a alcanzar alrededor de kilómetro y medio, dependiendo de lo cerca que estuviesen de la fuerza completa teórica de doce mil hombres y del tamaño de los pequeños espacios mantenidos entre cada unidad. Durante mucho tiempo, la caballería se mantuvo detrás de la falange, en parte porque el terreno era tan limitado y quizá también para evitar un combate temprano con la fuerza encubridora persa. Luego, Alejandro envió a la caballería mercenaria y aliada a formar su ala izquierda, la más cercana al mar, apoyada por la infantería tracia y arqueros cretenses. Durante un rato conservó juntos a los tesalios y los Compañeros a la derecha, una concentración de sus mejores jinetes que no se había visto en ninguna otra ocasión.

Viendo que Darío había posicionado a tan gran parte de su caballería cerca del mar, y quizá entendiendo que el terreno de su flanco derecho no era ideal para la caballería, al menos durante el ataque inicial, Alejandro envió a los tesalios a reforzar su ala izquierda. Se habían colocado detrás de la falange y eso, y la zona ciega, permitieron que no se les viese hasta que estuvieron en su nueva posición. A su derecha tenía infantería ligera, incluyendo a los duros montañeros y arqueros agrianos, pero al ver a los persas amenazar esta ala los reforzó con hoplitas mercenarios respaldados por dos escuadrones de la caballería de los Compañeros. Hasta el momento, el intento persa de rodear el ala derecha de Alejandro era cauto y los agrianos, confiados tras tantas victorias y muy acostumbrados a operar en terreno agreste, avanzaron hacia el pie de la montaña. Con eso, y con la amenaza de la caballería macedonia por si esos persas bajaban de las montañas a terreno abierto, se acabó con

la amenaza contra esta ala a todos los efectos.

Los dos ejércitos todavía estaban un poco alejados, mientras el resto del ejército persa esperaba en sus posiciones, como se le había ordenado. Alejandro mantuvo a sus hombres cerca, los cuales todavía se detenían frecuentemente para descansar y recomponer la formación. Es imposible marchar cualquier distancia en formación perfecta incluso sobre terreno completamente llano, así que permitir que las hileras se recompusieran y las unidades se mantuviesen en línea era una maniobra sensata. Los persas esperaban y observaban; en ocasiones, el enemigo desaparecía de su vista en pliegues del terreno u ocultos por el polvo. Los del centro llevaban las largas sarissas elevadas, de modo que en ocasiones se podían ver las armas aunque a los hombres no. Los hombres de Alejandro ocupaban la mayoría de la anchura de la explanada, así que la ventaja numérica de los persas no parecería tan obvia, mientras que el orden y la precisión de su lento avance eran en sí mismos inquietantes y amenazadores. Arriano dice que cuando Alejandro vio que los persas no se movían y habían fortalecido la orilla norte con defensas, se dio cuenta de que Darío tenía «el espíritu de un hombre derrotado». Estratégicamente, el rey persa no necesitaba hacer más que no perder la batalla, pero una actitud como la suya no resulta muy motivadora. La moral cuenta mucho en la guerra, y sobre todo en las batallas libradas tan de cerca.[384]

Eso no quería decir que la tarea que los macedonios tenían por delante fuese sencilla. Como en el Gránico, la ocupación persa de la orilla del río habría bastado para disuadir a la mayoría de los ejércitos antiguos a que atacasen siquiera. Puede que Darío esperase que Alejandro se detuviese y esperase un día o más antes de atacar con la esperanza de que los persas lo atacasen confiando en su superioridad numérica. Los números y el terreno estaban a favor del enemigo, pero Alejandro no tenía otro sitio donde ir y tenía o bien que luchar o retirarse, consciente de que abastecer a sus hombres sería extremadamente difícil con los persas interrumpiendo sus líneas de comunicación. Siempre inclinado a enfrentarse a cualquier desafío, real o imaginario, no pudo rechazar este. De modo que un Alejandro de veintitrés años recorrió arriba y abajo su hilera, hablando con cada unidad, dirigiéndose a los oficiales por su nombre, animando a todas las filas. Fue recibido con vítores, y los soldados lo instaban a que diese la orden de atacar. Satisfecho, se retomó el avance, pero continuó frenando a sus hombres para que mantuviesen un paso lento y regular «para evitar que cualquier parte de la falange avanzase más rápidamente y se separase». Solo cuando llegaron al alcance de los arcos persas comenzó el ataque.[385]

Alejandro estaba en cabeza, y casi todos los historiadores

modernos describen cómo espoleó a su caballo a través del río al frente del escuadrón real y chocó contra los cardaces de la orilla opuesta. Como en Queronea, simplemente se da por hecho que Alejandro siempre cargaba a caballo, como supuestamente siempre intentaba extenderse hacia su derecha y abrir un hueco en la línea enemiga, como haría en Gaugamela dos años después. Pero la crónica de Arriano nos sugiere que esta vez comenzó la batalla de un modo distinto, «aquellos que acompañaban a Alejandro, y el propio Alejandro, colocado en la derecha, fueron los primeros en lanzarse a la carrera hacia el río... tanto, que la rapidez del ataque aterró a los persas y la velocidad del choque disminuyó el daño hecho por los arqueros». La palabra griega para «a la carrera» (*dromo*) sugiere enérgicamente una carga de infantería, y la lógica de toda la descripción de Arriano es que Alejandro se encontraba a la cabeza de uno de los batallones de Hipaspistas que consistía en la propia escolta real de Filipo. Que la infantería corriese hacia los arqueros aceptando romper su formación como precio por recibir menos proyectiles era una táctica reconocida desde los romanos. En este caso, los arqueros se encontraban protegidos detrás de la formación de los cardaces, descritos por Arriano como hoplitas, aunque en otras partes se los identifica como peltastas, lo que probablemente signifique que llevaban una armadura y equipo algo más ligeros que los de los auténticos hoplitas griegos. Casi igual de importante es que no provenían de una sociedad con una larga tradición de combatividad ni tenían la experiencia personal del combate y la victoria que sí tenían los veteranos a los que se enfrentaban. «Alejandro se abalanzó impetuosamente hacia el río, en combate cuerpo a cuerpo, y ya empujaba a los persas que estaban posicionados allí».[386]

En el centro, la falange macedonia lo pasó peor al atacar a los mercenarios instalados tras las partes más impracticables de la orilla. Una falange grande siempre tendía a romperse en un avance largo, y ahora la carga, y aún más el cruce del río, deshicieron su formación. Se abrieron huecos y las unidades se mostraron confusas al intentar encontrar un modo de subir por la orilla norte y llegar hasta los defensores. Aprovechando la oportunidad, grupos de mercenarios contraatacaron en algunos puntos; en esta situación, sus lanzas resultaban más útiles que las largas sarissas. Ptolomeo, hijo de Seleuco y jefe del regimiento, murió aquí, junto con ciento veinte piqueros, al verse frenado el ataque. Cerca del mar, la caballería persa atravesó el río para atacar, y la caballería tesalia y aliada a las órdenes de Parmenio lo pasó mal para contenerlos. El combate pivotaba de un bando a otro; la estrechez del terreno dificultaba que la superioridad numérica persa resultase efectiva.[387]

Alejandro y los Hipaspistas repelieron a los cardaces que se les

enfrentaban. Eso creó espacio en la orilla izquierda, lo que permitió que los Compañeros, los peonios y otros jinetes cruzasen el río con sus monturas y formasen al otro lado. El rey abandonó el frente de ataque y se unió a los Compañeros, saltando a la grupa de Bucéfalo o de uno de sus otros caballos. Entonces encabezó un nuevo ataque, empujando en dirección recta, pero inclinándose hacia el centro enemigo, como empezaban a hacer algunos de los Hipaspistas y los piqueros más cercanos. A la caballería no le iba bien en las cargas frontales contra una infantería con un orden cerrado decente, otro motivo por el que una primera carga a caballo es improbable, pero podía resultar devastadora llegando desde el flanco.

El centro persa comenzó a romperse. Alejandro se dirigió hacia Darío, librando un feroz combate contra la caballería dirigida por el hermano del rey persa. Puede que fuese aquí cuando recibió una herida de espada en el muslo, y es probable que el enfrentamiento entre ambos reyes sea el que se retrató en la famosa pintura posteriormente reproducida en forma de mosaico en Pompeya. Interpretar el arte es inevitablemente subjetivo, y en la obra hay quienes ven cierta simpatía del artista por el persa enfrentado a un enfurecido Alejandro, mientras que otros solo ven una celebración del triunfo macedonio. Lo que importó es que Darío huyó, abandonando carro, capa y equipo, y escapó. Fue un golpe a su prestigio, pero no un golpe mortal, porque seguía siendo rey de reyes con enormes recursos a su disposición. Escapó para luchar otro día, como hizo parte de su ejército.

Los mercenarios formaron en grupos que permanecieron unidos y todavía resistían, frenando a todos menos a los perseguidores más contumaces, mientras que otros macedonios perseguían presas más fáciles. Tras el lento avance y el combate, el día ya había pasado para cuando la batalla hubo acabado, y aunque la persecución duró hasta primera hora de la noche, la oscuridad y el número relativamente pequeño de jinetes macedonios y aliados limitó el daño infligido. Aun así, fue espantoso, porque el sueño de cualquier soldado a caballo es un enemigo indefenso que huye al que se puede masacrar a voluntad. Incluso para los vencedores, adquirió un tinte de pesadilla, así que en esta historia Ptolomeo recordaría más tarde haber cruzado una hondonada sobre un montículo de enemigos muertos. Arriano afirma que murieron cien mil persas, una cifra acorde con los grandes totales de todo el ejército y sin duda inflada. Las pérdidas macedonias también fueron numerosas, aunque en este caso Arriano no nos da una cifra total. Otras fuentes sugieren que murieron alrededor de cuatrocientos cincuenta, un tercio de ellos jinetes, y hubo cuatro mil quinientos heridos, lo que nos da un total de bajas del doce al dieciséis y medio por ciento.[388]

La de Issos no fue una batalla sutil, sino un choque frontal en un frente estrecho para ejércitos de este tamaño, donde la victoria llegó porque el ejército macedonio era más hábil, más seguro y estaba mejor dirigido. Alejandro se preocupó mucho por el enfoque y los preparativos del ataque y, una vez tuvo lugar la oportunidad, la aprovechó. No se trató tanto de grandes tácticas como de los pequeños detalles de la batalla. Dirigir un ataque de infantería y luego una carga de caballería en persona sugiere que hizo más que en otras batallas, aunque como siempre, confió mucho en que sus oficiales hiciesen lo correcto y siguiesen atacando por propia iniciativa ya que él no podía dirigirlos mientras hacía estas otras cosas. No lo decepcionaron, ni tampoco sus soldados, y él mismo volvió a demostrar el valor y la destreza esperados del hijo de Filipo. Comparada con el Gránico, esta fue una batalla mucho más importante y un éxito mucho mayor, porque Darío y su gran ejército habían sido derrotados. Para Alejandro, este fue otro gran paso para salir de la sombra de Filipo.

De nuevo, Alejandro acudió a visitar a sus heridos, hablando con ellos, animándolos y alabándolos y escuchando sus historias. Dado el gran número, esto le llevó mucho tiempo, pero era una señal de su preocupación y reforzó la idea, ya profundamente arraigada en la sociedad macedonia, de que eran camaradas independientemente de su rango. Su propia herida era un recordatorio visible del papel que había interpretado, aunque no parece que fuese grave. Un desfile para honrar el entierro de los caídos les dio la oportunidad para mostrar su luto entre la pompa y la ceremonia que celebraban la victoria.[389]

El campamento persa fue tomado durante la persecución. Aunque Darío había enviado gran parte del equipaje a Damasco, los lujos que encontraron dejaron atónitos a los excitados soldados macedonios. Alejandro regresó de la persecución, vendado y cubierto de polvo y sudor, y pasó la noche en la tienda de Darío después de lavarse en su bañera, aunque uno de sus Compañeros lo corrigió señalando que ahora se trataba de la «bañera de Alejandro». Al ver los lujos de la tienda de Darío, comentó socarronamente: «Se diría que esto es lo que significa ser un rey». El sonido de lamentos le llegó desde algún lugar cercano y cuando preguntó de qué se trataba, le dijeron que eran la madre, la esposa y los hijos de Darío, que lo creían muerto. Alejandro envió a alguien de su corte para que le asegurase a la familia real que Darío estaba vivo y libre, y que ellos estaban a salvo y que Alejandro les garantizaría todos los honores.[390]

Este encuentro se hizo famoso, lo que permitió muchos añadidos románticos. Algunos afirmaron que al día siguiente Alejandro acudió en persona a ver a las mujeres, que tomaron a su amigo Hefestión, que era más alto, por el rey. Al sentirse avergonzadas cuando les sacaron de su error, Alejandro les dijo que no se preocupasen, porque

«Hefestión también era un Alejandro». Supuestamente, el hijo pequeño de Darío se acercó valientemente al conquistador, lo que permitió mordaces comparaciones con su «cobarde» padre. Alejandro cumplió su palabra de tratar con generosidad y respeto a la familia del rey persa, y su rechazo a abusar de su poder fue muy alabado como señal de su virtud y autocontrol, en particular porque Estatira, la esposa de Darío, era famosa por ser una de las mujeres más hermosas de su época. En versiones posteriores, se supone que Alejandro se negó incluso a verla u oír hablar de su belleza, y existía gran admiración por su contención y respeto en sus tratos con las mujeres. Pero la narrativa tiene una nota discordante. Estatira falleció posteriormente, y nuestras fuentes datan su muerte en 331 a.C., y Justino y Plutarco afirman que ocurrió tras un aborto. Puede que la fecha esté equivocada, como la causa de la muerte, y nuestra fuente comenta que la historia entra en conflicto con las crónicas anteriores sobre la contención del rey. Los aspectos desconocidos, y es improbable que lleguemos a saber si Estatira realmente quedó encinta tras su captura, si se trató de seducción o violación, y si es así, si el padre era Alejandro o algún otro.[391]

En el campamento de Darío había muchas riquezas, y se apoderaron de muchas más cuando Parmenio y una columna rápida tomaron Damasco antes de que pudiesen evacuar el tesoro principal y el convoy de suministro. Entre los cautivos se encontraba Barsine, la viuda de Memnón, y Parmenio se la envió a su rey. Alejandro debió de haberla conocido mientras ella y su padre eran refugiados en la corte de Filipo tras la revuelta del sátrapa, y era de la misma edad del rey o un poco mayor, atractiva, inteligente y cómoda con la cultura y el idioma griego así como los de Asia y la corte persa. Quizá al joven príncipe le había gustado o se había sentido atraído hacia ella años antes, o sencillamente Parmenio sabía juzgar las inclinaciones de su rey, porque Alejandro la tomó como amante. Plutarco conserva la narrativa de que Barsine fue la primera mujer que Alejandro tomó como amante, y continuó siéndolo mucho tiempo, dándole un hijo. Poco más se sabe sobre la relación, pero parece que nunca llegó a perder completamente el favor del rey. Por lo general, Alejandro no recibía con gusto regalos de posibles amantes, y les respondía enfurecido a sus subordinados cuando le enviaban muchachos bellos, así que el incidente nos sugiere que Parmenio conocía mejor los gustos del rey que muchos otros. Resulta interesante que a la campaña de Issos no la acompaña ninguna historia del joven monarca ignorando el cauteloso consejo de los veteranos, y a que Parmenio encabezase las operaciones independientes más importantes y controlase el flanco izquierdo del ejército durante la batalla propiamente dicha.[392]

En los meses posteriores a su derrota, Darío se comunicó

directamente con Alejandro por primera vez. Este hecho en sí reconocía a Alejandro como más que un saqueador bárbaro. El persa le ofreció una alianza, además de un gran rescate por su familia, pero ninguna concesión permanente de territorios. La respuesta de Alejandro fue reiterar el derecho de la causa griega de buscar venganza y acusó a Darío de estar involucrado en la muerte de Filipo. Sus victorias demostraban la aprobación de los dioses, y las tierras que había conquistado eran ahora suyas, sus habitantes y los prisioneros que habían tomado sus súbditos, a los que cuidaría como debería hacer un buen rey. Asia era suya, así que Darío debía dirigirse a él como su señor, y que no osara tratarlo como si fuese un igual, sino que acudiese como suplicante, porque «si afirmas ser el rey, te mantienes firme y luchas y no huyes, yo te perseguiré allá donde estés».[393]

---

374. Arriano, Anábasis 2.6.1-2, 7.1, contrasta con Curcio 3.7.1-10, quien dice que Alejandro planeaba luchar una campaña defensiva, con Devine, «The strategies of Alexander the Great», pp. 29-34.
375. Arriano, Anábasis 2.6.3-7, 7.2.
376. Ibid., 2.7.1, Curcio 3.8.1-17, Diodoro 17.32.2-4.
377. Arriano, Anábasis 2.7.3-9, con una cita de 2.7.9 (vía Loeb).
378. Ibid., 2.8.1-2.
379. Sobre el río Payas, véanse los argumentos en Hammond (1994), pp. 95-103 y N. Hammond, «Alexander's charge at the Battle of Issus in 333 BC», Historia, 41 (1992), pp. 395-406, esp. 395-6; sobre las cifras, Polibio 12.18.1, Arriano, Anábasis 2.8.6, 8; A. Devine, «Grand tactics at the Battle of Issus», Ancient World, 12 (1985), pp. 39-59, 46-7, sugiere que dado que los mercenarios se enfrentaron contra la falange de picas y los Hipaspistas, es posible que su número fuese similar, alrededor de doce mil, pero esos cálculos no se pueden demostrar.
380. Las fuentes antiguas para la batalla son Arriano, Anábasis 2.8.1-12.1, Polibio 12.17.1-22.7, Diodoro Sículo 17.331.1-35.1, Curcio 3.8.18-20-19, Plutarco, Alejandro 20.1-5, Justino, Epítome 11.9.1-16; de las historias modernas, Hammond (1992) y (1994), pp. 95-107 es muy convincente, y he seguido sus puntos de vista en muchos aspectos de la batalla.
381. La distancia de treinta estadios viene de Diodoro Sículo 17.33.1 y Curcio 3.8.23.
382. La profundidad de las formaciones nos llega de Polibio 12.19.6, que cita a Calístenes. Forma parte de una larga digresión que critica la visión y la narrativa de la batalla de Calístenes, expuesta con detalle en F. Walbank, Polybius II.
383. Polibio 12-17.5, 22.4 con Hammond (1994), pp. 98-101.

384. «Un hombre derrotado», Arriano, Anábasis 2.10.2.
385. Arriano, Anábasis 2.10.3 (vía Loeb).
386. Ibid., 2.10.3-4, con Hammond (1992), p. 402, espe. n. 24; sobre los cardaces, véase M. Charles, «Los ΚΑΡΔΑΚΕΣ persas», JHS, 132 (2012), pp. 7-21.
387. Sobre las bajas, Arriano, Anábasis 2.10.7.
388. Arriano, Anábasis 2.11.8; para una interpretación del mosaico mostrando simpatía por Darío, véase el capítulo «A note on the Alexander Mosaic» en Badian, Collected Papers on Alexander the Great, pp. 404-19. La mayoría de observadores tienden a verlo como una sencilla celebración de la victoria y el heroísmo de Alejandro.
389. Arriano, Anábasis 2.12.1-2, Curcio 2.11.27, Diodoro Sículo 17.36.6, Justino, Epítome 11.9.10, y la exposición en Devine, «The strategies of Alexander the Great», pp. 55-7, aunque se inclina por apoyar el total más elevado de mil doscientos muertos dado por el anónimo historiador de Oxirrinco (1798) como «quizá más cercano a la verdad». Aunque es posible, parece innecesario.
390. Para la «bañera de Alejandro», véase Plutarco, Alejandro 20.7-8 (vía Loeb).
391. Arriano, Anábasis 2.12.3-8, Plutarco, Alejandro 21.1-3 y Moralia 338e, 522ª, Curcio 3.12.4-26, Diodoro Sículo 17.36.2-4, 37.3-38.3, Justino, Epítome 11.9.14-16, Valerio Máximo 4.7 ext. 2; sobre la muerte de Estatira, Plutarco, Alejandro 30.1, Diodoro 17.54.17, Curcio 4.10.18-34, Justino, Epítome 11.12.6; véase E. Carney, «Alexander and the Persian women», American Journal of Philology, 117 (1996), pp. 563-83, esp. 563-71.
392. Plutarco, Alejandro 21.4-23.3, Justino, Epítome 11.10.2-3, Curcio 3.13.14, con D. Ogden, Alexander the Great. Myth, Genesis and Sexuality (2011), pp. 139-42, Carney (1996), pp. 571-5.
393. Arriano, Anábasis 2.14.1-9, con cita vía Loeb, Curcio 4.1.7-14, Justino, Epítome 11.12.1-2, Diodoro Sículo 17.39.1-2 (que hace la improbable afirmación de que Alejandro les ocultó a sus consejeros la carta auténtica y les mostró solo una versión inventada, mucho más duro).

19.
«MANIFIESTAMENTE UNA GRAN TAREA»: EL ASEDIO DE TIRO

La guerra iba bien. Issos era la mayor batalla librada hasta entonces por el ejército creado por Filipo y perfeccionado por Alejandro, y el botín de la victoria era proporcionalmente enorme, a una escala distinta a cualquier otra victoria de los macedonios, o, ya que estamos, de cualquier ejército griego en campañas anteriores. Arriano afirma que encontraron tres mil talentos de oro y plata en el campamento, además de las mayores riquezas del convoy principal de Damasco, que Curtio calcula en dos mil seiscientos talentos en monedas, más de doscientos veinticinco kilos de plata forjada, copas de oro con un peso de dos mil kilos y otras con incrustaciones de joyas que pesaban mil quinientos kilos. Puede que esto represente las cifras oficiales de los botines adquiridos por Alejandro, y los soldados tomaron muchas cosas que quizá nunca llegaron a contabilizarse para hacer una distribución formal. Se dijo que a los tesalios les había ido especialmente bien en Damasco, y que fueron elegidos para la misión como recompensa por su valor. Aparte de oro y plata, había otros lujos de todas clases, incluyendo incienso, sedas y ropas ceremoniales. Durante el abortado intento de llevarse el equipaje antes de que llegase Parmenio, los porteadores se habían envuelto en túnicas púrpuras para protegerse del frío invernal.[394]

Fueron capturados unos treinta mil porteadores y otros sirvientes, junto con siete mil animales de carga, todos muy bienvenidas incorporaciones al convoy de avituallamiento macedonio. Menos prácticas, aunque más visibles, eran las trescientas veintinueve concubinas de Darío, la mayoría de ellas con formación musical, y casi trescientos sirvientes adiestrados en preparar comidas y bebidas. Le llevaron a Alejandro un baúl especialmente exquisito que había sido propiedad de Darío, y, tras varias deliberaciones y conversaciones con sus Compañeros, el rey decidió utilizarlo para albergar el manuscrito

de *La Ilíada* que Aristóteles le había preparado. A partir de entonces, lo colocó bajo su cama para que le proporcionase inspiración y solaz, junto con un puñal afilado para protegerse en caso de peligro.

Como su padre, Alejandro fue generoso en el reparto del botín, y envió a casa muchos de los objetos de lujo, especialmente a su madre y su hermana. También le hizo a Leónidas un regalo —intencionadamente fastuoso de incienso— sugiriéndole a su antiguo tutor que ya no hacía falta que fuese tan tacaño en sus ofrendas a los dioses. Sus oficiales salieron especialmente bien parados, pero también los soldados; muchos adquirieron esclavos y mujeres como compañeras. Estas no tuvieron elección y fueran sometidas y violadas. Con el tiempo, especialmente si las uniones daban hijos, la naturaleza humana habría atemperado al menos algunas de estas relaciones, aunque resulta difícil decir cuántas de estas mujeres recibió algo parecido al estatus de auténticas esposas. El matrimonio era respetado, y Alejandro se mostró severo en su juicio cuando dos macedonios fueron acusados de seducir a las esposas de algunos mercenarios, pero el estatus de amante era mucho más inseguro.[395]

Entre los prisioneros capturados en Damasco había delegaciones tebanas, espartanas y atenienses enviadas a Darío, aunque no está claro si estos últimos eran representantes formales de su polis o políticos actuando por iniciativa propia. Dadas las implicaciones políticas, Parmenio se los envió todos a Alejandro, y el rey trató con ellos por turnos. Liberó a los tebanos, declarando públicamente que cualquiera cuya ciudad hubiese sido destruida tenía derecho a buscar ayuda allá donde pudiese, y privadamente porque en el grupo había un noble con lazos de amistad con su familia, además de ser un ganador olímpico. El ateniense era hijo y tocayo de Ifícrates, y se quedó con el rey, pero tratado con honor y amistad a cuenta del respeto y gratitud hacia su padre y por mostrar una políticamente prudente buena disposición hacia Atenas. Moriría por causas naturales unos años más tarde sin volver siquiera a casa. El espartano fue arrestado porque su ciudad no solo se había negado a unirse a la alianza de los griegos contra Persia, sino que se estaba volviendo abiertamente hostil, aunque es posible que Alejandro todavía no supiera cómo habían ido los tratos de Esparta con Darío.[396]

Aparte del enviado a Damasco, a finales de 333 a.C. el rey Agis III de Esparta viajó para encontrarse con Farnabazo y los demás líderes de la flota persa en la isla de Sifnos para pedir barcos de guerra y dinero que utilizar contra Macedonia. La inesperada y devastadora noticia del desastre de Issos enfrío el ambiente de la reunión, y Agis recibió solo diez trirremes y treinta talentos de plata. Este se los envió a su hermano pequeño y también rey (los espartanos siempre tenían dos reyes simultáneamente) para que los utilizase en la campaña de

dominación de Creta, mientras Agis permanecía cerca de la flota persa con la esperanza de recibir ayudas más sustanciales. La mayoría de los mercenarios griegos habían escapado de la derrota de Issos, pero solo una minoría de los supervivientes se quedaron con Darío. La mayoría escaparon por mar, quemando gratuitamente los barcos de transporte y los trirremes que no necesitaban por miedo a ser perseguidos. Alrededor de cuatro mil se fueron a Egipto bajo el liderazgo de un macedonio exiliado y trataron de hacerse con el territorio, afirmando, al menos al principio, que actuaban en nombre de Darío. Fuese cierto o no, la guarnición persa no los creyó y los mercenarios fueron derrotados y muertos. Otro contingente de ocho mil acabó sirviendo con Agis.[397]

Issos había sido una gran victoria, había dañado el prestigio de Darío y aumentado la fama de Alejandro y la fe de la gente en sus posibilidades de ganar la guerra. Aun así, y a pesar de todos los tesoros capturados, el rey persa seguía poseyendo una vasta riqueza y la mayor parte de su imperio a la que recurrir, mientras que sus barcos de guerra continuaban dominando el Egeo. El continente griego nunca había sido conocido por su estabilidad o paz a largo plazo, y si Esparta se comprometía a una guerra abierta, podría suponer una seria amenaza, especialmente financiados por el oro persa y si otras poleis decidían que los espartanos tenían posibilidades de ganar. Nada de eso significa que la guerra le estuviese yendo mal a Alejandro, porque no era así, pero sí que podrían volverse las tornas. Los hechos nos dicen que en menos de un año la ofensiva naval persa contra las islas griegas se vendría abajo, pero Alejandro y sus oficiales no podían saberlo. Algunas de las señales eran prometedoras, porque la retirada de mercenarios para utilizarlos en Issos le había restado cierta fuerza a la campaña naval, mientras que muchos de los aliados navales de Darío titubeaban en su lealtad cuando los macedonios tomaban o amenazaban sus ciudades. La riqueza conseguida tras Issos también auguraba que Alejandro podía contratar cada vez más mercenarios, llevándose así a algunos de los hombres que en otro momento podrían haber estado disponibles para que los contratasen los espartanos o cualquier otro. Por otra parte, los persas todavía controlaban la mayoría de las islas clave del Egeo, amenazaban los Dardanelos y la costa de Caria, mientras que los macedonios todavía no habían vuelto a formar una tropa lo bastante grande como para desafiarlos en el mar.[398]

Darío se retiró al este más allá del Éufrates, hacia el corazón de su imperio, y Alejandro no lo persiguió. Adentrarse tanto en Persia habría sido peligroso, porque las distancias eran inmensas. Incluso para la incursión para tomar Damasco y el convoy enemigo tuvo que enviar al destacamento de Parmenio a unos trescientos kilómetros de

la fuerza principal. Era improbable que Darío se arriesgase a presentar batalla hasta que hubiese reunido un nuevo ejército, y esto le llevaría muchos meses. Matar o capturar al rey no era suficiente por sí solo para ganar la guerra y el imperio, porque no quería decir que todos los persas se fuesen a rendir; más probablemente solo significaba la proclamación de un nuevo rey y la continuación de la guerra. También existían grandes riesgos en adentrarse tan profundamente en el imperio, donde los macedonios podrían tener problemas para encontrar comida, especialmente durante los meses de invierno y verse aislados de los refuerzos.[399]

La osadía y el heroísmo personal pueden enmascarar muy fácilmente la meticulosidad con la que hacía la guerra, y gran parte de lo que parece temeridad se basaba en una evaluación cuidadosa, en una balanza los riesgos frente a las posibles ganancias y las opciones disponibles. Desde el primer desembarco en Asia quedó claro que pretendía la conquista y ocupación permanentes de nuevo territorio, aunque no podemos saber cuánto pensaba tomar a largo plazo o si tenía objetivos fijos al respecto. Aunque pasó por alto algunas ciudades y fortalezas, siempre fueron una minoría, e invariablemente se sentían aisladas y rodeadas por comunidades que se habían sometido al rey. Nombró a sus propios sátrapas y otros oficiales para supervisar cada región, pero según aumentaba el tamaño de las nuevas conquistas, el número de soldados que podía apartar de su ejército era menor y las guarniciones eran pequeñas y tenían que vigilar amplias zonas lo mejor que podían. Consiguieron vérselas con fuerzas locales y pequeños destacamentos persas, incluyendo fragmentos del ejército de Issos, aunque en este último caso solo tras considerables esfuerzos y duros combates. No eran lo suficientemente fuertes como para vérselas con cualquier ofensiva importante y hasta donde le fue posible, Alejandro mantuvo al mínimo la ocupación de territorio que limitase con cualquier amenaza seria.

La política, tanto como las consideraciones militares, conformaron todo lo que Alejandro hizo durante esos años, igual que había pasado con Filipo. Necesitaba que las comunidades aceptasen su mando y lo prefiriesen a volver a guerrear, fuese en nombre de Persia o por su propia independencia, idealmente hasta el extremo de luchar contra cualquier comunidad vecina que se sintiese inclinada a oponerse al rey. Parte de ello descansaba en el miedo a su ejército y la crueldad de los castigos que quisiera y pudiese infligir, y otra en su reputación de justo e incluso generoso. Siglos más tarde, el oficial romano Sula escogió como epitafio que nunca existió un mejor amigo o un peor enemigo, y esta era la esencia de la política en el Mundo Antiguo. Las comunidades eran bien o mal tratadas en relación directa al respeto que le mostraban a Alejandro. Su estrategia de derrotar el poder naval

persa capturando sus bases en tierra hacía que esta política fuese mucho más urgente. Los fenicios estaban en el corazón de cualquier flota persa, tanto en número como por la calidad de barcos y tripulaciones. Tras Issos, sus ciudades estaban al alcance y había que demostrarles el poder de Alejandro. Siempre estaba mirando más allá, hacia Egipto, que nunca había aceptado en realidad el dominio persa, y probablemente ya había entrado en contacto con líderes locales. Egipto era valioso por sí mismo, por su grano, otras riquezas y su fama. También era una maravillosa oportunidad de demostrar que Alejandro recompensaba la sumisión y trataba muy bien a aquellos que acudían a él. Si ignoraba la llamada de los líderes de Egipto, ¿por qué iban a desertar del imperio persa otras comunidades? Darío no era una amenaza inminente, y Alejandro podía concentrarse en la conquista y en asegurar las tierras que ya había tomado.[400]

Cerca de finales de 333 a.C., Alejandro se llevó a la fuerza principal hacia el sur a lo largo de la costa de lo que ahora es Líbano. Parmenio se quedó atrás y operó por su cuenta, como hicieron otros oficiales, aunque como de costumbre no sabemos casi nada de sus actividades. Antígono Monóftalmos (el tuerto) lucharía y vencería en tres acciones de guerra en Asia Menor durante los meses posteriores, aunque probablemente solo lo sepamos porque tras la muerte de Alejandro se convertiría en uno de los actores importantes en la lucha por la sucesión. Tenía alrededor de cincuenta años y era otro de los hombres de Filipo, veterano de guerra y todavía columna vertebral del ejército, pero el joven rey y sus contemporáneos aprendían deprisa, y su confianza crecía con cada victoria.[401]

Al principio, la aparición de Alejandro y las noticias de su triunfo en Issos favorecieron el avance rápido. El rey Estratón de la isla de Arados, y líder de varias ciudades fenicias en el continente, acudió a ofrecerle al conquistador una corona de oro como señal de sumisión. Según Alejandro continuaba hacia el sur, Biblos y la gran ciudad de Sidón acudieron a él, aunque en este caso su rey actuó bajo presión de la comunidad. Fue depuesto y Alejandro le pidió a Hefestión que escogiese a su reemplazo. Al final eligió a un desconocido miembro de la familia real que trabajaba en un huerto, y la historia se hizo famosa como ejemplo de las vueltas de la fortuna y las recompensas de la virtud. Por el momento, muchos barcos de esas ciudades seguían en la flota persa, y solo el tiempo diría si la defección de sus ciudades lo cambiaría.[402]

La otra comunidad fenicia importante era Tiro, y poco después envió una delegación a Alejandro ofreciendo su sumisión, pero cuando este llegó a la orilla opuesta de la ciudad-isla, la propuesta cambió a neutralidad. Alejandro contestó que deseaba hacerle un sacrificio a Hércules, el dios principal de los tirios, a quien estos conocían como

Melkart, en el templo de la ciudad, utilizando el mismo ardid que Filipo había usado en sus tratos con los escitas. Era febrero, el mes del festival principal en honor al dios y un momento de gran significado para la comunidad. Como de costumbre, en esta ocasión sagrada había enviados de la lejana Cartago, que había sido colonia tiria y ahora era próspera y poderosa por derecho propio, pero que conservaba lazos emocionales con su ciudad materna. Era un recordatorio del gran pasado de Tiro y su duradera importancia.

Permitirle a Alejandro entrar en Tiro y que presidiese un sacrificio en el templo en estos momentos sería reconocerlo como conquistador y no simplemente como aliado. El rey tirio estaba con la flota persa, y su hijo actuaba en su nombre en las negociaciones. Los tirios eran orgullosos, y no hacía tanto que se habían rebelado contra Persia. Más que una gran lealtad hacia Darío, esta vena independiente, combinada quizá con el temor a que su rey y sus barcos se convirtiesen en rehenes, junto con una histórica rivalidad con Sidón fueron las que determinaron su respuesta. Informaron a Alejandro de que había un templo dedicado a Melkart en la prácticamente ruinosa Ciudad Vieja de Tiro en el continente, y que allí podía celebrar los ritos que desease, pero que no le permitirían entrar en la ciudad. Se hizo otro intento por negociar, pero los defensores subieron a los enviados macedonios a la muralla de la ciudad y los mataron allí, lanzando los cuerpos al mar a plena vista.[403]

Alejandro ya no podía aceptar la neutralidad de Tiro como no había aceptado la de Mileto, especialmente porque el contingente tirio era una parte importante de la flota persa, que era cualquier cosa menos neutral. Si los enviados macedonios habían sido realmente asesinados, era otra provocación que tenía que tener respuesta. Arriano presenta a Alejandro dando un discurso en el que el rey explica por qué los macedonios deben tomar la ciudad: por un lado para abrir el camino a Egipto, por otro para derrotar a la armada persa y acabar con la amenaza a Macedonia y Grecia, donde los espartanos eran hostiles y Atenas, un amigo poco fiable. No podemos saber si esto está basado en una fuente original o sencillamente es lo que el historiador creyó con posterioridad que sería apropiado que dijese el rey, dada la valoración que hace Arriano de la situación. Alejandro reforzó su argumento anunciando que Hércules se le había aparecido en un sueño y lo había llevado de la mano hasta Tiro, lo que afirmó que significaba que tomarían la ciudad, pero que requeriría un esfuerzo hercúleo. Asegurarles a los soldados que los dioses les iban a conceder la victoria era un ardid reconocido, aunque esto no quiere decir automáticamente que el joven monarca no creyese también que había tenido un sueño que podía ser interpretado de este modo.[404]

El ejército necesitaba estímulo, porque la tarea que tenían delante era sobrecogedora. Tiro distaba de la orilla unos ochocientos metros en los que el mar era al principio poco profundo, aumentando a unos cinco metros al acercarse a la isla sobre la que se erguía la ciudad. Sus murallas eran altas, reforzadas con torres aún más elevadas y bien construidas y conservadas, aunque no alcanzasen los cuarenta y cinco metros por sección que afirmaba Arriano. También era importante que se izaban casi al borde del mar, de modo que no había terreno suficiente para construir maquinaria de asedio o hacer chocar arietes. Eso, dando por supuesto que los macedonios pudiesen llegar tan lejos, porque los tirios no habían enviado todos sus barcos de guerra con la flota persa, y tenían muchos navíos con buenas tripulaciones, que superaban considerablemente en número al modesto escuadrón de Alejandro. Los tirios recordaban con orgullo haber resistido durante trece años un asedio babilonio en el pasado remoto, y la fuerza de la posición y defensas de la ciudad reforzaban su voluntad de desafiar a los persas y ahora a los macedonios. Tenían mucha comida y la libertad de transportar más por mar, y entre su gran población, muchos hombres motivados para luchar y trabajar.[405]

Alejandro y sus ingenieros decidieron que, dado que no podían aproximarse por mar, debían construir un dique desde la orilla hasta la isla. Las ruinas de la Ciudad Vieja les proporcionaron piedras, los bosques de cedro del Líbano la madera, y los soldados la fuerza de trabajo, aumentada por los porteadores, sirvientes y civiles traídos más o menos voluntariamente de entre sus aliados. Se reunieron piedras, se cortaron árboles y hubo que llevarlos a la orilla y donde se los necesitase según crecía lentamente el dique. También era necesario llevar suministros para alimentar y dar de beber a todos mientras trabajaban. Mandó emisarios a Jerusalén a «pedirle» al sumo sacerdote que contribuyese al avituallamiento, y por lo general las comunidades de la región obedecieron y los recolectores y convoyes de suministros del rey no fueron atacados. Cuando algunas tribus montañesas empezaron a asaltarlos algo más tarde, Alejandro encabezó una columna rápida durante una campaña punitiva de una semana, y parece que infundió el miedo suficiente como para asegurarse de que el problema no se agravaría nunca más. Este episodio es más famoso por la anécdota en la que el rey y otros se quedaron solos cuando su viejo tutor Lisímaco, que había insistido en acompañarlos a pesar de su avanzada edad, se desmayó por agotamiento. La noche era fría, no tenían fuego, de modo que Alejandro se arrastró hacia un campamento enemigo, apuñaló a dos guerreros y huyó con una rama ardiendo que llevó a sus compañeros para que pudiesen encender su propia hoguera. Era fácil inventarse esas historias, y, ciertas o no, era todavía más fácil creerlas, especialmente en aquellos momentos, para

un ejército que aprendía a creer en la audacia y la suerte de su líder. Es difícil decir si se trata de una historia auténtica, pero lo es aún más si esto se encontraba dentro de los límites de lo que se esperaba de un rey macedonio en cuanto a compartir los riesgos de una campaña.[406]

Las semanas se convirtieron en meses mientras soldados y civiles trabajaban y el dique crecía lentamente. Los primeros tramos estaban en aguas poco profundas y sobre bancos de arena, lo que simplificaba el trabajo. Al principio, los tirios no hicieron más que acercarse en los barcos e insultarlos a gritos, burlándose de los soldados porque se habían convertido en obreros. Según se alargaba el camino, los defensores empezaron a disparar flechas y proyectiles desde catapultas ligeras, tanto desde los muros como desde los barcos. Resultaba difícil trabajar con armadura, aunque el ejército romano más tarde adiestraría a los legionarios para hacerlo, y los hombres resultaban heridos y a menudo se veían obligados a ponerse a cubierto. Los asedios antiguos eran largas competiciones de inventiva y determinación en las que atacantes y defensores rivalizaban en estratagemas. Esta vez, los macedonios respondieron construyendo dos torres altas en el extremo del dique, a las que cubrieron con pieles contra proyectiles incendiarios y equiparon con su propia artillería. Desde esa altura podían disparar a las cubiertas de cualquier barco que se acercase, así que estos se vieron forzados a mantener la distancia, y al mismo tiempo dificultaba los ataques desde las murallas. Protegidos por las torres y pantallas que escudaban los trabajos hasta donde era posible, la ventaja pasó a los atacantes.

Los ingenieros de Alejandro eran hábiles, pero también los tirios. Los defensores escogieron un barco de transporte y lo llenaron de combustible. Colgaron de los mástiles calderos con aceite y líquidos inflamables para que cuando los palos cayeran consumidos por el fuego, los líquidos alimentasen las llamas. Luego cargaron el barco de modo que la popa fuese más pesada y tuviese más probabilidades de chocar contra el dique. Apoyándose en sus conocimientos sobre las corrientes marinas y los vientos, esperaron al momento oportuno para que unos trirremes tiraran del barco hacia las obras enemigas. Los trirremes impulsaron el barco mientras la tripulación a bordo prendía las primeras Planas. Después libraron los cabos y el barco y sus tripulantes avanzaron solos el resto del camino. En el último minuto, los marineros se lanzaron al mar y nadaron hasta lugar seguro antes de que el barco se estrellase contra el dique, el mástil cayese según lo planeado y una gran llamarada brotase hacia el dique y las torres. Las pieles de animales y el cuero apenas protegían en aquel infierno, y pronto las torres empezaron a arder, y también el marco del dique y los refugios que había en él. Se acercaron más barcos tirios que disparaban a cualquier macedonio que intentase resistirse y partidas

de desembarco que destrozaban y quemaban lo que podían.

El trabajo de muchas semanas quedó destruido en cuestión de horas, especialmente cuando la naturaleza intervino y las tormentas dañaron lo que quedaba. Tras supervisar las ruinas, Alejandro dio la orden de que volviesen a comenzar, pero esta vez el dique sería mucho más ancho y construirían más torres para protegerlo. Es probable que eligiesen otro punto en la orilla desde el que iniciar el nuevo dique, que trazaba un ángulo distinto al de la marea, pero nuestras fuentes no lo dejan claro. En cualquier caso, era una labor que llevaría todavía más tiempo que la construcción que tan rápidamente había sido destruida. El propio Alejandro acudió a Sidón con los Hipaspistas para reunir tantos barcos de guerra como pudiese, porque se había dado cuenta de que «era improbable que el asedio tuviese éxito mientras los tirios fuesen los dueños del mar».[407]

Todos los líderes victoriosos tienden a ser afortunados, aunque también hacen cuanto pueden para ayudar a la suerte e inclinar las probabilidades a su favor. La estrategia de Alejandro de conquistar las ciudades que tuviesen tropas en la flota persa le dio frutos; ochenta barcos fenicios de Sidón, Arados y Biblos. Rodas envió otros diez barcos, Licia el mismo número y hubo un puñado de naves de otros lugares, aunque desde Macedonia solo pudieron enviar un pequeño barco de guerra que llegase hasta él. Más bienvenida fue la flota de ciento veinte barcos enviada por los reyes de Chipre que «habían sabido de la derrota de Darío en Issos, y se sentían alarmados porque toda Fenicia ya estuviera en poder de Alejandro». Alejandro hizo borrón y cuenta nueva, dando por hecho «...que habían contribuido a la flota persa más por necesidad que por decisión propia». El pragmatismo estaba a la orden del día en ambos bandos, y Alejandro tenía los barcos que necesitaba en el momento justo. Volvió navegando hacia Tiro, con la esperanza de que el enemigo se le enfrentase en el mar, pero los tirios eran demasiado prudentes como para combatir con tan pocas probabilidades de vencer. Se retiraron a las dos bahías, una al norte mirando hacia Sidón y la otra en el sur, llamada la bahía egipcia porque Egipto se encontraba al sur. Se colocaron en las entradas líneas de trirremes mirando al exterior, lo que evitaba que entrasen los barcos de Alejandro, pero también embotellaban a los suyos.[408]

El equilibrio se había inclinado mucho en favor de los sitiadores, pero eso no hacía que la victoria fuese inevitable. Alejandro mandó llamar a todos los ingenieros y técnicos que hubiese disponibles en Chipre y Fenicia para tener más supervisores cualificados para todas las construcciones planeadas. Con mucho sudor y habilidad, el nuevo dique fue avanzando lentamente, aunque los macedonios tuvieron que buscar todavía más lejos los materiales, especialmente la madera, lo

que añadía tiempo debido a lo que se tardaba en llevarlos donde se necesitaban. Los trabajadores no sufrieron ataques de los barcos, pero una vez estuvieron al alcance, fueron sometidos a lanzamientos de dardos, flechas y piedras desde las murallas. En las torres y a bordo de los barcos, la artillería macedonia trató de eliminar la amenaza de los defensores cuanto les era posible, y ambos bandos tuvieron que dedicar muchos esfuerzos para protegerse de los proyectiles. Se amarraron barcos mercantes a algunos trirremes para servir de base al montaje de artillería en las torres o para equiparlos con arietes. Alejandro pudo probar en diferentes partes de las defensas, y no solo en el tramo de muralla delante del dique. Las amenazas y los ataques reales obligaban a los defensores a responder, lo que reducía lentamente sus fuerzas.

Pero no todo les sonreía a los macedonios. Los tirios blindaron las cubiertas de algunos barcos de guerra para que pudiesen hacer incursiones protegidos de los proyectiles enemigos con el fin de atacar o cortar los cabos que unían los barcos que servían de apoyo a las máquinas de asedio. Otros bucearon para cortar las cuerdas. Como siempre, cada treta tenía su respuesta. Los hombres de Alejandro sustituyeron los cabos por cadenas para que no los pudiesen cortar, y cubrieron sus barcos para acercarse a las defensas enemigas y bloquear los ataques de los barcos de guerra «blindados» tirios. Los tirios utilizaron sacos para cubrir la sección de muralla atacada por los arietes, lo que la acolchó y frenó la fuerza de los golpes, y construyeron aparatos para atacar al enemigo o bloquear proyectiles lanzados contra el muro. También calentaron arena y la lanzaron desde lo alto de la muralla a los barcos que estaban al final del dique, de modo que si unos pocos guijarros se introducían entra la ropa o la armadura de un hombre, lo abrasaban. La elección estaba entre quitarse la armadura y arriesgarse a ser alcanzados por un proyectil o trabajar sufriendo constantes dolores.

Los defensores dedicaron grandes esfuerzos para preparar un asalto por mar, y durante los días anteriores desplegaron velas en la boca de la bahía de Sidón para que los atacantes se acostumbrasen a verlas y no se alarmasen. El ataque llegó repentina y silenciosamente en medio del día, sin siquiera los gritos habituales para que los remeros mantuviesen el ritmo. La sorpresa fue total, y varios barcos, incluidos buques insignia pertenecientes a los reyes aliados, fueron sorprendidos anclados, y hundidos. El azar quiso que Alejandro no estuviese echándose su siesta habitual, y vio una oportunidad. Reunió tripulaciones para todos los barcos que pudo en el momento, envió a algunos a volver a sellar la bahía, evitando así que llegaran refuerzos y además cortando la línea de retirada, y lideró al resto para interceptar al enemigo. Los defensores apostados en el muro vieron la

amenaza antes que los asaltantes, pero todos sus frenéticos esfuerzos por hacérselo saber fracasaron y la retirada comenzó demasiado tarde. Casi todos los barcos atacantes fueron hundidos o capturados, aunque las tripulaciones escaparon nadando hacia la ciudad. No hubo más salidas, y el precio de esta sin duda mermó la moral. Curcio afirma que hubo presiones para recuperar el arcaico sacrificio a Moloch de un bebé primogénito y que solo la determinación de los líderes cívicos lo evitó. Un hombre afirmó que había soñado que Apolo estaba abandonando a la ciudad, de modo que los tirios ataron la estatua del dios con una cadena dorada para que se quedase con ellos. Según pasaban los meses, las expectativas de los defensores se volvían más sombrías, pero no hicieron ningún intento de rendirse.[409]

La captura de Tiro fue el sitio más largo y complicado que llevaron a cabo Filipo o Alejandro. Arriano lo llamó «manifiestamente una gran tarea», mientras que Curcio afirma que Alejandro también estuvo cerca de desesperar y se planteó abandonar y marchar hacia Egipto, «pero retirarse lo avergonzaba... pensando que su reputación... quedaría lastimada si dejaba Tiro como testigo de que podía ser derrotado». Si alguna vez lo pensó, no actuó al respecto, y cuanto más esfuerzo y prestigio le dedicaba al asedio, más difícil se volvía el fracaso. Tanto Curcio como Diodoro afirman que un gran «monstruo marino» se abalanzó sobre el dique y acabó por deslizarse de vuelta al mar; atacantes y defensores decidieron verlo como un buen augurio. Los macedonios continuaron presionando por todos los frentes, y descubrieron una debilidad en el sur, cerca de la bahía egipcia. Consiguieron hacer una brecha y se lanzó un ataque con escalas y rampas montadas en un barco. Fracasó, y dos días de mal tiempo llevaron la calma. Se supone que Alejandro manipuló el calendario y añadió un día extra al mes para que fuese posible tomar la ciudad dentro del mes, como había pronosticado su augur. [410]

El ataque principal fue preparado cuidadosamente, encabezado por dos barcos que transportaban escalas. En uno viajaban Hipaspistas y en el otro, miembros escogidos de uno de los regimientos de la falange. Probablemente también se lanzaron otros ataques secundarios para que los defensores tuviesen que desplegarse; los macedonios esperaban así atravesar las defensas en algún punto. Alejandro observaba desde una torre, presumiblemente en el dique, pero rápidamente se unió al asalto cuando empezaron a hacerse grandes avances. El oficial que dirigía a los Hipaspistas murió sobre la muralla, bien por un lanzazo o bien con la cabeza partida por un hacha, dependiendo de la crónica. Alejandro golpeaba hombres con el escudo y cortaba con la espada abriéndose camino hasta una torreta de la muralla, y rápidamente los tirios comenzaron la retirada. Entraron barcos en ambas bahías, los defensores abandonaban la muralla

exterior y cada vez más atacantes entraban en la ciudad. Tras tantos esfuerzos y meses, y acordándose de la ejecución de los enviados y quizá de otros prisioneros durante el asedio, los macedonios se sentían eufóricos y vengativos.[411]

Alejandro había proclamado que a quien se refugiase en un templo se le perdonaría la vida, y les ordenó a sus heraldos que lo anunciasen a gritos, aunque no podemos saber hasta dónde se había corrido la voz o si lo creyeron dentro de la ciudad. No se mostró piedad en ninguna otra parte, y los macedonios en particular se mostraron descontrolados. Muchos defensores se reunieron cerca del templo de Agénor y montaron una última defensa. Arriano dice que murieron ocho mil tirios durante el asalto y saqueo de la ciudad, aunque hay otra narrativa que dice que de esos, dos mil fueron hechos prisioneros y posteriormente crucificados a lo largo de la costa. Aunque Alejandro era muy capaz de ordenar un castigo tan espantoso como advertencia para otros, eso no quiere decir que sea automáticamente cierto. Alrededor de treinta mil (donde probablemente deberíamos leer «un gran número de») mujeres y niños fueron vendidos como esclavos, pero a otros, incluidos los enviados cartagineses, que se habían refugiado en el templo de Hércules, se les respetó la vida. Supuestamente, los aliados de Sidón que servían con Alejandro también protegieron a hombres y mujeres por igual. Arriano dice que en el asalto final murieron veinte Hipaspistas y que el número total de bajas durante el asedio fue de cuatrocientas. Como de costumbre, muchos estudiosos desconfían de estas cifras por ser demasiado bajas, pero dado que probablemente solo se refieran a los macedonios, sin incluir aliados y trabajadores civiles, son bastante creíbles. Los heridos serían muchos más, porque exceptuando algunas circunstancias, el contexto de un asedio hacía que fuese sencillo recuperarlos y tratarlos, y esto nos sugiere que las bajas en Tiro fueron semejantes a las de la batalla de Issos o incluso superiores.[412]

Alejandro celebró la captura de la ciudad con algo más que una carnicería. Una de las primeras cosas que hizo fue cumplir su deseo de hacerle un sacrificio a Hércules en el templo de la ciudad. Su recientemente adquirida armada desfiló, y se celebraron competiciones, incluida una carrera iluminada por antorchas. Aparentemente sin ironía, Alejandro le dedicó a Hércules el ariete que había atravesado en primer lugar la muralla de la ciudad y también el barco de guerra sagrado de los tirios; el ariete quedó instalado en el precinto del templo. Se llevaron colonos de varios lugares para repoblar la ciudad, aunque es muy posible que, con el tiempo, regresaran supervivientes de la antigua población. Ciertamente, no parece que cambiase drásticamente la cultura de la ciudad y los lazos con Cartago perduraron. Tiro siguió siendo grande e importante,

aunque nunca volvió a ser tan próspera y poderosa. Otro cambio fue que la marea arrastró cada vez más barro hacia el dique, formando un istmo permanente.

Por horroroso que resultase para los tirios el precio de su valerosa resistencia, no hubo nada especialmente excepcional en el castigo que se les infligió, con la excepción parcial de la crucifixión masiva, si es que ocurrió. Como en Tebas, fueron más bien el tamaño de la ciudad y su valiente resistencia lo que hicieron que el saqueo fuese mucho más terrible.

---

394. Arriano, Anábasis 2.11.9-10, 12.3-8, 15.1-2, Curcio 3.13.1-17, Plutarco, Alejandro 24.1-2, Diodoro Sículo 17.35.1-36.1, con Green, Alexander of Macedon, pp. 244-5, Lane Fox, Alexander the Great, pp. 177-8; es posible que el cálculo aproximado de Arriano y las cifras más específicas de Curcio sean duplicados.
395. Plutarco, Alejandro 22.2, 24.1-2, 26.1; Plutarco, Moralia 339E sobre un oficial que se hizo con una amante.
396. Arriano, Anábasis 2.15.2-5 y Curcio 3.13, quien nombra a otros enviados además de Ifícrates.
397. Arriano, Anábasis 2.13.1-6, Diodoro Sículo 17.48.1.
398. E. Bloedow y E. Bloedow, «Alexander's specch on the eve of the siege of Tyre», L'Antiquité Classique, 63 (1994), pp. 65-76, esp. 70, argumenta que la flota persa ya se estaba descomponiendo, pero eso es difícil de sostener, y aunque el proceso hubiese comenzado, no tiene por qué querer decir que era obvio para Alejandro o alguien más.
399. Contra Bloedow y Bloedow, «Alexander's specch on the eve of the siege of Tyre», y E. Bloedow, «Egypt in Alexander's scheme of things», Quaderni Urbinati de Cultura Classica, 77 (2004), pp. 75-99., que argumenta que la estrategia sensata habría sido perseguir a Darío.
400. Plutarco, Sula 38.
401. Arriano, Anábasis 1.29.3, Curcio 4.1.35, 5.9.
402. Arriano, Anábasis 2.13.7-8, 15.6, Curcio 4.1.15-26, Plutarco, Moralia 340c-d, Diodoro Sículo 17.47.1-6.
403. Arriano, Anábasis 15.7-16.7, Curcio 4.2.1-15.
404. Arriano, Anábasis 2.17.1-18.2; Bloedow y Bloedow, «Alexander's specch on the eve of the siege of Tyre», habla de este discurso e interpretaciones, aunque rechaza demasiado fácilmente la lógica de algunos de los argumentos.
405. Arriano, Anábasis 2.21.4; las crónicas antiguas principales son Arriano, Anábasis 2.18.1-24.6, Curcio 4.2.12-4.21, Diodoro 17.40.2.-46.6, que difieren en muchos detalles, pero son generalmente consistentes, mientras que el examen más exhaustivo del asedio es P. Romane, «Alexander's siege of Tyre», Ancient World, 16 (1987), pp.

79-90.
406. Josefo, Sobre la antigüedad de los judíos 11.313.-20, 329-39, Plutarco, Alejandro 24.6-8.
407. Arriano, Anábasis 2.19.6 (vía Loeb).
408. Ibid., 2.20.3 (vía Loeb).
409. Curcio 43.21-3, Diodoro Sículo 17.41.7-8.
410. Curcio 4.4.1-5, Diodoro Sículo 17.41.5, Plutarco, Alejandro 24.1-2.
411. Arriano, Anábasis 2.23.2, 4, Diodoro Sículo 17.45.6, Curcio 4.4.10-11.
412. Arriano, Anábasis 2.24.4-5, y Curcio 4.4.15-18, incluyendo la historia de la crucifixión masiva.

20.
UN OASIS Y UN DIOS

Antes de que Tiro cayese ante los macedonios, llegaron unos enviados de Darío ofreciendo alianza y paz y diez mil talentos como rescate a cambio de la liberación de su familia. El rey persa ofreció ceder todas sus tierras al oeste del Éufrates y entregarle a su hija en matrimonio a Alejandro. El rey macedonio se lo consultó a sus amigos íntimos, y se afirmó que Parmenio declaró que él aceptaría «si fuese Alejandro antes que poner en peligro lo ganado hasta entonces, a lo que el joven rey replicó que quizá él también aceptaría "si fuese Parmenio"». Como otras historias de este estilo, puede que esta sea inventada, y dado que Parmenio pasó muchos de esos meses en un mando independiente en Siria, no podemos estar seguros de que estuviese presente en la reunión. Como Alejandro señaló en la respuesta que le envió a Darío, ya controlaba todas las tierras que Darío le cedía, no necesitaba dinero tras sus recientes victorias y podía casarse con la hija del rey si quisiera. Continuar la guerra tenía riesgos obvios, pero también los tenía detenerla. Los estados antiguos tenían unos antecedentes muy pobres en cuanto a cumplir promesas a largo plazo de paz y amistad; tendían a guardar rencores y reiniciar los conflictos cuando les resultaba conveniente. Por el momento, la inercia estaba del lado de Alejandro, y perderla sería peligroso, especialmente dado que en términos numéricos seguía estando en considerable inferioridad.[413]

Alejandro rechazó la oferta y continuó su marcha hacia Egipto. El castigo infligido a Tiro, igual que el saqueo de Tebas, fue calculadamente horrible como advertencia de que resistirse a él era inútil y prácticamente suicida. Esas tácticas de terror a menudo daban resultado, pero también suponían el riesgo de hacer que la resistencia fuese más tenaz dado que el enemigo no tenía nada que perder y daba igual que luchasen hasta el último aliento. Gaza se encontraba a su paso, el último obstáculo significativo antes de la ruta por el desierto a Egipto. A unos pocos kilómetros de la costa, la defendía un gobernador persa llamado Batis (o Betis), que dirigía una fuerza que

incluía un contingente de mercenarios árabes. La ciudad se encontraba sobre un *tell* elevado, una colina artificial creada con el paso de los siglos con el polvo acumulado sobre las ruinas de asentamientos anteriores, y tenía resistentes muros.[414]

Arriano nos cuenta que Batis era un eunuco, y un fragmento de otra fuente lo describe como gordo y de piel muy oscura, lo que puede deberse al habitual desagrado de los griegos hacia esos cortesanos reales. Sus actos nos sugieren que se trataba de un líder decidido y capaz, que confiaba en la fuerza de su posición y le era leal a Darío. Un desafío así solo consiguió que Alejandro estuviese más dispuesto a capturar la ciudad por miedo a que su reputación de invencible sufriera. Había esperado que Gaza capitulase o cayese en un asalto rápido, pero el asedio le llevó en realidad dos meses. Su convoy de máquinas de asalto ligeras que podían desmontarse y volver a montarse demostró ser insuficiente y tuvieron que traer maquinaria más pesada por mar desde Tiro; en otra de sus escasas apariciones tempranas en las fuentes, Hefestión se encargó de supervisarlo.[415]

El sitio de Gaza está registrado con mucho menos detalle que el ataque contra Tiro. Se nos dice que la inconsistencia del terreno complicó las operaciones con máquinas de asedio y torres, porque tendían a hundirse en la arena, pero al mismo tiempo, facilitó la excavación de túneles. Los macedonios construyeron grandes montículos para llevar torres y arietes alrededor de toda la ciudad, según Arriano, aunque dado que esto hubiese sido una tarea gigantesca, quizá la altura variase. También excavaron túneles para pasar por debajo de las murallas de la ciudad, y esta es la primera mención de esta técnica por parte de los ingenieros macedonios, que era rara incluso en las tradiciones de la táctica occidental para asedios. La única manera de contrarrestar esta amenaza era excavar tus propios túneles, pero los defensores de Gaza o bien no tenían la capacidad de hacerlo o no se dieron cuenta.

Todos estos preparativos de asedio llevan su tiempo, y como de costumbre hubo ataques de sondeo para debilitar a los defensores. Un día Alejandro estaba celebrando un sacrificio cuando un pájaro dejó caer algo sobre su cabeza. Las fuentes difieren sobre si se trataba de un águila o un cuervo, y sobre si lo que cayó fue un montón de suciedad o un excremento. Su leal adivino Aristandro interpretó lo que debió parecerle un mal augurio de forma positiva, diciendo que significaba que la ciudad sería tomada, pero que aquel día el rey debía ser especialmente cuidadoso y no entrar en combate. Poco después Batis lanzó una audaz salida, apartando a los macedonios de uno de los montículos de asedio con la intención de prenderles fuego a las máquinas. Ignorando el consejo, u olvidándolo en aquel momento de crisis, Alejandro encabezó a varios de los Hipaspistas en un

contraataque que repelió al enemigo. Curcio dice que un árabe fingió rendirse solo para lanzarse a cortarle el cuello al rey. Alejandro fue más rápido y le cortó la mano, y supuestamente los macedonios cercanos lo remataron. Creyendo que ese era el peligro profetizado por el presagio, permaneció con sus hombres, pero fue alcanzado en el hombro por una flecha o con un proyectil lanzado por una catapulta, que atravesó su escudo y su coraza. Durante un espacio de tiempo permaneció con sus hombres, pero empezó a sangrar profusamente y estaba al borde de la inconsciencia cuando se lo llevaron a lugar seguro. Como la herida de Filipo en Metone, esta era grave, al menos según nuestras fuentes, pero un tratamiento hábil y la determinación y fuerte constitución del rey lo sacaron adelante. Tanto padre como hijo corrían riesgos, aunque la calidad de su armadura y la pura suerte los protegieron... de momento, al menos, en el caso de Alejandro.[416]

Hefestión llegó poco después con el equipamiento pesado, y el asedio se renovó con fuerza las semanas siguientes. Los arietes que chocaban contra las murallas creaban grietas. Los túneles estaban terminados y se llenaron de material combustible que a su vez se prendió, quemando las vigas de madera. Cuando estas se derrumbaron, el suelo se vino abajo y también la sección de muro que tenía encima. Batis y sus hombres no cedieron y consiguieron repeler tres asaltos. Se hicieron más grietas y las ya existentes se ampliaron hasta que un cuarto asalto las atravesó y escalando el muro superó las defensas. Había competencia por ser el primer hombre que cruzase las murallas, y la ganó uno de los compañeros del rey. Curcio afirma que Alejandro ya se encontraba lo bastante bien como para participar, y volvió a resultar herido cuando una piedra lanzada a mano o con una catapulta lo alcanzó en la pierna, aunque probablemente no fuese más que un corte o un golpe.

Batis y Gaza habían desafiado a Alejandro, y como en Tiro, su castigo fue salvaje. Los hombres fueron masacrados, la ciudad saqueada y las mujeres y los niños vendidos como esclavos. De nuevo, la ciudad fue repoblada con personas traídas de las cercanías. Arriano no menciona el destino de Batis, pero Curcio afirma que luchó heroicamente hasta que el agotamiento y las heridas hicieron que se desmayase. Llevado hasta Alejandro, lo desafío, manteniéndose en silencio y desdeñando los insultos que le dedicaban. Como no se sometía ni suplicaba clemencia, el rey explotó de ira y ordenó que atasen por los pies al jefe enemigo y lo arrastrasen detrás de un carro hasta que muriese. El castigo estaba inspirado en *La Ilíada*, porque Aquiles había tratado así el cadáver de Héctor, pero era mucho más salvaje hacérselo a un enemigo vivo. Si así fue como murió Batis, se trató de un acto particularmente cruel y hasta Curcio señala que normalmente Alejandro tenía más respeto por el valor de sus

enemigos. Quizá lo que provocó esa salida fue que la herida, que fácilmente podía haber acabado con su vida y que muy probablemente le seguía causando dolor, junto con la pura impaciencia de que el enemigo plantease otro complicado asedio tan pronto después del de Tiro, pero también puede que la historia sea inventada. Lo que sí podemos afirmar es que Batis sirvió a su rey con gran valor y lealtad al precio de su vida.[417]

Un ejército que tomase la ruta del desierto hacia Egipto necesitaba organizar cuidadosamente sus suministros y concretamente las provisiones de agua, y podría toparse con grandes dificultades si se tenía que enfrentar a un enemigo decidido. Alejandro se mostró dispuesto; a estas alturas de la guerra, su organización de avituallamiento ya había sido puesta a prueba y cuando llegó a la ciudad-fortaleza de Pelusio, el portal tradicional hacia Egipto, fue saludado por una multitud entusiasmada. Es improbable que eso fuese una sorpresa. El gobernador de Darío le entregó el territorio al invasor, en señalado contraste con la tozuda resistencia de Batis, aunque el poco entusiasmo de los egipcios por sus dominadores persas hizo improbable que se encontrasen con una resistencia importante. Alejandro se nombró a sí mismo faraón, rey de los Reinos Superior e Inferior, hijo del dios Ra, amado del dios Amón y en los monumentos fue representado al modo tradicional. En señalado y deliberado contraste con los persas, mostró un gran respeto hacia los egipcios, su religión y sus costumbres, lo que a su vez conllevó un generoso tratamiento por parte de la muy influyente casta sacerdotal. Bien puede ser que su humor hubiese mejorado por las buenas noticias que le llegaron desde el Egeo. La flota persa se había marchitado según desertaban distintos contingentes, las comunidades se rebelaban contra el control persa y los oficiales persas habían sido capturados, aunque Farnabazo conseguiría escapar.[418]

El respeto por las costumbres locales llegaba hasta cierto punto, y no hay pruebas buenas de que Alejandro fuese coronado formalmente como gobernante ni de que tomase parte en rituales o sacrificios inequívocamente egipcios. Cuando celebraba un festival, era, como de costumbre, completamente griego, y cuando decidió fundar una gran ciudad en la costa, la que se convertiría en la más famosa de sus Alejandrías, fue desde el principio abrumadoramente griega en su cultura, e incluso santuarios dedicados a deidades nativas como Osiris fueron helenizados. De nuevo Arriano nos habla de un anhelo por fundar la ciudad, con Alejandro afirmando también haber extraído su inspiración de Homero a la hora de escoger la ubicación, y como tan a menudo ocurría, supuestamente los dioses mostraron su aprobación a través de un augurio. A falta de algo mejor, sus hombres utilizaron grano para señalar las calles principales y otras características

importantes, y cuando los pájaros descendieron y se comieron el grano, se interpretó como una señal de prosperidad futura porque la ciudad alimentaría a muchos en el mundo.[419]

A finales de 332 o principios de 331 a.C., otro anhelo se apoderó de Alejandro, quien con una pequeña columna se adentró en el desierto, hacia el oeste de Egipto, para visitar en el oasis de Siwa el santuario y oráculo de Amon, dios al que los griegos asociaban con Zeus. Que eligiese este oráculo en lugar que cualquiera de los que había en el propio Egipto nos muestra que no le interesaba particularmente la opinión local. Amón era mucho más conocido en Grecia y más allá, y resultaba menos extraño. Se decía que Hércules y Perseo habían visitado el oráculo, aunque en el caso de Perseo, el contexto de la visita de Alejandro es el único momento en que se le menciona, y también la única vez que es reivindicado como antepasado de Alejandro. No podemos saber lo conocidas que eran estas historias, o si, como en el caso del nudo gordiano, el lugar se convirtió en importante cuando Alejandro empezó a demostrar interés por él.[420]

Tras ir en primer lugar a Paretonio (la moderna Mersah Matruh), donde recibió delegaciones y sumisión de Cirene al oeste, Alejandro siguió los caminos del desierto alrededor de doscientos setenta kilómetros hasta Siwa. El oasis estaba aislado (en la Segunda Guerra Mundial se convirtió en la base del Longe Range Desert Group en su solitaria campaña contra alemanes e italianos), pero no era tan remoto como para que el camino no estuviese razonablemente trillado. Pero exceptuando la marcha a Egipto los macedonios no tenían experiencia en el desierto y el viaje les resultó duro. Las tormentas de lluvia sacudían a los viajeros y las de arena los confundían y se perdían, y solo se salvaron siguiendo a una pareja de cuervos. Era natural que los animales se dirigiesen al agua del oasis, pero esto se interpretó rápidamente como un augurio; Ptolomeo afirmó incluso que las guías eran dos serpientes capaces de gritar lo que sonaba como palabras. La reverencia por las serpientes como símbolos regios en Egipto bien puede haber influido en este pasaje escrito años después cuando Ptolomeo gobernaba el país.[421]

Alejandro y su partida llegaron cubiertos de arena y agotados, y el misterio del santuario debió de verse reforzado tras el viaje a través de un paisaje tan desolado. El sacerdote principal lo esperaba fuera y recibió a Alejandro como «hijo de Amón» o «hijo de Zeus», lo que puede reflejar su nuevo estatus como faraón, aunque una fuente afirma que se trató de un lapsus de un hombre no acostumbrado al griego. Ptolomeo y Aristóbulo, que integraban la partida, no parece que entrasen en detalles sobre lo que ocurrió una vez que Alejandro acompañó a solas al sacerdote al interior, porque Arriano no dice más

que le hizo la pregunta al dios «y recibió la respuesta que deseaba su corazón, como dijo, y emprendió la vuelta a Egipto». Ni siquiera conocemos con certeza el modo mediante el que el oráculo le dio su respuesta, ya fuese por el antiguo método egipcio de una barca sagrada que varios sacerdotes llevaban a hombros, o un sacerdote que hacía gestos y muecas faciales. Plutarco cita una carta de Alejandro a Olimpia, que puede que fuese auténtica o no, afirmando que había descubierto secretos que solo le revelaría a ella en persona cuando regresara a Macedonia, algo que nunca llegaría a hacer, pero al menos es compatible con la versión pública de una respuesta que lo complació, e insinuándole que esto confirmaba la supuesta creencia de Olimpia de que el padre de Alejandro era un dios. Ciertamente, Alejandro le prestaría más atención en el futuro a Zeus Amón que a otros dioses asociados con su nuevo imperio.[422]

Otras narrativas crecieron rápidamente, imaginadas por autores incapaces de resistirse al encuentro entre el rey y el oráculo de su divino padre, y tienden a explicarse en líneas similares. Se supone que preguntó si llegaría a gobernar el mundo, a lo que la respuesta fue afirmativa. Otra pregunta fue que si todos los asesinos de su padre habían sido castigados, y le respondieron que su auténtico padre era divino, pero que todos los asesinos de Filipo habían pagado por su crimen. Es probable que todos estos detalles se inventasen tras su muerte. La visita a Siwa fue obviamente de gran importancia personal para Alejandro, o de otro modo no habría hecho el largo viaje hasta allí, y era como poco un motivo adicional para tomar Egipto. Hubo testigos que oyeron al sacerdote dirigirse a él como el hijo del dios, o al menos que creían que eso era lo que había dicho, y durante el resto de su vida, en ocasiones Alejandro se refirió abiertamente a sí mismo como hijo de Amón o Zeus Amón y permitía que otros, entre ellos Calístenes, el sobrino de Aristóteles, que estaba escribiendo la versión «oficial» de la expedición, lo llamasen hijo de Zeus. No se referían a él invariablemente de ese modo, ni tampoco quería decir que renunciaba a la paternidad de Filipo. Los héroes griegos podían tener un padre divino y otro humano, con el dios uniéndose en la concepción de algún modo místico. Era otra señal de que Alejandro quería ser visto, y probablemente se veía a sí mismo, como un ser especial, distinto a otros reyes, incluido su padre, algo que proclamaba su espectacular éxito. Dejando tras él el oasis, regresó a Egipto y pronto reemprendería la guerra contra Darío.[423]

En 332-331 a.C., Alejandro pasó más de cuatro meses en Egipto, y en contraste con los dos inviernos anteriores no hay señal alguna de campañas importantes. Por primera vez, el rey y sus soldados descansaron del combate, lo que no significa que estuviesen inactivos. La visita a Siwa tiende a dominar nuestras fuentes, aunque no llevó

más que algunas semanas. Nada sugiere que la experiencia quedase marcada por cualquier transformación visible o inmediata del carácter o el comportamiento del rey, a pesar de toda la fascinación que mostraron generaciones posteriores. Tanto antes como después de su peregrinación, pasó la mayoría del tiempo dedicado a la administración, organizando sus nuevas conquistas, preparando la siguiente campaña y recibiendo delegaciones de aliados y súbditos. Dos nobles egipcios fueron escogidos para el puesto de funcionarios civiles superiores o nomarcas, pero uno de ellos declinó el honor por motivos que no se especifican. Era práctico ganarse a la población y especialmente a la élite, y se dedicaron tiempo y esfuerzos en mostrarles respeto a ellos y sus costumbres. Pero Alejandro era un conquistador, quizá más respetuoso que algunos de los persas anteriores, pero seguía siendo un invasor extranjero, y no había razones para que los egipcios lo quisieran. Se dejaron guarniciones, básicamente compuestas por mercenarios, y sus jefes se eligieron entre los Compañeros del rey, sobre todo nobles macedonios con un puñado de griegos, como también lo eran los supervisores financieros y civiles con una autoridad mayor que la del nomarca. Esa era la pauta en todas partes; los puestos significativos eran para hombres seleccionados de la corte y cada decisión era tomada por el rey y basada en su disposición a confiar en el individuo en concreto. Unos meses más tarde, el tesorero Hárpalo regreso de Grecia y el viejo amigo de Alejandro fue readmitido al favor real y a ocupar altos cargos.[424]

Alejandro pasó cierto tiempo en Menfis, donde un rey inclinado a ser generoso en sus decisiones concedió audiencias a numerosas embajadas procedentes de Grecia. Celebró un festival, incluyendo un sacrifico a Zeus el Rey, con competiciones deportivas y artísticas. Esta celebración esencialmente helénica se veía correspondida por una curiosidad igualmente griega, y en algún momento se envió una expedición hacia el sur a lo largo del Nilo a descubrir la causa de la inundación anual; sus conclusiones, sin duda descritas por Calístenes a su tío, llevaron a Aristóteles a declarar que el asunto estaba resuelto. Junto con la exploración y la celebración tuvo lugar un momento trágico cuando una pequeña embarcación que transportaba a varios de los amigos más jóvenes del rey volcó en el Nilo. Héctor, el hijo más joven de Parmenio, consiguió alcanzar la orilla, pero solo para desmayarse por el agotamiento y morir. Se decía que Alejandro le tenía mucho cariño al joven, y esto, junto con la importancia del padre del muchacho, hizo que se le diese un «magnífico» funeral.[425]

A principios de abril de 331 a.C., Alejandro emprendió la marcha, cruzando el Nilo y sus canales sobre puentes que había ordenado construir. Siguió básicamente la misma ruta que durante la invasión,

sin duda con los mismos preparativos para suministrar comida y agua para sus hombres, y volvió a Tiro, donde se concentraría el ejército, preparado para avanzar una vez la cosecha madurase a principios de verano. En ruta supo que uno de sus hombres, al que había puesto al mando en Samaria, había sido capturado por una banda de samaritanos y quemado vivo. Alejandro puso rumbo a la región y exigió que se le entregasen a los culpables para ser ejecutados. En caso de que no hubiesen sido los actos de un grupo aislado, sino una protesta general, esta se vino abajo en cuanto llegó el rey a la cabeza de una columna. Le entregaron a los hombres para que fuesen castigados y nombró a un sustituto del funcionario asesinado.[426]

En Tiro, Alejandro volvió a hacer otro sacrificio en el templo de Hércules y celebró otro festival. El prestigio del victorioso líder de los griegos y los generosos trofeos que se entregaban atrajeron a muchos atletas y artistas famosos a aquellos eventos. Uno era Tesalo, el actor trágico que había ejercido como enviado cuando Alejandro intervino en las negociaciones entre Filipo y Pixodaro de Caria y desbarató la alianza matrimonial planeada por Arrideo. Había ganado varios de los festivales atenienses importantes, y seguía siendo amigo y favorito del joven rey. A pesar de ello, le arrebató el triunfo Atenodoro, un rival con unos antecedentes casi igual de distinguidos, y que había roto un contrato para actuar en Atenas entusiasmado por hacerlo en el festival de Alejandro. El apoyo de Alejandro a Tesalo era público, como también lo era su disposición a aceptar la decisión de los jueces fuese cual fuese. Un poco más tarde, los atenienses multaron a Atenodoro por incumplimiento de contrato, y el actor le escribió al rey pidiéndole su intervención. Alejandro rechazó anular la decisión de las autoridades de la ciudad, pero envió dinero para pagar la multa.[427]

La pasión de Alejandro por los rituales y la competición de un festival griego estaba profundamente arraigada y era genuina, además de que la compartiesen la mayoría de la élite macedonia y quizá muchos soldados. También era algo político, que proclamaba que él y los macedonios eran griegos auténticos, y por lo tanto líderes adecuados para la gran guerra helénica de venganza que todavía estaba por ganarse. Aunque no tenía escrúpulos de llevarse participantes de los festivales de otras ciudades, o al menos no lo prohibía, en todos los demás aspectos Alejandro interpretaba el papel del buen rey más que el del tirano. Por eso no intentó influir en los jueces en favor de Tesalo, y posteriormente aceptó el dictamen de las autoridades atenienses contra Atenodoro, mientras que al mismo tiempo se aseguraba de que el vencedor no sufriese ninguna merma por su entusiasmo al acudir a Tiro y actuar ante él. Esas señales de respeto nunca alteraron el hecho de que el liderazgo de Alejandro sobre los griegos residía en el dominio militar y económico

macedonio, pero hacían que fuera más sencillo de aceptar para la gente.

Las relaciones con las poleis siempre habían sido importantes, y ni Filipo ni su hijo provocaron conscientemente a la opinión pública a menos que hacerlo les reportase alguna ventaja. En 331 a.C., con Alejandro preparándose para adentrarse en Persia, el estado de ánimo en Grecia era particularmente importante, Agis III había dejado clara su decisión de reivindicar el poder espartano. Así, Alejandro continuó mostrándose generoso a las peticiones de las demás ciudades griegas. Dictaminó a favor de los líderes en varias islas en contra de los oficiales macedonios, y aceptó la excusa de Mitilene de que solo había desertado y se había unido a Persia porque era incapaz de defenderse contra la flota persa. Esa flota ya había desaparecido, lo que reducía drásticamente las oportunidades de Darío de enviar ayuda militar y económica a quien estuviese dispuesto a oponerse a Alejandro. Aun así, Agis ya había recibido ciertos fondos, y, más importante, una significativa fuerza de mercenarios. Alejandro envió barcos, muchos de ellos tripulados por fenicios que no hacía tanto habían luchado en el otro bando, a Creta y el Peloponeso para hostigar a los espartanos y sus aliados.[428]

Alejandro necesitaba convencer a otras ciudades, hasta donde le fuera posible, de que unirse a Esparta no era buena idea, y en esta labor lo ayudó el desagrado generalizado hacia los espartanos, alimentado por el recuerdo de su conducta en el pasado. Lo que hizo Atenas fue especialmente importante, porque conservaba la capacidad de formar una gran armada y reunir un número sustancioso de hoplitas. Una delegación ateniense acudió al rey, repitiendo su petición anterior de que liberase a conciudadanos que lucharon como mercenarios en el Gránico. Esta vez Alejandro accedió, aunque la guerra con Persia no había terminado, probablemente juzgando que la confianza que conseguiría con ello era más valiosa que conservar a los hombres como rehenes; todavía tenía los veinte barcos atenienses y sus tripulaciones, además de algunos atenienses entre los soldados aliados de su ejército.

La cronología de la guerra que llevó a cabo el rey Agis es confusa, lo que permite reconstrucciones tremendamente divergentes, aunque lo más probable es que no comenzase hasta después de que Alejandro hubiese marchado hacia el este desde Tiro. Esparta no se había unido a la Paz Común ni al tratado posterior a la victoria de Filipo en Queronea, de ahí los mordaces comentarios de Alejandro mientras entregaba como ofrendas parte del botín en 334 a.C., de modo que la guerra de Agis no fue en ningún sentido una rebelión o un ataque directo contra Macedonia. Actuó para reivindicar el poder espartano, y sus objetivos fueron viejos enemigos de su país, particularmente

Megalópolis, la ciudad formada por ilotas liberados. Sin embargo, sus enemigos sí formaban parte de la Paz Común y la alianza, de modo que un ataque contra ellos era una violación del tratado, lo que significaba que otras ciudades, y particularmente Macedonia, debían acudir en su ayuda.

Agis llevaba un tiempo preparándose para la guerra, había escogido su momento con cuidado y tenía el respaldo de una potente fuerza mercenaria que añadir al ejército de Esparta. Casi todos los aliados de Esparta en el Peloponeso se unieron a él, especialmente cuando derrotó a las tropas encabezadas por Coragos, el primer oficial macedonio en responder al desafío. Se le opusieron enemigos tradicionales de Esparta, como los mesenios y los megalopolitanos, pero la mayoría de los aqueos se unió a la causa. Atenas no lo hizo, satisfecha con el reciente tratamiento recibido por parte de Alejandro, lo que facilitó que los atenienses recordasen su poder y su vieja rivalidad con Esparta. Antes de Issos, Demóstenes apostaba por un desastre macedonio, y predijo alegremente que Alejandro y sus hombres serían aplastados bajo los cascos de la caballería de Darío. Tras la batalla, el orador había pretendido reconciliarse con el rey, y por una vez no instó a sus conciudadanos a que se uniesen a una nueva guerra contra Macedonia.[429]

Es posible que si más estados griegos se hubiesen unido a Agis, y si Darío hubiese conseguido enviar más ayuda en los primeros años de la guerra, Antípatro hubiese sido derrotado por completo, pero no deberíamos darlo por supuesto. Tampoco era la mejor estrategia que tenía Darío. La unidad y la cooperación no era algo natural para las poleis, especialmente porque ayudar a derrocar un poder dominante normalmente daba como resultado crear otro que pronto se demostrase igual de tiránico o peor. Alejandro le había dejado a su lugarteniente sustanciales recursos militares y económicos, como demostraría el futuro. El rey y su ejército principal estaban en Asia, siempre avanzando. Porque para Darío, solo la derrota de Alejandro probaba que tenía derecho a gobernar, no librar una guerra «por poderes» en la lejana Grecia.

---

413. Arriano, Anábasis 2.25.1-3 (citas vía Loeb); Plutarco, Alejandro 29-29.4 cuenta una historia similar, pero la ubica a principios del año siguiente, como hacen Diodoro Sículo 17.54.1-5 y Curcio 4.11.1-18, mientras que Justino, Epítome 11.12.1 lo relata durante el periodo en Egipto.

414. Del sitio de Gaza solo Arriano, Anábasis 2.26.1-27.7 y Curcio 4.6.7-31 nos ofrecen crónicas detalladas. La mejor exposición moderna se encuentra en P. Romane, «Alexander's siege of Gaza», Ancient World, 18 (1988), pp. 21-30.

415. Arriano, Anábasis 2.25.4, Curcio 4.5.10, 6.7, Hegesias, FGRH 142 F5, Homero, Ilíada 22.396-400.
416. Para una exposición de la profecía, véase Romane, «Alexander's siege of Gaza», pp. 25-6, y sobre la excavación de túneles, pp. 28-9; Gabriel, The Madness of Alexander the Great, pp. 45-7 argumenta que la herida de Alejandro era poco más que una herida superficial y que nuestras fuentes exageraron su gravedad, pero resulta difícil decirlo con certeza.
417. Curcio 4.6.26-9 y Hegesias, FGrH 142 F5.
418. Arriano, Anábasis 3.1.15, 2.3-7, Curcio 4.5.13-21; sobre el viaje a Egipto, véase Engels, Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army, pp. 57-61.
419. Arriano, Anábasis 3.1.3-2.2, Curcio 4.8.1-6, Plutarco, Alejandro 26.2-5.
420. Las crónicas principales son Arriano, Anábasis 3.3.1-4.5, Curcio 4.7.5-31, Plutarco, Alejandro 26.6.17-6, Diodoro Sículo 17.49.2-51.4; sobre el lugar más recientemente, véase W. Seymour Walker, «An outline of modern exploration of the Oasis of Siwa», The Geographical Journal, 57 (1921), pp. 29-34.
421. Ptolomeo citado por Arriano, Anábasis 3.3.5.
422. Para un estudio, particularmente del método de adivinación, véase A. Collins, «Alexander's visit to Siwah: A new analysis», Classical Association of Canada, 68 (2014), pp. 62-77; sobre la carta a Olimpia, Plutarco, Alejandro 27-5; sobre la importancia de la visita al respecto de la reivindicación de Alejandro de su divinidad, véase Bosworth, Conquest and Empire, pp. 281-4, Hammond, Alexander the Great. King, Commander and Statesman, pp. 126-9.
423. Sobre la importancia de la visita, véase Bloedow (2004), pp. 95-9; sobre la paternidad dual, véase Ogden, Alexander the Great. Myth, Genesis and Sexuality, pp. 7-28; Arriano menciona una diferencia clara entre Aristóbulo y Ptolomeo sobre la ruta tomada en el viaje de vuelta, pero esto es de una importancia menor. Fuesen cuales fuesen los detalles, el viaje de vuelta desde el Nilo fue de al menos seiscientos cincuenta kilómetros.
424. Arriano, Anábasis 3.5.1-7, Curcio 4.7.4-5; sobre Hárpalo, Arriano, Anábasis 3.6.4.
425. Curcio 4.8.7-9; Lucano, Farsalia 10.272-5, Calístenes, Fragmento 12a, Aristóteles, Fragmento 246 sobre el Nilo, donde se considera la inundación resultado de las fuertes lluvias en Etiopía, véase Hammond, Alexander the Great, Commander and Statesman, p. 129.
426. Curcio 4.8.9-11; sobre el viaje desde Egipto y el avituallamiento para la campaña siguiente, véase Engels, Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army, p. 63-7.
427. Plutarco, Alejandro 29.3-5, Moralia 334e, Arriano, Anábasis

3.1.4.
428. Arriano, Anábasis 3.6.2-3.
429. Para una exposición de los problemas, véase E. Badian, «Agis III», Hermes 95 (1967), pp. 37-69 y «Agis III: Revisions and reflections», en I. Worthington (ed.), Ventures into Greek History (1994), pp. 258-92, ambos argumentan que la revuelta fue planeada cuidadosamente y no estaba condenada al fracaso.

21.
LA BATALLA DE GAUGAMELA

Dado que nos es imposible establecer los detalles y el momento de la guerra de Agis en Grecia, es igualmente imposible juzgar cómo de rápidamente llegaron a Alejandro las noticias de lo que estaba ocurriendo y lo deprisa que llegaron los mensajes o la ayuda a Antípatro en Macedonia. Cerca de finales de 332 a.C., o a principios de 331 a.C., Alejandro le ordenó a su regente que reuniese el mayor contingente de refuerzos para su ejército, especialmente con jóvenes que acabasen de alcanzar la edad adulta, para suministrarle los recursos necesarios para alimentar la siempre creciente guerra, lo que ahora se podía permitir gracias a los botines conseguidos hasta entonces y los impuestos establecidos en los territorios que había conquistado. Alejandro nunca anuló esta orden, lo que nos sugiere que o bien Agis todavía no había comenzado las hostilidades abiertamente en el Peloponeso o al menos Alejandro lo ignoraba, a menos que simplemente estuviese concentrado en Darío por encima de todo, y decidió que Antípatro podría o debía arreglárselas con lo que le quedaba porque los refuerzos se necesitaban en Asia para la gran guerra contra Persia.

La información de la que disponía Alejandro sobre el rey persa también era limitada. Algunas fuentes datan las negociaciones y la oferta de Darío de todos los territorios al oeste del Éufrates a estos meses en lugar de al año anterior, y puede que hubiese más de un acercamiento. El rey persa no había estado ocioso y había reunido un nuevo ejército, esta vez extraído de las provincias más distantes como Bactria o incluso India, y hasta Alejandro llegaron rumores al respecto. Según pasaban los meses, no había señales de que Darío se hubiese embarcado en una ofensiva, y, hasta donde sabía Alejandro, el rey persa estaba esperando en el corazón de Persia a que el enemigo fuese hasta él. Alejandro, que nunca rechazó un desafío así ni permitía que le quitasen la iniciativa, estaba decidido a encontrar al rey y derrotarlo.[430]

Hacía tiempo que se habían puesto en marcha los preparativos para el siguiente paso de la ofensiva macedonia, pero obviamente no a satisfacción de Alejandro, porque despidió al oficial encargado de reunir suministros de Siria y lo reemplazó por otro. No podemos decir lo grave que fue el fracaso ni si influyó en sus planes. Marchar tierra adentro significaba que los macedonios ya no podrían transportar por mar suministros pesados y equipamiento para asedios, aunque dependiendo de la ruta que escogiesen podría ser posible utilizar barcazas en el Éufrates. Para los traslados por tierra hacían falta muchos más porteadores, animales de carga y de tiro, y contenedores para comida y agua fácilmente transportables y robustos, además de la comida y el agua propiamente dichas, suficientes para el mayor ejército que Alejandro había reunido en un mismo lugar. En total contaba con cuarenta mil soldados de infantería y siete mil jinetes en su fuerza principal, sin incluir las guarniciones que salpicaban todo el territorio que ya poseía. Para conseguir grano suficiente para alimentar a sus soldados sin matar de hambre a las comunidades civiles tendrían que esperar hasta la cosecha, y Alejandro no saldría de Tiro hasta julio.[431]

Una avanzada había ido a Tápsaco en el Éufrates y construyó dos puentes cubriendo casi todo el trayecto. En la orilla de enfrente había un contingente persa de unos pocos miles observando a los macedonios, pero sin hacer nada más, de modo que la avanzada esperó a que llegasen Alejandro y la fuerza principal antes de completar las estructuras. Abrumadoramente superados en número, los persas se retiraron y en las semanas siguientes Alejandro perdió el contacto incluso con esos puestos avanzados enemigos. Una vez cruzado el río, tuvo que escoger entre dos rutas: o continuar por el valle del Éufrates y seguir el camino más directo hacia Babilonia o tomar el camino más largo rodeando el norte de Mesopotamia hacia el río Tigris. Permanecer cerca del tío le ofrecía la posibilidad de transportar suministros con barcazas, al menos durante un tiempo, pero también significaba que debían marchar bajo un sol implacable atravesando llanuras donde la temperatura puede alcanzar casi cuarenta y nueve grados. Otro problema era que la cosecha ya recolectada probablemente estaba almacenada en ciudades amuralladas. Con el gran ejército persa por la zona, podría ser que estas no se sintiesen inclinadas a capitular, y en esas condiciones los asedios serían duros, además de dejar a los macedonios vulnerables a un ataque de Darío.[432]

Alejandro escogió la ruta norte, donde le resultaría más fácil reunir suministros y animales en asentamientos dispersos, el clima era menos extremo y podía hacer tropezar al enemigo tomando el camino menos obvio. Darío había concentrado su ejército en Babilonia,

aunque es más que probable que Alejandro no supiese esto con certeza, del mismo modo que los persas sabían poco sobre dónde estaban los macedonios una vez cruzaron el Éufrates y su fuerza de cobertura se hubo retirado. Como en la campaña de Issos, donde ninguno de los dos bandos supo dónde estaba el otro hasta que estuvieron muy cerca, la impresión que nos dan nuestras fuentes es la de dos ejércitos maniobrando con poca información de largo alcance, y la mayoría, anticuada. A falta de información, cada jefe militar suponía dónde era probable que estuviese el enemigo y basaban eso en saber si debían atacar o defender. En un momento dado, Darío juzgó que Alejandro no estaba siguiendo el Éufrates, así que se trasladó al norte, manteniéndose en la orilla oriental del Tigris, quizá con la esperanza de oponerse a su cruce y ciertamente poniendo más difícil a los macedonios atacar sin previo aviso.

Según Arriano, los persas contaban con un millón de infantes y doscientos mil jinetes. Diodoro y Plutarco reducen esta cifra a un millón con soldados de a pie y jinetes juntos. Justino dice que eran quinientos mil en total, mientras que Curcio nos da el cálculo más bajo, doscientos mil infantes y cuarenta y cinco mil jinetes, y esta cifra sería lo máximo o incluso superaría lo que logísticamente era posible mantener en activo. Es muy probable que el ejército persa en 331 a.C. fuese sustancialmente mayor que el derrotado en Issos, y todo sugiere que la caballería superaba en número a la macedonia por un amplio margen; algunos aceptan incluso una cifra de cuarenta a cuarenta y cinco mil soldados de caballería. Muchos eran excelentes jinetes, y Darío les había proporcionado a algunos lanzas más largas y espadas mejores, esforzándose por aprender de derrotas pasadas.

La caballería era lo importante, porque muchos de ellos eran muy diestros, pero los números de la infantería era de mucha menor importancia porque la mayoría eran incapaces de resistir a la infantería macedonia o griega en combate cuerpo a cuerpo. No hay mención de los cardaces, unidad de orden cerrado, en la batalla posterior, mientras que el contingente de hoplitas mercenarios no era más que de unos pocos miles, y aparte de una escolta real de mil Inmortales, en griego, literalmente, «los portadores de manzanas» (llevaban una manzana dorada en el pomo de sus lanzas en lugar de una pica), el resto servía de poco excepto para presionar en caso de victoria o huir y ser masacrados en caso de derrota. El ejército de Darío parecía impresionante debido a su tamaño, aunque esto también hacía que tuviesen que exprimir recursos para alimentarlo. Pero las apariencias eran importantes para un rey persa, así que una vez más, fue a la guerra con la pompa y el boato adecuados. Siendo más práctico, planeaba ganar la batalla con su caballería, y había reunido doscientos carros escitas para ayudarlos.[433]

Alejandro recorrió poco menos de cuatrocientos ochenta kilómetros, probablemente a través de Harrán (una antigua ciudad descrita en el Génesis y llamada Carras en el periodo romano) y Nísibis hasta que llegó al Tigris en septiembre, probablemente cerca de la moderna Mosul. Hasta la última etapa no había forzado el ritmo de la marcha, moviéndose con regularidad y dándoles a sus hombres periodos de descanso. La captura de algunos exploradores persas le proporcionó un raro fragmento de información, que decía que Darío había enviado hombres a defender el río, de modo que ordenó viajar a marcha forzada para llegar antes. Resultó que la historia no era cierta, y los macedonios cruzaron el río sin oposición. En esta época del año el río era lo bastante poco profundo como para vadearlo, de modo que no había necesidad de construir un puente, aunque nuestras fuentes afirman que hombres y caballos lucharon contra la fuerte corriente. Alejandro les concedió a sus hombres dos días para descansar y recuperarse y cuando la noche del 20 al 21 de septiembre hubo un eclipse lunar, se encargó de tranquilizarlos. El rey ofreció sacrificios a la tierra, el sol y la luna, porque los griegos cultos comprendían lo que era un eclipse, mientras que Aristandro el adivino anunció que el augurio solo era malo para Darío y bueno para los macedonios.[434]

Se retomó el avance por la orilla oriental del Tigris, y dos días más tarde, patrullas de la caballería ligera de los *prodromoi* avistaron un gran número de jinetes persas. Alejandro ordenó el alto y comenzó a desplegarse para la batalla, hasta que llegó otro jinete diciendo que se trataba de apenas mil persas. Tomando un escuadrón de Compañeros y a los peonios para reforzar a los *prodromoi*, Alejandro se dirigió hacia el enemigo, que inmediatamente se retiró, aunque no antes de que uno de sus oficiales lancease a un noble persa y le llevase al rey su cabeza cortada. Lo que siguió fue una larga persecución y unos pocos hombres cuyos caballos cayeron fueron muertos o capturados por los macedonios, y los prisioneros revelaron que Darío no estaba muy lejos y lo acompañaba un ejército muy grande. Tras semanas de cálculos a ciegas, ahora ambos bandos tenían una idea más clara de dónde se encontraba el enemigo. Un tiempo antes, Darío se había dado cuenta de que los macedonios no avanzaban por el Éufrates, así que se había trasladado al Tigris sabiendo que esa era la única ruta posible para un ejército invasor. Su gran hueste no estaba preparada para maniobras rápidas ni podía estar demasiado tiempo en el mismo sitio. Para que funcionase su plan, necesitaba terreno abierto y no podía arriesgarse a acabar en la misma clase de terreno limitado que lo había entorpecido en Issos. Durante la marcha estuvo buscando campos de batalla adecuados y para entonces se había asentado en uno un poco al norte de la ciudad de Arbela. Allí se había detenido y estaba esperando a que Alejandro acudiese, aunque es más que probable que si no hubiese

entrado en contacto con los macedonios, se hubiese vuelto a trasladar a su debido momento.[435]

Alejandro se detuvo, escogió un buen lugar para acampar y llamó al resto de su ejército. Los hombres trabajaron para fortificar el campamento, porque había pensado dejar allí el material pesado, pero por lo demás les concedió a los soldados cuatro días para descansar y prepararse para el combate que se avecinaba. En el Gránico había necesitado una batalla rápida, y en Issos Darío había aparecido detrás de él y no le había dejado más opción que combatir. Ahora no le hacía falta apresurarse y podía darle a su ejército tiempo para recuperarse tras casi tres meses de largas marchas. Llevándose solo a sus combatientes y un convoy ligero con suministros para unos días, esperó hasta que oscureció antes de marchar con la intención de estar preparados para el combate poco después del amanecer. Cuando salió el sol de finales de septiembre se encontraban a unos doce kilómetros de los persas. Ninguna de las fuerzas principales podía ver a la otra, porque las colinas ocultaban la línea de visión, pero los persas también estaban preparados para la batalla, fuese porque sus exploradores habían descubierto el avance macedonio o por simple precaución dado que sabían que el enemigo se encontraba cerca. No fue hasta que estuvieron a menos de seis kilómetros de distancia cuando ambos ejércitos se vieron, en cuyo momento Alejandro se detuvo y reunió a sus oficiales.[436]

Esta es, al menos, la esencia de la versión de Arriano. Nuestras otras fuentes difieren en los detalles, y Curcio cuenta que Darío trató de sobornar a los griegos del ejército de Alejandro para que se volviesen contra los macedonios, y ubica la muerte de Estatira, la esposa de Darío, en este momento, seguida de un último intento de negociación. La mayor parte de su narrativa tiene un propósito moral, bien con Parmenio persuadiendo a Alejandro de que no hiciese públicas las cartas capturadas donde Darío trataba de sobornar a los griegos, o declarando que aceptase la oferta de paz; en ese caso, es aquí donde ubica la ocurrencia de Alejandro de que él también la aceptaría «si fuese Parmenio». La muerte de Estatira le da a Curcio y a otros una rica veta de la que extraer material, porque afirman que un eunuco escapó para darle la noticia a Darío, quien quedó con el corazón destrozado, y aunque se volvió receloso al enterarse de lo bien que Alejandro había tratado a su esposa, hasta que al final se mostró convencido de que el macedonio no la había violado ni seducido, y en este momento supuestamente rezó en voz alta que, en el caso de que él cayese, solo debía sucederlo el rey macedonio. Nada de esto parece muy probable, es de pensar que lo poco de verdad que hubiese, se embelleció tanto que quedó irreconocible.[437]

Todas las fuentes están de acuerdo en que la batalla no tuvo lugar

el primer día en que los ejércitos se encontraron. A casi seis kilómetros de distancia, cada bando no vería más que nubes de polvo por el movimiento o una sombra más oscura en el terreno. Sin duda hubo patrullas que avanzaron para ver más de cerca, y a poco menos de kilómetro y medio se podría distinguir la caballería de la infantería con alguna certeza. El tamaño de la hueste de Darío habría resultado obvio desde el principio, y la potencia de su caballería, que formaba el grueso de su línea de vanguardia, era clara al inspeccionarla de cerca. Luego estaban los carros y quince elefantes indios, aunque estos tendrían poco o ningún papel en el combate.[438]

La mayoría de los oficiales de Alejandro se mostraban dispuestos a avanzar y atacar, llenos de confianza tras haber vencido en todos los encuentros importantes con los persas desde el Gránico. Parmenio era la única voz cauta, y aconsejaba que se detuviesen e hiciesen reconocimiento, y esta vez el rey accedió. Se detuvieron y acamparon, mientras Alejandro se llevó a los Compañeros y tropas ligeras para estudiar el terreno y al enemigo. La llanura era abierta, prácticamente plana y los hombres de Darío habían despejado de cualquier obstáculo grandes tramos para asegurarse de que los carros podían llegar fácilmente al enemigo. Eso y el despliegue hacían obvia la esencia de su plan, porque haber preparado el terreno mostraba que Darío esperaría a que Alejandro avanzase antes de lanzar un contraataque; ni los carros ni la caballería servían para una defensa estática. Intentaría envolver al más pequeño ejército macedonio con su gran línea de caballería. Los jinetes, por valientes que fuese, no podían aspirar a romper una falange desde el frente, por no mencionar una falange armada con picas, así que la carga de los carros pesados estaba claramente dirigida a romper sus filas. El plan persa no tenía nada de sutil, pero era sensato y podía ejecutarse fácilmente. Alejandro necesitaba anular el efecto de los carros y proteger sus flancos al tiempo que rechazaba al enemigo.[439]

Cuando regresó al campamento volvió a reunirse con sus oficiales y dio órdenes para el día siguiente y les explicó lo que tenía en mente. Se dice que ahora Parmenio instó a un ataque nocturno para reducir el impacto de la superioridad numérica enemiga, pero Alejandro se negó, diciendo que no «robaría una victoria». Esto se parece más a algunas de las historias que hemos visto, aunque como siempre debemos recordar que el hilo común no es que Parmenio estuviese siempre equivocado, sino que Alejandro siempre tenía razón. En este caso, Arriano, que había dirigido ejércitos, alaba la decisión, señalando la confusión inherente a cualquier acción nocturna además del valor político de una victoria clara sobre una derrota que Darío pudiese achacar a la astucia y la duplicidad de los macedonios más que a su

valor. Afirma que los persas se temían un ataque nocturno, así que la mayoría de su ejército, o todo, pasó la noche armado o al menos en posición, con lo que estaban mucho menos descansados que los macedonios. Las historias de pánico entre los macedonios y de Alejandro ofreciendo sacrificios hasta que él y Aristandro estuvieron satisfechos con los augurios, en cuyo momento el rey cayó en un sueño tan profundo que Parmenio tuvo que sacudirlo para que despertase horas después de que el sol hubiese salido parecen muy improbables.[440]

Al amanecer del primero de octubre, los macedonios y su rey formaron y salieron del campamento. Alejandro celebró el habitual sacrificio matutino, y Calístenes dice que el rey habló con los tesalios y otros aliados griegos, rezando como «el hijo de Zeus» para que los dioses los protegiesen y les diesen fuerza a todos. Aristandro, vestido de blanco y con una diadema dorada, anunció que había visto un águila volar alto, el mensajero de Zeus que se dirigía rápidamente hacia el enemigo que por lo tanto sería derrotado. Plutarco describe la vestimenta de Alejandro en este día con mayor detalle que en cualquier otra batalla. Sobre una túnica de Sicilia con cinturón, llevaba un corsé de dos capas de lino capturado en Issos. Su casco de hierro estaba minuciosamente acabado y bruñido de tal modo que brillaba como la plata, y la capa estaba muy adornada; un famoso artesano la había fabricado hacía un tiempo y Rodas se la había entregado al rey como presente. Su espada era otro regalo, esta vez del rey de Citio, en Chipre, y se dice que estaba templada con precisión y maravillosamente equilibrada. Durante la reunión de las fuerzas y el avance preliminar montó un caballo cuyo nombre no se ha conservado, y se montó en Bucéfalo inmediatamente antes del combate porque su querido compañero estaba «lejos de su plenitud».[441]

Los macedonios probablemente avanzaron cierta distancia en una o más columnas antes de formar para la batalla. Los hombres de Darío los esperaban, y al contrario que en Issos, no salió un grupo de caballería ligera para iniciar una escaramuza, de modo que pronto quedó claro que se mantenían en la misma formación que el día anterior. Arriano cita a Aristóbulo, que afirmó que los macedonios capturaron una copia del orden de batalla persa, así que los detalles en nuestras fuentes bien pueden ser certeros. El rey de reyes estaba de nuevo subido en un carro en su puesto detrás del centro de la vanguardia, protegido por mil jinetes reales, con los mil Inmortales y los mercenarios griegos a ambos lados. En otras partes el ejército

estaba dividido por contingentes étnicos, con la caballería en primera línea y la infantería correspondiente detrás en una segunda línea. El ala derecha de Darío estaba dirigida por Maceo, antiguo sátrapa de Cilicia, con sirios, mesopotámicos, medos, partos y sacas (una tribu nómada conocida por sus arqueros a caballo fuertemente acorazados), tapurianos e hircanios, albanos, sacesinios, capadocios y armenios. El ala izquierda era igualmente potente, encabezada por Bessos, el sátrapa de Bactria y miembro de la familia real, aunque para haber sobrevivido a las purgas presumiblemente era un pariente lejano. Estaba a la cabeza de bactrianos, daes de su propio territorio, más sacas, y entre ellos y el centro había persas, susos y cadusios. En primera línea o cerca de ella había arqueros de infantería, y un poco más adelante, estaban los carros en tres grupos principales, cien cerca del ala izquierda, cincuenta en el centro y cincuenta más a la derecha.[442]

Alejandro desplegó sus fuerzas de tal modo que se encontraba enfrente de Darío. Como de costumbre, en el centro había una falange con los Hipaspistas a la derecha junto a los seis regimientos de piqueros. También como de costumbre, el rey y la caballería de los Compañeros se encontraban a la derecha de la falange y la caballería tesalia al mando de Parmenio a su izquierda, tal como habían comenzado la batalla en el Gránico y como acabaron por formar en Issos. Alejandro no podría haber igualado la anchura de la formación persa ni aunque hubiese colocado a todas sus unidades en una sola línea, y en la llanura abierta no había nada que protegiese ninguno de los flancos. Así, por primera y única vez conocida en cualquiera de las batallas de Alejandro o Filipo, los aliados griegos y los hoplitas mercenarios estaban dispuestos como una segunda falange a cierta distancia de la primera línea. Como poco, la segunda igualaba a la primera en número y extensión, y quizá su formación hasta podría haber sido más ancha, pero su papel principal no era el de reserva, sino el de girar y enfrentarse al enemigo por la retaguardia si la caballería persa envolvía al ejército. Atrás, en ángulo, se encontraban fuerzas en los flancos para conectar ambas líneas. A la derecha estaban los peonios, los *prodromoi*, la mitad de la infantería agriana, arqueros, infantería mercenaria veterana que había servido con Filipo y caballería mercenaria dirigida por Ménidas, con el resto de agrianos y otros soldados avanzados un poco más al frente. El ala izquierda estaba protegida por tracios y caballería aliada y mercenaria. El ejército completo formaba un cuadrado tosco, o más precisamente una especie de trapezoide, capaz de hacerle frente a una amenaza desde cualquier dirección. Algunos sirvientes, incluyendo muchos aguadores, mozos y otros, se encontraban detrás, o posiblemente entre las dos falanges, mientras el resto permanecía en el rudimentario

campamento montado el día anterior.

No se trataba de una formación defensiva, ni mucho menos estática; simplemente repeler a los persas no era suficiente, porque Alejandro tenía que acercarse a Darío y vencer a su ejército. Que todos estuviesen en posición llevó algo de tiempo, probablemente un par de horas, y puede que entonces tuviese lugar una pausa mientras ambos bandos se estudiaban y Alejandro se preguntaba si los persas empezarían a avanzar. No lo hicieron, y permanecieron a tres o cuatro kilómetros de distancia, y durante la pausa Alejandro sin duda animó a sus hombres; Arriano nos dice que antes dio órdenes que seguramente serían la práctica estándar, decirles a los hombres que conservasen la formación y permaneciesen en silencio hasta que llegase el momento de lanzar el grito de batalla y entonces chillar y aterrorizar al enemigo, que todos dependían de los demás y que vencerían si operaban juntos. Repetir lo ya conocido mientras se proyecta confianza tiende a ser tranquilizador.[443]

Entonces dio la orden de avanzar. Al contrario que en Issos, no nos ha llegado un relato de cómo lo hicieron, ni sabemos si desde el principio la falange y otras unidades estaban en su formación estándar de combate o avanzaron primero en columnas más estrechas hasta que se acercaron. Incluso en un terreno tan abierto, marchar durante tres o cuatro kilómetros dificultaba que las unidades mantuviesen la formación, por no hablar de la alineación del ejército completo, dado su complejo despliegue. Fueron inevitables unas cuantas paradas para reformar las filas y ajustar las posiciones entre las unidades, porque, hasta donde sabemos, el ejército nunca había practicado un avance con esta formación. Desde el principio, Alejandro marchó en ángulo hacia la derecha, apartándose del centro de las posiciones persas y el medio de los caminos cuidadosamente preparados para los carros, y esto dificultaba más poder mantener la alineación. Las maniobras y el adiestramiento son menos espectaculares que los combates, pero de nuevo, la habilidad de Alejandro y su ejército para hacerlo es un testimonio de la gran calidad de sus líderes y de la disciplina, confianza y entrenamiento de los soldados.

Los macedonios se acercaban gradualmente a los persas, sin avanzar nunca más deprisa que el paso normal. Darío observaba según se iban apartando del grueso de sus carros y hacia su flanco izquierdo. Respondió dando la orden a sus tropas de que se moviesen en la misma dirección y se asegurasen de que la derecha de Alejandro sería superada. Algunos sacas se acercaron y entablaron una escaramuza con la infantería ligera que se había adelantado al ala derecha macedonia, pero era mucho más difícil dirigir y mover la hueste persa, mucho mayor, y que solo llevaba reunida unos pocos meses y había tenido poco tiempo para entrenar juntos, además de ser tan

multinacional. Según avanzaba Alejandro y seguía dirigiéndose hacia la derecha, Darío empezó a preocuparse porque el enemigo pronto empezaría a apartarse de los caminos preparados para sus carros, hacia terreno ligeramente más agreste. Probablemente antes de lo que hubiese esperado le ordenó a su ala izquierda que envolviese y detuviese al enemigo para evitar la maniobra de este y poder dar la orden de ataque a los carros.

Como de costumbre, lo que sabemos sobre lo que ocurrió a continuación tras el despliegue y los movimientos preliminares hace que reconstruir la batalla de Gaugamela (el nombre viene de la ciudad importante más cercana) sea un ejercicio puramente hipotético. Se trató de una batalla especialmente confusa para sus participantes, con grandes fuerzas de caballería atacando y contraatacando en escuadrones en lugar de los bien construidos bloques de nuestros mapas, y decenas de miles de cascos que levantaban nubes de polvo de modo que la visibilidad era a menudo escasa. Arriano nos ofrece la crónica más detallada y convincente, aunque no explica gran parte de lo ocurrido, y él y todas las demás fuentes vuelven a concentrarse en Alejandro y lo que él hizo. Es muy posible que ninguno, y menos nuestras fuentes escritas tanto tiempo después, comprendieran en realidad el curso de la batalla. El resultado es, en el mejor de los casos, una reconstrucción simplificada y parcial.[444]

Cuando parte de la caballería persa del ala izquierda comenzó a envolver a los macedonios, los aproximadamente cuatrocientos mercenarios griegos a las órdenes de Ménidas se colocaron a la izquierda de Alejandro dispuestos a cargar hacia el flanco persa. Antes de la batalla, el joven rey había dado órdenes a Ménidas de que lo hiciese por iniciativa propia si ocurría algo así. El envolvimiento se detuvo y los escuadrones de sacas y bactrianos contraatacaron. Como poco, sumaban un par de miles de soldados y a no mucho tardar, Ménidas y su pequeña unidad estaban siendo perseguidos. Alejandro tuvo tiempo para ordenarles a los peonios que atacasen, con el respaldo de la infantería mercenaria veterana, que bien puede que fuesen peltastas con un equipo más ligero que el de los hoplitas y por tanto más móviles. La combinación de caballería con buena infantería capaz de lanzar o disparar proyectiles y formar densos grupos detrás de los cuales los jinetes cansados podían reunirse y recuperarse para volver a cargar era a menudo muy efectiva en el Mundo Antiguo. Los persas cedieron por el momento, y volvieron a cargar con más apoyos, olvidando toda idea de envolver al ala derecha macedonia. Incluso en inferioridad numérica, los hombres de Alejandro se defendieron con ferocidad, atrayendo a un número desproporcionadamente grande de oponentes en un toma y daca sin ventaja clara para ninguno de los dos bandos.[445]

Los carros armados con guadañas eran pesados, tirados por un grupo de cuatro caballos, y además de la guadaña giratoria de cada rueda tenían hojas afiladas y puntas de lanza montadas al extremo del yugo. De los aurigas no se esperaba que combatiesen, sino que azotasen a los caballos y consiguieran que galopasen directos hacia el enemigo. Si se trataba de infantería y mantenía la posición en formación cerrada con las lanzas o las picas proyectadas hacia delante, el instinto de los caballos les haría detenerse antes de llegar, pero hacían falta nervios de acero para resistir cuando los ruidosos tiros y vehículos se les echaban encima. En Cunaxa en 401 a.C., los Diez Mil habían demostrado tener esos nervios y habían inutilizado los carros. En Gaugamela, los carros de Darío probablemente se pusieron en marcha antes de lo planeado, así que tuvieron que seguir adelante, y los macedonios igualaron la sangre fría de los famosos mercenarios. Alejandro les había ordenado a los Hipaspistas y piqueros que abriesen carriles en su formación para dejar pasar a los carros, tal como habían hecho ante los carros tracios que caían cuesta abajo en la primera campaña de Alejandro como rey. Los caballos, por naturaleza, se movieron para correr a través del hueco antes que contra los aparentemente sólidos muros de soldados. En otros puntos, particularmente delante de la caballería, que no podía utilizar la misma treta, la infantería ligera derribaba caballos y conductores. Curcio y Diodoro no pudieron resistirse a narrar horripilantes ejemplos de miembros y cabezas cortadas, tanto macedonias como persas, cuando algunos carros giraron y huyeron, pero la verdad parece ser que los carros apenas infligieron bajas. Una vez pasada la falange, los tiros de los carros empezaban a cansarse y los confundidos jinetes fueron despachados por la infantería ligera y los mozos que servían de apoyo a la caballería de los Compañeros.[446]

El propósito principal de los carros no era matar, sino desbandar a la falange y abrir caminos para las cargas de la caballería. En esto fracasaron completamente, y para cuando llegó la primera línea de caballería persa tuvieron delante líneas compactas de puntas de lanzas y sarissas de Hipaspistas y de la falange, que habían retomado su avance. Pero la inclinación hacia la derecha hacía que el flanco izquierdo macedonio fuese más vulnerable que en Issos. Parmenio pronto se vio en desventaja, y los tesalios tuvieron que combatir duramente contra numerosos jinetes enemigos. Algunos persas rodearon al ejército macedonio y atacaron su campamento (aunque la historia de una incursión premeditada para liberar a la familia de Darío y la negativa de la madre de este de marcharse con sus «rescatadores» es altamente improbable, principalmente porque esa clase de cautivos sin duda se encontraban en el campamento principal, muy fortificado y a cierta distancia del campo de batalla). Con todo el

flanco izquierdo macedonio amenazado, era imposible que avanzase, y los dos regimientos de falanges situados más a la izquierda se detuvieron para conservar la alineación con la caballería y otras tropas del ala. El resto de la primera línea continuó avanzando, exacerbando la tendencia natural de una gran falange a fracturarse en las unidades que la componen durante un largo avance. Se abrió un gran hueco, lo que dejó pasar a parte de la caballería india y persa. La mayoría de los jinetes continuaron su avance, incapaces de girar y atacar a la falange desde el costado o la retaguardia, y puede que incluso encontrasen otro hueco en la segunda línea. Murieron sirvientes y los animales de carga se asustaron antes de que algunas unidades de la segunda línea respondiesen al ataque obedeciendo órdenes dadas antes de la batalla. Se volvieron y repelieron al enemigo.

Alejandro había lanzado a los *prodromoi* contra el tumulto generalizado a su derecha, y puede que hubiese empezado a cargar con algunos o todos los Compañeros. Al principio de la batalla, la caballería persa formaba una línea coherente, pero los jinetes están mucho peor preparados que la infantería de orden cerrado para mantener su alineación. Las órdenes de Darío de desplazarse a la izquierda para igualar el ángulo del avance de Alejandro y luego intentar envolver a los macedonios, alteraron las filas de los escuadrones y el orden se vino abajo una vez empezó el combate. En tan grandes números, cuando los caballos están tan cerca unos de otros, tienden a ponerse nerviosos, y según cargaban algunas unidades, más y más unidades nuevas salían con ellas, a pesar de las órdenes, y los líderes de las unidades solo eran un poco menos entusiastas que sus monturas. La línea persa se rompió en grupos grandes y pequeños, con algunos escuadrones siguiendo el orden y otros desperdigados por el campo. No hay señal de que la infantería persa respaldase de manera efectiva a la caballería, y menos de que formasen una línea segura. La falange de primera línea, con los cuatro regimientos de piqueros que quedaban, y los Hipaspistas, siguieron avanzando, haciendo retroceder tanto a infantería como a caballería.

Un hueco, o quizá un tramo débilmente defendido se abrió en la línea persa y Alejandro guio a los Compañeros y a la infantería más cercana directamente a ese punto. Arriano habla de una gran formación en cuña sin dar más explicaciones. La fuerza principal del ataque se movía en ángulo hacia Darío, en el centro. «Ahora, durante un momento se convirtió en combate singular, pero cuando la caballería con Alejandro, y el propio Alejandro, avanzaron vigorosamente, empujando a los persas y clavándoles las lanzas en la cara» y al mismo tiempo la falange se cerró, «Darío, que hacía tiempo que estaba aterrado... fue el primero en huir». Más o menos entonces,

fuese por azar o porque se extendió la noticia de la huida del rey de reyes, los hombres comenzaron a imitarlo, y el centro y el ala izquierda del ejército persa se disolvió. Los *prodromoi* y otras tropas ligeras que habían estado luchando en inferioridad, cargaron una vez más y derrotaron al enemigo que se les enfrentaba.[447]

El ala de Parmenio todavía se encontraba en apuros, y envió a un mensajero a decirle a Alejandro que necesitaba todo el apoyo disponible. Diodoro afirma que el correo no pudo localizar al joven rey que ya estaba ocupado en la persecución, mientras que Arriano nos dice que Alejandro recibió el mensaje y volvió al combate con los Compañeros. Se encontraron con un grupo de caballería parta, india y persa yendo en dirección contraria, lo que provocó algunos de los combates más duros de la batalla, con sesenta jinetes Compañeros muertos y muchos más, incluido Hefestión, heridos. Los macedonios acabaron superándolos, o quizá parte de la línea enemiga se rompió y pudieron retirarse como era su intención. Cualquier ayuda a Parmenio era indirecta, y su tozuda resistencia a la cabeza de los tesalios acabó dándole el triunfo cuando el jefe persa Maceo se percató de que Darío y el resto del ejército estaban huyendo y les ordenó a sus hombres que se retirasen.

Alejandro le ordenó a Parmenio que tomase el campamento persa mientras él encabezaba la persecución con el resto de la caballería. Como en todas las batallas antiguas, la mayor masacre fue infligida a un enemigo indefenso a la fuga, aunque la cifra de Arriano de trescientos mil muertos y muchos más prisioneros está tan descomunalmente hinchada como su cálculo del número de persas antes de la batalla. Diodoro reduce esta cifra a noventa mil, mientras que Curcio afirma que fueron cuarenta mil, pero no tenemos ni idea de si esas cifras se basaron en información fiable. El ánimo del ejército de Darío estaba destrozado, su campamento y suministros tomados y los contingentes, dispersados. Alejandro no disponía de un cuerpo de caballería descansado para la persecución, de modo que la caza y la muerte de enemigos fue a cargo de unos jinetes fatigados sobre caballos cansados, lo que limitó el alcance de lo que pudieron hacer antes de que el agotamiento los detuviese. Pero la emoción del triunfo y la motivadora personalidad del rey que los dirigía llevó hasta el límite la capacidad de su ejército, y los macedonios perdieron mil caballos en Gaugamela, bien muertos en la batalla o a causa del agotamiento. La mitad de esos caballos pertenecían a los Compañeros, que como siempre, estaban en primera línea de batalla. Las cifras de muertes entre los hombres fueron, de nuevo, relativamente bajas. Arriano dice que fueron solo cien, lo que resulta extraño tras haber

dicho que sesenta cayeron en un solo enfrentamiento, y puede que de nuevo se esté refiriendo solo a los macedonios. Curcio dice que los macedonios tuvieron menos de trescientos muertos, mientras que incluso la cifra de quinientos que da Diodoro representa menos del dos por ciento del ejército. Como siempre, hubo muchísimos más heridos que muertos, lo que podría llegar a multiplicar por diez el total de bajas. Además de Hefestión, los jefes de dos de los regimientos de las falanges resultaron heridos, como también Ménidas, el hombre que encabezó a la caballería mercenaria en la carga que abrió la batalla.

Puede que Agis III ya hubiese muerto para finales de 331 a.C., y si no era así, caería a principios de la primavera siguiente. Tras su victoria inicial, el rey espartano había reunido un ejército de veinte mil infantes y dos mil jinetes, con los que asedió, o al menos bloqueó, Megalópolis. Durante un tiempo Antípatro estuvo ocupado en el norte, porque había problemas con el gobernador de Tracia nombrado por Alejandro, aunque nuestras fuentes son confusas al respecto y no podemos decir qué ocurrió. No hubo combate, y dado que no parece que el gobernador fuese castigado, quizá no se trató de más que de una discusión por la autoridad entre dos subordinados. Con el tiempo, Antípatro reunió cuarenta mil hombres, incluyendo mercenarios y aliados. Si el cálculo de la población de Macedonia de unos quinientos mil habitantes es siquiera aproximadamente correcto, Alejandro nunca se llevó de campaña ni mucho menos a la mitad de la población de hombres adultos, aunque probablemente sí contaba con la mayoría de los soldados más entusiastas y de espíritu más valeroso. Incluso después de mandar los grandes refuerzos a Asia en 331 a.C., Antípatro podía convocar a muchos otros soldados dispuestos y capaces, al menos para una campaña corta.

Se libró un combate cerca de Megalópolis, en el campo de batalla cerrado escogido por Agis para dificultar que la superioridad numérica enemiga entrase en juego. No tenemos detalles de lo que parece haber sido un combate duro, pero cuando acabó, una cuarta parte del ejército del rey espartano había muerto y él estaba gravemente herido y murió en una escaramuza poco después. Diodoro afirma que la victoria le costó a Antípatro unos tres mil hombres, lo que parece una cifra alta, y Curcio nos da la más pequeña de mil, pero sin saber más detalles no podemos juzgar si esto es o no preciso. Cuando supo de la batalla y de la victoria de su regente, supuestamente Alejandro habló con desprecio de una «batalla de ratones» allá en la lejana Grecia. Si lo que dice Diodoro es cierto, es injusto, aunque comprensible en un joven de veinticinco años que había tomado la mayoría de un gran

imperio en unos pocos años.[448]

---

430. Curcio 4.6.30, Diodoro Sículo 17.49.1.
431. Arriano, Anábasis 3.6.7, 3.12.5, con Hammond (1994), p.132.
432. Arriano, Anábasis 3.7.1-3, con Bosworth, Conquest and Empire, p. 79, y Engels, Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army, pp. 66-9.
433. Arriano, Anábasis 3.8.6, Plutarco, Alejandro 31.1, Diodoro Sículo 17.53.1-3, Curcio 4.12.13; sobre las discrepancias en números en ambos bandos, véase E. Marsden, The campaign of Gaugamela (1964), pp. 24-39; sobre los portadores de manzanas véase M. Charles, «Immortals and apple bearers: Towards a better understanding of Achaemenid infantry units», CQ, 61 (2011), pp. 114-33, esp. 124-30, que subraya la vaguedad de nuestras fuentes, particularmente sobre el tamaño de esta unidad, aunque opta por mil hombres.
434. Arriano, Anábasis 3.7.3-6, Curcio 4.9.12-21, Diodoro Sículo 17.55.1-6, Plutarco, Alejandro 31.3-4.
435. Arriano, Anábasis 3.7.6-8.7, Curcio 4.9.23-5.
436. Arriano, Anábasis 3.9.1-3.
437. Curcio 4.10.8-11.22, Plutarco, Alejandro 30.1-7, que ubica la muerte de Estatira un poco antes, pero incluye detalles parecidos, Diodoro Sículo 17.54.1-7, y Carney, «Alexander and the Persian women», pp. 563-83, esp. 569-71.
438. Marsden, The Campaign of Gaugamela, pp. 40-2 para la exposición.
439. Arriano, Anábasis 3.9.3-5.
440. Ibid., 3.9.5-11.2, Curcio 4.12.14-13.25, Diodoro Sículo 17.56.1-4, Plutarco, Alejandro 31.3-32.2.
441. Plutarco, Alejandro 32.3-7 sobre la vestimenta, 33.1-2 sobre Calístenes y Aristandro.
442. Las fuentes antiguas principales de Gaugamela son Arriano, Anábasis 3.11.2-15.7, Curcio 4.13.26-16-15, Diodoro Sículo 17.57.1-60.3, Justino, Epítome 14.1-15.14, Plutarco, Alejandro 32.3-33.7; para un análisis, véase Marsden, The Campaign of Gaugamela, esp. 32-64, Lane Fox, Alexander the Great, pp. 233-43, Bosworth, Conquest and Empire, pp. 80-5, Green, Alexander of Macedon, pp. 288-95, Hammond (1994), pp. 138-49, G. Griffith, «Alexander's generalship at Gaugamela», JHS, 67 (1947), pp. 77-89, A. Devine, «Grand tactics at Gaugamela», Phoenix, 29 (1975), pp. 374-85, A. Devine, «The Battle of Gaugamela: A tactical and source-critical study», Ancient World, 16 (1986), pp. 87-115, y A. Devine, «The Macedonian army at Gaugamela: Its strength and the length of its battle-line», Ancient World, 19 (1989), pp. 77-80.
443. Arriano, Anábasis 3.9.7-8.

444. Sobre el polvo, señalo el comentario de Fuller, The Generalship of Alexander the Great, p. 178, fn. 2, que recuerda insistirle a un maidan indio durante una sequía, cuando en una ocasión «la visibilidad quedó reducida a cuatro o cinco metros» por muchos menos jinetes de los que había presentes en Gaugamela.
445. Los cuatrocientos jinetes a las órdenes de Ménidas tienen que ver con la suposición de que esos eran los soldados mencionados en Arriano, Anábasis 3.5.1, donde el nombre del oficial aparece como Meneotas.
446. Véase W. Heckel, C. Willikes y G. Wrightson, «Scythed chariots at Gaugamela. A case study», en E. Carney y D. Ogden (eds), Philip II and Alexander the Great: Father and Son: Lives and Afterlives (2010), pp. 103-109.
447. Arriano, Anábasis 3.14.3 (vía Loeb).
448. La única crónica es Diodoro 17.62.4-63.4, con algunos detalles en Curcio 6.1.2-21, y sobre los problemas, véase n. 7 y E. Borza, «The end of Agis' revolt», Classical Philology, 66 (1971), pp. 230-5 y A. Bosworth, «The mission of Amphoterus and the outbreak of Agis' War», Phoenix, 29 (1975), pp. 27-43; sobre «una batalla de ratones», Plutarco, Agesilao 15.4.

22.
«LA MÁS ODIOSA DE LAS CIUDADES DE ASIA»

Darío había vuelto a ser derrotado, pero había escapado. El 2 de octubre de 331 a.C., Alejandro capturó Arbela y descubrió que el rey de reyes ya había estado allí, había abandonado otro carro real y se había marchado. No había expectativas de capturarlo, porque con el resto de su escolta, los mercenarios griegos y parte de la caballería bactriana, se dirigía no a las ricas ciudades de Babilonia, sino a Media por la ruta más dura. Con el tiempo quizá podría reunir otro ejército, aunque esta segunda derrota, infligida a su gran ejército en un terreno que él había escogido y era adecuado para su superioridad numérica, era un golpe mucho más fuerte a su prestigio que Issos.

Le seguirían pérdidas más tangibles. Los campamentos cercanos al campo de batalla y en Arbela estaban de nuevo repletos de objetos lujosos que causaron desprecio y deleite entre los vencedores. Curcio dice que había cuatro mil talentos de plata solo en Arbela. Alejandro llevó al ejército principal desde Gaugamela en cuanto le fue posible, sobre todo porque había demasiados cadáveres con los que lidiar, todos descomponiéndose rápidamente por el calor y solo los suyos habían sido enterrados. Fue probablemente en Arbela donde hizo un sacrificio para celebrar la victoria y fue proclamado rey de Asia; la celebración estuvo señalada por generosos regalos a sus amigos y aliados. Su papel de *hegemon* de la causa griega seguía siendo importante, y les escribió a las poleis en Grecia y Asia Menor para decir que las tiranías (presumiblemente en la mayor parte de Persia) habían sido abolidas y que ahora vivirían bajo sus propias leyes. Platea sería reconstruida en honor del sacrificio de la ciudad a la causa griega en 479 a.C., aunque dado que Filipo ya había decretado eso mismo después de Queronea, supuestamente esto no fue más que un regalo para que la reconstrucción fuese más espléndida. A causa del heroísmo de un atleta de Crotona, una de las ciudades griegas en Italia, que había llevado un trirreme a combatir en Salamina, distinguió a la comunidad con un regalo para celebrar la victoria

helénica.[449]

Cuando se retomó el avance, Alejandro se dirigió hacia Babilonia. No hubo oposición, y antes de que llegase aparecieron unos enviados para negociar. Maceo, el jefe del ala derecha persa en Gaugamela, había huido a la ciudad, porque tenía conexiones locales y estaba casado con una mujer babilonia. Los babilonios no tenían grandes motivos para amar a Darío o a la dinastía aqueménida, porque tenían su propia cultura y religión, señales de su antigua gloria. En ocasiones anteriores se habían rebelado contra el dominio persa, debido a agravios reales e imaginados contra sus dioses y su prestigio, y habían sido reprimidos. Como en otras partes, la antipatía por la dominación persa no se traducía automáticamente en entusiasmo hacia un conquistador macedonio. La ciudad tenía fuertes murallas y podría decidir resistirse al invasor. Pero no había perspectivas de ayuda y el ejército de Alejandro había demostrado su talento y determinación en los asedios, así que Babilonia probablemente acabaría cayendo y sería saqueada, y esa no era una perspectiva deseable si se les ofrecía otra cosa. Como en todas partes, venció el pragmatismo. Los babilonios decidieron que su lealtad para con Darío era extremadamente peligrosa y que era muy improbable que les reportase beneficio alguno, al menos en el futuro inmediato, y Maceo y el jefe de la guarnición persa estuvieron de acuerdo. El 18 de octubre, Alejandro emitió un decreto garantizando que su ejército respetaría los derechos y posesiones de los babilonios y no entrarían en sus casas a la fuerza. De nuevo, las muestras de respeto por ambos bandos aseguraron que Alejandro recibiese la sumisión que quería, y sus nuevos súbditos la ofrecieron de un modo que les resultaba aceptable.[450]

Cuando los macedonios llegaron a la ciudad ese mismo mes, fueron recibidos a las afueras por una delegación de dignatarios locales y oficiales persas. La multitud vitoreaba y lanzaba flores a su paso cuando Alejandro y sus hombres desfilaron por las calles. Babilonia era mucho mayor, mucho más antigua y mucho más majestuosa que cualquier ciudad griega o cualquier otra comunidad que los macedonios hubiesen conocido, y tuvo que haber sido una fuente de maravillas; sus Jardines Colgantes siempre se incluyeron posteriormente en las listas de las Maravillas del Mundo. Alejandro ofreció un sacrificio a la deidad patrona de la ciudad Bel-Marduk, fue llamado rey y le dieron el control del tesoro y de la ciudadela, además de regalos que incluían objetos de lujo y comida y suministros que su ejército necesitaba. Los acuerdos fueron respetados y no hubo saqueos, y el nombramiento de Maceo como sátrapa de la región podría sugerir que en el trato se incluyeron otras estipulaciones, aunque se mantuviesen en secreto. Esta fue la primera vez que Alejandro nombraba a un persa para un cargo, de modo que señaló un paso

importante en la creación de su nuevo reino de Asia, aunque se asegurase de que la independencia de Maceo quedaba limitada por la presencia de macedonios en puestos económicos clave y en todos los puestos militares. Pero era una señal para otros de que la guerra era contra el rey persa y no contra sus súbditos, si tenían la sensatez de someterse.

Como en Egipto, Alejandro respetó los cultos y convenciones locales. Una muestra es su promesa de reconstruir el zigurat de ocho plantas que servía de templo de Bel-Marduk y había sido destruido por los persas, aunque no emprendió ninguna acción concreta para hacerlo y esperaba que los locales dirigiesen y financiasen el proyecto. Para los babilonios, era una transición de un señor a otro, igual que cuando moría un rey y lo sucedía su heredero. Una tabla cuneiforme fragmentada describe a Darío como «rey del mundo» en la mañana de Gaugamela. Más adelante señala que «las tropas del rey lo abandonaron» y algo más adelante incluye la prosaica frase «Alejandro, rey del mundo, entró en Babilonia». Los registros del templo continuaban adelante, fuese quien fuese el rey.

Los macedonios cumplieron su parte del acuerdo. Privado del saqueo, Alejandro les dio a todos los soldados una recompensa del tesoro capturado; los jinetes de los Compañeros recibieron seiscientos dracmas por cabeza (la décima parte de un talento), los jinetes aliados quinientos, los infantes macedonios doscientos y los mercenarios, una suma equivalente a dos meses de soldada. También tuvieron varias semanas de descanso y festejos en la espectacular ciudad, cortesía de una población dispuesta a complacer a sus nuevos señores. Según Curcio, muchas mujeres babilonias, no solo prostitutas y artistas, sino también procedentes de familias respetables, eran expertas bailarinas de danzas procaces y provocativas en una forma de baile *striptease*.[451]

Los autores antiguos creían que demasiado tiempo pasado en los antros de una ciudad debilitaban a un ejército, pero no había señal de eso cuando los macedonios volvieron a avanzar semanas después. La siguiente ciudad grande en el camino era Susa, y de nuevo las negociaciones habían terminado antes de la llegada de Alejandro. Por el camino se reunió con el hijo de Abulites el sátrapa, que le llevó garantías por escrito de que la ciudad y su tesoro eran ahora suyos. Como Maceo, Abulites fue nombrado sátrapa al servicio del nuevo señor. La marcha desde Babilonia a Susa llevó al ejército veinte días sin prisa y acabó en otra cálida bienvenida. Al contrario que Babilonia, Susa era una ciudad persa, el centro administrativo del imperio, y sus líderes y habitantes aceptaron la presencia del nuevo conquistador, que a su vez los trató con respeto. Su tesoro contenía al menos cincuenta mil talentos de monedas de plata y oro y lingotes, además de muchas otras riquezas. Cada ganancia de Alejandro era

otra pérdida para Darío y su capacidad para financiar la guerra.[452]

El respeto por los locales tenía sus límites, y hubo celebraciones de la victoria con sacrificios y competiciones atléticas. Jerjes se había llevado como parte de su saqueo de Atenas unas estatuas de Harmodio y Aristogitón, héroes atenienses que habían asesinado a un tirano que ahora fueron enviadas de vuelta a Grecia, y podían aún verse en época de Arriano. En el palacio de Susa había un trono y un reposapiés reales diseñados para el alto Darío, y cuando Alejandro se sentó en el trono los pies no le llegaban al reposapiés, así que alguien acercó la mesa real que era más alta. Un eunuco, a su vez parte del botín de la conquista, lloró al verlo, y se supone que Alejandro dio la orden de que se llevasen la mesa cuando Filotas le aseguró que era un buen augurio.[453]

Entre las celebraciones, eran conscientes de que la guerra no había terminado todavía. Más o menos por esta época llegaron los refuerzos que se le habían pedido a Antípatro. Eran los más numerosos que se habían visto, unos quince mil soldados, incluyendo no menos de seis mil infantes macedonios y quinientos jinetes, además de contingentes de Tracia y el Peloponeso. A cambio, Alejandro envió tres mil talentos de plata procedentes de sus nuevas adquisiciones por la lenta ruta terrestre a Macedonia para que Antípatro los utilizase en la guerra contra Agis; Alejandro era consciente de que había estallado una guerra, pero no estaba seguro de cómo avanzaba.[454]

Según se acercaba el fin del año y comenzaba el invierno, Alejandro retomó su avance en dirección a Persépolis, la gran capital ceremonial de los aqueménidas y a unos seiscientos cincuenta kilómetros de Susa. El camino pasaba por las estribaciones de los montes Zagros, y un pueblo conocido como los uxios le exigieron un pago por el paso como estaban acostumbrados a hacer con todos los viajeros, incluyendo los que estaban a las órdenes del rey persa. Alejandro no estaba de humor para satisfacerlos, pero fingió aceptarlo y después, durante la noche, acudió con los Hipaspistas y otras tropas, asoló las tierras tribales y tomó el paso que los locales habían esperado utilizar en su contra. Algunos fueron muertos, la mayoría huyó, y la intervención de la madre de Darío le dio a Alejandro un pretexto para mostrar compasión, imponiéndoles un tributo anual de ganado dado que no utilizaban moneda.[455]

Se le apareció un desafío más duro poco después en las Puertas Persas, el paso clave a través de los montes Zagros que lleva a la provincia de Persis, defendida por el sátrapa de la región y una potente fuerza de al menos veinticinco mil hombres. Alejandro envió a Parmenio con el avituallamiento y la mayor parte del ejército por la ruta más larga y suave, y se llevó al paso a la mayoría de los macedonios y otras tropas escogidas. El primer intento de tomar las

Puertas Persas fracasó, detenidos por la artillería montaba sobre un terraplén bien construido, pero como había ocurrido en las termópilas solo que al revés, un persa fue capturado y les habló de un abupto camino que rodeaba el paso principal. Crátero, un oficial que a partir de entonces empezó a recibir más mandos independientes, se quedó con unos pocos hombres y encendieron más hogueras de las necesarias para que el enemigo creyese que estaba presente todo el ejército. Alejandro se llevó al resto, volviendo a utilizar el manto de la noche para avanzar a marcha forzada y los hizo descansar en el bosque durante el día siguiente, antes de volver a ponerse en marcha durante la noche. Los puestos avanzados persas fueron tomados antes de que pudiesen dar la alarma, y la posición principal fue atacada por la retaguardia, y una vez que Crátero hubo oído las señales, también por el frente. Los defensores fueron superados o muertos y el sátrapa escapó, pero caería en una escaramuza poco después. Ahora no se interponía nada entre Alejandro y Persépolis.[456]

El oficial al mando de Persépolis mandó enviados ofreciendo la rendición e instando a Alejandro a que se apresurase a tomar la ciudad y sus inmensos tesoros antes de que fuesen saqueados por la guarnición. Los macedonios se apresuraron y tomaron un puente antes de que el enemigo pudiese intentar defender el único obstáculo significativo en su camino. Algunas de nuestras fuentes afirman que una avanzadilla se encontró con un patético grupo de prisioneros griegos, al fin libres del cautiverio persa. La mayoría eran ancianos y todos estaban mutilados; les habían cortado la nariz y las orejas, les habían amputado miembros en castigos cuidadosamente planeados para que, al menos, fuesen capaces de hacer unas labores manuales. Alejandro se sintió movido por la compasión y les ofreció devolverlos a sus casas, hasta, que tras un largo debate, los hombres decidieron que les sería más fácil soportar su desfiguramiento aislados. Les garantizó tierras, también a sus familias, para que pudieran sustentarse durante su cautiverio.[457]

Arriano no menciona el incidente, y la mayoría de los estudiosos modernos se han preguntado en qué momento de la última mitad de siglo podrían haber sido capturados tantos prisioneros griegos y luego transportados al corazón del imperio persa. Quizá los invasores se encontraron con algunos prisioneros mutilados, y quizá entre ellos había un puñado de griegos de Jonia o incluso de la propia Grecia y la historia fue creciendo según se extendía, aunque es mucho más probable que sea una pura invención. La exageración y el mito rodearon a Alejandro desde el principio, sobre todo porque historiadores de la corte como Calístenes embellecieron mucho la historia, mientras que autores posteriores se inventaron incidentes para hacerla más dramática. Cuanto más se alejaban Alejandro y sus

soldados de Grecia, más inverosímiles se volvían los detalles e incidentes completos, en parte por la falta de información auténtica y también por la confianza en que la distancia haría que cualquier relato fuese mucho más plausible. Muchos autores afirmaron que la reina de las amazonas visitó a Alejandro en 330 a.C., aunque una vez más Arriano ni siquiera lo menciona. Su intención sería que Alejandro le diese descendencia, el hombre más valiente con la mujer más valiente, prometiéndole que si era un niño se lo enviaría, mientras que si era una niña, se quedaría con ella. Tras trece días de pasión, la amazona dejó a un agotado Alejandro para volver a su patria. Plutarco consideraba que la historia era de muy dudosa veracidad y afirma que años después Lisímaco, uno de los Compañeros de Alejandro que a su debido tiempo sería rey, oyó a un historiador relatar el incidente, sonrió y dijo: «¿Y dónde estaba yo por entonces?».[458]

Que se encontrasen con griegos víctimas de la crueldad de un rey persa a las afueras de Persépolis le recordaba a la audiencia griega la necesidad de venganza, la muy publicitada justificación para la expedición de Alejandro, lo que suma a la probabilidad de que alguien, quizá el notoriamente poco fiable Clitarco, se lo inventase. Pero Persépolis era un símbolo del poder y la majestuosidad de la dinastía aqueménida, y parece que Alejandro avivó hacia ella la hostilidad de su ejército. Diodoro afirma que la llamó «la más odiosa de las ciudades de Asia», y en la versión de Curcio les recordó a sus hombres que «era desde aquí desde donde aquellos enormes ejércitos habían atacado su país, desde aquí donde primero Darío y después Jerjes habían librado su guerra impía contra Europa». Darío I había comenzado la construcción del vasto complejo real de Persépolis, y su hijo había hecho más que nadie para completarlo, así que había cierta justicia al asociar aquel lugar con aquellos lejanos invasores de Grecia. Al contrario que Susa, no era tanto un centro de gobierno como un lugar de ceremonias, donde el derecho a gobernar del rey persa como representante del dios Ahura Mazda era reafirmado anualmente cuando los enviados de todo el imperio acudían a presentar sus tributos. Su propio nombre, «ciudad de Perse», la señalaba como el corazón del imperio de Darío III, centro de la región llamada Persis, hogar de los persas (conocida hoy como la provincia de Fa¯rs en Irán), pero ahora el rey la había abandonado ante los invasores macedonios y griegos.[459]

Todo esto podría empezar a explicar por qué Alejandro trató a Persépolis de un modo tan distinto al de cualquier otra ciudad que se le había rendido. Aunque no hubo resistencia cuando llegó a finales de enero de 330 a.C., les concedió licencia a sus soldados para saquear por un día, algo que les había negado en todas las ciudades desde Tiro y Gaza. Los detalles no están claros, y Arriano no lo menciona en

ningún momento, mientras que otros relatos especifican que al menos el complejo real quedó excluido, y definen el saqueo como especialmente brutal, con los soldados luchando entre ellos por el botín. Entre los horrores conocidos, afirman que algunos comportamientos fueron inusuales, como que las mujeres fueron capturadas todavía completamente vestidas y los captores dispuestos a posponer la violación para aprovechar las valiosas vestimentas de sus víctimas. Los autores clásicos eran aficionados a describir sucesos horrendos tuviesen o no pruebas, y tendían a describir el tema retóricamente que estuviesen tratando en el momento como el más terrible de todos. Diodoro afirmó que «Persépolis había superado en prosperidad a todas las demás ciudades, así que por la misma medida excedió a todas las demás en desgracia». Sin duda fue espantoso, pero es improbable que crease un erial y no se salvase nadie de la muerte o la esclavitud, porque el ejército permaneció en la ciudad o cerca de ella durante prácticamente cuatro meses. Es muy posible que el saqueo se enfocase en las casas ricamente amuebladas de los aristócratas de la corte.[460]

Por el momento Alejandro se reservó para sí el complejo real, y allí se sentó en otro de los tronos de Darío. Plutarco afirma que al verlo «Demarato de Corinto... rompió a llorar, como hacen los ancianos, y declaró que aquellos helenos que habían muerto antes de ver a Alejandro sentado en el trono de Darío se habían visto privados de un gran placer». Para muchos, la toma de la ciudad parecía la feliz culminación de la gran guerra de venganza o al menos mostraba que la victoria definitiva debía de estar cerca. Los monumentos de Babilonia eran magníficos y de gran antigüedad y se remontaban a mucho antes de la existencia del imperio persa, pero en Persépolis todo estaba diseñado para celebrar a los aqueménidas. El complejo real, construido en una explanada de roca para que estuviese más alto que el resto de la ciudad y rodeado de una gran muralla y que debía su existencia básicamente para acoger a la corte cuando el rey estaba presente, estaba dividido en tres secciones ceremoniales principales, el *Apadana* (salón de audiencias), la sala del trono y el tesoro, con palacios que incluían un complejo apartado para el harén real. Los visitantes entraban por una de las grandes puertas y subían por una amplia escalera hacia la explanada, pasando entre relieves que retrataban las naciones del imperio yendo a presentar su homenaje y rendir tributo. Se enfatizaba la diversidad de los súbditos del rey mostrándolos con sus ropajes distintivos, y las esculturas de soldados mostraban a medos y persas.

Persépolis era mucho más grande y magnífica que Egas o Pela, o desde luego, que cualquiera en el mundo griego. Gran parte de ella estaba hecha de adobe más que de piedra, pero las murallas eran

altas, y los grandes salones estaban techados con vigas de cedro sujetas por hileras de columnas. Los colores eran vivos y la decoración detallada, sin duda reforzada por la riqueza de los tapices, muebles y las brillantes ropas de los asistentes, cortesanos y visitantes que atestaban el lugar durante las grandes ceremonias. Pero lo que más impresionaba era la grandiosidad de todo, que recordaba constantemente a los visitantes que eran diminutos e insignificantes comparados con la majestuosidad del rey dueño de aquellos salones. Todo era gigantesco, y cuando los hombres de Alejandro entraron en el tesoro supuestamente encontraron ciento veinte mil talentos de oro y plata, aparte de todos los demás objetos valiosos. También había cantidades inmensas de armas almacenadas, especialmente flechas y lanzas, forjadas en bronce y hierro. Para el siglo IV a.C. parece que Persépolis tenía solo un papel administrativo secundario en el funcionamiento del imperio, y se diría que su tesoro era una reserva, apenas tocada, si acaso, y que en realidad albergaba el tributo anual traído de todas las partes del imperio. El poder del gran rey quedaba subrayado por el simple hecho de que no necesitaba tocar esas riquezas, no pasaba mucho tiempo en Persépolis, gobernando más bien desde Susa o Ecbatana, la capital de Media, situada convenientemente para poder supervisar las satrapías orientales.[461]

Persépolis proclamaba la fuerza de los reyes aqueménidas, su derecho a gobernar como representantes del dios zoroatrista Ahura Mazda, y, con el énfasis en la gran variedad de sus súbditos, la aceptación persa de las tradiciones y religiones locales mientras que los pueblos súbditos permaneciesen leales y obedientes. Resulta difícil decir cuánto comprendía Alejandro, o cualquier otro macedonio o griego, de esto o de cómo funcionaba el imperio. Sin duda veían el esplendor y las fabulosas riquezas, además de la simple verdad de que era Alejandro quien ahora se sentaba en el trono de Darío, ocupaba sus palacios y salones ceremoniales y poseía sus tesoros mientras el gran rey de reyes era un fugitivo en alguna parte de oriente. Incluso después de Babilonia, Susa y todas las victorias de los años anteriores, saberlo tenía que resultar embriagador.[462]

El problema era qué hacer con todo aquello. Persépolis era importante porque era el corazón simbólico de Persia y los persas y sus reyes eran los señores del imperio. Cerca se encontraba Pasargada, la capital antes de que fuese construida la mucho más majestuosa Persépolis. Alejandro la visitó y ordenó que tomasen los seis mil talentos de su tesoro y presentó sus respetos a la tumba de Ciro, el fundador de la dinastía. Este acto bien pudo haber sido genuino, además de un contraste tentador entre el heroico primer aqueménida y el débil Darío III. Su actitud hacia otros reyes persas y los símbolos de su poder fue menos entusiasta, y se supone que se había planteado

levantar una estatua caída de Jerjes basándose en que había sido un rey justo, aparte de su ataque contra Grecia. Tras un tiempo, Alejandro abandonó la idea y la estatua permaneció en el suelo.[463]

Desde el principio estuvo claro que Persépolis no tenía sitio en el régimen que Alejandro deseaba crear. Ordenó que se vaciase el tesoro y las riquezas fuesen transportadas a Susa, y posteriormente a Ecbatana. Era una tarea enorme, porque solo las monedas y los lingotes pesaban más de siete mil toneladas, y Plutarco dice que tuvieron que llevar a Persépolis diez mil pares de mulas y tres mil camellos de carga. Organizar el transporte llevó tiempo, y también reunir y empacar el tesoro y escoltarlo en el viaje, una de las razones por las que el ejército se quedó en Persépolis. La dificultad del suministro durante los meses de invierno era otra razón, especialmente porque mucha parte del apoyo logístico disponible estaba siendo utilizada para trasladar el tesoro. Alejandro no estuvo completamente ocioso, y se llevó una columna en una expedición punitiva de un mes contra los amardos, que vivían en los límites meridionales de los montes Zagros. Había poca resistencia organizada, pero las condiciones eran duras y la operación quizá ayudase a mostrarles a algunos de los refuerzos los rigores de una campaña, además de satisfacer el espíritu inquieto del rey.[464]

Arriano nos habla de un debate entre Alejandro y sus Compañeros sobre qué hacer con el recinto real, en el que Parmenio argumentaba que debería ser conservado y utilizado, dado que «era absurdo destruir lo que ahora era propiedad suya». Además, afirmó que los asiáticos darían por hecho que había llegado solo para saquear y destruir más que para forjar un nuevo reino, y creerían que no merecía la pena unirse a él. Sin embargo, Alejandro deseaba castigar a los persas y optó por destruirlo todo, y por una vez Arriano creyó que el rey estaba equivocado y su viejo subordinado tenía razón.[465]

Plutarco y otros cuentan que Alejandro celebró un banquete, en el que, al fiel estilo macedonio, el vino corrió alegremente. A Filipo le gustaba celebrar durante una campaña cuando surgía la oportunidad, y unas cuantas anécdotas nos dejan claro que a Alejandro también. Se encontraba presente una cortesana ateniense (el griego *hetaira* significa literalmente «compañera femenina») llamada Thäis, que en algún momento se convirtió en la amante de Ptolomeo el historiador, le dio tres hijos y más tarde se convertiría en su esposa. Había otras cortesanas, dado que parece que un puñado de los oficiales tenían amantes, y unas cuantas artistas. Según pasaba la noche, Thäis dijo que sería espléndido por parte de Alejandro que vengase el incendio de Atenas a manos de Jerjes y que la venganza sería más dulce si la llevasen a cabo mujeres griegas. Según Curcio, «el rey… más anhelante de vino que capaz de contenerlo, gritó: “¿Y por qué no vengamos a

Grecia entera y usamos las antorchas en toda la ciudad?”». Formaron un *comus*, una alegre procesión de festejantes que salían a las calles tras muchas fiestas en Grecia y era algo que Alejandro ya había hecho antes. Con las artistas tocando la flauta, Alejandro lanzó una antorcha para prenderle fuego a los edificios, y en algunas crónicas Thäis lanza la segunda. El fuego prendió, y al principio los soldados se apresuraron a acudir a apagarlo, hasta que se dieron cuenta de que el rey lo había provocado.[466]

Las dos historias no son incompatibles. Habían pasado meses llevándose todos los objetos de valor, pero incluso así había muchos objetos pequeños de oro, como monedas y accesorios, enterrados bajo los restos cuando el fuego hizo que los tejados de madera se derrumbasen. Esto nos sugiere que, aunque la destrucción fue preparada cuidadosamente, ocurrió de repente y antes de que se hubiesen hecho con todo. Era improbable que un puñado de antorchas provocase un incendio a menos que ya se hubieran colocado grandes cantidades de material combustible para alimentar las llamas, mientras que hay golpes de martillo en algunas de las esculturas que atestiguan que hubo una destrucción deliberada durante un periodo de tiempo. El equilibrio de probabilidades nos dice que Alejandro decidió destruir los complejos reales e hizo preparativos para hacerlo de manera exhaustiva. Quizá el entusiasmo de la ebriedad lo llevó a provocar el incendio antes de lo planeado, o quizá toda la historia es otra invención.[467]

La ocupación de Persépolis demostró la debilidad de Darío y su destrucción enfatizó su impotencia. Como señal de la abrumadora fuerza de Alejandro, le mandaba un mensaje a los persas de que cualquier resistencia era inútil. Por otra parte, la ocupación y destrucción eran nuevas y terribles humillaciones, infligidas a un lugar sagrado donde se confirmaba el lazo entre dios, rey y súbditos, lo que bien podría provocar indignación y les dificultaría a los persas aceptar a Alejandro como su nuevo señor. El hecho de ocupar la ciudad no había provocado un aluvión de rendiciones, así que quizá tenía poco que perder, porque es improbable que alguna vez hubiese deseado ser visto como el sucesor de Darío, y siempre como señor por derecho de conquista. Para un público griego era la culminación de la guerra de venganza, un gran logro de las ciudades que se habían aliado en Corinto bajo el líder que habían nombrado. Puede que para cuando ardió Persépolis, Alejandro no supiera que Agis había muerto y esa guerra había acabado, de modo que quizá se tratase de un gesto para recordarles a las poleis que Esparta era colaboradora del «verdadero» enemigo. Si sabía que los espartanos habían sido derrotados, es posible que hubiese querido enviar a casa la noticia del gran triunfo conseguido por los griegos bajo su liderazgo. Algunas fuentes dicen

que llegó a lamentar la destrucción y ordenó que se controlasen los fuegos, pero el complejo real fue destruido y nunca más reocupado, así que su preocupación era probablemente más bien por el resto de la ciudad.[468]

Alejandro se había sentado en el trono de Darío, había saqueado su tesoro e incendiado su palacio. A gran parte de su ejército debió de parecerle que la victoria era total.

449. Plutarco, Alejandro 34.1-2, Arriano, Anábasis 3.16.1-3, Curcio 4.16.16-5.1.12; cuatro mil talentos en 5.1.10.
450. Arriano, Anábasis 3.16.3-5, Curcio 5.1.17-39, Diodoro Sículo 17.64.3-6; P. Bryant (trad. J. Todd), Darius in the Shadow of Alexander (2015), pp. 61-2 en la tabla.
451. Tabla 330 en la Colección Sachs-Hunger, traducido en A. Kuhrt, Persian Empire. A Corpus of Sources from the Acaemenid Period, 2 volúmenes (2007), pp. 447-8, citado con exposición en Briant, Darius in the Shadow of Alexander, pp. 60-4, E. Anson, Alexander the Great. Themes and Issues (2013), pp. 105, 122-6; sobre los bailes provocativos y la influencia corruptora de las ciudades, Curcio 5.1.36-9.
452. Arriano, Anábasis 3.16.6-9, Curcio 5.2.1-12, Diodoro Sículo 17.65-66.1.
453. Diodoro Sículo 17.66.3-7, Curcio 5.2.13-15, Arriano, Anábasis 3.7-8, Plutarco, Alejandro 36.1-2.
454. Arriano, Anábasis 3.16.10, Diodoro Sículo 17.65.1.
455. Arriano, Anábasis 3.17.1-6, Diodoro Sículo 17.67.1-5, Curcio 5.3.1-16.
456. Arriano, Anábasis 3.18.1-9, Diodoro Sículo 17.68.1-7, Curcio 5.3.17-4.34.
457. Diodoro Sículo 17.69.1-9, Curcio 5.5.5-24, Justino, Epítome 11.14.11-12.
458. Heckel, The Conquests of Alexander the Great, pp. 82-3, Hammond, Alexander the Great. King, Commander and Statesman, pp. 179-80, aunque Green, Alexander of Macedon, p. 313 acepta la historia; Plutarco, Alejandro 46.2 (vía Loeb) sobre las Amazonas, cf. Curcio 6.5.24-32, Diodoro Sículo 17.77.1-3, Justino, Epítome 12.3.5.-7.
459. Diodoro Sículo 17.70.1 (vía Loeb), Curcio 5.6.1 (vía Loeb, ligeramente alterado).
460. Diodoro Sículo 17.70.6 (vía Loeb) por la cita y 17.70.1-6 por el saqueo, Curcio 5.6.1-8, y Plutarco, Alejandro 37.2 para una descripción más general de una masacre deliberada en Persépolis.
461. Diodoro Sículo 17.71.1-8, con O'Brien, Alexander the Great, pp. 105-6 para una breve descripción, con R. Barnett, «Persépolis», Iraq, 19 (1957), pp. 55-77.
462. Sobre el papel de Persépolis, véase A. Pope, «Persepolis as a ritual city», Archaeology, 10 (1957), pp. 123-30, N. Cahill, «The treasure at Persepolis: Gift-giving at the city of the Persians», American Journal of Archaeology, 89 (1985), pp. 373-89.
463. Plutarco, Alejandro 37.3, Curcio 5.6.10, con Bosworth, Conquest and Empire, p. 79, y Engels, Alexander the Great and the Logistics of

the Macedonian Army, pp. 92, 154.
464. Plutarco, Alejandro 37.2, cf. Diodoro Sículo 17.71.1-2; Estrabón, Geog. 15.3.9 sobre diferentes cálculos de la cantidad; la campaña, Curcio 5.6.12-20.
465. Arriano, Anábasis 3.18.11-12 (vía Loeb).
466. Plutarco, Alejandro 38.1-4, Diodoro Sículo 17.72.1-6, Curcio 5.7.3-7 y 5.7.5 (vía Loeb) para la cita, y Ateneo 13.576d-e.
467. E. Borza, «Fire from heaven: Alexander at Persepolis», Classical Philology, 67 (1972), pp. 233-45, N. Hammond, «The archaeological and literary evidence for the burning of the Persepolis Palace», The Classical Quarterly, 2 (1992), pp. 358-64.
468. Sobre el arrepentimiento, Plutarco, Alejandro 38.4; para el contexto griego, véase Badian, «Agis III», pp. 37-69, y Badian, «Agis III: Revisions and reflections», pp. 258-92, con Borza, «The end of Agis' revolt», pp. 230-5, esp. 232-5.

23.
UN FIN Y UN PRINCIPIO

Pero Darío seguía vivo, y en la primavera de 330 a.C. empezaron a llegar noticias de que el rey de reyes había reunido un nuevo ejército en Ecbatana, tras pasar los meses de invierno en la última de las ciudades reales cuyo control todavía conservaba. En mayo Alejandro concentró sus fuerzas y avanzó. Algunas comunidades se le resistieron y fueron asaltadas, mientras que otras capitularon. El incendio de Persépolis no marcó ningún cambio en su disposición a aceptar la rendición de nobles y volver a nombrarlos como sus propios representantes, particularmente porque no había un macedonio o un griego que estuviese a la altura de sus conocimientos sobre política local. El hijo del hombre que le había entregado Susa fue nombrado sátrapa igual que su padre, lo que sugiere que Alejandro estaba más dispuesto a recompensar a familias que preocupado porque alguien pudiese conseguir demasiada influencia.[469]

Según se acercaba Alejandro a Media envió el convoy pesado a la retaguardia y avanzó con el grueso de las tropas de combate. Llegó la noticia de que se habían unido a Darío muchos menos hombres de los que el rey esperaba, así que cambió su plan y decidió retirarse. Los macedonios apresuraron la marcha con la esperanza de alcanzarlo, pero cuando Alejandro estaba a tres días de Ecbatana, un hijo de Artajerjes Oco, el último rey persa fuerte antes de Darío, acudió a saludarlo. Se sabe muy poco de este hombre, que supuestamente era demasiado insignificante o joven como para haber perecido en las purgas que precedieron a la ascensión de Darío al trono. Le informó de que al rey persa apenas le quedaban nueve mil hombres, y que con ellos y los siete mil talentos del tesoro de Ecbatana, había dejado la ciudad cuatro días antes y se dirigía a la serie de pasos que atravesaban las montañas cercanas al mar Caspio conocidas como las Puertas Caspias.[470]

Ahora no había perspectivas de que tuviese lugar una batalla como las de Issos o Gaugamela, y cuando llegó a Ecbatana, Alejandro

liberó a todos sus aliados griegos, incluidos los tesalios; habían pasado cuatro años desde que habían llegado a Asia. Todos los hombres recibirían su paga atrasada, además del generoso extra de un talento para cada jinete y la sexta parte de un talento para la infantería, y serían acompañados durante el largo camino de vuelta a casa y luego transportados en barco hasta Grecia. Los jinetes que estuviesen dispuestos a volver a alistarse como voluntarios y combatir por un sueldo recibieron una recompensa de tres talentos cada uno, y supuestamente también se hizo una oferta a los infantes. Ignoramos cuántos hombres quedaron en conjunto y cuál fue la proporción de los que decidieron marcharse. Curcio afirma que se gastaron doce mil talentos para pagar todo esto, y que los oficiales responsables de supervisar el proceso malversaron una cantidad similar. Arriano nos dice que muchos tesalios vendieron sus monturas antes de marcharse, y sin duda se pagó un alto precio por sus famosos caballos, bien adiestrados, que muchos habrían preferido por encima de las razas persas, más ligeras.[471]

Alejandro todavía conservaba a todos sus macedonios, además de las tropas balcánicas, aunque a partir de ahora el papel de los mercenarios y tropas reclutados en Asia fue aumentando continuamente. Pronto se le uniría el primer contingente de estos últimos, incluidos hombres de Licia. Haberles permitido a los griegos volver a casa completó su papel de líder de los aliados que había conseguido la prometida venganza sobre Persia, y devolvió a un buen número de hombres bien predispuestos a sus comunidades con recompensas tangibles de la victoria y muchas anécdotas sobre sus aventuras. Era mejor dejarlos ir libremente que permitir que creciese el resentimiento si los mantenía en Asia contra su voluntad. Los tesalios habían tenido un papel distinguido en todas las campañas hasta ahora, y la marcha del grueso de ellos era una pérdida para el ejército, aunque ni mucho menos vital. Por lo que sabemos, muchos de los demás contingentes griegos habían actuado como guarniciones, de modo que era más sencillo reemplazarlos con mercenarios. En general, el ejército se vio militarmente poco afectado por el cambio, mientras que el precio, incluso teniendo en cuenta la corrupción, fue fácilmente asequible dada la nueva riqueza de Alejandro.[472]

Parmenio recibió la orden de transportar todo el tesoro desde Susa a Ecbatana, donde lo protegerían seis mil macedonios de a pie y otras tropas, y el rehabilitado Hárpalo lo supervisaría en su posición de tesorero. Una vez hecho esto, el viejo general debía volver al campo con un mando semiindependiente, pero por algún motivo, no ocurrió. Mientras tanto, Alejandro había emprendido la persecución de Darío con el grueso de los macedonios y otras tropas escogidas, incluidos los voluntarios tesalios. Durante once días forzó el ritmo en su deseo de

alcanzarlo al precio de que muchos se quedasen rezagados y algunos caballos renqueantes o al borde del colapso. Darío llegó antes a las Puertas Caspias, pero cada vez más desertores acudían a Alejandro, y le hablaban de deserciones en masa y el derrumbamiento de la moral. Al entender que por el momento no lo alcanzaría, les dio a sus hombres cinco días de descanso y recuperación. No dejaba la administración de sus conquistas, y mientras estuvo en el campamento escogió a un noble persa, que había sido prisionero de Darío, como nuevo sátrapa de Media.[473]

Los macedonios atravesaron los pasos de las Puertas Caspias sin encontrar oposición, y luego se detuvieron para avituallarse porque el paisaje que tenían delante parecía árido y aparentemente habían avanzado más deprisa que sus suministros. Aparecieron más desertores persas con la noticia de un golpe en el campamento de Darío. El rey de reyes era ahora prisionero de un grupo de nobles, encabezado por Besso, el jefe del ala izquierda en Gaugamela y sátrapa de Bactria. Alejandro puso a Crátero al mando del cuerpo principal y le ordenó que esperase a que la expedición de avituallamiento regresara y lo siguiera a un ritmo rápido, mientras él partía con los Compañeros, *prodromoi* e infantes escogidos por su velocidad y resistencia. Llevando solo raciones para dos días, avanzaron durante todo el día y la noche y deteniéndose solo para descansar a mediodía del día siguiente. Capturaron a más persas o estos se rindieron, y le contaron a Alejandro que Besso era reconocido como líder, dado que ahora estaban en su satrapía, pero que no todos estaban satisfechos y que Artabazo, el padre de Barsine, la amante de Alejandro, y que fuese en su momento un exiliado en la corte de Filipo, se había marchado con algunas de sus tropas, incluidos el resto de mercenarios griegos. Decían que Besso estaba dispuesto a entregar a Darío y negociar con Alejandro si este continuaba su avance, pero que huiría con el rey si Alejandro aflojaba la persecución.

Alejandro siguió avanzando con sus hombres, marchando otra vez durante toda la noche y deteniéndose solo a mediodía en una aldea donde averiguó que apenas lo llevaban un día de ventaja. Al saber por los locales que había un atajo «pero que el camino era desolado por falta de agua», le insistió a uno de ellos para que lo guiase. Los hombres de a pie ya no podían seguir el ritmo, así que desmontó a quinientos jinetes y les dio sus monturas a algunos infantes escogidos, probablemente la mayoría Hipaspistas y agrianos, que llevaban sus propias armas y estarían preparados para luchar como infantería si se topaban con problemas. Nicanor, el hijo mayor de Parmenio, y otro oficial debían liderar un grupo de infantería con un equipamiento mínimo y seguir la ruta tomada por el enemigo lo mejor que pudiesen, mientras el resto marchaba tras ellos.[474]

Alejandro continuó presionando mientras se ponía el sol, y supuestamente recorrió sesenta kilómetros durante la noche. Los caballos se desplomaban y los hombres se rezagaban, incapaces de seguirle el ritmo a su líder. Poco después del amanecer vieron soldados persas atrasados a lo largo de la ruta principal. Un puñado ofreció resistencia y fueron eliminados, mientras que los demás huyeron nada más ver a sus perseguidores. El acoso continuó; ambos bandos podían verse, o al menos veían el polvo que levantaban. Cada vez se rezagaban más macedonios, hasta que solo quedaron con Alejandro sesenta jinetes, y este siguió la presión. Besso y los otros líderes tenían cientos de jinetes, pero ninguna disposición a luchar y quizá tampoco se percataron de cuántos enemigos los perseguían. Según se acercaban los jinetes macedonios, los nobles persas decidieron que ya no merecía la pena seguir conservando a Darío. Abandonaron todos los carros, junto con las riquezas, las mujeres y los asistentes que iban en ellos. Mataron a los sirvientes del rey cautivo, los animales que tiraban de su carreta fueron mutilados y apuñalaron a Darío repetidamente. Después, huyeron.

El resto de perseguidores estaban casi exhaustos cuando tomaron el campamento abandonado y no se encontraban en condiciones de alcanzar a los nobles y su escolta de caballería, de modo que se detuvieron al fin. Un jinete que buscaba agua se topó con una carreta junto a un arroyo, con sus caballos muertos o moribundos. Dentro se encontró a Darío, atado con cadenas doradas. Nuestras fuentes varían en si el rey ya estaba muerto o vivió lo suficiente para que le diesen un trago de agua, y unas pocas no pudieron resistirse a afirmar que sobrevivió para ver a Alejandro y alabarlo. Un Darío cautivo podría haber sido útil, particularmente si estaba dispuesto a someterse formalmente a Alejandro y aceptarlo como nuevo rey de Asia. Por otra parte, un Darío asesinado por nobles persas era casi igual de conveniente, quizá mejor aún dado que Alejandro no había ordenado su muerte. Se cuidó de tratar el cadáver con respeto, preparándolo lo mejor posible para que fuese transportado junto a la madre de Darío y el resto de su familia para que recibiese un entierro honorable. El macedonio que había atacado Persia, había derrotado a su rey en combate y lo había perseguido hasta el extremo oriental de su imperio pronto se declararía su vengador. Muchas cosas estaban cambiando.[475]

Persépolis estaba en ruinas, Darío había muerto y Alejandro y su ejército habían tomado la mayor parte del imperio persa, mucho más territorio del que hasta el más entusiasta panhelenista hubiese predicho jamás. Todo apuntaba a que la guerra de venganza había terminado, ya que la columna de aliados griegos ya estaba a medio camino en su viaje de tres a cuatro meses de vuelta a la costa de Asia

Menor. Agotados, más lejos de casa de lo que habían estado nunca, cargados con el botín y excitados por la victoria, resultaba natural que tanto los macedonios como el resto de soldados llegasen a la conclusión de que la gran expedición había terminado. Filipo había emprendido campaña tras campaña, y sus soldados habían asumido que tendrían que combatir casi todos los años y estar lejos de casa durante meses, en ocasiones en invierno. Con su hijo, la intensidad de las operaciones se multiplicó. Todo esto suponía un cambio importante en la costumbre hoplita de campañas cortas, pero no había cortado sus lazos con la vida aparte del ejército y habían tenido frecuentemente la oportunidad de regresar a casa y ver a sus familias y granjas. A pesar de todo su entrenamiento y disciplina, los macedonios todavía no eran soldados totalmente profesionales en el sentido de que el ejército fuese su única forma de vida. Combatían porque eran macedonios, compañeros del rey a caballo o a pie, y recibían paga y otras recompensas, incluyendo tierras, como su parte de las victorias. Las recompensas eran un gran incentivo, pero en el fondo servían porque luchar por el reino era el deber de un macedonio.

Ecbatana se encontraba a unos tres mil kilómetros de Pela, y Alejandro y sus hombres habían marchado y cabalgado mucho más desde que desembarcaron en Asia en 334 a.C., y habían librado tres grandes batallas, varios asedios prolongados y dificultosos y muchas más escaramuzas y asaltos. Muchos de ellos habían resultado heridos y algunos habían muerto por enfermedad o en la batalla, pero todo era parte del deber de servir con el rey. Los refuerzos llevaron noticias, y algunos escribían y recibían cartas, pero incluso los jóvenes a los que les habían dado permiso especial en el invierno de 334-333 a.C. no habían visto su casa en más de tres años. Pensando que la guerra estaba vencida y su trabajo terminado, la nostalgia creció, aunque eso no quiere decir que tras un descanso no esperasen que su rey los llevase en campaña una vez más, fuese donde fuese. Creció el rumor, como ocurre siempre con los rumores en grandes grupos y especialmente en un ejército, de que Alejandro había accedido y pronto daría la orden de volver a casa. Los hombres empezaron a prepararse para el viaje, ordenando su botín para que resultase más sencillo de transportar.

Puede que la fuerza del sentimiento entre sus hombres sorprendiese a Alejandro, y Curcio afirma que lloró de frustración por la «envidia de los dioses» que amenazaban con detenerlo antes de que hubiese terminado sus conquistas. Sin embargo, sus oficiales le aseguraron que estaban entusiasmados por nuevas victorias, y hablaron con los soldados antes de que Alejandro se dirigiese a todo el ejército, o al menos con representantes que por turnos, pudiesen

comunicarles las palabras del rey al resto. Su mensaje era sencillo, lógico y contenía la suficiente verdad como para ayudar a persuadirlos, porque les dijo que la victoria no estaba todavía completa. Los persas estaban derrotados por el momento, pero si los macedonios volvían a casa nada evitaría que el enemigo reconstruyese sus fuerzas, especialmente mientras líderes como Besso estuviesen libres. Un día, en un futuro no muy lejano, un ejército persa podría volver a invadir Grecia si no terminaban el trabajo ahora, un argumento más poderoso para unos hombres que servían en lo que públicamente era una campaña de venganza por los daños cometidos siglo y medio antes de lo que podría serlo para nosotros. Los hombres quedaron convencidos, y continuaron avanzando con añadido empeño para acabar la guerra, aunque si la afirmación de Curcio de que el rey habló en términos de días más que de meses es cierta, fueron muy engañados.[476]

Todo nos sugiere que desde el principio Alejandro había planeado añadir territorio a su reino en Asia y no simplemente encabezar una expedición punitiva. Las negociaciones con Darío y su rechazo de ofertas posteriores, incluyendo la de todas las tierras al oeste del Éufrates, muestran que sus ambiciones eran de gran alcance. Si dejaba a un rey persa, fuese quien fuese, a la cabeza de un imperio del tamaño que fuese lo más probable era que la guerra recomenzase en algún momento del futuro, tal como les había dicho a sus soldados. Así, la conquista de cualquier territorio nuevo requería la destrucción del imperio persa para asegurar a largo plazo lo conseguido. Alejandro probablemente lo entendió desde el principio, porque la lógica es bastante sencilla, y también debería haber estado claro para sus oficiales. La dificultad estaba en conseguir su meta, no en la idea, y de nuevo tenemos que recordar lo espectacular y rápida que había sido la guerra. Puede que Alejandro hubiese soñado con tener tal éxito, y era joven y lo bastante egoísta como para incluso esperarlo, pero nada en la historia reciente y menos aún en la menos reciente lo presagiaba. Cualquier persona sensata habría pensado que la guerra sería más larga, quizá con intervalos de paz negociada antes de renovar el conflicto, como las campañas de Filipo, que en su época habían sorprendido a los observadores por su velocidad.

Alejandro había forzado el ritmo de la guerra, no había sufrido reveses serios y había vencido, lo que no quiere decir que hubiese sido fácil. Durante todo este tiempo gran parte de su mente y su energía estaba dedicada a librar la guerra propiamente dicha, y sin duda esta afirmación es aún más cierta del resto del ejército. Hacer planes para después de la victoria, no convenía hasta que esta se alcanzase. Región a región fue nombrando sátrapas, jefes militares y del tesoro, incluyendo dinastías amugas y facciones de Asia Menor, y alistando a

egipcios y posteriormente a habitantes de las provincias del corazón del imperio, siempre de modo *ad hoc*. Esto estaba muy lejos de ser un sistema de gobierno formal y permanente para el vasto reino que estaba creando, sobre todo porque todavía no sabía qué estaba creando, y las pausas eran escasas antes de pasar a la siguiente ofensiva.

El dinero ya no era un problema, y al contrario que Filipo, que pronto gastaba el dinero que ganaba en diplomacia constante y en la siguiente guerra, Alejandro ya no tenía que enfrentarse a restricciones económicas en lo que quería hacer; de hecho, a partir de ahora el único aspecto que requería consideración era cómo mover el dinero allá donde se necesitaba. Alejandro también era notablemente generoso en sus regalos, particularmente con sus Compañeros, y dio ejemplo de extravagancia. Leemos de un oficial que llevaba tacones de plata en las botas, y de otro que hizo que le llevasen arena desde Egipto para su entrenamiento de lucha. Los trofeos al valor crecieron en proporción a los botines, pero todos compartían las ganancias tal como habían compartido el combate, como era lo adecuado entre macedonios.[477]

El grueso del ejército esperaba volver a casa cuando la guerra hubiese terminado. Supuestamente pocos, al menos entre los oficiales, creyeron que se retirarían por completo y abandonarían todas las tierras que habían ocupado. Los panhelenistas habían hablado de llevar paz a Grecia permitiendo que los griegos viviesen de la producción de haciendas en las que trabajasen los conquistados asiáticos, y quizá algunos hombres esperaban cumplir ese sueño. Puede que un grupo más numeroso diese por hecho que los mercenarios guarnecerían los nuevos territorios y se encargarían de cualquier rebelión o ataque externos, aunque igual que Alejandro, pocos habían tenido mucho ocio como para pensar en el futuro con algún detalle; todos estaban eufóricos por la enormidad de lo que habían conseguido. Habían demostrado su superioridad en combates y asedios, y era improbable que eso cambiara. Pero sencillamente el número de soldados era insuficiente para conservar el nuevo imperio solo por la fuerza, incluso aunque todos estuviesen dispuestos a dedicar sus vidas a la tarea.

Alejandro era rey de los macedonios, pero estos ahora representaban una minoría de los pueblos sometidos a su dominio, y la propia Macedonia, incluso tras su expansión con Filipo, era una parte pequeña del territorio que controlaba. Filipo, y después Alejandro, era arconte de Tesalia y líder de la alianza de ciudades griegas, además de rey de su propio pueblo. Más recientemente, Alejandro había sido reconocido como faraón en Egipto y rey en Babilonia, y se había autoproclamado señor de Asia, y todos esos

títulos representaban incorporaciones mucho más drásticas a sus poderes y responsabilidades, como gobernante de pueblos con tradiciones culturales y políticas muy diferentes. Inevitablemente, esto produjo cierto grado de tensión entre cumplir sus relaciones con su propio pueblo, los macedonios, y en cierta medida ligeramente inferior con los griegos y los otros que habían vencido bajo su liderazgo, y al mismo tiempo satisfacer las expectativas de sus nuevos súbditos, al menos hasta el punto de evitar que se rebelasen. Desde el principio hubo cuestiones fundamentales sobre lo que significaba ser señor o rey de Asia y no había respuestas fáciles ni obvias.

Convertirse en un aqueménida no resultaba práctico, dado que a su propio ejército le hubiese resultado igualmente aberrante después de haber librado su guerra de venganza contra los bárbaros persas, además de a los persas que no podían haber aceptado al invasor como el elegido de Ahura Mazda. No hay pruebas de que Alejandro jugase siquiera con la idea, y el incendio de Persépolis confirmó que no era un camino que fuese a escoger, aunque copiaría aspectos del gobierno aqueménida cuando le parecieron prácticos. Antes que los persas, los medos, los babilonios y otras habían gobernado imperios en gran parte de la misma región, así que existían recuerdos de otros «reyes de Asia» que ayudaron a pavimentar el camino para uno nuevo, establecido por derecho de conquista como todos sus predecesores. Como los aqueménidas, los gobernantes victoriosos habían delegado mucho poder en las regiones, y habían permitido que las comunidades conservasen su religión, costumbres y leyes a cambio de obediencia y tributo. Los griegos, y, por lo que podemos saber, los macedonios, despreciaban a los orientales como bárbaros afeminados, sus inferiores en todos los sentidos, y tratarlos a ellos y a sus tradiciones con respeto no les resultaba natural a la mayoría. Un motivo adicional para nombrar sátrapas persas y locales era que muy pocos de los hombres de Alejandro hablaban algún idioma asiático o mostraban el más mínimo entusiasmo por aprenderlo.[478]

Alejandro combinaba instintos profundamente pragmáticos con una creencia aún más profunda de que era un ser especial, fortalecida por su visita a Siwa, personalmente superior a sus compatriotas macedonios y griegos igual que a todos los demás; se podían justificar muchas cosas mientras él quisiera hacerlas. Esto quería decir que no le repugnaba la idea de adoptar algunos rituales y aspectos de las tradiciones asiáticas como les ocurría a muchos de sus Compañeros. Algo después, Besso se autoproclamó rey de reyes con el nombre real de Artajerjes, adoptando la vestimenta de un monarca aqueménida, particularmente la tiara alta. En respuesta, Alejandro modificó su propio ropaje, adoptando una diadema de dos colores que le rodeaba la cabeza, al contrario que la corona persa, pero no era macedonia. El

pantalón era una de las marcas más llamativas de un bárbaro, y Alejandro continuó llevando las piernas desnudas como un hombre civilizado, pero sí adoptó la túnica con mangas blanca y púrpura que era más meda que persa. Conservó la capa y gorro macedonios tradicionales, este último con un lazo púrpura real a su alrededor.[479]

El experimento con este nuevo estilo comenzó simplemente para reuniones privadas con persas y otros delegados locales, antes de sentirse suficientemente animado para cabalgar con ese ropaje a plena vista. Los Compañeros de rango superior recibieron túnicas rojas, como las que llevaban los consejeros principales de la corte persa, y los animó a utilizar telas y adornos asiáticos en las sillas de sus caballos. Según continuaba el avance, más nobles persas capitulaban, y llegaron a ser todavía más prominentes en la corte. Macedonios y griegos nunca fueron desplazados ni apartados y continuaron siendo la gran mayoría, pero la importancia dada a los «bárbaros» tan recientemente derrotados resultaba ofensiva para la competitiva cultura de la corte. Con el tiempo, el rey adquirió cada vez más costumbres de los reyes orientales, incluyendo un harén con una concubina para cada noche del año. Esto no era solo apropiado para un rey de oriente, sino que tradicionalmente era un lazo útil con la nobleza de todas partes del imperio, porque las mujeres procedían de familias aristocráticas, para quienes era una fuente de considerable prestigio.[480]

Alejandro iba cambiando según trataba de consolidar su control sobre todas las tierras conquistadas. No había señal de que desease supervisar esta consolidación en un periodo de paz y calma, y como Filipo, parece que siempre estuviese pensando en la siguiente batalla y la siguiente victoria. Era señor de Asia por conquista, el heroico y victorioso líder de macedonios y griegos, y para confirmar su estatus necesitaba más gloria. A corto plazo se sentía amenazado por Besso; no se podía permitir que sus pretensiones al poder adquiriesen fuerza. Adquiriendo el papel de vengador de Darío además del de gran conquistador, Alejandro llevó a su ejército a la provincia de Hircania. Nabarzanes, uno de los nobles que había asesinado a Darío, comenzó negociaciones para rendirse y entregar la capital de la provincia. Llegaron a un acuerdo y pronto lo siguió el sátrapa de Hircania, que a su debido tiempo fue de nuevo nombrado, esta vez como representante de Alejandro, no de Darío. Por otra parte, no parece que Alejandro se fiase de Nabarzanes, y cuando regresó a la región sin autoridad fue arrestado y puede que fuese ejecutado.[481]

Hubo muy poco combate en Hircania. Una bienvenida aportación a la corte tuvo lugar cuando llegó Artabazo, padre de la amante de Alejandro, Barsine, junto con sus hijos. El resto de los mil quinientos mercenarios griegos que habían permanecido leales a Darío, pero lo

abandonaron tras su arresto, trataron de negociar. Alejandro les exigió rendición incondicional y la obtuvo, porque no tenían mucha más opción que ceder, y se sintieron aliviados al descubrir que la crueldad mostrada en el Gránico no se repetiría. Dejaron marchar a los hombres que se habían puesto al servicio de Persia antes de la gran alianza de los griegos en Corinto, mientras que el resto se unió a su ejército con la paga correspondiente. Entre los mercenarios había varios enviados, incluidos espartanos mandados por Agis, y algunos fueron arrestados durante un tiempo.[482]

Alejandro encabezó una breve campaña contra una tribu de las montañas llamados los amardos, y la coincidencia del nombre con el del grupo con el que habían luchado antes, a cientos de kilómetros, causó cierta confusión entre nuestras fuentes. Los amardos poco más podían hacer que hostigar a los macedonios, y el incidente más memorable tuvo lugar cuando Bucéfalo fue uno de los caballos robados a los mozos que los vigilaban. Alejandro amenazó con arrasar las tierras de la tribu, matar a todos los hombres y esclavizar a las mujeres y los niños si no se le devolvía el caballo. Su furia era tan obvia como el poder del ejército, de modo que los líderes tribales devolvieron rápidamente el caballo y se sometieron por completo.[483]

Después de Hircania, los macedonios fueron a Aria, donde el sátrapa Satibarzanes, otro de los regicidas, les entregó la región y fue confirmado en su puesto. Fue el primero en informar de que Besso se había autoproclamado rey, lo que espoleó a Alejandro a continuar hacia Bactria, además de adquirir los cambios de estilo señalados antes. Una vez se hubo ido el ejército, Satibarzanes masacró al oficial y a los cuarenta jinetes que Alejandro había dejado para respaldarlo y empezó a alzar a la provincia en rebelión alrededor de la capital, Artacoana (la moderna Herat en Afganistán). La noticia de esta traición por parte del desertor cambió los planes de Alejandro. Formó una columna rápida a partir de las unidades habituales, y dejo a Crátero con el resto; cubrió alrededor de ciento veinte kilómetros en dos días para llegar hasta Artacoana. La velocidad y la fuerza de la respuesta aterraron a Satibarzanes, que abandonó a sus propios hombres y huyó con una pequeña escolta para unirse a Besso poco después. Algunos de los hombres a los que había abandonado lucharon, y un grupo de ellos se hicieron fuertes sobre una peña boscosa, lo que motivó que Alejandro le prendiese fuego a los árboles, quemando o asfixiándolos a todos. Por lo demás, hubo pocas represalias y ejecuciones entre aquellos que seguían levantados en armas, pero la mayoría se rindieron y a pesar de esta rebelión, Alejandro nombró sátrapa a otro persa.[484]

Tras reunirse con el resto del ejército, Alejandro continuó el avance, y los macedonios llegaron a Drangiana. El sátrapa era otro de

los hombres que habían derrocado y asesinado a Darío, y no hizo ningún intento por rendirse, pero huyó a la India, donde recibió pocas simpatías. En algún momento futuro, se lo entregaron a Alejandro, que lo ejecutó. Durante un tiempo el ejército descansó en la capital de la región, Frada (la moderna Farah en Afganistán), donde ocurrió un incidente que incluso en su momento estuvo rodeado de incertidumbre, aunque llevaría a un cambio importante en el alto mando macedonio y eliminó uno de los lazos más prominentes con el reinado de Filipo.

Los oficiales de éxito tienden a tener una inmensa confianza en sí mismos, lo que a menudo se traduce en desdeñar a otros; solo tenemos que pensar en las rivalidades entre los mariscales de Napoleón o las menos dañinas, pero a menudo acérrimas, relaciones entre muchos oficiales aliados de alto rango durante la Segunda Guerra Mundial. En el contexto de la corte macedonia, los líderes de la expedición pasaban mucho tiempo juntos, a menudo festejando y bebiendo en un entorno donde la jactancia era de esperar, mientras todos se asegurasen de no poner en evidencia la superioridad del rey. El humor a costa de Alejandro solo podía ser suave, pero sí podían burlarse de otros y para todos los demás se trataba de una competición constante por el prestigio, el favor, el respeto y la influencia y posición formales que todo eso conllevaba. El rey era el árbitro, porque sin una jerarquía y un sistema de ascensos todos los nombramientos dependían de sus decisiones. Como el nombre «Compañeros» nos sugiere, todo esto era muy personal, lo que significaba que las amistades y las disputas podían ser más amargas, y el orden jerárquico siempre estaba sometido a cambios repentinos o graduales, según cambiase el equilibrio entre familia, logros y el afecto del rey.

La chispa que encendió un importante cambio fue una conspiración para asesinar a Alejandro, formada por un grupo de por otra parte desconocidos aristócratas macedonios que supuestamente tenían una causa real o imaginaria para pretender vengarse del rey. Uno se llamaba Dimno, y le confió el plan a su joven amante, un muchacho llamado Nicómaco a quien pidió ayuda. El chico se asustó, y a su vez se lo contó a su hermano mayor Cebalino, que era soldado, probablemente en uno de los escuadrones de los Compañeros, aunque claramente no de alto rango. Esto significaba que no tenía acceso directo al rey, así que esperó fuera de la tienda real y se aproximó a Filotas, el último hijo que le quedaba a Parmenio y jefe de los Compañeros, para contarle lo que había descubierto. Cuando no ocurrió nada, habló con Filotas una segunda vez. De nuevo, no sucedió nada, y Dimno y el resto de conspiradores seguían libres, de modo que Cebalino acudió a uno de los pajes reales y lo convenció para que le diese la información a Alejandro en persona.[485]

Parmenio estaba lejos, en Ecbatana, en una misión independiente, como tan a menudo había sido el caso tanto con Filipo como con Alejandro. De sus hijos, Héctor había muerto en Egipto, y Nicanor, el jefe de los Hipaspistas, había sucumbido a una enfermedad apenas un mes o dos antes. Alejandro había asistido en persona a los ritos funerarios del primero, pero en 330 a.C. el ritmo de la campaña hizo que tuviese que dejar un destacamento al mando de Filotas para que se encargase del funeral de su hermano mayor. Tanto Nicanor como Filotas habían desempeñado papeles importantes en todas las grandes batallas y en muchas otras operaciones, igual que su padre había controlado el ala izquierda en las tres grandes batallas y había luchado con gran distinción durante toda la campaña. Plutarco llama a Filotas amigo del joven Alejandro, aunque es conocido que acompañó a Filipo para reprobar al príncipe tras el asunto de Pixodaro, y no era uno de los cuatro amigos cercanos que posteriormente serían desterrados. Desde entonces, había luchado valientemente y parecía fiel y servicial para con el rey, por ejemplo cuando lo convenció de que utilizar la mesa de Darío como reposapiés era un buen augurio. También había recibido una generosa parte de los botines y disfrutaba de un lujoso estilo de vida; Plutarco nos dice que tenía redes de caza de veinte kilómetros de largo. Tras la captura del convoy de equipaje de Darío en Damasco en 333 a.C., tomó una amante llamada Antígona, una muchacha griega capturada y esclavizada por los persas un tiempo antes.[486]

Filotas era arrogante y jactancioso hasta para las costumbres de la corte y por ello no caía bien, aunque en público sin duda estos sentimientos se reprimían mientras continuase siendo una figura importante. Se supone que su padre lo había advertido sobre su comportamiento y su tendencia a hacer ostentación de sus nuevas riquezas. Otros importantes Compañeros, como Crátero, sentían antipatía personal, además de envidiarle el mando de la caballería de los Compañeros y el favor del rey. Durante los meses en Egipto, Filotas se había ufanado frecuentemente ante Antígona de que las victorias de Alejandro provenían del talento y heroísmo suyo y de su padre, y se había burlado de que el rey dijese que era el hijo de Zeus. La joven lo chismorreó y la noticia llegó hasta Crátero, que se lo dijo a Alejandro. La mujer fue reclutada como espía para que escuchase atentamente e informase de las conversaciones de alcoba con su amante.[487]

En Frada, Filotas no advirtió al rey de la conspiración, y más tarde diría que ignoró la información al considerarla la cháchara de un muchacho insignificante y afeminado. Alejandro se tomó el incidente mucho más en serio. Dimno fue asesinado resistiéndose al arresto o se las arregló para suicidarse, y los demás fueron detenidos, como también lo fue Filotas. Su delito había sido el de omisión, porque ni

Cebalino ni ninguno de los conspiradores afirmaron que estuviese directamente involucrado, pero Alejandro fue implacable, alentado por Crátero y otros Compañeros de alto rango, incluyendo a Hefestión, Pérdicas y Coeno, todos los cuales habían olfateado la oportunidad de su propio ascenso a expensas de Filotas. Una cosa era que el rey ignorase un informe de un complot, como había hecho con su médico, y otra muy distinta que sus supuestos amigos no le diesen esa información y jugasen así con la vida del rey. Criticar el fallo de Filotas era el modo de que el resto de los integrantes de la corte demostrasen su lealtad.

Se reunió un tribunal tradicional de ciudadanos macedonios sacados del ejército para escuchar el caso, y el rey atacó a Filotas, burlándose de él por hablar en griego culto en lugar de utilizar el dialecto macedonio, aunque el uso del griego era normal entre la aristocracia. Su fallo a la hora de hablarle al rey de la conspiración en dos ocasiones no se rebatió, y esto era suficiente para asegurar su condena, especialmente porque Alejandro estaba claramente decidido a que fuese condenado. Se citó una frase ambigua en una carta de Parmenio, y se mencionaron otros agravios, incluyendo sus críticas al rey. Filotas fue declarado culpable y torturado, en cuyo momento confesó, aunque no está clara la naturaleza concreta de su confesión. Fue entonces ejecutado, bien alanceado o apedreado. Alejandro escogió a un oficial conocido por ser amigo de Parmenio para una misión especial. Sobre camellos rápidos, disfrazado y con una escolta muy reducida, se apresuró a ir a Ecbatana antes de que la noticia del destino de Filotas llegase a oídos del padre del muerto. A su llegada, les dio a los oficiales de mayor rango unas órdenes escritas antes de presentarse a Parmenio. El anciano se alegró de verlo, deseoso de que le entregase la carta de su hijo. Mientras la abría, el único buen general de Filipo que seguía vivo, fue asesinado. Cuando apareció una furiosa turba de soldados y amenazó a los asesinos, se leyó la orden de Alejandro y la situación se calmó cuando entendieron que estaban obedeciendo al rey. De todos modos, los hombres reclamaron un entierro honorable para su distinguido general y se alcanzó un acuerdo. Le cortaron la cabeza a Parmenio y se la llevaron a Alejandro, mientras que el resto de su cadáver fue enterrado con respeto.[488]

Así acabó la vida de un hombre que había contribuido grandemente al éxito tanto de Filipo como del hijo de este. Tenía alrededor de setenta años y había sobrevivido a varios cambios de régimen en Macedonia, había contribuido a la sucesión de Alejandro al consentir que se ejecutase a Átalo seis años antes. En su momento, la verdad fue ocultada, lo que ha permitido un amplio abanico de interpretaciones de las mismas fuentes. Es posible que Filotas creyese

de verdad que la denuncia de Cebalino de un complot no fuesen más que palabras, aunque es posible que tampoco le importase mucho que la conspiración fuese real y asesinasen al rey. El complot era ciertamente auténtico, aunque no podamos saber qué lo provocó o si los conspiradores habían pensado en un sucesor. Parmenio y el hijo que le quedaba eran poderosos y se podían haber convertido fácilmente en los poderes en la sombra si Alejandro moría repentinamente, y quizá hasta lo consideraban deseable y les preocupaba la inagotable ambición del rey por más conquistas. Nuestras fuentes insinúan la existencia de inquietud al respecto de esto y del nuevo entusiasmo del rey de veintiséis años por aspectos del estilo y los rituales cortesanos orientales, algo que reaparecería en conspiraciones posteriores.

Aquellos que prefieren ver a un Alejandro más cruel y calculador retratan el episodio como una extensión de la purga que siguió a su ascenso al trono. Filotas lo provocaba con su arrogancia, Parmenio también por sus opiniones frecuentemente contrarias a las del rey y su conexión con Filipo, y ambos por la influencia de su familia, de modo que el rey simplemente había estado esperando una oportunidad para eliminarlos. Una crónica nos habla de un Alejandro escuchando morbosamente desde detrás de una cortina mientras Filotas era torturado. Por otra parte, Plutarco ve el episodio más bien como la conspiración contra Filotas de sus rivales en la corte, que avivaron las sospechas del rey hasta que este estuvo convencido de que su viejo amigo estaba tramando algo contra él. Curcio añade humor negro a su relato, haciendo que Filotas le susurrase a sus torturadores, «Crátero, dime qué quieres que diga».[489]

Fue decisión del rey matar al hijo, y una vez hecho esto, era difícil creer que el padre continuaría siéndole leal. En el contexto de la política macedonia, matar a Parmenio fue algo natural, aunque no sabemos si la ley condenaba automáticamente a los parientes de regicidas convictos o si la asamblea de ciudadanos macedonios juzgó al padre en ausencia. Ambas muertes fueron decisión de Alejandro, y ninguna de las fuentes sugiere que sufriese al tomarla, aunque la iniciativa hubiese llegado de otros. No podemos decir hasta qué punto el rey había creado o deseado la situación que le permitiese eliminar a Parmenio o simplemente decidió, según se desarrollaban los sucesos, que era lo necesario. En cualquier caso, los hombres murieron rápidamente y pronto se les unió Alejandro de Lincéstide, que hacía tres años que era prisionero, desde su supuesta conspiración. Ahora lo llevaron ante la reunión de soldados y lo condenaron tras una defensa entrecortada e incoherente. Sin embargo, los macedonios se negaron a condenar a algunos hermanos acusados de conspiración, uno de los cuales había huido antes de ser arrestado, lo que muchos tomaron

como una admisión de culpa. No parece que Alejandro insistiese tanto en la muerte de aquellos hombres, quizá con la esperanza de desplegar su sentido de la justicia, y también es posible que los soldados hubiesen querido reivindicar su independencia, suponiendo que el resultado no sería crucial.[490]

Parmenio era popular, ampliamente respetado y fue llorado por quienes habían luchado a sus órdenes. Quienes deseaban ver la mano de Alejandro en todo afirman que licenciar a los tesalios fue una maniobra deliberada para debilitar la posición del general al mandar de vuelta a casa a aquellos jinetes de élite que habían servido a sus órdenes durante tantos años. Del mismo modo, que estuviese lejos del ejército principal dedicado a una tarea aparentemente menor, se puede ver como otro paso en dirección a su eliminación. Pero en ninguno de los casos son esas las conclusiones a las que se llega más naturalmente, y probablemente se debió simplemente al azar que los sucesos tuviesen lugar en este momento, del mismo modo que se debió al azar la muerte de Nicanor. Ninguno de los autores antiguos sugiere que hubiese pruebas claras de una conspiración por parte de Parmenio, y resulta sorprendente que no parece que se inventasen detalles póstumamente para justificar su muerte. Las fuentes antiguas tampoco afirman que Alejandro tuviese un plan deliberado contra su general de mayor rango. Parmenio era respetado, pero no era un argéada y no podía ser rey. Una vez asesinado y desaparecido su linaje masculino, el ejército podría lamentar su pérdida, pero no tenía motivos para actuar y oponerse a Alejandro. Este era el rey, su líder victorioso, y lo necesitaban para completar esa victoria y llevarlos de vuelta a casa para disfrutar de su gloria y sus botines.

469. Arriano, Anábasis 3.18.10, 19.1-3, Diodoro Sículo 17.73.1, Curcio 6.2.11-14.
470. Arriano, Anábasis 3.18.10, 19.1-3, Diodoro Sículo 17.73.1, Curcio 6.2.11-14.
471. Arriano, Anábasis 3.5-8, Curcio 6.2.10, 15-17, Plutarco, Alejandro 42.3, Diodoro Sículo 17.74.3-4 con ligeras diferencias acerca de los detalles y la cronología.
472. Sobre los refuerzos, Curcio 5.7.12.
473. Arriano, Anábasis 3.19 6-8, 20.3-4.
474. Ibid., 3.21.7.
475. Sobre la persecución, véase Arriano, Anábasis 3.20.1-22.6, Plutarco, Alejandro 42.3-43.3, Diodoro Sículo 17.73.2-3, Curcio 5.13.15-25, Justino, Epítome 11.15.1-14.
476. Curcio, 6.2.15-16, Diodoro Sículo 17.74.3, Justino, Epítome 12.3.2-3, Plutarco, Alejandro 47.1-3.
477. Plutarco, Alejandro 40.1.
478. Para una exposición útil sobre estos temas generales, véase M. Olbrycht, «Macedonia and Persia», en K. Roisman e I. Worthington (eds), A Companion to Ancient Macedon (2010), pp. 351-60 y R. Lane Fox, «Alexander the Great. The “last of the Achaemenids?”», en C. Tuplin (ed.), Persian Responses. Political and Cultural Interaction with(in) the Achaemenid Empire (2007), pp. 267-311.
479. Plutarco, Alejandro 45.1-2, Curcio 6.6.2-10, Arriano, Anábasis, 4.7.4, Diodoro Sículo 18.48.5, con A. Bosworth, “Alexander and the Iranians”, JHS, 100 (1980), pp. 1-21, esp. 4-5.
480. Diodoro Sículo 17.77.6-7, Curcio 6.6.8, Justino 12.3.10 sobre el harén, con cierto debate sobre si contaba con trescientas sesenta o trescientas sesenta y cinco mujeres, dependiendo de la duración del año en curso.
481. Curcio 6.4.12-14, 5.22-3, Arriano, Anábasis 3.23.4, 28.2, 4.7.1, 18.1.
482. Arriano, Anábasis 3.23.1-9, Curcio 6.5.1-10.
483. Arriano, Anábasis 3.24.1-3, Curcio 6.5.11-22, Diodoro Sículo 17.76.3-8.
484. Arriano, Anábasis 3.25.1-8, Curcio 6.6.13, 20-34.
485. Sobre la conspiración, las fuentes principales son Arriano, Anábasis 3.26.1-4, Diodoro Sículo 17.78.4, 79.1-80.1, Plutarco, Alejandro 48.1-49.7, Curcio 6.7.1-11.40, 7.2.11-34 (que es de lejos la crónica más larga, pero también está influida por las condiciones en Roma en la época del autor), con exposiciones en W. Heckel, «The conspiracy against Philotas», Phoenix, 31 (1977), pp. 9-21, E. Badian, «The death of Parmenio», Transactions and Proceedings of the American Philological Association, 91 (1960), pp. 324-38 y

«Conspiracies» en Badian, Collected Papers on Alexander the Great, pp. 420-55, esp. 427-32.
486. Plutarco, Alejandro 40.3, 48.1-3, Moralia 339d-f; señala también las grandes riquezas entregadas a Parmenio, por ejemplo la casa cuyo dueño anterior había sido el eunuco Bagoas, que se decía que contenía ropajes por valor de mil talentos, Plutarco, Alejandro 39.7.
487. Plutarco, Alejandro 48.4-5.
488. Hammond (1994), pp. 183-7.
489. Curcio 6.11.18 (vía Loeb).
490. Hammond (1994), p. 185, acepta Diodoro Sículo 17.80.1 y Justino, Epítome 12.5.3, que afirman que Parmenio fue condenado formalmente por el tribunal de macedonios; sobre Alejandro de Lincéstide, Curcio 7.1.5-9, Diodoro Sículo 17.80.2, Justino, Epítome 12.14.1; sobre los hermanos, Arriano, Anábasis 3.27.1, Curcio 17.80.2.
10. El mayor era Amintas, que murió en un asedio poco después, Arriano, Anábasis 3.27.3.

24.
LA TIARA RECTA

El descanso esperado con tanto afán por la mayoría del ejército les era esquivo, porque cuando una guerra parecía acabar, empezaba otra. Alejandro libraría solo una batalla importante más, y nunca volvería a atacar una ciudad tan grande y con tan formidables defensas artificiales como Tiro o Gaza, donde los asedios duraron meses. Aun así, se pasaría en campaña la mayor parte del resto de su vida, y lucharía en muchas ocasiones en pequeñas escaramuzas, en choques con miles de soldados, y especialmente asediando y asaltando docenas de asentamientos con murallas de barro. La mayor parte del resto de su vida estuvo dedicada a marchar y cabalgar, kilómetro tras kilómetro y día tras día, a dormir en tiendas, en modestas chozas en aldeas o, de vez en cuando, en las casas más lujosas de los asentamientos más grandes. Además de los viajes agotadores, el combate era algo habitual fuese cual fuese su escala, y continuó luchando y venciendo al precio de añadir nuevas incorporaciones a su largo catálogo de heridas. Estos últimos años de la carrera de Alejandro a menudo carecen del drama evidente y la narrativa sencilla de los grandes enfrentamientos con Darío, porque muy a menudo el ejército se dividía en varias columnas que operaban de manera independiente, por no mencionar los numerosos destacamentos y guarniciones que iban dejando atrás para controlar el territorio conquistado. Tanto Filipo como Alejandro habían dividido y vuelto a reunir al ejército dependiendo de la situación estratégica del momento, y las grandes batallas eran siempre escasas. Lo que había cambiado era la escala, porque Alejandro tenía un número sustancialmente mayor de soldados en armas del que su padre había reunido jamás, y las distancias eran mucho mayores, igual que los extremos del terreno y el clima.

Las reformas en la estructura del ejército reflejan esta menor escala de las operaciones, aunque en algunos casos los detalles y los momentos no están claros. Después de Gaugamela, cada *ile* de la

caballería de Compañeros fue dividida en dos subunidades permanentes con una fuerza teórica de alrededor de cien hombres, y puede que algo después los Hipaspistas fuesen reorganizados para crear un nivel de mando añadido. En cada caso, puede que esto ocurriese como reconocimiento formal de una práctica común ya existente. En menos de un año, los Compañeros también operaban en hiparquías, compuestas por dos *ilai*, y a su debido tiempo se formaron ocho hiparquías, quizá con un aumento sustancial del número de jinetes, a menos que cada unidad hubiese sido reducida. Puede que para algunos contingentes hubiese cambios en el equipamiento, y alrededor de esta época aparece una unidad de caballería ligera armada con lanzas o jabalinas; algunos estudiosos creen que esta unidad fue reclutada localmente, pero dado que al mismo tiempo desaparece la caballería ligera *sarissophoroi*, es más probable que les diesen un nombre nuevo y quizá armas más cortas para sustituir a las lanzas largas que utilizaban hasta entonces. Llegó un importante número de tropas licias en 330 a.C., junto con más mercenarios, y durante los años siguientes comenzaron a aparecer en número creciente contingentes de caballería reclutados en las satrapías centrales y orientales. Estos hombres solían ser excelentes jinetes, y su estilo de lucha era muy adecuado al paisaje y al modo de combate de la región, lo que los convertía en un activo importante además de ser una fuerza de trabajo añadida. Del mismo modo, como ocurría con mercenarios griegos y de otros lugares, era mucho mejor mantener ocupados a hombres inquietos y belicosos como parte del ejército de Alejandro que permitirles plantear la posibilidad de luchar contra él. Por lo que sabemos, esos soldados servían en unidades separadas, y aparte de una escolta real adicional de nobles persas, a ninguno se le dio demasiada prominencia o estatus.[491]

Filotas había dirigido la caballería de los Compañeros desde 334 a.C., pero tras su ejecución en 330 a.C., Alejandro decidió no confiarle esta responsabilidad a una sola persona y dividió el mando entre Hefestión y Clito el Negro. Este último era un experimentado soldado que había servido en muchas de las campañas de Filipo, y más recientemente había encabezado el escuadrón real y le había salvado la vida a Alejandro en el Gránico, y pocos se habrían sorprendido por el nombramiento. En contraste, Hefestión no parece que liderase nunca una unidad en acción, lo que convertía su nombramiento en un descarado acto de fe y favoritismo por parte de Alejandro hacia su viejo amigo, cuya agresiva lealtad había quedado demostrada recientemente en la condena de Filotas. El ejército macedonio era el estado en armas, y, como el gobierno en general, no tenía una jerarquía fija ni un sistema de ascensos, así que estaba conformado según las decisiones del rey, que a su vez reflejaban la influencia de

individuos y familias aristócratas. Mientras que Filotas sí había tenido alguna experiencia antes de que se le entregase el mando de la caballería de los Compañeros, seguía siendo muy joven para un puesto tan importante, y que fuese elegido era un reflejo de la importancia de su padre tanto como de sus propios antecedentes y talento. Arriano atribuye la división del mando de la caballería de élite a una cuestión fundamentalmente de confianza. No está claro cuándo se introdujeron las hiparquías, de modo que la reorganización pudo haber ocurrido en la misma época o después.[492]

Aunque Alejandro dividió el mando de la caballería de los Compañeros, mantuvo a los Hipaspistas bajo un mando único, lo que quiere decir que el miedo por confiar tanta responsabilidad sobre los soldados más cercanos a él no era su única preocupación, y la reforma quizá reflejase el modo en que se utilizaban los escuadrones de caballería. Fuesen cuales fuesen sus ventajas políticas o prácticas, cualquier aumento en el número de oficiales también conllevaba la creación de nuevos puestos permanentes, con toda la paga y prestigio asociados al rango. Se supone que Alejandro tomó en cuenta la hoja de servicios para nombrar a los nuevos mandos, aunque sin duda también pesaron otros factores como la familia y los contactos. Los nuevos oficiales le debían su ascenso, y eran prueba visible de que el valor y la lealtad al rey serían recompensados.[493]

La relación entre los macedonios y su rey era en el fondo personal, y encuentra su expresión más clara en el ejército, particularmente para un rey como Alejandro, constantemente en guerra y constantemente victorioso. Con el tiempo, el ejército había establecido lazos con Alejandro como líder por derecho propio y no solo por ser el hijo y sucesor de Filipo. La intensidad del combate y la inmensa escala de sus victorias desde 334 a.C. añadieron inercia y velocidad al proceso, pero no borraban el pasado. Filipo llevaba muerto menos de una década, y muchos hombres de todos los rangos también habían compartido su gloria y sus éxitos, y estos también estaban firmemente atados a la propia sensación de orgullo y valía que tenían sus soldados. Pero es demasiado simplista verlo como la vieja guardia de los hombres de Filipo opuesta a la generación de Alejandro, porque en ambos existía un amplio abanico de opiniones y lealtades, gustos, antipatías y rivalidades personales que había que reconciliar, o al menos mantener en equilibrio. Las recompensas y los ascensos ayudaban a motivar a los hombres a que continuaran obedeciendo a su rey y combatiendo por él, aunque las metas de la expedición hubiesen cambiado tan profundamente.

Existía otro lado de la moneda, y más o menos por esta época se formó una unidad especial de «los Alborotadores» (*Ataktoi*) con cualquiera de cuya lealtad se sospechase. Una crónica nos habla de

que Alejandro ordenó que las cartas que los soldados enviaban a casa se leyesen y se tomase nota de cualquier muestra de afecto claro hacia Parmenio y de cualquier crítica hacia Alejandro o hacia la guerra. Independientemente de que el nuevo «batallón de castigo» estuviese restringido a hombres con opiniones políticas sospechosas o incluía a otros delincuentes, se dijo que sus integrantes lucharon con excepcional valentía en la esperanza de redimirse, aunque no ha quedado registrado ningún ejemplo concreto de sus acciones. El rey podía recompensar y castigar, mientras que el destino de Filipo había demostrado que ni siquiera los más victoriosos estaban libres de ser asesinados. Los oficiales nombrados por Alejandro eran puestos constantemente a prueba por la campaña, y cualquier revés o decepción lo dejaban en mala posición. No podía permitirse ignorar el talento y la reputación en favor de la lealtad ciega, y tenía que equilibrar cada nombramiento, tanto para satisfacer el buen comportamiento esperado de un monarca macedonio como para mantener la moral y la efectividad para que su ejército continuase ganando batallas.[494]

Del mismo modo, su corte y su gobierno también tenían que funcionar lo suficientemente bien como para mantener la estabilidad de su nuevo imperio, minimizar las rebeliones y permitirle extraer los recursos de dinero, fuerza de trabajo, animales de monta y de carga y suministros que deseaba para alimentar sus campañas. Las fuentes y especialmente los estudios modernos ponen su foco en las tensiones y problemas de Alejandro mientras trataba de congeniar ser rey de los macedonios y «señor de Asia». Y no debemos subestimar dichas tensiones, porque todo había ocurrido tan deprisa que no había un precedente que pudiera seguir. Algunos nobles persas estaban dispuestos a servir al nuevo señor y lo hicieron de modo leal y capaz, mientras que otros se le resistían y lo combatían, y también había quienes dudaban entre una postura u otra. No conocemos su versión de la historia, y no podemos juzgar cómo vieron los conquistados la adopción por parte de Alejandro de nuevas ropas y costumbres. Puede que a algunos les hubiese resultado de tan mal gusto como a muchos de los macedonios, aunque por distintos motivos, pero ocultaron sus sentimientos dado que el poder y el dominio de Alejandro eran lo que importaba.[495]

Se desarrollaron cortes y administraciones dobles que operaban en paralelo, mientras Alejandro se esforzaba por actuar como gobernante de los macedonios y de sus nuevos súbditos. Comenzó a utilizar el sello real de Darío para su correspondencia con los nobles y las comunidades asiáticas, y conservó el suyo propio como rey de Macedonia para los macedonios y los griegos. Deseaba que la administración existente continuase hasta donde fuese posible, sobre

todo a nivel local, de modo que quizá lo ayudasen las imágenes familiares del gobierno persa, de ahí que al principio reservasen su nuevo estilo de vestir para las reuniones con los súbditos asiáticos. Aunque formó un harén, no parece que, al contrario que los aqueménidas, viajase con él en campaña, dado su habitual ritmo veloz, así que es posible que solo lo llevase cuando hubiese planeado acampar unas pocas semanas o más en el mismo sitio. Ninguna fuente menciona que, en lugar del harén completo, lo acompañase gran parte del tiempo una selección de concubinas, pero por otra parte a menudo nuestras fuentes no dicen nada acerca de asuntos como este. Puede que su amante Barsine lo acompañase parte del tiempo, y quizá también había otras amantes. La madre, hijas e hijo de Darío se habían quedado en Susa hacía tiempo, ahora que su importancia política había disminuido. Continuaron tratándolos con toda cortesía, y Alejandro ordenó que los hijos recibiesen una educación griega además de la tradicional, lo que puede ser indicación de que ya estaba considerando la posibilidad de tomar a una de las princesas por esposa en algún momento futuro. Se dice que una costumbre macedonia horrorizó a la madre de Darío cuando le regalaron los utensilios para hacer lana y tejer ropa. Para ella esa era una labor de esclavos, hasta que se le explicó que era una actividad normal para las mujeres argéadas y que Alejandro llevaba ropas hechas por su madre y su hermana.[496]

En 330 a.C., Bagoas, un antiguo favorito de Darío y (como su tocayo asesino que había elevado al rey persa al trono) eunuco, acudió a Alejandro para negociar la rendición de Nabarzanes, uno de los seguidores más importantes de Darío y después de Besso. Atractivo, políticamente ágil y deseoso de complacer, el eunuco se ganó la confianza del nuevo rey y algunas fuentes afirman que se convirtieron en amantes. El conocimiento que tenía Bagoas de la política cortesana y de los cortesanos más destacados resultaba útil, especialmente porque debía hablar griego, lo que ayudaba a Alejandro a entender a los hombres con los que quería trabajar; la importancia del eunuco es comprensible. Nos es imposible afirmar si era algo más que esto, y la profunda repulsión que griegos y romanos sentían por los eunucos puede apuntar más bien a que fuera un símbolo del declive de Alejandro hacia la decadencia oriental que como reflejo de su verdadera importancia. Incluso así, solo se le menciona ocasionalmente, y casi siempre de un modo general más que por estar relacionado con un incidente concreto.[497]

No sabemos cuánto lujo rodeaba a Alejandro durante las campañas y cuántos cortesanos lo acompañaban en un momento dado. Estuviese donde estuviese, era el rey, rodeado de guardias y oficiales, pero la importancia de las ceremonias y su opulencia variaba, y solo

estaba rodeado de toda su pompa partes del año. Algunos aspectos de su papel continuaban allá donde estuviese, y Plutarco señala que Alejandro era un escritor extraordinariamente prolífico (o, estrictamente hablando, más bien dictaba) de cartas. Resulta notable que Alejandro se llevase mejor con la aristocracia macedonia mientras estaba en campaña, cuando todos estaban ocupados, tenían un objetivo y un papel claro, y el rey podía dar ejemplo de valor y talento. Tuvieron lugar focos de tensión durante los descansos entre operaciones, cuando el ejército se detenía y descansaba durante semanas o meses, lo que permitía que llegasen más miembros de la corte. Todos estaban cansados y tenían el tiempo suficiente como para ofenderse por cualquier favor mostrado a persas y otros locales, aunque deberíamos señalar que mientras que macedonios y griegos ostentaban la mayoría de los puestos clave relativos a los territorios conquistados, ningún persa fue nombrado para tratar con macedonios o griegos ni parece que tuviese influencia real en asuntos que afectasen a estos. Aun así, las influencias persas y algunos persas eran visibles, especialmente durante los periodos de descanso, y era algo que no ocurría unos pocos años antes.[498]

Alejandro dejó Frada poco después de las muertes de Filotas y Parmenio a finales de 330 a.C., aunque no antes de rebautizar la ciudad como Proftasia (Premonición) para señalar la derrota de los conspiradores antes de que pudiesen atacar. Dirigiéndose al sur, llegó a una tierra fértil alrededor del lago Sistán y el valle del río Helmand. Los locales no ofrecieron resistencia. Los ariaspianos eran también conocidos como los «benefactores» por su generosidad al alimentar al hambriento ejército de Ciro en el siglo VI a.C. Los hombres de Alejandro estaban en mucho mejor estado, aunque los suministros eran siempre bienvenidos y la pronta sumisión dio pie a términos generosos que concedían a las comunidades un autogobierno considerable. Curcio afirma que Alejandro permaneció dos meses en aquel territorio, mientras que el relato de Arriano nos dice que los macedonios se pusieron en marcha mucho antes, siguiendo el curso del río. Más o menos por esta época, Ptolomeo, el futuro rey de Egipto, fue nombrado uno de los siete guardaespaldas del rey, ocupando una vacante dejada cuando uno de sus miembros fue arrestado y ejecutado por su supuesta participación con Filotas o los otros conspiradores.[499]

Hubo poca o ninguna resistencia al avance principal de Alejandro, y un pueblo tras otro fueron sometiéndose, lo que dio pie al

nombramiento de un sátrapa respaldado por varios miles de soldados para supervisar la zona. El hombre escogido era macedonio, lo que suponía un cambio frente a los recientes nombramientos de asiáticos, aunque no fue un cambio permanente. Llegó la noticia de que Satibarzanes había vuelto a la cabeza de dos mil jinetes para asaltar su antigua satrapía de Aria, ahora en la retaguardia de Alejandro mientras este se dirigía hacia Bactria en busca de Besso. Envió un potente destacamento a las órdenes de dos Compañeros, que debían cooperar con Fratafernes, sátrapa de Partia. Antes de continuar su avance, Alejandro fundó otra ciudad con su nombre, Alejandría de Aracosia (la actual Kandahar), con una población mixta de locales y colonos extraídos de entre los mercenarios, civiles y soldados declarados no aptos para el combate por heridas o enfermedad. Desde ahí se dirigió a lo que ahora es Kabul a través de una ruta bien trillada a lo largo de los siglos[500]. Fundó otra Alejandría, cerca de la moderna Begram, y el ejército descansó durante un tiempo el resto del invierno.[501]

A finales de marzo o principios de abril de 329 a.C., Alejandro retomó la persecución de Besso, de quien se decía que estaba en Bactria a la cabeza de casi diez mil hombres. En el camino del ejército Macedonio se encontraban unas montañas que creyeron, equivocadamente, que eran parte del Cáucaso, quizá conectadas con los montes Tauro, no lejos de donde se había librado la batalla de Issos. Alejandro y sus hombres estaban ya más allá de las tierras de las que los griegos tenían conocimientos geográficos seguros, y dependían más que nunca de los guías locales. De hecho, tenía delante una cordillera del Hindú Kush, aunque no es que el hecho importase desde su perspectiva, excepto porque incluso los informas más básicos le habrían dicho que eran más altas que cualquier otra montaña que hubiese visto antes. Había tres pasos: el de Shibar, más frecuentemente utilizado por viajeros y relativamente sencillo; el de Khawak, extremadamente difícil; y el Paso de Salang, que era prácticamente imposible, al menos para un ejército. Besso había empezado a hacer estragos en las tierras al otro extremo de la ruta principal, sabiendo que a cualquier ejército le quedarían pocos o ningún suministro para cuando llegasen tan lejos.

Alejandro tomó el Paso de Khawak, donde el camino asciende hasta una elevación de alrededor de tres mil quinientos metros y los picos son todavía más altos. La primavera llegaba tarde; aparentemente, partiendo de los análisis de los anillos de los árboles, durante varios años por esta época los veranos fueron considerablemente más fríos que la media. En el suelo había hielo y nieve, lo que dificultaba la marcha, y los soldados o los animales no habían experimentado nunca el aire enrarecido de aquellas latitudes.

La comida empezó a escasear, aunque los aterrados aldeanos de los diminutos asentamientos que encontraban en el camino les entregaban rápidamente cuanto podían al ver la presencia de los fuertemente armados soldados extranjeros. No era suficiente. Los animales suelen morir antes que los hombres, y el rey ordenó que todavía más animales de carga fuesen sacrificados para comérselos. La poca leña que tenían disponible para hacer hogueras se consumió rápidamente, de modo que debían comerse la carne cruda y deprisa, antes de que se congelase y se pusiera demasiado dura para comer. Cansados y hambrientos, los hombres sufrían de congelación y ceguera provocada por la nieve, o estaban tan agotados que sencillamente se detenían y se tumbaban o se aferraban a los árboles. Si no los incitaban a moverse, morían allí, de modo que Alejandro dio ejemplo de espolearlos, moviéndose de aquí a allá por la columna de rezagados y animándolos y gritándoles que siguieran adelante. Otros siguieron su ejemplo y tras unos diecisiete días el ejército pasó al otro lado, donde en un terreno más cálido, con mejor acceso a la comida, los hombres descansaron y recuperaron fuerzas mientras esperaban a los rezagados.[502]

Besso se retiró en cuanto supo que Alejandro había cruzado las montañas y se dirigió al río Oxo para poner otra barrera física entre él y su enemigo. Esto suponía dejar que los macedonios tomasen Bactria, y en unos días los siete u ocho mil jinetes bactrianos que formaban la mayor parte del ejército de Besso se dispersaron y regresaron a sus casas; no estaban de humor para luchar por un líder que había abandonado así a sus familias. Hubo poca o ninguna resistencia al avance macedonio, y las comunidades, incluyendo la importante ciudad mercantil de Bactra, la capital de la región, les abrieron las puertas a los invasores. Todo parecía ir bien, y Artabazo, el padre de Barsine, fue nombrado sátrapa de Bactria. También se recibieron las muy bienvenidas noticias de la derrota y muerte de Satibarzanes, cuya cabeza le llevaron como prueba. En un estilo apropiadamente homérico, el antiguo sátrapa había muerto en combate singular con Erigio, natural de Mitilene, pero hacía tiempo asentado en Macedonia; había recibido tierras en Anfípolis y fue nombrado Compañero del rey. Era uno de los amigos del joven Alejandro desterrados después del asunto de Pixodaro, y era bastante mayor que los demás; según Curcio, ahora tenía el cabello canoso y era un anciano. Un aspecto menos satisfactorio de la campaña fue la deslucida, quizá desleal, conducta del persa que había nombrado como sátrapa de Aria, quien fue rápidamente sustituido por un macedonio.[503]

La distancia desde Bactra al Oxo era de alrededor de ochenta kilómetros, la mayor parte de desierto, así que después de solo unas semanas enfrentándose al frío y la congelación, los soldados tuvieron

que soportar el abrasador calor del verano en un terreno sin agua. Lo aconsejable era recorrer la mayor distancia posible durante la noche, pero todavía tenían que aguantar las temperaturas diurnas superiores a treinta y ocho grados. El suministro de agua se agotó más deprisa de lo esperado, y los sedientos hombres acudieron naturalmente al vino, cuyo contenido alcohólico los dejó todavía más deshidratados, mientras muchos caballos se desplomaban muertos. Como siempre, en estos momentos era cuando Alejandro mostraba su cara más inspiradora. Supuestamente, aparecieron dos veteranos con un poco de agua, que obedientemente le ofrecieron al rey. Les preguntó que dónde iban a llevarla y cuando le dijeron que se la llevaban a sus hijos, Alejandro se negó a beber nada y les dijo que se fuesen.

Al fin, Alejandro y la vanguardia llegaron a la orilla del Oxo a la puesta del sol. Ordenó que se encendiesen faros sobre la cima de una colina para guiar a los muchos miles de hombres que se habían rezagado e intentó organizar que hubiese agua y comida disponible para cuando llegasen. Pero algunos de los que ya habían llegado bebieron mucha agua demasiado deprisa y murieron, lo que causó más bajas que cualquier batalla hasta entonces, según Curcio. El mismo autor describe cómo Alejandro, «todavía con su coraza y sin haber comido ni bebido, se apostó en el camino por el que se acercaba el ejército y no se retiró a refrescarse hasta que todo el ejército hubo pasado». Incluso con su ejército completo una vez más, se enfrentaba al problema de cómo cruzar el ancho río, porque Besso había destruido o se había llevado todos los botes de la zona. Los esfuerzos por construir un puente fracasaron porque el lecho era demasiado blando para los pilares, y las partidas de avituallamiento no encontraron suficiente madera en la zona. En lugar de ello, como en una de sus primeras campañas, les ordenó a los hombres que construyesen balsas utilizando telas de las tiendas rellenadas con paja y cosidas. Afortunadamente no había oposición, porque tardaron cinco días en transportar a las tropas y los animales a la otra orilla. Parte del ejército no llegó a cruzar, porque según Arriano, Alejandro licenció a los voluntarios tesalios y a muchos macedonios demasiado agotados como para soportar los rigores de una campaña. Era un lugar extraño para hacer esto, después de haber hecho que esos hombres sudasen sangre para cruzar el Hindú Kush y luego el desierto, y Arriano no nos ofrece explicación alguna. Quizá, como en 330 a.C., había esperado hasta estar seguro de que su oponente no había reunido un ejército de campo antes de decidir que podía reducir sus propias fuerzas. Por otra parte, quizá se percató de que aquellos hombres no estaban dispuestos a seguir adelante, así que optó por dejarlos marchar en lugar de permitir que el descontento se transformase en algo peor. Si la historia tiene algo de cierto, alimenta la paradoja de un líder capaz de inspirar

a otros en momentos de extrema dureza a la vez que en otras ocasiones fracasaba completamente a la hora de juzgar el estado de ánimo de quienes lo rodeaban.[504]

A estas alturas Besso no tenía un gran ejército, y pronto no tendría ejército alguno. En una repetición de cuando él mismo derrocó a Darío, fue arrestado por dos de sus seguidores de mayor rango, los nobles sogdianos Espitamenes y Datafernes, que enviaron un mensaje a Alejandro ofreciéndole entregarle a su cautivo. Se le encargó a Ptolomeo dirigir a varios miles de hombres, incluyendo tres de las recientemente creadas hiparquías de Compañeros, para recoger al hombre que se había autoproclamado rey de Persia. Posteriormente, escribiría un heroico relato sobre lo ocurrido a continuación, con él cabalgando rápidamente al punto de encuentro acordado, temeroso de una emboscada, y se hizo con Besso sin siquiera ver a un noble o sus tropas, porque le habían dejado al prisionero en una aldea. Los líderes importaban poco dado que ninguno había mostrado intención de autonombrarse rey y no habían desafiado el derecho a gobernar de Alejandro.

Otros dieron versiones distintas y menos dramáticas, pero todos están de acuerdo en que Alejandro se mostró encantado y dio instrucciones de cómo debían llevar ante él al autoproclamado rival. Desnudaron a Besso, le pusieron un collar de madera alrededor del cuello y fue encadenado de pie junto al camino. Alejandro llegó en su momento en un carro, lo que era importante, como símbolo de la realeza persa, y exigió saber por qué Besso se había vuelto contra su legítimo soberano Darío (que por supuesto había sido atacado y perseguido hasta la muerte por los macedonios). La traición se plasmaba con cada golpe del látigo mientras azotaban al antiguo sátrapa. Más tarde le cortaron la nariz y las orejas, porque se suponía que un auténtico rey persa debía ser físicamente perfecto. De nuevo encontramos distintas versiones sobre los detalles del lugar y el método concreto en que fue ejecutado. Lo que está claro es que Alejandro figuró como el vengador de Darío y se esforzó por involucrar a la familia real y a la nobleza persas en el castigo del usurpador y asesino. Arriano, en una de sus raras críticas hacia Alejandro, creía que el uso de la tortura y la mutilación eran señales de que el rey estaba sucumbiendo a las influencias bárbaras.[505]

Los soldados griegos y macedonios de todos los rangos estaban cansados y muy lejos de casa. Darío estaba muerto, y también Besso, el único aspirante serio a sucederlo que había aparecido. Habían hecho a su rey señor de Asia y tomado un gran imperio, y una vez más sin duda pensaron que la guerra había terminado. Alejandro tenía otras ideas.

491. Arriano, Anábasis 3.16.11, 4.22.7, 23.1, 24.1, con Hammond, Alexander the Great. King, Commander and Statesman, pp. 191-2, P. Brunt, «Alexander's Macedonian cavalry», JHS, 83 (1963), pp. 27-46, Bosworth, Conquest and Empire, pp. 268-73.
492. Arriano, Anábasis 427.4; Filotas es nombrado 1.2.5, 5.9-11 dirigiendo unidades en 335 a.C., pero aparte de eso nada sabemos de su experiencia militar antes de ser nombrado jefe de la caballería de los Compañeros.
493. Arriano, Anábasis 3.16.11, Diodoro Sículo 17.65.3.
494. Diodoro Sículo 17.80.4, Curcio 7.2.35-8, Justino, Epítome 12.5.5-8.
495. Bosworth, «Alexander and the Iranians», pp. 1-21 sigue siendo un excelente análisis que enfatiza las dobles cortes y administraciones, y la preponderancia de macedonios y griegos.
496. Diodoro Sículo 17.67.1, Curcio 5.2.17-19, Arriano, Anábasis 3.22.6, con Carney, «Alexander and the Persian women», pp. 563-83, esp. 571-5, 577.
497. Curcio 6.5.23, 10.1.22-38, Plutarco, Alejandro 67.7-8, Moralia 66d; sobre el escepticismo acerca de una relación física, véase Ogden, Alexander the Great. Myth, Genesis and Sexuality, pp. 167-70.
498. Plutarco, Alejandro 41.1-42.2.
499. Arriano, Anábasis 3.27.4-28.1, Curcio 7.3.1-3.
500 En 1880, durante la Segunda Guerra Anglo-Afgana, Lord Roberts (otro hombre de pequeña estatura que montaba «el caballo más grande que pueda», aunque producto de una sociedad y épocas muy diferentes) y su ejército anglo-indio siguió la misma ruta en dirección opuesta de camino a Kandahar.
501. Arriano, Anábasis 3.28.1-4.
502. Ibid., 3.28.8-10, Curcio 7.3.5-23, 4 22-5, Diodoro Sículo 17.82.2-83.1, con Hammond (1994), pp. 190-1, F. Holt, Into the Land of Bones. Alexander the Great in Afghanistan (2006), pp. 32-6, sobre los veranos más fríos de lo habitual H. Grudd et al., «A 7400-Year tree ring chronology in northern Swedish Lapland: Natural climate variability expressed on annual to millennial timescales», Holocene, 12 (2002), pp. 657-65 y S. Helama et al., «Supra-long Scots pine tree-ring record for Finnish Lapland: Part 2, Interannual to centennial variability in summer temperatures for 7500 years», Holocene, 12 (2002), pp. 681-7.
503. Arriano, Anábasis 3.28.3, 8-29.5, Curcio 7.4.32-40, Diodoro Sículo 17.83.5-6.
504. Curcio 7.5.1-16, con 7.5.16 (vía Loeb) para la cita, con Bosworth, Conquest and Empire, pp. 107-8, Holt, Into the Land of Bones, pp. 37-8.
505. Arriano, Anábasis 3.29.6-30.5, 4.7.3, Curcio 7.5.19-26, 36-43.

TERCERA PARTE:
ALEJANDRO, SEÑOR DE ASIA 329-323 A.C.

«No importaba lo que hubiese conquistado, no se detendría»

25.
LA ESPADA Y LA LLAMA

Alejandro llevaba tiempo pensando en la India, y quizá ahora esperaba tener el camino despejado para avanzar en esa dirección, pero por el momento continuó hacia el norte, hacia el río Orexartes (el moderno Sir Darya). Tampoco encontró resistencia y el trayecto era más fácil al llegar a Maracanda (la moderna Samarcanda en Uzbekistán), la capital de la satrapía de Sogdiana. Era el límite del imperio persa, porque los persas nunca habían establecido un control duradero más allá del río, y cuando llegó a su orilla meridional, Alejandro ofreció sacrificios tal como había hecho junto al Danubio en 335 a.C. Dado que era la frontera del imperio persa, también lo sería de su nuevo reino, y aceptó ofrendas de amistad y alianza de parte de los nómadas sacas del otro lado del río. Alejandro, y posteriormente los griegos y los romanos, creía que el río conectaba con el Don en Europa, así que no era simplemente el límite del imperio, sino casi el límite de la propia Asia. Se creía que en la otra orilla del Orexartes no había nada digno de conquistarse, simplemente tramos de praderas vacías, casi desérticas, que llegaban hasta las orillas de los grandes mares que rodeaban los tres continentes.[506]

Parece que en Sogdiana, Bactria y las satrapías vecinas el dominio persa era más tenue. Hay pruebas de que asentamientos como Maracanda y Bactra eran prósperos centros de comercio y que muchos de los contactos con los sacas al norte y las comunidades cercanas eran pacíficos, al menos para los criterios del Mundo Antiguo. Pero esas regiones también presumían de una orgullosa cultura guerrera, y todos los asentamientos conservaban sus murallas, así que no carecían de conflictos o enemistades. Alejandro y sus hombres habían avanzado contra Besso y no habían combatido a la población en general, lo que era un importante motivo para que no tuviesen una oposición generalizada. Para los locales, los invasores podían simplemente haber estado de paso, y aunque la identidad de sus sátrapas y otros mandatarios cambiase, era muy probable que todo continuase siendo

igual.[507]

Los ánimos cambiaron a finales del verano de 329 a.C. Cerca del Orexartes, Alejandro fundó una nueva ciudad, Alejandría Escate («la más lejana», probablemente cerca de Juyand, la antigua Leninabad en Tayikistán). Esto demostraba que los invasores planeaban quedarse y fue necesario embargar tierras, además de trasladar a la población junto con los colonos extranjeros, lo que puede que amenazase el comercio tradicional y de otros intercambios con los sacas. Otros actos fueron igual de provocativos. El geógrafo Estrabón nos cuenta que Alejandro y sus hombres se sentían asqueados por la tradición local de exponer a los muertos y moribundos para que se los comiesen los perros (apodados «enterradores»), de modo que los terrenos de sus ciudades estaban «sembrados de huesos humanos». Los macedonios prohibieron esa práctica e hicieron todo lo posible por desterrarla. La intervención de extranjeros, especialmente de conquistadores armados, rara vez es bienvenida, pero los invasores estaban acostumbrados a salirse con la suya y demasiado ocupados con sus propias necesidades como para preocuparse por las sensibilidades locales. El rápido ritmo de las campañas de Alejandro agotaba a los hombres y especialmente a los caballos, y tras los extenuantes cruces de las montañas y el desierto, su ejército estaba desesperadamente necesitado de monturas y animales de carga. Liderados por el señor de Asia, vencedores sobre el elogiado poder de Persia, Alejandro y sus hombres naturalmente no veían nada de malo en reunir y confiscar lo que necesitaban de entre las existencias locales.[508]

Puede que otro incidente contribuyese a aumentar la inquietud. Arriano no lo menciona, pero otras fuentes afirman que en la marcha al Orexartes los macedonios se vieron sorprendidos cuando una de las comunidades que los recibía resultó que hablaba algo de griego. Los habitantes afirmaban ser bránquidas, descendientes de los seguidores de una familia sacerdotal de Mileto, que había traicionado el templo que tenía a su cargo entregándoselo a Jerjes y se había asentado allí en busca de protección. En lo que casi fue el último suspiro de la guerra de venganza, Alejandro les ordenó a sus hombres que asesinaran a toda la sumisa población como castigo por su antiguo delito. Puede que la historia sea un mito, o quizá se inventase como excusa para justificar una masacre deliberada o accidental de una comunidad pacífica, pero si hay algo de cierto en ello, sin duda hizo que todos en la región dudasen de la fiabilidad y buena fe de los invasores.[509]

Sin previo aviso, al menos por lo que respecta a los macedonios, las partidas de avituallamiento fueron asesinadas o capturadas por bandas de guerreros locales, y guarniciones aisladas fueron masacradas. El alzamiento se extendió rápidamente por Sogdiana y

Bactria, animado por líderes, entre ellos Espitamenes y Datafernes, quienes habían servido y luego abandonado a Besso. Es imposible decir si lo tenían planeado desde el principio, si se sintieron desanimados ante los asentamientos permanentes o simplemente se percataron del estado de ánimo de las comunidades locales y vieron una oportunidad. La convocatoria de una reunión de los líderes locales con Alejandro en la ciudad de Zariaspa fue vista como una treta para arrestarlos, lo que muestra que sospechaban de sus motivos y métodos. Como siempre, Alejandro respondió con rapidez y máxima fuerza, agudizada por la furia del rey ante lo que veía como una traición y la de los soldados que creían que la guerra por fin había terminado. El primer objetivo fue la banda responsable del ataque a los avitualladores, una fuerza que supuestamente había crecido hasta alcanzar los treinta mil hombres y ocupaba una posición formidable en las montañas. No había manera de superar la posición por los flancos, de modo que los macedonios atacaron directamente bajo una lluvia de flechas y otros proyectiles. Muchos resultaron heridos y los asaltos iniciales fracasaron. Alejandro recibió un flechazo en la parte inferior de la pierna, del que se dice que le astilló el hueso, aunque resulta difícil entender cómo pudo haberlo sabido un médico de esa época, y es posible que la herida fuese menos grave de lo que afirman nuestras fuentes. Eso no les impidió a sus hombres continuar sus ataques y la posición acabó por ser tomada y casi tres cuartas partes de los enemigos fueron fulminados.[510]

Con las comunidades levantándose en su contra, Alejandro les ordenó a sus soldados que construyesen escaleras. Durante el curso de varios días capturó siete «ciudades» cerca del Orexartes, dirigiendo algunos de los asaltos en persona mientras enviaba destacamentos para lidiar con otras comunidades. Algunos de aquellos asentamientos no eran más que aldeas, que caían en cuestión de horas de escalada; los hombres subían por las escalas cubiertos por la lluvia de flechas y jabalinas. Más formidable resultó Cirópolis, fundada por Ciro, bien fortificada para los estándares locales y defendida por el mayor grupo de guerreros. Crátero se dirigió hacia allá para comenzar el asedio, porque la ciudad era demasiado fuerte como para tácticas apresuradas. Alejandro se le unió unos días después y el asalto contó con aparatos y artillería, y con arietes golpeando las murallas para crear grietas.

Entonces Alejandro vio el lecho seco de un río que llevaba bajo las defensas, y se deslizó dentro a la cabeza de un grupo escogido de Hipaspistas y agrianos mientras los defensores estaban distraídos con el resto de los enemigos. Entraron sin ser vistos y abrieron la puerta principal para dejar entrar a los demás atacantes. Con gran determinación, los defensores se arracimaron y trataron de repeler a

Alejandro y su partida antes de que llegasen refuerzos. El rey recibió un golpe con una piedra en la cabeza y el cuello, y sufrió la herida más grave de su carrera hasta el momento. Los cirujanos antiguos tenían un cierto conocimiento de lo que era una conmoción, pero ninguno sobre los diferentes grados de daños cerebrales. La primera consecuencia fue que perdió el conocimiento, y durante un tiempo no pudo andar y solo podía hablar con dificultad. Crátero, que había encabezado la carga para unirse a su rey, fue alcanzado por una flecha y parecía que los macedonios podían ser vencidos, porque estaban siendo contenidos en el mercado. Afortunadamente, los ataques contra las murallas tuvieron éxito porque los defensores tuvieron que dirigirse a enfrentarse con los asaltantes. Con pocos obstáculos que los detuviesen, cada vez más macedonios se abalanzaron sobre la ciudad. Arriano dice que murieron ocho mil defensores, y que otros quince mil se refugiaron en la ciudadela, pero acabaron rindiéndose unos días después cuando se les acabó el agua. No menciona su destino, pero en los otros asentamientos, los hombres de Alejandro mataron a todos los hombres adultos y esclavizaron a las mujeres y los niños.[511]

Otra ciudad fue saqueada y posteriormente llegaron informes de que un gran ejército de sacas se encontraba en la otra orilla del río y que Espitamenes estaba asediando Maracanda. Alejandro envió una columna de dos mil a cuatro mil hombres, la mayoría mercenarios para ayudar a la ciudad, mientras el ejército principal construía defensas para Alejandría Escate. Era fundamental dadas las amenazas a las que se enfrentaría, y además sin duda refleja la incapacidad de Alejandro tras recibir la herida. Después de veinte días, las fortificaciones eran lo suficientemente buenas como para proteger a los colonos, y tras los sacrificios y las competiciones atléticas, el ejército partió a enfrentarse a los sacas, que permanecían en la otra orilla, disparando flechas y burlándose cada vez que algún macedonio se ponía a tiro. Alejandro seguía frágil, y daba las órdenes en un susurro ronco, pero seguía tan decidido como siempre a hacer lo que quería, independientemente de la dificultad. Los augurios tras los sacrificios fueron malos, y ni el adivino Aristandro cambió el vaticinio para complacer al rey.[512]

El cruce del río iba a tener oposición, y además de las balsas hechas de cuero y tiendas había otras lo suficientemente estables para transportar artillería ligera. Se alinearon más catapultas en la orilla, como habían hecho en Iliria, y tenían un alcance y una potencia mucho mayor que incluso los bien construidos arcos compuestos de los sacas. Un jinete fue alcanzado por un proyectil que le atravesó el escudo y la armadura y lo derribó del caballo, y otros resultaron heridos. Al no haber visto esa clase de máquinas antes, incapaces de responder, los sacas se retiraron de la orilla. Sonó una trompeta como

señal de que partiese la primera oleada de balsas, y en una viajaba Alejandro. Formó una línea de arqueros y honderos para mantener a raya al enemigo con ayuda de la artillería; en igualdad de condiciones, los arqueros de a pie tenían un alcance mayor que el de los arqueros de a caballo. Tras esta pantalla se formaron unidades de la falange, y ninguna caballería en el mundo podría atravesarlos mientras mantuviesen el orden. Los sacas mantuvieron la distancia, manteniéndose fuera del alcance, y no podían hacer más que observar a Alejandro transportando a su propia caballería a través de Orexartes.

El cruce debió de llevarles horas, quizá la mayor parte del día, pero el enemigo no se retiró más lejos y observó cómo los invasores formaban. Alejandro ordenó a la caballería mercenaria y la caballería ligera atacar para ver qué hacían los sacas. Su respuesta fue una táctica tradicional, los guerreros evitaron la carga mientras se agrupaban, lanzando flechas y alejándose rápidamente al tiempo que formaban uno o más círculos para que las flechas siguiesen fluyendo, pero los jinetes eran blancos difíciles, protegidos por su velocidad y las nubes de polvo que levantaban los cascos de los caballos. Los macedonios estaban en clara inferioridad numérica y el ataque pronto perdió inercia; los soldados y especialmente los caballos sufrieron muchas heridas por las flechas. A continuación, Alejandro avanzó con más caballería, respaldada por agrianos, arqueros, y otros soldados, la misma combinación formidable que tan bien había funcionado en Gaugamela. El combate se estabilizó y mantuvo a los sacas ocupados y en combate cercano. Ahora ordenó a tres hiparquías de los Compañeros y a los escuadrones de caballería ligera que cargasen, y poco después guio al resto de su caballería en otro ataque.

Los sacas, como la mayoría de los escitas, eran guerreros feroces, y algunos iban fuertemente blindados, pero su táctica favorita era evitar el combate mano a mano al principio e ir atrayendo al enemigo hasta que estuviese desperdigado y cansado. Fuese porque estaban combatiendo demasiado cerca, porque les hervía la sangre o porque entre el polvo y la confusión no veían lo que estaba ocurriendo, esta vez se enfrentaron a la carga y fueron derrotados. Arriano afirma que murieron mil sacas, incluyendo un líder, y ciento cincuenta fueron tomados prisioneros cuando los macedonios los persiguieron a pesar del calor abrasador. Curcio simplemente dice que los hombres de Alejandro mataron a muchos, mientras que perdieron sesenta jinetes y alrededor de cien infantes, más mil heridos, lo que nos sugiere que fue un combate duro. La sed y el agotamiento acabaron con la persecución, y muchos de los vencedores bebieron de cualquier estanque o corriente que encontraron. En el caso de Alejandro, esto le provocó un violento acceso de diarrea, tras lo cual se desmayó y tuvo que ser llevado al campamento. Posteriormente, el rey de los sacas

mandó a un enviado para ofrecerle sumisión, explicándole que los hombres con los que había combatido Alejandro eran saqueadores y que no era su deseo comenzar una guerra con los macedonios. Comprensiblemente desconfiado, Alejandro juzgó que de todos modos era conveniente aceptar la oferta de paz, dado que su ejército y él eran necesarios en otra parte, una decisión que se confirmó pronto cuando llegó la noticia de un desastre.[513]

El ataque de Espitamenes contra Maracanda había fracasado pronto, y una salida de la guarnición de la ciudad acabó con un destacamento de los hombres de Espitamenes mientras se retiraban. Sin embargo, la fuerza de respaldo enviada por Alejandro lo ignoraba y se apresuró a rescatar la ciudad. Con la columna había un licio llamado Farnuces, que hablaba los idiomas de Bactria y Sogdiana y conocía bien la zona y a los líderes, probablemente por haber servido con Darío. Como poco, los otros oficiales tenían órdenes de permitir que tomase la voz cantante para tratar con Espitamenes y los rebeldes, lo que sugiere que Alejandro esperaba que el asunto requiriese mucha más negociación que combate; después de todo, no hacía tanto que Espitamenes le había entregado a Besso. Pero Farnuces tenía poca o ninguna experiencia militar, por lo que sería extraño que estuviese formalmente al mando de la columna, y quizá el rey no dejó suficientemente claras las responsabilidades de los oficiales de mayor rango. En cualquier caso, Alejandro juzgó mal la situación y la capacidad de los hombres que había puesto al mando. Dado que el ejército no tenía ningún sistema establecido de rangos y las responsabilidades de los hombres de la columna eran confusas, el resultado fue una operación torpe.

Espitamenes contaba con fuerzas locales además de seiscientos sacas, pero probablemente su superioridad numérica sobre la columna macedonia no era especialmente grande. Pero sí estaba concentrado y era hábil, atrajo a los macedonios y los cansó antes de lanzarse contra ellos. Los detalles son confusos, principalmente porque ninguno de los líderes de mayor rango sobrevivió para informar a Alejandro, así que podemos decir poco más que la columna fue prácticamente barrida. Más de dos mil hombres murieron en la derrota más cara jamás sufrida por el ejército de Alejandro, muchos más que en cualquiera de las grandes batallas, dado que esta vez los heridos fueron rematados por el enemigo.[514]

Alejandro avanzó a marcha forzada hasta Maracanda con una de sus columnas de élite, y supuestamente llegó a cubrir cerca de trescientos kilómetros en poco más de tres días. Aun así, era demasiado tarde, porque Espitamenes ya se había ido, y cuando llegó al lugar de la derrota se detuvo y enterró los restos de sus hombres. Decidiendo, con razón o sin ella, que las comunidades de la zona

habían ayudado a los rebeldes, dedicó el resto de 329 a.C. a devastar implacablemente la región antes de asentarse en Zariaspa para pasar el invierno. Un número sustancial de nuevas tropas y destacamentos que habían quedado atrás en un momento u otro alcanzaron allí al ejército, y así el grueso de las fuerzas de Alejandro y casi todas sus mejores tropas estaban ahora concentradas en la región, y muy probablemente también se le unieron gran parte del personal y de la parafernalia de la corte. Durante esos meses llegaron enviados de un nuevo rey escita de algunas tribus europeas para ofrecerle la mano de su hija, y otro de un gobernante que le sugería una campaña conjunta alrededor del mar Negro. Alejandro declinó la propuesta de una alianza matrimonial y dijo que por el momento estaba concentrado en la India, pero que a su debido tiempo regresaría a Europa y bien podría embarcarse en la sugerida conquista.[515]

A principios de 328 a.C. Alejandro regresó a Sogdiana, pero antes dejó importantes guarniciones en Bactria. Dividió su fuerza principal en cinco columnas; encabezaba en persona una de ellas y les confió las otras a Hefestión, Ptolomeo, Pérdicas y Coeno ayudado por Artabazo. Cualquier asentamiento que se negase a rendirse era asaltado y sus habitantes masacrados o esclavizados. Parte de la población fue trasladada a nuevas comunidades controladas y protegidas por la potencia ocupadora. El ejército macedonio, incluso dividido en varias columnas móviles, era demasiado potente como para que cualquier fortaleza lo derrotase y no apareció ningún líder para unir a las diferentes facciones. Era una zona de lealtades locales, lo que significaba que era raro que se uniesen, pero también que tenían que enfrentarse casi con cada aldea una a una. Espitamenes seguía siendo más listo que el enemigo; atacó por sorpresa y masacró un puesto avanzado en Bactria, y después saqueó los campos alrededor de la propia Zariaspa. Provocados, un grupo compuesto por mercenarios convalecientes que se estaban recuperando e incluso algunos pajes reales, salieron al galope en su persecución. Alcanzaron a una partida aislada y la derrotaron, pero fueron perseguidos por Espitamenes y los sacas. Murieron siete Compañeros junto con sesenta de los ochenta mercenarios. Uno de los primeros era el famoso músico Aristónico, un olintio que había sido favorito de Filipo y Alejandro y que ahora había muerto combatiendo. El rey pagó la erección de una estatua del músico en Delfos, con una lanza en una mano y su cítara en la otra.

Esta fue una derrota mucho menos importante que la del año pasado, pero seguía siendo una derrota para un rey y un ejército no acostumbrados a perder ni en acciones menores. Espitamenes seguía suelto, atacando aparentemente a voluntad, y aunque Crátero lo persiguió y le infligió un grave revés matando a ciento cincuenta sacas, su líder y el resto de los hombres se escaparon entre el estéril

paisaje, aunque al precio de gran parte de su botín. Cualquiera de las columnas principales era demasiado fuerte para él, y atacaban cubriendo cada vez más territorio, aplastando a la oposición. Establecieron cada vez más puestos avanzados, controlando a la población y dificultando el avituallamiento de Espitamenes u otros saqueadores. Las distancias eran mayores, el paisaje y el clima más duro y el enemigo más móvil, pero era una guerra como la que Filipo y Alejandro habían librado en Iliria y Tracia, y una vez más los macedonios demostraron que podían adaptarse y combatir de más de una manera. Para los locales fue extremadamente traumático, y fueron quienes más sufrieron las masacres, la esclavización y las relocalizaciones, y también los saqueos tanto de macedonios como de sus oponentes, que se llevaban la comida y los animales para sus campañas.[516]

Espitamenes trató de escapar de la red que le cernían, y tras reclutar a otros tres mil sacas, lanzó otro gran asalto, esta vez sobre Sogdiana. No llegó muy lejos antes de ser interceptado por Coeno, que encabezaba una fuerza mixta de infantería y caballería para luchar contra los asaltantes. Arriano afirma que murieron ochocientos jinetes enemigos por veinticinco jinetes macedonios y una docena de soldados de a pie, y dado que repelieron al enemigo y conservaron el control del campo, hubo sin duda muchos más heridos. Espitamenes ya no les parecía tan afortunado a sus subordinados. Los bactrios y los sogdianos desertaron y se rindieron a Coeno, mientras que los sacas asaltaron las provisiones de los otros contingentes y huyeron. Espitamenes se quedó con ellos, pero fue asesinado cuando los sacas decidieron que era mejor hacer un trato con Alejandro, que avanzaba hacia ellos. Curcio cuenta la historia de que la asesina fue su esposa, a quien él amaba tanto que la arrastró con él a la campaña. Al no ver fin a su desgracias, lo mató y le llevó su cabeza a Alejandro, que se sintió aliviado por la muerte, pero inquieto ante la idea de una mujer que había matado a su esposo, así que la encerró. No era el asesinato propiamente dicho, sino el sexo de la asesina lo que lo turbaba. Tanto griegos como romanos se sentían profundamente incómodos ante la violencia protagonizada por las mujeres, y con los asesinatos familiares, así que si la historia tiene algo de cierto, a Alejandro y sus oficiales les habría resultado alarmante.[517]

Un líder estaba muerto, pero había otros, aunque menos famosos, y a pesar de un segundo año de represalias brutales, todavía había muchos enemigos dispuestos a luchar y gran parte del ejército de Alejandro permaneció dividido en destacamentos, grandes y pequeños, en un intento por controlar la zona. El ejército macedonio, repleto de soldados cansados que no hacía tanto tiempo creían que la gran guerra había terminado, había luchado, marchado y trabajado,

derrotando enemigos en un lugar solo para que aparecieran otros en otras partes. Era una situación desalentadora, incluso para los estándares del Mundo Antiguo, porque como siempre, Alejandro forzaba el ritmo de las operaciones, quizá incluso más de lo que lo había hecho Filipo. Como siempre, no tenemos cifras para las pérdidas generales del ejército, aunque podemos estar seguros de que eran mucho menores que el enorme precio de las masacres infligidas sobre la población. La carnicería y la muerte eran corrientes, y si en ocasiones a los soldados se les agotaba la comida, es probable que muriesen de hambre civiles como resultado de las confiscaciones. Curcio afirma que Alejandro dio rienda suelta a sus hombres en un coto de caza real persa, y mataron a los animales, que durante años habían sido conservados para alimento, y aprovecharon la caza propiamente dicha como liberación emocional.[518]

Alejandro ordenó que gran parte del ejército se concentrase y pasara los meses más crudos del invierno de 328-327 a.C. en Nautaca, que probablemente se encontraba en alguna parte entre Bactra y Maracanda, donde estableció su corte. Como siempre, tenía mucho que hacer, incluyendo nuevos nombramientos, el despido de algunos de sus sátrapas, y sus reemplazos. El padre de Barsine alegó su avanzada edad y pidió ser relevado de su puesto de sátrapa de Bactria y Sogdiana, aunque algunos estudiosos prefieren verlo como una excusa. Con la insurgencia todavía activa, era uno de los puestos más exigentes y peligrosos del imperio, y Alejandro se lo dio a Clito el Negro, cuyos antecedentes ciertamente sugieren que era lo bastante duro para el trabajo. Era una especie de ascenso, y desde 330 a.C. la caballería de los Compañeros había operado unida tan pocas veces que ni él ni Hefestión habían tenido muchas oportunidades para ejercer su mando compartido. No sabemos qué pensó Clito de su nuevo cargo, porque no vivió para tomar posesión de él.[519]

Cada vez que surgía la oportunidad, Alejandro celebraba los banquetes en los que el vino corría alegremente a los que tan aficionados eran su padre y él, como también la aristocracia macedonia en general. Las oportunidades eran más numerosas en los descansos entre las campañas activas, lo que refuerza la marcada diferencia entre estos raros intervalos y la experiencia «normal» de las marchas, los combates y las muertes. Nuestras fuentes nos describen a un Alejandro que se transformaba, generalmente para peor, y desaprueban su flirteo con los símbolos y tradiciones de los reyes asiáticos, el hecho de su creciente desconfianza hacia los que lo rodeaban y su tendencia a beber siempre más copiosamente. Esto último era probablemente lo menos sorprendente dadas las circunstancias y que en la corte se bebía en exceso. Alejandro llevaba nueve años de su reinado en guerra, había recorrido miles de

kilómetros, había resultado herido varias veces, y tras asombrosas victorias y espectaculares botines, ahora de repente se encontraba ante dos años de amargos conflictos en un territorio estéril contra una oposición a la que no podía retener y destruir porque tras cada victoria parecían brotar nuevos enemigos. El combate era duro y costoso, y los botines muy modestos tras el oro y el esplendor de las grandes ciudades. Alejandro tenía que estar cansado, frustrado e inseguro de cómo vencer y pasar a la anhelada meta de la India. Sus oficiales y soldados de todos los rangos se sentían prácticamente igual, con la excepción de que para la mayoría, un tiempo de descanso y un regreso a casa les resultaba un sueño mucho más dulce que la invasión de otro país más.[520]

Los ánimos ya crispados se vieron alimentados por las abundantes cantidades de vino. Las quejas y el humor negro son mecanismos habituales de liberación para quienes se enfrentan a situaciones peligrosas y de estrés, una válvula de escape que ayuda a evitar que aparezcan las frustraciones y el descontento. Muchos aristócratas macedonios se sentían profundamente incómodos con que Alejandro hubiese adoptado costumbres asiáticas como la de la ropa, el ceremonial cortesano, un harén y los eunucos, y se mostraban ofendidos por el nombramiento de antiguos enemigos en puestos de poder y honor. Durante los dos últimos años, todos los mandos importantes habían recaído sobre un pequeño círculo de favoritos, sobre todo Hefestión, Crátero, Coeno, Pérdicas y Ptolomeo. Todos eran hombres de Alejandro, no de Filipo, amigos de juventud y más cercanos en edad a él. Hefestión apoyaba abiertamente todas las nuevas políticas del rey, y actuaba en nombre de este en muchos tratos con la nobleza persa. En contraste, Crátero era muy conocido por ser macedonio a ultranza en su discurso, ropas y costumbres, pero esto no reducía el cariño que Alejandro sentía por él; supuestamente el rey dijo que mientras que Hefestión era amigo de Alejandro, Crátero era amigo del rey. Un cierto desacuerdo abierto con sus políticas era aceptable mientras no fuese demasiado lejos y lo acompañase una lealtad total. Crátero y los demás la habían demostrado en su papel activo en las muertes de Filotas y Parmenio.[521]

Esa purga había sido un aviso de que hasta los más altos podían caer, pero si era así, no acabó con el resentimiento por la adopción por parte de Alejandro de costumbres «bárbaras» y su insaciable deseo de más conquistas, ni tampoco consiguió que todos ocultasen sus opiniones. Clito expresó abiertamente su desagrado por la importancia de orientales en la corte y en la administración imperial, y por el cambio de costumbres del rey. Aunque es posible que Alejandro hubiese decidido nombrarlo sátrapa para alejarlo, ninguna de nuestras fuentes lo sugiere. Como siempre, carecemos del conocimiento del

equilibrio de poder entre las familias aristocráticas y su influencia en la corte, así que sugerir que el nombramiento de Clito para el mando conjunto de la caballería de los Compañeros era una concesión necesaria a sus oficiales y consejeros más curtidos, veteranos de las campañas de su padre, es una conjetura. También podría haber sido una decisión basada en el afecto y respeto personales hacia un hombre con un buen expediente, el hermano de su ama de cría de la infancia y alguien que le había salvado la vida. Aunque sin duda el ascenso de los favoritos de Alejandro a altos puestos en aquellos años tiene una dimensión política, se trataba de algo más de que fe ciega. Hasta entonces, todos habían desempeñado sus nuevos papeles al menos de manera competente y varios habían demostrado un talento considerable.

La tradición macedonia rodeaba al rey con Compañeros, no simples súbditos, de modo que era, como los emperadores romanos más admirados se esforzarían más tarde por aparentar ser, el primero entre iguales, no un tirano con poder absoluto. Gran parte de esto era fachada, pero otro aspecto del Mundo Antiguo, en el que tratar a individuos y a una clase con muestras públicas de respeto hacía que les resultase más fácil aceptar el gobierno de otro. Los banquetes y las fiestas en las que corría el vino, la versión macedonia de los más serios *symposia* griegos, eran expresiones de ello, una orgullosa tradición que creían que demostraba la gran diferencia entre ellos y los sumisos cortesanos de un rey como Darío. Los invitados debatían, discutían, bromeaban, sin duda dentro de límites comprendidos por todos, y todos aceptaban que la bebida soltaba las lenguas y que no era necesario tomarse demasiado en serio gran parte de lo que se decía. Esas ocasiones eran corrientes, aunque deberíamos decir que nuestras fuentes hablan más de ellas y del aumento del consumo de alcohol en la segunda mitad del reinado de Alejandro. Casi todas transcurrieron sin incidentes, lo que hizo que aquella noche en Maracanda en 328 a.C. resultase todavía más extraña y sorprendente.

Las fuentes difieren en los detalles, y no nos dicen cuántos estaban presentes, aunque queda claro que era una gran reunión, incluidos varios de los favoritos de Alejandro además de Clito, otros oficiales mayores y algunos orientales. Plutarco afirma que el rey acababa de recibir un cargamento de fruta que le habían traído desde Grecia y estaba deseando compartirlo. Los invitados comieron, bebieron y hablaron. Muchos halagaron a Alejandro, algo que este toleraba con la suficiente disposición como para que se tratase de algo común y cada vez más extravagante; lo comparaban favorablemente con héroes como su antepasado Hércules y los Dioscuros, los gemelos celestiales Cástor y Pólux. Se habló de hasta dónde superaban las victorias de Alejandro a las logradas por Filipo. Alguien, y Plutarco nos ofrece dos

nombres diferentes, cantó unos versos burlándose de los oficiales macedonios «que últimamente habían sido derrotados por los bárbaros. Los invitados más veteranos se molestaron por esto e insultaron al poeta y al cantante, pero Alejandro y quienes lo rodeaban escuchaban con deleite y ordenaron al cantante que continuase». No está claro a qué derrota se referían, si al desastre en 329 a.C., el pequeño fracaso de 328 a.C. u otras acciones en las que quizá los hombres no consiguieron atrapar a un enemigo esquivo. En cualquier caso, la cita supone que los contratiempos se debían a la incompetencia o incluso la cobardía de otros, de modo que la culpa no recaía sobre el siempre victorioso rey.[522]

«Entonces, Clito, que ya estaba ebrio y era de natural de temperamento rudo y obstinado, estaba más ofendido que nunca», según Plutarco, y se quejó de que se estaban burlando de valientes macedonios delante de unos bárbaros, y que eran mucho mejores hombres que quienes se burlaban de ellos. Alejandro le preguntó al viejo guerrero si quería ocultar su propia cobardía, aunque no queda claro si su intención era insultarlo o fue un intento torpe de convertirlo todo en un chiste, algo a lo que su padre había sido muy aficionado. Dado el estado de ebriedad de todos los testigos, los diferentes relatos son compatibles, y puede que ninguno estuviese seguro de lo que en realidad se dijo. Como respuesta, Clito le recordó a Alejandro que le había salvado la vida, y continuó con muchos más agravios. Defendió a Filipo, y quizá el veterano se burlase de la afirmación de Alejandro de ser hijo de Amón, para quejarse a continuación de las campañas y los trabajos interminables y de la necedad de copiar costumbres de los bárbaros, con Alejandro llevándose el mérito del sudor y la sangre de todo el ejército. Plutarco dice que Alejandro se volvió hacia algunos griegos y les dijo que debían de parecer semidioses entre bestias salvajes cuando se mezclaban con los macedonios.[523]

Los insultos volaron de ida y vuelta, y Alejandro le tiró una manzana a Clito, alcanzándolo. Luego pidió su espada, pero al menos uno de los presentes había estado lo bastante sobrio como para haberla ocultado, lo que hizo que el rey se temiese un complot en su contra. Algunos trataron de calmarlo y contenerlo cuando empezó a llamar a la guardia, usando el dialecto macedonio en lugar del griego puro, lo que era una señal peligrosa. El rey se volvió a un trompetero y le dijo que diese la alarma, y cuando el soldado dudó y no actuó, el rey lo golpeó y lo derribó. Otro grupo, entre los que estaba Ptolomeo, sacó a Clito del salón, fuera de los muros del asentamiento. Ahí podría haber acabado, pero Clito se liberó, o quizá creyeron erróneamente que se había calmado, y volvió a la fiesta. «Se encontró con Alejandro justo cuando este gritaba “¡Clito!”, y le respondió “¡Aquí está Clito,

Alejandro!”». El rey cogió la lanza de uno de los centinelas y, por azar o por el hábito de apuntar, atravesó a Clito, matándolo al instante.[524]

La escena nos recuerda a Filipo con su espada tropezándose en el banquete de bodas cuando se abalanzaba hacia su hijo, aunque tristemente en esta ocasión Alejandro no estaba demasiado borracho como para andar. Son las dos únicas ocasiones en ambos reinados en que una discusión durante una fiesta terminase con una acción homicida o cualquier clase de pelea, aunque es posible que en otros momentos tuviesen lugar enfrentamientos y echasen a los protagonistas antes de que ocurriese algo grave. Fuesen cuales fuesen sus diferencias y los sentimientos que tenían el uno hacia el otro, todas las fuentes dejan claro que no se trató de algo premeditado, y eso ayuda a explicar el repentino paso de Alejandro de la ira al horror por lo que había hecho. Estaba borracho, con las emociones a flor de piel, y también era un hombre obsesionado con el honor y la reputación, y aunque los héroes de Homero podían ser poseídos por la ira, ese no era el comportamiento de un buen rey. Tras colocar la misma lanza o quizá otra contra la pared, Alejandro estuvo a punto de suicidarse arrojándose contra la punta cuando fue contenido. Durante tres o más días permaneció en su tienda, pensando, lamentándose y rechazando comida y bebida. No hay motivos para dudar de que su repulsión por su debilidad fuese genuina. Alejandro había matado a muchos hombres en combate, había dado la orden de masacrar o ejecutar a decenas de miles más en masa, y a muchos individualmente. Pero este era el único asesinato que había cometido con sus propias manos, un acto espontáneo provocado por la ebriedad contra un hombre que no se merecía morir.

Según pasaban los días, una procesión de visitantes trataron de calmar la conciencia real. Aristandro le recordó un mal augurio, cuando Clito fue convocado ante el rey en medio de un sacrificio y tras él se escuchó el balido de varias de las ovejas ya preparadas ante el altar para ser degolladas. Otra tradición habla de que Alejandro no ofreció un sacrificio a Dioniso el día de la fiesta, aunque era su costumbre hacerlo, lo que parecía adecuado dado que el vino era la causa de lo ocurrido. Calístenes le habló con calma y puede que insinuase que la culpa era de Clito por haber provocado al rey. Otro filósofo, Anaxarco de Abdera, adoptó un enfoque radicalmente distinto, y regañó al rey por «llorar como un esclavo, temeroso de la ley y la censura de los hombres». Era el rey, un equivalente en la tierra a Zeus, que tenía «la Justicia y la Ley sentadas a su lado, para que todo lo que hiciese el amo del mundo fuese legal y justo». En el ejército, la mayoría prefería a un Alejandro activo y vivo como líder al recuerdo de un oficial muerto, por valeroso que fuese, y opinaban que Clito se había equivocado al mostrar una falta de respeto por discutir

airadamente con su rey y tambien por su necedad al regresar al banquete.[525]

Inevitablemente, el asesinato hizo que la vida en la corte fuese mucho más inquietante. Alejandro había demostrado ser totalmente implacable a la hora de castigar a quienes creía que tramaban algo en su contra, pero aquello era diferente, y aunque sabemos que no volvió a ocurrir nada parecido, los que lo rodeaban no tenían esa certeza. Ahora era peligroso hablar demasiado libremente, aunque la distinción no puede haber sido fácil, y el rey siguió festejando como antes con sus Compañeros y amigos de la manera tradicional. La fatiga y la aparentemente eterna y agotadora guerra ayuda a explicar el gran consumo de alcohol, lo que a su vez hacía que los ánimos fuesen más difíciles de controlar. El comportamiento de Alejandro y Clito también encaja con las secuelas del *shock* postraumático experimentadas por los soldados modernos, y en el caso del rey, quizá estuviese exacerbado por la herida de la cabeza, que puede causar violentos cambios de humor y dificultad para controlar las emociones. Todas esas interpretaciones no dejan de ser conjeturas, y el asesinato continúa siendo tan repentino y sin sentido hoy como lo fue hace tantos siglos.[526]

---

506. Plinio, Historia natural 6.18, Arriano, Anábasis 3.30.6-9.
507. Holt, Into the Land of Bones, pp. 45-8.
508. Estrabón, Geog. 11.11.3, 8, Arriano, Anábasis 3.30.6, 10.
509. Curcio 7.5.28-35, Estrabón, Geog. 11.11.4, Plutarco, Moralia 557b, Diodoro Sículo 17 sumario 20 (el texto original de este pasaje no ha sobrevivido).
510. Arriano, Anábasis 3.30.10-11, Curcio 7.6.1-9, y sobre la herida, véase el escepticismo de Gabriel, The Madness of Alexander the Great, pp. 47-8, que argumenta que se trató de una herida menor.
511. Arriano, Anábasis 4.1.1-3.4, Curcio 7.6.10-27, con Gabriel, The Madness of Alexander the Great, pp. 48-51, que acentúa la gravedad de la herida.
512. Arriano, Anábasis 4.3.5-3.4, Curcio 7.7.1-29.
513. Arriano, Anábasis 4.4.3-5.1, Curcio 7.8.1-9.19.
514. Arriano, Anábasis 4.3.7, 5.2-6.2, Curcio 7.7.30-9.
515. Arriano, Anábasis 4.6.3-7.2, 15.1-6, Curcio 7.9.20-2, 10.10-14, con Hammond (1994), pp. 1.895-7, Bosworth, Conquest and Empire, pp. 113-14.
516. Arriano, Anábasis 4.15.7-17.3, Plutarco, Moralia 334e-f.
517. Arriano, Anábasis 4.17.4-7, Estrabón, Geog. 11.11.6, Curcio 8.2.13-18, 3.1-16.
518. Curcio 8.1.11-19.
519. Arriano, Anábasis 4.17.3, Curcio 8.1.19 con Carney (1996), pp.

575-7, que data la jubilación de Artabazo en 327 a.C., Bosworth, Conquest and Empire, p. 114, Lane Fox, Alexander the Great, pp. 311-12, Holt, Into the Land of Bones, pp. 76-7.
520. O'Brien, Alexander the Great, pp. 101-4.
521. Plutarco, Alejandro 48.5-7.
522. Ibid., 50.4-5 (vía Loeb).
523. Ibid., 50.5, 51.2 (vía Loeb).
524. Arriano, Anábasis 4.8.9 (vía Loeb); los relatos más completos del asesinato son Arriano, Anábasis 4.8.1-9.8, Curcio 8.1.10-2.12, Plutarco, Alejandro 50.1-52.4, Justino, Epítome 12.6.3.
525. Plutarco, Alejandro 52.1-4 (las citas son vía Loeb).
526. Gabriel, The Madness of Alexander the Great, pp. 49-50, 118-21, y L. Tritle, «Alexander the Great and the killing of Cleitus the Black», en W. Heckel y L. Tritle (eds), Crossroads of History: The Age of Alexander (2003), pp. 127-46 contiene una perspicaz exposición sobre el incidente aludiendo al shock postraumático.

26.
MÁS POBRE POR UN BESO

Tras unos días de reflexión y reproches, Alejandro reapareció con su habitual carácter inquieto. Aunque parte del invierno de 328-327 a.C. lo pasó con el ejército en sus cuarteles de invierno, el descanso entre campañas fue breve y las operaciones continuaron bien entrado el otoño y se retomaron antes de que hubiese acabado el invierno. Como de costumbre, aunque no hubiera combates, el rey se dedicó a la administración, hizo nombramientos, escribió cartas y recibió delegaciones. Es imposible saber si se puso o no al día con todo el trabajo necesario para dirigir su vasto nuevo imperio. El clima del invierno ralentizaba las comunicaciones y retrasaba la recepción de sus órdenes además de los informes que le llegaban. Como siempre, las fuentes se concentran en Alejandro y dicen poco o nada sobre lo que ocurría en otras partes. Seguía habiendo revueltas en Bactria y Sogdiana, y muchos líderes tenían que escoger entre resistirse a los invasores o, si era posible, ignorarlos, y puede que hubiese conflictos en otras partes, incluyendo el corazón de Persia y Media.[527]

A estas alturas en sus campañas, los relatos sobre las actividades de Alejandro son confusos y a menudo contradictorios. Arriano dice que el rey se puso en marcha a principios de 327 a.C., antes del deshielo de primavera, para lanzar una sucesión de ataques contra fortalezas enemigas. La primera fue la Roca Sogdiana, un pueblo amurallado construido sobre grandes riscos y bien avituallado de alimento y agua. Cuando se les conminó a rendirse, sus líderes se burlaron de Alejandro y le dijeron que estaban a salvo de cualquier ataque a menos que encontrase «soldados con alas». El rey buscó entre las filas de su ejército hombres avezados en escalada, y les ofreció un generoso premio de doce talentos para el primero que llegase arriba, y la recompensa iba decreciendo para los demás hasta llegar a una sustancial suma de trescientos dáricos[528] de oro para el último. Se alistaron alrededor de trescientos voluntarios y al abrigo de la oscuridad comenzaron la ascensión, utilizando cuerdas y clavos de las

tiendas como crampones. Alrededor de treinta cayeron y murieron, y Arriano afirma que los cuerpos se perdieron en la nieve y no se recuperaron nunca. Los demás llegaron hasta un saliente por encima del pueblo, y probablemente fuera de sus murallas.

Al amanecer, los escaladores gritaron y ondearon banderas de lino unidas a las lanzas cortas o los bastones que habían llevado con ellos. Alejandro volvió a pedir la rendición del pueblo; sus heraldos informaron a los defensores de que los macedonios habían encontrado a unos soldados con alas. Era un farol, porque los doscientos setenta escaladores no podían recibir refuerzos y eran muy pocos y estaban mal equipados como para tomar el pueblo, pero la sorpresa de ver a los enemigos bastó y los defensores se rindieron. Arriano afirma que entre los prisioneros se encontraban las familias de muchos nobles que estaban combatiendo a los macedonios, incluidos la esposa y los hijos de Oxiartes, un antiguo partidario de Besso. No menciona el destino de los prisioneros más allá de las mujeres aristócratas y los niños.[529]

En contraste, Curcio sitúa el episodio durante las campañas de 328 a.C., llama al lugar la Roca de Ariamazes por el nombre de su jefe militar, y la familia de Oxiartes no está refugiada en esta fortaleza, sino en otra. Sí cuenta que los defensores se burlaron de Alejandro y le preguntaron si había aprendido a volar, y narra la audaz escalada de los trescientos voluntarios, aunque con algunos detalles distintos. A la mañana siguiente, los hombres de Alejandro hicieron sonar las trompetas desde el campamento como si se estuviesen preparando para el ataque, para atemorizar más a los defensores, que se rindieron. Ariamazes y sus principales partidarios son azotados y crucificados, mientras que los prisioneros más humildes son enviados en grupos a las nuevas colonias fundadas por Alejandro como siervos para que trabajasen la tierra para los macedonios y los colonos griegos.[530]

Muchos estudiosos prefieren la datación de Curcio del incidente, aunque no se pueda demostrar en un sentido o en otro. Incluso si Arriano se equivoca al colocar el episodio en 327 a.C., está claro que el esfuerzo por dominar la región estaba lejos de haberse completado en aquel año. Este conflicto fue prolongado y extremadamente brutal, así que la ejecución de líderes y el traslado del resto de la población no estarían en contradicción con el comportamiento de los macedonios en otras partes. No había un ejército enemigo al que aplastar, ni capital que tomar, ni un solo rey como Darío o incluso Besso al que matar o capturar. La acción era mucho más local. Alejandro y sus hombres atacaron lugares que eran poco más que aldeas y persiguieron a señores de la guerra regionales porque eran los únicos blancos posibles. Cualquier hombre que pareciese capaz de reunir un grupo de partidarios contra los invasores fue perseguido. Plutarco nos cuenta que Alejandro mató a un líder de un flechazo. No

nos da el contexto, aunque lo más probable parece ser un asedio, y es significativo ver al rey utilizar el arco, un arma tan asociada al rey de Persia.[531]

Arriano continúa su narración de la Roca Sogdiana con el asedio de otra fortaleza montañosa, la Roca de Corienes, bautizada con el nombre del noble al mando. Puede que ese fuese un título, y en otras partes se le llama Sisímetres, mientras que Curcio afirma que, siguiendo la costumbre local, estaba casado con su propia madre, con quien había tenido varios hijos. Una vez más, los defensores se fiaron erróneamente de la fuerza natural de su posición, dado que el único acceso requería cruzar un profundo barranco. Los macedonios cortaron pinos e hicieron escaleras para poder bajar la escarpada pared del barranco y comenzar a construir un puente que lo atravesara. Los soldados trabajaron por turnos, Alejandro los supervisaba durante el día y otros oficiales se hacían cargo durante la noche para que el trabajo no se detuviese nunca. Al principio los defensores se mostraban desdeñosos, porque la tarea parecía imposible, pero según pasaban los días y el montículo crecía, las risas se fueron ahogando. La rampa de asedio tenía ya la altura suficiente para que los arqueros pudiesen alcanzar la muralla; ellos y los trabajadores estaban protegidos contra los proyectiles que les lanzaban por pantallas de mimbre. Dentro de la fortaleza, la risa se había transformado en desesperación.

Oxiartes ya estaba en el campamento de Alejandro tras haberse rendido, fuese porque los macedonios habían capturado a su familia como mantiene Arriano o porque su familia estaba dentro con Sisímetres como prefieren algunos estudiosos, o simplemente porque creyó que era mejor idea unirse a los invasores en lugar de seguir combatiéndolos. Interpretó un papel clave en las negociaciones posteriores, asegurándole a Sisímetres que Alejandro y sus hombres no se detendrían hasta que hubiesen capturado todas las fortalezas, pero que el rey daba la bienvenida a quienes estuviesen dispuestos a someterse y los trataba generosamente. El pueblo se rindió, permitió el paso de Alejandro a la cabeza de un fuerte destacamento de Hipaspistas y abrió sus grandes almacenes para que los atacantes se avituallasen. Como recompensa, Sisímetres fue confirmado como gobernador regional.[532]

A Oxiartes le fue todavía mejor, porque a principios de 327 a.C., Alejandro decidió casarse con una de sus hijas. De Roxane, la «pequeña estrella», se decía que era hermosa, después solo superada en toda Asía por la fallecida esposa de Darío, y tal como se supone que Filipo se había enamorado de Olimpia, se afirmó que Alejandro se quedó cautivado por la adolescente cuando la vio entre otras jóvenes nobles durante un banquete. Los estudiosos tienden a despreciar la

historia como una invención romántica, incluso cuando algunos están dispuestos a hablar de sus impredecibles respuestas emocionales en el contexto del asesinato de Clito. En muchos sentidos, el matrimonio es semejante a los que Filipo acordaba con princesas de pueblos fronterizos, y que Alejandro hubiese tomado una o más esposas antes de este momento en lugar de esperar a cumplir los veintinueve años no habría suscitado muchos comentarios. No hay señales de que tuviese interés en engendrar un heredero. Su amante Barsine le dio pronto un hijo, y si hubiese estado buscando una esposa asiática, Barsine provenía de una familia mucho más prominente en la política persa que Roxane. Pero también era el caso de muchas otras mujeres, y como dos veces viuda y madre, Barsine llevaba demasiado equipaje como para que fuese una opción obvia para ser esposa de Alejandro. Roxane y Alejandro no compartían una lengua común, lo que hace improbable una atracción basada en el afecto y la comprensión. Quizá Alejandro la deseaba y eso influyó en su elección, además de las consideraciones prácticas. Como en la mayoría de matrimonios políticos, los sentimientos de la novia tuvieron poca o ninguna relevancia.[533]

El matrimonio con Roxane era una señal para los nobles de Bactria y Sogdiana de que el conquistador estaba dispuesto a tratarlos con respeto, algo confirmado por el consiguiente nombramiento del padre de la novia como sátrapa. Al mismo tiempo reforzaba la continuidad de su control, porque un hombre relacionado por matrimonio con la élite local no planeaba simplemente saquear y retirarse. Así, estos nobles se tuvieron que enfrentar con la misma decisión que los líderes de todas partes desde 334 a.C., o luchar con pocas expectativas de victoria o someterse, con la esperanza de conseguir el favor de Alejandro. Quizá la boda ayudó a convencer a algunos de que los macedonios y su rey eran de fiar y merecía la pena reconciliarse con ellos. Sin embargo, no señaló descanso alguno en las implacables operaciones dirigidas contra cualquier signo de resistencia, ni Bactria y Sogdiana se volvieron pacíficas al instante.

Nadie registró la reacción del resto de la élite persa al matrimonio de Alejandro. Puede que a algunos les pareciese bien, mientras que otros dudaban o se mostraban ofendidos porque hubiese escogido una esposa de una familia desconocida y de fuera del corazón de Persia y Media. Para los macedonios, tener una reina extranjera no era nada nuevo, aunque es posible que Roxane y su pueblo les pareciesen más extraños que sus vecinos europeos. Nada era demasiado importante si a su debido tiempo el rey tomaba otras esposas, una o más de ellas de alguna parte más cercana a casa. Una fuente tardía afirma que Roxane quedó encinta pronto, pero que el bebé nació muerto o pereció tras un breve tiempo. En menos de un año, Barsine le dio al rey un hijo

ilegítimo que sobrevivió y que al menos recibió cierto reconocimiento sin tener ninguna prominencia durante los cuatro años de vida que le quedaban a su padre. Es significativo que el matrimonio con Roxane nunca sea prominente y, a menudo, carezca de los enconados resentimientos que nos cuentan que había entre los macedonios de todos los rangos. Arriano afirma que los amigos de Alejandro compartían su admiración por la belleza de su esposa, incluso aunque fuese por simple cortesía. Si Alejandro no hubiese muerto tan joven sin un heredero obvio, Roxane y el niño del que estaba embarazada cuando el rey murió probablemente serían un incidente muy menor en su historia.[534]

En 327 a.C., Alejandro no tenía tiempo para celebraciones o festividades prolongadas. La ceremonia incluía que la novia y el novio se comiesen rebanadas de pan cortadas con la espada de él, una costumbre supuestamente macedonia. No sabemos casi nada de Roxane hasta los últimos días del rey, de modo que desconocemos si alguna vez lo siguió en las campañas como hacían las mujeres del rey persa. A principios de año, Alejandro de nuevo dirigió a su ejército hacia las montañas en otra prueba de resistencia a la altitud y el clima espantoso, que cayó sobre los hombres en forma de granizo. Algunos murieron de frío; a otros el rey los hostigaba y empujaba. Una historia aparece prominente en nuestras fuentes latinas que afirma que Alejandro llevó hasta el campamento a un rezagado exhausto mucho mayor al que ayudó a llevar el equipo y sentó en su propio asiento junto al fuego. El soldado solo reconoció a su rey cuando empezó a recuperarse y se asustó. Alejandro lo tranquilizó diciéndole que para un persa sentarse en el asiento del rey habría significado la muerte, pero para un macedonio libre era calor y vida.[535]

Las columnas perseguían a los líderes que todavía estaban dispuestos a luchar, matando a varios y obligando a otros a someterse, mientras Alejandro se aseguraba de proteger sus nuevos o refundados asentamientos. Cuando se fue el ejército quedaría atrás una guarnición mucho mayor que cualquiera de otra región, con alrededor de trece mil quinientos hombres, más de una cuarta parte de caballería, además de los colonos que como poco podían defender sus comunidades, aunque algunos ya estuviesen más allá de las campañas activas por su edad o por heridas de guerra. Al mismo tiempo, se reclutaron grandes números de guerreros locales para acompañar al ejército, mientras treinta mil jóvenes de esta zona y otras satrapías fueron enrolados para pasar años de entrenamiento militar al modo macedonio, que incluía aprender griego, porque ese era el idioma del ejército. Una parte significativa de los que probablemente tomasen las armas contra los conquistadores fue llevada a donde sería más difícil que se rebelasen. Por el momento, la potencia militar, la conciliación

y el mantenimiento de grandes fuerzas de ocupación trajo estabilidad suficiente a la región como para que Alejandro avanzase.[536]

Establecer ciudades, trasplantar poblaciones, reclutar guerreros o guerreros en potencia para potenciar sus propias fuerzas, luchar implacablemente contra la resistencia activa al tiempo que animaba las deserciones y recompensaba las rendiciones, todo esto era reminiscente de los primeros años de Filipo en los que protegía su aumentada Macedonia y añadía territorios. Bien puede ser que Alejandro se sorprendiese por la decidida hostilidad que había encontrado en Bactria y Sogdiana, pero otra lección de la época de Filipo era que en ocasiones el éxito llevaba mucho tiempo, y que la guerra podía estallar de nuevo cuando entre las tribus aparecían nuevos líderes, porque el problema de la estrategia del palo y la zanahoria era que no todos creían que les habían dado suficiente zanahoria, mientras que el palo sembraba odio además de miedo. El ejército era clave en el sistema que Filipo había creado y Alejandro había heredado y desarrollado, que crecía con cada conquista según el botín se convertía en pagas y recompensas, reclutando contingentes entre los conquistados y liderándolos contra nuevos enemigos.

Alejandro solo se detenía el tiempo mínimo para consolidar su conquista antes de retomar su avance. Era un reflejo de su ambición y su naturaleza impaciente, pero también algo necesario para que el ejército pudiese absorber a sus nuevos reclutas y que compartiesen las victorias, lo que establecía un vínculo con el rey, si no necesariamente con los otros. Las mayores alabanzas y recompensas seguían siendo para los macedonios. Más o menos por esta época o durante las campañas en la India se les entregaron a los Hipaspistas escudos con decoraciones de plata, lo que les ganó el mote de «escudos plateados» (*argyraspides*), y los otros macedonios recibieron o compraron material todavía más decorado. Siguieron siendo la principal fuerza de ataque del ejército, especialmente durante los asedios, encabezando todos los asaltos y soportando el grueso del trabajo. Pero según el ejército crecía cada vez más, se convirtieron en una proporción aún más pequeña de la fuerza general. Había contingentes asiáticos por todas partes, también de caballería emparejados con las hiparquías como unidades separadas, y aparte de los hombres del imperio persa también había arqueros sacas a caballo de más allá de la frontera. Algunas fuentes afirman que en alrededor de un año, Alejandro tendría a sus órdenes unos ciento veinte mil hombres, aunque es posible que esa cifra refleje el número general en el teatro de operaciones más amplio y no el de los concentrados con el ejército principal. Los cálculos más amplios consideran que los macedonios eran menos de una sexta parte de este total, muchos menos que en las campañas anteriores.[537]

En la primavera de 327 a.C., Alejandro se detuvo en Bactra mientras columnas más reducidas salían a perseguir a los líderes recalcitrantes, y durante este periodo de descanso, la tensión volvió a estallar en una corte incómoda con el entusiasmo de su líder hacia los asiáticos y sus costumbres. La tradición persa marcaba el estatus social requiriendo a un inferior que mostrase obediencia o *proskynesis* cuando se veían. El ritual variaba en proporción al grado de diferencia, de modo que se esperaba que mucha gente corriente se postrase ante un gran noble, por no mencionar al rey. Cuando la diferencia era menor, los hombres se besaban en las mejillas, mientras que los iguales se besaban en los labios. Desde el principio, los súbditos persas de Alejandro le mostraron con naturalidad esa muestra de respeto cuando estaban en su presencia, y hasta los más nobles se inclinaban y la mayoría se postraba en el suelo.[538]

La *proskynesis* repugnaba a griegos y macedonios por igual. La palabra no es demasiado fuerte, porque se dirigía al muy profundo sentimiento de cómo debía comportarse un hombre libre en una sociedad en la que el honor era tan fundamental. Inclinarse, y no digamos postrarse, eran señales de respeto reservadas solo para los dioses, lo que llevaba a la extendida idea helénica de que los persas adoraban a sus reyes como a dioses. A estas alturas, si se hubiesen molestado en averiguarlo, los oficiales de Alejandro sabrían que eso no era cierto, aunque eso no bastase para cambiar la firme convicción de que la disposición de humillarse era prueba de la condición esencialmente servil de hasta los persas más aristocráticos. Esa clase de hombres merecían desprecio, igual que se merecían la derrota a manos de griegos y macedonios libres, y verlos practicar ese acto ante Alejandro solo reforzó su profunda sensación de superioridad. En ocasiones se burlaban abiertamente, y sabemos de un macedonio que se reía mientras le gritaba a un postrado persa que inclinase la cabeza adecuadamente.[539]

Pero para los persas habría resultado antinatural e irrespetuoso no mostrarse obediente a su rey, incluso aunque ese rey fuese un señor extranjero, y les asombraba que ese mismo conquistador fuese tratado de manera tan irrespetuosa cuando sus compatriotas se negaban a inclinarse. Así, coexistían dos sistemas de protocolo enfrentados como recordatorio visible de la distinción entre los conquistadores y los nuevos súbditos del rey. Alejandro, del mismo modo en que había añadido símbolos de inspiración asiática en sus ropas con la intención de crear una nueva simbología monárquica que reconociesen todos, decidió introducir una versión de compromiso de la *proskynesis* para los miembros macedonios y griegos de su corte. Se trataba de una ligera inclinación a la que el rey respondía con un beso.[540]

Se tomaron medidas para preparar a los miembros de la corte para

el protocolo, que iba a ser presentado en un banquete para invitados escogidos. Alejandro debía de saber lo repugnante que les resultaba a los aristócratas cualquier insinuación de obediencia, lo que nos sugiere que o bien no le importaba, o que confiaba en que el gesto del beso les compensaría. Todavía era joven, estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, y vivía rodeado de hombres que buscaban su favor en una corte atestada de escritores que competían a la hora de elogiarlo, de modo que quizá se convenció de que todo lo que decidiese debía de ser correcto y aceptable. La tradición nos muestra a Anaxarco y otros discutiendo que, dados los logros sin precedentes, se hacía inevitable que fuese adorado como un dios tras su muerte, y bien podían anticiparlo concediéndole honores divinos directamente. Calístenes respondió de manera fluida y elegante contra la idea, preguntándoles a sus oponentes que deseaban crear a un dios si tenían siquiera el poder inferior para convertir a alguien en rey.

La noche del banquete se había organizado que varios Compañeros de mayor rango ofreciesen una libación en el altar de un dios, se inclinasen y después acudiesen a Alejandro para recibir un beso. La presencia del altar pudo haber sido otro compromiso para sus conciencias y que los hombres pensaran que su inclinación estaba dedicada al dios más que al rey. Los primeros debían ser hombres que ya habían accedido al ritual. Quizá Calístenes estuviese en este grupo, o quizá se encontraba con el resto de invitados de los que se esperaba que siguiesen el ejemplo de los primeros. En lugar de ello, dedicó la libación, no hizo ni el más ligero gesto con la cabeza, no ya una inclinación, y se dirigió hacia Alejandro para el beso. Ocupado charlando con Hefestión, que estaba reclinado junto a él, el rey no se dio cuenta, hasta que le señalaron la omisión. Se retiró y no besó a Calístenes, que se fue, diciendo en voz suficientemente alta para ser oído que se iba «más pobre por un beso».[541]

Puede que otros lo imitasen, porque ese gesto reflejaba la opinión de la mayoría. El plan para introducir esta forma limitada de *proskynesis* fue abandonado, así que gran parte de su intención y forma nos resulta imposible de conocer ahora. Por lo tanto, no podemos decir si esta obediencia limitada estaría reservada a macedonios y griegos o reemplazaría la versión tradicional que hacían los asiáticos, al menos entre los aristócratas más importantes. Tampoco se menciona si se había planeado extender el gesto de esta forma u otra más sumisa para el resto del ejército. Alejandro y sus consejeros juzgaron mal la situación, porque incluso si el experimento hubiese tenido éxito y el gesto se hubiese convertido en parte del protocolo de la corte, era muy probable que sumase al resentimiento y la insatisfacción de macedonios y griegos de mayor rango, que todavía ocupaban todos los puestos militares importantes y constituían el

grueso de sus administradores. Tampoco está claro que hubiese complacido a los nobles asiáticos o satisfecho su sensación de respeto propio al rey. Quizá el tiempo y las victorias continuadas habrían llevado a aceptarlo como algo normal, o quizá no. El intento y el fracaso para introducir el ritual significaba lo peor de ambos mundos.

Aristóteles consideraba que Calístenes era elocuente pero también un necio pomposo. Este acompañó a la expedición asiática como historiador, y escribió alegremente relatos aduladores sobre el heroísmo del rey, del mar obedeciendo a Alejandro, y del dios en Siwa llamándolo su hijo. A estas alturas, otros autores habían superado con mucho incluso ese servilismo, y con la gran guerra de venganza terminada, sus escritos y el público griego que los leyese comenzaron a importar menos. Calístenes podía ser cáustico a la hora de hablar de otros miembros de la corte y no era popular, porque disfrutaba del lujo menos que muchos otros, algo que se notaba como un desprecio, y era conocido por rechazar invitaciones a cenar. Su rechazo público a practicar la *proskynesis* le proporcionó una súbita popularidad entre muchos que compartían su punto de vista y se alegraban de que hubiese tomado partido, sobre todo porque eso significaba que ellos no habían sido los primeros en desafiar al rey. La opinión general volvió a ponérsele en contra tras una demostración de su oratoria en otra reunión. Alejandro invitó primero a Calístenes a que alabase a los macedonios, lo que este hizo con talento y entusiasmo. Entonces, citando a Eurípides para decir que a cualquiera le resultaba fácil celebrar la verdad, el rey lo desafió a que argumentase lo contrario. Esos ejercicios eran comunes en la educación retórica, y Calístenes dio una demostración excelente, alegando que Filipo solo había prosperado debido a las divisiones entre los griegos. Su público lo tomó como un insulto, lo que restauró la antipatía generalizada hacia el engreído filósofo de Olinto.[542]

Ahí podría haber acabado, porque Calístenes era políticamente insignificante y no importaba mucho si caía bien o mal, pero poco después hubo una seria tentativa contra la vida de Alejandro. El complot lo organizó un grupo de pajes reales, y como varias de las conspiraciones contra monarcas argéadas, nuestras fuentes nos cuentan una historia de orgullos heridos y apasionados amantes homosexuales. Un gran contingente de pajes se había unido al ejército desde Macedonia en 330 a.C., y no habían participado en las grandes victorias de los primeros años. No está claro si alguno de los pajes había estado con el rey desde el principio. Quizá alguno de los que ya eran suficientemente mayores como para estar en el servicio activo en 334 a.C. siempre habían estado con la expedición y a estas alturas ya habían alcanzado la edad y el servicio militar completo. Ahora, la tradición que se remontaba al menos a Filipo se había retomado; los

pajes acompañaban al rey en las cacerías y en la batalla y protegían su tienda. Esto les dio su oportunidad a los conspiradores.[543]

El problema se había provocado en una cacería, cuando un paje llamado Hermolao, hijo de Sópolis, lanceó a un jabalí que cargaba contra el rey. Si la costumbre todavía existía, la muerte del animal marcaba la transición de un muchacho a la edad adulta, lo que le permitía reclinarse en los banquetes. Quizá la emoción que sintió Hermolao al ver su oportunidad cegó al adolescente. Alejandro se sintió ofendido porque creía que el chico le había robado su caza. La tradición persa de la caza reservaba la primera muerte al rey, y reservaba a cualquier animal que este seleccionase como objetivo propio y de nadie más. Ninguna fuente afirma que Alejandro introdujese esta regla, lo que no quiere decir que otros no se planteasen si el rey lo deseaba en secreto. Como era su derecho como rey, azotó a Hermolao y añadió la humillación de arrebatarle su caballo.[544]

Hermolao estuvo rumiando el insulto, y habló con su camarada paje y amante Sóstratos, que ya albergaba su propio odio contra el rey por motivos que se han perdido. Otros cuatro pajes se unieron a ellos en la decisión de asesinar a Alejandro porque en este incidente y en sentido general no se estaba comportando como debía hacerlo un auténtico rey de Macedonia y no los trataba con honor. Habiendo llegado del entorno mucho más tradicional de Macedonia después de que la expedición llevase tanto tiempo en marcha, puede que estos adolescentes encontrasen los cambios en el rey y su corte todavía más chocantes que aquellos que habían sido testigos de los cambios graduales. Había quejas en el ejército y entre sus líderes, como siempre las había, pero la purga de Filotas y Parmenio y el asesinato de Clito, además de la adopción regia de los ropajes asiáticos y el intento de introducir la *proskynesis* no hacían más que sumar al descontento subyacente. Parece que todos los padres de los muchachos eran oficiales, pero ninguno tenía una carrera excepcional, lo que puede que los volviese proclives a la insatisfacción y a las quejas privadas. Los estudiosos tienden a ver el contexto político de resentimiento entre los macedonios conservadores como el motivador clave —y sin duda estaba presente—, pero no deberíamos subestimar los rencores personales de los jóvenes a una edad en la que es fácil creer en la importancia absoluta de los sentimientos y las creencias. Nunca estuvo separado lo personal de lo político, porque los reyes argéadas eran juzgados por cómo trataban a sus Compañeros y a la aristocracia en general.

El complot estaba bien pensado, al menos en lo referente al asesinato, y resulta difícil saber qué esperaban que ocurriese a continuación; ninguna fuente menciona plan de fuga alguno. Tras

cierta espera determinados tratos, los conspiradores escogieron una noche en la que ellos serían los únicos pajes en el turno de guardia. El plan precisaba de todos, tanto para asegurar que lo cumplían como porque necesitaban subyugar al rey y a hasta dos de sus escoltas que tradicionalmente dormían cerca de su cama. El azar intervino cuando el rey no regresó de un banquete cargado de alcohol. Una tradición dice que fue advertido por una anciana medio loca que llevaba un tiempo siguiendo a la corte y que gradualmente se había ganado la reputación de predecir el futuro. Fuese cual fuese el motivo, Alejandro siguió bebiendo y no regresó durante la noche. Al amanecer llegó un grupo nuevo de pajes para relevar a la guardia, pero Hermolao y sus conspiradores encontraron una excusa para quedarse con la desesperada expectativa de tener su oportunidad. El momento había pasado, y cuando Alejandro apareció alabó a los muchachos por su devoción y los recompensó antes de mandarlos a sus puestos.

En los días posteriores, uno de los conspiradores se vino abajo y se lo contó a su amante, que acudió al hermano mayor del muchacho, y este a su vez fue a la tienda real y consiguió hablar con Ptolomeo. Tras el fin de Filotas, nadie tenía ninguna intención de ocultarle al rey información sobre un complot. Alejandro ordenó que se arrestase a los pajes y los llevó a juicio. El padre de Hermolao lo condenó, nervioso ante la posibilidad de compartir el destino de su hijo, pero la tradición nos cuenta que el paje y sus camaradas se mantuvieron desafiantes, y acusaron a Alejandro de no comportarse como un auténtico rey, de no tratar bien a sus nobles y soldados y de agotar su salud y sus vidas en sus guerras incesantes. Los muchachos fueron lapidados por intento de regicidio, y según Curcio fueron el resto de los pajes los que llevaron a cabo la ejecución. No hay muestras de una purga más amplia de parientes y los conspiradores eran demasiado jóvenes como para tener partidarios.[545]

De Hermolao se decía que era pupilo y admirador de Calístenes, pero ni siquiera bajo tortura ninguno de los conspiradores lo involucró. Como mucho, su influencia era indirecta, al animar a los jóvenes a darle todavía más valor al honor y alabar a los asesinos de tiranos; ninguna de esas ideas se diferenciaba en exceso de las de otros filósofos más conocidos. Para Alejandro fue suficiente la supuesta cercanía de Calístenes a los jóvenes que habían osado intentar acabar con su vida, sumada a la antipatía que Calístenes se había ganado negándose a practicar la *proskynesis*. En algún momento fue detenido y encerrado. No hubo juicio, y una fuente afirma que tendría lugar cuando el ejército regresara a Grecia. Los relatos sobre su destino difieren grandemente, incluso aunque provengan de testigos presenciales. Algunos dicen que fue torturado y posteriormente ahorcado, mientras que otros afirman que durante su encarcelamiento

engordó y se infestó de piojos, muriendo por causas naturales. Fuesen cuales fuesen los detalles, un hombre que había sido un gran partidario y propagandista del rey había sido encarcelado y había muerto tras expresar su discrepancia. A pesar de todas sus victorias y sus nuevas riquezas, a Alejandro le costaba satisfacer a muchos miembros de su corte.[546]

---

527. Los detalles y la cronología de este periodo son confusos. Para una exposición y una solución que favorece una cronología basándose en Curcio en lugar de Arriano, véase A. Bosworth, «A missing year in the History of Alexander the Great», JHS, 101 (1981), pp. 17-39, esp. 21-3 acerca de los problemas en el corazón de Persia.
528 Una moneda persa.
529. Arriano, Anábasis 4.17.4-19.6
530. Curcio 7.11.1-29, con exposición en Bosworth «A missing year in the History of Alexander the Great», pp. 29-33, 34-5, 38-9. En contraste, Hammond, Alexander the Great. King, Commander and Statesman, pp. 198-9, acepta la cronología de Arriano.
531. Plutarco, Alejandro 58.2, y sobre el combate en general, Holt, Into the Land of Bones, pp. 66-84.
532. Arriano, Anábasis 4.21.1-10, Curcio 8.2.19.33, Estrabón, Geog. 11.11.4.
533. Arriano, Anábasis 4.19.5-6, Curcio 8.4.21-30, Plutarco, Alejandro 47.4, Moralia 332e, 338d, con Carney, «Alexander and the Persian Women», pp. 563-83, esp. 575-7, y Carney, Women and Monarchy in Macedonia, pp. 106-7.
534. Diodoro Sículo 20.20.1 sobre el hijo de Barsine. El relato de Diodoro sobre este periodo está perdido, pero el posterior sumario de su obra conocido como el Metz Epitome 70 afirma que Roxane dio a luz a un hijo que no sobrevivió.
535. Curcio 8.4.27 sobre el pan, 8.4.1-20 sobre la marcha bajo el granizo, con Frontino, Estratagemas 4.6.3, Valerio Máximo 5.1. ext.1ª. Es posible que esos incidentes se refieren al cruce del Hindú Kush, pero de nuevo los problemas con la cronología hacen que resulte difícil estar seguros.
536. Sobre la guarnición en Bactria y Sogdiana, Arriano, Anábasis 4.22.3; Arriano, Anábasis 5.11.3, 12.2, 7.6.1, con Bosworth, Conquest and Empire, pp. 271-3.
537. Arriano, Índica 19.5, y sobre todas las cifras véase Engels, Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army, pp. 146-52; sobre los escudos de plata, véase Curcio 8.5.4 con Hammond (1994), p. 222.
538. Herodoto 1.134 acerca de la costumbre persa.
539. Arriano, Anábasis 4.12.2, Curcio 8.5.22, Plutarco, Alejandro

74.1-2 sobre las burlas a los persas que practicaban la proskynesis.
540. Para una exposición de este episodio véase Green, Alexander of Macedon, pp. 372-7, Bosworth, Conquest and Empire, pp. 284-7, O'Brien, Alexander the Great, o. 142-5, Heckel, The Conquests of Alexander the Great, pp. 106-10.
541. Arriano, Anábasis 4.205-12.7, Plutarco, Alejandro 53.3-4, Curcio 8.5.5-19.
542. Plutarco, Alejandro 54.1 sobre el veredicto de Aristóteles hacia su pariente; sobre su breve popularidad, Curcio 8.5.20, Plutarco, Alejandro 53.3-5, y para una buena exposición sobre su importancia real, véase E. Borza, «Anaxarchus and Callisthenes: Academic intrigue at Alexander's court», en C. Thomas (ed.), Makedonika. Essays by Eugene N. Borza (1995), pp. 173-88.
543. Sobre la llegada de cincuenta pajes a finales de 331-330 a.C., Diodoro Sículo 17.65.1, Curcio 5.1.42, con exposición en Hammond,«Royal pages, personal pages», pp. 261-90, esp. 265-8.
544. Véase el capítulo «The role of the basilikoi paides at the Argead court» en Carney, King and Court, pp. 207.23, esp. 212-16, 222-3.
545. Arriano, Anábasis 4.12.7-13.7, Curcio 8.6 2-8.20, Plutarco, Alejandro 54.2-4, Justino, Epítome 12.7.2.
546. Plutarco, Alejandro 55.9, Curcio 8.8.21, Arriano, Anábasis 4.14.3.

27.
INDIA

Alejandro llevaba tiempo pensando en la India. Darío I había conquistado hacía tiempo el valle del Indo, aunque en las generaciones posteriores no está tan claro hasta dónde se imponía en la voluntad del rey persa. Algunas tropas «indias» se habían unido a Darío III en Gaugamela, aunque probablemente provenían del valle de Kabul, porque los reinos más meridionales de la época parece que fueron independientes. Sin embargo, la India seguía siendo el último terreno sin conquistar que podía ser considerado parte del imperio persa. Las historias, aunque más formadas e imprecisas, de Hércules y Dioniso consiguiendo victorias en la región, y de las heroicas aventuras de la misteriosa reina babilonia Semíramis, ampliaban a la leyenda, igual que la creencia de que el final del continente asiático no podía estar muy lejos. De un modo más práctico, exiliados indios se habían unido al ejército de Alejandro y otros líderes habían mandado enviados, todos implorándole a Alejandro que interviniese de su parte en disputas con vecinos hostiles. La actividad diplomática iba de la mano con los preparativos logísticos del ejército, que comenzó a avanzar hacia el sur en 327 a.C., cruzando el Hindú Kush hacia la Alejandría que había fundado cerca de la moderna Bagram.[547]

Llevó un tiempo reunir a las tropas y los suministros. Alejandro ordenó que se quemase las carretas de transporte innecesarias y las riquezas que contenían, empezando con muchas de las suyas para dar ejemplo. Inevitablemente los oficiales fueron los más damnificados, al menos aquellos que no habían sabido guardar mejor las riquezas que habían conseguido e insistían en llevarlo todo con ellos. Aunque es dudoso que el ejército viajase tan ligero como lo había hecho al principio, Alejandro quería algo más práctico y móvil que las grandes procesiones de los reyes persas en guerra. Ya había despedido y reemplazado al oficial al mando de esta Alejandría por alguna incompetencia no especificada; fue uno de varios nombramientos y despidos. Un Compañero que había desertado de su puesto de mando

fue ejecutado. Se licenció a más veteranos para sumar a los colonos que ayudarían a dominar la zona en su ausencia.[548]

Se retomó la marcha a principios del verano de 327 a.C., con el ejército divido en dos columnas principales. Hefestión y Pérdicas atravesaron el Paso Khyber con la orden de llegar al Indo y preparar un puente para cruzar el gran río. De camino debían aceptar la rendición de todas las comunidades a su paso, o asaltarlas si se resistían. Al principio todo fue tranquilo, y los preparativos diplomáticos aseguraron que no hubiese combates. Una ciudad se rebeló después de su paso, lo que los obligó a volver y tomarla tras un mes de asedio.[549]

Mientras tanto, Alejandro dirigió al resto del ejército y al grueso de las unidades de élite hacia Bajaur, Swat y el valle del Chitral, todas zonas que más recientemente se encontraban en la frontera noroccidental de la India Británica y que todavía hoy permanecen ferozmente independientes y tendentes a la violencia. Algunas de las primeras comunidades que vieron los invasores abandonaron sus aldeas y se refugiaron en fortalezas situadas en las cimas de las montañas. Confiando en la velocidad, Alejandro les dio monturas a ochocientos infantes, probablemente en su mayoría Hipaspistas, para reforzar su caballería y avanzó adelantándose a su fuerza principal. En el primer asentamiento, los guerreros reunidos fuera cayeron fácilmente, aunque no antes de clavarle una flecha a Alejandro en el hombro y herir a Ptolomeo y a otro escolta. La herida del rey era poco más que un arañazo, la armadura lo protegió de la fuerza del proyectil. Al amanecer del día siguiente asaltaron el lugar y los soldados masacraron a todos los hombres que encontraron, pero no pudieron evitar que el grueso escapase a las montañas, porque los macedonios eran demasiados pocos como para bloquear todas las rutas de huida. Incendiaron la aldea y esta temible advertencia ayudó a persuadir a la siguiente comunidad que se encontraba al paso del ejército a rendirse.[550]

Esta primera acción fijó el tono de lo que sería otra campaña brutal contra los tozudos montañeses que defendían sus hogares. Algunos huyeron a los bosques después de incendiar sus casas; en algunas ocasiones escapaban y en otras eran atrapados y masacrados. Ptolomeo, cuya herida debía de ser leve, estaba de nuevo en activo, y mató a un jefe tribal en combate singular. Establecieron una fortaleza macedonia en el lugar donde se encontraba un asentamiento hasta que llegó la fuerza principal y retomaron el avance. El avistamiento de muchas fogatas les reveló una importante concentración de guerreros dispuestos a defender lo que consideraban una posición fuerte. Alejandro dividió a sus hombres en tres columnas para atacar por diferentes puntos y tras un día de duros combates los defensores

fueron derrotados. Ptolomeo afirmó que se capturó a cuarenta mil hombres junto con doscientos treinta mil bueyes, una cifra que parece improbablemente alta aunque incluyese a mujeres, niños, y otros no combatientes y toda clase de animales.[551]

Los siguientes en el camino eran los asacenios, a los que se les cuenta un ejército de treinta mil infantes, dos mil jinetes y treinta elefantes. En este caso decidieron no enfrentarse a los macedonios en campo abierto y se separaron, regresando a sus respectivas comunidades. Alejandro se dirigió a la ciudad de más importancia, Massaga, fortaleza del rey local Asaceno, que parece que había muerto un poco antes, quizá en la escaramuza inicial. Esto significaba que la resistencia la dirigía su madre Cleofis y un hermano o medio hermano. Algunos de sus mejores hombres procedían de un contingente de mercenarios que parece que eran profesionales experimentados que ofrecían sus servicios a monarcas indios. Arriano afirma que no eran menos de nueve mil, pero su crónica sugiere que esa es una exageración considerable. Una salida contra los macedonios mientras estos atrincheraban su campamento acabó en un sangriento rechazo después de que Alejandro se retirase deliberadamente antes de contraatacar con la intención de matar a tantos enemigos como le fuera posible antes de que estos pudiesen refugiarse en la ciudad.

A pesar de esto, los defensores resistieron un tiempo y repelieron un asalto, pero no estaban preparados para la artillería y las técnicas de asedio empleadas por los macedonios. Una torre de asedio les pareció una novedad extraña y temible cuando vieron que la empujaban para que los arqueros pudiesen disparar flechas desde arriba hacia la muralla. Pero los defensores continuaron peleando y repelieron otro ataque lanzado desde una rampa que los macedonios habían hecho descender desde la torre. En un momento dado Alejandro fue alcanzado por una flecha cerca del tobillo, aunque de nuevo se trataba de una herida muy leve e inmediatamente montó a caballo y cabalgó a lo largo de las líneas de asedio para demostrarles a todos que estaba bien. Los macedonios mantuvieron la presión y sin tregua acabaron por cansar a los defensores, lo que refuerza la impresión de que su número no era ni de lejos tan alto como afirman nuestras fuentes. Cuando un importante líder murió por el lanzamiento de una catapulta, los defensores pidieron negociar.

Los mercenarios accedieron a rendirse y según Arriano juraron servir a Alejandro. Sin embargo, también afirma que pretendían abandonar la loma que habían ocupado fuera de las murallas al abrigo de la noche, porque no querían luchar por Alejandro contra los suyos. Cuando lo supo, Alejandro los rodeó y les ordenó a sus hombres que atacasen; masacraron a los mercenarios y posteriormente asaltaron la prácticamente indefensa ciudad. Esta es la versión más favorable para

Alejandro, como lo es la sugerencia moderna de que todo fue un espantoso accidente provocado por un malentendido. Como contraste, Plutarco creía que se trató de una traición deliberada del rey, mientras que otros añaden más dramatismo a la escena describiendo a las esposas indias protegiéndose tras los guerreros y tomando las armas de sus maridos muertos o moribundos y combatiendo hasta el amargo final. Alejandro ordenó muchas masacres y ejecuciones masivas durante su reinado, y lo único que señala esta acción como distinta es que rompió su palabra, del mismo modo que la muerte de Clito es distinta a todas las demás por ser el único asesinato que cometió con sus propias manos de manera impulsiva. Fue un incidente abominable incluso para los estándares de una guerra salvaje.[552]

Cleofis se rindió y según algunas fuentes, cautivó a Alejandro, se hizo su amante y le dio un hijo. Los estudiosos modernos se muestran comprensiblemente escépticos y se preguntan si todo el episodio, e incluso su nombre, que solo nos llega por fuentes romanas, lo inspiró Cleopatra y sus relaciones con Julio César y Antonio. Si Cleofis permaneció en el poder, como se afirma, es más probable que fuese porque se la consideró de fiar y por un deseo de animar a otros líderes a someterse. El asedio le había costado a Alejandro veinticinco bajas, sin duda con muchos más heridos, y seguramente fue bienvenida la llegada, poco después, de enviados procedentes de Nysa ofreciendo la sumisión de la ciudad. En cualquier caso, conocían algo de las costumbres griegas, o quizá durante las negociaciones notaron la coincidencia de sus tradiciones y se convirtió en la historia de que su comunidad había sido fundada por Dioniso. A todos les convenía creerla, y el descubrimiento de hiedra o una planta muy parecida en la zona cuando no existía en Persia se tomó como confirmación. Nysa se rindió y recibió buenos términos. Alejandro y sus macedonios no tuvieron que luchar y se sentían caminando sobre las huellas de un dios. Una celebración en la que corrió el vino marcó la ocasión cuando el ejército llegó a la ciudad. Alejandro se sintió animado al pensar que aquel lugar señalaba el punto más oriental al que había llegado Dioniso, y creía que sus hombres se verían alentados por la idea de ir todavía más allá.[553]

Esta cálida bienvenida y la reputación de sus éxitos anteriores no significaron que su avance fuese a ser fácil, y las dos siguientes ciudades que se encontraron decidieron resistirse. Una salida de Bazira (la moderna Biarikot) fue repelida tras duro combate, mientras que la cercana Ora (la moderna Odigram) fue atacada por Alejandro, lo que empujó a los defensores de Bazira a abandonar su ciudad. Junto con otros, se refugiaron en la alta e inaccesible Roca de Aornos (la moderna montaña Pir-sar), cercana al Indo. Existía la historia de un gran héroe que no había conseguido capturar Aornos, y alguien había

identificado al héroe con Hércules. Alejandro decidió creérsela y de nuevo el deseo (*pothos*) se apoderó de él, esta vez por tener éxito allá donde su heroico ancestro supuestamente había fracasado. Tras tomar pueblos y aldeas junto al río sin combatir, dejó a Crátero con el cuerpo principal del ejército para que recogiesen tanto grano como pudiesen, mientras él encabezaba a los agrianos, Hipaspistas, un regimiento de las falanges y hombres escogidos de otras unidades junto con los arqueros y algunas unidades de caballería de vuelta a la roca. El camino principal hacia la cumbre era difícil de escalar y fácil de proteger contra un número muy superior para defensores decididos, pero como tantas otras veces, la suerte estaba de su parte. Aparecieron unos hombres de la zona, en algunas fuentes un anciano y sus dos hijos que vivían en una cueva, quienes por una recompensa le hablaron al rey de otro camino menos conocido.

Durante la noche Ptolomeo siguió a esos guías acompañado de los agrianos y un destacamento de Hipaspistas hasta alcanzar una altura desde la que levantaron una rampa rudimentaria y encendieron una fogata para avisar de que estaban en posición. Se consumió un día con duros combates, mientras Alejandro y su fuerza principal intentaban y no conseguían pasar para unirse a los hombres de Ptolomeo que estaban resistiendo a repetidos asaltos. Alejandro encontró a un desertor para que le llevase un mensaje a Ptolomeo a través de las posiciones defensivas enemigas, con la orden de que estuviese preparado para atacar en cuanto oyese ruido de combate. Al día siguiente, el rey tomó la misma ruta que había recorrido Ptolomeo y cuando los defensores se enfrentaron a él, Ptolomeo cumplió la orden dada y avanzó contra la retaguardia. La resistencia era resuelta, pero gradualmente los guerreros se cansaban, mientras los más numerosos macedonios seguían añadiendo al combate soldados descansados, y al final del día habían conseguido llegar hasta Ptolomeo.

Ahora estaban en una posición en la que comenzar las obras de asedio contra la fortaleza en las alturas, pero para ello tenían que cubrir un profundo precipicio, así que empezaron las obras de un montículo junto a la loma que había tomado Ptolomeo. Arqueros y honderos protegían a las cuadrillas de trabajo y para el cuarto día tomaron otro tramo de terreno elevado, lo que les permitió construir el montículo apoyado en él, ahorrando mucho trabajo. Incapaces de detener el inexorable acercamiento de la rampa de asalto, los defensores ofrecieron su rendición, pero según Arriano pensaban retrasarlo hasta que cayese la noche e intentar huir. Alejandro lo descubrió y apartó sus piquetes para ponérselo más fácil. Una vez calculó que los defensores empezaban a huir, dirigió a setecientos hombres contra una sección debilitada de la muralla y eliminó al enemigo en su huida.[554]

El asedio fue otra demostración más de la capacidad y determinación del ejército macedonio para tomar cualquier lugar, independientemente de sus defensas naturales o artificiales. Ningún refugio era seguro, e inmediatamente después, cualquier comunidad decidida a evitar ser conquistados decidió huir en lugar de defender su asentamiento. Alejandro los persiguió, eliminando cualquier resistencia en combate, y al mismo tiempo otras columnas estaban ocupadas aplastando cualquier oposición. Un líder fue asesinado por sus propios hombres, quienes le enviaron la cabeza a Alejandro como muestra de sumisión. Otros reyes locales sobrevivieron a la invasión y Alejandro los confirmó al cargo de sus comunidades locales. Escogió a un macedonio llamado Nicanor como sátrapa de una región que abarcaba todas las tierras hasta el Indo. Se trataba de un trabajo difícil, y tal era la independencia de los líderes de la región que no parece que Darío hubiese nombrado sátrapa alguno. Por el momento, los locales estaban sobrecogidos por el poder de Alejandro y su ejército conquistador, pero también estaban humillados por la derrota y la obligada sumisión, y desacostumbrados a una fuerte autoridad central. Cuando Alejandro continuó su avance con el abrumador grueso de su ejército, este miedo comenzó a disiparse.[555]

El sometimiento de la región le había llevado el resto del año y parte del inverno, de modo que no fue hasta principios de la primavera de 326 a.C. cuando Alejandro se reunió con Pérdicas y Hefestión en el cruce acordado del Indo, quizá en algún lugar cerca de la moderna Charsadda. Durante un mes, el recién reunido ejército descansó y se preparó para la siguiente campaña, y, como tantas otras veces antes, se recordaron a sí mismos lo que significaba ser helénico celebrando juegos y competiciones atléticas. Se trataba del que probablemente fuese el mayor ejército jamás reunido hasta entonces en un mismo lugar, aunque bien pudiera ser que en batalla, Alejandro dirigiese como mucho a unos cuarenta mil hombres, tal como había hecho en campañas anteriores, y siempre estaba dispuesto a utilizar fuerzas sustancialmente más pequeñas compuestas de sus mejores tropas como fuerza de choque. Habían transportado barcos en secciones o los habían construido allí para utilizarlos como una especie de puente flotante (curiosamente, Arriano no encontró en ninguna de sus fuentes descripción alguna de cómo construyeron el puente, así que en lugar de ello nos describe el mejor método del ejército romano de su época argumentando que los macedonios bien podrían haber hecho algo similar). Como era lo apropiado para tan gran momento, se celebraron sacrificios en ambas orillas del río para señalar el cruce y asegurarse de que los dioses favorecerían la marcha del ejército.[556]

No encontraron oposición al cruzar, porque la diplomacia ya

había hecho su trabajo y los invasores recibieron la bienvenida de Omfis (Abmhi en sánscrito), el gobernante de Taxila, un reino en la región de la moderna Rawalpindi en Pakistán. Normalmente conocido como Taxiles como la personificación de su reino, prefería la alianza al conflicto, y consideraba más peligrosas las amenazas locales. Más de un año antes, mientras su padre era rey, lo había convencido de que mandase enviados a Alejandro en Sogdiana y le ofreciese sumisión. Cuando el viejo rey murió, Omfis renovó su contacto con los macedonios como su sucesor, pero afirmó que no asumiría el trono hasta que Alejandro en persona lo confirmase en el puesto. Aunque les envió comida y suministros a Hefestión y Pérdicas cuando llegaron, declinó reunirse con ellos y solo acudió para someterse en persona cuando llegó Alejandro. Cuando apareció la cabeza de su corte y miles de guerreros, estuvo a punto de tener lugar un malentendido cuando los macedonios dieron por supuesto que se trataba de un ejército hostil, y se supone que ambos gobernantes solo acudieron a verse cara a cara cuando se dieron cuenta de la verdad. Se intercambiaron lujosos regalos de oro; Alejandro se aseguró de que no lo superase en generosidad y le entregó más de mil talentos de oro, lo que provocó ciertos comentarios envidiosos entre oficiales macedonios. Más importante fue que Omfis sería confirmado como rey e incluso se le entregó territorio adicional.557

El derecho de Alejandro para hacer todo esto recaía exclusivamente en el poder de su ejército, y el nuevo rey consideraba justo creer que lo había manipulado para su propio beneficio. Otros monarcas vecinos tenían otra perspectiva o simplemente habían perdido la oportunidad de forjar una alianza favorable, y ahora se mostraban reacios a buscar la amistad de un señor de la guerra extranjero que se había aliado con un enemigo. Es posible que Abisares, que gobernaba y tomaba su nombre de Abisara, una región montañosa entre los ríos Hidaspes y Acesines, hubiese desconfiado de los invasores desde el principio, porque había enviado guerreros a ayudar a Ora y más tarde les dio la bienvenida a refugiados que huían de los macedonios. En cambio, no parece que Poros, gobernante de Pauravas, un reino vecino y de mayor tamaño y del que había tomado su nombre, estuviese involucrado en combates anteriores, aunque en el pasado se había aliado a Abisares contra otro líder.

Los enviados macedonios acudieron a ambos reyes pidiéndoles su sumisión. Abisares fue ambiguo y se negó a comprometerse en uno u otro sentido y añadió que estaba demasiado enfermo para visitar a Alejandro. Por su parte, Poros rechazó abiertamente la oferta (y en una fuente tardía se menciona que incluso ordenó azotar al enviado), y reunió a su ejército y marchó hacia las fronteras de su reino. Se hablaba de que Abisares uniría sus fuerzas a las de Poros, aunque no

llegó a ocurrir a tiempo y como de costumbre, Alejandro estaba más que dispuesto a enfrentarse a un desafío abierto. Para mayo de 326 a.C. había llegado a la orilla del Hidaspes y vio a Poros y su ejército esperando en la otra. El escenario estaba dispuesto para que se llevase a cabo la última gran batalla de las campañas de Alejandro.[558]

En nuestras fuentes, Poros es una figura imponente, valeroso, honorable, apuesto y alto; Arriano y otros afirman que medía más de dos metros trece centímetros, mientras que la versión más contenida nos dice que medía un metro noventa centímetros. Parte de esto nos adelanta lo que ocurrió tras su derrota, y parte se debe al deseo de tener a un gran héroe al que un Alejandro todavía más grande se enfrente y venza. En cierto modo también personificaba la India, un lugar que los griegos apenas conocían, así que la pura distancia y un deseo por lo exótico los había hecho entretejer toda clase de relatos disparatados. Se suponía que en la India había hormigas gigantes que cuando excavaban sacaban pepitas de oro a la superficie, y en el sur había una tierra donde todos eran extremadamente altos y apuestos, y donde la gente se casaba solo basándose en la apariencia física. La experiencia de los hombres de Alejandro cuando llegaron a la India solo modificó un poco esta mezcolanza de hechos y fantasías. Se toparon con elefantes enormes y temibles, pitones de inmensa longitud, serpientes pequeñas pero en extremo venenosas, monos y toda clase de cosas maravillosas. Siguió siendo fácil creer en los demás fenómenos extraños, y con el tiempo fueron creciendo los relatos de sus encuentros con ellos. El tono de nuestras fuentes cuando hablan de la India es distinto al de las campañas anteriores, porque incluso siglos después, cuando se sabía más, la India seguía siendo algo exótico y el lugar donde Alejandro se había detenido y se había vuelto. Pero a pesar de todas las diferencias, Alejandro llegó a la India como conquistador y actuó tal como había hecho en todas sus campañas.[559]

Darío III también había sido alto y apuesto, y aun así había sido derrotado por el bajito, de pelo alborotado, Alejandro. El monarca persa gobernaba sobre un vasto imperio y encabezaba grandes ejércitos a la batalla. En contraste, Poros era una dinastía entre muchas de la región, señor de un reino mucho más pequeño en tamaño, recursos y población que Persia, desde luego no la tierra de muchas grandes ciudades que afirman nuestras fuentes. Algo de esto se insinúa en los cálculos sobre el tamaño de su ejército, que Arriano dice que incluía trescientos carros, cuatro mil jinetes, treinta mil infantes y doscientos elefantes, lo que está muy lejos de la vasta horda de persas que se afirmaba que había en Issos o Gaugamela. Diodoro eleva el total de la infantería a cincuenta mil, el de carros a mil, aunque curiosamente reduce el número de elefantes a ciento treinta, mientras que Plutarco afirma que había solo dos mil jinetes y veinte

mil soldados de a pie. En conjunto, es probable que Alejandro superase en número a Poros, quizá por un margen considerable.[560]

Dos cosas le daban que pensar a Alejandro. El río Hidaspes era ancho, profundo y corría con fuerza por la nieve derretida que bajaba de las montañas y las grandes tormentas que anunciaban la llegada de la temporada del monzón. Esto significaba que ninguno de los vados era practicable, así que Alejandro envió al Indo la orden de que desmontasen el puente flotante y le enviasen barcas por tierra, las mayores en secciones. La otra preocupación eran los elefantes. Darío había contado con un pequeño número de estos animales en Gaugamela, pero los utilizase o no, no interpretaron un papel significativo en aquella gran batalla. Desde 327 a.C. habían capturado o le habían regalado a Alejandro algunas de esas criaturas, lo que les permitió a los macedonios hacerse una idea de su tamaño y fuerza. Descubrió que a los caballos los asustaba el olor y la apariencia de los elefantes, y que solo un adiestramiento prolongado podía acostumbrarlos a estar cerca unos de otros. No tenía tiempo para hacerlo. Poros tenía muchos elefantes (hasta la cifra más pequeña habla de setenta y cinco), que eran fácilmente visibles a través del río cuando los indios formaron en orden de batalla sobre la misma orilla, dispuestos a enfrentarse a un ataque.[561]

Alejandro se dio cuenta de que aquel era un problema que no podía acometer de frente. Incluso si llegaban las barcas y las montaban, no serían suficientes para transportar más que a una fracción del ejército a través del río en un momento en el que los indios los verían y los estarían esperando. En el Gránico, los jinetes persas estaban mal dispuestos para defender una orilla, pero los elefantes eran un asunto distinto. La caballería macedonia no sería capaz de forzar a sus monturas a ir a una orilla donde los esperaban esas aterradoras criaturas, y a la infantería le habría resultado difícil abrirse paso hasta la otra orilla por sí sola. Un ataque directo sería costoso y tenía muchas posibilidades de fracasar, al menos hasta que llegase el otoño, cuando se acabase el monzón y el nivel del río comenzase a bajar para poder vadearlo. Alejandro hizo cuanto pudo para convencer a Poros de que estaba dispuesto a esperar los cuatro o cinco meses requeridos, haciendo alarde de que se establecía junto al río y reunía las enormes cantidades de suministro necesarias. Al mismo tiempo, envió patrullas a recorrer la orilla del río para reunir información sobre posibles lugares de cruce, y el rey u oficiales de alto rango encabezaban destacamentos mayores para hacer maniobras en diferentes puntos de la orilla como si estuviesen a punto de cruzar. Si lo hacían de noche, se aseguraban de vocear las órdenes y los gritos de batalla, y en general de hacer el suficiente ruido para llamar la atención de los puestos avanzados de Poros.

Al principio los indios respondían frente a cada maniobra reuniéndose preparados para la batalla. Eso les hacía perder horas de sueño, y una y otra vez esperaron un ataque que no llegó nunca. Al darse cuenta de que sus hombres se estaban cansando, Poros decidió dejar de reunir a las tropas a cada demostración y en lugar de ello, ordenó que las patrullas observasen al enemigo. Poco más podía hacer. Cruzar el río solo lo dejaría en clara desventaja en número y en posición. Solo podía esperar que Alejandro se cansara y se retirase, quizá porque al macedonio le iba a resultar difícil alimentar a sus soldados durante tantos meses. Por otra parte era cuestión de esperar hasta que llegase el enemigo y luego derrotar a los macedonios antes de que hubiese cruzado el grueso del ejército. Aunque sabía que su enemigo había obtenido muchas victorias para llegar hasta el Hidaspes, es improbable que tuviese una idea clara de lo decididos y habilidosos que eran Alejandro y su ejército.[562]

Al principio, Alejandro había encontrado un lugar por el que cruzar donde el Hidaspes se doblaba bruscamente alrededor de un cabo a unos veintiocho kilómetros de su campamento principal. Cerca había una isla y tanto esta como la orilla estaban espesamente arboladas (en más de dos milenios, el curso del río ha cambiado demasiado como para poder localizar este punto). Cuando llegaron las barcas, las llevaron a este punto y las montaron, pero conservaron el refugio de los árboles. Mientras tanto, los engaños continuaban, con más maniobras y una línea de piquetes formada a lo largo de la orilla que gritaban ruidosamente órdenes y encendían hogueras como si estuviesen acampando o enviando señales. Un hombre que se parecía a Alejandro tomó su lugar en el campamento principal, llevando puestas la armadura y las ropas del rey y recibiendo todos los honores debidos a su cargo. Resulta difícil decir cuánto engañó a los indios esta pantomima. Poros no tenía suficientes hombres como para defender adecuadamente un tramo largo del río, así que esperaba y observaba lo mejor que podía. No hay señales de que sus hombres se fijasen en alguna actividad extraña en las cercanías del cabo.[563]

Alejandro dejó a Crátero al mando del campamento con una hiparquía de Compañeros, dos regimientos de la falange, cinco mil soldados provenientes de sus aliados indios y otros contingentes aliados. Sus órdenes eran concretas e inusualmente detalladas. Crátero no debía cruzar mientras Poros permaneciese en su campamento. Si todo el ejército indio se movía para enfrentarse a Alejandro o se enteraba de su total derrota, debía cruzar. Si Poros dividía su ejército y dejaba parte en el campamento principal, Crátero debía intentar cruzar, pero solo si la fuerza que se le oponía no contaba con elefantes. Enviaron a tres regimientos de la falange junto con la caballería e infantería mercenarias a un punto del río a medio camino

entre el campamento y el cabo, con la orden de comenzar a cruzar el río una vez que viesen que Alejandro había empezado a combatir con la fuerza principal. En el consiguiente relato no volvemos a saber de este potente destacamento.[564]

Alejandro llevaba con él a su *ile* real (ahora normalmente llamadas *agema*) y tres hiparquías de Compañeros, respaldados por jinetes de Bactria y Sogdiana y arqueros a caballo facilitados por los sacas y los dahes. Su infantería consistía en los Hipaspistas, dos regimientos de la falange, los agrianos y alguna otra infantería ligera, incluyendo muchos arqueros. En total, su fuerza ascendía a cinco mil a caballo y seis mil a pie, y al abrigo de la noche se colocaron en posición y llevaron las barcas al agua, añadiéndoles balsas improvisadas hechas de piel de animales, quizá de nuevo de sus tiendas, embutidas de paja. Una violenta tormenta cayó sobre los hombres durante los preparativos, pero esto al menos tenía la virtud de tapar cualquier ruido que hiciesen. El clima mejoró un poco antes del amanecer, cuando las primeras barcas y balsas comenzaron a cruzar, encabezadas por el rey en un triacóntero, la clase más pequeña de barco de guerra, pero el más grande que llevaron hasta allí en partes.

A pesar de la oscuridad, los indios los podían ver, pero solo cuando las naves y las balsas dejaron atrás la isla les resultó obvio que aquello era más que una distracción más. Unos jinetes acudieron a toda prisa a Poros para darle la noticia, pero inevitablemente hubo un retraso antes de que pudiese actuar. Hasta este momento todo les iba funcionando a los macedonios, que desembarcaron en la orilla y devolvieron las barcas para la siguiente oleada. Les llevó un tiempo darse cuenta de que estaban en otra isla, tan cerca de la orilla que desde cualquier distancia parecía un cabo. La distancia de agua que la separaba de la orilla era bastante estrecha, pero tan profunda por el agua caída que tuvieron que dedicar una búsqueda frenética antes de encontrar algunos vados por los que cruzar. Incluso entonces, el agua les llegaba al pecho a los soldados de a pie y a los caballos al cuello, quizá porque los jinetes avanzaron ligeramente contracorriente para escudar a los demás y evitar que en la orilla se formase más espuma de la necesaria. Alejandro utilizó elementos de su caballería para ocultar al resto mientras se formaban. Una vez terminado, le ordenó a la infantería marchar a paso constante y avanzó con la caballería.[565]

Lo que ocurrió a continuación resulta muy difícil de reconstruir, incluso comparado con otras batallas de Alejandro, porque nuestras fuentes son confusas y contradictorias. Plutarco dice que el combate acabó al final de la jornada, y es vital que lo recordemos considerando lo que ocurrió a continuación. Alejandro cruzó por un punto a unos veinte o treinta kilómetros del ejército de Poros. Desembarcaron al

amanecer, y luego les llevó tiempo que cruzasen todos a la orilla, descubrir que estaban en una isla, cruzar el río y organizarse antes de formar en la otra orilla. Poros también tuvo que reunir a sus hombres, y entonces ambos bandos estuvieron obligados a recorrer una distancia considerable para entrar en contacto y desplegarse en alguna forma de orden de combate. Todo esto es fácil decirlo en unas líneas, pero llevó bastante tiempo. En las tres batallas contra los persas, y ciertamente en Queronea, los macedonios atacaron a un enemigo ya formado y en posición, aunque hubiese sido necesario cierto redespliegue. Los macedonios solo habían tenido que avanzar una distancia significativa en el día de la batalla en el Gránico y en Issos. El Hidaspes era distinto, básicamente una batalla de choque, con cada bando ocupando una posición y escogiendo una formación con cierta premura dado que nadie podía predecir qué ocurriría. Se libró en un terreno que los macedonios solo habían visto ese mismo día y durante gran parte de la batalla cayó una lluvia torrencial que dificultaba la visibilidad e incluso la comprensión de los participantes de lo que estaba ocurriendo.[566]

El primer choque llegó bastante pronto, cuando Poros envió una fuerza de caballería india y carros a investigar. Arriano, citando a Ptolomeo como el más plausible, afirma que eran dos mil jinetes y ciento veinte carros dirigidos por el hijo de Poros, pero también explica que otros relatos afirman que eran menos y algunos añaden que aparecieron al tiempo que desembarcaban los macedonios. Al contrario que los carros con cuchillas utilizados en Gaugamela, estos se trataban de grandes plataformas diseñadas tanto para el espectáculo como para cualquier otro fin y para proveer de plataformas desde las que disparar proyectiles. Tirado por un grupo de cuatro caballos, el gran vehículo tenía espacio para seis soldados: dos arqueros, dos portadores de escudos y dos conductores que también podían lanzar jabalinas. No eran especialmente maniobrables ni en el mejor de los casos, especialmente cuando los desplegaban en grandes números, y en esta ocasión la lluvia había vuelto el suelo tan embarrado que muchos simplemente se quedaban atascados.

Alejandro estaba un par de kilómetros por delante de su infantería y al principio no estaba seguro de si aquella fuerza era la vanguardia de todo el ejército indio, pero decidió atacar con la esperanza de mantener desequilibrado a su oponente. Atacó con sus ligeros arqueros a caballo, que lanzaron una lluvia de flechas contra los indios antes de que estos estuviesen preparados, y continuó el asalto con una sucesión de cargas rápidas de la caballería de los Compañeros. Superados en número y en habilidad por los veteranos de Alejandro, y sorprendidos por la velocidad del avance enemigo, los indios fueron derrotados rápidamente, y su líder murió junto a

cuatrocientos de sus hombres. El resto huyó, dejando tras ellos todos los carros rotos o atascados.

Arriano nos cuenta que Poros decidió llevar a su fuerza principal contra Alejandro solo después de saber de este revés a través de algunos de los supervivientes, lo que querría decir que hubo un considerable retraso antes de que utilizase todo su ejército. También dice que le preocupaba que los hombres de Crátero se estaban embarcando en la otra orilla, y sugiere que Crátero estaba interpretando sus órdenes muy agresivamente y empezaba a cruzar, o al menos a hacer ver que iba a cruzar, mientras todavía quedaban elefantes dispuestos a oponerse a su desembarco. Poros no podía quedarse donde estaba ahora que una importante fuerza enemiga había cruzado el río. Fuese porque se dio cuenta de que Alejandro estaba entre ellos o simplemente porque adivinó que aquella era la amenaza mayor, se llevó a la mayoría de sus hombres con él, aunque dejó algunos elefantes con los hombres que se quedaban para que hiciesen cuanto pudiesen por oponerse a Crátero. La fuerza india principal marchó a una zona de terreno arenoso, donde esperaban que pudiesen operar la caballería y los carros, y empezó el despliegue.

Alejandro y su caballería estaban visibles cuando Poros ordenó detenerse a sus hombres; aparentemente había una ruta obvia válida para ejércitos desde su campamento principal al lugar donde los macedonios habían cruzado. Consciente de que estaba pasando algo, los jefes de la infantería macedonia les ordenaron a sus hombres marchar a la carrera para alcanzar a la caballería. Ninguna de nuestras fuentes hace mención de que llegasen refuerzos mientras tanto, así que las afirmaciones de que a estas alturas el número de soldados había crecido son conjeturas innecesarias. Arriano sí dice que Alejandro le dio a la infantería un periodo de descanso antes de formarlos en línea de batalla. La caballería y él desfilaron para evitar que el enemigo los interrumpiese.

Los ejércitos antiguos no se movían grandes distancias en formación de batalla, porque esta era inevitablemente ancha, lenta y pesada, y se rompía fácilmente cada vez que se topaban con un obstáculo. La mayoría marchaba en una columna o columnas estrechas, en el mejor de los casos con las unidades colocadas de tal modo que pudieran volver a la línea una vez estuviesen en posición, con cada unidad formando en orden de batalla. Se sabe muy poco sobre el ejército de Poros como para juzgar con alguna precisión cómo funcionaban, pero es improbable que fuese muy distinto. Muy posiblemente los indios estaban menos entrenados que los macedonios, así que todo les llevó más tiempo. El orden de batalla de Poros es descrito con la caballería y los carros en las alas y un centro compuesto de una línea de elefantes, separados veinte o treinta metros

entre sí, con la infantería tras los huecos entre cada animal. Era una formación ancha, aunque la basemos en los cálculos más modestos, y Poros tuvo que tardar mucho tiempo en llevar a sus hombres en columna hasta el campo de batalla y luego colocarlos a todos en su lugar. Es muy posible que la línea estuviese incompleta antes de que empezase la batalla, y ayudaría a explicar el carácter desarticulado del combate que tuvo lugar a continuación.

Tras dejar descansar a sus hombres, Alejandro reunió al grueso de su caballería a la derecha, pero conservó a las otras dos hiparquías que mandaba Coeno algo más retrasadas en su flanco derecho. La infantería estaba formada por los Hipaspistas junto a los caballos, y luego los tres regimientos de la falange. La infantería ligera estaba en primera línea en sus flancos, y dado que no se enfrentaban a infantería en orden cerrado, muy probablemente entre las unidades habría huecos mayores de lo habitual para que las avanzadillas pudiesen adelantarse o retirarse detrás de los piqueros. Los indios no hicieron ningún movimiento agresivo, lo que refuerza la impresión de que todavía se estaban formando. Pero había suficientes elefantes dispuestos como para que Alejandro se mostrase dubitativo a la hora de enfrentarse a ellos y le ordenó a la infantería que permaneciese en sus puestos y no avanzase hasta que la caballería hubiese derrotado a su contrapartida india.

Alejandro maniobró con su propio cuerpo de caballería, alejando al enemigo del cuerpo principal. Antes de que comenzase el combate, la mayoría, o toda la caballería de Poros se había movido al flanco izquierdo indio enfrente de Alejandro, y puede que estuviese funcionando como fuerza de cobertura para ocultar el despliegue. De nuevo, los arqueros a caballo escitas fueron en primer lugar, y salieron velozmente a dispararle a la caballería india, que permanecía en columna y todavía no había formado en línea. Las flechas se sumaron a su confusión, igual que el avance de Coeno y sus dos hiparquías, rodeándolos para amenazar su flanco o la retaguardia. Según trataban de desplegarse para enfrentarse a dos amenazas a la vez, Alejandro cargó. Confusos y sorprendidos durante el asalto, y siendo quiza algunos de ellos supervivientes de la derrota anterior, gran parte de la caballería se asustó y huyó. Algunos, en dirección a sus propios elefantes, y esa fue la señal para que avanzase la infantería macedonia. Tras un tiempo, suficientes jinetes indios se juntaros para lanzar su propia carga, pero fueron derrotados por segunda vez. La confusa aglomeración convirtió a los jinetes de Alejandro en una gran masa sin trazas de formaciones, pero la informe multitud seguía siendo agresiva y se apiñaba tras el rey, atacando a la infantería india y en ocasiones consiguiendo llegar hasta los elefantes.

La zona en la que la falange chocó contra los elefantes y la

infantería indios era casi igual de caótica, los combates se reducían a escaramuzas alrededor de cada uno de los grandes animales. Gran parte de la infantería india llevaba un arco alto capaz de disparar una flecha pesada de corto alcance, pero la lluvia y el terreno resbaladizo reducían grandemente su efectividad y en combate cuerpo a cuerpo fueron superados por los piqueros y los Hipaspistas. En algunas partes, los elefantes rompieron la falange, pisoteándolo todo a su paso. Pero sus *mahouts* (cuidadores) o conductores y cualquiera que estuviese sobre sus grupas eran blancos claros para jabalinas y flechas, además de estar al alcance de las largas sarissas. Cayeron muertos y a menudo esto provocó que los elefantes salieran en estampida, aplastando por igual a amigos y enemigos. En ocasiones, la falange abría pasos entre unidades para dejar pasar a los animales, igual que habían hecho con los carros con cuchillas en Gaugamela, y allá donde les fue posible, los rodearon y aislaron. Usaron hachas y espadas para cortarles las patas y las trompas, y jabalinas y flechas o picas para clavárselas en los ojos. Hay una descripción de elefantes retirándose como barcos de guerra levantando agua hacia popa con los aterrados animales chillando estridentemente.

Poros estaba en el centro de la batalla, un gigante sobre un elefante excepcionalmente grande, pero las heroicidades individuales no podían evitar el derrumbe de su ejército. En algunas fuentes resulta herido por varios proyectiles y acaba por desmayarse por la pérdida de sangre, protegido por su fiel elefante. En esta versión Alejandro dio por hecho que había muerto y solo descubrió que seguía vivo cuando alguien empezó a desnudarlo. Otra tradición nos dice que Poros huyó cabalgando sobre su gran animal, derrotado pero aún en pie. Cuando Alejandro envió al rey Omfis a pedirle su rendición, Poros se volvió contra su odiado rival y estuvo a punto de matarlo. Solo cuando Alejandro envió a un noble amigo de Poros este se detuvo y se rindió. La mayoría de las versiones le hacen preguntar cómo le gustaría que lo tratase Alejandro, lo que provocó la respuesta «Como a un rey», que a continuación explica que debería ser todo lo que su enemigo necesitaba saber. Sean o no ciertas estas historias, Alejandro no solo confirmó a Poros como rey, sino que a su debido tiempo le dio territorios adicionales.[567]

Arriano afirma que en la batalla cayeron veinte mil infantes y tres mil jinetes, incluyendo a dos de los hijos de Poros y al menos un prominente noble además de otros líderes, lo que pone en contexto la disposición del rey a reconciliarse con sus antiguos enemigos. Como de costumbre, las cifras de las pérdidas enemigas están muy probablemente infladas, aunque los hombres de Crátero llegaron a tiempo para encargarse de la persecución sustituyendo a los cansados soldados de Alejandro, lo que quiere decir que el acoso estuvo en

manos de hombres descansados y deseosos de tomar parte. El precio para los macedonios fue la muerte de ochenta y seis infantes y alrededor de doscientos treinta jinetes, la mayoría de estos últimos provenientes de los contingentes aliados, mientras que Diodoro nos habla de setecientos infantes y doscientos ochenta jinetes; nadie nos da una cifra de heridos. Junto con las bajas humanas, Alejandro lloró la pérdida de Bucéfalo, que murió por las heridas recibidas en el primer encuentro o de fatiga y enfermedad dependiendo del relato. Tenía cerca de treinta años, es decir, era un poco mayor que su jinete, que celebraría su trigésimo cumpleaños unas pocas semanas después de la batalla. Alejandro honró a su viejo camarada con la fundación de una ciudad, Bucéfala, en el lugar donde se encontraba su campamento principal. Otra ciudad, Nicea, («Ciudad de la Victoria»), fue fundada al otro lado del río, sobre el lugar del campo de batalla o cerca de él.[568]

Hasta ahora, la campaña india iba muy bien, y Alejandro estaba deseando continuar, pues creía que la orilla del océano estaba a su alcance.

---

547. Herodoto 4.44 sobre Darío I en la India; Arriano, Anábasis 3.8.3, 6 sobre las tropas en Gaugamela; Diodoro Sículo 17.86.4, Arriano, Anábasis 4.30.4, Curcio 8.11.25 sobre los exiliados y enviados.
548. Arriano, Anábasis 4.22.3-5, Plutarco, Alejandro 57.1-2, Polieno, Estratagemas 4.3.10; Engels, Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army, pp. 65-6 sugiere que Alejandro quería evitar el uso de carros excepto los necesarios para el equipamiento esencial para asedios, pero es más probable que le preocupasen los lujos excesivos y pesados.
549. Arriano, Anábasis 4.22.7-8, Curcio 8.10.1-4.
550. Arriano, Anábasis 4.23.1-5, Curcio 8.10.5-6.
551. Arriano, Anábasis 4.24.1-25.4, con un prudente escepticismo en A. Bosworth, Alexander and the East. The Tragedy of Triumph (1996), p. 42.
552. Arriano, Anábasis 4.25.5-27.4, Plutarco, Alejandro 59.34, Diodoro Sículo 17.84.1-6, Polieno 4.3.20 y Curcio 8.10.22-34 (quien no menciona a los mercenarios).
553. Sobre Cleofis, véase Justino, Epítome 12.7.10, Curcio 8.10.36; sobre Nysa, véase Curcio 8.10.7-18, Arriano, Anábasis 5.1.3-3.4, Plutarco, Alejandro 58.3-5, Justino, Epítome 12.7.6-8, Filóstrato, Vida de Apolonio de Tiro 2.9.
554. Arriano, Anábasis 4.27.5-30.4, Curcio 8.11.1-25, Diodoro Sículo 17-85.1-86-1.
555. Arriano, Anábasis 4.28.6, 30.5-9, Diodoro Sículo 17.86.2-3.
556. Arriano, Anábasis 5.3.5-4.3, 7.1-8.3, Curcio 8.12.4, Diodoro Sículo 17.86.3.

557. Diodoro Sículo 17.86.4-7, Curcio 8.12.5-18, Arriano, Anábasis 5.3.5-6.
558. Arriano, Anábasis 4.27.7, 30.7, 5.8.3, 22.2, Curcio Rufo 8.12.13, 13.2, 14.1, con Metz Epitome 56-7 que afirma que ordenó azotar al enviado.
559. En general, véase Bosworth, Alexander and the East, esp. pp. 31-97, S. Beggiora, «Indian ethnography in Alexandrian sources: A missed opportunity», en C. Antonetti y P. Biagi (eds), With Alexander in India and Central Asia. Moving East and Back to West (2017), pp. 238-54; sobre la altura y apariencia de Poros, Arriano, Anábasis 5.19.1, Plutarco, Alejandro 60.12, Diodoro Sículo 17.88.4, Curcio 8.13.7, 14.13, Justino, Epítome 12.8.1.
560. Bosworth, Alexander and the East, pp. 5-11; Arriano, Anábasis 5.15.4, Diodoro Sículo 17.87.2, Curcio 8.13.6, Plutarco, Alejandro 62.2.
561. Arriano, Anábasis 5.9.1-4; sobre los elefantes, véase C. Epplett, «War elephants in the Hellenistic World», en W. Heckel, L. Tritle y P. Wheatley (eds), Alexander's Empire. Formulation to Decay (2007), pp. 209-32, esp. 209-16.
562. Arriano Anábasis 5.10.1-4, Curcio 8.13.9-11, 17-21, Polieno, Estrategias 4.3.9.
563. Arriano, Anábasis 5.11.1-2.
564. Ibid., 5.11.3-12.1.
565. Ibid., 5.12.2-13.4, Curcio 8.13.22-7, Plutarco, Alejandro 60.1-3.
566. Fuentes de la batalla, Arriano, Anábasis 5.14.1-18.3, Curcio 8.14.1-30, Diodoro Sículo 17.87.3-89.3, Polieno, Estrategias 4.3.21-2, Plutarco, Alejandro 60.5-8; la reconstrucción moderna incluye Bosworth, Alexander and the East, pp. 1.520, Hammond, Alexander the Great. King, Commander and Statesman, pp. 210-15, J. Hamilton, «The cavalry battle at Hydaspes», JHS, 76 (1956), pp. 26-31. Todos dan por hecho la presencia de líneas de combate y un enfrentamiento formal, obviamente influidos por las otras tres batallas de Alejandro.
567. Arriano, Anábasis 5.18.6-7, Curcio 18.14.35-6, Plutarco, Alejandro 60.7-8, Moralia 332e, 458b, Diodoro Sículo 17.89.2, Justino, Epítome 8.12.1-15.
568. Plutarco, Alejandro 61, Arriano, Anábasis 5.19.4-6.

28.
VICTORIA EN LA RETIRADA

Tras la batalla, la mayor parte del mes el ejército lo pasó descansando, haciendo sacrificios y celebrando, con las habituales competiciones atléticas, centradas sobre todo en las carreras de caballos. Para cuando retomaron el avance, la temporada del monzón propiamente dicha había empezado, lo que significa meses de tormentas. Las descripciones no pueden preparar a nadie para la lluvia implacable y la humedad constante que pudre ropas y cueros, oxida metal y convierte los caminos en barro. Aparte de los aliados locales, nadie en el ejército lo había experimentado antes. Aunque nuestras fuentes solo lo mencionan de vez en cuando, ese fue el escenario para los eventos de la siguiente campaña, lo que lo dificultaba todo y erosionaba los ánimos de los soldados. Diodoro nos habla de setenta días de lluvia torrencial. Ningún macedonio o griego podía haber imaginado que algo así fuese posible.[569]

Crátero quedó atrás para establecer las nuevas ciudades, mientras Alejandro avanzaba con unidades escogidas. Los métodos eran familiares y estaban bien ensayados. En ocasiones, separaba columnas a las órdenes de subordinados de su confianza para barrer una región más amplia. Los líderes y comunidades dispuestos a someterse y aceptar el gobierno de Alejandro fueron tratados con moderación. La negativa, o incluso la duda, si no se convertía rápidamente en arrepentimiento y rendición, significaba ser tratado como un enemigo que se merecía ser castigado. Pronto se rindieron treinta y siete «ciudades». Las fuerzas del rey Abisares no habían llegado a tiempo para unirse a las de Poros y Abisares se rindió rápidamente, enviando a su hermano con un regalo de treinta elefantes, aunque corrió el riesgo de ser atacado por no aparecer en persona. Los enviados de Alejandro quedaron convencidos de que verdaderamente estaba demasiado enfermo como para viajar, y dado que murió en menos de un año, puede que fuese cierto. Se le confirmó como gobernante de su reino, sujeto al pago anual de tributos, pero al contrario que Poros, no

consiguió terrenos, de modo que no se benefició.570

Los macedonios cruzaron el río Escines (Chenab), dejando una fuerza para proteger el cruce y asegurarse de que los suministros seguían llegando al ejército. Poros estaba ya suficientemente recuperado y se confiaba en él como para enviarlo a su reino con instrucciones de reclutar hombres y elefantes y regresar para reforzar a Alejandro. Su primo y tocayo, conocido en las fuentes como Poros el «malo» o «cobarde» (*kakos*), les había dado la bienvenida a los macedonios antes de la batalla del Hidaspes, con la esperanza de que su amistad le diese ventaja sobre su pariente y rival. Sin embargo, cuando el otro Poros perdió pero fue tratado tan favorablemente por Alejandro, se dio cuenta de que su plan no había funcionado. Reunió guerreros y huyó de los macedonios, lo que Alejandro tomó con un acto hostil. Hefestión recibió el mando de una columna y se le envió a ocuparse del asunto, y rápidamente cumplió su misión. Ignoramos qué le paso al Poros «malo», pero su territorio pasó a su primo «bueno». Todo el episodio es otra muestra del dominio de la política y rivalidades locales en las reacciones a la llegada de Alejandro y su ejército.571

Alejandro continuó su avance, cruzando el río Hidraotes (Ravi) y se le sometieron más comunidades antes de arriesgarse a luchar contra el invasor. Tras él dejó un rastro de pequeños puestos avanzados fortificados cuyas guarniciones debían proteger sus líneas de suministro. Algunos de los pueblos a su paso se mostraron menos dispuestos a capitular ante el ejército extranjero, y comenzaron a reunir hombres, al menos para hacer una demostración de su poder. También eran enemigos de Poros, de modo que su nueva alianza con Alejandro acrecentó sus sospechas. El rey macedonio avanzó a toda prisa tras ellos, llegando tan repentinamente a la primera ciudad que se rindieron inmediatamente. Un día más tarde llegó a Sangala, la ciudad principal o la capital de los cateanos, donde se estaban reuniendo hombres de toda la región, la mayoría de ellos en un campamento formado por tres círculos de carromatos, uno dentro de otro. Alejandro atacó con sus arqueros a caballo y detrás los Compañeros. Cuando los defensores se negaron a salir de su *laager*, desmontó y encabezó el ataque de la infantería. Hubo duros combates delante de la segunda línea antes de que los macedonios se infiltrasen, en cuyo momento los indios huyeron hacia la ciudad.

Tras asentarse para asediar la ciudad, Alejandro la rodeó con una rampa mientras se encargaba de sugerir que había puntos débiles en su línea, por ejemplo, junto a un lago poco profundo. Algunas emboscadas sorprendieron a unas partidas tratando de huir por la noche e infligieron grandes pérdidas antes de que los indios supervivientes consiguieran huir de vuelta a la ciudad. Una vez llegó

la maquinaria pesada para el asedio, llevada por un convoy en el que también viajaban Poros y su contingente, el asalto podía empezar. Resultó ser más fácil de lo esperado; la muralla de adobe fue rápidamente derribada por las picas y luego capturada por hombres que subieron por escalas. A esto lo siguió una masacre en la que supuestamente murieron diecisiete mil indios y setenta mil fueron apresados. Las bajas de Alejandro estuvieron por debajo de los cien muertos y mil doscientos heridos, una proporción más alta de lo habitual. Se enviaron tropas para pedirles la rendición a otras ciudades cercanas con la esperanza de que esta demostración de poder los convenciese. En lugar de ello, la gente huyó de los temibles invasores, lo que fue interpretado como un desafío. En cuanto se supo, los macedonios los persiguieron, matando o capturando a todos aquellos demasiado viejos o débiles, pero el resto tenía una ventaja suficiente como para escapar. Alejandro demolió Sangala y les entregó el territorio a las comunidades que se le habían rendido. Luego, con su fuerza principal, marchó hacia el río Hifasis (Beas).[572]

Era solo otro más en una larga sucesión de ríos, como tantos que este ejército había cruzado, y esta vez no había guerreros hostiles observando desde lejos. Ningún griego sabía gran cosa sobre lo que había más allá. Sabían de la existencia de más ríos, hasta el Ganges, el mayor de todos, pero la opinión generalizada era que la distancia hasta el límite de la India no era demasiado grande, y después de eso solo estaba el océano. Alejandro había llegado a la India creyendo que estaba cerca del confín de Asia, hasta que los locales lo informaron de que la India era mucho mayor de lo que creía. Se extendieron los rumores de un gran reino, más poblado y con un enorme ejército que incluía cientos de elefantes. Poros confirmó la historia, aunque despreció al monarca del reino por no ser más que el incompetente y oscuro heredero de grandes gobernantes. En realidad, la dinastía Nanda del Ganges estaba en declive y se desplomaría en una generación, así que algo de lo que Alejandro aprendió era cierto. Puede que supiera o no que para entonces ese reino se encontraba a más de trescientos kilómetros, y que ni siquiera aquello era el final de la India. Dado lo lejos que había llegado en los últimos ocho años, Alejandro seguía creyendo que estaba a su alcance.[573]

El rey estaba dispuesto a seguir adelante, pero sus soldados no, y se negaban a continuar. Los macedonios estaban a mucho más de cuatro mil ochocientos kilómetros de casa en línea recta, más de seis mil quinientos incluso por la ruta más directa para un viajero, y los que estaban con él desde el principio habían marchado o cabalgado el triple de distancia como muy poco. Habían llegado al límite de las tierras que podían siquiera remotamente haber sido consideradas dentro de la esfera de influencia de Persia, y habían luchado una y

otra vez. El botín ya no importaba, porque hacía tiempo que ya habían conseguido mucho más que cualquier otro ejército nunca antes. Como la gloria y la reputación, valía poco si no había perspectivas de volver a casa para disfrutarlo. Debemos recordar de nuevo que aquellos no eran soldados profesionales aislados del resto de la sociedad, como en cierto sentido lo sería el ejército romano durante el principado. Por naturaleza, este ejército era el pueblo macedonio en armas, ciudadanos soldados que servían junto a su rey por el bien de todos, sobre todo por sus familias y comunidades en casa. Ahora creían que habían estado demasiado tiempo fuera. Algunas fuentes sugieren que muchos hombres temían enfrentarse a más elefantes en batalla, aunque ninguna dice que ese fuese el meollo del problema. Estaban agotados, machacados por las implacables lluvias y no veían la razón de combatir por obtener más conquistas.

En otras ocasiones, Alejandro había persuadido a sus hombres de seguir adelante cuando querían dejarlo instándoles a atrapar a Darío, a Besso, a proteger el nuevo imperio de las rebeliones y amenazas exteriores. Los meses se habían convertido en años, unos pocos kilómetros más en cientos, y seguían sin faltar enemigos. Esto era más una huelga que un motín. Los soldados no rechazaban a Alejandro ni cortaban sus lazos con el rey que los había liderado todo este tiempo, compartiendo peligros y dificultades, generoso en sus alabanzas, ascensos y botín. Estaban orgullosos de él y de lo que había conseguido. Tampoco se negaron a cumplir una orden directa, básicamente porque Alejandro tenía suficiente sentido común como para no darla. No se burlaron ni se mofaron de él, ni siquiera le reclamaron, y en lugar de ello, los macedonios se reunieron en silencio.[574]

Es presumible que los discursos que reflejan nuestras fuentes no fuesen lo que se dijo en realidad, porque es improbable que hubiese quienes lo registrasen todo y por convención, los autores se inventaban esta clase de cosas como les parecía conveniente. Sin duda, Alejandro les recordó a todos sus victorias y les prometió que el fin estaba casi a la vista porque pronto llegarían al límite de Asia. Nadie vitoreó ni dijo nada hasta que Coeno actuó como portavoz. Había sido jefe de uno de los batallones de la falange desde al menos el principio del reinado de Alejandro y puede que ya ocupase el puesto con Filipo, de modo que era un veterano como muchos de los hombres. Su matrimonio con la hija de Parmenio no había evitado que condenase a Filotas con gran vehemencia, una demostración de lealtad personal hacia Alejandro que fue recompensada con prestigio y numerosos mandos independientes. Coeno le aseguró una vez más al rey su total devoción, que los hombres compartían, y le explicó que estaban agotados y sentían nostalgia de casa.

Alejandro no consiguió persuadirlos el primer día y volvió a intentarlo al siguiente sin ningún éxito. Puede que se enfadase y dijese que cruzaría el río y avanzaría solo con aquellos dispuestos a seguirlo y que permitiría que los demás se fuesen donde quisieran para contarles a todos que habían abandonado a su rey. Luego regresó a su tienda y se quedó allí durante tres días, con la esperanza de avergonzarlos o asustarlos para que cambiasen de idea. Al final de este periodo de tiempo, sus oficiales le dejaron claro que los hombres seguían del mismo humor. Se ofrecieron sacrificios, que convenientemente mostraron que los vaticinios para continuar el avance eran negativos, lo que le permitió a Alejandro obedecer la voluntad de los dioses y cancelar su plan. Para señalar la frontera de su imperio e intimidar a quienes vivían fuera, ordenó la construcción de doce enormes altares. Algunas fuentes afirman que también se les ordenó a los hombres que construyesen un campamento donde todo, desde las camas, los establos y las armas y equipamiento desperdigado como si hubiese sido abandonado, fuese de un tamaño grotescamente grande para sugerir que se trataba de un ejército de gigantes. Si esto llegó a ocurrir resultaba una extraña contrapartida a las historias griegas de indios inmensamente altos que vivían en los reinos del sur.[575]

Más tarde en 326 a.C., después de tantos años avanzando, el ejército macedonio se dio la vuelta y marchó de regreso por el mismo camino por el que había llegado. Algunos estudiosos argumentan que esta fue siempre la intención de Alejandro, que solo pretendía asegurar el antiguo imperio persa hasta su mayor extensión, y quizá se había dado cuenta de que la India era mucho mayor de lo que él creía. Desde este punto de vista, el «motín» era justo lo que el rey deseaba y, quizá, había maquinado para que le permitiesen afirmar que habría conquistado el mundo entero si sus hombres no hubiesen demostrado ser demasiado débiles. Nada de ello resulta convincente. Alejandro había ofrecido sacrificios y mostrado su capacidad de cruzar cualquier río y había ido a acampar a otro lugar. Eso no es motivo para creer que no podría haber hecho lo mismo en el Hifasis. La negativa de sus hombres a continuar es presentada por nuestras fuentes como un fracaso de Alejandro, y en lugar de culparlos muestran simpatía hacia los agotados oficiales y soldados. Se trataba de una mella en su reputación mucho mayor de la que habría sufrido anunciando sencillamente que el avance se detendría y el ejército se daría la vuelta. Alejandro tenía treinta años recién cumplidos. Ni él ni nadie más podría haber sabido que nunca regresaría a ese lugar ni marcharía a las tierras más allá.[576]

Coeno murió unos pocos meses después. Algunos estudiosos modernos lo han considerado sospechoso y han conjeturado que fue

asesinado por contrariar al rey, pero no hay la más mínima insinuación de ello en nuestras fuentes antiguas. Quizá fuese simple azar, o su salud quebradiza lo había empujado a hablar por el resto del ejército pensando que tenía poco que perder. Durante la huelga en el Hifasis Alejandro no ordenó ningún arresto, y menos aún ejecuciones u otros castigos. Sus Compañeros macedonios, nobles y humildes, a caballo y a pie, habían expresado su opinión y el rey la había aceptado, al menos al final y después de haber esperado que le permitiesen salirse con la suya. Así era como se suponía que funcionaban el ejército y el estado, lo que no quiere decir que Alejandro estuviese conforme con ello, aunque nos resulta imposible juzgar hasta dónde llegaba su enfado.[577]

Porque el mensaje principal del Hifasis fue que Alejandro seguía siendo un rey argéada de Macedonia. A pesar de todo lo que había ganado, de los atributos de la monarquía asiática y sus muchos nuevos súbditos, oficiales y cortesanos, su liderazgo se asentaba en el trono que había heredado de Filipo. Los macedonios formaban ahora una pequeña minoría de sus soldados, pero eran vitales en la estructura de mando y seguían siendo los cimientos de su poder guerrero. Alejandro no podría haber continuado solo con mercenarios y aliados asiáticos, porque eso hubiese sido convertirse en un simple señor de la guerra siempre nervioso entre sus hombres y oficiales que le serían leales solo mientras les conviniese. A pesar de su negativa a continuar, los macedonios eran sus hombres, unidos por parentesco, tradición y patriotismo, del mismo modo que él era su rey. Al menos abiertamente, la retirada del Hifasis no cambió esta relación, fuesen cuales fuesen los sentimientos privados del rey y de sus súbditos. Antes de que acabase el año los lideraría una vez más en batalla y ellos lucharían y morirían por él. Los soldados no empezaron a desobedecer órdenes, ni esperaban una licencia inmediata y el largo viaje de regreso a casa. No querían ir más allá, y querían volver a casa con su rey y disfrutar de los frutos del triunfo. Estaban dispuestos a confiar en que ahora los llevaría allí a su debido tiempo, aunque mientras tanto hubiese que hacer otras cosas.

Alejandro y sus hombres regresaron al Hidaspes, donde ya habían empezado los trabajos de construcción de una gran flota con la intención de navegar el Indo. Al ver cocodrilos en las orillas del río y las mismas judías tardías que habían visto por última vez en Egipto, Alejandro y muchos otros llegaron a la conclusión de que el gran río indio era sin duda la fuente definitiva del Nilo, como habían sugerido algunos geógrafos griegos. Esto le ofrecía la oportunidad de unir dos partes de su nuevo imperio, y había planeado viajar por el Indo al menos cuando derrotó a Poros y antes de marchar hacia el Hifasis. Como en otras ocasiones, Alejandro a menudo tenía en mente más de

un proyecto, algunos de los cuales podían llevar a cabo sus subordinados. Este es el momento en que Crátero estuvo más cerca de ocupar el papel antiguamente reservado para Parmenio y se le entregó la mayoría de los grandes mandos independientes. Era más señal de confianza que indicación de que Alejandro estaba cansado de su sincero amigo. La rivalidad entre Crátero y Hefestión se había agudizado, y durante la campaña india una discusión acabó violentamente cuando ambos hombres desenvainaron sus espadas. Alejandro llegó a caballo y los separó, reprendiendo a Hefestión antes de obligarlos a reconciliarse.578

Alejandro estaba de vuelta en el Hidaspes a finales de septiembre de 326 a.C. con el monzón acabado y se quedó allí según se iban construyendo triacónteros más ligeros y barcazas de transporte. Los cálculos del número de barcos de la flota abarcan de ochocientos a dos mil, la mayoría de ellos pequeños. El mando se le entregó a Nearco, uno de los amigos de juventud de Alejandro desterrado por Filipo y más recientemente nombrado sátrapa de Panfilia y Licia. Fue uno de entre otros Compañeros de rango superior nombrado trierarca, cargo copiado de los atenienses por el que se convertía en el responsable de la construcción y equipación de un barco de guerra con sus propios fondos. Las conquistas de Alejandro habían traído riquezas fabulosas, pero no era siempre fácil asegurarse de que hubiese dinero disponible cuando se necesitaba en grandes cantidades. Parece que los lujosos regalos a los príncipes indios habían agotado el tesoro que transportaba el ejército, lo que era uno de los motivos para recurrir de este modo a sus oficiales. Igual de importante era reforzar la sensación de que se trataba de una empresa común.579

Más tarde ese otoño, tras los sacrificios, las ceremonias y los juegos, la gran expedición se puso en marcha con los barcos en el Hidaspes y el ejército marchando en dos columnas, una en cada orilla. Alejandro viajaba a bordo de un barco con Nearco, mientras Hefestión y Crátero encabezaban las dos mitades del ejército, sin duda contentos de que los separase un ancho río. Se hicieron arreglos para que las fuerzas de tierra siguiesen las mejores rutas, volviendo atrás cada pocos días para reunirse con la flota. Era un gran espectáculo, tanto por el número de barcos como por la extraña escena y los ruidos de los barcos a remos, algo nunca visto u oído en la región. Luego se encontraba la gran hueste de hombres, caballos, elefantes y otros animales que viajaban por el gran río. La cifra de ciento veinte mil hombres para las fuerzas de Alejandro en la India puede ser realista para estos meses, porque, aparte de los marinos necesitados para la flota, había llegado un gran contingente de mercenarios y soldados aliados, aunque ningún macedonio. Junto con los refuerzos llegaron veinticinco mil panoplias de equipamiento, de modo que muchos de

los soldados tenían un aspecto mucho más marcial del que habrían tenido con su viejo equipamiento, gastado por las largas campañas y deteriorado por el monzón.

Había un ambiente festivo y una gran multitud de curiosos se reunió para ver la marcha, cantando y bailando a su alrededor. Un cínico podría preguntarse si no se alegrarían más de ver marcharse a los invasores, pero probablemente sería injusto. Sin duda era un gran espectáculo, algo que recordar, y las nuevas ciudades quedaban con sus guarniciones, lo que quería decir que no todos los invasores se marchaban. Ahora Poros gobernaba la mayor parte del territorio desde allí hasta el Hifasis, y al contrario que con otras dinastías incluyendo la de Omfis, no se nombró a ningún sátrapa macedonio o griego por encima de él. Demostró serle leal a Alejandro, y quizá tener un rey nativo fuerte se consideraba la mejor seguridad para la frontera del imperio.[580]

Antes de que la expedición se pusiera en marcha, los locales habían dejado claro que los macedonios no iban rumbo al Nilo y Egipto. Alejandro no se desanimó, y en lugar de ello el motivo se convirtió en asegurar su nuevo imperio y llegar al punto donde desembocaba en el océano, a unos mil trescientos kilómetros. A no mucho tardar, comenzó a preguntarse si la ruta acuática desde la India al Golfo Pérsico ofrecería buenas comunicaciones que conectaran sus muy dispersas conquistas. Los comerciantes llevaban siglos utilizándola, esperando a que los vientos cambiasen con el monzón y los empujasen en la dirección adecuada, pero Alejandro pensaba en algo más permanente y a mayor escala. Este objetivo estratégico iba de la mano con la conocida necesidad de alcanzar y marcar los límites de su territorio, estuviese en un océano vacío o en una estepa desértica.

La exploración jugó un papel mucho menor, acompañándolo como había hecho durante todas sus conquistas. Los eruditos de su convoy aprendieron mucho (y como la mayoría de los académicos y primeros exploradores, también confundieron inevitablemente mucho) en su viaje, dependiendo de las exigencias militares y políticas de las campañas. Estudiaban plantas y animales, además de los fenómenos naturales. En Bactria, el ejército acampó en un lugar donde se filtraba petróleo a la superficie, y llegaron a la conclusión de que habían topado con un yacimiento natural del conocido aceite de oliva. En Asia Menor encontraron nafta y creosota, y se maravillaron al ver lo rápidamente que ardía. Un muchacho, sirviente de la corte, supuestamente se prestó voluntario para que lo cubriesen de nafta y lo prendiesen fuego por el bien de la investigación científica. De algún modo consiguió sobrevivir a sus horribles quemaduras y el rey se encargó de cuidar del inválido el resto de su vida.[581]

La fascinación de Alejandro con las hierbas medicinales continuó, y en la India encontró una planta que ayudó a curar a Ptolomeo del mordisco de una serpiente venenosa. Pero no nos han llegado muchas muestras de un profundo interés en la India propiamente dicha, aunque quizá eso hubiese cambiado si su ejército no se hubiese detenido en el Hifasis y hubiera avanzado para conquistar más territorios del subcontinente. Ninguna de nuestras fuentes menciona honores o sacrificios dedicados a deidades indias, en contraste con los respetos mostrados a los dioses de Egipto y Babilonia. Comenzando en Taxila, donde sus oficiales y él vieron por primera vez a los hombres que llamaban gimnosofistas, literalmente «filósofos desnudos», o en algunos casos, bramanes, hubo cierto interés en los hombres santos indios. Tristemente, no hay fuentes indias fiables de este periodo para que nos den una descripción de aquellos encuentros desde su perspectiva, mientras que el encuentro del gran conquistador con los sabios exóticos provee un rico campo para el embellecimiento y la invención por parte de escritores griegos, aunque resulta dificil discernir su veracidad.[582]

Existe la bonita historia de un grupo de bramanes que golpeaban el suelo con los pies constantemente durante una reunión con el rey para recordarle que ni siquiera el mayor gobernante podía poseer en realidad más que la tierra que pisaba y en la que pronto sería enterrado. Se dice que Alejandro se quedó impresionado por la verdad de esas palabras, igual que supuestamente admiró a Diógenes el cínico en Corinto. Onesícrito, un antiguo pupilo de Diógenes que acompañaba a Alejandro, fue enviado a hablar con varios gimnosofistas, y afirmó que la conversación requirió no menos de tres intérpretes, lo que hizo que expresar y comprender ideas complejas resultase extraordinariamente difícil. Es propio de la naturaleza humana ver un reflejo de nuestras propias ideas en otros, así que naturalmente interpretó las creencias de los bramanes como conformes al pensamiento filosófico griego. El estilo de vida rigurosamente ascético lo impresionó, particularmente porque le recordaba al de Diógenes, pero también intrigaba a otros griegos, como a muchos observadores a lo largo de la Historia. Un hombre llamado Shines exigió que Onesícrito se desnudase si quería compartir su sabiduría, y posteriormente fue convencido para unirse a la corte de Alejandro, una decisión criticada por sus iguales al abandonar la vida ascética en busca de fama y fortuna. Pronto se le apodó Cálano por su hilarante mala pronunciación del saludo griego (diciendo *kale* en lugar de *chaire*) y parece que era visto como poco más que una curiosidad. El recuerdo principal que dejó en el entorno de Alejandro llegó un par de años después cuando la enfermedad y la edad lo empujaron a suicidarse prendiéndose fuego en una pira.[583]

Aprender, y no digamos ya comprender, no era la prioridad de Alejandro según iba recorriendo el Hidaspes, porque el objetivo siempre había sido la subyugación. Las comunidades a su paso se vieron con la elección habitual de aceptar su dominio o combatirlo. Al principio no hubo resistencia, y el mayor peligro llegó cuando alcanzaron el punto en el que se unían el Escines y el Hidaspes, y los rápidos volcaron algunos de los barcos ligeros. Alejandro abandonó el suyo, aunque nunca había aprendido a nadar, y llegó a la orilla con la ayuda de sus amigos. A cierta distancia de la unión de los ríos se encontraba la tierra de los malios y oxidracos, que no tenían un rey y formaban una confederación poco precisa, en ocasiones mutuamente hostil y en otras dispuestos a aliarse. No habían enviado representantes a reunirse con el invasor y ahora comenzaron a reunir tropas y a enviar a sus familias a la protección de ciudades amuralladas. Alejandro pronto empezaría a planear un ataque ante lo que consideraba un desafío.584

La flota continuaría avanzando con gran parte del ejército, mientras que varias columnas se dirigieron a territorio «enemigo». Alejandro se llevó con él a la mitad de la caballería de los Compañeros, los Hipaspistas, dos regimientos de la falange, los agrianos y arqueros a caballo y a pie; él lideró el ataque principal, moviéndose velozmente, mientras los otros grupos debían atrapar a cualquiera que tratase de escapar. Maestro de lo inesperado, forzó el ritmo a través de tierras baldías consideradas demasiado difíciles para un ejército y pilló a los malios por sorpresa. Demasiado aturdidos como para organizar una resistencia, muchos fueron masacrados fuera de las murallas de la primera ciudad a la que llegó Alejandro. Su caballería rodeó el lugar para evitar cualquier fuga y evitar el riesgo de que se corriese la voz de su llegada. Una vez hecho esto y tras la llegada de su infantería, lanzó un asalto. La muralla exterior cayó rápidamente, pero hubo decidida resistencia en una sección interior o ciudadela y durante un momento los atacantes se mostraron confundidos. Alejandro se abalanzó, animando a todos y liderando en persona el asalto; acabó tomando la fortaleza y dos mil defensores fueron masacrados.585

Poco después, Pérdicas llegó a otra comunidad y cuando la encontró abandonada, persiguió a los habitantes, matando a todos los que todavía no habían alcanzado la seguridad de la marisma. Alejandro les concedió un breve descanso a sus soldados y a continuación siguió avanzando, pero perdió a la mayoría de los malios en el vado principal del río Hidroates (Ravi), aunque atacó y mató a aquellos que todavía estaban cruzándolo al tiempo que amanecía. Persiguió al resto con su caballería, matando a muchos más, y cuando su infantería lo alcanzó, los utilizó para asaltar otra aldea amurallada,

cuyos ocupantes murieron o fueron esclavizados. Con infantes y jinetes se dirigió a la cercana «ciudad de los bramanes», como la llama Arriano, donde se habían refugiado muchos malios. La muralla exterior fue rápidamente demolida y tomada al asalto, y la ciudadela cayó tras un combate más duro, con Alejandro siendo el primer hombre en subir por la rampa. Algunos de los defensores les prendieron fuego a sus casas y murieron con sus familias, y mataron o esclavizaron al resto.

Tras un solo día de descanso, los macedonios continuaron avanzando; encontraron los siguientes asentamientos y enviaron partidas de tropas ligeras para perseguir y matar fugitivos ocultos en los bosques. Cuando llegaron informes de que se estaba reuniendo un gran ejército en la otra orilla del Hidroates, Alejandro dio la vuelta y marchó directo a ellos. Dado que los atacaba solo con su caballería, durante un momento el enemigo vio una oportunidad de derrotar a este destacamento por la pura fuerza del número, pero cuando llegó la infantería macedonia se vinieron abajo y huyeron. Alejandro los siguió hasta un pueblo amurallado cercano, y lo rodeó con grupos de caballería para evitar cualquier fuga. Para cuando toda su infantería había llegado, ya estaba anocheciendo, de modo que les dio a los exhaustos soldados la ocasión de descansar. Lanzó su ataque al día siguiente, encabezando personalmente la mitad de sus fuerzas y poniendo a Pérdicas al mando del resto. Entraron fácilmente, porque los defensores no protegieron la muralla exterior y volvieron a replegarse a la ciudadela. La confusión se extendió mientras los atacantes trataban de orientarse en el laberinto de estrechos callejones, y el retraso exacerbó la impaciencia de Alejandro.[586]

Hay señales de que sus hombres habían mostrado menos agresividad en los recientes ataques, o al menos eso creyó el rey, porque ahora los encontraba insuficientes. Muchos de los hombres, especialmente en unidades como los Hipaspistas, habían asaltado muchas ciudades, y aunque las cifras de muertos y heridos graves habían sido siempre relativamente pequeñas, el número de ellos era desproporcionadamente grande. Todo el ejército estaba extenuado, y esta campaña se estaba librando a un ritmo veloz incluso para los estándares de Alejandro, así que el simple agotamiento era un factor en juego y puede haber ralentizado a los hombres. Por otra parte, la decepción de Alejandro ante su negativa de cruzar el Hifasis pudo haberlo dejado especialmente sensible a todo lo que veía como reticencias. Los hombres de Pérdicas le llevaban escalas demasiado despacio, aunque puede que simplemente ignorasen que los defensores se estaban resistiendo en la ciudadela. Alejandro se enfadó, y con un puñado de sus oficiales tomó dos escalas, corrió al muro de la ciudadela y subió. El rey llegó arriba y en un instante se encontraba

en la rampa, golpeando con su escudo a los defensores más cercanos para derribarlos del pasaje o matándolos con la espada. Viendo a su rey solo, los soldados se mostraron tan desesperados por seguirlo que demasiados trataron de subir por la escala y esta se rompió bajo su peso.

Los defensores se contenían, reticentes a enfrentarse a aquel furioso enemigo y con la esperanza de que otro se arriesgase. Pero sobre el muro Alejandro era un blanco muy visible para los arqueros, que comenzaron a dispararle pesadas flechas. Otros tres macedonios se encontraban cerca tras él, pero antes de que pudiesen unirse a su rey, Alejandro saltó dentro de la ciudadela, y cuando estos hombres levantaron la segunda escala, esta también se vino abajo. Alejandro aterrizó bien, cerca de un árbol que le ofrecía protección al menos desde un lado, y mató o repelió a los defensores más cercanos. Durante un instante, como mucho unos pocos minutos o quizá menos, el rey de un vasto imperio luchó solo dentro de una fortaleza enemiga. Entonces, los otros tres saltaron para unirse a él.

Lucharon con espadas, lanzaron piedras cuando el enemigo no se ponía a su alcance e hicieron cuanto pudieron por atrapar las flechas con los escudos. Abreas, un infante, quizá un oficial de menor rango, con una gran reputación de valentía, cayó con una flecha en el rostro. Alejandro recibió otro flechazo, probablemente en un costado, que le perforó el extremo del pulmón. Sangrando profusamente, cayó, aunque se dijo que había tenido las fuerzas suficientes para matar a un guerrero que se le abalanzó. Tanto el escolta real Leonato, como Peucestas, que llevaba el escudo de Aquiles que habían tomado del templo de Ilión en 334 a.C., sufrieron heridas cuando se pusieron delante de su caído rey, que ahora estaba inconsciente. Fuera, hombres desesperados clavaban pedazos rotos de la escala en el adobe, usándolos como crampones para trepar por la pared. Otros golpearon una puerta hasta que cedió. Cuando se corrió la voz de que el rey había caído, muerto o quizá mortalmente herido, el miedo se convirtió en furia ciega y los macedonios enloquecieron, asesinando a todo hombre, mujer y niño que había en la ciudad.[587]

Algunos afirman que Pérdicas agrandó la herida de entrada del rey con la espada de modo que se pudiese extraer la punta de flecha con púas, lo que provocó un nuevo brote de sangre. Otros cuentan que Critóbulo hizo la operación, el mismo hombre que había tratado la herida de flecha de Filipo en Metone veintiocho años antes. El diagnóstico es complicado dadas las diferencias en nuestras fuentes y los conocimientos médicos antiguos. Puede que se tratase de una herida que hizo que un pulmón se colapsara, aunque que se hable de que salía aire con sangre no es indicativo de esto, dado que como el nombre sugiere, el flujo de aire iría en la otra dirección. Que fuese

alcanzado en el costado y no en el pecho nos sugiere que la herida era menos grave y habría facilitado que con el tiempo, el cuerpo se curase y el pulmón se recuperase. Las fuentes antiguas dejan claro que la herida era grave, y que bien podría haberlo matado en los días posteriores, pero no sugieren que quedase permanentemente afectado. Poco después, Crátero encabezó una delegación de oficiales que reprendió a su rey por correr demasiados riesgos que debería haber dejado a otros. Alejandro prefirió el comentario campechano de un veterano boecio que se le acercó en el campamento y le dijo que esos actos eran «cosa de hombres».588

Por el momento, Alejandro estaba débil y necesitaba que lo llevasen a todas partes; rápidamente corren rumores de que había muerto. En el campamento de la flota y el ejército principal, la noticia causa desesperación completa; hombres que habían creído que al fin estaban de camino a casa se preguntaban quién los lideraría y se temían que todos los territorios conquistados probablemente se rebelasen y los traicionasen. Incluso una carta escrita por Alejandro fue considerada una falsificación. Solo se calmaron sus miedos cuando el rey apareció entre ellos, transportado hasta el Hidroates tan cuidadosamente como era posible y a partir de ahí, en barco. Para entonces, unos pocos días, si no más, Alejandro estaba consciente y ordenó que retirasen el toldo que lo cubría para ser visible a los que estaban en las orillas del río. Alzó un brazo, y esta prueba de que no estaba muerto provocó un enorme grito. Lo esperaba una litera, pero en un despliegue de esa implacable fuerza de voluntad que lo empujaba con la misma fuerza con la que empujaba a todos los que lo rodeaban, Alejandro la rechazó y en vez de ello montó a caballo y cabalgó por el campamento hacia su tienda. Se detuvo un poco antes, desmontó y caminó sin apoyos los últimos metros. Los vítores continuaron, y los hombres se acercaron a su paso para tocarlo a él o a su capa. Tras esta demostración, le fue posible tener una convalecencia adecuada.589

Los malios y oxidracos mandaron enviados para rendirse, llevando con ellos tributos como muestra de su disposición a darle a Alejandro lo que quisiera, y obedientemente le dieron la cifra concreta de guerreros y carros que se les pidió. Hubo una pausa para ceder el territorio al sátrapa Filipo, que incluía Taxila y todas las tierras hasta la unión del Escines y el Hidaspes. Después, Alejandro retoma la campaña, viajando en barco y permitiendo que sus subordinados hagan cumplir sus órdenes. Claudicaron más pueblos, otros fueron sometidos por la fuerza, y la flota fue creciendo según se iban construyendo nuevos barcos, a menudo como parte del tributo pagado por sus nuevos súbditos. Fundó otra Alejandría en el río que sirviese de puerto. Se creó otra satrapía y su administración se le entregó a un

macedonio acompañado por el padre de Roxane.[590]

Tras un tiempo, se acercaron al territorio de un gran y acaudalado rey llamado Musícano, que no había mandado enviados para buscar la paz, quizá porque solo era vagamente consciente del acercamiento de esos extraños invasores extranjeros. Lo compensó rápidamente acudiendo en persona y actuando con mucha humildad, suplicándole perdón a Alejandro, que era algo que a este le gustaba. Musícano fue confirmado en su reino, pero la buena voluntad no duró. Existía un extendido resentimiento hacia los invasores, especialmente entre los bramanes, a quienes los macedonios veían equivocadamente como una pequeña secta de filósofos en lugar de una casta de guerreros y líderes. La resistencia se extendió rápidamente.

Por mucho que no comprendiese esta hostilidad hacia él, la respuesta de Alejandro fue rápida, eficiente e implacable. Fueron asaltadas ciudades, sus poblaciones pasadas por la espada o esclavizadas, hasta que toda resistencia fue aplastada. Musícano había cambiado de idea y se había unido a los resistentes, de modo que fue llevado cautivo a Alejandro, que ordenó que lo crucificasen. Muchos bramanes fueron masacrados o ejecutados en una campaña concertada de terror y los estudiosos a menudo presentan las operaciones de 326-325 a.C. como las más brutales y costosas para las víctimas que jamás emprendiesen Alejandro y sus hombres. Resulta difícil hacer un juicio como ese, dado que nunca tenemos cifras fiables de las poblaciones, y menos de las pérdidas y devastación infligidas por los macedonios. Los métodos empleados fueron los mismos que llevaban mucho tiempo utilizando, especialmente en Bactria y Sogdiana. Eso no empequeñece el horror de aquellos meses, y solo debería recordarnos que tendríamos que sentir la misma repulsión hacia actos similares perpetrados en otras partes, los sufriesen una comunidad o muchas.[591]

El ejército de Alejandro era demasiado efectivo y potente como para ser derrotado por cualquiera de los estados a su paso, y el precio por combatir a los macedonios era espantosamente alto. Los relatos de avances relámpago, asedios y masacres dominan nuestras fuentes, dado que inevitablemente proporcionan más drama y llevan más tiempo para describir que la sumisión de líderes aterrorizados. El rey de Patala, las tierras alrededor del gran delta del Indo, fue uno de los que decidió que aceptar al invasor era mejor que un desafío desesperado y en 325 a.C. acudió en persona en busca de la amistad de Alejandro. Hubo pocos combates en los últimos pasos, según la flotilla y el ejército se acercaban al mar, porque eran bienvenidos como aliados y les proporcionaban suministros o cuando llegaban encontraban asentamientos completamente abandonados. Una partida enviada a excavar pozos en una zona desértica cercana fue atacada por locales que probablemente ni siquiera estuviesen bajo el control

del rey de Patala, y solo los consiguieron repeler tras unas escaramuzas. Alejandro ordenó la construcción de importantes instalaciones portuarias y una nueva fortaleza en Patala.

En junio y julio de 325 a.C., una sección de la flota respaldada por unos nueve mil soldados en tierra cubrió la última etapa del viaje investigando los dos principales canales del Indo que llevan al mar. No encontraron guías locales, y una tormenta repentina les provocó pérdidas que requirieron reparaciones inmediatas. Acostumbrados al Mediterráneo, griegos y macedonios se sorprendieron cuando la bajamar dejó barcos varados en el barro, y para cuando subió la marea, esta coincidió con fuertes vientos que provocaran grandes daños a las embarcaciones. Pero era señal de que estaban cerca, y fueron guiados a una isla donde pudieron atracar y conseguir agua potable. Cuarenta kilómetros más adelante estaba el mar y una segunda isla cercana. Se celebraron sacrificios en ambas islas y Alejandro anunció que la naturaleza de las ofrendas y los dioses reverenciados daban la razón al oráculo que Zeus Amón le había dado en Siwah. Guio su propia nave al mar, donde sacrificó toros a Poseidón, lanzando los cadáveres por la borda, y luego sirvió una libación y lanzó la copa dorada y los cuencos a las olas. Habían pasado seis años desde la última vez que había visto el mar, y nueve desde el sacrificio hecho a Poseidón en el cruce de los Dardanelos al principio de esta gran expedición. Alejandro tenía treinta y un años y estaba a punto de emprender viaje hacia occidente.[592]

---

569. Diodoro Sículo 17.94.2, con comentarios en Green, Alexander of Macedon, pp. 461-2.
570. Arriano, Anábasis 5.20.1-7, Curcio 9.1.7, Diodoro Sículo 17.90.4.
571. Arriano, Anábasis 5.20.6, 21.2-5, Diodoro Sículo 17.91.1-2, Estrabón, Geog. 15.1.30.
572. Arriano, Anábasis 5.21.1-2, 4-24.8, Curcio 9.1.9-36.
573. Arriano, Anábasis 25.1, Curcio 9.2.1-9, Diodoro Sículo 17.93.2-3, con Bosworth, Conquest and Empire, pp. 132-3, Hammond (1994), pp. 218-9.
574. Hammond (1994), pp. 218-9.
575. Fuentes para el motín, Arriano, Anábasis 5.25.2-29.2, Curcio 9.29-3.19, Diodoro Sículo 17.93.4-95.2, Plutarco, Alejandro 62.1-4, Justino, Epítome 12.8.10-17.
576. Exposición en Bosworth, Conquest and Empire, pp. 133-4, Green, Alexander of Macedon, pp. 407-11, Lane Fox, Alexander the Great, pp. 367-72, W. Heckel, «Alexander and the “limits of the civilized world”», en W. Heckel y L. Tritle (eds), The Crossroads of History: The Age of Alexander (2003), pp. 147-74, Heckel, The Conquests of Alexander the Great, pp. 120-5, W. Heckel, «The King and his army»,

en W. Heckel y L. Tritle (eds), Alexander the Great. A New History (2009), pp. 69-82, esp. 80-1, P. Spann, «Alexander at the Beas: Fox in Lion's skin», en F. Titchener y R. Morton (eds), The Eye Expanded. Life and Arts in Greco-Roman Antiquity (1999), pp. 62-74, con respuesta en E. Anson, «Alexander at the Beas», en P. Wheatley y E. Baynham (eds), East and West in the World Empire of Alexander. Essays in Honour of Brian Bosworth (2015), pp. 65-74.
577. Véanse, por ejemplo, las sospechas planteadas en Bosworth, Conquest and Empire, p. 134, E. Badian, «Harpalus», JHS, 81 (1961), pp. 16-43, esp. 20.
578. Arriano, Anábasis 5.20.1-2, 6.1.2-5, Diodoro Sículo 17.89.4-6, Curcio 9.1.4, Estrabón, Geog. 15.1.29; sobre Hefestión y Crátero, Plutarco, Alejandro 47.6-7.
579. Arriano, Anábasis 6.2.3-4, Indica 19.7, Curcio 9.3.22, con Bosworth, Conquest and Empire, p. 134.
580. Curcio 9.3.20-2. Puede que fuese en este momento y no antes cuando los Hipaspistas recibieron sus escudos con incrustaciones de plata.
581. Véase Beggiora, «Indian ethnography in Alexandrian sources», que se concentra en aspectos etnográficos; sobre la nafta, Plutarco, Alejandro 35.1-5; sobre el aceite/petróleo, véase Arriano, Anábasis 4.15.7-8, Estrabón, Geog. 11.11.5, Curcio 7.10.13-14, Plutarco, Alejandro 57.5-9.
582. Sobre Ptolomeo y el veneno, Estrabón, Geog. 15.2.7, Curcio 9.8.20, Diodoro Sículo 17.103.3-6. Resulta llamativo que el incidente no esté incluido en la crónica de Arriano, que extrajo mucho del relato de Ptolomeo, así que probablemente se trate de ficción.
583. Hay una útil exposición en R. Stoneman, «Who are the Brahmans? Indian Lore and Cynic Doctrine in Palladius' de Bragmanibus and its models», Classical Quarterly, 44 (1994), pp. 500-10 y R. Stoneman, «Naked philosophers: the Brahmans in the Alexander historians and the Alexander romance», JHS, 115 (1995), pp. 99-114; sobre Cálano, véase Plutarco, Alejandro 65.5, Diodoro Sículo 17.107.1-6, Estrabón, Geog. 15.1.68, Arriano, Anábasis 7.3.1-6..
584. Arriano, Anábasis 6.3.1-5.4, Curcio 9.4.10-14.
585. Arriano, Anábasis 6.5.4-6.5, Curcio 9.4.1-5.
586. Arriano, Anábasis 6.6.6-8.8, Curcio 9.4.6-8, 15-25, Diodoro Sículo 17.96.2-5, con distintas cronologías y detalles.
587. Arriano, Anábasis 6.9.1-11.1, Curcio 9.4.26-5.21, 6.4-27, Diodoro Sículo 17.98.3-99.4, Plutarco, Alejandro 63.1-4, Justino, Epítome 12.9.1-13, de nuevo con detalles contradictorios.
588. Arriano, Anábasis 6.11.1-8, 13.4-5, Plutarco, Alejandro 63.5-6, Curcio 9.5.22-30, con exposición en Hammond (1994), pp. 225-6,

Bosworth, Conquest and Empire, pp. 136-7, Bosworth, Alexander and the East, pp. 139-41, Green, Alexander of Macedon, pp. 418-22, Lane Fox, Alexander the Great, pp. 378-82; exposición detallada de la herida en Gabriel, The Madness of Alexander the Great, pp. 52-5.
589. Arriano, Anábasis 6.12.1-13.3, Curcio 9.6.1-2, Plutarco, Alejandro 63.6.
590. Arriano, Anábasis 6.14.1-15.3.
591. Ibid., 6.15.4-17.6, Curcio 9.8.1-16, Plutarco, Alejandro 64.1-65.1, con una anécdota probablemente ficticia en la que Alejandro libera en lugar de ejecutar a los filósofos indios cautivos, con Bosworth, Alexander and the East, pp. 133-65.
592. Arriano, Anábasis 6.17.4-19.5, Curcio 9.8.28-9.27, Plutarco, Alejandro 66.1.1.

29.
MAR Y ARENA

La perspectiva, y sobre todo, el saber que Alejandro nunca llegaría a su trigésimo tercer cumpleaños, tienden a convertir el momento en que él y sus soldados dejaron la India en un punto de inflexión mucho más importante de lo que en realidad era, y ciertamente, de lo que pareció en su momento. No hay insinuación alguna en nuestras fuentes de que hubiese perdido el interés en la India tras su decepción en el Hifasis, como tampoco había «perdido el interés» en Egipto o Cilicia cuando se marchó de allí. Se quedó durante un año tras la negativa de sus hombres a cruzar el río, y no solo porque recibiese una herida y necesitase tiempo para recuperarse. Alejandro se quedó para seguir en campaña y conquistar, y esa era normalmente la única razón para que se quedase en cualquier lugar demasiado tiempo. La administración que creó era un poco diferente, y dependía mucho de reyes locales como Poros y Taxiles, pero se trataba de una decisión práctica para una región que durante generaciones no había estado bajo el control efectivo de un sátrapa, si es que lo habían estado alguna vez, y en cierto sentido era semejante al empleo de locales, incluyendo nobles persas, en otras partes. Alejandro también dejó tras él a un oficial llamado Filipo como su sátrapa, respaldado por tropas, en su mayoría mercenarias, además de los soldados licenciados que se habían asentado en las nuevas colonias.[593]

Después de los sacrificios en las islas regresó a Patala solo para volver a ponerse en marcha casi inmediatamente para explorar el otro canal del Indo y descubrir si ofrecía o no una ruta mejor al océano. Mientras, los preparativos para llevar de vuelta al corazón de su imperio a la mayoría de sus fuerzas llevaron meses y fueron escrupulosamente metódicos, sin la más mínima señal de apresuramiento, y se construyeron nuevos puertos y otras instalaciones. Sus numerosos auxiliares indios fueron enviados de vuelta a sus reinos y comunidades, y el resto de sus tropas se dividió en dos columnas de tierra y la flota. Crátero recibió la otra fuerza de

tierra, incluyendo a los macedonios que se licenciarían debido a la edad y la mala salud. Con ellos se fueron la mayoría de los mercenarios y aliados asiáticos, los elefantes adquiridos en la India y la mayor parte del convoy de equipaje y equipamiento. Esta era la columna más lenta, y debía marchar en parte recorriendo las mismas rutas seguidas durante el avance y encontrarse con Alejandro en Carminia en unos meses. Se puso en marcha primero; Alejandro volvía a confiar en un subordinado para que siguiese las instrucciones y actuase por iniciativa propia en los meses en los que las comunicaciones serían lentas.[594]

Alejandro tomó la otra fuerza de tierra y planeaba trabajar con la flota, siguiendo un paso que se mantuviese lo más lejos posible de la costa. A los barcos se les ordenó que explorasen la ruta hacia el Éufrates, dando por hecho que el océano llevaba allí y no resultaba ser un mar interior que daba a África. Se le encargó a Nearco descubrir si el plan de Alejandro de conectar de este modo las partes más alejadas de su imperio era realmente práctico, y el oficial escribiría más tarde un relato muy dramático de la aventura, del que Arriano extrajo mucha información para su propia crónica. Aunque Nearco era dado a exagerar su propio heroísmo, la expedición era ciertamente un salto a lo desconocido, porque aunque la ruta se había estado usando durante siglos, hay pocas señales de que hubiese habido mucho comercio en el pasado reciente. Alejandro y sus hombres no aprendieron prácticamente nada de las comunidades locales, y sus tropas venían de comunidades mediterráneas sin experiencia en aquellas aguas. Nearco afirmó que el rey se mostraba reacio a permitirle enfrentarse a peligros desconocidos, pero que su entusiasmo acabó por convencerlo. Sin duda exageraba, dado que Alejandro fue persuadido y la expedición continuó adelante. Era una apuesta, en parte hacia lo desconocido, pero por otra parte Alejandro había apostado suficientes veces en el pasado y había ganado.[595]

Ninguna fuente nos da una idea de cifras de ninguna de las tres divisiones del gran ejército. Es probable que la fuerza de Crátero fuese la mayor, además de la más lenta y pesada. Su columna incluía más de la mitad de los Hipaspistas, viejos soldados de la época de Filipo que andaban por la sesentena, prestos a licenciarse y que se creía que no estaban a la altura de los posibles rigores de la ruta de Alejandro. Pero el rey todavía conservaba algunos Hipaspistas, una selección de Compañeros y la falange, junto con los agrianos y los arqueros a caballo que con tanta efectividad había utilizado en la India. Mientras que algunos estudiosos calculan su fuerza en ochenta mil o más, es más probable que fuesen treinta mil y definitivamente posible que fuesen veinte mil o menos, incluso incluyendo los civiles. También ignoramos el número de barcos, aunque parece que el grueso se

componía de triacónteros, los barcos de guerra con treinta remos que había preferido en los ríos. No hay pruebas positivas de que también hubiese barcos de transporte, y ni la más mínima indicación de que Nearco tuviese barcos para llevar grandes cantidades de comida y otros suministros para las tropas de tierra. Tampoco está claro si la flota era tan grande como la utilizada en los ríos de la India, así que es más probable que se tratase de docenas, quizá veintenas, de barcos y no de cientos.[596]

Este sería un largo viaje para una nave relativamente pequeña. Al contrario que los barcos de transporte o de suministros, los barcos de guerra no dependían exclusivamente de sus velas y se podían usar los remos durante largos periodos, aunque no a gran velocidad durante demasiado tiempo, y desde luego no en las distancias imaginadas. Por lo tanto, necesitarían usar las velas la mayor parte del camino, lo que significaba esperar hasta el final de la temporada del monzón con sus vientos del oeste predominantes. Normalmente esta temporada acaba a finales de octubre, tras lo cual había una buena posibilidad de que hubiese mejores condiciones y vientos favorables. Eso al menos sí era algo que los locales podían decirles a los macedonios, y era otra de las razonas para el retraso en la salida.[597]

Alejandro tenía alguna idea de las dificultades de la ruta que pretendía tomar, aunque sea improbable que tuviese muchos detalles. La zona a atravesar estaba apenas poblada, y no había asentamientos importantes durante casi todo el recorrido, y atravesaba paisajes áridos o desérticos. El gobierno persa nunca había dominado esa región, particularmente porque el esfuerzo no habría compensando las ganancias en ingresos o seguridad. En algún momento circularon historias que afirmaban que Ciro había atravesado aquella región con un ejército, y que antes que él lo había hecho la reina Semíramis; en ambas ocasiones, excepto por un puñado de supervivientes maltrechos el resto de los expedicionarios habrían muerto. Nearco afirmaba que el *pothos* de Alejandro de tener éxito allí donde hasta los mayores líderes del pasado habían fracasado se apoderó de él una vez más. En realidad, no tenía mucha opción sobre la ruta a seguir una vez había decidido que la flota emprendiese viaje y quería preparar el camino.

Hacer lo que se creía imposible ciertamente tenía atractivo para él aquí y en todas partes, y la expedición naval formaba parte de ello. Más aún, la región era, al menos vagamente, parte del imperio persa, y una adición lógica ahora que había añadido el norte de la India. Viajar por aquí también quería decir que dirigiría a sus hombres por territorio no conquistado, y estaría avanzando más que simplemente volviendo al sitio del que venían. Crátero tenía instrucciones de combatir donde fuese necesario o útil reafirmar el control macedonio, de modo que su marcha también era algo más que simplemente una

reubicación y el comienzo para algunos del muy deseado viaje de regreso a Macedonia.[598]

Los territorios en la India solo habían sido tomados recientemente, incluso en comparación con el resto del imperio de Alejandro. A través de la Historia, los creadores de imperios suelen enfrentarse a resistencias durante la conquista inicial, y después tienen lugar varios periodos y fases de rebelión en los años siguientes cuando secciones sustanciosas de la población deciden que la vida bajo la ocupación es intolerable. Gran parte de Bactria y Sogdiana se habían rebelado pronto contra Alejandro, lo que provocó las largas y salvajes campañas para reprimir la región de nuevo. En 327 a.C., los macedonios atacaron a los pueblos montañosos de camino al Indo y, de nuevo, consiguieron un dominio temporal. Un año después, mientras Alejandro marchaba contra Poros, se rebeló una parte de los asacenios y mataron a Nicanor, el sátrapa nombrado por él. Se enviaron tropas para encargarse del alzamiento y la región se sumó a las responsabilidades de Filipo, el sátrapa de las tierras fuera del reino de Poros. La marcha de Crátero a través de la región reforzaría más el control macedonio en zonas donde este era precario. Pero a pesar de la reciente resistencia liderada por los bramanes, no hay señales de agitaciones de la clase que tan rápidamente se había extendido en 329 a.C. Por el momento, al menos mientras el rey y grandes números de sus mejores soldados estaban presentes, nadie estaba dispuesto a desafiar el dominio macedonio.[599]

Alejandro salió de Patala alrededor de finales de agosto de 325 a.C., sabiendo que la flota no podría seguirlo la mayor parte de los dos meses siguientes debido a los vientos monzónicos. Nunca fue planeada como una operación en la que fuerzas por mar y tierra se siguieran, cooperando de cerca, ni siquiera como la marcha a través de la India, en la que Hefestión y Crátero volvían atrás con frecuencia para reunirse con la flota en las orillas del río. En lugar de ello, Alejandro prepararía el camino para la flota, asegurando que la costa no era demasiado hostil, y preparando suministros para ayudar a Nearco. Si en algún momento hubo un plan para que la flota y el ejército se reuniesen en algún punto a lo largo del viaje, como mucho debió de ser un acuerdo vago, porque la velocidad de ambos era impredecible. Su intención era guiar al ejército por una ruta que le permitiese alcanzar la costa, pero también tenía que ser cauteloso para que el paso de su ejército no acabase con todos los alimentos en la costa.

En Patala habían reunido suministros para cuatro meses, y la columna de Alejandro transportaba grandes cantidades de alimentos y un convoy de carros, animales de carga y probablemente porteadores humanos. Otro motivo para ponerse en marcha mucho antes que la flota era aprovechar lo más posible las lluvias estacionales, que

deberían asegurar agua más que suficiente, al menos al principio del viaje. En su camino se encontraban los arabitas y los oreites, que no habían mandado embajadores con ofertas de paz, así que estaban considerados como hostiles. Alejandro se movió deprisa y volvió a llevarse con él parte de la fuerza adelantándose a la columna principal. La mayoría de los locales huyeron mucho antes de que llegase, pero algunos se vieron sorprendidos por la velocidad del ataque y cayeron bajo la vanguardia de su caballería. El rey decidió que la aldea principal de los oreites era un buen lugar para una ciudad, y dejó allí a Hefestión para que empezase a organizarlo. Alejandro continuó avanzando, y un ejército local que se había reunido para defender un paso desapareció antes de que llegasen. Horrorizados ante la violencia y la fuerza del ataque macedonio, los líderes locales hicieron acto de presencia y se rindieron.

Alejandro estaba deseoso de continuar adelante, y dado que había habido poca o ninguna resistencia, no consideró necesario reprimir a la población local. Nombró a Apolofanes sátrapa para la región, y también dejó a Leonato, su escolta y uno de los hombres que habían luchado a su lado dentro de los muros de la ciudad de los malios, con una gran fuerza que incluía a los agrianos, mercenarios y aliados. Antes de que el ejército se marchase, se enviaron partidas para excavar pozos para que los utilizase la flota cuando llegase. Incluso las pequeñas galeras de guerra, como los triacónteros, contaban con grandes tripulaciones en proporción a su tamaño, lo que hacía que el suministro de agua potable fuese una prioridad mayor que los alimentos, especialmente cuando los remeros tenían que impulsar al barco. El sátrapa y los soldados que quedaron apostados recibieron órdenes de ayudar a la flota, asegurar lugares de desembarco y suministros, y mientras, continuar avanzando en la ciudad de Hefestión; se esperaba que la construcción de la ciudad consiguiese que la población fuera más fácil de controlar.[600]

Para octubre, Alejandro y la fuerza principal llegaron a Gedrosia, otra región cuyo pueblo no había considerado oportuno someterse a él. Era una zona pobre, gran parte de ella desierto, pero al principio la ruta no era más difícil que muchas otras que el ejército había seguido en otras ocasiones, y las últimas semanas de la temporada de lluvias habían asegurado que tenían agua suficiente para cubrir sus necesidades. Los mercaderes fenicios que viajaban con el ejército se mostraron encantados al descubrir resina de arbustos inusualmente grandes de mirra, además de plantas de jengibre. No encontraron resistencia; de hecho, en algunas zonas apenas había población visible, pero una accidentada zona de montaña imposible de cruzar para el convoy y muy difícil para los demás, obligó a los macedonios a dirigirse tierra adentro a mucha distancia del mar. Alejandro esperaba

rodear el dificultoso terreno elevado y aproximarse a la costa posteriormente. Ahora que habían pasado las lluvias, era más difícil encontrar agua, mientras que el calor abrasador durante el día hacía que, mientras les fuese posible, solo debían marchar durante la noche. Se envió una patrulla para localizar la costa y buscar cualquier puerto o fondeaderos adecuados, además de fuentes de agua potable. La patrulla regresó con noticias decepcionantes; les comunicaron que aparte de algunos pescadores desesperadamente pobres, no había asentamientos, y menos instalaciones, ni rastro de pozos.

Tras un tiempo, la columna llegó a una zona menos árida, donde pudieron encontrar algunos suministros. Alejandro ordenó que se apartasen grandes cantidades de alimentos en el convoy con destino a la tropa, con el sello real en cada carga. Pero la tropa tenía la comida racionada, de modo que la tentación ante este acopio de alimentos demostró ser demasiado grande, y mientras el rey se encontraba en cabeza de la columna guiándolos de vuelta a la costa, los soldados, incluidos los guardias, rompieron los sellos y repartieron la comida. Era una falta de disciplina, y muestra de la desesperación de unos hombres hambrientos que no veían señal alguna del fin de sus penurias. Alejandro perdonó a todos los involucrados; juzgó que la severidad no era apropiada en tales circunstancias. Se preparó otro cargamento de alimentos y fue enviado en un convoy escoltado en dirección a la costa. Poco después, en un punto diferente, se preparó otro cargamento de suministros y se dieron órdenes a la escasa población local de que reuniese grano, lo moliese para hacer harina y lo enviase para avituallar a la flota. Por lo que sabemos, ninguno de estos suministros llegó nunca a Nearco y sus hombres.

Alejandro tardó sesenta días en llegar a la capital de Gedrosia, un lugar llamado Pura, y la secuencia concreta del viaje no está clara. Todas nuestras fuentes están de acuerdo en que gran parte del viaje transcurrió por el desierto, donde la blanda arena hacía que caminar resultase difícil y agotador, y los únicos pozos de agua estaban muy separados. Por una vez, hasta Arriano narra con cierto detalle las penurias sufridas por la columna en su esfuerzo por seguir adelante, quemados por el sol, sedientos, normalmente hambrientos, y agotados hasta el punto de la extenuación. Viajaban tanto como les era posible durante la noche, pero en ocasiones la fuente de agua más cercana estaba a una distancia más razonable. Hombres y caballos sedientos se lanzaban a los pozos cuando llegaban a ellos, y unos cuantos murieron por beber mucho con demasiada prisa. Alejandro ordenó que los campamentos se montasen a tres o cuatro kilómetros de los pozos para evitar esas aglomeraciones y recuperar cierto orden.

Aunque la disciplina empezaba a venirse abajo, el ejército continuó avanzando, con la misma tozuda determinación que los

hombres habían mostrado tan a menudo en otras ocasiones y con la seguridad de que detenerse sería simplemente esperar a la muerte. Alejandro dio ejemplo, como siempre hacía; su férrea fuerza de voluntad lo empujaba y dificultaba que todos los demás mostrarse débiles. Una historia, similar a otras contadas en épocas distintas, nos habla de un grupo de soldados que le llevaban algo de agua en un casco. Era toda la que había, y antes que dejar que todos viesen al rey beber mientras ellos pasaban sed, Alejandro le dio la vuelta al casco y la tiró toda. Compartía las dificultades igual que compartía los peligros del combate, y Arriano cuenta que durante un momento fue como si todos hubiesen bebido.

Sin embargo, no todos igualarían esas fuerzas, y según les iban fallando, caían hacia la retaguardia de la columna y después se quedaban retrasados o se perdían. Todos esos rezagados murieron, y Arriano compara su destino con el de los hombres perdidos en el mar. Una noche, el ejército acampó en el lecho seco de un río, una decisión torpe que más que ignorancia sin duda reflejaba un agotamiento total. Unas tormentas muy lejanas en las montañas provocaron una riada que bajaba enfurecida por la zanja. El agua se llevó las tiendas reales, gran parte del equipaje del rey se perdió y los hombres se esforzaban para huir del torrente a nado o vadeándolo. Muchas mujeres y niños se ahogaron, y los soldados que sobrevivieron conservaron poco más que sus armas. Cualquier desahogo que esto le diese a su sed, fue breve, y pronto el sol volvió a salir para abrasarlos. Los soldados mataron animales de carga y de tiro para comerse la carne, probablemente cruda o cocinada un poco al sol porque no habrían tenido leña que quemar a menos que también rompiesen los carros, y eso pronto se agotaría. Se abandonaron bultos, equipamiento y transporte, incluso algunos de los carros que llevaban a aquellos demasiado enfermos o débiles como para caminar. Los hombres empezaron incluso a matar caballos, afirmando que estaban cojos, y el rey de nuevo hizo la vista gorda.

Llegó una tormenta de arena, que cambió tanto el paisaje que los guías locales se perdieron. Alejandro supuso que no estaban tan lejos de la costa y se llevó con él a los mejores jinetes que le quedaban y se dirigió hacia el sur, guiado por el sol y las estrellas, y les dijo a los demás que lo siguieran. Por el camino, algunos hombres cayeron, sus monturas exhaustas, de modo que solo un puñado de jinetes estaba con él cuando vieron el mar. La fortuna estaba de su parte, y pronto encontraron agua; excavaron suficientes pozos nuevos como para que pudiese beber el resto del ejército según iba apareciendo a trompicones. A partir de ahí y durante la semana siguiente pudieron permanecer cerca de la costa y tener agua suficiente. La situación se fue volviendo más tranquila y finalmente el ejército llegó a Pura,

probablemente a finales de diciembre de 325 a.C.[601]

El cruce del desierto de Gedrosia fue una de las peores experiencias que Alejandro y sus soldados tuvieron que padecer; Arriano la consideraba de lejos la más severa. Sin embargo, ninguna de nuestras fuentes nos da cifras de las bajas sufridas en aquellos meses, aparte de Plutarco, que afirma de manera vaga que solo sobrevivió una cuarta parte, pero dado que lo basa en los totales que Alejandro supuestamente reunió en el momento álgido de sus campañas en la India, no sirve de mucho. Esto ha proporcionado a los estudiosos modernos la posibilidad de conjeturar, y algunos llegan a cifras tan altas como setenta u ochenta mil muertes. Muchos la comparan con otros desastres famosos, como la huida de Marco Antonio de los partos en 36 a.C., que le costó entre una cuarta a una tercera parte de su ejército, y sobre todo a la catastrófica retirada de Napoleón de Moscú en 1812, que provocó una cifra de muertes aún mayor. Ninguna de las dos analogías es apropiada; por muy adverso que fuese el clima, Antonio y Napoleón estaban siendo perseguidos por enemigos fuertes y vengativos que convirtieron esas campañas en desastres. Alejandro no se enfrentó a ningún enemigo en el desierto de Gedrosia, no había sufrido una derrota ni había obtenido una costosa victoria antes de comenzar la marcha, y la había iniciado con un ejército confiado y bien aprovisionado. En ese sentido, las muertes que tuvieron lugar fueron más inútiles y solo debió de parecerles una tragedia, dado que no había un enemigo al que vencer.

Como mucho, las grandes batallas de Alejandro le costaron a su ejército cientos de muertos, e incluso la derrota en Sogdiana alcanzó la cifra de dos mil. De modo que aunque las muertes sufridas en el desierto de Gedrosia se contasen por centenares, habrían sido comparable con las batallas de Issos o Gaugamela sin la gloria ni los logros de aquellos combates, mientras que una cantidad de miles de muertos superaría lo que el enemigo había conseguido matar en cualquier batalla. Nuestras fuentes no nos sugieren un gran descenso del número de soldados macedonios en el ejército. Quizá las pérdidas fuesen mayores entre aliados y mercenarios, como sin duda lo fueron entre los civiles. No hacía falta que el número total de muertes fuese tan alto como la mayoría de los cálculos modernos afirman para haber consternado a los presentes. Alejandro y sus hombres habían sobrevivido, como siempre sobrevivían, perdiendo a muchos de los miembros más débiles de la columna, y parece improbable que los mercaderes cargasen con mucha de su valiosa mirra durante todo el viaje. En términos de su objetivo estratégico, la marcha resultó ser un fracaso, dado que su capacidad para preparar el camino para la flota fue mínima, y a que Nearco jamás encontró la mayoría de suministros y agua que habían preparado y dejado para la flota. Esto no quiere

decir que la idea original fuese una locura, y al final la flota tuvo un viaje mucho más tranquilo que el ejército.[602]

Pero las cosas no habían empezado bien, porque la temporada del monzón duró varias semanas más de lo habitual. Con Alejandro y la gran mayoría de soldados macedonios lejos, el miedo que habían creado se disipó y los locales se volvieron cada vez más hostiles hacia los invasores. Nearco zarpó en algún momento de octubre, reacio a esperar no fuese que esa hostilidad se convirtiese en un ataque directo. Aun así, el viento evitó que saliera de la boca del Indo, de modo que se detuvo, fortificó un campamento y tuvo que esperar otros veinticuatro días hasta que el viento pasó de ser del noroeste al sudeste y al fin se aventuró en el océano. A no mucho tardar, encontró pozos y cargamentos dejados por Alejandro e hizo contacto con Leonato, que había derrotado recientemente una rebelión de los locales, durante la que había muerto Apolofanes el sátrapa. Por el momento, los macedonios conservaban el control, y Leonato pudo ayudar a Nearco con la carga.

A partir de ahí, la flota perdió el contacto con las fuerzas de tierra. Se encontró con los habitantes de las aldeas pesqueras que había visto la patrulla de Alejandro, y Nearco afirmó que se habían reunido seiscientos para oponérsele si intentaba desembarcar. Contó cómo había atacado la orilla y los había apartado (la pequeña escala de este enfrentamiento es solo una indicación de que la flota no era muy grande). Sus hombres encontraron poco que llevarse, excepto algunas ovejas cuya carne sabía salada. Más adelante, otra comunidad, ligeramente mayor, estaba dispuesta a darles la bienvenida a los extranjeros y ofrecerles suministros. Nearco ordenó a sus hombres que fingiesen amistad antes de, a una señal, volverse contra sus anfitriones, matar a todos los que se resistiesen y arrebatarles a los demás toda la comida que pudiesen encontrar. El impacto de este viaje entre las comunidades que se encontraban en su camino fue aterrador, aunque esto no preocupaba a Nearco ni a nuestras fuentes.

La flota siguió avanzando, y aunque los alimentos escasearon varias veces, Nearco mantuvo una rígida disciplina y siempre se las arreglaba para conseguir los alimentos suficientes antes de que la situación se volviese realmente desesperada. Un barco de tripulación egipcia desapareció cerca de una isla y no fue nunca encontrado, pero aparte de esa, no hubo bajas graves. Una manada de ballenas, mayor que cualquier otra vista en el Mediterráneo, causó un pánico momentáneo. Nearco se jacta de cómo hizo que sus barcos remasen hacia los animales, gritando y tocando trompetas. Las ballenas se apartaron del camino, reapareciendo a cierta distancia, pero todavía lo suficientemente cerca como para que los marineros viesen los chorros de agua cuando los animales exhalaban. La suerte acompañó a

la flota, sobre todo porque el clima fue generalmente bueno, y la habilidad de un piloto local los ayudó mucho. En ocasiones, los hombres remaban o desplegaban velas día y noche, avanzando a pesar del agotamiento, hasta que en enero de 324 a.C., tras haber recorrido más de mil quinientos kilómetros, alcanzaron el golfo Pérsico y llegaron a las orillas de Carmania. Todavía pasaría cierto tiempo antes de que Alejandro supiera que Nearco y sus hombres estaban a salvo.[603]

---

593. Véase Heckel, The Conquests of Alexander the Great, pp. 122-7; Green, Alexander of Macedon, p. 412 atribuye una repentina pérdida de interés en la India a factores más allá de su control.
594. Arriano, Anábasis 6.20.1-5.
595. Arriano, Indica 20.1-11, con Bosworth, Conquest and Empire, pp. 139-40, Hammond, Alexander the Great. King, Commander and Statesman, pp. 231-3.
596. Arriano, Anábasis 6.17.3, 21.3-4, 27.3; sobre las afirmaciones de que la flota servía para suministrar alimentos a las tropas de Alejandro, Engels, Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army, pp. 111-17, que también calcula unos cuatrocientos barcos mercantes como parte de la flota; para un cálculo más convincente, véase Hammond (1994), pp. 236-9; Green, Alexander of Macedon, p. 435 conjetura ochenta y cinco mil personas en la columna de tierra de Alejandro, incluyendo no combatientes, con Engels, Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army, p. 11, fn. 57 da cifras aún mayores, mientras que Bosworth, Conquest and Empire, p. 142 sugiere al menos treinta mil, al tiempo que admite que se trata de «puras conjeturas».
597. Arriano, Anábasis 6.3.
598. Ibid., 6.24.2-3.
599. Bosworth, Conquest and Empire, p. 140 cita a Arriano, Anábasis 6.18.1, donde partidas encargadas de excavar pozos fueron atacadas cerca de Patala, pero esto fue a escala limitada y no está claro que hubiese combates tras este incidente.
600. Arriano, Anábasis 21.3-22.3.
601. Para narraciones del viaje, véase Arriano, Anábasis 22.4.-27.1, Curcio 9.10.8-18, Plutarco, Alejandro 66.2-3, Diodoro Sículo 17-104.4-106.1, Estrabón, Geog. 15.2.3-7, Plinio, NH 12.18.34.
602. Para una exposición del desierto de Gedrosia, véase en particular Bosworth, Alexander and the East, pp. 166-85, y sobre los números de los macedonios supervivientes, Conquest and Empire, pp. 145-6, 267, Hammond (1994), pp. 233-5, 238-9; para un cálculo elevado de las bajas, véase Green, Alexander of Macedon, pp. 435, 558, n. 23, y para una más baja, pero todavía en miles, véase Cartledge, Alexander the

Great, pp. 186-7.
603. Sobre el viaje, véase Arriano, Indica 21.1-33.13, Curcio 10.1.10-12, Diodoro Sículo 17.106.5-7; para una exposición, véase P. Biagi, «Uneasy riders: With Alexander and Nearchus from Pattala to Rhambakia», en C. Antonetti y P. Biagi (eds), With Alexander on India and Central Asia. Moving East and Back to West (2017), pp. 255-78, y V. Bucciantini, «From the Indus to the Pasitigris: Some remarks on the Periplus of Nearchus in Arrian's Indiké», en C. Antonetti y P. Biagi (eds), With Alexander on India and Central Asia. Moving East and Back to West (2017), pp. 279-92.

30.
EL REGRESO DEL REY

Cuando Alejandro llegó a Pura, descubrió que los suministros de grano ya habían sido enviados de urgencia a la ciudad, de modo que le concedió al ejército un breve descanso antes de dirigirse a Carmania y su capital Ecbatana. Tras unos trescientos kilómetros se encontró con Crátero y su columna y con muchos convoyes de suministros y animales de carga de reemplazo. El rey ofreció sacrificios porque su columna había conseguido cruzar el desierto y celebró un festival. Las celebraciones fueron generosas, por fin había comida y bebida para todos. Algunos relatos nos retratan el avance del ejército como una fiesta de borrachos, con el rey y sus Compañeros haciendo el papel de Dioniso y su corte, subidos en carretillas decoradas atadas a carros de caballos, comiendo y bebiendo. Curcio afirma que incluso mil enemigos podrían haber derrotado a todo el ejército, envuelto en una bruma alcohólica. Arriano repite la historia, pero se niega a creerla, mientras que los estudiosos modernos la aceptan o la rechazan dependiendo de su actitud hacia Alejandro.

Que celebrasen y se desfogasen tras las recientes penurias es muy probable, pero los aspectos prácticos para obtener todo lo necesario para tan enorme festín tras la pérdida de gran parte de los transportes del ejército y el equipaje real en el desierto hacen que los mayores excesos fuesen improbables. Aun así, sin duda la reunión del ejército fue una ocasión alegre, solo amargada por la incertidumbre sobre la suerte de la flota. Un mensajero que había visto a Nearco les dio esperanzas momentáneas, y luego cundió el desánimo cuando no se supo más. Alejandro ordenó que arrestasen al mensajero, y solo lo liberó cuando el almirante apareció en persona, harapiento, sucio y despeinado, según cuenta el propio Nearco, de modo que su amigo no lo reconoció al principio.[604]

Crátero informó de que se había topado con rebeldes por el camino y, como se le había ordenado, había aplastado cualquier señal de resistencia, y como prueba de su éxito presentó a dos nobles

apresados. Habían llegado noticias de problemas en otras partes, y en Pura Alejandro recibió una carta que le informaba que Filipo, su sátrapa en la India, había sido asesinado por algunos de sus mercenarios. Eso no era parte de una rebelión generalizada, y los soldados macedonios habían atrapado y ejecutado rápidamente a los asesinos, de modo que Alejandro respondió con instrucciones para Omfis y Poros de que se encargasen de los asuntos hasta que enviase un nuevo sátrapa. También había descontento entre mercenarios y colonos en Bactria y Sogdiana. Se había extendido una historia falsa sobre la muerte del rey tras la herida recibida en la India, que provocó que un grupo de más de tres mil mercenarios abandonasen la colonia donde se habían asentado y tratasen de volver a Grecia. Otros rumores similares crecieron mientras Alejandro estaba desaparecido en el desierto de Gedrosia, y muchos de sus propios hombres, además de los súbditos conquistados, parece que llegaron a dudar de que consiguiese volver vivo de su expedición india.[605]

El viaje de vuelta desde la India demostró la capacidad de los macedonios para organizarse, avituallarse y trasladar grandes cifras de tropas a lo largo de vastas distancias, y nada de esto debería ser tomado a la ligera en una era de comunicaciones y transporte lentos. Algunos de los sátrapas se adelantaron a las necesidades de los hombres de Alejandro, dada la ruta que estaban tomando, y comenzaron a reunir y enviar suministros de alimentos antes de que llegasen las órdenes. A otros tuvieron que recordárselo, y Alejandro no quedó satisfecho con la respuesta de algunos de sus subordinados, aunque resulta difícil saber qué más podrían haber hecho. Decidió despedir a Apolofanes, creyendo que el sátrapa lo había decepcionado, y mandó la orden antes de saber que había muerto en combate. Leonato y sus hombres se unieron en algún momento a la fuerza principal (ignoramos por qué ruta), llevando la noticia de la rebelión y su derrota, con gran número de bajas.[606]

Poco después de la llegada de Crátero, también se unieron al rey varios sátrapas y oficiales de alto rango, llevando con ellos grandes contingentes de tropas. No todos recibieron una cálida bienvenida y pronto quedó claro que Alejandro no estaba contento con algunos de ellos. Desde el principio se sospechaba que Astaspes, el persa que Alejandro había nombrado sátrapa de Carmania, estaba planeando una rebelión. Según Curcio, Alejandro fingió ser su amigo hasta que se convenció de que la acusación era válida, en cuyo momento Astaspes fue arrestado y ejecutado. Se formalizaron acusaciones en público contra cuatro de los oficiales de alto rango del rey: Cleandro, hermano de Coeno; Sitalces y Agatón, ambos príncipes tracios; y Heracón. Todos eran hombres que alguna vez sirvieron a las órdenes de Parmenio y entonces, por orden del rey, habían organizado el

asesinato de aquel, un episodio que aseguró que muchos sintieran antipatía hacia ellos.

Ahora estaban siendo acusados de saquear templos y tumbas y de agredir a la población nativa, incluyendo extorsión y violaciones. Se dijo que Cleandro se había llevado a una virgen de familia noble, había violado a la muchacha y luego, cuando se hubo cansado de ella, se la regaló a uno de sus esclavos como amante. Los testigos eran los propios soldados del acusado y también persas, y tanto el rey como nuestras fuentes están convencidos de su culpabilidad. Cleandro y Sitalces fueron ejecutados, mientras que Heracón salvó la vida al principio, pero más adelante se tuvo que enfrentar a acusaciones similares en Susa; esta vez fue declarado culpable y ejecutado. Nadie nos cuenta qué fue del poco conocido Agatón, pero seiscientos soldados, uno de cada diez del contingente llevado por Cleandro, fueron también juzgados, condenados y ejecutados.[607]

También se contaron historias de mal comportamiento por parte de uno de los más viejos amigos del rey. Harpalo, que había huido bajo misteriosas circunstancias antes de Issos, había vuelto y había recuperado el favor real en 331 a.C., cuando volvió a ser nombrado tesorero de Alejandro. Tras un periodo destinado en Ecbatana, él y el grueso del tesoro fueron trasladados a Babilonia, donde se dedicó a un estilo de vida extravagante. Algunas de sus actividades eran inofensivas, como investigar si se podrían cultivar con éxito plantas de Grecia en los famosos jardines de la ciudad. Tampoco es que a Alejandro le preocupasen demasiado los desfalcos, ni siquiera a gran escala. Más grave era que sedujese o violase a mujeres locales, y más embarazoso que exhibiese en público a una cortesana ateniense (*hetaira*), Pitónica, y su excesiva devoción hacia ella. Cuando esta murió, utilizó fondos públicos para construir un templo en su honor como Pitónica Afrodita en Babilonia, y una tumba grandiosa para ella en Atenas, que costó treinta talentos; la factura por ambos monumentos se dice que llegó a los doscientos talentos. Su dolor pronto se vio consolado cuando reclutó a otra *hetaira*, Glicera, a quien recibió en la costa de Asia Menor, dándole órdenes al pueblo de Tarso de que la tratase como a su reina. En mucho de lo que hizo había ínfulas definitivamente regias, quizá hasta llegar a acuñar moneda con su nombre, y otra vez es difícil saber qué estaba planeando, porque no esperó a ver cuál era la reacción de su amigo ante su comportamiento. Todavía indulgente y leal, supuestamente Alejandro no creyó las acusaciones hechas contra Harpalo, llegando incluso a arrestar a quienes lo denunciaron. El rey solo se enfurecería cuando llegó la noticia de que Harpalo había huido a Grecia, llevándose con él seis mil mercenarios, un escuadrón de barcos de guerra y cinco mil talentos.[608]

La decisión de huir deja claro que Harpalo no esperaba ser perdonado una segunda vez, fuese porque era consciente de su propia culpabilidad o porque creía que el rey ya no era tan tranquilo o amistoso. Bien puede ser que actuase antes de conocer el destino de Cleandro y los demás, todos hombres que habían ocupado puestos en la misma parte del imperio y con quienes él había interactuado, pero si no fue así, las ejecuciones dispararon sus miedos. No fueron las únicas muertes ordenadas por el rey en 324 a.C. Varios nobles persas fueron ejecutados, uno de los cuales había asumido la tiara real y se había autoproclamado rey, y otros tres eran sátrapas. Uno de estos últimos era un noble local que se había hecho cargo de Persis cuando el hombre al que Alejandro había nombrado para el puesto murió por causas naturales, y había mantenido el orden y no había mostrado señal alguna de hostilidad. Incluso así, puede que su iniciativa le hubiese parecido peligrosa al rey, y Curcio conserva la historia del abierto desprecio que el persa sentía por el eunuco Bagoas, lo que hizo que este orquestase su muerte con el pretexto de que había robado la tumba de Ciro. Al mismo tiempo, fueron reemplazados otros jefes y sátrapas, algunos porque habían muerto en el cargo, y otros por motivos que desconocemos. Una consecuencia de esta crisis fue que para final de año solo un puñado de persas permanecía en puestos de alto rango, y que la administración y la jerarquía militar de Alejandro eran abrumadoramente macedonias, con un número significativo de griegos.

Para algunos estudiosos, este fue un «reino de terror» de un rey resentido por la negativa de sus hombres a cruzar el Hifasis, dolorido por las heridas, con demasiada dependencia del alcohol para encontrar solaz, incapaz de controlar su temperamento y que desconfía de casi todos los que lo rodean. Las opiniones se dividen sobre si se trataba de frialdad calculada o de sospechas paranoicas, así que en ocasiones tenemos al rey que había expuesto innecesariamente a sus hombres a los horrores del desierto de Gedrosia, que había matado a Clito en una bronca de borrachos y había ordenado incontables masacres y ejecuciones, que se enfurecía ante sus propios errores y que se desahogaba con la menor excusa. Otros consideran que es significativo que Cleandro fuese hermano de Coeno, que había parado a Alejandro en el Hifasis, y como Harpalus parece descender de uno de los linajes reales de la Alta Macedonia. Para quienes ven a Alejandro como un hombre permanentemente implacable, eliminar rivales en potencia o simples oponentes en cualquier oportunidad, era poco más que otra fase en su carrera asesina, quizá planeada como una cortina de humo para distraer la atención de sus recientes errores y las vidas malgastadas que se perdieron en el desierto.[609]

La perspectiva es importante. Alejandro y sus hombres habían

tomado el vasto y fabulosamente rico imperio persa en un periodo de tiempo increíblemente corto y habían seguido avanzando y conquistando más territorios. Había habido poco o ningún tiempo para consolidarlo. Tampoco existía un gran grupo de administradores experimentados a los que poner al mando del imperio conquistado, que resultaba mucho menos familiar y mucho más heterogéneo, y no digamos muchísimo más extenso, que el reino ampliado y los súbditos aliados que Filipo había forjado durante su reinado. Alejandro no tenía precedentes que seguir a la hora de organizar, y no podía hacer más que escoger a miembros de los rangos más altos de su ejército y su corte, confiarles responsabilidades y esperar que aprendiesen en el puesto y saliesen adelante. Hasta donde le fue posible conservó las estructuras existentes, fuesen locales, especialmente el mando de las ciudades, o la burocracia de los reyes aqueménidas. Los asiáticos que servían con él eran aquellos que estaban dispuestos a cambiar de bando después de muy poco tiempo y servir a su conquistador y nuevo señor, y no fueron escogidos por su talento, sino porque estaban dispuestos a hacerlo. Ninguno tenía grandes motivos para amar al nuevo rey, aparte de la gratitud porque hubiese decidido nombrarlo o confirmarlo en su puesto.

Los macedonios y griegos habían sido educados para despreciar a los persas y a todos los asiáticos como bárbaros, válidos solo para ser esclavos, y la derrota de Darío y sus grandes ejércitos solo debió de reforzar su inmenso sentido de superioridad. Eran los señores de súbditos cuyo idioma y cultura no tenían interés ni valor para ellos, aparte del lujo, las riquezas y la archiconocida belleza de las mujeres. Los conquistados obtuvieron poder local como representantes del nuevo rey, y con él, la oportunidad de satisfacer sus propias ambiciones, fuese enriquecerse ellos y sus amigos o atacar a sus rivales. Que algunos estuviesen dispuestos a aprovechar grandes o pequeñas oportunidades para socavar o derrocar a los conquistadores no debería sorprendernos.

A Alejandro le resultaba imposible efectuar una supervisión cercana de sus funcionarios regionales. Escribía y recibía informes y cartas, y daba órdenes, pero toda comunicación era lenta y el rey no tenía tiempo para aprender e involucrarse en todo. Según avanzaba, la correspondencia tardaba todavía más o directamente fallaba. La capacidad de un persa para asumir una satrapía por iniciativa propia y conservar el puesto muchos meses demuestra lo relajadas que llevaba Alejandro las riendas de su imperio. Las distancias eran demasiado grandes, el retraso de las comunicaciones demasiado largo, y sus representantes y los soldados a su mando eran demasiados pocos como para controlar de cerca todo el imperio. Durante años, sátrapas, jefes de guarniciones y otros quedaron básicamente dejados a sus propios

medios, y el mando de los pocos cientos o miles de soldados, normalmente mercenarios, les permitía hacer lo que quisieran localmente. Que algunos abusaran de este permiso no debería sorprendernos, se tratase de macedonios o griegos, que no procedían de una cultura precisamente de limitaciones, o de asiáticos.

Desde un punto de vista puramente práctico, Alejandro no podía permitir abusos de poder descarados, que podían provocar que la población se rebelase por ira o desesperación, ni tampoco los intentos de revivir una monarquía persa a manos de nobles locales. La disposición a castigar a cualquiera, incluyendo prominentes Compañeros, era una señal de su intención de gobernar justamente. El robo y la malversación de su dinero en sí mismo rara vez provocaba las iras del rey, pero siempre había reaccionado vehementemente en casos de abusos sexuales a mujeres. Puede que esto se derivase de sus sentimientos personales además de la sensación de que esos delitos tenían más probabilidades de hacer que sus representantes y su régimen fuesen odiados. Así, era conocido que Cleómenes en Egipto había asumido un control todavía mayor de las finanzas y malversaba a grandísima escala, pero no parece haber sido un depredador sexual ni un asesino, y permaneció en su puesto. Aparte de desear evitar la resistencia y la rebelión en lugar de provocarla, se dijo que Alejandro estaba más irritado porque muchos habían dado por sentado que nunca regresaría de la India. Las dudas sobre su suerte y sus éxitos futuros lo enfurecían casi tanto como la deslealtad.[610]

En general, había buenos motivos para la mayoría de las ejecuciones ordenadas en los meses pasados tras el regreso de Alejandro de la India. Eso no quiere decir que el juicio del rey fuese infalible, sus investigaciones completamente exhaustivas o justas, o que en ocasiones no fuese manipulado por cortesanos y fuese presa de sus propias sospechas infundadas y desconfianza. La rebelión de nobles persas provocaba su ira inmediata, y se dijo que Alejandro en persona mató a un rebelde clavándole una lanza. Quería dar ejemplo serio e imponer su voluntad y seguir controlando su imperio tras años pasados lejos y en contacto esporádico con su país. El argumento de un reinado de terror es débil, como lo es la imagen de un rey desequilibrado y cruel, sobre todo porque es improbable que un hombre así hubiese limitado sus impulsos asesinos a un número tan relativamente pequeño de víctimas. Quería crear miedo en sus subordinados, y sin duda lo consiguió. Más difícil resulta decir si existió una decisión consciente de eliminar a la mayoría de los persas de los puestos de responsabilidad o si solo reflejaba su mayor voluntad por confiar en hombres que conocía desde hacía mucho más tiempo, que hablaban su idioma y que era menos probable que consiguiesen apoyos locales.[611]

Confiar en otros nunca le resultó sencillo a ningún argéada, que sabía que era más probable que muriese a manos de alguien cercano que de un enemigo extranjero. Alejandro se había enfrentado al menos a tres complots importantes en una década, y esas experiencias reforzaron sus miedos al respecto (incluso si hubiese orquestado la caída de varios de los acusados en esos casos, como muchos estudiosos creen, no es muy probable que un hombre dispuesto a hacer eso depositara demasiada fe en sus Compañeros y cortesanos). Sintiese lo que sintiese por Cleandro y los otros, todos eran hombres que lo conocían bien; entendían cómo esperaba que se comportasen y aun así habían abusado de sus puestos. También lo había hecho Harpalo, y este era un amigo muy íntimo y querido. Esos hombres eran más peligrosos debido a que controlaban fuerzas mercenarias, lo que quería decir que solo podían ser detenidos por una rebelión importante o enviando a parte de su ejército para solucionarlo. Darío había utilizado a muchos mercenarios, fuesen griegos, carianos o de otras partes. Algunos habían muerto, habían sido capturados y esclavizados o reclutados por Alejandro, y otros habían escapado hacia el Mediterráneo. Así, quedó un gran número de hombres que nunca habían servido con los ejércitos principales y estaban desperdigados como guarniciones, además de hombres que habían perdido sus casas y trabajos durante el curso de las guerras y se habían convertido en soldados de fortuna. De esos, muchos fueron contratados por sátrapas y otros oficiales, todos con acceso fácil a los beneficios de la conquista, mientras que otros se convirtieron en bandidos o asaltantes.

Alejandro emitió un decreto prohibiendo a sus subordinados contratar mercenarios por iniciativa propia y ordenó que le enviasen todos los contingentes que ya lo hubiesen sido para incorporarlos al ejército principal. En el caso de los griegos, pronto halló una solución sencilla al problema. La mayoría de esos hombres eran exiliados de sus ciudades natales, los perdedores de luchas y guerras políticas internas, en particular en aquellas campañas de Filipo y los macedonios cuando pusieron en el poder a aliados en tantas comunidades como les fue posible. Alejandro anunció que eran todos libres de regresar a casa, con la excepción de aquellos que eran culpables de irreverencia u otros delitos graves, y los tebanos cuya polis había abolido. No está clara la naturaleza de esta decisión, y de si se trataba de un decreto u orden formal, o simplemente una expresión de la voluntad real que las ciudades se sentirían obligadas a aceptar. Mandó a un enviado a los Juegos Olímpicos de 324 a.C. para anunciar esta y otras decisiones, y dado que veinte mil exiliados se reunieron para oírlo, obviamente corrió la voz de lo que se pretendía. Sin ironía aparente, Alejandro declaró que, aunque él no era

responsable de su destierro, los perdonaba en interés de la armonía.

Una intervención directa en los asuntos internos de todas las ciudades, dado que había pocas donde no hubiese ningún exiliado, entraba en conflicto con la garantía en la alianza de Corinto de que todas las poleis conservarían su autonomía. Los exiliados eran rivales de los regímenes que estaban en el poder, y su reaparición era una amenaza obvia a la estabilidad; se corría el peligro de que se reavivasen viejas disputas. Otro aspecto era la cuestión de las propiedades, porque las casas y tierras que habían sido de los exiliados, algunos de los cuales llevaban décadas ausentes, ahora tenían nuevos dueños, lo que provocaría toda clase de cuestiones legales. Como de costumbre, cada ciudad reaccionó individualmente, cada una con sus propias preocupaciones. En Atenas, cuya constitución hacía tiempo que permitía el exilio por voto popular, la preocupación principal era con las comunidades que había tomado y colonizado en el pasado, especialmente la isla de Samos; ¿qué sería de los honrados colonos atenienses si los resentidos samios regresaban a su patria? Aunque la noticia de la decisión de Alejandro se extendió rápidamente, no parece que haya ningún detalle sobre las muchas preguntas que provocaría, y por el momento, el inevitable resentimiento de una interferencia tan arbitraria fue mantenido bajo control por respeto al poder macedonio.[612]

Harpalo se zambulló en esta volátil situación, y llegó a Atenas en algún momento de 324 a.C. con sus barcos, soldados y tesoro. En los últimos años había desarrollado una buena relación con la ciudad; les había enviado grano cuando hubo escasez provocada por las malas cosechas (y probablemente también por la alteración a consecuencia de la campaña de Alejandro y la necesidad de alimentar a su creciente número de soldados). Agradecidos por la ayuda,, los atenienses le concedieron la ciudadanía, pero ahora, inquietos por un posible golpe de estado, se negaron a admitirlo, de modo que fue a Ténaro en el Peloponeso, un lugar de parada frecuentado por mercenarios en busca de empleo. Tras regresar a Atenas con solo tres barcos, pocos soldados y setecientos talentos, fue admitido y su dinero almacenado en el tesoro de la ciudad.

Pronto llegaron a Atenas cartas de Antípatro y también de Olimpia quejándose de que Atenas estaba acogiendo a un delincuente fugitivo y sus riquezas robadas. Los atenienses respondieron poniendo a Harpalo bajo un muy relajado arresto y enviando a Demóstenes a los Juegos Olímpicos a negociar con el enviado de Alejandro con la esperanza de conseguir un acuerdo que protegiese los intereses de Atenas sobre el asunto de los exiliados. Atenas y todos los demás esperaban el resultado, pero Harpalo decidió no esperar demasiado y escapó de su laxa vigilancia para reunirse en Ténaro con sus

mercenarios. Con ellos, se dirigió a Creta, solo para acabar asesinado por uno de sus subordinados. El viejo amigo y antiguo tesorero de Alejandro estaba muerto, pero este breve episodio perseguiría más tarde a los atenienses, porque la mitad de su dinero había desaparecido del tesoro de la ciudad, lo que llevó a una tormenta de denuncias contra hombres prominentes acusados de aceptar sobornos.[613]

Alejandro tenía treinta y dos años en el verano de 324 a.C., y hubiese sido ciertamente extraordinario si él y sus hombres no hubiesen cambiado mucho en los doce años desde que fue proclamado rey, y los diez desde que empezó la invasión de Asia. Incluso para los criterios del Mundo Antiguo, habían combatido mucho y matado a mucha gente durante ese tiempo. Para cualquier criterio, habían recorrido distancias inmensas, y el cálculo moderno más bajo cifra la distancia en más de dieciséis mil kilómetros, soportando calor, frío, monzones, arrastrándose por desiertos áridos y altas montañas. Las pérdidas generales son imposibles de saber, porque no hay cifras de las muertes por enfermedad, que era un riesgo mucho mayor que el combate en la guerra anterior al siglo XX. Para los macedonios que formaban el núcleo del ejército, cualquier muerte llegaba a una comunidad de soldados que llevaban muchos años sirviendo y combatiendo juntos, en algunos casos remontándose a los primeros días de Filipo. Muchos, quizá la mayoría, habían sido heridos una o varias veces, igual que su rey, y, aunque sobreviviesen, habían aprendido que no eran invulnerables. Alejandro había perdido a muchos hombres a los que conocía bien, amigos o simplemente miembros prominentes de su corte desde los primeros días.[614]

Una antigua crónica retrata a Alejandro corrompido por el poder, y aunque es posible, no puede demostrarse. Parece haber estado más dispuesto a ordenar ejecuciones en sus últimos años, aunque aparte del retraso en la ejecución de Alejandro de Lincéstide había habido pocas señales de que se mostrase reticente a hacerlo en su juventud. Su mundo había cambiado de manera espectacular, desde aquel del joven rey inseguro que no hacía tanto que había recuperado favor tras su exilio y heredero de un padre asesinado a convertirse en el conquistador y Señor de Asia. Los preparativos para la gran guerra contra Persia habían absorbido los últimos años del reinado de Filipo, y sin duda muchos de los Compañeros y hombres de Filipo habían llegado a compartir este gran concepto, fuese como algo semejante al sueño que hacía tiempo predicaban los panhelenistas o sencillamente como un gran desafío. Pero Macedonia, aquel reino débil y despreciado hasta la época de Filipo, había obligado a los otros griegos a unirse y después atacar y derrotar completamente a la gran superpotencia de la época.[615]

Ahora ya lo habían hecho. Alejandro y su ejército regresaban al centro del imperio de Darío como sus amos indiscutidos. Hay muchas cosas en la vida cuyas expectativas son más dulces que lo que la realidad depara una vez conseguidas, y un sueño tan largamente deseado y querido había dejado poco espacio para pensar en lo que ocurriría a continuación. Se había ganado mucho, muy deprisa, y se debía en gran parte al empuje de Alejandro, porque resulta difícil imaginarnos a un Filipo de mediana edad conseguir tanto tan rápidamente sin detenerse a consolidarlo. Porque los macedonios, todos ellos compañeros del rey, fuesen a caballo o a pie, fuesen aristócratas o campesinos, se habían embarcado en la gran aventura y habían conseguido más gloria y más botines de lo que nadie pudiese haber imaginado. Muchos creían que iban de camino a casa, algo que llevaban deseando desde Persépolis en 330 a.C. Al mismo tiempo, estaban física, mental y emocionalmente exhaustos tras los años de esfuerzos, penurias y combates, y sería natural sentirse fatigados y vacíos. Algo parecido sin duda era cierto para el propio Alejandro; con el gran sueño cumplido, aunque no a su entera satisfacción en la India, tenía que amoldarse a un mundo cambiante y a nuevas ambiciones.

A Alejandro no le faltaban ideas y planes, y se concentró a continuación en la Península Arábiga, porque sentía un nuevo *pothos* de navegar por el Éufrates y el Tigris y había dejado encarrilados importantes preparativos militares y navales. Primero marchó a través de Pasargada, donde encontró la tumba de Ciro saqueada, de lo que se acusó al sátrapa persa y provocó su ejecución. Se supone que en Persépolis lamentó haber destruido el palacio, pero no hizo intento alguno por reconstruirlo y en lugar de ello siguió avanzando a Susa. Allí organizó más celebraciones, culminando en una gran boda masiva donde tomó dos esposas más, Estateira, la hija mayor de Darío III, y Parisatis, la hija pequeña de Artajerjes Oco. Hefestión se casó con otra hija de Darío, y la idea de que sus hijos fuesen primos agradó a Alejandro, mientras que Crátero se casó con una de las sobrinas del rey persa. En total, ochenta o noventa de sus Compañeros de mayor rango contrajeron matrimonio con aristócratas persas, con generosas dotes proporcionadas por Alejandro en una ceremonia celebrada al estilo persa, con los novios sentados en sillas haciendo un brindis, tras lo cual sus nuevas esposas se sentaban a su lado. También se concedieron regalos menores, aunque sustanciales, a unos diez mil soldados que habían tomado esposas asiáticas y habían tenido hijos con ellas durante el curso de las campañas.[616]

Ningún persa contrajo matrimonio con mujeres macedonias o griegas. No se trataba de una fusión de razas, sino de tomar a muchas de las jóvenes casaderas de la familia real y la élite persa y

entregárselas a los oficiales de Alejandro. La mayoría, como las novias del propio rey, habían recibido una educación griega para prepararlas para este momento, y para Alejandro este fue un paso mayor que el matrimonio con la relativamente desconocida y definitivamente plebeya Roxane. Ninguna de las novias pudo elegir, ni tampoco estaban los macedonios y griegos en una posición como para negarse a la decisión de su monarca. Para ellos era un paso todavía mayor que para él, dado que como hemos visto, no hay pruebas de que, aparte de los reyes gobernantes, algún macedonio fuese polígamo. Solo se sabe de un matrimonio que resultase duradero, porque Seleuco siguió casado con Apame, hija de Espitamenes, el líder bactrio que había muerto luchando contra los macedonios. Con el tiempo llegó a ser la madre de su heredero, además de darle dos hijas, y Seleuco bautizó tres ciudades como Apamea en su honor. Por otra parte, todos los matrimonios acabaron en divorcio poco después de la muerte de Alejandro.[617]

Por ahora, era un momento de celebración. Hubo coronas de oro para Leonato y Peucestas, que habían protegido a Alejandro durante la toma de la fortaleza malia en la India; para Nearco y Onesícrito, que había estado con y quizá tuviese más valor como marino; y también para Hefestión y los escoltas que quedaban. Peucestas fue nombrado octavo escolta real supernumerario, y un poco más tarde, sátrapa de Persis para reemplazar al persa en funciones ejecutado. Animado por el rey, fue el único sátrapa macedonio que aprendió el idioma nativo y adoptó muchas costumbres locales, y como consecuencia parece que fue popular entre los persas. Aparte de a los oficiales de mayor rango, Alejandro estaba deseando mostrar su generosidad a tantos de sus soldados como fuese posible. Además de los regalos a los casados, anunció que pagaría todas las deudas pendientes de los miembros del ejército. Recelosos de que se tratase de una trampa, y que aquellos que más deudas tenían serían reprendidos o algo peor, pocos se aprovecharon. El resto solo se apuntó cuando se dieron cuenta de la sinceridad de su rey y sus deudas quedaron saldadas. Alejandro los regañó por dudar de su palabra, afirmando que un rey siempre dice la verdad, lo que parecía una idea muy persa y no algo previamente asociado con la monarquía argéada, especialmente con el astuto Filipo.[618]

Siguieron más malentendidos y fricciones, provocados por una mezcla de mala comunicación, una diferencia creciente en la mentalidad y la torpeza y la impaciencia nacidas de la fatiga. Poco después de las bodas, llegaron treinta mil soldados nuevos y desfilaron para el rey. Aunque estaban entrenados y equipados como una falange macedonia y obedecían órdenes dadas en griego, se trataba de los jóvenes reclutados hacía más de tres años de entre las comunidades

asiáticas. Alejandro los llamo los «sucesores» (*epigoni*), y quizá con menos tacto, una «antifalange». Sus veteranos los bautizaron con sorna como las bailarinas asiáticas, que quedaban bien en los desfiles pero nunca habían entrado en combate, y se sentían profundamente molestos por lo que suponía que miembros de las razas bárbaras conquistadas fuesen a poder sustituirlos. También ofendió el número creciente de asiáticos incorporados a las hiparquías de los Compañeros, como la creación de una quinta hiparquía compuesta enteramente por asiáticos.619

Aunque era consciente de ellas, Alejandro ignoró esas molestias y se dedicó a los preparativos; viajó por el Tigris hacia el mar, y volvió remontando el Éufrates, apartando presas construidas en ambos ríos como defensas. Había ordenado que el grueso del ejército se reuniese con él en Opis, en Babilonia. A estas alturas el verano casi llegaba a su fin, y escogió este momento para anunciar que enviaba de vuelta a casa a todos los macedonios demasiado viejos o no aptos para el servicio riguroso, como en otras ocasiones había ordenado la licencia de los tesalios y otros contingentes aliados. Aquellos veteranos serían recompensados generosamente, mientras que los hombres que se quedasen con el ejército recibirían tanto que serían la envidia de todos, incluyendo los nuevos reclutas que pronto se traerían de Macedonia.620

La respuesta fue de ira ante lo que parecía más rechazo que recompensa. Los macedonios habían luchado y sufrido con su rey, y para la mayoría el sueño de volver a casa era con Alejandro encabezando la marcha, no licenciándolos. Otros resentimientos resurgieron: las recientes bodas, Alejandro vistiéndose como un rey oriental, los «sucesores» y los bárbaros asiáticos tan presentes en el ejército... y, sobre todo, estaba el miedo de que habían conquistado el imperio persa solo para perder a su rey ante el atractivo de Asia. La masa de soldados clamó a su rey para que volviesen todos a casa. Él podía quedarse y librar sus guerras con sus soldados bárbaros, o con su «padre» Zeus Amón si quería.

Alejandro saltó del podio, señalando a sus guardias a los hombres que consideraba agitadores. Los Hipaspistas arrestaron alrededor de trece hombres y se los llevaron para ser ejecutados inmediatamente. Los demás se quedaron pasmados, horrorizados ante tan repentino ataque de ira, y todos los gritos se apagaron. Alejandro volvió a subir al podio y se dirigió a ellos. Arriano dice que les recordó a los soldados todo lo que habían conseguido bajo el liderazgo de su padre, Filipo —no Amón—, señaló con toda intención, y el suyo propio, diciéndoles que solo había pretendido recompensar a quienes estaban agotados por el servicio, pero que si así lo decidían, podían irse todos a casa y contarles a todos allí que habían abandonado a su rey. Sin

duda las palabras son inventadas, pero las fuentes de Arriano bien pudieron haber conservado la esencia del discurso. Alejandro vio el farol del ejército, y se fue ofendido al palacio de la ciudad y permaneció fuera de la vista durante dos días. El tercero se esforzó por mostrar que convocaba a persas y medos de alto rango y les repartía mandos y puestos, y llegó incluso a anunciar la creación de una *agema* asiática de élite como escoltas, compañeros a caballo y a pie e Hipaspistas.

Sus macedonios cayeron en la desesperación y corrieron en multitud hacia el palacio, bajando los brazos para demostrar que no tenían intenciones violentas y exigieron que les dejasen pasar para ver a su rey; le suplicaron que los perdonase y le prometieron entregarle a los agitadores restantes. A pesar de su enfado con Alejandro, a pesar del disgusto por sus ropajes asiáticos y a pesar de que hubiese empleado a antiguos enemigos como cortesanos y soldados, eran macedonios, y él era el monarca al que habían seguido durante tanto tiempo y con tanto éxito. Ambos lazos estaban mucho más arraigados que su ira, que en el fondo venía del sentimiento de que el rey y su pueblo, sobre todo sus soldados, debían estar unidos. Alejandro salió, sabiendo que había ganado, e irónicamente un Compañero comentó que, como sus súbditos persas, los macedonios destacados debían ser declarados parientes del rey y permitirles que lo besaran. Garantizado el perdón a sus hombres, la reconciliación fue celebrada con un gran festín para unos nueve mil invitados, la mayoría pertenecientes al ejército. Alejandro estaba en el centro, flanqueado por sus Compañeros macedonios de mayor rango, y junto a ellos los persas más distinguidos y luego los nobles y líderes de otras naciones; no está claro dónde encajaban los griegos en este orden. Todos los invitados clave bebieron del mismo cuenco, mientras que los videntes griegos y los magos persas hacían ofrendas y Alejandro rezaba pidiendo armonía entre macedonios y persas como compañeros en el gobierno del imperio.

Como era su intención desde el principio, los soldados más viejos y agotados fueron licenciados para enviarlos a casa. En total eran unos diez mil, y cada uno recibió su paga atrasada con un talento añadido. Las esposas, concubinas y los niños se quedarían allí, porque muchos de los soldados tenían esposas y familias en Macedonia, y la llegada repentina de esas mujeres «bárbaras» y sus hijos «ilegítimos» provocaría problemas en sus ciudades y pueblos. Alejandro les prometió que criaría a los hijos, les daría una educación apropiada y entrenamiento militar, y se los enviaría a sus padres una vez alcanzasen la edad adulta, aunque de hecho nunca cumpliría su promesa. Crátero recibió el mando de la columna, lo que demostraba la importancia que Alejandro le daba. Habiendo alcanzado quizá la

mitad de la cuarentena, las heridas y la enfermedad le habían pasado factura a Crátero y el que había sido el más fiable de los generales del rey en los últimos años no gozaba de buena salud, lo que también hacía que la elección fuese adecuada. Otro oficial, que era un veterano más anciano, lo acompañaría y se haría cargo del mando si Crátero moría durante la marcha.[621]

Al fin, algunos de los macedonios volvían a casa. No se dieron prisa, lo que refleja su edad, cansancio y en algunos casos enfermedad, y quizá una ligera reticencia a dejar al resto del ejército y a su rey después de todo lo que habían hecho y visto juntos. Los disturbios en Asia Menor, provocados por la muerte de un sátrapa que luchaba contra unos rebeldes además de la huida de Harpalo, los retrasaría, y obligó a algunos a desenvainar sus espadas una vez más, y para el siguiente verano todavía no habían llegado a Europa. Aunque todavía no lo sabían, a la mayoría les llamarían de nuevo a la lucha. A finales de 324 a.C., nadie conocía el futuro, pero Alejandro estaba ocupado dando forma a nuevos sueños y nuevas ambiciones.[622]

---

604. Arriano, Anábasis 6.27.1-28.5, Indica 33.1-36.6.
605. Arriano, Anábasis 6.27.2, Curcio 10.1.20; sobre la deserción en masa en Bactria, Diodoro Sículo 17.99.5-6, Curcio 9.7.1-11, con Holt, Into the Land of Bones, pp. 111-14 y F. Holt, Alexander the Great and Bactria: The Formation of a Greek Frontier in Central Asia (1988), pp. 82-5.
606. Arriano, Anábasis 7.3.4.1-3, 5.5, Indica 23.5; Arriano, Anábasis 6.27.6 sobre el adelanto de los sátrapas de pérdidas en Gedrosia.
607. Arriano, Anábasis 6.27.3-5, Curcio 10.1.1-9, 22-42, Plutarco, Alejandro 68.4.
608. Diodoro Sículo 17.108.4-6, Ateneo 13.595a-c, Pausanias 1.37.4, con Badian, «Harpalus», pp. 16-34.
609. Un punto de vista enérgicamente defendido por Badian, «Harpalus», esp. 16-25; véase también Bosworth, Conquest and Empire, pp. 147-8, Green, Alexander of Macedon, pp. 436-9, Hammond (1994), pp. 243-4, Heckel, The Conquest of Alexander the Great, pp. 135-7.
610. Arriano, Anábasis 7.23.6-8.
611. Plutarco, Alejandro 68.4.
612. Diodoro Sículo 17.106.3, 113.3, 18.8.3-5, Curcio 10.2.4-8, con Heckel, The Conquests of Alexander the Great, pp. 146-8, Bosworth, Conquest and Empire, pp. 215-28, Hammond (1994), pp. 256-9.
613. Justino, Epítome 13.5.9, Plutarco, Demóstenes 25.1-26.2, Curcio 10.2.1, Diodoro Sículo 17.108.6, con Badian, «Harpalus», pp. 31-40.
614. Para puntos de vista opuestos sobre las pérdidas, véase A. Bosworth, «Alexander the Great and the decline of Macedon», JHS,

106 (1986), pp. 1-12 y Hammond, «Causalties and reinforcements», pp. 56-68.
615. Incluso Arriano, Anábasis 7.4.3 señala que se decía que Alejandro estaba más dispuesto a ordenar ejecuciones tras su regreso de la India.
616. Arriano, Anábasis 7.1.1-2, 4.4-8, Plutarco, Alejandro 70.2, Diodoro Sículo 17.110.3, Justino, Epítome 12.10.9-10, Plutarco, Demetrio 31.5.
617. Bosworth, «Alexander and the Iranians», pp. 1-21, esp. 11-12, Heckel, The Conquests of Alexander the Great, pp. 137-40.
618. Arriano, Anábasis 7.5.1-6, 6.3.
619. Ibid., 7.6.1-5, Plutarco, Alejandro 71.1-3, Diodoro Sículo 17.108.1-3, Curcio 7.5.1, con exposición en Bosworth, Conquest and Empire, pp. 271-3.
620. Arriano, Anábasis 7.7.1-7 sobre la exploración.
621. Sobre el motín en Opis y sus postrimerías véase Arriano, Anábasis 7.8.1-12.4, Diodoro Sículo 17.109.2-3, con E. Carney, «Macedonians and mutiny: Discipline and indiscipline in the army of Philip and Alexander», Classical Philology, 91 (1996), pp. 19-44, esp. 37-42.
622. Arriano, Anábasis 7.12.4, Diodoro Sículo 18.22.1.

31.
«COMPLETAMENTE PERDIDO»

Hasta el propio Alejandro podría haber tenido dificultades para saber qué hacer a continuación, porque nada iguala a la simplicidad de una meta, el romance y el pretexto respetable de liderar a todos los griegos contra Persia, la mayor potencia del mundo. Ningún otro enemigo era tan grande o rico, o tan odiado y despreciado. Había muchas cosas que podría hacer, pero culminar ese logro iba a ser difícil, y Plutarco afirma que les dijo a sus amigos que estaba «completamente perdido al respecto de qué debía hacer con el resto de su vida». Asentarse para consolidar el control de sus conquistas y crear un sistema administrativo eficiente le resultaba a Alejandro menos natural que la acción, así que todos esperaban que hubiese más conquistas. Aparte de su anhelo de mejorar y superar incluso sus propios logros, reunir a antiguos enemigos para que luchasen al lado de los vencedores en nuevas guerras era probable que ayudase a unir al nuevo imperio, igual que la expedición persa había ayudado a distraer a los viejos enemigos de Filipo en Grecia y en sus fronteras septentrionales. La Macedonia creada por Filipo y convertida por su hijo en una potencia tan temible estaba preparada para la guerra y la expansión, en la que el servicio militar era el mayor lazo entre el rey y sus súbditos, de modo que habría resultado difícil parar incluso aunque Alejandro hubiese estado dispuesto a hacerlo.[623]

Arabia era solo un primer paso, y lógico. Aunque nunca estuvo realmente bajo el control persa, estaba dentro de su esfera de influencia y colindando con el centro del imperio. Otra atracción era el comercio de productos de lujo, particularmente especias, que venían de la región o pasaban por ella. Se dice que Alejandro supo que los árabes solo adoraban a dos dioses, y estaba decidido a convertirse en el tercero a través del poder de su ejército conquistador y la justicia con la que gobernaría posteriormente. También se habló de planes más ambiciosos más allá de Arabia, empezando por enviar una flota para circunnavegar África, algo que Herodoto afirmó que ya se había

hecho siglos antes. Después de eso, Alejandro pondría su mira hacia occidente, primero a Cartago, un rival tradicional de los griegos en Sicilia, y cuyos lazos con Tiro habían sido evidentes durante el asedio de la ciudad. Entonces quizá llegaría el turno de Italia y el resto de Europa. Arriano leyó acerca de muchos proyectos distintos y no pudo decidirse cuál era cierto, aparte de afirmar que «ninguno de los planes de Alejandro era pequeño o mezquino, y que, sin importar lo que ya hubiese conquistado, no se habría detenido ahí sin más», siempre buscando «algo desconocido más allá».[624]

Por el momento, le llevó tiempo y trabajo organizar sus recursos para una ofensiva en otra dirección. Todo era a gran escala, lo que reflejaba el enorme cambio para un rey que poseía un gran imperio comparado con el que tenía tras comenzar su aventura asiática con un tesoro prácticamente vacío. Se construyeron instalaciones portuarias en varios puntos de los ríos para acomodar y mantener una gran flota; algunos de los barcos de guerra, casi todos trirremes o mayores, eran prefabricados en la costa mediterránea y transportados por tierra en secciones para ser reconstruidos. Las expediciones de reconocimiento reunieron más información sobre los ríos y la costa que se encontraba más allá, lo que además ayudaba a entrenar a las tripulaciones que participaban en las expediciones. En 323 a.C., se estaban dando los primeros pasos para una reforma importante del ejército, en la que se pretendía incorporar veinte mil soldados asiáticos, armados con arcos, hondas o jabalinas, dentro de los regimientos de la falange, muy reducida por la licencia de los veteranos. Se basaba en un grupo de dieciséis hombres (que todavía se llamaba *dekas* o «diez» por tradición), con tres macedonios en primera línea y un cuarto en la última, con los asiáticos en medio. Lo más probable era que una campaña árabe implicase asedios, incursiones y escaramuzas antes que grandes batallas, de modo que la estructura puede haber sido de carácter tanto organizativo como táctico, y parece que nunca se puso a prueba en acción.[625]

Mientras se preparaba para sus siguientes conquistas, Alejandro se llevó al ejército a Ecbatana para pasar el invierno, y como de costumbre, una pausa en las operaciones implicaba dedicarle tiempo a la política y la administración. En el centro de su imperio, Alejandro era más accesible y estaba mucho más cerca de Grecia y Macedonia de lo que había estado en años. Durante un tiempo se planteó emprender acciones militares contra Atenas, hasta que llegó la noticia de la huida y muerte de Harpalo junto con la garantía de amistad. La presión que Antípatro y Olimpia habían ejercido sobre Atenas fue una de las pocas ocasiones en que el representante del rey y la madre de este pudieron trabajar juntos. Las otras veces discutían sobre la influencia, el patronazgo y la implementación de las órdenes de Alejandro, por

ejemplo al respecto del reclutamiento. Olimpia acabó por regresar a su ciudad, Epiro, y dejó a su hija Cleopatra las discusiones con Antípatro en Macedonia. Alejandro decía que su madre fue sabia, porque los macedonios nunca soportarían ser gobernados por una mujer. Olimpia continuó bombardeándolo con acusaciones hacia Antípatro, diciendo que era un traidor que planeaba convertirse en rey.[626]

Crátero tenía orden de reemplazar a Antípatro a su llegada a Macedonia. Este ya había cumplido los setenta años, y se le encargó que encabezase una gran leva de nuevos reclutas para unirse a Alejandro y el ejército principal. Fuese o no consciente de esta decisión, y temiéndose que el rey le reservase algo peor para cuando llegase, Antípatro envió a su hijo Casandro para justificar su conducta contra cualquier acusación. Casandro, quizá un año o dos más joven que Alejandro, puede que fuese un joven enfermizo y no hubiese tomado parte en la expedición asiática. Así las cosas, no estaba preparado para los cambios producidos en el rey y la nueva etiqueta de la corte. Al ver a algunos persas postrándose en *proskynesis*, estalló en risas, lo que hizo que Alejandro bajase del trono y le golpease la cabeza contra la pared. Se supone que años más tarde, el mero hecho de ver una estatua del rey hacía que Casandro empezase a temblar y sudar. Es improbable que el incidente ayudase a su causa o la de su padre, pero el avance de Crátero era lento y el asunto todavía no había alcanzado su punto crítico.[627]

Alejandro organizó más festivales y celebraciones, con más de tres mil artistas y atletas llegados de Grecia para participar. El descanso y la celebración también implicaban que sus oficiales y él festejasen y bebiesen copiosamente. Hefestión sufrió unas fiebres tras uno de esos festejos. Durante una semana obedeció a su médico, descansando y manteniendo una dieta estricta. Luego se sintió mejor, se comió un pollo hervido y bebió mucho vino. Recayó inmediatamente, y en unas pocas horas murió, antes de que Alejandro hubiese oído la noticia de su enfermedad y abandonase el festival a toda prisa para verlo. Se dice que horrorizado, se tumbó, abrazado al cadáver, y se negó a irse durante el resto del día. Independientemente de cuál fuese la naturaleza concreta de su relación, no hay duda de que Hefestión interpretaba un papel central en la vida de Alejandro como su amigo más íntimo y fiable. Fuese de carácter sexual o no, el amor era profundo y auténtico probablemente solo semejante al que sentía por su madre, y quizá incluso la eclipsara a ella, porque Hefestión estuvo junto a él todos los años de guerras y triunfos. Su importancia política era pública. Era el jefe de la hiparquía principal de los Compañeros (ya no existía un puesto formal o un mando doble a cargo de toda la fuerza de caballería), y había sido nombrado recientemente *chiliarch*, un título griego que definía el mando de mil soldados, aunque

inspirado en la tradición persa, y era a todos los efectos el ministro de mayor rango del rey.

En *La Ilíada*, Aquiles cae en un dolor y luto espectaculares cuando matan a su amigo más querido Patroclo, y lucha en su lugar llevando su armadura porque el gran héroe se había negado a combatir después de que hubieran insultado a su honor. Para generaciones posteriores era natural ver el dolor de Alejandro de la misma manera; el descendiente de Aquiles tan devastado por la pérdida de su camarada más íntimo como lo había estado su antepasado. Arriano sugiere que ambos hombres hubiesen preferido morir antes que sus queridos amigos. Quizá Alejandro entendía su dolor como emociones extraídas de Homero, igual que expresaba gran parte de su vida a través del prisma de *La Ilíada*. En ocasiones anteriores se había ocupado de honrar a los muertos, especialmente a los muertos macedonios y a casi todos los Compañeros caídos. Cuando Demarato de Corinto murió por su avanzada edad antes de empezar la campaña de la India, Alejandro celebró un espectacular funeral, y luego mandó las cenizas en un elegante cortejo funerario que recorrió miles de kilómetros de vuelta a Corinto. Según crecía en riqueza y poder, Alejandro expresaba sus emociones con cada vez menos restricciones. Quizá también su ira, y algunas fuentes afirman que ordenó que ejecutasen al médico de Hefestión por su fallo.

El dolor por Hefestión era conscientemente homérico; Alejandro se cortó el pelo y ordenó que les cortasen las crines y las colas a los caballos tal como había hecho Aquiles. Un sentimiento corriente entre los deudos es la sensación de que su mundo personal ha cambiado abruptamente. Alejandro tenía el poder de asegurarse de que el mundo entero se daba cuenta. Diodoro afirma que ordenó que se apagase la llama sagrada de todos los templos de Zoroastro hasta que el funeral hubiese terminado, extendiendo así el luto público a sus súbditos persas, quizá sin darse cuenta o sin que le importase que para ellos se trataba de una blasfemia espantosa. El proceso llevó un tiempo, porque el cadáver fue llevado en capilla ardiente hasta Babilonia, y allí cremado en una inmensa pira funeraria de unos sesenta metros de alto, decorada con proas de barcos de guerra y otros trofeos y objetos de lujo. Los oficiales lanzaron sus armas a las llamas. No hacía mucho tiempo, un Compañero de alto rango llamado Eumenes había discutido con Hefestión y el rey les había obligado a reconciliarse públicamente. En el funeral, fue el primero en lanzar su mejor equipamiento a las llamas, evidenciando su dolor con la esperanza de convencer al atribulado rey de que no le guardaba ningún rencor al fallecido.[628]

Alejandro mandó un enviado a Siwa a consultarle al oráculo sobre cómo honrar mejor la memoria de su amigo, y se dice que se quedó

encantado cuando al fin le llegó la respuesta de que Hefestión debía recibir el culto apropiado a un héroe; Aquiles había coronado su luto lanzándose a la batalla, matando troyanos, incluido Héctor, y tomando prisioneros a los que sacrificar sobre la tumba de Patroclo. Antes de que acabase el invierno, Alejandro buscó solaz en la actividad y el combate, y encabezó una expedición punitiva contra los cosenos de los montes Zagros. Valiéndose de la habitual velocidad y del salvajismo macedonio, la expedición se dividió en columnas y persiguieron a los guerreros de las montañas. Se crearon nuevos asentamientos, con la esperanza de convertir a los pastores en granjeros que se sintiesen menos inclinados al bandidaje.[629]

A principios de 323 a.C., Alejandro regresó a Babilonia, y el ejército se encontró con numerosas embajadas de todo el Mediterráneo, que o bien habían oído o supuesto que su atención podía dirigirse hacia ellos. Arriano lista delegaciones de libios, brucios, lucanos y etruscos desde Italia, y había leído en sus fuentes, aunque estaba menos seguro, acerca de la presencia de cartagineses, iberos y celtas. Dudaba mucho de las afirmaciones de que también hubo una embajada de la república romana. Algunos llegaron para ofrecerle al rey coronas de oro como señal de su victoria en Asia, la mayoría en busca de amistad y algunos pidiéndole su arbitraje en disputas locales. También había muchas delegaciones griegas, particularmente preocupadas con cómo se gestionaría y controlaría el regreso de sus exiliados. Alejandro se mostró dispuesto a ser comprensivo mientras se cumpliese el espíritu de su decisión.[630]

Parte de esa buena disposición era una respuesta a la rapidez con la que muchas ciudades introdujeron el culto heroico a Hefestión, además del culto divino por el propio Alejandro. Esto había empezado pronto, con ciudades erigiendo estatuas y altares a Alejandro tal como habían hecho con Filipo, a menudo en asociación con un dios. Aceptar su reivindicación de ser hijo de Zeus Amón también era una buena manera de asegurarse su favor, independientemente de que padre o hijo se tomasen el asunto en serio o simplemente lo viesen como una señal formal de respeto y lealtad. Junto con el decreto de permitir el regreso de los exiliados, el enviado de Alejandro a los Juegos Olímpicos también había expresado el deseo del rey de recibir algún tipo de honores divinos en el continente griego. Puede que lo hiciese con el fin de recordarles su poder y estimularles para que hiciesen lo que pedía. Como con todos los pensamientos de Alejandro, no hay modo de saber si se consideraba un dios o simplemente lo hacía de un modo místico especial porque había sido engendrado en parte por Zeus Amón. La impresión que se saca de las fuentes atenienses es que la reacción en Grecia fue de carácter pragmático, y estuvieron lo suficientemente dispuestos a votar un culto si eso era lo que quería el

rey, y mucho más interesados en obtener concesiones de él sobre cuestiones más prácticas. Se supone que Demóstenes dijo que Alejandro podía ser Zeus y Poseidón si así lo quería. No hay rastro de que ninguno de esos cultos surgiese de una emoción profunda. Una fuente del siglo IV a.C. retrataba a Alejandro vestido con los atributos de diferentes dioses: los cuernos de Amón, o el arco y el carcaj de la diosa Artemisa cuando paseaba montado en carro, pero la poca fiabilidad general del autor en cuestión y la ausencia de cualquier otra mención en una fuente distinta hace que sea altamente improbable.[631]

En definitiva, no tenemos manera de saber qué pasaba por la mente de Alejandro o de sus subordinados de mayor rango durante sus últimos meses. Nuestras fuentes nos cuentan un poco sobre sus actividades, dominadas por los preparativos para la campaña árabe, prevista para el verano de 323 a.C. Inevitablemente, están más atentos a una sucesión de profecías que anunciaban lo que iba a ocurrir. No mucho antes, un oficial, inquieto acerca de su propio futuro y del favor del rey, le había pedido a su hermano adivino que hiciese un sacrificio con la esperanza de saber el destino de Alejandro y el suyo propio. Un primer sacrificio auguró un grave peligro para Hefestión y un segundo el mismo peligro para el rey. Su lealtad superó a cualquier temor que pudiese tener de que su curiosidad pudiese verse como algo hostil y mandó un mensaje a Alejandro, pero las noticias llegaron el día después de la muerte de Hefestión. El rey se tomó la advertencia en serio y le agradeció al oficial su sinceridad y preocupación.[632]

Durante un viaje, el viento arrancó de la cabeza a Alejandro el casquete que llevaba la diadema real. Un marino se lanzó al río para rescatarlo, y se puso la pieza en la cabeza para mantenerla seca mientras nadaba contra la corriente. Con la aprobación de sus consejeros, Alejandro lo recompensó con un talento y luego ordenó que lo azotasen (y en algunos relatos, ejecutarlo) por su presunción al llevar la insignia real. En primavera, cuando regresó a Babilonia, los caldeos le aconsejaron que no entrase a la ciudad desde la dirección habitual porque habían recibido señales de que eso le daría mala suerte. Alejandro se tomó en serio la advertencia hasta que un intento de entrar por otra ruta demostró no ser práctico para la columna y tuvo que volver al camino habitual. Más tarde, cuando se había levantado del trono para ir a beber, apareció un desconocido y se sentó en él; debido a un tabú imperial persa, los eunucos tenían prohibido tocar a quien estuviese sentado en el trono, de modo que se pusieron a gritar y a golpearse el pecho, pero no lo quitaron de ahí. Cuando más tarde fue arrestado, el hombre afirmó bajo tortura no tener ni idea de cómo había llegado allí ni de por qué se había comportado como lo había hecho. Como siempre, es posible que algunos incidentes ocurriesen realmente, incluso aunque la mayoría

fuesen inventados o como poco, adornados en años posteriores. En otros aspectos, Alejandro estaba ocupado y satisfecho investigando, inspeccionando y dando órdenes, observando a los barcos de guerra navegar por el río. El ataque sobre Arabia iba a ser un esfuerzo importante con todas las posibilidades de convertirse en otro gran éxito, aunque de hecho nunca llegó a emprenderse.633

El segundo embarazo de Roxane fue otra buena noticia para el rey, aunque menos importante de lo que acabaría siendo. A pesar de sus heridas, Alejandro parecía sano y con todas las perspectivas de vivir muchos años, y si hubiese sido así, sin duda estos meses solo se habrían considerado una pausa entre campañas. En lugar de eso, sabiendo que pronto moriría, los estudiosos han buscado en nuestras fuentes cualquier señal acerca de su estado de ánimo, y cuando les falla la evidencia, formulan conjeturas. Aquellos que se inclinan por ver a un Alejandro cada vez más paranoico y receloso nos retratan a una corte nerviosa. Desde este punto de vista, reemplazar a Antípatro y convocar al anciano a Persia era un preludio a su detención y muerte por deslealtad, y debió de darse cuenta o al menos, temerse ese resultado. Pero si era así, es extraño que Crátero no se apresurase a llegar a Macedonia, lo que ha llevado a más conjeturas acerca de que tenía comunicación secreta con Antípatro y probablemente con otros oficiales de alto rango. En esta interpretación, los generales de Alejandro vivían con miedo al calculador e implacable monarca, cansados de la guerra pero incapaces de ver el final de la insaciable ansia de conquistas de su líder.634

Nada de esto es imposible, pero todo son conjeturas. Poco después de la muerte de Alejandro corrieron los rumores de que había sido asesinado, alimentados por las luchas de poder posteriores en las que los rivales trataban de ensuciar a sus oponentes. La tradición más común culpaba a Antípatro, y afirmaba que su hijo Casandro había llevado veneno en su viaje a la corte. Era agua del río Estigia que llevaba al Inframundo, agua helada que siempre era mortal si se bebía, tan peligrosa y difícil de contener que tuvo que ocultarla en un compartimento especial de un hueco practicado en el casco de una mula. Su hermano pequeño Yolao ya estaba en la corte, y era el portador de la copa del rey y fue él quien suministró el veneno. Yolao murió seis años después, y Olimpia ordenó que profanasen su tumba, tras culpar al joven del asesinato de su hijo; es posible que otros decidiesen creerlo. Los estudios modernos han llegado a varias conclusiones, y han expresado conjeturas sobre si en la época existía un veneno disponible que pudiese haber matado al rey del modo descrito. Aparte de Antípatro y su familia, otros también han sido acusados del supuesto asesinato, actuando en concierto con él o por su cuenta, y un autor incluso decidió que Roxane era la asesina por

temor a ser suplantada por las nuevas y más distinguidas esposas de Alejandro. El magnicidio era una causa de muerte muy común para cualquier rey argéada, así que la idea en sí misma no resulta sorprendente, aunque el método habitual era más bien un ataque abierto y no veneno. Pero ninguna de estas teorías del asesinato o sus motivos es sólida, y sin pruebas mejores es mucho más fácil aceptar que el rey murió de causas naturales, que es la posición de la mayoría de los estudiosos del tema.[635]

Otros debates están relacionados con el Diario Real o Efemérides, al que citan varias fuentes, pero solo para los detalles del último año de vida de Alejandro y no tiene por qué significar que esos autores hubiesen tenido acceso al original o a una copia. Lo que el diario nos ofrece es un registro de sus actividades diarias, y en la selección tenemos un énfasis en las fiestas, a menudo nombrando a su anfitrión, o afirmando que al día siguiente el rey durmió hasta tarde. El consumo de alcohol de Alejandro puede haber sido menos prominente de lo que se apunta, pero la importancia que le dan los fragmentos que tenemos ha llevado a sugerir que el texto fue manipulado o inventado tras su muerte. Retratar al rey muerto como propenso a las borracheras, por ejemplo, con cinco fiestas en un mes, todas ellas con la consecuencia de temibles resacas que dejaban al rey apenas capaz de trabajar al día siguiente, puede haberles resultado útil a los generales que querían el poder, dado que sugiere que Alejandro había degenerado y que todos estarían mejor con un líder sobrio. Pero el fraude parece improbable, y tampoco deberíamos juzgar la actitud macedonia acerca de las juergas reales según los estándares modernos de comportamiento. En 324 a.C., Alejandro le había concedido a Carano su deseo de suicidarse convirtiendo su autoinmolación en una gran ceremonia. Poco después miembros prominentes del ejército celebraron un concurso de beber como parte de un festín, y como resultado, el vencedor y varios otros murieron. La aristocracia macedonia, como sus vecinos tesalios, tenían una cultura de beber mucho, extraña para los griegos del sur, y es dudoso que hubiesen pensado peor de Filipo o de Alejandro por su embriaguez.[636]

Una tradición incluso nos habla de que la enfermedad que mató a Alejandro comenzó tras un concurso similar en una fiesta, aunque esto no lo vemos en los relatos más detallados de Plutarco y Arriano, que afirman sacarlo del Diario. Una noche a finales de mayo de 323 a.C., Alejandro asistió a una fiesta celebrada por Nearco, donde comió y bebió abundantemente. De vuelta al palacio, se encontró con Medio, un tesalio de Larisa, que lo persuadió para que fuese con él a una segunda fiesta que se celebraba en sus aposentos. A Medio rara vez se le menciona como militar, pero era un Compañero y lo acusaban de ser un entusiasta adulador. Alejandro se dejó convencer y se unió a la

fiesta, donde se bebió hasta altas horas. Cuando se fue, se bañó y se acostó, y al día siguiente volvió a celebrar con Medio, pero mientras hacía un brindis con vino sin mezclar, empezó a sentirse febril, lanzó un grito y sintió un agudo dolor en la espalda.637

A pesar de ello, pasó el día siguiente de nuevo celebrando con Medio, aunque debido a la fiebre durmió al fresco en su baño. Al día siguiente celebró un sacrificio, tal como era su deber de rey, y Arriano dice que tuvo que ser llevado en una litera y que pasó el resto del día charlando y jugando a los dados con algunos de sus Compañeros. Por la noche conferenció con oficiales de alto rango, hablando de la expedición árabe que debía comenzar en tres días. Aquella noche durmió mal debido a la fiebre, tras haber sido llevado a la otra orilla del río, a los jardines reales. A la mañana siguiente, se bañó e hizo un sacrificio. Plutarco afirma que pasó el día con Medio, mientras que Arriano dice que estuvo tumbado en el baño escuchando a Nearco contar sus aventuras en el mar. Probablemente hiciera ambas cosas, pero la noche volvió a ser mala porque la fiebre aumentó. Se las arregló para bañarse a la mañana siguiente, muy probablemente hiciese un sacrificio, aunque esto no se menciona específicamente, y habló con Nearco y otros oficiales para organizar el papel de la flota en la expedición.

La fiebre del rey empeoró especialmente a lo largo del día siguiente, aunque pudo conversar con sus generales. El asunto no mejoraba, y el día siguiente tuvieron que transportarle tanto al baño como al sacrificio. Todavía hablaba con sus oficiales y tomaba decisiones sobre ascensos. Significativamente, la flota no zarpó cuando estaba previsto. A la mañana siguiente volvió a necesitar que lo llevasen al sacrificio. La misma férrea voluntad que hizo que atravesará montañas y desiertos consiguió que volviese a reunirse con sus oficiales, pero había límites. Al día siguiente lo llevaron desde los jardines hasta el palacio. La fiebre era mucho peor y era incapaz de hablar. La voz se corrió por el ejército, y los soldados quisieron ver a su rey y saber si seguía vivo. Al día siguiente, se le permitió el paso a palacio a un gran número de ellos y desfilar a través de su dormitorio. Alejandro no podía hablar, aunque con cierto esfuerzo reconoció la visita con expresiones y gestos. Un grupo de oficiales celebró una vigilia nocturna en el templo de Serapis, y se preguntaron si debían llevar al rey al templo. La respuesta de los sacerdotes fue negativa, quizá recelosos de que los culpasen si el rey moría en su edificio.638

Alejandro pasaría lo que le quedaba de vida en el palacio, apenas consciente e incapaz de hablar. Murió la noche del día siguiente. Teniendo en cuenta las dudas sobre tantos detalles de su vida, por no hablar de la de su padre, no debería resultar sorprendente que haya incertidumbre sobre la fecha. La mayoría de los estudiosos son

partidarios del 10 de junio de 323 a.C., aunque otros optan por el 11 o el 12. Faltaban unas pocas semanas para su trigésimo tercer cumpleaños y había reinado algo menos de trece años. Las fuentes no suministran suficientes detalles fiables para dar un diagnóstico certero de la enfermedad. Esto no ha evitado todo un abanico de sugerencias, siendo la malaria la más común, aunque también se ha hablado del tifus y diferentes enfermedades raras. Se creyó que Alejandro había estado al borde de la muerte cuando sufrió fiebre en la India, igual que Filipo había apenas sobrevivido a episodios de enfermedades graves. El azar interpretó un papel en cada ocasión, y la acumulación de heridas lo había dejado más vulnerable que antes, mientras que su consumo desmesurado de alcohol empeoraba cualquier enfermedad. Durante el curso de sus campañas, Alejandro y sus hombres habían pasado por un gran abanico de climas y entornos, y habían entrado inevitablemente en contacto con bacterias y virus desconocidos para ellos. Ninguna fuente registra bajas por enfermedad en esos años, ni insinúa que Alejandro muriese víctima de una epidemia, así que podría ser que sencillamente tuviese mala suerte.[639]

Sus oficiales cercanos debieron de darse cuenta de que la enfermedad era grave en unos días, y pronto que era probable que muriese. La herida de la flecha malia habría sido un reciente recordatorio para todos de que Alejandro era mortal y podía morir en cualquier momento. Para las personas que alcanzan grandes cotas de poder en cualquier sistema político, por no hablar de la corte macedonia, pensar en el futuro es algo natural, evaluando constantemente su propia posición y perspectivas de futuro en el caso de cualquier posible suceso. La gran mayoría se acordaba de la ascensión al trono de Alejandro, y unos cuantos, de los caóticos años anteriores a que Filipo se proclamase rey. La muerte del rey en combate, por enfermedad o en un complot siempre era una posibilidad. Como poco, sus cortesanos de mayor rango habían tenido varios días para ajustarse a la posibilidad de la muerte de Alejandro. Es difícil decir hasta qué punto fue consciente de ello el enfermo. Se afirmó que le dio su sello a Pérdicas, el escolta que había reemplazado a Hefestión como *chiliarch* (aunque la hiparquía de mayor rango había conservado el nombre y el pendón de este en acto de recuerdo). Circuló la historia de que, en sus últimos momentos, le habían preguntado a Alejandro a quién le dejaba su imperio, y fue capaz de susurrar «al más fuerte» o «al más digno». También había otra historia en la que profetizó que habría grandes juegos funerarios sobre su cadáver, refiriéndose a las grandes guerras entre los candidatos a sucederlo que siguieron a su muerte. Dado que en los últimos días era incapaz de hablar, ninguna de esas afirmaciones resulta convincente, por lo que no pueden ser referencias fiables del estado mental de

Alejandro.

Durante los días siguientes, Pérdicas emergió como el más prominente de los oficiales de alto rango en Babilonia, fuese porque Alejandro lo había destacado de algún modo o simplemente por su gran influencia. No había un claro sucesor al trono. Arrideo, el medio hermano del rey, estaba con el ejército, porque había sido llamado en algún momento de la última parte del reinado de Alejandro, pero siempre se le había considerado incapaz de reinar. Pérdicas apoyaba al hijo nonato de Roxane con la esperanza de que el bebé sobreviviese y fuese un varón capaz de gobernar. Nearco respaldaba a Heracles, hijo de Barsine, como heredero ya vivo de Alejandro, aunque ilegítimo. En cualquier caso, un bebé no podía gobernar, lo que quería decir que el rey necesitaría la guía de un regente durante muchos años, y este hombre tendría que ser fuerte para hacer cumplir su voluntad. Nearco no tenía un apoyo significativo en el resto del ejército, lo que quería decir que su idea fue descartada rápidamente.

La primera oposición seria a Pérdicas vino de Meleagro, jefe de uno de los regimientos de la falange desde al menos la batalla del Gránico, quien se convirtió en el portavoz del grueso de la infantería macedonia. Reticente a aceptar a un rey que Alejandro había engendrado con una esposa bárbara, proclamó que Arrideo era un auténtico argéada, hijo de Filipo y ya adulto, y el rey natural. Durante un tiempo, Pérdicas y la mayoría de los otros aristócratas abandonaron Babilonia con la caballería, hasta que el ejército aceptase y se acordó que por el momento Arrideo y el hijo de Roxane, si era niño, serían reyes conjuntamente. Se celebró una ceremonia formal de purificación para señalar esta armonía, y por tradición los soldados marcharon entre las dos mitades de un perro sacrificado. Sacrificio y desfile culminaron con el arresto de trescientos agitadores de la infantería y el asesinato de Meleagro, a pesar de que se había refugiado en un templo.[640]

De este modo comenzó el derramamiento de sangre, pero la historia completa de los «juegos funerarios» de Alejandro es demasiado larga y complicada como para ser contada aquí. Una muestra de esas décadas de lucha la vemos en el destino de muchos de los intérpretes principales, la mayoría de los cuales murieron violentamente. Pérdicas fue asesinado por sus propios soldados en un motín durante una campaña fallida para tomar Egipto. Crátero fue derribado de su caballo durante una batalla contra un ejército comandado por Eumenes, muriendo bajo los cascos de su caballo o a manos de un soldado que no lo reconoció. Eumenes duró más, pero no consiguió ganar batallas posteriores y acabó siendo detenido por sus hombres y ejecutado. Arrideo, o Filipo III, como fue rebautizado, nunca fue más que un títere de otros, y gobernó durante seis años y

cuatro meses antes de que su ejército desertase para unirse a una fuerza encabezada por Olimpia muriendo apuñalado por sus guardias tracios. La aparente vulnerabilidad de Macedonia tras la muerte de Alejandro, combinada con nuevos y viejos rencores (como reciente recordatorio, el decreto de los exiliados), hizo que Atenas y muchas ciudades griegas reivindicasen su independencia. Antípatro los derrotó en la guerra Lamiaca, que para finales de 322 a.C. ya había terminado. Demóstenes, condenado por aceptar sobornos de Harpalo, había vuelto del exilio para el conflicto, pero volvió a huir después de esta última derrota militar y se suicidó con veneno.

Esta fue una época en la que las mujeres de la familia real interpretaban papeles muy públicos, liderando e inspirando a ejércitos. Olimpia mató a la esposa de Arrideo, Adea Eurídice, nieta de Filipo. La madre de esta, Cinane, fue asesinada por un antiguo aliado mientras conducía un ejército hacia Asia; el asesinato horrorizó a los soldados, lo que provocó un motín y su derrocamiento. A su vez, Olimpia fue derrotada y ejecutada por Casandro, aunque a este le costó mucho encontrar verdugos dispuestos. Roxane organizó el asesinato de Estatira, la hija de Darío, e interpretó un papel prominente como madre de Alejandro IV, el hijo de Alejandro, aunque ambos fueron básicamente figuras de paja sin un poder real. El muchacho consiguió vivir hasta llegar aproximadamente a los catorce años, en el momento de alcanzar la edad adulta y una independencia que habría resultado embarazosa para los dinastas que habían firmado una frágil tregua. Casandro había tenido al chico y a la madre en una cómoda reclusión durante un tiempo, y ordenó que los matasen en secreto; este tardó en filtrarse, pero para cuando lo hizo ya no importaba. Un año después Casandro organizó los asesinatos de Barsine y Heracles, cuya disposición a vivir prácticamente apartados de la vida pública los había salvado hasta que volvieron a fijarse en ellos. Cleopatra, la hermana de Alejandro, fue la última en ser asesinada, y el linaje argéada se extinguió y se establecieron nuevas dinastías.

Casandro fue uno de los vencedores, al menos durante un tiempo; murió de causas naturales en 297 a.C. tras haber mejorado la fuerte posición heredada de su padre Antípatro, que había sucumbido antes a la edad y la enfermedad en 319 a.C. Antígono Gónatas, que apenas figura en los relatos de las campañas de Filipo y Alejandro, fue otro general que fundó una dinastía, como hicieron Ptolomeo y Seleuco, que habían pasado más tiempo en campaña con Alejandro y habían sido bastante prominentes en los últimos años. Todos los intérpretes principales tardaron en pasar de presentarse como meros líderes militares o sátrapas regionales leales al incapaz Arrideo y al menor Alejandro IV a emerger como reyes por derecho propio. Con el

tiempo, aparecerían tres grandes reinos, con los antigónidas en Macedonia, los ptolemaicos en Egipto y los seléucidas en oriente, pero también existieron varios reinos más pequeños, en ocasiones dominados por vecinos más grandes y en otras, independientes. Así se desmembró el imperio de Alejandro, que apenas sobrevivió unido a su muerte. Parte del territorio se perdió, particularmente en la India, donde Chandragupta, un hombre de un talento y ambición que rivalizaban con los de Filipo y Alejandro, construyó un gran reino en las últimas décadas del siglo IV a.C. Pero no hubo un deseo generalizado de independizarse de los conquistadores, y no fue hasta el siglo II a.C. cuando empezó a emerger un nuevo imperio «oriental» con el ascenso de los partos. Aunque ya no era un solo reino, el grueso del imperio de Alejandro seguiría bajo el mando de estados sucesorios macedonios durante generaciones.

Las nuevas dinastías buscaron en Alejandro su legitimidad y prestigio, de modo que su imagen se utilizó de manera generalizada tras su muerte. En vida, Alejandro había puesto su nombre en monedas, pero tendía a favorecer las imágenes de Atenea o Hércules. Más tarde, en conmemoración de su campaña india, se acuñaron monedas en Babilonia que lo mostraban a caballo cargando contra Poros, subido en un elefante, y en el reverso Alejandro se erguía vencedor con el relámpago de Zeus en la mano mientras Nike, la diosa de la victoria, le entregaba una guirnalda. Otras series acuñadas al mismo tiempo mostraban a un elefante, un carro o un guerrero indio con su arco alto, lo que enfatizaba la naturaleza exótica del enemigo derrotado. Aunque Alejandro se hubiese sentido contrariado por la negativa de sus tropas por seguir avanzando hacia el sur en la India, decidió celebrar el éxito de este modo. Pero el relámpago, con el que Apeles lo había pintado muchos años antes en Éfeso, era un raro símbolo divino que se relacionó con él durante toda su vida, y no solo en determinadas campañas. Tras su muerte, las facciones rivales se mostraron mucho menos comedidas, y utilizaron la imagen de Alejandro como medalla de legitimidad, y lo retrataron sin reservas con una capa con los cuernos de Amón, o como Hércules. A su debido tiempo, la mayoría de los monarcas de los reinos sucesorios proclamaron su carácter divino por derecho propio. Aunque el linaje argéada se había extinguido, los sucesores adoptaron muchos de los símbolos y comportamientos de sus predecesores.

La memoria de Alejandro era importante, especialmente ahora que había muerto, porque eso quería decir que se podía manipular sin la carga simbólica del rey. Esto quería decir que algunos de sus actos más impopulares podían tamizarse para crear una figura idealizada. Por ejemplo, en los primeros días, Pérdicas le leyó al ejército una serie de planes que afirmaba que habían sido fraguados por Alejandro, que

abarcaban desde los planes grandiosos y abrumadoramente caros para futuras campañas con vastos ejércitos y grandes flotas, a monumentos espectaculares para Hefestión y una tumba mayor que una pirámide para Filipo. Aunque puede que fuese selectivo en lo que les contó y lo presentase de un modo desfavorable, es improbable que se lo hubiese inventado todo sin más. Parece ser que los otros generales y él se mostraron satisfechos cuando la asamblea de soldados rechazó todos los proyectos, pero el amor de los hombres por Alejandro seguía siendo profundo. Al principio de los juegos funerarios, todos los mejores soldados fueron los hombres de Alejandro, particularmente los «escudos de plata», los supervivientes de los Hipaspistas que Filipo y Alejandro habían dirigido a tantas victorias. Se dijo que la mayoría de esos hombres habían cumplido los setenta años para la batalla de Gabiene en 317 a.C., pero aun así vencieron a todos los que tenían delante, y cuando el resto de su ejército fue derrotado, abandonaron el campo en buen orden, apartando a cualquier oposición.641

Alejandro se convirtió en un símbolo y una inspiración. Del mismo modo que sus sucesores combatieron para demostrar ser dignos de la memoria del gran conquistador y por tanto de su poder, también lucharon incluso por el cadáver de Alejandro. Fue embalsamado al estilo egipcio, aparentemente por deseo del rey, aunque no está claro cuándo expresó tal intención. Se hicieron planes para llevarlo en cortejo a Macedonia para su entierro; supuestamente para que descansara con el resto de la dinastía en Vergina, aunque resulta tentador sugerir que la enorme tumba descubierta recientemente en Anfípolis iba a ser su lugar de descanso definitivo. La escala del monumento empequeñece a otras tumbas macedonias, y quizá el mausoleo más parecido sea el del emperador Augusto. El cuerpo de Alejandro no comenzó su último viaje hasta 321-320 a.C., pero la procesión fue interceptada en Siria por un destacamento enviado por Ptolomeo, que la desvió hacia Egipto, afirmando que esa había sido la intención de Alejandro. Fuese o no cierto, se hizo con el cuerpo y o bien él o su hijo lo enterraron en una tumba en Alejandría, donde permaneció largo tiempo, aunque desconocemos hace mucho el lugar concreto.

---

623. Plutarco, Moralia 207D 8 por la cita, cf. Eliano VH 3.23 enfatizando la escala de su logro.
624. Arriano, Anábasis 7.1.2-4, 20.1-2, cita vía Loeb.
625. Ibid., 7.23.1-4, Diodoro Sículo 17.110.2.
626. Arriano, Anábasis 7.12.5-7, 14.1, 23.6-8, Diodoro Sículo 18.29.4, Plutarco, Alejandro 68.2-3, Justino, Epítome 12.14.1-3.
627. Arriano, Anábasis 7.14.1-10, Plutarco, Alejandro 74.1-4.
628. Arriano, Anábasis 7.14.1-10, Plutarco, Alejandro 72.1-4, Diodoro

Sículo 17.110, 115.1-6, 7-8, Justino, Epítome 12.12.11-12, con comentarios en Bosworth, Conquest and Empire, pp. 163-5.
629. Arriano, Anábasis 7.15.1-3, Diodoro Sículo 17.111.5-6.
630. Arriano, Anábasis 7.15.4-6.
631. Para una exposición, véase Bosworth, Conquest and Empire, pp. 278-90; en Cartledge, Alexander the Great, pp. 215-27 hay buenos estudios de esta vasta e irresoluble pregunta. Un fragmento del muy poco fiable Éfipo alega que Alejandro se disfrazaba, Ateneo 12.537e-38b.
632. Arriano, Anábasis 7.18.1-6, Plutarco, Alejandro 73.1-2.
633. Arriano, Anábasis 7.22.2-5, 24.1-3, Plutarco, Alejandro 73.3-75.1, Diodoro Sículo 17.116.1-7.
634. Para un abanico de puntos de vista, véase Bosworth, Conquest and Empire, pp. 158-73, Heckel, The Conquests of Alexander the Great, pp. 149-52, Green, Alexander of Macedon, pp. 471-88, Cartledge, Alexander the Great, pp. 189-94, Lane Fox, Alexander the Great, pp. 436-60, O'Brien, Alexander the Great, pp. 210-28, con uno de los más críticos en Badian, «Harpalus», pp. 16-43.
635. J. Atkinson, E. Truter y E. Truter, «Alexander's last days: Malaria and mind games», Acta Classica, 52 (2009), pp. 23-46 muestra un excelente resumen; G. Phillips, Alexander the Great. Murder in Babylon (2004), alega que Roxane fue la responsable del asesinato.
636. Sobre cinco celebraciones en un mes, Eliano, VH 3.23; para una exposición, véase A. Bosworth,«The death of Alexander the Great: Rumour and propaganda», Classical Quarterly, 21 (1971), pp. 112-36, N. Hammond, «The royal journal of Alexander», Historia, 37 (1988), pp. 129-50, N. Hammond, «Aspects of Alexander's journal and his last days», The American Journal of Philology, 110 (1989), pp. 155-60, E. Anson, «The "Ephimerides" of Alexander the Great», Historia, 45 (1996), pp. 501-4.
637. Sobre el concurso de bebida, Ateneo 10.434ª-b; los relatos principales son Arriano, Anábasis 7.25.1-28.1, Plutarco, Alejandro 75.2-77.3.
638. Se ha afirmado que la existencia de un templo de Serapis en esta fecha demuestra que la Efemérides es una falsificación posterior, pero no es necesariamente así, véase Anson, «The "Ephimerides" of Alexander the Great», p. 502.
639. Para una exposición de las diferentes enfermedades sugeridas, véase Atkinson, Trutter y Trutter, «Alexander's last days», pp. 27-32.
640. Véase Curcio 10.5.1-10.19.
641. Diodoro Sículo 19.41.2, Plutarco, Eumenes 16.4 sobre la edad de los argyraspides en 317 a.C.

Epílogo.
LÁGRIMAS Y UNA NARIZ ROTA

Cuando Julio César tenía treinta y ocho años, fue nombrado gobernador de una de las provincias de la Hispania romana, lo que era un puesto razonablemente prestigioso para un senador romano a esas alturas de su carrera. Era su primer mando independiente, y aprovechó la oportunidad para emprender una agresiva campaña contra tribus locales, consiguiendo una victoria lo bastante importante como para asegurarse el honor de un Triunfo a su regreso. Según Plutarco, en los raros momentos de ocio durante su mandato, César leía una biografía de Alejandro, aunque no dice cuál. Para asombro de sus amigos, el normalmente sereno y seguro gobernador romano permaneció muy silencioso hasta que rompió a llorar. Cuando se hubo recuperado lo suficiente para contestar a sus preguntas, César explicó que Alejandro había logrado ser rey de muchas naciones a una edad tan temprana, mientras que él era mayor y hasta entonces no había hecho nada importante. Suetonio, poco más o menos contemporáneo suyo, registró una variación de esta historia, en la que un César más joven en un puesto anterior en Hispania suspiraba al ver una estatua de Alejandro en Gades (la moderna Cádiz), lo que lo animó a acelerar su propia carrera.[642]

Poco después, César conquistó la Galia en una década, construyó un puente sobre el Rin y de paso desembarcó en Britania, más tarde combatiría y ganaría la guerra civil y se convirtió en el líder único de la república romana y su imperio. Plutarco decidió emparejar a Alejandro y César como los más grandes generales y líderes griegos y romanos en su serie de biografías comparadas, tradicionalmente conocidas como *Vidas paralelas*. La comparación le pareció igualmente natural a Apiano, otro ciudadano romano de origen y cultura griegos que escribió a principios del siglo II d.C. Ningún otro líder romano se acercó a igualar a Alejandro, aunque algunos lo habían intentado. A Pompeyo se le apodó «Magno», «el grande», y durante la celebración de uno de sus triunfos en Roma se enorgullecía mucho de llevar una

capa que supuestamente había pertenecido a Alejandro. Pero acabó perdiendo ante César en la guerra civil y huyó a Egipto, donde fue asesinado por orden de un descendiente de Ptolomeo.

César era el Alejandro romano, o al menos, lo más parecido de lo que podían alardear los romanos. Aunque que solo tardase diez años en conquistar la Galia era impresionante, lo cierto es que sus campañas no podían compararse con la conquista de Persia. Alejandro no era simplemente «el grande», para los romanos, sino el más grande, al menos en lo que se refería a talento militar. Tito Livio, un historiador romano que escribió a finales del siglo I d.C., le dedicó mucho espacio a la Segunda Guerra Púnica, cuando el cartaginés Aníbal les infligió a los romanos tremendas pérdidas, que solo pudieron superar tras un extenuante combate. Aníbal fue derrotado una sola vez en el campo de batalla, en Zama, en el norte de África en 202 d.C., una victoria romana que le puso fin a la guerra. Unos años después, un exiliado Aníbal se encontraba en la corte de un rey de Asia Menor cuando se reunió con los embajadores romanos, incluido Escipión el Africano, el hombre que lo había derrotado en Zama. Puede que el encuentro tuviese lugar, y aunque las historias sobre lo que se dijo deben ser tratadas con mucha cautela, como tantas de las anécdotas sobre Filipo o Alejandro, la versión de Tito Livio parece reflejar una actitud extendida entre los romanos. Afirma que Escipión le pidió a Aníbal que nombrase a los mejores generales de la Historia. Sin dudarlo, nombró en primer lugar a Alejandro, seguido del rey Pirro de Epiro (uno de los líderes más famosos de la segunda generación de sucesivos señores de la guerra), y luego al propio Aníbal. Cuando le preguntaron qué diría si hubiese derrotado a los romanos en Zama, el cartaginés declaró que en ese caso, él debería ser el primero, una respuesta que Tito Livio considera propia del carácter púnico, dado que se alababa a sí mismo y a su antiguo enemigo.[643]

Este es un libro sobre Filipo y su hijo más famoso, pero inevitablemente, cuando se trata de actitudes antiguas o modernas hacia ellos, es Alejandro quien recibe casi toda la atención. Filipo salvó de la desmembración a una debilitada Macedonia, o como poco, de ser dominada por poderes externos, y después levantó y extendió su reino y su poder hasta que a su vez acabó dominando no solo a sus vecinos, sino la mayoría de Grecia. Así, creó las circunstancias que le permitieron a Alejandro dedicarse al imperio persa y tomarlo. Sin Filipo no habría existido un Alejandro, al menos no un Alejandro que hubiese conquistado tanto tan deprisa, pero en cierto sentido el hijo tuvo poca opción. La Macedonia de Filipo se sustentaba en los lazos entre el rey y sus súbditos, simbolizados principalmente en el ejército; y su economía, si es que podamos denominarla con ese término, giraba alrededor de obtener nuevos recursos e ingresos, solo para

gastarlos y expandir su poder y conseguir más riquezas, financiar la siguiente guerra, y así constantemente. Los preparativos para la expedición persa estuvieron cerca de agotar la riqueza del reino, incluso después de todo lo que Filipo había hecho para aumentar sus ingresos.

No hay la más mínima señal de reticencia por parte de Alejandro a la hora de encabezar el ataque contra Persia, y durante toda su vida adulta se deleitó en la guerra y la conquista. A Alejandro le importaba la gloria, y es fácil darlo por sentado y ver su personalidad como la única fuerza impulsora de sus planes. Sin duda, su ansia de gloria era un motivo importante y le dio cierto sentido de premura a las guerras que libraba, pero en realidad no podía elegir. Con Filipo, Macedonia emprendió una campaña casi todos los años, la mayoría del tiempo estaba en guerra con varios oponentes y pasó de manera fluida de ser la indefensa que luchaba por sobrevivir a ser la agresora que absorbía otras comunidades. Así funcionaba el mundo griego, en el que las alianzas se forjaban con tanta facilidad como se rompían, y el estatus y la autoestima de cada polis crecía o disminuía según cambiaba la percepción de los otros. Según iba sumando éxitos, la fuerza de Filipo se convirtió en un desafío para otros. Así creció la tentación de aprovechar cualquier oportunidad para debilitarlo, lo que significaba que Macedonia y su rey no podían permitirse nunca parecer débiles o vulnerables.

El equilibrio de poder en Grecia era fluido, particularmente porque la percepción que otros tenían de la fuerza de los estados era tan importante o más que la auténtica fuerza que los estados poseían, y ese equilibrio era puesto a prueba asiduamente. Ciudades y facciones dentro de ellas discutían constantemente, así que existían rivalidades permanentes y frecuentes peticiones de ayuda a potencias externas. Si Filipo no intervenía en algún momento, otros podrían hacerlo, lo que los hacía parecer más fuertes y más influyentes, y lo mismo podía decirse de cualquier otro líder o estado. Con el crecimiento de Macedonia, Filipo empezó a verse involucrado con cada vez más comunidades sobre una zona siempre en aumento, y se le percibía como alguien dispuesto y capaz de ayudar a quienes apelasen a él. A menos que las rivalidades entre estados griegos y las enemistades internas tuviesen un abrupto fin, cualquiera que tuviese pretensiones de poder, fuese Filipo, Atenas o Tebas, tenía que intervenir, porque tenían la necesidad constante de desplegar su poder para conservarlo.

Filipo creó una Macedonia fuerte por medio de la guerra y la expansión, y es improbable que hubiese dejado de combatir, aparte de para tener una breve pausa mientras se preparaba para la siguiente campaña. Siendo un hombre de su tiempo, es dudoso que considerase

siquiera la posibilidad; dominar o ser dominado era simplemente natural. Isócrates y los demás panhelenistas esperaban exportar el instinto agresivo griego con la conquista de Persia, y después darles a los griegos, o al menos a los griegos que importasen, tierras y siervos para asegurar una vida cómoda para que no tuviesen la necesidad de volver a guerrear. El sueño nunca fue convincente. Con Alejandro se consiguió la conquista, pero relativamente pocos griegos o macedonios querían vivir permanentemente en Asia, y él no se sentía inclinado a reducir a todos los asiáticos a simple mano de obra esclava que trabajase para sus nuevos señores. Los panhelenistas siempre habían ignorado la lección de Esparta, cuya población de ilotas era esencial para el funcionamiento del estado, pero que eran tratados tan mal que suponían una amenaza permanente para la estabilidad de la ciudad. Alejandro no intentó introducir a gran escala nada que se pareciese a esto, lo que habría provocado resistencia y rebelión.

El amor que Alejandro sentía por Homero y su emulación de Aquiles, y posteriormente de Hércules y Dioniso, son bien conocidos y no hay motivo para dudar de que fueron importantes a lo largo de su vida. Pero esto no debería esconder la verdad básica de que era tan incapaz de dejar de librar guerras como lo había sido Filipo. Al ascender al trono era vulnerable, apenas había demostrado nada, y como poco necesitaba justificar que tenía el talento militar y político, además de la dureza y la pura suerte, de su padre. Abandonar la planeada guerra persa habría sido arriesgarse a parecer débil y carente de confianza, y como de costumbre, la más mínima insinuación de vulnerabilidad invitaría a otros estados a poner a prueba al nuevo rey. Destruir Tebas había sido un aviso, pero otra lección era que la mesura no duraba mucho si la voluntad y capacidad de repetir la misma experiencia horrible no les había quedado clara a todos.

Filipo creó y Alejandro lideró a una Macedonia preparada para la guerra y la expansión, lo que significaba que ninguno de ellos había tenido demasiadas opciones aparte de seguir guerreando. Aunque Filipo estaba más orgulloso de sus logros diplomáticos que de sus éxitos militares, no tenemos indicaciones de que no aceptase la guerra como algo al tiempo natural y disfrutable, mientras que su hijo claramente se deleitaba en el combate. En general, la única oportunidad de romper el ciclo llegó cuando Alejandro regresó de la India. Ciertamente, muchos de sus oficiales y soldados creyeron que era el momento de una pausa significativa, como poco, antes de la siguiente conquista. Económicamente Alejandro era estable, no solo por los tesoros robados a Darío, sino por los ingresos de impuestos y tributos procedentes de su vasto nuevo imperio; no necesitaba otra guerra para pagar los gastos de la que había ganado tan recientemente.

Pero Alejandro no escogió detenerse, y solo su enfermedad y muerte evitaron que emprendiese su gran campaña árabe. Es imposible saber cómo de seguro era su dominio del antiguo imperio persa y del resto de sus conquistas, ya se tratase de la previsión de rebeliones generalizadas o que Alejandro creyese que existía la posibilidad, de ahí su deseo por mantener ocupada a la parte más belicosa de la población luchando por él que contra él. Aquí, la personalidad era de importancia vital, y las fuentes describen a un rey con un anhelo insaciable de nueva y siempre mayor gloria. Algunas de esas mismas fuerzas seguían siendo una realidad, porque la lealtad de sus súbditos se demostraba principalmente en el ejército, que nunca había reposado durante largos periodos, y estaba acostumbrado a la victoria y las recompensas de los ascensos y la riqueza que acompañaba a estos. Era una relación que se había tensado tras el éxito sin precedentes y la inclinación del rey a dejar de ser el primero y más importante líder de Macedonia y su pueblo para convertirse en gobernante de un imperio con su centro en Asia, pero la relación no se había roto del todo. Para todos, sobre todo para Alejandro, las costumbres eran importantes, porque durante toda la vida del rey Macedonia había estado en guerra, y como monarca había luchado y conocía muy poco la paz, la estabilidad y una vida sin estar en campaña. El fin a la expansión constante solo llegó con sus sucesores, aunque eso no significó el fin de las guerras.

Filipo y Alejandro eran hombres de su época, reyes guerreros aclamados por el choque de armas contra escudos y se esperaba que se arriesgasen al llevar a esos hombres a la guerra. No podemos juzgarlos, ni convertirlos en héroes y villanos según nuestros criterios modernos. Vivían en un mundo en el que se esperaba que los fuertes creciesen y dominaran cuando y donde pudiesen. La Atenas democrática no era más pacifista ni menos egoísta e implacable en sus relaciones internacionales que Filipo o Alejandro, ni tampoco lo era ningún otro estado o líder. En un mundo de depredadores, Filipo y su hijo demostraron tener mucho más éxito que los demás, pero su comportamiento no era fundamentalmente distinto. Eso no excusó el coste humano de sus carreras, con tantos muertos, esclavizados u ocupados, y solo lo coloca en el contexto de agresiones militares de Atenas, Esparta, Tebas o incontables ciudades-estado más pequeñas, o de los reyes de Persia o la India.

Las comparaciones entre Filipo y Alejandro tampoco tienen un gran valor, sobre todo porque las pruebas de cómo era cada uno en realidad como persona son endebles y de diferente naturaleza. El Aníbal de Livio clasifica a los mejores generales, y esa conversación es tan común entre los entusiastas de hoy en día como entre los académicos; una manera de expresar antipatía y críticas a Alejandro es

compararlo con Filipo y retratar a su padre como mejor estadista o rey. Pero el contexto del reinado de cada uno de ellos es diferente. Aunque Filipo mostraba más inclinación por la diplomacia que su hijo, puede que esto sea un reflejo de su más débil posición, especialmente en la primera mitad de su reinado, tanto como de su temperamento. Las campañas militares de Alejandro fueron mayores que las de Filipo, y su talento como líder y general es generalmente aceptado incluso por sus críticos. Desde la Antigüedad, normalmente se ha dado por hecho que el hijo era mejor general, aunque esto es tan subjetivo como el supuesto juicio de Aníbal. No podremos saber nunca cómo se las habría arreglado de haber llegado al trono en las mismas circunstancias que Filipo, o cómo el padre habría librado la guerra contra Persia de no haber sido asesinado. Nunca había existido algo como el ejército macedonio, y con cualquier revolución militar los oponentes necesitan tiempo para comprender la nueva táctica de combate y empezar a ingeniárselas.[644]

Ambos hombres eran capaces, y Alejandro ganó la guerra planeada y preparada por Filipo. Una de las mayores diferencias entre los dos es el punto de comienzo de sus carreras. Alejandro heredó mucho de su padre y le sacó un gran provecho. Pero el legado de Filipo también era una carga, porque implicaba que su heredero tenía, como poco, que igualar y preferiblemente superar sus logros. Todo lo que fuese menos que eso sugería debilidad, porque en cierto sentido, el poder y la reputación en esta era se basaba en el mismo principio que el análisis económico moderno, en el que todo lo que no sea un crecimiento fuerte está considerado como un fracaso. La debilidad invitaba a ataques desde fuera y de rivales internos, y en la Macedonia argéada, estos últimos tendían a ser mucho más letales. Así que, dijese Alejandro o no algo parecido, había una verdad intrínseca en la historia en la que lamentaba la noticia de la más reciente victoria de su padre. El éxito de Filipo continuaba elevando el listón de los logros para su hijo en una cultura que tanto celebraba la competición y la gloria. Si la búsqueda de gloria de Alejandro nos parece extravagante, era porque tenía que hacer tanto antes de poder confiar en alcanzar a Filipo, sobre todo cuando tantos de sus oficiales y soldados eran hombres de su padre. Ninguno de sus propios hijos vivió lo suficiente para el desafío todavía mayor de estar a la altura de Alejandro.

Decir esto es una cosa, pero decir lo que todo significaba para Alejandro no podrá ser más que una conjetura. Filipo y Alejandro siguen siendo figuras borrosas, y sus verdaderas personalidades son imposibles de establecer, lo que no evitará que haya muchos dispuestos a llenar los grandes huecos que hay en las fuentes para crear lo que desean ver. No hay muchas esperanzas de que esta situación pueda cambiar por mucho que esperemos que aparezcan

papiros con las historias perdidas de sus contemporáneos. Es más fácil considerar el impacto que tuvieron en su mundo estos dos hombres, aunque incluso a ese respecto es imposible saber qué habría ocurrido si no hubiesen hecho lo que hicieron.

La consecuencia más espectacular fue la conquista del imperio persa, porque incluso aunque ninguno de sus sucesores conservase intacto el reino de Alejandro, el grueso de él permaneció bajo el control de las nuevas dinastías helenísticas. La Persia aqueménida fue derrocada, y en ningún momento hubo previsiones de rebelión generalizada para expulsar a los conquistadores macedonios y griegos del corazón del imperio. Siria, Asia Menor y Egipto siguieron siendo helenísticas en idioma y cultura durante más de mil años, al menos hasta el fin del imperio romano allí. En el siglo II d.C., una dinastía parta comenzó a emerger en Persia, derrocando el control seléucida y posteriormente resistiéndose al imperialismo romano, pero incluso los partos conservaron aspectos de la tradición helenística y un número significativo de ciudades «griegas» perduraron.

En contraste, la mayoría de las conquistas indias no permanecieron mucho tiempo bajo el control de los sucesores, una retirada acelerada por la aparición de Chandragupta. La situación en Bactria es más complicada, aunque durante varios siglos, las monedas son prueba de muchos reyes con nombres griegos que utilizaban títulos y consignas griegas. Ninguna está datada y de pocos de los gobernantes tenemos otras pruebas, lo que hace imposible establecer una secuencia o relaciones entre esos monarcas. Del mismo modo, también desconocemos hasta qué punto esos reinos bactrios eran completamente independientes o estaban sujetos al gobierno de los seléucidas. Lo que muestran es la presencia a largo plazo de una élite que era al menos culturalmente griega y utilizaba el idioma griego. En el norte de Afganistán se encuentran las ruinas de una ciudad griega en Ai Janum, con fortificaciones helenísticas, un teatro y un gimnasio. No estamos seguros de su nombre antiguo, pero también llegó a albergar un palacio, el tesoro y una biblioteca (de obras en griego) de uno de los reyes bactrios. Definitivamente, se trataba de una comunidad griega, y había otras, incluyendo algunas en la India que duraron generaciones aunque desde luego no formaban parte de ningún reino heleno. La influencia griega en el arte de Ghandhara era profunda, particularmente en los retratos de ciertos personajes, incluido Buda, aunque no fue la única inspiración en esta mezcla local de varias tradiciones.[645]

Alejandro no era el único responsable de todo esto. Puede que Ai Janum fuese fundada por él o bien podrían haberla fundado los seléucidas una generación después. El reino seléucida, y las dinastías bactrianas menores, conservaron y probablemente extendieron la

presencia e influencia griegas, como también lo hizo el comercio regular. Todos estuvieron mucho tiempo allí, como los descendientes de colonos y otros que llegaron después, mientras que las visitas de Alejandro eran breves y ajetreadas. Pero él comenzó el proceso, extendiendo ideas helénicas al tiempo que ocupaba territorios y establecía colonias para controlarlos. Sin él, es improbable que la cultura y el idioma griegos se hubiesen extendido tan lejos o hubiesen tenido la ocasión de arraigarse a tal escala. Aunque la conexión es larga y nada directa, merece la pena recordar que además de que los Evangelios estuviesen escritos en griego, Jesús es la forma griega del arameo, en origen hebreo, del nombre Joshua.

El arameo era el idioma de conveniencia de la administración y de todas las comunicaciones a larga distancia en el imperio persa, y fue prácticamente suplantado para esos propósitos por el griego, lo que en sí mismo ya es un recordatorio de que el imperio de Alejandro era el más reciente en una larga serie de ellos que habían controlado una gran parte del mismo territorio. En cierto sentido, los macedonios no eran más que otro pueblo de los límites de la zona, que había producido un líder o líderes con talento para la guerra y la ambición para tomarlo. Ciro y los persas habían empezado básicamente de la misma manera, y aunque eran asiáticos la distinción entre orientales y occidentales, asiáticos y europeos, está exagerada, aunque tenga raíces en las ideas griegas. Los persas les habían concedido bastante autonomía a las élites regionales y a las dinastías, lo que a su vez sin duda permitió que muchas comunidades pequeñas siguiesen llevando sus asuntos del mismo modo en que lo habían hecho siempre. El pragmatismo señalaba que cualquier conquistador, incluyendo a los macedonios y sus sucesores, tenían que hacer lo mismo. Así, junto con ciudades griegas habría aldeas tradicionales donde la gente hablaba su propia lengua, adoraba a sus propios dioses y seguía las mismas costumbres que sus ancestros.

Rara vez se puede definir hasta qué punto afectan al día a día de la población general las ideas de la potencia invasora, más allá de las obvias exigencias de impuestos, leyes extrañas que involucraban a los colonos o al gobernante y el uso de la fuerza contra la oposición abierta. En el siglo II d.C., la resistencia a los esfuerzos por helenizar a la población de Judea provocó una revuelta contra los seléucidas y la aparición del independiente reino asmoneo, que duró hasta el periodo romano, aunque no rechazó todos los aspectos de la cultura griega. En el Egipto ptolemaico continuaron las antiguas tradiciones; el grueso de la población vivía en aldeas como habían hecho siempre en lugar de crear ciudades, y había dos sistemas de leyes diferentes, uno para griegos y otro para egipcios. El primero era mucho más generoso en los derechos que garantizaba a los ciudadanos y más indulgente en

cuanto a sus castigos y multas. Para un egipcio, el único camino al gobierno y al favor real pasaba por aprender griego y adoptar un estilo de vida helénico. Las consecuencias a largo plazo de las conquistas de Alejandro en oriente fueron complejas, y es difícil decir si las poblaciones de las distintas zonas estaban mejor o peor como consecuencia de lo que él y su padre habían hecho.

En Grecia, el cambio cultural fue menor por causa de Filipo y Alejandro. La guerra Lamiaca que se libró no mucho después de la muerte del segundo fue un intento de regresar a los días anteriores al ascenso de Macedonia, pero fracasó. Ninguna ciudad por sí sola volvería a ser capaz de extender su poder e influencia sobre tan gran parte de Grecia como habían hecho Atenas, Esparta y Tebas, acabando con un aspecto clave de lo que muchos griegos consideraban libertad, particularmente cuando pertenecían a uno de los estados más fuertes. Como resultado, la competencia entre ciudades-estado por el poder era menos volátil, aunque no se acabó. Tebas reemergió cuando Casandro permitió a los tebanos que quedaban reconstruir su polis en 315 a.C. Esparta continuó su declive, lenta y tozudamente, al estilo espartano, mientras Atenas soñaba con la gloria pero rara vez se encontraban en una posición que rivalizase con el poder de cualquiera de los reinos de los sucesores de Alejandro.

Esta era una Grecia en la que el gobierno de los reyes era aceptado como algo natural y no una aberración, porque los reinos de los sucesores eran demasiado poderosos como para ser ignorados. En ninguna ciudad florecerían el arte, las ideas y la enseñanza como en la Atenas clásica, y la cultura estaba conformada por las cortes reales y más tarde, por el gobierno de los emperadores romanos. La era de las poleis independientes se había desvanecido, aunque la idea de la ciudad permaneció profundamente arraigada durante todo el gobierno romano. Si el ascenso de Macedonia con Filipo y Alejandro no hubiese ocurrido o hubiese sido menos completo, seguramente las ciudades habrían continuado peleando y rivalizando por el poder. Ninguna tenía la capacidad o la inclinación para convertirse en la agresiva máquina militar creada por Filipo, lo que hace que sea probable que ninguna hubiese mantenido un nivel similar de dominio. Así, la libertad de Grecia fue contenida por Filipo y Alejandro, aunque si eso fue bueno o malo es discutible. Los macedonios llevaron cierto grado de unidad y paz interna, y bajo los romanos se volvió completa. La creatividad volvería a florecer, sobre todo en el siglo II d.C., aunque aquello se trató de un fenómeno más amplio y no particularmente concentrado en el continente griego, y era de naturaleza distinta, debido al gobierno autocrático de los emperadores y no a las ambiciones de vibrantes ciudades-estado. El sur de Grecia perdió mucha de su libertad en manos de Macedonia, y luego toda Grecia en

las de Roma, pero en ambos casos el vencedor abrazó la cultura del derrotado; como dijo Horacio, «la cautiva Grecia capturó al feroz conquistador».646

La propia Macedonia era el centro del poder de Filipo y Alejandro, y proveía al núcleo de su ejército. Filipo revivió el reino, recuperó territorios perdidos, añadió más y se aseguró de que ya no se viese amenazada por intervenciones extranjeras. Su reino duró más y fue más seguro que el de cualquiera de sus predecesores recientes. También hizo a Macedonia más rica, y fue generoso a la hora de dar tierra y dinero a la aristocracia, que también creció de tamaño. El precio fue la guerra casi constante y revueltas al trasladar poblaciones para fundar nuevas comunidades, pero por lo general el reino era más fuerte, más próspero y más estable debido a su reinado. También tenía más confianza, particularmente cuando se trataba de la élite y el ejército, y este orgullo y alta autoestima importaban mucho en la sociedad macedonia y también en la griega.

Con Alejandro, Macedonia fue más allá en todos los sentidos. Pasó poco de su reinado allí, porque incluso los dos años anteriores a cruzar a Asia los pasó de campaña fuera del reino casi todo el tiempo. La riqueza fluía hacia casa como resultado de sus conquistas asiáticas, y la suma de ello con las ganancias de Filipo es evidente en los lujosos despliegues de oro y plata en las tumbas macedonias. El orgullo alcanzó niveles astronómicos según el joven rey iba consiguiendo victorias mayores que cualquier otra en la historia macedonia o griega, y se consideraba adecuado compararlo con Hércules y Dioniso. Todas las amenazas a la seguridad de Macedonia, fuese por parte de los ilirios o los tracios, o los desafíos mayores como el encarnado por Agis de Esparta e inmediatamente tras la muerte de Alejandro, por la guerra Lamiaca, fueron derrotados. Macedonia siguió siendo fuerte y rica incluso cuando su rey estaba lejos y mostraba pocas indicaciones de desear regresar a corto plazo.

La ausencia del rey durante más de una década no tenía precedentes. Muchos de los Compañeros que marcharon con él representaban a los diferentes estados bajo su reino pero Macedonia propiamente dicha estaba gobernada de manera indirecta y no era una prioridad para él. La opinión está todavía hay dividida sobre cuánto tomaron de Macedonia, sobre todo en fuerza de trabajo, las campañas de Alejandro. Las fuentes antiguas dan fe de la participación de al menos treinta y mil macedonios en la expedición a Persia, pero algunos estudiosos creen que en esos relatos no se mencionan muchos reclutamientos de refuerzos y que el número era significativamente mayor. Los cálculos de las pérdidas también varían, aunque nadie disputaría que el grueso de esos soldados jamás volvió a casa, a asentarse en Macedonia, particularmente debido a las luchas de poder

entre los sucesores, todos los cuales deseaban contar con tantos soldados veteranos como les fuese posible.

El precio de la gloria de Alejandro debe relacionarse siempre con los interminables «juegos funerarios» tras su muerte, igual que el impacto de sus conquistas podría deberle mucho a los reinos sucesores. Algunas de las batallas entre los sucesores contaron con cifras mucho mayores de soldados armados y equipados al estilo macedonio que cualquiera que hubiesen librado nunca Filipo o Alejandro, y el precio fue alto. Con el tiempo disminuyeron primero la calidad y luego el número de soldados, y esto se notó sobre todo en la propia Macedonia. Antípatro tenía suficientes hombres para mantener el control y derrotar a cualquier adversario de Grecia. Más adelante, los ejércitos fueron mucho más pequeños, y para la época del enfrentamiento con Roma, reyes como Filipo V o Perseo eran incapaces de reunir a un ejército que rivalizase con el tamaño de la expedición emprendida en 334.a.C. Es muy posible que las campañas de Alejandro tuviesen un impacto demográfico significativo, sobre todo porque llevarse a tantos hombres (tras el permiso durante el primer invierno para los recién casados) implicaba que sus esposas tuviesen muchos menos hijos de lo que sería probable en otra situación. Aparte del coste humano de las campañas de Alejandro también es llamativo que los ejércitos macedonios posteriores eran proporcionalmente más débiles en su caballería, lo que hace que sea probable que las guerras de Filipo y Alejandro provocasen un declive de las existencias de caballos.[647]

En siglos posteriores, Macedonia nunca volvió a ser tan fuerte como el reino que Alejandro había heredado de su padre, por lo que algunos estudiosos se inclinan por alabar a Filipo por haber elevado tanto a Macedonia y condenar a su hijo por provocar su declive. La mayoría no se molestan en señalar que el reino tampoco volvió a ser tan débil como lo había sido cuando lo heredó Filipo, de modo que su legado estaba lejos de haber desaparecido. De nuevo, el papel de los sucesores es crítico, porque los fragmentos de un imperio dividido serían más débiles que el imperio unido. El éxito de Filipo se basaba en una severa eliminación de rivales, reales y en potencia, al trono argéada. A pesar de haber contraído tantas esposas, solo tuvo dos hijos legítimos, a uno de los cuales se consideraba incapaz de gobernar hasta que el ejército llegó a una situación desesperada porque Alejandro había muerto sin haber engendrado un sucesor, dado que nadie podía estar seguro de si Roxane daría a luz a un hijo o a una hija. En otras ocasiones había habido muchos argéadas, que eran tanto una fuente de inquietudes como un seguro de que siempre había un nuevo rey disponible. Algo de esto también sirve como motivo para criticar a Alejandro como inherentemente egoísta, obsesionado con su

propia gloria y sin pensar en lo que podría ocurrir en el futuro tras su muerte. Aunque es posible, merece la pena volver a señalar que aunque hubiese engendrado un hijo al principio de su reinado y el muchacho hubiese sobrevivido, para 323 a.C. estaría al principio de la adolescencia, todavía muy joven para reivindicarse. Igual de importante es señalar que Alejandro seguía siendo joven, estaba sano hasta su enfermedad final a pesar de sus heridas y era razonable esperar que tuviese una larga vida. Nadie puede saber qué podría haber hecho de haber sobrevivido.

Al final, no puede haber un veredicto simple sobre Filipo o Alejandro; y, como dijimos al comienzo de este libro, no es trabajo del historiar juzgar su valor moral, porque eso es mejor dejárselo a los lectores. Fueron fuertes y exitosos para los estándares de la época, y el hijo lo fue tanto que eclipsa a su padre. No todos los comentaristas antiguos los admiraban, pero eran famosos. Cicerón bromeó cuando acampó cerca de Issos en 51 a.C., confesando que Alejandro era mejor general que él, y más adelante, en 44 a.C. se inspiró en Demóstenes cuando atacó a Filipo para componer su discurso contra Marco Antonio. El poeta Lucano, que escribía durante el reinado de Nerón, tachó a Alejandro de loco, aunque no cuestionaba la grandeza de sus conquistas.

Esto era algo que muchos líderes romanos envidiaban. El recuerdo de Alejandro provocó el llanto de Trajano —como antaño el de Julio César— cuando vio zarpar a un barco se reconoció demasiado viejo para seguirlo hasta la India. En el siglo III d.C., el emperador Caracalla, en su ataque contra los partos, la dinastía asiática que había surgido en el corazón del viejo imperio asiático, equipó a una legión con lo que creía que era el mismo uniforme y armas de la falange macedonia. Más de un siglo después, otro emperador, Juliano el Apóstata, atacó Persia, interpretando el papel de Alejandro tanto como los más famosos generales romanos. Trajano murió no mucho después de haber llorado, Caracalla fue asesinado y Juliano cayó en una escaramuza que dejó a su ejército, carente de un sucesor obvio, aislado en territorio enemigo. Ningún romano llegó a igualar el éxito militar de Alejandro, y mucho menos lo sobrepasó, aunque Julio César estuvo cerca.[648]

Augusto cultivó una imagen juvenil como Alejandro y puede que la gran tumba de Anfípolis le inspirase su mausoleo, pero tenía el sentido común de admitir que no era ningún genio militar, y prefería confiar en subordinados capaces. Tras derrotar a Cleopatra, la última de los ptolomeos, y Marco Antonio, un hombre a quien le gustaba compararse con Hércules y Dioniso, el sobrino nieto de César acudió a la tumba de Alejandro en Alejandría. Después de mirarla fijamente durante un tiempo, estiró el brazo para tocar el cuerpo momificado y

accidentalmente rompió parte de la nariz de Alejandro. Cuando le preguntaron si deseaba ver las tumbas de los ptolomeos, dijo desdeñosamente que había ido a ver a «un rey, no cadáveres».[649]

Alejandro consiguió una fama inmensa, tanto es así que libros como este siguen contando su historia más de veintitrés siglos después. Filipo hizo que ese logro fuese posible y su propia carrera fue impresionante. Entre ambos cambiaron Macedonia, cambiaron Grecia y cambiaron la Historia del mundo. Para bien o para mal, no hay duda que fueron importantes y que sus historias bien merecen ser contadas, porque hay mucho sobre ellos y su época que no podemos conocer. Ninguno de ellos fue un hombre inequívocamente bueno, cuando menos, pero el título «el grande», si se entiende como importante y no necesariamente bueno, es un título que ambos se merecen. Fueron seres humanos, como nosotros, de una época distinta, como lo eran quienes los rodeaban. Sus personalidades a menudo estaban veladas, como suele ser el caso de cualquier líder, y ahora nos son inalcanzables; todo lo que Augusto logró al tocar los restos del famoso rey fue romperle la nariz a su momia más que sentir la esencia del muerto. Los seres humanos ya no existen, y todo lo que queda es el recuerdo de lo que hicieron Filipo y Alejandro.[650]

---

642. Plutarco, César 11.3, Suetonio, Julio César 7.1.
643. Livio 35.14.
644. Worthington, By the Spear, Gabriel, Philip II of Macedonia, y Gabriel, The Madness of Alexander the Great, alaba a Filipo para criticar a Alejandro.
645. Sobre Ai Janum, véase Holt, Into the Land of Bones, pp. 154-64.
646. Horacio, Epístolas 2.1.156-7.
647. Sobre puntos de vista distintos sobre las implicaciones en la fuerza de trabajo de la campaña de Alejandro véase Bosworth, «Alexander the Great and the decline of Macedon», pp. 1-12 y Hammond, «Casualties and reinforcements», pp. 56-88.
648. Lucano, Farsalia 10.1-52, Cicerón, Cartas a Ático 5.20.3.
649. Suetonio, Augusto 17.3-5.
650. La teoría de la recepción se ha convertido en una rama muy de moda en el estudio de los clásicos en los años recientes, e inevitablemente Alejandro atrae mucha atención. Este no es el lugar para hablar del tema, pero una excelente introducción que une la Historia y el más allá está en C. Mossé (trad. J. Lloyd), Alexander. Destiny and Myth (2004), y ahora tenemos el amplio K. Moore (ed.), Brill's Companion to the Reception of Alexander the Great (2018); D. Spencer, The Roman Alexander (2002) y J. Peltonen, Alexander the Great in the Roman Empire, 150 BC to AD 600 (2019) observan el significado de Alejandro en el mundo romano.

Apéndice 1.
FUENTES PRINCIPALES

Arriano (nombre completo Lucio Flavio Arriano; *c*.86-160 d.C.). Arriano procedía de la ciudad de Nicomedia en Bitinia (en el norte de la actual Turquía) y estudió filosofía desde joven. Como ciudadano romano, atrajo la atención del emperador Adriano y fue nombrado senador, y sirvió más tarde como gobernador de Capadocia desde el 131 d.C. hasta el 137 d.C., un mandato inusualmente largo en una importante provincia militar. Además de su interés y escritos sobre cuestiones filosóficas, escribió sobre historia, pero solo su *Anábasis de Alejandro* y la breve obra que la acompaña sobre la India, la *Indike*, han sobrevivido en algo más que fragmentos. También escribió textos breves en los que describía las tácticas que pretendía emplear con las legiones capadocias en su enfrentamiento con los nómadas alanos, que parece que se retiraron ante su avance, y un manual en el que se comparan las tácticas modernas de la caballería romana con las de las falanges macedonias.

La *Anábasis* de Arriano es la narración más completa, detallada y seria sobre el reinado de Alejandro. En las últimas décadas, se ha discutido sobre su fiabilidad, aunque los historiadores críticos se limitan a argumentar que, en ocasiones, son preferibles relatos alternativos.

Curcio (nombre completo Quinto Curcio Rufo; las fechas son inciertas, pero lo más probable es que escribiera durante el reinado del emperador Claudio, en 41-54 d.C.). Se sabe poco sobre Curcio, aparte de que fue un historiador y orador de una familia aristocrática romana. Escribió una historia de Alejandro en diez libros, la mayor parte de la cual se ha conservado. Faltan los dos primeros libros, que cubren los años anteriores al 333 a.C., así como grandes fragmentos, especialmente sobre los últimos años

de Alejandro, pero sí cubre con cierto detalle el periodo inmediatamente posterior a la muerte de Alejandro. El estilo es muy retórico, con largos discursos y debates que sin duda fueron creados por el autor cuando le parecía apropiado. En general, es más crítico con Alejandro que Arriano, aunque el tono varía. Muchos estudiosos suponen que Curcio se inspiró considerablemente en la historia perdida de Clitarco de Alejandría, que pudo haber escrito ya a finales del siglo IV a.C. El libro de Clitarco fue extremadamente popular en la Antigüedad, pero era criticado por su tono sensacionalista y su falta de fiabilidad, lo que explica en parte su popularidad. Sin embargo, es un error considerar que Curcio dependió totalmente de una sola fuente, ya que claramente dejó su impronta sobre la cuestión. Por ejemplo, parece que Curcio, con razón o sin ella, vio en las disputas en la corte de Alejandro un reflejo de los juicios por traición celebrados en Roma durante su época.

Demóstenes (384-322 a.C.). Venerado en el Mundo Antiguo como el mejor orador de Atenas, fue objeto de una biografía de Plutarco, por lo que sabemos más de su vida personal que lo que sabemos de las de otras fuentes. Así, Plutarco nos habla de la mala administración de su herencia por parte de sus tutores y de su prolongada dedicación al estudio y práctica de la oratoria. Conservamos un número considerable de su discursos (así como unos cuantos atribuidos a él que probablemente fueron pronunciados por otros oradores afines), muchos de los cuales tratan sobre Filipo y posteriormente sobre Alejandro. Su pasión y su habilidad con las palabras son evidentes, aunque comprensiblemente no era imparcial ni escrupulosamente sincero, sino que argumenta un caso. Al igual que Esquines, la versión de los acontecimientos de Demóstenes debe tratarse con escepticismo, pero no por ello deja de ofrecer una poco habitual opinión contemporánea sobre los acontecimientos y sus protagonistas.

Diodoro (conocido como Diodoro Sículo, «de Sicilia»; de cronología incierta, pero parece haber escrito a mediados del siglo I a.C.). Era un griego de Sicilia que pasó bastante tiempo en Roma. Diodoro escribió una *Biblioteca*, una historia universal en cuarenta volúmenes que abarca desde los tiempos remotos hasta el año 60

a.C. Se enfoca principalmente en Grecia, con más información sobre los griegos occidentales de Sicilia de lo que es habitual, y luego cada vez se centra más en Roma. Solo se conserva una pequeña parte de esta obra, pero incluye el Libro Dieciséis, que ofrece el relato más completo del reinado de Filipo, y la mayor parte del Libro Diecisiete, que trata sobre Alejandro, aunque falta una sección importante que cubría las campañas en Bactria. Diodoro también dejó el relato más completo que se conserva del primer periodo de los sucesores de Alejandro. Aunque es importante, su estilo varía considerablemente, al igual que su probable fiabilidad, y ambos pueden reflejar las fuentes que utilizó.

Esquines (397-322 a.C.). Político ateniense que, aunque de origen humilde, llegó a ser un orador muy influyente en la Asamblea de Atenas. En su juventud sirvió como hoplita como parte de sus obligaciones como ciudadano, y después fue un conocido actor antes de dedicarse a la política. Los discursos que se conservan de él versan en gran parte sobre Atenas, Filipo, Alejandro y Macedonia, pero se ven ensombrecidos por el contexto de su polémica con Demóstenes.

Estrabón (datado entre finales del siglo I a.C. y el siglo I d.C.). Estrabón escribió una *Geografía* en diecisiete volúmenes que constituye nuestra mejor visión general de muchas de las regiones por las que pasaron Filipo y Alejandro. Contiene más perlas prácticas de información que narración, pero estas son en ocasiones de gran utilidad.

Justino (probablemente su nombre completo era Marco Juniano Justino; cronología muy incierta, del siglo II o III d.C. pero también puede que viviera en el siglo IV d.C.). Justino escribió un *Epítome* de las perdidas *Historias Filípicas* escritas por Pompeyo Trogo, un autor galorromano que destacó a principios del siglo I d.C. La obra de Trogo era extensa y abarcaba parte de la historia del Cercano Oriente, pero se centraba en Macedonia y los reinos que sucedieron a Alejandro, así como en importantes pasajes sobre los partos, Roma, la Galia y España. La versión de Justino es breve, a veces aparentemente confusa y plantea más preguntas que respuestas, pero es todo lo que existe sobre algunos años.

Plutarco (posiblemente su nombre completo sea Lucio Mestrio Plutarco; *c.* 50-120 d.C., aunque puede haber nacido antes y haber muerto después). Plutarco era un griego de Queronea, cerca del lugar donde Filipo obtuvo su gran victoria en 338 a.C. Ciudadano romano, es posible que ocupase algún puesto en el servicio imperial. Lo más seguro es que enseñara y escribiera; también viajó mucho, y pasó al menos tres décadas como sacerdote de Apolo en Delfos. Escribió una colección de *Vidas Paralelas*, que empareja a un griego notable con un romano notable, y refleja la fusión de la cultura grecorromana bajo el dominio romano. Se conservan veintitrés parejas, aunque cuatro, entre ellas la de César y Alejandro, no tienen las introducciones y conclusiones que comparan y contrastan los temas. Su *Alejandro* es una fuente importante, y al igual que las otras vidas se concentra en los detalles personales más que en los asuntos políticos y militares, ya que Plutarco creía que estos eran más reveladores del carácter. También hay fragmentos de materiales sobre algunas de las otras vidas, sobre todo en *Demóstenes* y *Foción*. Plutarco también escribió sobre una amplia gama de temas, y hay mucha información contenida en ellos, como su *Sobre de la fortuna de Alejandro*.

Apéndice 2.
LAS TUMBAS REALES EN VERGINA / EGAS

Entre 1977-1978, un equipo dirigido por el profesor Andronikos excavó en el gran montículo de Vergina, ahora identificada como la capital macedonia de Egas,«el lugar de las cabras». Los arqueólogos excavaron un túmulo dentro de este montículo, y descubrieron que contenía tres tumbas. Por la localización y la escala de los enterramientos, sin duda pertenecieron a la familia real y dado que es bastante posible que uno de los ocupantes sea Filipo, merece la pena resumir las pruebas para la identificación.

Tumba I. Este enterramiento era una cista, techada con losas de caliza y fue profanado y saqueado en la Antigüedad, quizá cuando Pirro ocupó Egas en 274-273 a.C. Las cistas comenzaron a ser reemplazadas por las tumbas abovedadas en enterramientos más grandes alrededor de mediados del siglo IV a.C. Por lo tanto, algunos han sugerido una fecha de *c.* 375-350 a.C. para la Tumba I, y la mayoría se inclinan por la primera parte de ese abanico. Los ocupantes eran un hombre maduro, una joven (de alrededor de dieciocho años según el análisis dental) y un bebé muy pequeño. El hombre era inusualmente alto, con más de un metro y ochenta y dos centímetros. Ninguno de los huesos había sido cremado. Los restos pueden ser los cadáveres originales o quizá fueron depositados posteriormente durante la reutilización de la tumba. Las pinturas de la pared sugieren que el ocupante original era de familia real y probablemente un rey que gobernó.

Tumba II. En lugar de la cista tradicional, esta era una tumba abovedada, dividida en una cámara principal y una antecámara. No había sido profanada ni alterada en otros sentidos antes de la excavación. Tenía una fachada con columnas dóricas y grandes

puertas de mármol. Sobre la tumba había rastros de fuego, muy probablemente una pira funeraria. El estilo de las Tumbas II y III sugieren una fecha de mediados a finales del siglo IV a.C. Los ocupantes eran un hombre de cuarenta a cincuenta años en la cámara principal, y una mujer de veinte a treinta años en la antecámara. El hombre medía alrededor de un metro setenta y tres o un metro setenta y seis y había sido cremado. Con él había una corona de oro, armas, incluyendo una sarissa, y una armadura, incluyendo coraza, escudo y grebas. En la antecámara había un decorado carcaj dorado al estilo escita y una coraza, pero el desorden sugería que la tumba se terminó y se selló rápidamente sin tanto cuidado como podría esperarse. Un fresco bien podría haber representado una escena de caza con un barbudo Filipo y un joven Alejandro. En los restos del fuego sobre la tumba se encontraban los huesos de dos hombres y dos caballos, y adornos y equipamiento.

Tumba III. Otra tumba abovedada con una fachada similar al estilo de un templo. El ocupante era un muchacho, quizá entre los trece y los dieciséis años, normalmente identificado como Alejandro IV, que murió a los catorce años.

Fuera de las tumbas había una capilla o *heroon* para la práctica de un culto heroico, como el que más tarde se le concedió a Hefestión, lo que encajaría para Filipo y posiblemente para su padre Amintas III, pero no para Arrideo, el hijo de Filipo ni para su nieto Alejandro IV.

Parte del debate ha girado alrededor de los objetos encontrados en la tumba y si eran de un estilo, decoración o tema demasiado tempranos para Filipo, pero ninguna de esas teorías es definitiva en uno u otro sentido, de modo que la clave está en los restos humanos. La teoría que dice que el ocupante de la Tumba II es Filipo se basa en la edad del hombre, que encaja bien. El análisis también sugiere daños en el cráneo, lo bastante graves como para haber destruido un ojo, lo que también encaja con la herida de Filipo en Metone. La diferencia de tamaño entre las dos grebas se ha interpretado como prueba de una herida en la pierna, lo que corresponde a la que Filipo había recibido a manos de los tribalios. Además, la pira sobre la tumba parece encajar perfectamente con la ejecución de los dos hijos de Aéropo, los hermanos de Alejandro de Lincéstide, junto con sus armas y caballos, como castigo por su supuesta participación en el asesinato.

Los restos de la mujer de la antecámara presentan un problema,

dado que no se conoce que alguna de las mujeres de Filipo hubiese muerto cerca de la fecha de su asesinato como para ser enterrada con él. Los restos parecen demasiado viejos para Cleopatra, que fue asesinada poco después, aunque también se da por hecho que la vengativa Olimpia no hubiese querido honrarla de esta manera, enterrándola con el rey. El carcaj y los otros objetos militares hacen pensar que se podía tratar de Meda, la esposa de Filipo e hija del rey de los getas, o posiblemente la poco representada esposa escita, hija del rey Ateas. Esto se basa en la idea de que cualquiera de esas mujeres podría proceder de una tradición cultural en la que una mujer podría suicidarse para unirse a su esposo, pero la costumbre no está bien representada, de modo que el origen de estos restos sigue muy sujeto a conjeturas.

La teoría en contra de que el hombre de la Tumba II sea Filipo se basa en una reevaluación de los fragmentos del cráneo, argumentando que los rastros de la supuesta herida fueron causados de hecho por la cremación tras la muerte. Debería señalarse que quienes hicieron el examen original y reconstruyeron el rostro del cadáver no lo aceptan y se aferran a sus conclusiones. No hay una prueba clara de la existencia de una herida en la pierna, y las grebas muy probablemente no formen una pareja y más bien reflejan la naturaleza apresurada del enterramiento, añadiendo cualquier equipamiento que estuviese a mano y que fuese adecuado en términos generales.

Si en la Tumba II no está Filipo, el otro único candidato posible es Arrideo, lo que significaría que la mujer de la antecámara probablemente es Adea Eurídice, hija de Cinane, lo que hace admisible que esté acompañada de equipamiento militar porque está registrado que su madre la había entrenado para combatir. Casandro la enterró a ella y a Arrideo en 315 a.C., de dieciocho meses a dos años tras sus muertes a manos de Olimpia. Cierto grado de apresuramiento a la hora de sellar la tumba podría tener algo más de sentido en este contexto que en 336 a.C. con el entierro de Filipo. Contra esta interpretación se puede argumentar la pintura de la caza real, que es más fácil de asociar con Filipo II que con su hijo. Tampoco hay ninguna prueba de que Arrideo sufriese una herida en la cara, dando por hecho que esto se identificase correctamente en los fragmentos del cráneo, mientras que un largo espacio de tiempo entre la muerte y la cremación habría hecho que fuese menos probable que esos daños hubiesen sido causados por el fuego.

En el pasado se ha sugerido que el hombre de la Tumba es el padre de Filipo, Amintas III, pero más recientemente se ha formulado la teoría de que el hombre en la Tumba I es Filipo II. Se basa en el análisis que muestra cojera en una rodilla y un agujero en el hueso que se ha afirmado que es la herida penetrante que causó la cojera.

Los cálculos sobre la edad de este hombre varían considerablemente, y algunos sugieren alguien demasiado joven para ser Filipo. Sin embargo, un análisis basado en el desgaste de los huesos pélvicos da una edad probable de unos cuarenta y cinco años. Se argumentó entonces que los otros restos de la tumba son de Cleopatra y del bebé de la pareja, cuyo sexo no ha podido determinarse y parece que solo tenía semanas de edad. La edad de la mujer encaja con la identificación. Sin embargo, no está claro cuánto tiempo después de la muerte de Filipo fueron asesinados, y si fue lo bastante cercano en el tiempo como para ser enterrados con él. También se ha planteado la misma suposición de que Olimpia no habría permitido que la mujer asesinada compartiese la tumba de su marido, aunque debería decirse que en ambos casos se trata de un juicio muy subjetivo. Es imposible decir si matar a una rival fue suficiente para Olimpia y no le hubiese importado que la fallecida recibiese honores completos o tratar de adivinar la actitud de Alejandro al respecto de esos asuntos.

Una objeción más sólida viene de la afirmación explícita de Justino de que Filipo II fue cremado. El hombre de la Tumba I no lo fue, y fue enterrado, mientras que el hombre de la Tumba II había sido quemado en una pira. Justino puede haber estado equivocado, lo que fortalecería la teoría de la Tumba I, pero deberíamos tener cuidado al rechazar una fuente, por poco fiable que sea, solo porque nos resulta conveniente. También nos es imposible saber si Amintas III había sufrido una herida que correspondiese con la que se observa en la rodilla del hombre de la Tumba I. Del mismo modo, es posible, aunque no pueda confirmarse, que Amintas III tuviese otra esposa o amante que muriese más o menos por la misma época que él, quizá como resultado de un parto. También existe la posibilidad de que ninguno de los huesos de la Tumba I sea original y que la cámara fuese reutilizada en algún momento posterior.

En este momento, la certeza sigue siendo imposible. La mayoría de los estudiosos continúan inclinándose por la identificación del ocupante de la Tumba II como Filipo, aunque no todos. Esto sugiere que Filipo era de altura media y nos permite ver su rostro en la famosa reconstrucción. Por otra parte, si la teoría sobre la Tumba I es correcta, entonces Filipo era inusualmente alto. Otra consecuencia podría ser que parte del equipamiento encontrado en la Tumba II, como el casco y la coraza, bien podría haber sido llevado por Alejandro en sus campañas orientales y posteriormente utilizado en el enterramiento de su medio hermano.[651]

Sea cual sea la verdad, es casi seguro que los restos encontrados en esas tumbas pertenecen a familiares cercanos de Filipo y Alejandro.

---

651. Ver capítulo 2, n. 1 y 2 para referencias, junto con N. Hammond,

«The Royal Tombs at Vergina: Evolution and Identities», The Annual of the British School at Athens, 86 (1991), pp. 69-82, E. Borza, «The Royal Macedonian Tombs and the paraphernalia of Alexander the Great», Phoenix, 41 (1987), pp. 105 -21, J. Musgrave, R. Neave and A. Prag, «The skull from Tomb II at Vergina: King Philip II of Macedon», JHS, 104 (1984), pp. 60-78; para el caso de que el hombre de la Tumba I sea Filipo, véase A. Bartsiokas y otros, «The lameness of Philip II and the Royal Tomb at Vergina, Macedonia», Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America, 11 de agosto de 2015, 112 (32) 9844-8, disponible en internet en https://www.pnas.org/content/112/32/9844.

Agradecimientos

Se tarda mucho tiempo en escribir un libro como este y muchas personas han contribuido al proceso, en particular todos los estudiosos que han trabajado y continúan haciéndolo sobre temas relacionados con Filipo, Alejandro y su época. Sin la inspiración proporcionada por sus trabajos este libro sería mucho más pobre en todos los sentidos. Como siempre, debo expresar mis sinceras gracias a mi familia y amigos que han leído y comentado los borradores del manuscrito, especialmente a Kevin Powell y Averil Goldsworthy. Dorothy King de nuevo ha escuchado pacientemente cómo se desarrollaban mis ideas y me ha proporcionado inspiración, sugerencias e ideas estimulantes, y ha hecho un gran trabajo para hacer de este un libro mejor. Debo darle gracias especiales a mi agente, Georgina Capel, por su entusiasmo y por crear la situación que me ha permitido tomarme el tiempo necesario para escribir este libro como debe ser. Luego debo darle las gracias a Anthony Cheetham de Head of Zeus por sugerirme un libro sobre Filipo y Alejandro, además de a Richard Milbank de Head of Zeus y a Lara Heimer de Basic Books y sus equipos por completar el proyecto.

Bibliografía

Una mirada a la bibliografía mostrará mi dependencia de Bosworth, Carney, Griffith y Hammond entre otros muchos. Tras décadas de reevaluación parecía poco útil referirme a Tarn y otros, cuyas ideas encontrarían poco apoyo en estos días. Esto no supone negar la enorme contribución que hicieron generaciones de estudiosos. La actitud ha cambiado y las interpretaciones anteriores de Alejandro no han envejecido bien, pero la Historia, por naturaleza, requiere reevaluaciones constantes de las pruebas y nuestro entendimiento de ellas.

ADAMS, W., «Philip II, the League of Corinth and the governance of Greece», *Ancient Macedonia*, 6 (1999), pp. 15-22.

——, «The frontier policy of Philip II», *Ancient Macedonia*, 7 (2002), pp. 283-91.

ANSON, E., «The Persian fleet in 334», *Classical Philology*, 84 (1989), pp. 44-9.

——, «The "Ephimerides" of Alexander the Great», *Historia*, 45 (1996), pp. 501-4.

——, «Philip II, Amyntas, Perdiccas, and Macedonian royal succession», *Historia*, 58 (2009), pp. 276-86.

——, *Alexander the Great. Themes and Issues* (2013).

——, «Alexander at the Beas», en P. Wheatley y E. Baynham (eds), *East and West in the World Empire of Alexander. Essays in Honour of Brian Bosworth* (2015), pp. 65-74.

ANTELA-BERNARDEZ, B., «Philip and Pausanias: A deadly love in Macedonian politics», *CQ*, 62 (2012), pp. 859-61.

ASHLEY, J., *The Macedonian Empire. The Era of Warfare under Philip II and Alexander the Great, 359- 323* BC (1998).

ATKINSON, J.y E. TRUTER, «Alexander's last days: Malaria and mind games», *Acta Classica*, 52 (2009), pp. 23-46.

BADIAN, E., «The death of Parmenio», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, 91 (1960), pp. 324-38.

——, «Harpalus», *JHS*, 81 (1961), pp. 16-43.

——, «The death of Philip II», *Phoenix*, 17 (1963), pp. 244-50.

——, «Agis III», *Hermes*, 95 (1967), pp. 37-69.

——, «The Battle of Granicus», *Ancient Macedonia*, 2 (1977), pp. 271-93.

——, «Agis III: Revisions and reflections», en I. WORTHINGTON (ed.), *Ventures into Greek History* (1994), pp. 258-92.

——, «Darius III», *Harvard Studies of Classical Philology*, 100 (2000) pp. 241-67 reimprimido en E. BADIAN (ed.), *Collected Papers on Alexander the Great* (2012), pp. 457-78.

——, «Once more the death of Philip II», *Ancient Macedonia*, 7 (2002), pp. 389-406.

BARTSIOKAS, A., «The eye injury of King Philip II and the skeletal evidence from the

Royal Tomb II at Vergina», *Science*, 228, issue 5465 (2000), pp. 511-14.
——, y otros, «The lameness of Philip II and the Royal Tomb I at Vergina, Macedonia», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 112 (2015), pp. 9.844-8.
BAYNHAM, E., «The question of Macedonian divine honours for Philip II», *Mediterranean Archaeology*, 7 (1994), pp. 35-43.
——, «Why didn't Alexander marry before leaving Macedonia? Observations on factional politics at Alexander's court in 336-334 bc», *Rheinisches Museum für Philologie*, 141 (1998), pp. 141-52.
BEGGIORA, S., «Indian ethnography in Alexandrian sources: A missed opportunity» en C. ANTONETTI y P. BIAGI (eds), *With Alexander in India and Central Asia. Moving East and Back to West* (2017), pp. 238-54.
BIAGI, P., «Uneasy riders: With Alexander and Nearchus from Pattala to Rhambakia», en C. ANTONETTI y P. BIAGI (eds), *With Alexander in India and Central Asia. Moving East and Back to West* (2017), pp. 255-78.
BLOEDOW, E., «Alexander's speech on the eve of the Siege of Tyre», *L'Antiquité Classique*, 63 (1994), pp. 65-76.
——, «Why did Philip and Alexander launch a war against the Persian Empire?», *L'Antiquité Classique*, 72 (2003), pp. 261-74.
——, «Egypt in Alexander's scheme of things», *Quaderni Urbinati de Cultura Classica*, 77 (2004), pp. 75-99.
BORZA, E., «The end of Agis' revolt», *Classical Philology*, 66 (1971), pp. 230-5.
——, «Fire from heaven: Alexander at Persepolis», *Classical Philology*, 67 (1972), pp. 233-45.
——, «Some observations on malaria and the ecology of Central Macedonia», *American Journal of Ancient History*, 4 (1979), pp. 102-24.
——, «The natural resources of early Macedonia», en W. LINDSAY ADAMS y E. BORZA (eds.), *Philip II, Alexander the Great and the Macedonian Heritage* (1982), pp. 1-20.
——, «The royal Macedonian tombs and the paraphernalia of Alexander the Great», *Phoenix*, 41 (1987), pp. 105-21.
——, «Timber and politics in the ancient world: Macedon and the Greeks», *Proceedings of the American Philosophical Society*, 131 (1987), pp. 32-52.
——, *In the Shadow of Olympus. The Emergence of Macedonia* (1990).
——, «Anaxarchus and Callisthenes: Academic intrigue at Alexander's court», en C. THOMAS (ed.), *Makedonika. Essays by Eugene N. Borza* (1995), pp. 173-88.
BOSWORTH, A., «The death of Alexander the Great: Rumour and propaganda», *Classical Quarterly*, 21 (1971), pp. 112-36.
——, «Philip II and Upper Macedonia», *CQ*, 21 (1971), pp. 93-105.
——, «The mission of Amphoterus and the outbreak of Agis' War», *Phoenix*, 29 (1975), pp. 27-43.
——, «Alexander and the Iranians», *JHS*, 100 (1980), pp. 1-21.
——, *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander I* (1980).
——, «A missing year in the history of Alexander the Great», *JHS*, 101 (1981), pp. 17-39.
——, «The location of Alexander's campaign against the Illyrians in 335 bc», *Studies in the History of Art, Vol. 10: Symposium Series I: Macedonia and Greece in late Classical and early Hellenistic times* (1982), pp. 74-85.
——, «Alexander the Great and the decline of Macedon», *Journal of Hellenistic Studies*, 106 (1986), pp. 1-12.
——, *Conquest and Empire. The Reign of Alexander the Great* (1988).
——, *Alexander and the East. The Tragedy of Triumph* (1996).
BOWDEN, H.,«Hoplites and Homer: Warfare, hero cult, and the ideology of the

polis», en J. RICH y G. SHIPLEY (eds), *War and Society in the Greek World* (1993), pp. 45-61.
BRAUND, D., «The Aedui, Troy, and the Apocolocyntosis», *Classical Quarterly*, 30 (1980), pp. 420-5.
BRIANT, P., *Darius in the Shadow of Alexander* (2015). BRUNT, P., «Alexander's Macedonian cavalry», *JHS*, 83 (1963), pp. 27-46.
BUCCIANTINI, V., «From the Indus to the Pasitigris: Some remarks on the Periplus of Nearchus in Arrian's *Indiké»*, en C. ANTONETTI y P. BIAGI (eds), *With Alexander in India and Central Asia. Moving East and Back to West* (2017), pp. 279-92.
BUCKLER, J., «Philip II, the Greeks and the king, 346-336 bc», *Illinois Classical Studies*, 19 (1994), pp. 99-122.
——, «The actions of Philip II in 347 and 346 bc: A reply to N. G. L. Hammond», *Classical Quarterly*, 46 (1996), pp. 380-6.
——, «Demosthenes and Aeschines», en I. WORTHINGTON (ed.), *Demosthenes: Statesman and Orator* (2000), pp. 142-3.
—— y H. BECK, *Central Greece and the Politics of Power in the Fourth Century* BC (2008).
BUCKLEY, T., *Philip II and the Sacred War* (1989).
CAHILL, N., «The treasury at Persepolis: Gift-giving at the city of the Persians», *American Journal of Archaeology*, 89 (1985), pp. 373-89.
CARNEY, E., «The politics of polygamy: Olympias, Alexander and the murder of Philip», *Historia*, 41 (1992), pp. 169-89.
——, «Olympias and the image of the virago», *Phoenix*, 47 (1993), pp. 29-55.
——, «Alexander and the Persian women», *American Journal of Philology*, 117 (1996), pp. 563-83.
——, «Macedonians and mutiny: Discipline and indiscipline in the army of Philip and Alexander», *Classical Philology*, 91 (1996), pp. 19-44.
——, *Women and Monarchy in Macedonia* (2000).
——, *King and Court in Ancient Macedonia. Rivalry, Treason, and Conspiracy* (2015).
CARTLEDGE, P., *Alexander the Great. The Truth Behind the Myth* (2004).
CAWKWELL, G., «Aeschines and the Peace of Philocrates», *Revue des études grecques*, 73 (1960), pp. 416-38.
——, «The defence of Olynthus», *Classical Quarterly*, 12 (1962), pp. 122-40.
——, «Demosthenes' policy after the Peace of Philocrates», *Classical Quarterly*, 13 (1963), pp. 120-38.
——, «The Peace of Philocrates again», *Classical Quarterly*, 28 (1978), pp. 93-104.
——, *Philip of Macedon* (1978).
——, *The Greek Wars. The Failure of Persia* (2005).
CHARLES, M., «Immortals and apple bearers: Towards a better understanding of Achaemenid infantry units», *CQ*, 61 (2011), pp. 114-33.
——, «The Persian ΚΑΡΔΑΚΕΣ», *JHS*, 132 (2012), pp. 7-21.
CHRISTESEN, P. y S. Murray, «Macedonian religión», en J. ROISMAN y I. WORTHINGTON (eds), *A Companion to Ancient Macedonia* (2010), pp. 428-45.
COLLINS, A., «Alexander's visit to Siwah: A new analysis», *Classical Association of Canada*, 68 (2014), pp. 62-77.
CORVISIER, J.N. *Bataille de Chéronée. Printemps - 338. Philippe II, roi de Macédoine, et le futur Alexandre le Grand* (2012).
——, *The Western Way of War. Infantry Battle in Classical Greece* (1989).
——, *Warfare and Agriculture in Classical Greece* (1998).
——, *A War like No Other: How the Athenians and Spartans Fought the Peloponnesian War* (2005).
DAVIS HANSON, V., *The Western Way of War. Injantry Battbin Classical Greece* (1989).
——, *Warjare and Agriculture in Classical Greece* (1998).

——, *A War like No Other: How the Athenicus and Spartans Fought the Peloponnesian War* (2005).
——, (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience* (1991).
DAWSON, D. *The Origins of Western Warfare. Militarism and Morality in the Ancient World* (1996).
DEVINE, A., «Grand tactics at Gaugamela», *Phoenix*, 29 (1975), pp. 374-85.
——, «Grand tactics at the Battle of Issus», *Ancient World*, 12 (1985), pp. 39-59.
——, «The strategies of Alexander the Great and Darius III in the Issus campaign (333 bc)», *Ancient World*, 12 (1985), pp. 25-38.
——, «The Battle of Gaugamela: A tactical and source-critical study», *Ancient World*, 16 (1986), pp. 87-115.
——, «Demythologizing the Battle of the Granicus», *Phoenix*, 40 (1986), pp. 265-78.
——, «The Macedonian army at Gaugamela: Its strength and the length of its battle-line», *Ancient World*, 19 (1989), pp. 77-80.
DEVINE, D., «Alexander the Great», en Gen. Sir John HACKETT (ed.), *Warfare in the Ancient World* (1989), pp. 104-29.
ELLIS, J., *Philip II and Macedonian Imperialism* (1976).
——, «The assassination of Philip II», en E. BORZA y H. DELL (eds.), *Ancient Macedonian Studies in Honor of Charles F. Edson* (1981), pp. 99-137.
ENGELS, D., *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army* (1978).
EPPLETT, C., «War elephants in the Hellenistic World», en W. HECKEL, L. TRITLE y P. WHEATLEY (eds.), *Alexander's Empire. Formulation to Decay* (2007), pp. 209-32.
ERRINGTON, M., «Arybbas the Molossian», *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 16 (1975), pp. 41-50.
EVANS, R., *Fields of Battle. Retracing Ancient Battlefields* (2015).
FINLEY, M., *The Ancient Greeks* (1963).
FLOWER, M., «The Panhellenisim of Philip and Alexander. A reassessment», *Ancient Macedonia*, 6 (1999), pp. 419-29.
FRASER, A., «The "breaking" of Bucephalus», *The Classical Weekly*, 47 (1953), pp. 22-3.
FREDRICKSMEYER, E., «Divine honors for Philip II», *Transactions of the American Philological Association*, 109 (1979), pp. 36-61.
——, «Alexander and Philip: Emulation and resentment», *The Classical Journal*, 85 (1990), pp. 300-315.
FULLER, J., *The Generalship of Alexander the Great* (1958).
GABRIEL, R., *Philip II of Macedonia. Greater than Alexander* (2010).
——, *The Madness of Alexander the Great and the Myth of Military Genius* (2015).
GAEBEL, R., *Cavalry Operations in the Ancient Greek World* (2002).
GARVIN, E., «Darius III and homeland defense», en W. HECKEL y L. TRITLE (eds.), *Crossroads of History. The Age of Alexander* (2003), pp. 87-111.
GREEN, P., *Alexander of Macedon 356-323* BC. *A Historical Biography* (1991). GREENWALT, W., «Polygamy and succession in Argead Macedonia», *Arethusa*, 22 (1989), pp. 19-45.
GRIFFITH, G., «Alexander's generalship at Gaugamela», *JHS*, 67 (1947), pp. 77-89.
GRUDD, H. y otros, «A 7400-year tree ring chronology in northern Swedish LAPLAND: Natural climate variability expressed on annual to millennial timescales», *Holocene*, 12 (2002), pp. 657-65.
GUTH, D., «The king's speech: Philip's rhetoric and democratic leadership in the debate over the Peace of Philocrates», *Rhetorica: A Journal of the History of Rhetoric*, 33 (2015), pp. 333-48.
HAMILTON, J., «The cavalry battle at Hydaspes», *JHS*, 76 (1956), pp. 26-31.
HAMMOND, N., «The kingdoms in Illyria circa 400-167 bc», *The Annual of the British School in Athens*, 61 (1966), pp. 239-53.

——, «Alexander's campaign in Illyria», *JHS*, 94 (1974), pp. 66-87.
——, «The Battle of the Granicus River», *JHS*, 100 (1980), pp. 73-88.
——, «The king and the land in the Macedonian kingdom», *Classical Quarterly*, 38 (1988), pp. 382-91.
——, «The royal journal of Alexander», *Historia*, 37 (1988), pp. 129-50.
——, «Aspects of Alexander's journal and his last days», *The American Journal of Philology*, 110 (1989), pp. 155-60.
——, «Casualties and reinforcements of citizen soldiers in Greece and Macedonia», *JHS*, 109 (1989), pp. 56-68.
——, *The Macedonian State. The Origins, Institutions and History* (1989).
——, «Royal pages, personal pages, and boys trained in the Macedonian manner during the period of the Temenid monarchy», *Historia*, 39 (1990), pp. 261-90.
——, «The Royal Tombs at Vergina: Evolution and identities», *The Annual of the British School at Athens*, 86 (1991), pp. 69-82.
——, «Alexander's charge at the Battle of Issus in 333 bc», *Historia*, 41 (1992), pp. 395-406.
——, «The archaeological and literary evidence for the burning of the Persepolis Palace», *The Classical Quarterly*, 42 (1992), pp. 358-64.
——, *Alexander the Great. King, Commander and Statesman* (1994).
——, «Literary evidence for Macedonian speech», *Historia*, 43 (1994), pp. 131-42.
——, *Philip of Macedon* (1994).
——, «Philip's actions in 347 and early 346 bc», *Classical Quarterly*, 44 (1994), pp. 367-74.
—— y G. Griffith, *A History of Macedonia. Volume II: 560-336* bc (1979).
Harris, E., *Aeschines and Athenian Politics* (1995).
Hartzopoulos, M., «The Oliveni inscription and the dates of Philip II's reign», en W. Adams y E. Borza (eds.), *Philip II, Alexander the Great, and the Macedonian Heritage* (1982), pp. 21-42.
Heckel, W., «The conspiracy against Philotas», *Phoenix*, 31 (1977), pp. 9-21.
——, «Cleopatra or Eurydice», *Phoenix*, 32 (1978), pp. 155-8.
——, «Factions and Macedonian politics in the reign of Alexander the Great», *Ancient Macedonia*, 4 (1986), pp. 293-305.
——, «Alexander and the "limits of the civilized world"», en W. Heckel y L. Tritle (eds), *The Crossroads of History: the Age of Alexander* (2003), pp. 147-74.
——, *Who's Who in the Age of Alexander the Great. A Prosopography of Alexander's Empire* (2006).
——, *The Conquests of Alexander the Great* (2008).
——, «The king and his army», en W. Heckel y L. Tritle (eds), *Alexander the Great. A New History* (2009), pp. 69-82.
——, *Alexander's Marshals. A Study of the Makedonian Aristocracy and the Politics of Military Leadership* (2016).
——, C. Willikes y G. Wrightson, «Scythed chariots at Gaugamela. A case study», en E. Carney y D. Ogden (eds.), *Philip II and Alexander the Great: Father and Son: Lives and Afterlives* (2010), pp. 103-9.
Helama, S. y otros, «Supra-long Scots pine tree-ring record for Finnish Lapland: Part 2, Interannual to centennial variability in summer temperatures for 7500 years», *Holocene*, 12 (2002), pp. 681–87.
Holland, T., *Persian Fire. The First World Empire and the Battle for the West* (2005).
Holmes, R., *Firing Line* (1986).
Holt, F., *Alexander the Great and Bactria: The Formation of a Greek Frontier in Central Asia* (1988).
——, *Into the Land of Bones. Alexander the Great in Afghanistan* (2006).
Jessop Price, M., «The coinage of Philip II», *The Numismatic Chronicle*, 7th Series, 19

(1979), pp. 230-41.
KAGAN, D., *The Peloponnesian War. Athens and Sparta in Savage Conflict 431-404* bc (2005).
KAPLAN, P., «Dedications to Greek sanctuaries by foreign kings in the eighth through sixth centuries bce», *Historia*, 55 (2006), pp. 129-52.
KERN, P., *Ancient Siege Warfare* (1999).
KUHRT, A., *Persian Empire. A Corpus of Sources from the Achaemenid Period*, (2007).
LANE FOX, R., *Alexander the Great* (1973).
——, *The Classical World. An Epic History from Homer to Hadrian* (2006).
——, «Alexander the Great. The "last of the Achaemenids"?», en C. TUPLIN (ed.), *Persian Responses. Political and Cultural Interaction With(in) the Achaemenid Empire* (2007), pp. 267-311.
LENDON, J., «Homeric vengeance and the outbreak of Greek wars», en H. VAN WEES (ed.), *War and Violence in Ancient Greece* (2000), pp. 1-30.
——, *Soldiers and Ghosts* (2005).
——, «Xenophon and the alternative to realist foreign policy: *Cyropaedia* 3.1.14-31», *JHS*, 126 (2006), pp. 82-98.
——, *Song of Wrath. The Peloponnesian War Begins* (2010).
——, «Battle description in the ancient historians, part 1: Structure, array and fighting», *Greece and Rome*, 64 (2017), pp. 39-64.
MA, J., «Chaironea 338: The topographies of commemoration», *JHS*, 128 (2008), pp. 72-91.
MACURDY, G., «Queen Eurydice and the evidence for woman power in early Macedonia», *The American Journal of Philology*, 48 (1927), pp. 201-14.
MADER, G., «Fighting Philip with decrees: Demosthenes and the syndrome of symbolic action», *American Journal of Philology*, 127 (2006), pp. 367-86.
——, «Foresight, hindsight, and the rhetoric of self-fashioning in Demosthenes' Philippic cycle», *A Journal of the History of Rhetoric*, 25 (2007), pp. 339-60.
MARCH, D., «The kings of Macedon 399-369 bc», *Historia*, 44 (1995), pp. 257-82.
MARKLE, M., «The strategy of Philip in 346 bc», *Classical Quarterly*, 24 (1974), pp. 253-68.
——, «Support of Athenian intellectuals for Philip: A study of Isocrates' letter to Philip and Speusippus' letter to Philip», *JHS*, 96 (1976), pp. 80-99.
MARSDEN, E., *The Campaign of Gaugamela* (1964).
——, *Greek and Roman Artillery: Historical Development* (1969).
——, «Macedonian military machinery and its designers under Philip and Alexander», *Ancient Macedonia*, 2 (1977), pp. 211-33.
MATTHEW, C., *An Invincible Beast. Understanding the Hellenistic Pike-Phalanx at War* (2015).
MATYSZAK, P., *Expedition to Disaster. The Athenian Mission to Sicily 415* bc (2012).
MCCOY, W., «Memnon of Rhodes at the Granicus», *The American Journal of Philology*, 110 (1989), pp. 413-33.
MCGROATY, K., «Did Alexander the Great read Xenophon?», *Hermathena*, 181 (2006), pp. 105-24.
MITCHELL, L., «The women of ruling families in archaic and classical Greece», *Classical Quarterly*, 62 (2012), pp. 1-21.
MOORE, K. (ed.), *Brill's Companion to the Reception of Alexander the Great* (2018).
MORTENSEN, K., «Homosexuality at the Macedonian court and the death of Philip II», *Ancient Macedonia*, 7 (2002), pp. 371-87.
MOSSÉ, C., *Alexander. Destiny and Myth* (2004).
MUSGRAVE, J. y J. Prag, «The occupants of Tomb II at Vergina: Why Arrhidaios and Eurydice must be excluded», en Ashmolean Museum, *Heracles to Alexander the Great. Treasures from the Royal Capital of Macedon, a Hellenic Kingdom in the Age*

of Democracy (2011), pp. 127-30.
——, R. NEAVE y A. PRAG, «The skull of from Tomb II at Vergina: King Philip II of Macedon», *JHS*, 104 (1984), pp. 60-78.
O'BRIEN, J., *Alexander the Great. The Invisible Enemy. A Biography* (1992).
OGDEN, D., «Homosexuality and warfare in Ancient Greece», en A. LLOYD (ed.), *Battle in Antiquity* (1996), pp. 107-68.
——, *Alexander the Great. Myth, Genesis and Sexuality* (2011).
OLBRYCHT, M., «Macedonia and Persia», en J. ROISMAN y I. WORTHINGTON (eds.), *A Companion to Ancient Macedon* (2010), pp. 351-60.
PEARLMAN, S., «Isocrates' "Phillipus": A reinterpretation», *Historia*, 6 (1957), pp. 306-17.
——, «Panhellenism, the polis and imperialism», *Historia*, 25 (1976), pp. 1-30.
——, «Isocrates, ΜΑΤΡΙΣ and Philip II», *Ancient Macedonia*, 3 (1983), pp. 211-27.
——, «Greek diplomatic tradition and the Corinthian League of Philip of Macedon», *Historia*, 34 (1985), pp. 153-74.
PELTONEN, J., *Alexander the Great in the Roman Empire, 150* BC *to* AD *600* (2019).
PHILLIPS, G., *Alexander the Great. Murder in Babylon* (2004).
POPE, A., «Persepolis as a ritual city», *Archaeology*, 10 (1957), pp. 123-30.
PRAG, A., «Reconstructing King Philip II: The "nice" versión», *American Journal of Archaeology*, 94 (1990), pp. 237-47.
PRITCHETT, W., «Observations on Chaironea», *American Journal of Archaeology*, 62 (1958), pp. 307-11.
RAHE, P., «The annihilation of the Sacred Band at Chaeronea», *American Journal of Archaeology*, 85 (1981), pp. 84-7.
REVERMANN, M., «Euripides, tragedy and Macedon: Some conditions of reception», *Illinois Classical Studies*, 24/25 (1999-2000), pp. 451-67.
RIDGWAY, W., «Euripides in Macedon», *The Classical Quarterly*, 20 (1926), pp. 1-19.
RIGINOS, A., «The wounding of Philip II of Macedon: Fact and fabrication», *JHS*, 114 (1994), pp. 103-19.
ROEBUCK, C., «The settlements of Philip II with the Greek states in 338 bc», *Classical Philology*, 43 (1948), pp. 73-92.
ROISMAN, J., «Ptolemy and his rivals in the history of Alexander», *CQ*, 34 (1984), pp. 373-85.
ROMANE, P., «Alexander's siege of Tyre», *Ancient World*, 16 (1987), pp. 79-90.
——, «Alexander's siege of Gaza», *Ancient World*, 18 (1988), pp. 21-30.
SAKELLARIOU, M., «Panhellenism: From concept to policy», en M. HATZOUPOULOS y L. LOUKOPOULOS (eds), *Philip of Macedon* (1980), pp. 128-45.
SCHACHTER, A., *Boiotia in Antiquity. Selected Papers* (2006).
SCHELL, J., «Observations of the metrology of the precious metal coinage of Philip II of Macedon: The "Thraco-Macedonian" standard or the Corinthian standard?», *American Journal of Numismatics*, 12 (2000), pp. 1-8.
SCOTT, M., *From Democrats to Kings. The Downfall of Athens to the Epic Rise of Alexander the Great* (2009).
——, *Delphi. A History of the Centre of the Ancient World* (2014).
SCULLION, S., «Euripides and Macedon, or the silence of the frogs», *The Classical Quarterly*, 53 (2003), pp. 389-400.
SEKUNDA, N., *The Army of Alexander the Great*, Osprey Men at Arms Series 148 (1984).
——, «Military forces», en P. SABIN, H. VAN WEES y M. WHITBY (eds), *The Cambridge Companion to Greek and Roman Warfare. Vol. 1: Greece, the Hellenistic World and the Rise of Rome* (2007), pp. 325-57.
SEYMOUR WALKER, W., «An outline of modern exploration of the Oasis of Siwa», *The Geographical Journal*, 57 (1921), pp. 29-34.

SHRIMPTON, G., *Theopompus the Historian* (1991).
SIDNELL, P., *Warhorse* (2007).
SPANN, P., «Alexander at the Beas: Fox in lion's skin», en F. TITCHENER y R. MOORTON (eds.), *The Eye Expanded. Life and Arts in Greco-Roman Antiquity* (1999), pp. 62-74.
SPENCER, D., *The Roman Alexander* (2002).
STONEMAN, R., «Who are the Brahmans? Indian lore and Cynic doctrine in Palladius' *de Bragmanibus* and its models»", *Classical Quarterly*, 44 (1994), pp. 500-10.
——, «Naked philosophers: The Brahmans in the Alexander historians and the Alexander Romance», *JHS*, 115 (1995), pp. 99-114.
TAYLOR, C., «Bribery in Athenian politics part I: Accusations, allegations, and slander», *Greece and Rome*, 48 (2001), pp. 53-66.
——, «Bribery in Athenian politics part II: Ancient reactions and perceptions», *Greece and Rome*, 48 (2001), pp. 154-72.
THOMPSEN, M., «The coinage of Philip II and Alexander the Great», *Studies in the History of Art*, 10 (1982), pp. 112-21.
TIERNEY, J., «The Celtic ethnography of Poseidonius», *Proceedings of the Royal Irish Academy: Archaeology, Culture, History*, 60 (1959/1960), pp. 189-275.
TOWNSHEND, R., «The Philippeion and fourth-century Athenian architecture», en O. PALAGIA y S. TRACY (eds.), *The Macedonians in Athens, 322-229* bc (2003), pp. 93-101.
TRITLE, L., «Alexander the Great and the killing of Cleitus the Black», en W. HECKEL y L. TRITLE (eds), *Crossroads of History: The Age of Alexander* (2003), pp. 127-46.
TRONSON, A., «The marriages of Philip II», *JHS*, 104 (1984), pp. 116-26.
UNZ, R., «Alexander's brothers?», *JHS*, 105 (1985), pp. 171-4.
VAN WEES, H., *Greek Warfare. Myths and Realities* (2004).
VAUGHN, P., «The identification and retrieval of the hoplite battle-dead», en V. DAVIS HANSON (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience* (1991), pp. 38-62.
WALBANK, F., *Polybius II. A Historical Commentary on Polybius* (1967).
WEST, A., «The early diplomacy of Philip of Macedon illustrated by his coins», *The Numismatic Chronicle and Journal of the Royal Numismatic Society*, 3 (1923), pp. 169-210.
WHEELER, E., «The general as hoplite», en V. Davis Hanson (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience* (1991), pp. 121-70.
WORTHINGTON, I., «The context of [Demades] on the twelve years», *CQ*, 41 (1991), pp. 90-5.
——, «Alexander's destruction of Thebes», en W. HECKEL y L. TRITLE (eds), *Crossroads of History. The Age of Alexander* (2003), pp. 65-86.
——, *Philip II of Macedonia* (2008).
——, *By the Spear. Philip II, Alexander the Great and the Rise and Fall of the Macedonian Empire* (2014).

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES DE INTERIOR

1. Creative Commons/Dominio público
2. Wikimedia Commons/Brian Donovan
3. Dreamstime
4. Creative Commons/Dominio público
5. Creative Commons/Dominio público
6. Wikimedia Commons/Tomisti
7. Wikimedia Commons/George E. Koronaios
8. Via *https://weaponsandwarfare.com/*
9. Wikimedia Commons/Jastrow2006
10. Creative Commons/Dominio público
11. Vía World History Encyclopedia.
12. Wikimedia Commons/Manolis Andronikos
13. Wikimedia Commons/Eric Gaba
14. Wikimedia Commons/George E. Koronaios
15. Wikimedia Commons/Lucas
16. Creative Commons/Dominio público
17. Wikimedia Commons/Ronald Slabke
18. Wikimedia Commons/Fuerza Aérea Francesa
19. Dreamstime
20. Dreamstime
21. Dreamstime
22. Dreamstime
23. a y b. Via *The Friday Times*
24. Vía Ioannis TZ/ Twiiter/Museum of the Royal Tombs at Aegae
25. Creative Commons/Dominio público
26. Hercules Milas / Alamy Stock Photo